EL

CID CAMPEADOR,

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR

D. ANTONIO DE TRUEBA Y LA QUINTANA.

SEGUNDA EDICION.

Los que dicen mal del Cid
ninguno con verdad habla,
que el Cid fue buen caballero,
de los mejores de España.
ROMANCERO.

PRATS, EDITOR.

MADRID:—1852.

Imprenta de D. José María Marés.
Calle de Relatores núm. 17.

Digitized by Google

A D. JOSÉ DE GOIRI Y MARURI.

Al escribir la última página de este libro, busqué el nombre de un amigo, y el primero que recordé fue el tuyo.

A. de T. y la Q.

Autres livres à télécharger sur le site
https://abbassa.wordpress.com

Digitized by Google

Digitized by Google

PROLOGO.

La novela histórica es la epopeya del siglo XIX, y creemos que seria la de todos los siglos si siempre hubiera gozado del grado de perfeccion á que ha llegado en nuestros dias. Si en los tiempos de Homero, de Virgilio y del Tasso, hubieran sido ya conocidas las novelas de Dumas, LA ODOSIEA, LA ENEIDA y LA JERUSALEN LIBERTADA, serian tres magníficas novelas en vez de ser tres magníficos poemas. Hé aqui porque acudimos á la novela para cantar las glorias del Cid, de uno de los héroes mas grandes de que nos hablan la tradicion y la historia.

La novela ofrece un campo tan vasto al escritor, que asi caben en él los acontecimientos mas vulgares, como los mas sublimes; las abstracciones del filósofo grave y profundo, como la ligereza del vulgo superficial. El Cid solo cabe en la novela y apenas se le ha visto en ella. Hásele colocado no pocas veces en el teatro, pero ha sido digámoslo asi, en pedazos, porque de otro modo no cabia en él. El Cid es demasiado grande para la escena: ¡solo el cielo puede servirle de dosel, porque le ahogan las bambalinas del teatro.

Magnífico es el asunto que ha elegido nuestra pluma; mucho partido sacaríamos de él si nuestro talento no fuera tan mezquino. Para cada capítulo de la novela que vamos á escribir, tenemos un hecho histórico, de suyo tan grande, que basta por sí solo para escitar el interés del lector mas frio é indiferente. Vamos á recorrer gran parte de la vida del Cid guiados por la tradicion ó por la historia, y si algo nos apartamos de esta, será para ir á recojer flores con qué engalanarla. Hé aqui cómo pueden representarse trabajos semejantes al que vamos á emprender : la historia es un árbol que se eleva majestuoso, y la fábula es la enredadera florida que le rodea y viste de hojas y flores su áspero tronco, sin que por eso pierda el árbol su sabroso fruto.

Digitized by Google

Las hazañas del Cid habrán ido aumentando en magnitud, rodando de siglo en siglo, á manera que se aumenta la bola de nieve segun rueda por la falda de la montaña; pero es preciso creer que desde luego fueron grandes cuando el pueblo las distinguió entre tantas y tantas como se ofrecian á su vista en la edad media, guerrera cual ninguna otra, y encargó á sus hijos que las legaran á la posteridad de generacion en generacion.

El Cid es el mas popular de los héroes castellanos, y no sin razon, porque en él están personificadas todas las virtudes del ciudadano y del soldado. Buen hijo, venga las injurias de su padre lidiando valerosamente con el conde de Gormaz; buen caballero y amador constante, entrega su mano y su corazon á la hija del mismo á quien á buena ley habia matado; buen monárquico, arrostra las iras de Alfonso haciéndole jurar que no pesa sobre él un crimen que mancharia el trono de Fernando el Grande; buen soldado y buen vasallo, conquista con su invencible espada reinos enemigos y reyes moros, y pone á los pies de su rey, que acaba de desterrarle injustamente, el botin que ha ganado y las tierras de que se ha hecho dueño; buen patricio, amante de la gloria y la preponderancia de su patria, pasa á Roma, entra en la iglesia de San Pedro, ve en el lugar preferente la silla que representa á la Francia, y lleno de indignacion la hace pedazos y coloca en su lugar la que representa á España; y por último, buen cristiano, buen esposo y buen padre, al entrar en los combates, al embrazar su *fardida* lanza ó al empuñar su esterminadora Tizona, mezcla con el nombre de su Dios el de su Jimena y el de su Sol y su Elvira, y al dejar á estas bajo el amparo del buen abad de Cardeña, llora *de los sus ojos*.... él que en los combates mostraba bajo su armadura un corazon mas duro que la armadura misma.

Para ser el Cid grande y singular en todo, su vida tiene un epilogo que no tiene la de ningun otro héroe. El Cid Campeador paga á la muerte su tributo; su cadáver aterra á la morisma y la cruz se ostenta triunfante una vez mas sobre la media-luna.

Dios preste á nuestro espíritu la luz que ha menester para penetrar en los oscuros tiempos á que vamos á trasladarnos!

Digitized by Google

CAPITULO I.

En el que se trata de unos amores que casi comenzaron por donde otros acaban.

LEGRES fiestas se celebraban en la córte de Leon en la primavera de 1055. D. Fernando I, rey de Castilla y Leon, habia pasado á Nájera á ver á su hermano D. Garcia, rey de Navarra, que se hallaba enfermo en aquella ciudad: mas, sabiendo que D. Garcia le queria prender por ciertas cuestiones que mediaban entre ambos sobre la reparticion del reino de su padre, se puso en salvo con presteza. Habiendo pasado D. Garcia á su vez á ver á su hermano, este le encerró en el castillo de Cea, pero como lograse huir de allí, llamó en su ayuda á los moros y entró por Castilla resuelto á tomar venganza, haciendo horribles estragos. Salióle D. Fernando al encuentro, trabóse la

Digitized by Google

pelea en Atapuerca, no lejos de Búrgos, y el ejército invasor fué completamente derrotado, muriendo el mismo D. Garcia de una lanzada que le dió un soldado llamado Sancho Fortun que se habia pasado á D. Fernando.

Hé aquí, pues, el motivo de las fiestas á que nos referimos, fiestas que habian atraido á la córte crecido número de damas y caballeros, no solo de Castilla y Leon, sino tambien de todos los demas reinos en que á la sazon estaba dividida España. Habíanse jugado bohordos y cañas y sortijas á la usanza mora, y celebrádose un magnífico torneo en el que el mismo D. Fernando habia roto lanzas con los caballeros mas apuestos y gentiles de aquella época, tan fecunda en diestros justadores y valerosos guerreros.

Llegada la noche, cesaron los bailes, los juegos y las justas y se encendieron grandes hogueras en las plazas de la ciudad y en los campos circunvecinos, donde el pueblo continuó los regocijos del dia hasta acercarse la mañana, mezclando sus cantares y sus aclamaciones con el continuo y placentero sonido de los rústicos instrumentos músicos usados en aquellos tiempos, en tanto que las damas y los caballeros henchian los salones del real alcázar, donde iba á tener lugar un sarao que fuese digno complemento de las fiestas celebradas durante aquel memorable dia, cuyo recuerdo conservaron luengos años castellanos y leoneses por las mercedes que su rey les otorgó.

Si pintásemos con ricos y subidos colores los salones en que se hallaba reunida la córte de D. Fernando, complaceríamos al lector, comunmente apasionado á lo maravilloso y magnífico, es decir, el cuadro seria de mucho efecto; pero faltaríamos á la verdad y á nuestro propósito de sacrificarlo todo á ella en el largo período que vamos á recorrer. El espíritu de independencia que reinaba á la sazon en Castilla, habia rechazado el lujo oriental que desplegaban los mahometanos hacia cuatro siglos en la parte meridional de España. Eran los contemporáneos del Cid esforzados y varoniles como los héroes de Covadonga; pero tambien rudos y sencillos como aquellos primeros mantenedores de la cruzada santa que terminó por lanzar la impía media-luna á los desiertos africanos. Luz y flores eran las riquezas que abundaban en los salones del alcázar de Leon;

Digitized by Google

luz y flores que son la riqueza del campo, el lujo de la naturaleza; pero si algun descontentadizo encontraba demasiado mezquinos estos adornos, debian parecerle cumplida compensacion las hermosas damas y los apuestos caballeros que circulaban por todas partes departiendo con indecible animacion y contento. Todos esperaban impacientes la presencia del rey, que debia ser el preludio del baile y otras diversiones propias del sitio y de la época, cuando la voz de un paje dominó la de la multitud anunciando la aproximacion de D. Fernando y su familia. Un profundo silencio reinó en los salones, y todas las miradas se clavaron en la puerta que conducia á las habitaciones reales. Y en efecto, un instante despues apareció D. Fernando acompañado de su esposa la reina Doña Sancha, de sus hijas Elvira y Urraca, de sus hijos Sancho, Alfonso y García, y de algunos ricos-homes que durante el dia habian tenido la honra de acompañarle y á quienes el rey habia convidado á su mesa. Entre estos últimos llamaba la atencion general un anciano de noble fisonomía, á quien D. Fernando dirigia la palabra con suma bondad y frecuencia. Aquel anciano era el noble Diego Lainez, señor de Vivar.

Hemos dicho que todas las miradas se fijaron en la familia real, y tenemos que hacer una salvedad á fuer de verídicos y exactos narradores. En uno de los estremos del salon principal hablaban sin curarse de aquel incidente una gentil doncella que contaria veinte primaveras, y un gallardo mancebo de no mucha mas edad, sin que bastáran á interrumpir su plática, al parecer amorosa, las instancias de una dueña bien entrada en años que parecia hallarse sobresaltada y temerosa de que alguien los viera, segun la frecuencia con que miraba á todos lados estremeciéndose cuantas veces sonaban pasos cercanos. Eran los primeros Jimena, hija del conde de Gormaz, y Rodrigo, hijo de Diego Lainez, y la quintañona que asi se inquietaba, Lambra, aya de la primera.

En efecto, plática amorosa debia ser la suya, porque Rodrigo y Jimena se amaban desde niños, y el amor fue siempre el tema de las pláticas de los enamorados. Hé aquí cómo llegaron á serlo el hijo de Diego Lainez y la hija de D. Gome de Gormaz. Vínculos de amistad y parentesco, bien que lejano este último,

Digitized by Google

unian desde muy antiguo á las dos familias. En ocasion de celebrarse unas famosas justas en Vivar, acudió á ellas D. Gome con su familia y se hospedó en casa de Diego Lainez. Jimena y Rodrigo tenian á la sazon muy pocos años, y la primera fué en compañia de sus padres á Vivar. Diego Lainez obsequió á sus huéspedes con un banquete asaz espléndido y abundante para la frugalidad tradicional en su casa, durante el cual ambos señores se hicieron nuevas protestas de amistad.

Teresa Nuña, la noble esposa de Diego, amaba á su hijo con una ternura comparable solo á la ternura con que amaba á su hija la esposa del de Gormaz. Ambos niños rivalizaban en hermosura y gracias, y ambas madres entablaron sobre este punto una amistosa y laudable disputa, terminada la comida. Y decimos laudable, porque noble y santo es el orgullo maternal, siquiera parezca infundado al que le juzga desapasionadamente. Aquella controversia terminó por convenir todos los circunstantes, inclusos los padres de los niños, en que estos eran iguales en hermosura y en gracias como iguales casi en edad.

—Parecen formados el uno para el otro! dijo Teresa Nuña.

Y de esta opinion surgió un pensamiento que fué acojido con entusiasmo por ambas familias, á saber: el de enlazar mas y mas los intereses y la amistad de estas por medio de la union de Rodrigo y Jimena. La realizacion de este proyecto se aplazó para cuando los dos hermosos vástagos de aquellas nobles familias hubiesen cumplido veinte años, porque en aquella edad de hierro se huia, con razon, de agostar la lozanía de la muger con los peligrosos accidentes de la maternidad prematura.

El amor, y sobre todo el amor de madre, es la fuente de los pensamientos mas bellos y mas poéticos; asi fue que el suyo inspiró á Teresa una idea eminentemente bella: la de que ambos niños sancionaran el convenio de su futura union con un beso que á la vez debia ser la prenda de un amor que empezaba aquel dia. En efecto, Teresa Nuña tomó á Rodrigo de la mano y acercándole á Jimena, el niño selló con su puro labio la sonrosada mejilla de la niña que á su vez besó la de Rodrigo.

Este convenio fué un lazo que estrechó el trato de las dos

Digitized by Google

familias, y aquellos dos niños crecieron como dos flores en un mismo tallo; hermanos en la educacion, lo fueron tambien en el alma.

Pasaron muchos años sin que nada turbara la cordial amistad de las dos nobles familias; pero algunas preferencias obtenidas por Diego Lainez en la córte del rey D. Fernando, con quien los dos ricos-homes gozaban mucho favor, disgustaron al de Gormaz, cuyo corazon, á juzgar por algunos hechos anteriores y los que tuvieron lugar despues, distaba mucho de la nobleza y la generosidad del de Diego; y sin embargo, merced á la prudencia de este último, hasta poco antes de la fecha que hemos consignado al principio de esta historia, no se habia verificado un rompimiento completo, para el cual tomó la iniciativa D. Gome prohibiendo á su hija toda comunicacion con Rodrigo, amenazando á Lambra con arrojarla de su casa si lo consentia.

El dia á que nos referimos llegaban al colmo la exasperacion y la cólera del de Gormaz por la benevolencia con que Diego habia sido acojido por el rey, por la frialdad con que él habia sido recibido, y sobre todo por el desaire que pretendia habérsele hecho no convidándole á la mesa de D. Fernando como al de Vivar, á quien atribuia su desgracia para con el rey. Ciertamente se hallaba Diego Lainez bien distante de merecer semejante acusacion de su antiguo amigo, porque aquel mismo dia habia procurado rehabilitarle á los ojos de D. Fernando; pero este tenia justos motivos de queja del conde, y habian sido inútiles los buenos oficios del de Vivar.

En el instante en que se anunció la presencia de la familia real en los salones del alcázar, paseaba por ellos D. Gome acompañando á su hija. Resentido se hallaba de la frialdad del rey, pero no tanto que renunciase á recobrar su favor, pues no era otra cosa el provocar nuevamente el enojo de D. Fernando absteniéndose de acudir á su lado entonces como acudian otros caballeros que como él paseaban por aquellos salones. Asi fué que, encargando á Lambra el cuidado de Jimena, se dirijió al encuentro de la familia real. Rodrigo que espiaba la ocasion de hablar á la doncella, vió el cielo abierto cuando vió á esta libre de la presencia del conde, y voló á su lado á pesar de la inquietud que sabia iba á causar á la dueña.

Digitized by Google

Muchos dias hacia que Jimena no le habia visto, y es fácil calcular cuál fué su placer teniendo en cuenta el tierno y antiguo amor que los unia.

—Jimena! murmuró Rodrigo en voz baja y temblorosa por la emocion.

—Rodrigo!... balbuceó la doncella sin acertar tampoco á articular otra palabra.

—Por todos los santos de la córte celestial, dijo la dueña asustada dirigiéndose en ademan de súplica á Rodrigo, idos de aquí, que si os vé el conde, mi señora y yo somos muertas... Vos sin duda no sabeis que me ha amenazado con cortarme las haldas por vergonzoso lugar si dejo á mi señora comunicar con vos. Pues para mercedes está hoy mi señor!

—Nada temais, honrada dueña, contestó Rodrigo, que si el conde os corta las haldas, daréos yo otras de rico paño.

—Bien se conoce que sois ya caballero, que de caballeros es el ser generosos. Hablad con mi señora; pero despachad pronto, que yo estaré entre tanto á la mira y rezaré un rosario para que se esté por allá mi señor.

Rodrigo y Jimena hablaban ya sin hacer caso de las palabras de Lambra.

—Rodrigo, decia Jimena, ¿qué se hicieron aquellos tiempos en que la casa de Vivar y la de Gormaz eran un tronco con dos ramas; en que ninguna nube oscurecia el cielo de nuestros dulces amores; en que veíamos sonrosado y hermoso el lejano horizonte; en que en mis padres hallabas el amor que yo hallaba en los tuyos? Vanos han sido tus esfuerzos, vanos los mios, vanos los de vuestros parciales, vanos los de los nuestros para vencer la enemiga que separa al noble señor de Vivar y al no menos noble conde de Gormaz.

—Aquel tiempo, Jimena, quizá no ha pasado para no volver jamás. Mi padre, el hijo de Lain Calvo, aunque viejo, conserva lozana y jóven la noble altivez de sus mayores, y por Dios que no cumpliera con su hidalguía si tolerase aun con paciencia las injusticias con que tu padre ha correspondido á su amistad. Harto tiempo las ha tolerado, Jimena... Pero yo me humillaré á tu padre sin

Digitized by Google

que la humillacion me mancille, porque lo haré por tí, y no hay baldon en quien se humilla por una dama. Qué ambiciona tu padre? ¿honores? ¿riquezas? ¿un reino? ¿un trono para su hija? Todo lo tendrá, Jimena, yo te lo juro por mi amor y por la honra de mi padre. Robusto es mi brazo y animoso mi corazon. Mañana mismo partiré á las fronteras enemigas, mis deudos me seguirán, entraré en tierra de moros, lidiaré como Bernardo en Roncesvalles, y venceré, porque invencible me hará este amor que hátantos años te tengo; y todo lo pondré á los pies de tu padre demandándole en cambio tu mano, y la amistad con que un tiempo correspondia á la nuestra...

—Jesus! decia Lambra, mi señor va á venir, y aquí va á haber la del Guadalete, vos, D. Rodrigo, vais á ser víctima de su enojo, y si me corta las haldas, adios las de rico paño!

Pero los dos amantes curaban muy poco de la inquietud y las impertinentes palabras de la dueña.

—Bien sé, Jimena, continuaba Rodrigo, que tu padre no perdonará medio para vengar sus resentimientos con el mio, y quizá yo, el ídolo de Diego Lainez, seré la primera víctima de sus tiros. porque para herir el corazon del padre herirá el del hijo arrebatándome la esperanza de recobrar el único objeto de mi ambicion que eres tú, Jimena. Pero si el amor que tantas veces me has jurado es cierto, si tienes en algo la dicha, la esperanza, la vida del compañero de tu infancia, del que tanta felicidad ha soñado contigo, sabrás resistir á sus violencias hasta que llegue el dia en que Rodrigo torne á Castilla digno de la hija de un rey, y entonces el orgullo le obligue á concederme lo que ahora me niega su ambicion, defraudada en sus esperanzas.

—Yo te juro, respondió Jimena en uno de esos arranques de entusiasmo en que sin contar para nada con la razon todo nos parece posible, yo te juro que nadie en este mundo podrá vencer mi resolucion de ser de Rodrigo ó de nadie. Mi padre podrá ahogar el aliento de mi pecho, pero nunca el amor de mi corazon.

—Ah! bendito el dia en que mis ojos te vieron la primera vez! Quizá sin el amor de Jimena, Rodrigo Diaz seria una de esas plantas que nacen, viven y mueren sin haber dado ningun fruto

Digitized by Google

uno de esos hombres que pasan por el mundo sin dejar una huella que indique su paso á los que vienen detrás: pero tu amor inmortalizará su nombre; por él se teñirán de sangre musulmana los campos de Castilla; por él, Jimena, será alfombra del pueblo cristiano el estandarte de Mahoma; por él tendrán los débiles y los oprimidos un brazo que los sostenga y los defienda, y por él la estirpe de los jueces de Castilla vestirá la púrpura real.

Y al hablar así Rodrigo, olvidaba el sitio donde se hallaban, colorábanse sus mejillas y se encendia su frente espaciosa y noble, y brillaban sus ojos como si todo el fuego que animaba su corazon afluyese á su cabeza. Los ojos de Jimena brillaban tambien de alegria, y su corazon latia con violencia ajitado por el amor y el orgullo... por el orgullo, sí, porque la hija de un rey le hubiera tenido al considerarse amada de aquel generoso y gallardo mancebo á quien queria trasmitir envuelto en su ardiente mirada todo el tesoro de amor que encerraba su alma.

La inquietud de Lambra crecia por instantes; y no sin razon, porque la multitud que se habia reconcentrado hácia el lado donde aparecieran el rey y su familia, satisfecha ya su curiosidad, empezaba á volver esparciéndose por los salones, y la honrada dueña temia la vuelta de su señor ó que alguien echase de ver su condescendencia y se lo dijese á D. Gome.

—Ay haldas mias! dijo interponiéndose entre Jimena y Rodrigo; va á venir mi señor y me las corta sin remedio!

Un grupo de caballeros venia de hácia el estremo opuesto del salon, y á Rodrigo le pareció distinguir entre ellos á D. Gome.

—Adios, Jimena, se apresuró á decir el mancebo; ó todo ó nada, ó muerto ó de Jimena!

—O de Rodrigo ó de nadie, contestó la doncella siguiendo con la vista á su amante, que abandonó en seguida los salones del alcázar en el instante en que el conde volvia al lado de su hija.

Una alegría inusitada se notaba en el semblante de D. Gome momentos antes taciturno y contraido frecuentemente por la cólera. Era que el conde de Gormaz lejos de recibir, como temia, un nuevo desaire del rey, habia hallado una benévola acojida que, por lo mismo que no la esperaba, le era doblemente grata. ¿A qué

Digitized by Google

se debia este súbito cambio en el ánimo del monarca? Debíase á los esfuerzos que durante aquel dia y aprovechando la buena disposicion en que D. Fernando se hallaba para conceder mercedes, habia hecho Diego Lainez con objeto de tornar á su antiguo amigo á la gracia del monarca, que al fin habia accedido á sus deseos, prometiéndole manifestar su aprecio al rico-home de Gormaz en presencia de toda la córte. Y en efecto, asi lo habia hecho el rey al presentársele D. Gome en los salones del alcázar; D. Fernando habia procurado ahogar sus resentimientos para acoger al de Gormaz con la benevolencia que dispensaba al mismo Diego Lainez,

—Jimena, hija mia, dijo el conde á su hija estrechándola en sus brazos, porque necesitaba su contento aquel desahogo; el rey, á pesar de mis calumniadores, ha recordado mis merecimientos y tornádome á su gracia. D. Fernando, que sabe cuánto te amo, que tú eres la prenda mas cara de tu padre y que honrándote me honra, desea verte y me ha mandado conducirte á su presencia.

La alegria brilló á su vez en el rostro de Jimena, pero no era la alegria que radiaba en el de su padre, no era esa alegria que procede de la vanidad satisfecha; era que Jimena amaba á su padre aunque conociese sus defectos, y deseaba su felicidad cualquiera que fuese el punto de apoyo en que esta estrivase; era que alumbraba su mente un rayo de esperanza.... la esperanza de ver reanudada la amistad de su familia y la de Rodrigo, cuya consecuencia debia ser la vuelta de aquel tiempo feliz en que ningun obstáculo se interponia entre su amor y el del noble vástago de la rama de Vivar. Las almas puras y enamoradas son tan propensas á la esperanza como á la desesperacion; por eso la de Jimena, que se hallaba en este caso, recorrió en un breve espacio aquellos sentimientos estremos, pasó de la oscuridad á la luz, de la muerte á la vida.

En efecto, condújola su padre á la presencia del rey, de quien mereció la mas favorable acojida, como tambien de la reina y los infantes. La alternativa de sentimientos que habia esperimentado aquel dia, no habia despojado á su rostro de su hermo-

Digitized by Google

sura habitual: un murmullo de admiracion se alzó entre las damas y caballeros que acompañaban á la familia real cuando Jimena se acerca; el de Gormaz sonrió de satisfaccion y de orgullo, y Diego Laínez, al contemplar por la milésima vez tanta hermosura y discrecion, no pudo menos de pensar: «Mi Rodrigo será un héroe si ella se lo manda, conquistará un trono si ella se le pide!» Y este mismo pensamiento debió ocurrir á cuantos allí estaban, pues nadie ignoraba en la córte el antiguo amor que unia á Jimena y Rodrigo, ni el predominio que la doncella ejercia sobre el alma del gallardo mancebo, orgullo de la casa de Vivar y esperanza de los buenos castellanos y leoneses.

Digitized by Google

CAPITULO II.

Donde se trata de unas fiestas que terminaron con un bofeton.

A numerosa concurrencia que poblaba los salones del alcázar, se entregaba alegre y bulliciosa á las distintas diversiones que aquel magnífico sarao ofrecia, en tanto que el rey y los infantes conversaban familiarmente, mezclados en un grupo de caballeros, y la reina y las infantas separadas en otro grupo compuesto de hermosas damas, se solazaban á su vez hablando con estas; pero si es cierto que Jimena era la dama preferida por la reina, su padre no obtenia en aquel instante idéntico favor del rey, á pesar de la benevolencia con que habia sido acojido pocos momentos antes. El amor que no procede del corazon, sostiene poco tiempo sus mentidas apariencias, pues en un momento de descuido, deja caer la máscara con que se cubria y

Digitized by Google

aparece entonces el frio rostro de la indiferencia. Tal acababa de suceder con el que D. Fernando habia mostrado á D. Gome, y por el contrario sucedia con el que aquel sincero y sabio monarca profesaba al rico-home de Vivar.

—Señores, dijo el rey dirigiéndose á los caballeros que le rodeaban: como hermano, he llorado la muerte de D. García, mas como rey, obligado á sacrificar los efectos mas tiernos de mi corazon en pró del reino que Dios me encargó rejir y gobernar, debo regocijarme por el triunfo alcanzado en Atapuerca por las armas castellanas y leonesas. En celebridad de ese glorioso triunfo, he dado pruebas de mi munificencia á los pecheros mis vasallos. No es bien que los caballeros que asisten á mi córte, dejen de participar de mis mercedes con arreglo á sus merecimientos. A vos, noble y leal Peranzures hago mayordomo de mi alcázar, que si bien habeis servido mis Estados con la espada en el campo, y con vuestra sabiduria en las córtes y en el consejo, bien servireis tambien mi casa. A vos, honrado Arias Gonzalo, encargo mi tesoro, que fio ha de acrecer encargado vos de su guarda. A vos, noble y prudente Diego Lainez, confio el cuidado y la enseñanza de mis hijos, que habiendo criado tan bien el vuestro, bien criareis los mios. Bien sabeis cuanto amo á los infantes; poniéndolos á vuestro cuidado, os doy la mayor prueba de amistad y confianza que rey puede dar á vasallo, y sabed que si otra mayor pudiera daros, diéraosla de buen grado. Vos, el mas cumplido caballero del mundo, el mas honrado y prudente de los ricos-homes de Castilla, amoldareis la cabeza de mis hijos, para que siente bien en ella la corona que un dia han de ceñir todos ellos, pues ya que Dios me dió tres reinos, uno he de dejar á cada uno de mis tres hijos. Vos, esforzado conde de Gormaz, habeis de ser de hoy mas el que conduzca al campo las huestes leonesas y castellanas, en vez de Diego Lainez y Peranzures, cuyo brazo han debilitado los años y el mucho blandir la espada y la lanza. Pruebas me habeis dado de vuestro valor, luchando con la morisma, y no dudo que vos y los caballeros que me rodean, me habeis de servir como buenos, unos en el campo y otros en mi córte, unos con su valor y otros con su lealtad y su sabiduría.

Digitized by Google

Peranzures, Arias Gonzalo y Diego Laínez, doblaron la rodilla y besaron la mano al rey, para darle gracias por las señaladas mercedes que les hacia, como buenos y agradecidos vasallos que todos eran; pero el de Gormaz, cuando llegó su vez, dió rienda suelta al enojo que se habia ido apoderando de su pecho, en tanto que el rey hablaba á los demas caballeros, y particularmente al de Vivar, á quien creia injustamente favorecido por el rey, cuya frialdad para con él atribuia á malquistacion del honrado anciano, que tan distante se hallaba de merecer aquella acusacion.

—Señor, dijo al rey dirijiendo de tiempo en tiempo una mirada al de Vivar, el conde de Gormaz sería un lisonjero cortesano y no un honrado caballero, si diera gracias á su rey por mercedes que no recibe. Si os placen solamente aduladores, no espereis hallar uno en mí.

Otro monarca menos prudente que D. Fernando hubiera castigado la audacia y la ingratitud de D. Gome, y hubiera puesto una mordaza en la lengua que de tal modo se le atrevia; pero Don Fernando reprimió su enojo y dejó al de Gormaz esponer sus resentimientos, por mas que fuesen injustos y lo hiciese en términos indignos de un vasallo en presencia de su rey.

—Encargais, señor, continuó D. Gome, la crianza de vuestros hijos á un viejo caduco, como si los criárais para monjes ó como si los quisiérais afeminados como las hembras, y por favorecer á un menguado adulador, olvidais, señor, mis servicios y el valor con que os he servido siempre!... Si quereis que los infantes sean buenos caballeros, diestros en romper una lanza en una justa, y osados y entendidos al cerrar con un escuadron de moros, ¿á quién debias fiar su crianza, á un viejo cuya mano apenas puede sustentar el báculo en que se apoya, ó á mí que tengo valor en el corazon y fuerza en el brazo para blandir la espada, no solo contra el infiel, sino tambien contra todo el que ose ponerlo en duda como á probarlo estoy dispuesto?

Y al hablar así, D. Gome se dirijia á Diego Laínez provocándole, no solo con la palabra sino tambien con el semblante.

—Señor, dijo el anciano dirijiéndose al rey y reprimiendo su justa indignacion, que á no estar contenida por la presencia del

Digitized by Google

rey hubiera estallado, ya que no con ayuda de la espada que en efecto no podia sustentar su temblorosa mano, con la de la palabra que hubiera sido enérgica y terrible al defender una honra que nadie mas que el conde se habia atrevido á mancillar; señor, perdonadme si al defender mi honra traspaso los límites de la moderacion que debo respetar delante de mi rey y señor. Y continuó dirijiéndose al de Gormaz: — D. Gome, sois injusto en demasía al suponerme lisonjero y calumniador. Diego Lainez agradece las mercedes que recibe de su rey, pero nunca las solicita y mucho menos con la lisonja y la calumnia. Si las razones que habeis alegado para probar que el rey debió encargaros la crianza de los infantes en vez de confiármela á mí, han convencido á quien me ha honrado con esta confianza, renunciaré en vos tanta honra, por mas que la tenga por la mayor que he recibido durante mi larga vida, consagrada casi toda ella al servicio de la patria. Pero no; esas razones no deben pesar tanto como eso en el ánimo del rey. Esta debilidad que notais en mi mano, estas canas que veis en mi cabeza y estas cicatrices de mi rostro, prueban que he vivido mas que vos, y que no siempre he frecuentado los salones de la córte. Si no puedo romper una lanza en una justa ni cerrar con un escuadron enemigo, puedo enseñar uno y otro; vos que lo aprendísteis de mí debiérais certificar de ello, y ya que no por anciano, respetarme por maestro.

El rey conocia la sinrazon del conde y la prudencia y la moderacion del de Vivar, pero no queria decidirse ostensiblemente por ninguno de los dos, porque conocia los males que al Estado debia traer un rompimiento completo entre aquellas dos nobles familias, ambas poderosas por sus riquezas y parciales; ademas enemistándose con el conde de Gormaz, se captaba un enemigo cuyo poder debian temer los monarcas mismos. Así fué, que se propuso interponer su influencia para reconciliar á ambos contendientes, quedando en buen lugar con uno y otro.

—Dejad, les dijo, esas funestas querellas, y pensad solamente en consolidar la amistad que un tiempo no lejano os unió, y en servir unidos á vuestra patria y la fé de vuestros mayores, continuamente amenazadas por los moros, que no de otro modo dán

Digitized by Google

Digitized by Google

Lám. 1.ª

pruebas de tales los buenos caballeros cristianos. Ambos sois fortísimas columnas de la fé y de mi trono, y nunca fué mi ánimo favorecer á uno con perjuicio del otro, antes bien, al recompensar vuestros merecimientos he querido colocar á cada uno de vosotros en el puesto que sus circunstancias reclaman. Cuando el rico-home de Vivar era bastante robusto y fuerte para manejar una lanza, acaudillaba las huestes cristianas, y hoy que solo puede servirme con la sabiduría que dá la esperiencia, le confio un empleo que solo es dado desempeñar con ella. Vos, D. Gome, sois el mas idóneo para acaudillar mis soldados, y por eso os nombro su caudillo. Un dia sereis viejo como Lainez, y entonces utilizará el rey vuestra sabiduría y vuestra lealtad en su casa. Conociéndoos valiente y aficionado á los hazares de la guerra, creí agraviaros confiándoos en mi alcázar un destino que solo deben desempeñar los ancianos como Arias, Peranzures y Lainez, ó aquellos caballeros que por apocados de ánimo no sirven para los campos de batalla. Lainez, alargad la mano á D. Gome, que él la estrechará de buen grado.

El anciano alargó en efecto su temblorosa mano como para buscar la del conde, deseoso de complacer al rey, y de sacrificar sus justos resentimientos á trueque de una reconciliacion que evitase muchos males al Estado y tornase la tranquilidad á su casa. Quizá se acordó tambien en aquel instante de Rodrigo, cuya felicidad estaba en la renovacion de su amistad con el de Gormaz; pero júzguese de su sorpresa y de su justa indignacion cuando vió que el conde retiraba la suya diciendo con soberano desdén:

—La mano del conde de Gormaz nunca ha estrechado ni ha de estrechar mano de calumniadores.

—D. Gome!... esclamó el honrado viejo, revistiéndose de la altivez propia de todo caballero injustamente ultrajado: antes de alargaros mi mano debí cortarla. Vos... vos sois el calumniador, cuya mano hubiera manchado la mia.

—Si mi mano no ha manchado la vuestra, contestó el conde, tomad, viejo fementido, manchará para siempre vuestro rostro.

Y ensangrentó con una bofetada el venerable rostro del anciano, de Diego Lainez, del que un dia fué terror de la

Digitized by Google

morisma, del caballero mas cumplido de Castilla, del hijo de Lain Calvo!!...

—Justicia de Dios!..... gritó el desventurado anciano luchando con su impotencia para devolver al cobarde felon la injuria que de él habia recibido; pero la ira ahogó su voz, anubló su vista, trastornó su cabeza y le derribó al suelo.

—Traidor, mal caballero y mal vasallo, esclamó el rey, en mi presencia osais alzar la mano contra un caballero inerme, que viejo y todo, vale mas que toda vuestra casta? Vive Dios que mi verdugo ha de cortar mañana mismo en la plaza de Leon la mano que tamaña alevosía ha cometido. Ah de mi guarda! ha de mi guarda!...

Pero la voz de D. Fernando se perdió entre el ruido y la vocería que acababa de levantarse en el salon. Las damas gritaban aterradas, y huian sin tino hácia las habitaciones interiores del alcázar, creyendo hallar en ellas un sagrado que las librase del tumulto, y los caballeros divididos en dos bandos, el uno por el de Gormaz, y el otro por el de Vivar, ponian mano á las espadas, y prorumpian en sañudas imprecaciones y amenazas, sin que la presencia y la voz, y la autoridad del rey y los infantes bastasen á contenerlos. Al fin, D. Fernando pudo dominar el tumulto al tiempo que alzaba del suelo al anciano y le estrechaba en sus brazos, y hasta imprimia el labio en su mejilla como para lavar la mancha que acababa de estamparse en ella: calmado un tanto su enojo, pudo al fin reflexionar: el prudente monarca consideró que si insistia en prender al de Gormaz, iban á correr arroyos de sangre en su alcázar, y á encenderse odios inestinguibles entre la flor de los caballeros de Leon y Castilla; recordó que el rico-home de Vivar, tenia sobrados campeones á quienes encomendar la venganza de aquella afrenta, y tuvo por mas prudente castigar al conde en la tela que en la picota. La voz de Diego Lainez vino en apoyo de esta decision.

—A Vivar, á mi castillo!.. esclamó el anciano mesándose los cabellos y derramando las primeras lágrimas que habia derramado desde que ciñó espada y calzó espuela de caballero. A Vivar, á mi castillo!..... continuaba dirigiéndose á sus criados y

Digitized by Google

parciales que le rodeaban rujiendo de furor. Era que la afrenta que habia recibido no habia turbado su razon hasta el punto de desconocer lo que se debia á la casa del rey, en cuya presencia ningun honrado vasallo debia sacar la espada para vengar ofensas particulares.

Diego Lainez fué obedecido: pocos instantes despues iba en una litera camino de Vivar acompañado de muchos peones y caballeros, y los salones del alcázar se hallaban desiertos.

El conde de Gormaz tenia muchos parciales en Leon, como lo probaba el crecido número de caballeros que se habian puesto de su lado cuando los del rico-home de Vivar pusieron mano á las espadas indignados por la villana ofensa inferida al anciano; mas, cuando se hubo aquietado el tumulto, cuando la reflexion hizo conocer por parte de quien estaba la razon, apenas hubiera hallado D. Gome un caballero que desnudara la espada en su defensa. Hubiérase dicho al dia siguiente que el conde habia perdido en pocas horas todos sus amigos, pues los que hasta entonces le habian sido mas adictos, se contentaban con mostrarse neutrales en aquella cuestion que era objeto de todas las conversaciones.

Digitized by Google

CAPITULO III.

Donde el lector verá lo que sucedió á Rodrigo y su escudero desde Leon á Vivar.

mos á Rodrigo abandonar el alcázar precisamente cuando los placeres del sarao y la circunstancia de hallarse reunidas allí las damas mas hermosas de Leon y Castilla hacian mas grata la permanencia en sus salones. ¿A dónde se dirigia? ¿Cuál era su objeto al alejarse del centro de la alegria y los placeres? Las crónicas no nos prestan luz muy clara, lo mismo en esta ocasion que en otras, para no perder de vista al héroe de nuestra historia.

Eranle insoportables el bullicio y el tumulto de la córte: su alma intranquila necesitaba la calma de la soledad; Rodrigo queria reconcentrar su pensamiento en un solo objeto, en el amor que

Digitized by Google

cuanto mas contrariado, mas lozano y ardiente se señoreaba de su corazon. ¿Qué le importaban á él todas aquellas hermosas damas, todos aquellos apuestos y nobles caballeros, todas aquellas acordadas músicas, todos aquellos juegos y danzas, toda aquella animacion, aquella vida, aquel movimiento, aquella alegria de la córte, si no podia entregarse á sus dulces pláticas con Jimena, á sus sueños de amor y felicidad de otro tiempo? Consideró que si iba á despedirse de su padre, no podia hacerlo sin despedirse al mismo tiempo del rey y los demas caballeros que le acompañaban, en cuyo caso unos y otros se opondrian á que abandonase los placeres del sarao, distantes como se hallaban de comprender sus deseos y su necesidad de estar solo.

Dirijióse á su posada, y montando en un brioso corcel, salió de Leon seguido de Fernan Cardeña, un escudero que lo habia sido de su padre y á la sazon lo era suyo, porque el prudente Diego se le habia destinado la víspera de la batalla de Atapuerca, donde lidió por primera vez Rodrigo, pues sabia que Fernan por su valor, por su carácter decidor y alegre, por su esperiencia y sobre todo por su lealtad, era entre sus servidores el mas apropósito para acompañar y servir al mancebo. Hablando con propiedad, no podria darse el nombre de escudero á Fernan, atendidas las funciones que cerca de Rodrigo desempeñaba, y las que por lo comun eran propias de los que llevaban tal nombre. Fernan era un compañero de Rodrigo; mas bien tenia carácter de ayo que de escudero, y hasta las armas así ofensivas como defensivas que llevaba, daban lugar á que se le confundiese con los caballeros.

Era la noche apacible y hermosa, y una clarísima luna iluminaba las cercanías de Leon, animadas aun por la algazara de los villanos que continuaban entregados á sus bailes, á sus cantares y aclamaciones, quienes alumbrados por la luz de las hogueras, quienes por la luna, quienes en fin, por el abundante zumo de uba que habian trasegado á su estómago, brindando por el rey D. Fernando que tan liberal se habia mostrado con todos aquel memorable dia.

—Voto á Judas Iscariote, decia para sí Fernan, que no parece

Digitized by Google

sino que alguna de las brujas que celebran su sábado en torno de esas hogueras ha embrujado á mi amo y señor!... El que siempre está de buen talante y gusta de conversar conmigo y que le hable de asaltos y batallas y de perros moros ensartados en mi lanza, esta noche está cabizbajo y triste, no se le dá un ardite de cuanto ve y oye, y camina callado como un muerto!... Pero tengo para mí, que quien le ha embrujado es esa Jimena con quien pensaba casar antes de enemistarse el de Gormaz que Dios confunda y el de Vivar que Dios bendiga. Cierto que la doncella es bocado, no digo de hidalgo, sino de emperador, pero por el alma de Belcebú que mi amo yerra en darse malos ratos por hembras, siquier sean nobles, siquier villanas. Tengo para mí que mas hembras hay que varones, pues mientras nosotros vamos á la guerra y por allá quedamos la mitad, ellas las his de tales se están muy regaladas en casa esperando que las mate Dios que las crió, y es plaga la que de ellas hay en todas partes. Pues si á cada varon tocan dos hembras, que de dos no bajarán, ¿no es boberia y desatino de marca apenarse por perder una? ¡Oh qué poco se apenára el hijo de su madre si perdiera las dos que le han tocado, que no hay una dé ellas que me deje gozar en paz de su amor con sus celos y camorras! Mañana llegaremos á Vivar, si con este paso no rebientan nuestras cabalgaduras, y jurára por el nombre que tengo, que me muele y me asenderea con sus celos Mayorica la doncella de mi señora Doña Teresa... Pero, señor, si á cada varon tocan dos mujeres, ¿por qué cada una de por sí ha de llevar á mal que uno quiera á la otra? Por el alma de Belcebú que me pudre la sangre y me desespera esta sinrazon de las hembras!... Mas, dame mucha pena el ensimismamiento de mi señor, y es cargo de conciencia no distraerle un poco, que bien es menester distraer el ánimo para hacer llevaderos esta larga jornada, estos caminos mas ásperos que el de la gloria, y este trote de los caballos que no deja asentadera sana.

Y así diciendo, Fernan aplicó el acicate á su troton hasta emparejarle con el de su amo.

—Buena noche tenemos, señor, dijo á este que continuaba pensativo y espoleando sin tregua su caballo; pero Rodrigo no contestó.

Digitized by Google

—Aun no hemos oido cantar los gallos de las ventas que vamos dejando atrás, y estamos á mitad de camino, continuó el escudero; me parece que pudiéramos acortar algo el paso para que vos, señor, no os lastimárais las asentaderas que debeis llevar desolladas; porque sin mataros vos ni las cabalgaduras, podemos llegar á Vivar antes de mediodia.

Rodrigo no se dió por entendido, y Fernan continuó:

—Recuérdame esta noche una en que estando yo al servicio de vuestro señor padre, dimos buena cuenta de un escuadron de moros que iban á poner fuego á las mieses en tierra de cristianos.

Rodrigo siguió abismado en sus meditaciones: pero Fernan no se dió por vencido: acababa de tocar inútilmente una de las cuerdas que con mas facilidad bibraban en el corazon de su señor, la de la guerra, y quiso probar si daba mejores resultados otra, la del amor.

—Menos tiempo, dijo, empleamos esta noche en la jornada de Leon á Vivar, que cuando vos, vuestro padre y yo, hicimos la de Vivar á Leon acompañando á Doña Jimena...

Rodrigo se estremeció al oir el nombre de su amada, y Fernan á quien no se escapó aquel movimiento, dijo para sí:

—Cierto que es Jimena quien le ha embrujado con aquellos dos ojos que parecen dos luceros de la mañana. Sáqueme los mios Mayorica en cuanto lleguemos á Vivar, si no va pensando en ella.

No se equivocaba el bueno del escudero: el enamorado mancebo iba pensando en su amada, iba recordando la felicidad que habia gozado á su lado y calculando las probabilidades que tenia de renovarla y asegurarla para el porvenir.

—Qué dias tan felices, pensaba, aquellos que pasábamos juntos, ya en mi solar de Vivar, ó ya en el suyo de Gormaz! Cuando los dos éramos niños, fiábamos que un lazo indisoluble nos habia de unir, pero ignorábamos el nombre de aquel lazo: solo sabiamos que nos amábamos y que no podiamos dejar de amarnos; crecímos, y con nosotros creció nuestro amor, y entonces fuimos conociendo el nombre que nos habiamos de dar un dia. ¡Quién nos hubiera dicho entonces que habia de llegar un tiempo en que fue-

Digitized by Google

ra poco menos que irrealizable la union en que se cifraban nuestras mas dulces esperanzas y las de nuestros padres! Asistiamos á un torneo, y cuando un caballero rompia las lanzas que era preciso romper para ser proclamado vencedor, me decia Jimena:—Rodrigo! cuando ciñas la espada de caballero lidiarás así, así vencerás, y así recibirás el premio, y tu gloria será la mia!»—Y cuando la reina del torneo, sentada en un trono dorado y adornado de guirnaldas de flores, entregaba el premio al vencedor arrodillado á sus pies, y era aplaudida por la multitud y codiciada su hermosura por los caballeros mas nobles y mas apuestos, yo decia á mi Jimena:—Un dia serás tú tambien reina del torneo y yo el vencedor á quien otorgues el premio; todos te aplaudirán y admirarán tu hermosura, y tu gloria aumentará la que me quepa por el vencimiento.»—Otras veces recorriendo, fugaces como las mariposas y alegres como los pájaros, los jardines que rodean el castillo de sus padres ó los que rodean el de los mios, ó juntos á la sombra de los árboles de la pradera, arrojando puñados de flores al arroyo que las arrebataba en su rápida corriente, ó juntos en la plataforma del castillo, contemplando el azul de los cielos y respirando el aroma de los campos que traian hasta nosotros las frescas auras de la noche, soñábamos una vida de amor, de gloria, de felicidades celestes.

A este punto de sus reflexiones llegaba Rodrigo Diaz, cuando Fernan le interrumpió pronunciando el nombre de Jimena. Hablaron algunos instantes de la jornada á que el escudero se referia; pero como el mancebo no tuviese por conveniente dar á aquel satisfacciones de sus amores y no pudiese ocuparse de lo que con ellos tenia alguna relacion sin venir á parar á ellos, mudó de conversacion. Obligado á emprender alguna, pues el escudero era tan aficionado é ella que no habia medio de resistirle, acudió á la que mas la agradaba, es decir, habló de la guerra.

Fernan que de los treinta y seis años que contaba habia pasado veinte en los campos de batalla, distrajo completamente de sus cavilaciones amorosas á su señor, contándole hazañas cuya mayor parte califica de patrañas del escudero el cronista á quien debemos estas noticias, pero que Rodrigo creyó de muy buena fé.

Digitized by Google

entusiasmándose á veces hasta el estremo de prorumpir en—Ah perros moros! Por Santiago que esa lanzada valia un tesoro de rey!.. Ira de Dios, qué villano era el caballero... Oh quién hubiera estado allí para cortar la cabeza al felon!... y otras esclamaciones por el estilo.

En esto empezaba á alborear, y los pajarillos cantaban en los árboles que sombreaban el camino. Nuestros viajeros llegaban cerca de una venta llamada del Moro. Fernan manifestó á su señor la conveniencia de descabalgar en ella para reforzar un poco el estómago de ginetes y caballos, á lo que Rodrigo accedió considerando que si á él le quitaba el amor el apetito, no así á su escudero y á las cabalgaduras.

Disponíanse á echar pie á tierra, cuando oyeron un ruido como de caballos en una oscura arboleda que habia frente á la venta, y casi al mismo tiempo oyeron una voz que les decia:

—Ténganse los caballeros!

—Ténganse los villanos, que son ellos, gritó Rodrigo poniendo mano á la espada para acometer á los desconocidos.

—Por el alma de Belcebú, le gritó Fernan, no hagais tal, señor, que vuestra espada de caballero no debe estrenarse en ese atajo de bandidos, que bandidos deben ser, y por remate villanos de estos contornos. Vereis, voto á Judas Iscariote que cuenta dá de ellos mi lanza.

Y al decir esto, Fernan embistió á los emboscados, no acompañándole su señor, á quien en efecto pareció que no debia estrenar en unos miserables salteadores la espada que dias antes le habia ceñido el rey de Castilla y Leon.

En tanto que Fernan lidiaba en la arboleda con los que él suponia bandidos, derribando uno de cada bote de su descomunal lanza, uno de aquellos se separó de sus compañeros y se encaminó precipitadamente hácia la venta, y echando pie á tierra, dió una terrible patada á la puerta que saltó hecha astillas, y entró, saliendo de allí un instante despues con otra persona que parecia una mujer, con la que saltó á su caballo, al que arrimó un fuerte espolazo en ocasion que Rodrigo que habia estado observando aquella escena, oyó una voz que decia:

Digitized by Google

—Por Dios, señor caballero, amparad á una doncella robada á sus padres por estos malvados felones.

Rodrigo creyó llegada la ocasion de cumplir uno de los deberes que habia jurado al ser armado caballero, cual era el de defender á los débiles oprimidos, y poniendo mano á la espada, cerró con el raptor que á su vez empuñó su acero, sujetando con la mano izquierda las bridas de su cabalgadura y á la doncella. El combate era obstinado y fiero; las desventajas del embarazo que al desconocido causaba su presa, estaban equilibradas con las que daba á Rodrigo su temor de herir á la que trataba de salvar, tanto mas, cuanto que la espesura de los árboles robaba los escasos albores de la mañana; pero como se oyera el galope de un caballo que se dirigia hácia los dos combatientes, el ladron de doncellas volvió la cara por un movimiento instintivo, sin duda para ver si llegaba en su socorro alguno de sus compañeros, y entonces el valeroso mancebo le metió la espada por la gorguera y le hizo caer al suelo derramando un torrente de sangre, arrastrando tras sí la doncella que acababa de desmayarse.

En aquel instante llegó Fernan blandiendo su ponderosa lanza.

—Bien, señor, bien, voto al alma de Belcebú! esclamó el valiente escudero al ver á su amo triunfante de su adversario. Sois digno de vuestro padre, y habeis dado buen estreno á vuestra espada, que á lo que veo estos traidores eran ladrones de doncellas. Anda al infierno, villano, continuó dirijiéndose al vencido, que allá en el robledal quedan mordiendo tierra dos de tus compañeros, y podreis hacer la jornada en amor y compañia.

Así diciendo, caballero y escudero descabalgaron para socorrer á la doncella. Villana era esta á juzgar por su trage, pero tan gentil que el escudero sintió que en vez de dos hembras, no tocasen tres á cada varon. Lleváronla á la venta cuyos dueños se alegraron mucho de verla libre de sus raptores, pues si bien no se habian atrevido á defenderla, habian conocido que iba robada, y merced á los auxilios que venteros, caballero y escudero la prestaron, tornó á corto rato en su acuerdo arrojándose de hinojos á los pies del valeroso mancebo que la habia salvado, dándole las gracias, llorando como una Magdalena. Consoláronla todos á porfia, y pa-

Digitized by Google

reciendo á Rodrigo que no era prudente dejarla en la venta espuesta á caer nuevamente en manos de aquellos de sus raptores que habian escapado de los botes de Fernan, determinó conducirla á Vivar, donde recobraria su salud harto quebrantada en pocas horas. De buen grado asintió la doncella, y despues de haber tomado un corto refrigerio asi el escudero como las cabalgaduras, ayudáronla á subir en la del que yacia, al parecer muerto, á la puerta de la venta, y todos tres siguieron camino de Vivar á tiempo que el sol despuntaba por Oriente, y labradores y trajineros cruzaban por todas partes comunicando vida y alegria á aquellos campos, poco antes solitarios, con sus cantares y sus alegres y cordiales pláticas.

Digitized by Google

CAPITULO IV

Donde la doncella, amen de su historia, cuenta sucesos que da ira el oirlos ó leerlos.

olgarase mi señor, gentil doncella, de saber cómo ha sido el hallaros á merced de esos traidores, dijo Fernan á la villana, asi que se apartaron algunos pasos de la venta, no pudiendo contener su curiosidad que tambien aguijoneaba á Rodrigo, aunque no se apartase un instante de su pensamiento la imágen de Jimena.

—Eso haré con mucho gusto, cortés escudero, contestó la doncella, que si el saber que violentaban mi alvedrío ha bastado á este señor caballero para socorrerme, muy satisfecho ha de estar de su generosidad cuando sepa mas pormenor mi desgracia.

Digitized by Google

—Contádnosla, contádnosla, dijo Rodrigo impaciente por saber las aventuras de su protegida, cuya discrecion y hermosura admiraba.

Y la doncella se apresuró á complacerle, diciendo:

—Dióme Dios padres muy honrados, aunque villanos de condicion, y siempre moré con ellos en Carrion ese condado. Eran vasallos de D. Suero, y aunque siempre abrumados por la tiranía del conde y los tributos en que invertian la mayor parte del fruto de sus trabajos del campo, vivian contentos porque el amor que mis padres se tenian, hacia llevaderas, y aun dulces, todas sus penas. Nací yo, único fruto de su union, y me amaron con ternura tal, que si me hubieran arrebatado de su lado, hubiérasele arrebatado conmigo la vida. Contaros todos los cuidados de que me ví rodeada hasta cumplir los catorce años, fuera cuento de nunca acabar: tengo para mí que los pobres aman mas que los ricos, porque como el amor es uno de los placeres, y quizá el único, que no les está vedado, se entregan á él con toda la fuerza de su alma. Pobres y todo, mis padres procuraron educarme mejor que suelen serlo las doncellas de mi condicion, y fuese por esto, ó fuese por el esmero con que mi madre me ataviaba, es lo cierto que yo era siempre preferida entre todas mis compañeras por los mancebos cuando bailábamos en las heras las tardes de disanto, cuando de noche nos festejaban con músicas ó cantares al pie de las ventanas, ó cuando tornaban de la arboleda con mayos que plantaban junto á las puertas de las casas. Cerca de la nuestra vivia un mancebo, por nombre Martin, que entre todos los de su edad se distinguia por la aficion que me mostraba y por sus buenas prendas, no menos que por su gentileza y valor. A mi vez, aficionéme á él, y aficionáronsele tambien mis padres tanto, que habiéndoles pedido mi mano seguro de que era suyo mi corazon, prometiéronsela gustosos, y estaba cercano el dia de nuestra union. No sé si sabreis cuán aborrecido es D. Suero en su condado, tanto de hidalgos como de villanos por su tiranía y sus desafueros que mas de una vez han llegado á oidos del rey, sin que á D. Fernando haya sido dado ponerles coto, porque D. Suero es tan poderoso como artero y audaz. No lejos de Carrion, en un valle poblado de som-

Digitized by Google

brías arboledas, hay un santuario donde todos los años van en romería los habitantes de veinte leguas en contorno, y donde todos se entregan á los bailes, comidas y otros solaces propios de tales fiestas. La romería de que os hablo, se celebra en lo mas lozano de la primavera, y las galas del campo hacen mas agradable la concurrencia á ella: con los primeros albores salimos de Carrion mis padres, Martin, el suyo y yo, y llegados al santuario, despues de visitarle devotamente, nos retiramos á comer y descansar bajo los árboles, sentados todos sobre la yerba tachonada de florecillas que nos deleitaban con su hermosura y su olor. Terminada nuestra frugal, pero sabrosa comida, acercóse á nosotros un cuitado ciego tocando un laud; ofrecímosle lo que restaba de nuestras viandas que él aceptó agradecido, como tambien algunos tragos de buen vino que tornaron placentero su humor, y le rogamos que tañese su instrumento para bailar á su compás Martin y yo. Hízolo el ciego de buen grado, y nosotros bailábamos con mucho contento nuestro y embeleso de nuestros padres que nos aplaudian con ardor. Ibanse acercando muchas gentes formando corro en torno de nosotros; mas de repente, oyéronse pisadas de caballos, y todos volvimos la vista hácia el lado de donde venia el ruido y todos temblamos al ver al conde D. Suero que cabalgaba no lejos de nosotros con un lucido cortejo de pages y escuderos y que tenia fija la vista en mí con una atencion que me hizo estremecer. El ciego dejó caer al suelo su instrumento al oir el nombre de Don Suero, y empezó á temblar de tal modo, que ponia lástima á los circunstantes entre los que procuraba ocultarse como si los ojos del conde fueran de basilisco y temiera que le viesen. Dispersóse la muchedumbre habiendo cesado la música y el baile que la atrajera; siguieron su camino D. Suero y sus servidores, y poco despues se habia calmado nuestra inquietud. Mas no asi la del ciego que continuaba lleno de terror y prestando oido al menor ruido que sonase en las cercanías. Preguntámosle la causa de su inquietud, y ved aqui la lamentable historia que nos contó deshaciéndose en lágrimas algunas veces: «Dios al privarme de una esposa, me habia dado una hija y conservado los ojos para recrearme en su hermosura, porque no sabeis cuán hermosa era mi Sancha! Po-

Digitized by Google

bres y ricos envidiaban mi tesoro, que el oro y la plata y los palacios no valian tanto como mi hija. «Padre, me habia dicho, vos sereis mis amores en la tierra.» Hija, le habia dicho yo, tú serás mi gloria en este mundo! Y tal era yo para ella, y tal era ella para mí. Un dia vimos desde nuestra ventana un caballero que atravesando los campos que cultivábamos se dirigia á nuestra feliz morada. Llamó á mi puerta, y pidiendo agua porque era en el mes de julio y el sol era tan ardiente, que Sancha y yo habíamos tenido que abandonar el campo para esquivarle, diósela mi hija con la mejor voluntad, y le convidamos á reposar bajo nuestro techo. Diónos las gracias el caballero, mas no quiso aceptar nuestra oferta.—Hospitalarios sois, nos dijo, y yo quisiera mostraros que soy agradecido; en vez del favor que me ofreceis os demando otro, es á saber, que si alguna vez vais á Carrion donde son mis estados, vayais al palacio que allí tengo, que me holgara de veros y hospedaros en mi casa; si asi no lo haceis, desplaceréisme mucho, por que prueba será de que no fiais de mi buena voluntad como fio de la vuestra.» Prometímosle hacer su gusto en cuanto llegase ocasion, y el caballero tornó por el mismo camino dejándonos prendados de su cortesía, y resueltos á satisfacer sus deseos el dia que fuésemos á su condado de Carrion. Llegó este dia y pareciéndonos descortesía tornar sin ver al conde, pues mas hace quien ofrece que quien agradece, fuimos á su castillo donde el mismo Don Suero nos recibió y agasajó, no como á villanos que nosotros éramos, sino como á reyes. Mostrónos magníficos aposentos, muebles ricamente labrados, brocados y tapices dignos de un emperador, vajillas de oro y plata, y lechos cubiertos de seda y oro; allí vió mi Sancha doncellas vestidas como reinas; de suyo no eran tan hermosas como ella, mas parecíanlo por la riqueza de los trages y por la blancura de su tez no curtida como la suya por los ardores del sol y los cierzos del invierno. Y cuando tantas riquezas y tantas delicias nos hubieron hecho lamentar interiormente la miseria en que siempre habíamos vivido sin conocerlo hasta entonces, díjonos el conde si queríamos quedarnos en su palacio, donde nos esperaba una vida llena de ventura comparada con la que habíamos arrastrado é íbamos á arrastrar en el campo. Faltónos poco para ac-

Digitized by Google

ceder á sus instancias, pero mi Sancha y yo habíamos oido decir que la ambicion y la lisonja y la calumnia que matan el cuerpo y el alma suelen morar en los palacios, y resistimos la tentacion y las instancias que redoblaba D. Suero. Despedímonos de él con señales de agradecimiento; mas al llegar á la puerta del castillo hallámosla cerrada, y cuando íbamos á llamar que se nos abriese, dos criados del conde se apoderaron de mí y otros dos de mi hija y nos separaron, llevándonos violentamennte, á Sancha no sé á donde, y á mí á un oscuro encierro. En vano supliqué, en vano grité apellidando traidor al conde, en vano interrogué á mis carceleros, que permanecí muchos meses en mi encierro como apartado del mundo sin que un rayo de luz hiriera mis ojos. De tiempo en tiempo sonaban los cerrojos de mi calabozo y una persona, no sé si hombre ó muger, porque la oscuridad era siempre completa y jamás resonaba allí mas voz que la mia, me llevaba la escasa vianda que prolongaba mi triste vida. Una vez tomé el vaso en que me dejaban el agua y le llevé á mis lábios; en lugar de agua, hallé en él un suave licor que bebí sin desconfianza, y á poco rato sentí una gran pesadez en todo mi cuerpo, mis sentidos se entorpecieron, mis párpados se cerraban y un sueño invencible me rindió á pocos instantes. Muy largo debió ser aquel sueño ó al menos largo me pareció por los tormentos que en él sufrí; al principio fué una espantosa pesadilla que me representaba ora á mi hija llamándome desolada para que la librase de la liviandad del conde, ora llorando sin consuelo la pérdida de su honra, y despues sentí agudos dolores en mi cabeza como si me arrancasen los ojos, y me pareció oir pasos en torno de mí. Por último, sacudí aquel sueño infernal, recobraron su actividad mis sentidos, y ya no sentí mas que un gran cansancio en todo mi cuerpo y un escozor, una sensacion dolorosa en mis ojos. Llevé la mano á ellos y hallé mi rostro bañado de un líquido que tuve por sudor. Una terrible sospecha me asaltó en aquel instante: temí que me hubiesen privado para siempre de la luz, y el dolor que sentí en los ojos durante algunos dias, me afirmó mas y mas en aquella idea. Desde entonces codicié mas que nunca la salida de mi encierro para saber si mis sospechas eran ciertas, si estaba condenado á vivir

Digitized by Google

eternamente en las tinieblas, y se la demandé incesantemente á mi carcelero, el que, hablándome por primera vez, me dijo un dia que venia á darme la libertad. Tomóme de la mano y guiándome por unos ánditos tortuosos me dejó en un sitio que me pareció ser el campo, porque circulaba libremente el aire, rodaban las hojas por el suelo, hollaban mis pies una alfombra que parecia de yerva, y llegaba á mi oido el murmullo de las fuentes y los arroyos. Entonces... ay! entonces un grito doloroso se escapó de mis labios : ya no me quedaba duda, el conde de Carrion me habia condenado á perpetua oscuridad, nunca volverian á ver mis ojos el sol, el cielo, las flores, la verdura de los campos y sobre todo la peregrina hermosura que Dios habia derramado en el rostro de mi hija..! Mi hija, mi Sancha! Qué es de ella, Dios mio! esclamé; dónde podré hallarla, dónde está..! dónde está que no viene á guiar á su padre, al pobre ciego, en las tinieblas que perdurablemente le rodearán!! Y desde entonces busco á mi hija por todas partes, en las aldeas y en las ciudades, en los palacios y en las cabañas, y en ninguna parte la encuentro... Cien veces he ido á pedírsela á D. Suero, y siempre ha mandado á sus criados que me echen á palos de su palacio, y ya no me atrevo á ponerme en su presencia, porque me matará y yo no quiero morir sin haber vuelto á estrechar en mis brazos á mi hija y sin haber hallado un caballero que vengue las inícuas injurias que lamento.»

—Ira de Dios, qué villano es ese conde, esclamó Rodrigo al llegar aqui la doncella, á quien habia escuchado con visible emocion. Diera la vida, continuó, por probar en él el temple de mi espada, y plegue á Dios depararme ocasion de habérmelas con él.

—Como vos esclamó Martin, continuó la doncella, cuando el ciego terminó su lamentable historia. Viéraisle, señor caballero, apretar sus robustos puños, blandir el leño que le servia de báculo, y seguir con la vista el camino por donde momentos antes habia desaparecido el conde como buscando aquel mal caballero para abrasarle con el fuego de su generosa cólera.

—Voto á Judas Iscariote, esclamó Fernan, no menos indignado que su señor, que si mi lanza topa á ese conde felon, le ha de ensartar como cuenta de rosario, aunque sea, no digo ante el rey de

Digitized by Google

Leon y Castilla, si no ante el mismo rey de los cielos... Mas, seguid vuestro cuento, discreta doncella, que tengo para mí ha de estar mi señor gozoso de saber en lo que fina.

La doncella volvió á tomar el hilo de su narracion, y caballero y escudero acercaron sus cabalgaduras á la suya cuanto pudieron á fin de no perder palabra.

—El sol iba á esconderse tras una colina lejana, y los pájaros le daban la despedida cantando tristemente en los árboles que nos cobijaban, y los romeros comenzaban á alejarse del santuario, pues sus cantares y sus gritos de alegria iban estendiéndose á lo lejos por los caminos que partian de la ermita en todas direcciones. Tomamos nosotros la de Carrion, y el ciego del laud fué á hospedarse en casa del ermitaño; su historia nos habia quitado la alegria, y caminábamos silenciosos é inquietos como si presintiéramos alguna desventura. La noche habia cerrado, y la luna ora alumbraba, ora se escondia entre los negros nubarrones que vagaban en el cielo : al entrar en una cañada poblada de árboles divisamos en la sombra unos bultos que nos parecieron hombres á caballo y no nos equivocamos, que al punto salieron á nuestro encuentro dándonos la voz de: «Ténganse los villanos ó lo que sean.» Martin conoció en aquella voz la de un criado de D. Suero y me lo dijo poniéndose delante de mí como para guarecerme del peligro que creyó me amenazaba. Descabalgaron dos de los caballeros y se dirigieron á mí con los aceros desnudos; entonces la luna se ocultó tras una espesa nube, y se trabó una lucha terrible y porfiada entre los salteadores y Martin á quien acorrian mi padre y el suyo si bien estaban aun mas inermes que él; pero al fin cesó la lucha sin que la oscuridad me dejase ver qué era de Martin y nuestros padres, y uno de aquellos traidores me tomó en sus robustos brazos sin que yo opusiese la menor resistencia, pues el terror habia anudado todas mis fuerzas, y me puso en los de uno de los que no habian descabalgado, quien, colocándome en ancas de su bridon, metió espuela y partió seguido de sus compañeros, segun en el camino pude entender, no á Carrion, sino á un castillo situado en los confines del condado, y que desde tiempos atrás guarnecen los condes.

Digitized by Google

Mi raptor era D. Suero, el mismo á quien he visto sin vida cabe la venta del Moro. Una hora antes de vuestra llegada descabalgamos todos en la venta porque la jornada habia sido precipitada y larga, y jinetes y cabalgaduras estaban muertos de hambre y de cansancio; mas cuando la jornada iba á continuar, oyéronse las pisadas de vuestros caballos y encerrándome D. Suero en un aposento, salió con los suyos á vuestro encuentro. Ved, señor caballero, si debo estar agradecida al servicio que me habeis prestado, y si salvada y todo de mi raptor, no debo llorar sin consuelo por mis padres y el mancebo con quien pensaba unirme cuya suerte ignoro como ellos, si es que viven, ignoran la mia.

Y así diciendo, la doncella soltó los diques á su llanto que no bastaban á calmar todas las cariñosas palabras de Rodrigo y su escudero.

En estas y las otras, divisaron las almenas del castillo de Vivar, y cuando el sol tocaba la mitad de su carrera, tocaban nuestros viajeros el término de la suya.

Digitized by Google

CAPITULO V.

De como fueron recibidos en Vivar Rodrigo y su escudero.

L primer cuidado de Rodrigo al entrar en la casa paterna, fue encomendar la doncella á las de su madre, las que conociendo cuán necesario le era el descanso, la prepararon un blando lecho, donde la dejaremos reposar para informarnos del recibimiento que al novel caballero hizo su madre, y al escudero su amada *in-partibus*, como llama á Mayor la Crónica de donde tomamos lo que atañe á los amores del honrado Fernan.

Muchos meses hacia que Rodrigo estaba separado de su madre, pues como ignorase los usos y costumbres de la córte á causa de no haber salido casi nunca de Vivar, á no ser para ir á los

Digitized by Google

estados de D. Gome ó á algun torneo que aquí ó allá se celebraba, su padre le llevó consigo á ella para que los aprendiese de modo que supiese cuanto debia saber un cumplido caballero el dia, no lejano ya, en que ciñera espada y calzara espuela de tal.

Era Teresa Nuña una dama en quien resplandecian todas las virtudes y las buenas prendas que se pueden desear en muger. La nobleza de su cuna, su discrecion y su hermosura, le daban derecho á brillar en los alcázares reales; mas otra fué su ambicion desde muy niña: para ella toda la gloria y todos los deleites de este mundo estaban en el hogar doméstico; amar á su familia, ser amada de ella, y ser el ángel tutelar de los débiles y menesterosos, ved aquí su mayor gloria, ved aquí su mayor deleite, ved aquí su mayor elojio. Ya en los tiempos en que vino al mundo era comun sepultarse en un claustro las doncellas que como Teresa miraban con desdén los oropeles mundanos y los livianos galanteos; pero aunque su fé fuese tan pura y tan santa como la que cinco siglos mas tarde inflamó el corazon de otra Teresa, de la cantora del amor divino, si bien no participaba de los éstasis y los delíquios de esta última, Teresa Nuña pensaba de otra manera: pensaba que el claustro debia ser el asilo del infortunio, el refugio de los corazones que solo esperan del cielo, la mansion de los que nada pueden hacer en favor de la humanidad. Hacer la felicidad de un esposo honrado, dar á la pátria hijos que la honren y la defiendan, y cubrir con el manto de la caridad y la misericordia la desnudez y la miseria del infortunio, este era en su concepto el destino mas santo de la muger. Para algo mas que para elevar al cielo los cánticos del rey poeta tras las celosías del coro, ha puesto Dios al lado del hombre la muger, ese ser débil, hermoso, dulce, persuasivo, lleno de caridad, todo espíritu, todo poesía. Dios que en medio de la hedionda laguna hace brotar olorosas florecillas, y sobre la ápera roca hace nacer el suave césped para que el olor de las flores neutralice el hedor de la laguna, y la suavidad del césped la aspereza de la roca; Dios, repetimos, ha puesto la muger al lado del hombre para que la dulzura de la una neutralice la amargura del otro. Cuando la muger vé destrozado su corazon por el hombre, ó cuando este le niega un escudo que proteja su debili-

Digitized by Google

dad, busque en Dios lo que le han arrebatado ó le niegan los hombres, y malhaya quien tal refugio la niegue; pero cuando ninguna de estas dos razones pueda alegar para sepultarse en un claustro, cumpla en el siglo su glorioso destino. Así pensaba Teresa Nuña cuando el honrado Diego Lainez demandó su mano; dióselá ella con alegría, porque así se acrecentaba la honra de su casa, y sobre todo, porque así se iban cumpliendo sus nobles aspiraciones. Desde entonces fué mas que nunca la madre de los desvalidos, y cuando la naturaleza le dió un nuevo título á este dulce nombre, cuando fué apellidado con él por los rosados labios de un infante, creyóse la muger mas venturosa de este mundo. Júzguese cuánto amaba á Rodrigo, á aquel hermoso pedazo de sus entrañas, ella cuyo corazon era un tesoro de amor y ternura para todos, y júzguese con cuánto placer tornaria á abrazar á su hijo, ya hermoso y gentil mancebo, tras algunos meses de ausencia. No bien supo que acababa de descabalgar en el patio del castillo, corrió á su encuentro y ambos se unieron en un estrecho abrazo.

—Cómo, hijo mio, preguntó Teresa al mancebo, cómo no viene tu padre contigo, que así fuera mi ventura completa?

—No hayais pena, madre y señora mia, contestó Rodrigo, que bueno y muy honrado del rey le dejé anoche en Leon á donde acaba de tornar D. Fernando.

—Huélgome mucho, hijo del alma, de la aficion que D. Fernando tiene al rico-home de Vivar, y de las contínuas mercedes con que le honra; pero holgárame mas de verle siempre á mi lado, que si el amor que siempre le he tenido me hacia llorar su ausencia cuando era fuerte y casi mozo, llórola ahora con doble motivo, porque siendo débil y anciano, temo que las inquietudes de la córte dañen su salud, ó caiga en las celadas que le armen sus émulos.

—Cuanto á eso último, no temais, madre: nuestros émulos saben que si á Diego Lainez tiembla la mano para vengar agravios, no así á su hijo. ¿Quién osará ofender á Diego, hoy que Rodrigo ciñe espada de caballero?...

—¡Oh hijo mio! esclamó Teresa volviendo á estrechar en sus brazos al mancebo, llena de gozo, tanto por el generoso aliento

Digitized by Google

que mostraban sus palabras cuanto por la nueva de que habia entrado ya en la órden de caballería. ¿Cómo los ojos de tu madre no habian reparado en el cinto de que pende tu espada?... Cuándo, hijo mio, has sido armado caballero?

—Ayer lo fuí, madre mia, y fuílo muy honradamente, que el rey me ciñó la espada, dióme la reina el caballo y calzóme espuela de oro la infanta Doña Urraca,

—¡Oh cuánto has de honrar la órden que has recibido!

—Eso haré muy pronto, madre mia, que vengo á despedirme de vos antes de partir á las fronteras, donde pueda lidiar con la morisma; porque ¡oh madre mia! yo necesito riquezas, necesito un trono...

—Bien dicen esos nobles intentos que arde en tus venas la sangre de los condes de Castilla! Corre en buen hora al combate, aunque al partir laceres el corazon de tu madre, que quisiera tenerte siempre á su lado; pero no te ciegue mas ambicion que la de servir á tu pátria y la fé de tus mayores. Dices que ambicionas riquezas, que ambicionas un trono... ¿para qué quieres un trono, hijo mio?

—Quiérole, ¡oh madre! para deslumbrar con él á ese ambicioso conde que me considera demasiado pobre y humilde para merecer la mano de su hija...

—¿Aun, hijo mio, no has dominado ese amor que desde que empezó á ser un imposible, tantas inquietudes ha causado á tu alma y á la de tus padres? Aun no has olvidado á Jimena...?

—Olvidarla! olvidarla!... Nunca, madre mia!... En vano lo he intentado; en vano he querido borrar su imágen de mi alma; en vano he considerado que mi amor á Jimena era casi una humillacion á su padre, una humillacion indigna del linage de Vivar; que este amor, madre mia, cuanto mas contrariado, mas lozano y vigoroso me domina. Olvidarla! olvidarla!... Hubiérala amado un dia, un mes, un año y no casi toda la vida, fuéramos Jimena y yo la doncella y el mancebo cuya union aplaza la violencia y la ambicion paterna y no el amor, fuera ella menos hermosa, menos discreta, menos honrada, y yo la olvidára para siempre. Vos, mejor que nadie, sabeis cuán acendrado es el amor que nos une, porque

Digitized by Google

vos, fijos siempre en nosotros vuestros ojos, le habeis visto nacer y crecer, y hasta le habeis alentado procurando tenernos siempre uno al lado del otro, y mostrándonos el contento y el orgullo que os causaba. Cierto que cuando me aparté de vuestros brazos para ir á la córte, os prometí esforzarme por olvidar á Jimena, y aun os dije que tenia esperanzas de conseguirlo; pero me equivoqué, madre mia. Muchos dias pasé sin verla, pero ninguno sin recordarla, y aquel en que su padre la llevó consigo á la córte fué el mas feliz de mi vida, y me mostró que la ausencia habia acrecido nuestro amor. Hubiéraisla visto eclipsando con su hermosura la de las damas mas hermosas de Leon, y enamorando á los caballeros mas gentiles y galanes, y no me preguntárais, madre, si la he olvidado.

Teresa se convenció, si ya de antemano no lo estaba, de que el amor de su hijo era superior á todas la razones, y no trató de combatirle con las suyas, antes bien creyó conveniente templar aquel ardiente corazon con algunas gotas del bálsamo de la esperanza.

—Ni hagas por olvidarla, hijo mio, dijo al exaltado mancebo, acariciándole con su mano y su mirada llena de efusion y de ternura. Ese amor enaltecerá tu alma y fortificará tu corazon. Convoca nuestros parciales y deudos, y vé á luchar con los infieles, que la gloria y el poder que adquieras deslumbrarán, como dices, al ambicioso D. Gome, y Jimena será tu esposa. Las querellas que dividen á su familia y la nuestra, no son de aquellas que entre rivales honrados no pueden tener término sin que el honor se mancille. Vé, mi Rodrigo, vé á reposar, que bien lo has menester tras una jornada tan larga, y mañana harás lo que á tu dicha cumple, que tu madre mas esperimentada que tú en las cosas de este mundo, te ayudará con su amor y su consejo.

Teresa y su hijo tornaron á abrazarse con efusion, y el mancebo se retiró á despojarse de su arnés para entregarse al descanso, no sin haber referido á aquella la aventura de la venta del Moro y recomendádole la doncella hospedada en el castillo.

Hemos manifestado el recibimiento que Rodrigo tuvo en Vivar, y tócanos ahora manifestar el que tuvo Fernan, que no por

Digitized by Google

tratarse de un escudero y una doncella, que ahora decimos de labor, es menos digno de ser contado para escarmiento de los mancebos, ora nobles, ora villanos, que sin tener en cuenta que las guerras modernas no consumen tanta gente como las antiguas, calculan que tocan á cada varon dos ó mas hembras y aman con arreglo á este cálculo.

Casi al mismo tiempo que nuestros viajeros entraron en el patio del castillo, en pos de ellos entraron multitud de doncellas y mancebos vasallos del rico-home de Vivar, que habiendo visto llegar á Rodrigo y conocido en su arnés que tornaba caballero el que habia partido sin serlo aun, iban á darle la bien venida, y á felicitarle por las órdenes que habia recibido, tañendo rústicos instrumentos y entonando alegres cantares. Así que descabalgó Rodrigo, fuése á las habitaciones altas llevando consigo la doncella su huéspeda que encomendó, como arriba dijimos, á las de su madre que topó al paso, y Fernan entrósc en la caballeriza para acomodar las cabalgaduras. Cuando tornó al patio comenzaban á entrar los villanos y villanas, y entre estas vió una tan garrida y tan gentil que se hubiera enamorado de ella á no estarlo de antemano. Como hacia mucho tiempo que no la habia visto, olvidósc del lugar en que se hallaba, y corriendo á ella la dió un apretado abrazo que la doncella, ó lo que fuera, no esquivó porque amaba mucho al fornido escudero y el mucho amor en particular entre gente villana suele saltar la valla del recato. A este mismo tiempo, como Mayor oyéra la música y la algazara que sonaba en el patio, corrió á una ventana que á él daba, y se asomó justamente cuando Fernan estaba abrazando con mas ahinco á la villana.—¡Ah traidor! esclamó, y como el escudero oyera aquel grito, soltó á la moza, que repitiéndole á su vez, abandonó súbitamente á sus compañeras y aun el castillo, no sin jurárselas con la mirada y hasta con el puño al malaventurado Fernan, que no reparó en ello á causa de su aturdimiento.

El bueno del escudero quedó por algunos instantes como diz estan los santos de Francia; mas, pronto recobró su serenidad habitual, y se puso á considerar, segun subia los escalones, lo que debia hacer para librarse de los denuestos y aun de las uñas de Mayor.

Digitized by Google

—Necio de mí, decia, que no sé refrenar estos mis ímpetus amorosos cuando la prudencia lo aconseja!... Y se mesaba los cabellos de enojo contra sí mismo. Necio, y cien veces necio, continuaba, que no tuve presente la sinrazon de las hembras! ¡Oh hembras de mis pecados! no teneis vosotras la culpa de estos quebrantos, sino yo, jumento de mí, que no os echo á todas noramala ó me hago moro para tener tres, sin que ninguna se me suba á las barbas porque enamore á las otras. Cristiano viejo soy y la ley de Mahoma he combatido luengos años y he de combatir; mas no por eso he de negar que Mahoma fue muy sabio en esto de permitir tres hembras á cada varon. No tres sino trescientas permitiera yo de buen grado, y asi ninguna de ellas exigiria á uno mas que tres centésimas partes de su amor... Viene un hombre molido y asendereado del camino, y en vez de hallar muger que con los brazos abiertos le reciba, halla una furia que le recibe con denuestos, y aun arañazos capaces de cegar... Voto á Judas Iscariote, que si esto es de ley, renegara yo de la madre que me parió...

En este sándio discurso subió Fernan las escaleras, y entrando al aposento de Mayor vióla hecha un mar de lágrimas, desplomada en un asiento, que daba compasion el mirala. Túvola de ella el escudero, y como suelen andar poco apartados la compasion y el amor, acudióle al punto el suyo que andaba á la sazon algo rezagado por las anteriores consideraciones.

—Quién te me ha ofendido, Mayorica de mi alma? esclamó Fernan, dirigiéndose con los brazos abiertos á la doncella; mas esta se alzó súbito y asiendo del cuello con furia descomunal al escudero,

—¡Ah traidor y mas que traidor! gritó, he de ahogarte entre mis manos para que no vuelvas á engañar doncellas honradas que valen mas que toda tu casta.

—Voto á Judas Iscariote!... por el alma de Belcebú!... murmuraba Fernan con voz ahogada, pugnando por desasirse de aquella sierpe... Suelta... suelta, hi de tal, ó he de molerte los huesos á coces y á puñadas.

Y haciendo un gran esfuerzo, se vió libre de la moza, á quien

Digitized by Google

arrojó de un embite sobre el pavimento, no sin recibir antes unos hondos arañazos en el rostro.

Mayor, conociendo que sus uñas eran armas insuficientes para luchar con su forzudo amante, acudió á las ordinarias de la muger, esto es, á la lengua, y Fernan otro que tal, pues consideró que no era de corteses y honrados lidiar con armas ventajosas, mucho mas teniendo á una hembra por rival.

—Cuitada de mí, que siendo requerida de amores hasta por hidalgos, hélos despreciado por guardar entera mi honestidad á este mal nacido de escudero, mas traidor que el mismo Judas!... dijo Mayor prorumpiendo otra vez en sollozos y lágrimas que ablandáran las duras piedras.

Fernan depuso su enojo y trató de vencer con mansas razones el de su amada, pues su corazon era de cera ante las mugeres si bien de pedernal ante el enemigo en los campos de batalla. Y ademas ¿qué hace un hombre sino humillarse ante la muger que á los treinta años (porque de treinta no bajaria Mayor) anda con su honestidad acuestas para que él llegue con sus manos lavadas y la tome?

—Calla, calla, Mayorica de mis ojos, que para tí guardo yo la mia y siempre te he querido y he de querer, la interrumpió con acento cariñoso y halagüeño ademan.

—Ah villano! replicó la moza, no te bastaba ser traidor, que tambien con mentiras me vienes? Tambien quieres negar lo que estos mis ojos han visto?

—Eso no te apene, Mayorica, no con los brazos dí el corazon á esa villana de Aldonza; antes bien le guardo entero para tí.

—Sándia de mí si te creyera y tus disculpas no me airasen lejos de aquietarme! Anda, traidor, anda de aquí, y en tu vida tornes á mirarme á los ojos de la cara.

Parecióle á Fernan que el enojo de Mayor se prolongaba demasiado; asi fue que, faltándole ya la paciencia, determinó echar mano de su argumento aritmético, y si aun con él no lograba convencerla, renunciar aquella empresa, y aun á su amor si preciso era.

—Cierto, dijo, que enamoro á Aldonza, pero te juro en Dios

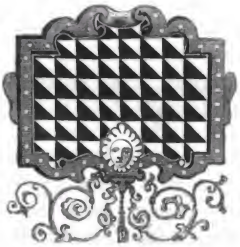
Digitized by Google

y en mi ánima que á ninguna mas. Héte dicho mil veces que, segun mis cálculos, dos hembras tocan á cada varon: ¿pues no es sandez llevar á mal que yo tenga las que me tocan, en no pasando de ellas?

—Id noramala, desvergonzado bellaco! esclamó Mayor en el colmo de la exasperacion.

—Eso haré yo incontinente, dijo Fernan, que Aldonza me espera para pagarme con creces el abrazo que enantes la dí.

Y en esto abandonó la estancia de Mayor, dirigiéndose á la suya, murmurando conforme caminaba: Por el alma de Belcebú, que me pudre la sangre esta sinrazon, esta terquedad, esta sandez de las hembras!... Descansaré esta noche, que bien lo he menester, y mañana me desquitaré con Aldonza de la ingratitud de Mayor... Aquella, aquella sí que es halagüeña, y no áspera y pendenciera como esta hi de tal!



Digitized by Google

CAPITULO VI.

De como Fernan desesperó de hacer entrar en razon á las mugeres, y Diego Laínez esperó que su honra seria vengada.

OMENZABA á despuntar el alba, cuando un ballestero que velaba en las almenas del castillo de Vivar, oyó pisadas de caballos á seis tiros de ballesta de la fortaleza, y un instante despues vió que avanzaban hácia ésta porcion de caballeros y peones, que al parecer escoltaban una litera. Tocó la bocina que pendia de su cuello, dando la voz de «Quién vá!» á la que los desconocidos contestaron con una seña que él debió entender, é inmediatamente rechinaron los puentes y rastrillos y el cortejo penetró en la plaza de armas.

Poco antes habia salido Fernan del castillo por una ferrada poterna que correspondia á la caballeriza y la que servia para dar salida á la servidumbre de los señores de Vivar, particular-

Digitized by Google

mente de noche en que la salida principal estaba defendida por doble rastrillo y puerta asaz pesados para alzarlos con frecuencia.

¿A dónde iba el escudero tan de mañana? Fácil es adivinarlo si se recuerdan sus últimas palabras al retirarse á descansar algunas horas antes. A pesar de su querella con Mayor, aquella noche habia dormido como un muerto hasta poco antes de amanecer, á cuya hora despertó como tenia por costumbre, y se apresuró á salir para casa de Aldonza, pues ésta vivia lejos, y á él le importaba tornar al castillo antes que su señor despertase y pudiera necesitar de su servicio. Mas digamos quién era la moza á quien iba á visitar Fernan, como tambien la viejecilla con quien vivia, para lo cual nos bastará copiar literalmente las palabras del cronista que dicen así: «La moza habie por nomme Aldonza, é era bien apostada é bien falagüeña, de guisa que non habie otra que tal en aquellos logares, é por ende requestábanla muchos galanes, magüer ella no lis facie buen talante, ca estaba enamorada de un gentil escudero nommado Fernan, el cual escudero fincaba en cas del hondrado Diego Laines. E y moraba otrosi una vieja gran hechicera, por nomme Mari-Perez, la cual vieja iban consultar las doncellas y los garzones que habien amor.»

Lejos de nosotros el comentar el testo que acabamos de trascribir: el lector puede hacerlo á su modo, y si hallase poco honrado el oficio de Mari-Perez, no echaremos toda la culpa á su malicia, que alguna tiene el cronista por la manera con que se espresa. Lo que sí añadiremos, es, que Aldonza llamaba madre á la anciana con quien vivia, mas tenemos por cierto que no lo era, porque de serlo no lo callaria la crónica que tan prolija se muestra en cuanto atañe á los personajes que en ella figuran.

Moraban Aldonza y la que ella llamaba su madre en una casita escondida entre los árboles de una solitaria cañada, por la que se despeñaba un torrente cuyo mujido contribuia no poco á aumentar el supersticioso temor con que los habitantes del señorío de Vivar se acercaban á la morada de la hechicera, que por este nombre era conocida vulgarmente Mari-Perez. Pero Fernan que no curaba de hechicerías, llamó á la puerta de Aldonza, solazándose con la idea de la buena acojida que esperaba de su amada

Digitized by Google

en desquite de los arañazos que habia recibido de Mayor. Asomóse la moza á la ventanilla que habia sobre la puerta y preguntó quien llamaba.

—Soy yo, respondió el escudero, abre que me hiela esta neblina que sube del arroyo.

—Espera, dijo Aldonza, y tomando un cántaro lleno de agua le desplomó sobre el malaventurado Fernan esclamando:

—Aquí morirás, traidor, felon, ruin, bellaco! pensabas engañarme mas tiempo? Por tu vida que fuiste tú el engañado!

Y no contenta con haberle calado de agua hasta los huesos y descalabrado con el cántaro, comenzó á menudear sobre él tal muchedumbre de tejas, piedras y otros proyectiles, que si no corriera á guarecerse tras el tronco de un roble que por ventura estaba allí cerca, hubiera acabado con él segun la furia y el tino con que tiraba,

—Ah villana! hi de tal! esclamó Fernan sintiéndose todo bañado no solo de agua, sino tambien de sangre; por el alma de Belcebú que te lleve, que te he de desollar á puros azotes en cuanto mis manos te cojan. Así se trata, puerca de muladar, á tan buen amador? Necio de mí que puse los ojos en una vil ramera que tú eres!... Ahogárame el corage si ahora mismo no os moliera á puñadas y á azotes á tí y á la bruja que te acompaña!

Y así diciendo, el escudero embistió á la puerta y la dió una fuerte patada para derribarla; mas faltó poco para que le derribaran á él otro cántaro que cayó de la ventana y otra nube de tejas y piedras que le hicieron tornar al árbol mas lijero que quisiera.

—Qué te hice, decia, qué te hice para que con furia tan descomunal te desates contra mí?

—Anda traidor, respondió la moza, torna al castillo y di á la que allí te espera que de hoy mas ha de gozarte sola.

El enamorado Fernan cayó entonces en la circunstancia que habia descubierto á Aldonza sus amores con Mayor, y estuvo tentado de hacer valer su eterno argumento aritmético; pero recordando lo poco que habia aprovechado para con Mayor, y conociendo que Aldonza no estaba para atender á razones, creyó lo mas acertado tornar al castillo, como lo hizo, renegando de la sinrazon

Digitized by Google

de las hembras, y jurando por todos los santos del cielo y por el alma de Belcebú no tener en su vida trato con ninguna, aunque hubiese una guerra en que fuese tal la mortandad de hombres que le tocasen cien mugeres.

Tornemos con él al castillo de Vivar, y averigüemos quienes eran los que vimos entrar en él, y qué es lo que allí pasa, aunque ya habrá adivinado el lector que los recien llegados eran Diego Lainez y sus parciales y servidores, á quienes vió partir de Leon poco despues que á Rodrigo.

Causaba lástima el estado de afliccion en que Teresa encontró á su marido cuando corrió llena de amor y de alegria á estrecharle en sus brazos. El honrado Diego Lainez, por mas que sintiese apenar á su esposa, no le ocultó la afrenta que deploraba, porque tenia necesidad de encontrar un ser amado con quien desahogar su pena. Teresa Nuña, aunque era la mas tierna y sensible de las mugeres, estaba dotada de una gran fortaleza para soportar las tribulaciones: era de esos séres cuya presencia y cuyo acento fortifican al mas débil é infunden aliento y esperanza al que los ha perdido; así fué que logró consolar no poco á Diego particularmente repitiéndole las palabras con que Rodrigo habia manifestado no dejar impunes los agravios que pudieran hacerse á su casa. En aquel instante concibió Diego la idea de esperimentar por sí mismo lo que podia esperar de su hijo.

A penas dejó éste el lecho, supo que su padre estaba en el castillo y se apresuró á ir á verle, y entró en la habitacion de Diego un instante despues de salir de ella Teresa.

—Padre y señor, dadme los brazos, dijo sin notar la afliccion que aun denotaba el semblante del anciano. Este le estrechó contra su seno, y tomándole la mano se la apretó entre la suya con tal fuerza, que faltó poco para que le descoyuntara los dedos, pues parecia que Diego, con un esfuerzo de su voluntad, habia reconcentrado en la mano con que apretaba la de su hijo cuanta fuerza conservaban todos los músculos de su cuerpo.

El mancebo dió un salto hácia atrás pugnando por desasirse de su padre, y la ira coloró sus mejillas é inyectó sus ojos de sangre.

Digitized by Google

—Soltad, padre, esclamó, soltad enhoramala... Ira de Dios! si no fuérais mi padre, os sacára las entrañas con la mano que me apretais.

El viejo soltó la mano del jóven, y volviéndole á estrechar contra su pecho, le dijo llorando, no ya de desesperacion sino de gozo:

—Hijo del alma! esa indignacion era el consuelo que buscaba tu padre. Emplea esos brios en la demanda de mi honor que está perdido si no le salva tu brazo.

—Justicia de Dios! gritó Rodrigo irguiéndose como la víbora hollada por el caminante. Quién es el traidor que ha osado atentar á vuestro honor que es el mio? Decídmelo, padre, que ni vos ni yo podemos vivir muerto el honor que nadie hasta aquí ha osado mancillar. Quién, quién es el cobarde que os á ofendido?

—Hijo mio, el conde de Gormaz ha puesto en mi faz su mano, ha ensangrentado mi mejilla ante el rey y los ricos-homes de Leon.....

Y los sollozos ahogaron la voz de Diego.

—Ira de Dios!... esclamó el gallardo doncel convulso de cólera, aun mas que su padre lo estaba por el dolor y la vejez. No lloreis, padre, que yo os juro cortar la mano que ha manchado vuestro rostro, aunque el cobarde felon se esconda en las entrañas de la tierra.

—Vé, mi Rodrigo, vé á llamarle á singular combate que el rey te dará campo, y Dios que no puede consentir que así se ultrage á un pobre anciano, y así se mancille la honra ganada combatiendo cuatro siglos en defensa de la fé, infundirá valor á tu corazon y fuerza á tu brazo. Pública fué la ofensa y pública debe ser la venganza.

Y al decir esto, Diego Lainez se dirigió á un armario que estaba en la misma estancia y contenia armas de todas clases. Descolgó de él una espada y añadió dándosela á Rodrigo:

—Toma, hijo mio, ciñe la espada de Mudarra, vuela al campo y venga con ella á tu padre.

Rodrigo tomó la espada, besó la cruz y esclamó:

—Gloriosa espada cuyo filo templó la sangre de Ruiz Velazquez,

Digitized by Google

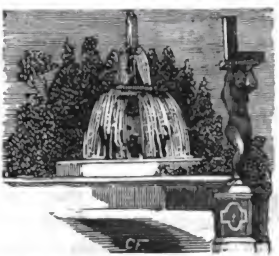
témplete nuevamente la del cobarde conde de Gormaz, y ojalá te honre el brazo del hijo de Diego Lainez como te honró el hijo de Gonzalo Gustios...!

El alto precio en que tenia su honra y la magnitud del agravio recibido, habian hecho al rico-home de Vivar exajerar su impotencia para tomar venganza del conde; verdad era que apenas habia tenido ocasion de probar el valor de su hijo, pero no así el de otros muchos caballeros de su familia y de su bando. Así fué que el mismo dia en que adquirió la seguridad de que su hijo volvería por la honra de su casa, se le presentaron gran número de sus amigos y deudos, ofreciéndole la ayuda de su brazo, la de sus riquezas y la de su gente de armas para lavar la mancha que deploraba, y cuando Rodrigo tomó la via de Leon despues de recibir la bendicion de sus padres, hízolo acompañado de los votos de todos los castellanos y de multitud de caballeros que deseaban presenciar la reparacion de la honra del de Vivar, y aun defenderla con su brazo si el mancebo sucumbia en la demanda.

Digitized by Google

CAPITULO VII

De como Rodrigo lidió con el conde de Gormaz.



La puerta principal del alcázar de Leon daba á una ancha plaza cercada por todos sus costados de soberbios edificios habitados por las familias mas nobles de la ciudad. Entre estas se contaba la del conde de Gormaz, quien á pesar de poseer en su condado un fuertísimo castillo con aposentos dignos de un rey, moraba ordinariamente en la córte, desde que la muerte le habia robado á su esposa en Gormaz.

D. Gome amaba á su esposa como Diego Lainez á la suya, porque como ésta era digna de ser amada, y mientras gozó de

Digitized by Google

sus caricias, jamás la ambicion vino á turbar su dicha y le era insoportable la córte en la que muy pocas veces se le veia; pero desde que fijó su residencia en Leon, fuese que la muerte de su compañera hubiese dejado en su alma un vacío que de cualquier modo quisiese llenar, ó que el brillo de la córte le hubiese deslumbrado y bastardeado su corazon, antes exento de malas pasiones, lo cierto era, que le dominaba la envidia como consecuencia de una desmedida ambicion de honores y riquezas de que seguramente no tenia necesidad, porque el conde era de nobilísimo orígen, y su casa una de las mas ricas de Castilla. Cierto que amaba á su hija, cierto que de ella era amado, y cierto tambien que Jimena reunia cuanta hermosura, cuanta discrecion y cuantas virtudes puede reunir una hija para ser el orgullo y la gloria de su padre, pero esto no bastaba á D. Gome: su hija llenaba una pequeña parte del vacío que en su corazon habia dejado la muerte de su esposa. Hay en el hombre ciertos fenómenos fisiológicos que no admiten satisfactoria esplicacion, y en el conde de Gormaz abundaban mas que en ningun otro.

Pero dejemos estas digresiones, y veamos lo que pasa en e palacio del conde. En uno de los aposentos con vistas á la plaza del alcázar, estaba la dulce, la hermosa, la enamorada Jimena desplomada en un dorado sitial enjugando con el pañuelo las abundantes lágrimas que se desprendian de sus bellos ojos. Meditaba profundamente, y aquella meditacion debia torturar su alma segun el dolor que denotaba su semblante. No lejos de ella se ocupaba Lambra, mas bien que en bordar el paño que tenia sobre la falda, en enjugar las lágrimas que tambien derramaba viendo la afliccion de su señora.

Bien merece la honrada dueña que digamos algo de ella, pues no es tan insignificante el papel que desempeña una dueña al lado de una doncella, y sobre todo de una doncella enamorada y huérfana de madre. Lambra era una de esas mugeres á quienes se podria conceder el derecho de maldecir á la naturaleza si la naturaleza no fuese obra de Dios.... de Dios que tiene un cielo para compensar las privaciones de la tierra: era una de esas mugeres á quienes la naturaleza ha dado un tesoro de amor y al mismo tiem-

Digitized by Google

po les ha negado emplearle en el hombre, porque con relacion á este, ha dado á su rostro la virtud inversa del iman, y cuanto mas procuran acercarse al hombre, mas se aleja el hombre de ellas. Esas mugeres sin ventura, á quienes la maldicion divina parece haber vedado hasta los dulces goces de la maternidad, á falta de un hombre en quien emplear su amor, le emplean en el primer sér que encuentran á su paso, porque de otro modo estallaría su corazon con el amor que le hinche. En este caso se hallaba Lambra: Jimena era el sér que habia encontrado á su paso y á quien habia consagrado todo su amor: habíala visto nacer y habia seguido su desarrollo físico y moral dia por dia, sin perderla de vista un instante, infundiéndole su alma, si asi podemos espresarnos, y puede decirse que la doncella constituia una parte de su sér: asi era que lloraba con Jimena, con Jimena reia, y hasta con Jimena aborrecia ó amaba.

—Señora, no lloreis, dijo á la jóven afectando serenidad, no penseis en esos malaventurados amores, que si seguís acuitándoos de ese modo, antes de cuatro dias vais á la sepultura, y tengo para mí que eso no ha de ser grato ni cristiano. Mátenos Dios que nos crió, y no nosotras mismas.

—Y de qué me sirve la vida? contestó Jimena saliendo de sus meditaciones.

—Avemaría, qué desatinada pregunta! para qué os sirve la vida? para ser dichosa. Pensais que siempre han de estar hechos rios esos luceros, que Dios bendiga?

—Ay Lambra! harto sabeis que mi dicha es ya un imposible en este mundo. Puedo ser dichosa sin Rodrigo?

—Habeisle perdido acaso?

—Perdido le cuento, Lambra! Si dudaba de lograrle cuando ninguna ofensa grave justificaba la enemistad de mi padre y el suyo, cuánto no dudaré hoy que el conde de Gormaz ha estampado en el rostro del rico-home de Vivar una mancha que solo se lava con sangre, hoy que entre la casa de Gormaz y la de Vivar ha abierto un abismo la mano de mi padre?

Lambra conoció que Jimena tenia sobrada razon, y estuvo á punto de desmayar en su difícil tarea de animar y consolar á la

Digitized by Google

doncella; sin embargo, hizo un esfuerzo por dominar su turbacion y preguntó:

—Fiais que Rodrigo os ama?

—Nunca lo he dudado.

—Y no habeis oido decir que el amor todo lo vence?

—Si, Lambra.

—Pues entonces, aquietaos y confiad que el amor de Rodrigo ponga una puente sobre el abismo que decís, para que vuestra casa y la suya tornen á comunicarse y á encerrar una sola familia.

Esta reflexion, por mas que fuese un sofisma, derramó una gota de bálsamo consolador en la herida que atormentaba el alma de Jimena, en cuya mente brilló en aquel instante un rayo de luz: «Me echaré de hinojos á los pies de mi padre, pensó la hija de D. Gome, le rogaré que repare la ofensa que ha hecho al de Rodrigo y hará mi gusto si es cierto como dicen que el amor todo lo consigue.»

Cuando Jimena estaba formulando este propósito, apareció su padre en la habitacion. En el semblante de su hija, aun húmedo por las lágrimas, conoció D. Gome lo que la jóven sentia. Y era tal la huella que el dolor habia impreso en dos dias en el rostro de Jimena, que el conde no pudo menos de conmoverse profundamente, porque amaba mucho á su hija por mas que las malas pasiones que se habian apoderado de su corazon, le hiciesen labrar la desventura de la enamorada doncella.

—Hija, esclamó estrechándola en sus brazos con ternura, ¿llóras y no acudes á buscar en mí el consuelo y el alivio de tus penas? ¿Dudas acaso del amor de tu padre?

—Ah! no, padre mio!... respondió Jimena anegada en llanto.

—No sabes, continuó el conde con cariñoso acento, no sabes hija, que desde que perdí á tu madre eres tú el único sér á quien amo en este mundo? ¿Piensas que no curo de tu dicha porque he jurado que nunca serás del hijo del de Vivar?

—Sin embargo, padre mio, dijo la jóven con timidez, ya sabeis que ese juramento destruye mi dicha para siempre...

—La destruirá, hija mia, hasta que olvides á Rodrigo.

—Y creeis que puedo olvidarle? ¿Creeis que se olvida un amor

Digitized by Google

que casi ha nacido con nosotros? ¿Qué es posible á una muger olvidar á quien posee las prendas de Rodrigo?

—Nada resiste al tiempo y los agravios. Los que Diego Lainez ha hecho á tu padre, son tales, que tu union con su hijo seria una bajeza indigna, poco es del linaje de Gormaz, si no hasta del villano mas ruin y mal nacido. El que tan villanamente me ha calumniado en la córte, el que para alcanzar su propio engrandecimiento tan bajo me ha presentado á los ojos del rey, el que me ha robado el favor de D. Fernando, el que tal traicion ha hecho á su mas leal amigo, bien merecia que tu padre le negára tu mano para su hijo y aun que la mia hiriera su rostro ante los mismos con quienes se ha complacido en malquistarme.

—Ved, padre mio, que puede cegaros un funesto error. Si quereis no incurrir en una injusticia, si quereis no empeñaros en una lucha en que podemos morir los dos, vos al bote de una lanza ó al filo de una espada, y yo á los embates del dolor de haberos perdido, reparad la ofensa que en los salones del alcázar hicísteis á Diego Lainez, y olvidad para siempre las que podais haber recibido de él...

—Jimena! esclamó el conde con severidad, ¿qué osas aconsejarme? Fuera otra la que tal consejo me dá, y ya mi mano le hubiera arrancado la lengua. Tan en poco tienes la honra de tu padre y tan cobarde le juzgas, que piensas pudiera ir á pedir perdon á aquel á quien debe escupir á la faz?

El enojo que al decir estas palabras mostraba el conde, enmudeció á Jimena y le arrebató su última esperanza. La hija de Don Gome, solo con nuevas lágrimas respondió á su padre. Compadecido este de su dolor, se arrepintió de su arranque de indignacion, y la estrechó contra su corazon, sellando con sus labios la pálida frente de la doncella. Conoció sin duda que su altivez flaqueaba en presencia del dolor de su hija, y para no desistir de su propósito de responder con nuevas ofensas á la reparacion que no dudaba le exijiria muy pronto el de Vivar, se alejó de Jimena, la que le siguió con la vista hasta la puerta del aposento tan tristemente como si fuese aquella vez la última que le veia.

El rey que deseaba avenir al conde y á Diego Lainez, temeroso

Digitized by Google

de la sangrienta guerra que de otro modo se iba á encender entre los parciales de uno y otro, llamó á D. Gome al alcázar. En el momento en que el conde salia de su casa para acudir al llamamiento de D. Fernando, desembocaron en la plaza porcion de caballeros que al parecer se dirigian tambien al alcázar. Entre ellos venia Rodrigo Diaz de Vivar, el que, no bien vió al conde, se separó de sus compañeros, y se dirijió á él precipitadamente.

—Oid, conde traidor, mal caballero, le dijo, yo D. Rodrigo Diaz de Vivar, hijo de Diego Lainez, á quien heristeis en la faz porque era viejo y no podia lavar con vuestra sangre la mancha que estampárais en su honra, os reto á singular batalla donde lidiareis conmigo, y aun sostendrán mi demanda cinco caballeros de mi bando contra cinco del vuestro, si vos y yo caemos en el combate. Voy á pedir campo al rey.

—Id noramala, respondió el conde con soberano desdén volviendo la espalda al mancebo; el conde de Gormaz lidia con jigantes, mas no con rapaces como vos.

—Ved, infame conde, que rapaces vencen jigantes, repuso Rodrigo reprimiendo con mucha dificultad su ira; recordad que David era mozo cuando venció á Goliat. Si soy rapaz por los pocos años, jigante soy por el valor que me dan mi honra y vuestra cobardia.

El conde le miró con desprecio y dió algunos pasos para seguir su camino; pero el jóven le atajó poniéndosele delante cada vez mas irritado.

—Apartad, esclamó al fin D. Gome, montando á su vez con ira, apartad, que si á vuestro padre herí la faz de un bofeton, castigaré vuestra insolencia á puntapies.

Estas palabras, y el tono con que fueron pronunciadas, acabaron de exasperar á Rodrigo, que esclamó poniendo mano á su espada:

—Defendeos, villano, defendeos ú os mataré por la espalda como á traidor y cobarde que sois.

—No harcis tal, que pagarcis bien cara vuestra audacia, contestó el conde desnudando su acero y acometiendo á Rodrigo con tal ímpetu, que apenas tuvo lugar el mancebo para ponerse en guardia.

Digitized by Google

Era el conde robusto y de fuerzas colosales, tanto que á esta cualidad debia el sobrenombre de ***Lozano*** con que se le conocia vulgarmente, y el cual le han conservado la tradicion y la historia. Rodrigo era de elevada estatura, pero delgado en demasía, y sus fuerzas no estaban aun desarrolladas. Asi es, que no hallándose equilibradas las fuerzas físicas por medio de las armas defensivas y ofensivas como se hacia en los combates solemnes cuando habia gran desproporcion en la robustez de los combatientes, daban por seguro el triunfo del conde cuantos presenciaban aquella lucha, que por cierto no eran solamente los que dijimos que acompañaban á Rodrigo, si no tambien muchas gentes que al ruido de las espadas se habian asomado á las ventanas y balcones de los edificios que rodeaban la plaza, ó afluido á esta por las calles que en ella desembocaban, entre cuyos espectadores se contaban el mismo rey D. Fernando que apareció en un balcon del alcázar en el instante de decidirse la suerte de los combatientes. Luchaban estos con furor pocas veces visto; los golpes del conde eran temibles por la fuerza con que eran descargados; pero Rodrigo los esquivaba con agilidad y destreza no esperada de su escasa práctica en las armas, pues casi consistia en haber quebrado lanzas en algunos torneos, y no perdia un instante la serenidad que tan necesaria es en el combate. Al fin D. Gome descargó sobre su adversario un terrible golpe que no bastó á rechazar enteramente la espada de Rodrigo, y éste sintió correr la sangre por su rostro; aquella ventaja de su enemigo, lejos de amilanarle, le encendió mas y mas en ira, y esta comunicó nuevo vigor á su brazo, nuevo aliento á su pecho y nueva agilidad á sus miembros.

En aquel instante se oye un doloroso grito hácia el palacio del conde, grito que felizmente no deja oir á Rodrigo el choque de los aceros cada vez mas recio, cada vez mas precipitado, cada vez mas seguro; y decimos felizmente, porque de oirle quizá habria desmayado su corazon, quizá se le hubiera caido de la mano el inmaculado acero que habia saludado con un ósculo reverente al recibirle de las de su padre el dia anterior. Sí; tal hubiera sucedido á Rodrigo, porque aquel ¡ay! lastimero le habia lanzado Jimena cuando al asomarse á la ventana de su aposento, vió á su padre y á su amado lu-

Digitized by Google

chando encarnizadamente, vió el rostro de Rodrigo bañado en sangre, y vió con los ojos del alma desvanecidas para siempre sus esperanzas de felicidad, porque su desventura era cierta, ya sucumbiese su padre ó ya Rodrigo. ¿De qué le servia la vida sin éste? Y si su padre sucumbia en la lucha, ¿podia unirse al matador de su padre? No en vano habia dicho poco antes que un abismo imposible de salvar estaba abierto entre su casa y la de Diego Laínez! El combate continuaba cada vez mas fiero, cada vez mas obstinado, y su decision era inminente, porque los combatientes, cubiertos ya de sangre y jadeantes, mas bien que de defender su propio pecho, procuraban herir el del contrario y á veces sentian á un mismo tiempo rasgar sus carnes el acero enemigo; pero D. Gome desnuda de repente su puñal y con él en una mano y la espada en la otra, acomete á Rodrigo ciego de cólera y desesperacion, quitando con la espada los golpes de su adversario á quien al mismo tiempo trata de herir con el puñal.

—Atrás, felon! traidor, atrás! esclama Rodrigo indignado por la alevosía del conde. Pero éste, ni oye sus palabras ni escucha la voz del honor que anatematiza á todo caballero que acude á un vil artificio para vencer á su enemigo; Rodrigo da un paso atrás y recibe en la punta de su espada á D. Gome que cae traspasado exhalando un grito de rabia y de dolor.

Ruidosos aplausos resuenan por todas partes; caballeros y villanos cercan á Rodrigo y le llevan en triunfo á donde puedan ser curadas sus heridas, de las que derrama abundante sangre. Las flores que adornaban las ventanas coronadas de macetas, caen al paso del valeroso mancebo, y forman la corona del vencedor.

Digitized by Google

Lám. II.

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPITULO VIII.

De como Jimena pidió al rey justicia contra Rodrigo Diaz.

an transcurrido algunos dias desde que Rodrigo vengó á su padre, dando muerte á D. Gome de Gormaz.

Aquel valeroso mancebo se halla ya casi restablecido de las heridas que recibió en el combate; pero tiene en el alma otra herida que la ciencia no puede curar. Su mano arrancó la vida al padre de su amada; ¿aceptará ésta la mano que hirió de muerte á su padre? ¿El matador del conde de Gormaz puede esperar el amor de Jimena Gomez? Nada basta á consolar á Rodrigo, ninguna esperanza de felicidad le queda. Una tristeza invencible le abruma, sin que hayan bastado á ahuyentarla la alegria de sus padres por ver lavada la man-

Digitized by Google

cha que en su honra estampára el conde, ni las caricias y los cuidados que le prodigan, pues Diego y Teresa, no bien supieron el estado de su hijo, se trasladaron á Leon para asistirle por sí mismos durante la curacion de sus heridas.

Una mañana estaba el rey D. Fernando solazándose con su familia, á la que amaba entrañablemente. ¡Qué espectáculo tan tierno el de un rey poderoso, tan hábil como sábio y valeroso guerrero, rodeado de sus hijos y su esposa, olvidando los triunfos de sus armas y los negocios del Estado para entregarse por completo á los goces del hogar doméstico, con el abandono y la efusion con que lo hace el ciudadano mas humilde! A su lado se hallaba su esposa, noble y honrada matrona, para quien todos los placeres de este mundo estaban allí donde estaban sus hijos y su marido; veíala D. Fernando en el colmo de la satisfaccion y del orgullo maternal, compartiendo con él las caricias de sus hijos y sus hijas, gallardos mancebos los unos y hermosas doncellas las otras, y su corazon participaba de su satisfaccion y su orgullo, y el venturoso monarca consideraba mezquinos los placeres que gozaba rodeado de sus cortesanos comparados con los que gustaba rodeado de su familia. Hay en la crónica del Cid unas palabras que hacen por sí solas el mayor elogio de D. Fernando como padre de familia. Hélas aquí: «E á los hijos metiólos á leer porque fuesen mas entendidos, é fizoles tomar armas, é mostrarlos á lidiar é á combatir, é á ser cazadores. E á las fijas mandóles estar en los estudios de las dueñas porque fuesen bien acostumbradas é enseñadas en todo bien.» Si la historia no nos dijera terminantemente que D. Fernando el I era tan tierno y cariñoso padre como amante y fiel esposo, nos lo demostraría la circunstancia de no haber tenido ningun hijo bastardo, como era muy comun en los príncipes y aun en los señores de aquella época.

—Padre mio, decia D. Sancho que era el mayor de los infantes, harto tiempo habeis pasado en los campamentos, hartas veces habeis espuesto vuestra vida al acero enemigo; vivid de hoy mas para vuestra familia, no volvais á apartaros de mi madre y de mis hermanos. Yo, aunque indigno de tanta honra, os reemplazaré en la guerra: si es preciso cerrar con infieles ó con otros

Digitized by Google

enemigos de Castilla y Leon, no temais, padre mio, que el miedo me haga vacilar ni retroceder, que no en vano corre vuestra sangre por mis venas.

—Oh hijo! esclamó D. Fernando sintiendo brotar de sus ojos una lágrima de alegría y estrechando en sus brazos al infante; no temo ya la muerte, porque Leon y Castilla tendrán en tí el mejor de los reyes!... Seguro de dejar tan buen sucesor como tú eres, despreciaré la vida en los combates.

—Despreciar vuestra vida!... esclamaron á un tiempo la reina y los infantes.

—Qué seria de nosotros si vos muriérais, padre mio? dijo Urraca, la mayor de las infantas. El dolor nos mataria tambien! Tristes de las hijas que aman mucho á su padre y le pierden!...

—En aquel instante se anunció á D. Fernando que Jimena Gomez solicitaba su audiencia. El rey que nunca se negaba á oir á sus vasallos, sentia entonces mas que nunca el deseo de consolar á los afligidos, y considerando cuánto debia estarlo la hija del difunto conde de Gormaz, mandó que pasase á su presencia.

—Justicia, señor, justicia! esclamó Jimena, arrojándose á los pies del rey sin poder articular mas palabras, porque los sollozos la ahogaban.

La noble doncella estaba enteramente demudada, una horrible palidez cubria su rostro demacrado y húmedo por las lágrimas, y hasta el desórden de sus vestidos y su cabello demostraba su dolor.

—Justicia, señor, justicia!... repetia como si hubiera perdido el juicio, y la idea que encerraban aquellas palabras fuese el último destello de su razon.

El rey, la reina y las infantas procuraron calmar el desórden de sus sentidos con palabras cariñosas, y no fueron vanos sus esfuerzos, pues al fin le fué dado espresar el sentimiento que la dominaba, y el deseo que la conducia allí.

—Señor, un atrevido mancebo, el hijo de Diego Lainez, dió muerte hace pocos dias á mi padre el conde de Gormaz, como ya habrá llegado á vuestros oidos... El dolor me ha tenido postrada en el lecho hasta hoy que vengo á pediros justicia... Hacédmela,

Digitized by Google

señor, castigando al matador de mi padre, «que si los buenos reyes representan el cargo de Dios para con los humanos,» vos señor, estais obligado á castigar al homicida, sopena de incurrir en el enojo de Dios y en el de los hombres... Durante la fiebre que ha abrasado mi cabeza desde el dia en que me condenó á la horfandad la mano de Rodrigo, he visto la sombra de mi padre alzarse del sepulcro para pedirme venganza, y yo se la he prometido contando con vuestra justicia. Sino me la haceis, señor, no faltarán en mi linaje caballeros que apoyen mi demanda; recorreré vuestros Estados de Leon y Castilla demandando la ayuda de todos los buenos, y me acudirán propios y estraños, y los horrores de la guerra vengarán vuestra injusticia y el aleve del de Vivar.

—Calmad vuestro dolor y vuestro enojo, Jimena, respondió el rey con benevolencia, que yo prometo haceros justicia. Si Rodrigo Diaz mató alevosamente á vuestro padre, mi justicia descargará su inexorable espada sobre su cabeza como si ese mancebo fuese el último de mis vasallos.

—Señor, fio en vuestra promesa. Preguntad á las infantas, cuál es el dolor de la hija que pierde á su padre, y cuál su rencor al que se le arrebata : ellas que os aman como yo amaba á mi padre, comprenderán lo que padezco, y harán que vos, señor, lo comprendais tambien.

—Hánme dicho que Rodrigo mató á buena ley á vuestro padre, y yo por mí puedo aseguraros que al recibir la herida mortal, vuestro padre tenia su acero y aun su puñal desnudos. Pruebas son de que no fué acometido inerme las graves heridas que á Rodrigo hizo.

—Ah! herido gravemente! esclamó Jimena, tornándose pálido su rostro que habia ido colorando el fuego de sus lágrimas mientras hablaba con el rey, y entonces conoció su impotencia para sobreponer el sentimiento de la venganza al del amor. ¡Cuánto hubiera dado en aquel instante por poder arrancar de su corazon aquel amor invencible que en su concepto era un crímen ante el cadáver de su padre, cuyas heridas manaban aun sangre y pedian venganza!...

Digitized by Google

Aquella esclamacion fué tambien una revelacion para el rey, que no ignorando el amor que en otro tiempo habia unido á Rodrigo y á Jimena, dudaba que realmente se hubiera estinguido en ésta por completo, trocándose en ódio como parecia atestiguarlo su demanda. Pero D. Fernando conocia demasiado el corazon humano, y sobre todo, el corazon de la muger, para combatir abiertamente sus sentimientos, cuando conocia que eran pasajeros; sabia muy bien que cuando en el fondo del corazon hay un sentimiento arraigado, él por sí solo va creciendo hasta lanzar fuera los que se le han sobrepuesto, á la manera que el sol va lanzando de su dominio las nubes que se habian amontonado sobre él, ostentándose luego con el brillo del vencedor. Tambien sabia aquel sábio monarca, que los caprichos mas fútiles y superficiales cuando se los contraría con empeño, se tornan en aspiraciones profundas, y por eso se propuso contemporizar con Jimena fiando al tiempo el hacerla desistir de sus querellas. Harto conocia él al conde de Gormaz y á Rodrigo, para saber de parte de quien estaba la razon, y no habia olvidado la grave ofensa con que el primero habia dado derecho al segundo para herirle, poco es lidiando con armas iguales, sino tambien con alevosía, porque aleve habia sido D. Gome al herir en el rostro al honrado y débil anciano que le alargaba la mano generosamente.

—Jimena, dijo á la doncella, repítoos que tendreis de mí justicia, que si Rodrigo fué aleve, será castigado como tal, pues ya sabeis que en mis reinos hay justicia para todos y nadie logra esquivarla por poderoso que sea.

Jimena se retiró á su casa. A pesar de la promesa que el rey le hiciera de castigar á Rodrigo si era culpable, su inquietud, su dolor, su desesperacion era mayor lejos de haber disminuido. Aquella noche su sueño fué un delirio de esos que compéndian una eternidad de tormentos: una pesadilla horrible la abrumó durante largas horas: veia un hombre cubierto de heridas, exhalando su postrer suspiro acompañado de su nombre, del nombre de Jimena.

Y aquel hombre no era el que habia visto durante sus pesadillas de las noches anteriores, aquel hombre no era su padre...

Digitized by Google

Era Rodrigo Diaz!!

Cuando despertó, cuando logró sacudir aquella infernal pesadilla en el instante en que pugnaba por acercarse al moribundo para infundirle la vida con su aliento, prodigándole los dulces nombres que otras veces le habia prodigado allá en los campos de Gormaz ó en los de Vivar, corriendo los dos fugaces como las mariposas y alegres como los pájaros, entonces... ay! entonces se indignó contra sí misma, se mesó los cabellos con inmensa desesperacion, y corrió al balcon de su aposento para lanzarse por él, y lo hubiera hecho si Lambra que velaba constantemente á su lado, desconsolada como ella, como ella desesperada, no la hubiera sugetado, gracias al anonadamiento de sus fuerzas gastadas por el dolor y la fiebre.

Y cuando conoció su impotencia, no solo para sofocar su amor, sino para buscar en la muerte el término de sus dolores, dobló la rodilla alzando sus ojos y sus manos al cielo y esclamando:

—Padre mio, perdon, perdon!... Madre mia, ¿por qué no me ahogaste en tus brazos al echarme al mundo!...

Y entonces cayó al suelo como una masa inerte, y la voz de Lambra atronó el palacio llamando en auxilio de su señora á cuantos en él habitaban. . . . . .

. . . . . .

A la mañana siguiente, Jimena abandonó el lecho muy temprano, á pesar de que sus fuerzas apenas la permitian dar un paso sin vacilar, y se puso á hacer los preparativos de un viaje.

Pero, señora, decia Lambra, no estaríais mejor en Gormaz, donde todos os quieren, y donde teneis vuestra casa y los recuerdos de vuestra niñez?

—Justamente quiero huir de esos recuerdos, porque ya sabes que Rodrigo y yo pasamos la niñez indistintamente en Gormaz y en Vivar.

—Teneis razon, yo no habia caido en ello; pero en lo que sí caigo, es en que debe ser muy triste la vida en un desierto como el de.....

—Mi vida ha de ser tan triste en un sitio como en otro; y como

Digitized by Google

solo espero del Cielo, quiero hacerme digna de él mientras exista en la tierra. Si el rey no me hiciera justicia, hiciéranmela los parciales de mi padre; pero no tengo valor para perseguir al que derramó la sangre del que me dió el sér..... No le perseguiré, pero le olvidaré para siempre.

Jimena y Lambra seguian preparando los objetos necesarios en un largo viaje.

—Y vais á llevar estas baratijas? preguntó la dueña enseñando á su señora una caja que con otros efectos acababa de sacar del cajon de una mesa.

—Si, respondió Jimena, que esa caja encierra muchos recuerdos de mi madre..... Pero ay! añadió, tambien los encierra de Rodrigo..... Dámela, dámela. Vivan siempre conmigo los de mi madre y consuma el fuego los del aleve.

Y tomando la caja empezó á revolver los efectos que contenia. Eran estos en su mayor parte cintas, flores, anillos y juguetes de la infancia. Lo primero que sacó, fué una corona de flores... Ay! dijo, con esta corona adornó mi frente Rodrigo el dia en que cumplí quince años!...

Iba á deshacerla entre sus manos, pero temió oprimir las flores como si estuvieran herizadas de espinas. En seguida sacó un rizo negro sugeto con una cinta verde y añadió:—Hé aqui un rizo de su cabello que me dió la última vez que nos vimos en Gormaz, en prenda de un amor que él mismo ha destruido!... Y alzó la mano para arrojarle lejos de sí, pero se detuvo pensativa y luchando al parecer con sentimientos opuestos; mas de repente brotaron dos lágrimas de sus ojos, y esclamó volviendo á la caja la corona y el rizo:

—Dejadlos, Lambra, dejadlos, y sean esa corona y ese rizo el cilicio que me atormente en la soledad!

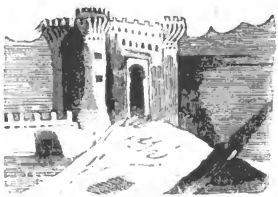
La doncella quedó inmóvil algunos instantes, durante los cuales recorrió su imaginacion la historia de sus amores, la historia de su vida que era lo mismo, porque el amor purísimo, ardiente, cercado de ilusiones celestes, de dorados sueños, de luz, de flores, cuya hermosura solo pueden comprender ciertas almas enamoradas, habia absorvido por completo la vida de Jimena. Y al ver destruidas

Digitized by Google

sus esperanzas, al ver agostada para no retoñar jamás aquella flor del paraiso que perfumaba su alma y la embriagaba, sintió su corazon henchido de una profunda tristeza, de un inmenso desconsuelo, de un dolor que no se puede describir... El mancebo ó la doncella que haya consagrado años enteros á un amor de esos que reinan en nuestros sueños como en nuestras vigilias, siempre dulces, siempre hermosos, siempre rodeados de un encanto superior á los demas encantos de este mundo, y en un dia, en pocas horas, pierde sin esperanza de recobrarle el objeto de su amor, solo ese mancebo ó esa doncella puede comprender el dolor de Jimena. En esos instantes de inmenso desconsuelo, la única felicidad que puede hallarse es tener una madre, un padre, un hermano, un amigo, un ser cualquiera bastante bueno, bastante sensible para que no se ria de nuestras lágrimas, y arrojarse en sus brazos y llorar en su seno y decirle:—«Mi corazon está traspasado; dame por Dios un poco de amor que calme mis dolores; llena en lo posible este profundo vacío que ha quedado en mi alma, haz menos violento el tránsito de la esperanza á la desesperacion!»

Y como á Jimena le era dado gozar esta felicidad porque á su lado tenia á Lambra, ruda sí, pero cariñosa y buena, se arrojó en brazos de la anciana y lloró asi y asi le dijo.

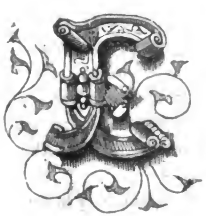
Aquel mismo dia tomó la desconsolada doncella el camino de Castilla acompañada de la dueña y algunos de sus criados. Y es fama que tras ella salió de Leon un mancebo, el cual se detuvo en una eminencia cercana á la ciudad, y siguió con la vista á la hija de D. Gome, hasta que la vió desaparecer allá á lo lejos en una revuelta del camino de Castilla.



Digitized by Google

CAPITULO IX.

De como una mora se convirtió y una solitaria dejó de serlo.



ra rey de Toledo el moro Almenon con quien D. Fernando el Grande, rey de Castilla y Leon, mantenia cordial amistad. Este rey moro tenia una hija muy hermosa y compasiva, llamada Casilda.

En los confines de los jardines que se estendian cabe el alcázar de Almenon, habia unas lóbregas mazmorras, donde gemian hambrientos y cargados de cadenas muchos cautivos cristianos.

Acaeció que un dia fué Casilda á pasear por los jardines de su padre, y como oyera los ayes lastimeros que daban los cautivos, lloró compadecida de su desgracia, porque tenia aficion á los cris-

Digitized by Google

tianos desde que una esclava castellana le contó, allá en su niñez, que los cristianos amaban á Dios, al rey, á sus padres, á sus hermanos y á sus esposas; que entre ellos eran amparados los débiles y oprimidos, premiados los buenos y castigados los malos.

Y entonces la princesa tornó al palacio lleno su corazon de tristeza y se echó á los pies de su padre esclamando:

—Padre mio! en las mazmorras de allende los jardines, gimen muchedumbre de cautivos... Quitadles sus cadenas, abridles las puertas de sus prisiones, y dejadles tornar á su pátria donde los esperan llorando sus padres, sus hermanos, sus esposas, ó sus amadas...

Almenon bendijo á su hija allá en el fondo de su corazon, porque su corazon era bueno, y como Casilda era hermosa, y él no tenia mas hijas que ella, la amaba como á las niñas de sus ojos. ¿Qué padre amante de sus hijos no se regocija cuando vé que sus hijos son buenos?

Pero el rey de Toledo, lejos de complacer á Casilda, creyóse obligado á castigar su audácia, porque compadecer á los cautivos cristianos y pedir su libertad, era un crímen segun la creencia tradicional de los de su raza y religion.

Por eso ocultó la complacencia de su alma, por eso dijo á Casilda con airado semblante y voz amenazadora:

—Aparta, falsa creyente! calla indigna princesa! Tu lengua será cortada y tu cuerpo arrojado á las llamas, pues tal es el castigo que merece el musulman que aboga por los nazarenos.

E iba á llamar á sus verdugos para entregarles su hija.

Pero Casilda cayó de nuevo á sus pies demandándole perdon en memoria de su madre la reina, cuya muerte lloraba Almenon hacia un año.

Y Almenon sintió sus ojos arrasados de lágrimas, y la estrechó contra su pecho y la dió su perdon acompañado de un ósculo; pero la dijo:

—Guárdate, hija mia, de pedir otra vez por los cristianos y aun de compadecerlos, porque entonces no habrá perdon ni compasion para tí.

Pero la doncella tornó á los jardines y tornó á oir las quejas

Digitized by Google

de los cautivos, y la caridad fortaleció su corazon é iluminó su alma.

La princesa sedujo con oro á uno de los guardianes de las mazmorras, y todos los dias fué desde entonces á llevar alimentos y consuelos á los pobres cautivos.

Un dia llevaba la vianda en la halda de su vestido, y de repente tropezó con su padre en una tortuosa calle de rosales.

Era una mañana de primavera, y las rosas se abrian en todas partes y trinaban los pajaritos en las ramas de los árboles, y el sol comenzaba á reflejarse en los límpidos surtidores de las fuentes, y el aire estaba impregnado de suavísimos aromas.

—Qué haces aquí tan temprano? preguntó Almenon á la doncella.

—Padre mio, respondió la princesa poniéndose colorada como las rosas que mecia á su lado el aura de la mañana; he venido á contemplar estas flores, á oir trinar estos pájaritos, á ver como refleja el sol en estas fuentes y á respirar este ambiente perfumado.

—Qué llevas envuelto en la halda de tu vestido? dijo el rey con voz severa.

—Rosas que he cojido en estos rosales, contestó Casilda impetrando en el fondo de su corazon el amparo de una santa deidad llamada María, de quien cuando niña oyó hablar á la esclava cristiana.

Y Almenon, dudando de su respuesta, tiró del halda de su vestido, y una lluvia de rosas se derramó por el suelo.

Desde aquel dia redobló la princesa sus socorros y sus consuelos á los cautivos; desde aquel dia fué mas amada de su padre; desde aquel dia adoró en el altar de su corazon á la deidad nazarena, y tuvo ardientes deseos de adorarla en los templos cristianos.

Dios, que á veces suele conducir al bien á sus criaturas por las vias mas ignoradas, destruyó la salud corporal de Casilda con un copioso flujo de sangre que marchitó las rosas de sus megillas, y llenó de desconsuelo á Almenon y su córte.

Fueron llamados á Toledo los médicos mas famosos de Sevi-

Digitized by Google

villa y Córdoba; pero en vano agotaron su ciencia para dar la salud á la princesa.

Entonces escribió Almenon al rey de Leon y Castilla para que le enviase el mejor médico de su córte, y D. Fernando se apresuró á complacerle, porque D. Fernando tenia tambien hijas á quienes amaba como Almenon á la suya.

El médico leonés opinó que el único medio de salvar á la princesa era mandarla á Castilla, donde habia un lago cuyas aguas poseian la virtud de contener y curar los flujos de sangre.

Y la princesa vino á Castilla recomendada por su padre á Don Fernando, y habiéndose bañado en el lago de San Vicente, que es en tierra de Briviesca, recobró la salud y retoñaron las rosas de sus mejillas.

Pero despues que las aguas del lago de San Vicente sanaron su cuerpo, quiso Casilda que sanaran su alma las aguas del Jordan, y recibió el bautismo, siendo sus padrinos los reyes de Castilla y Leon.

Su padre supo que habia abrazado la ley del Nazareno y la mandó á decir que sus ojos no querian volverla á ver. Casilda lloró considerando que su padre lloraba; pero Jesus, el que dió la salud á la hija de Jairo que padecia el mal de que ella habia sido curada, habia dicho: «Cualquiera que dejase casa, ó hermanos, ó hermanas, ó padre, ó madre, ó muger, ó hijos, ó tierras por mi nombre, recibirá ciento por uno y poseerá la vida eterna.» Y Casilda quiso seguir al Nazareno.

Entonces, determinó consagrar su vida á la penitencia, donde el tumulto de las pasiones mundanas no fuera á interrumpir su santa tarea, y donde al mismo tiempo pudiera practicar la caridad á que tanta aficion tenia.

Estaba el lago de San Vicente en una áspera soledad, y así las pobres enfermas que iban á buscar salud en sus aguas no tenian á quien pedir hospitalidad, y muchas morian por el rigor de los frios ó los calores que son estremados en aquella tierra.

Casilda edificó allí una ermita, y en ella pasó su vida dedicándose á servir á Dios y á la humanidad doliente y desesperada.

Digitized by Google

Un dia vió que se dirijian hácia su humilde vivienda costeando el lago, una porcion de personas, quiénes á pié, quiénes á caballo, quiénes en fin, en una litera, en la que le pareció distinguir dos mugeres. Creyó que allí vendría alguna enferma que buscaba la salud, como acontecia frecuentemente, en las benéficas águas del lago, y se apresuró á salir á su encuentro para ofrecerle sus caritativos cuidados y la hospitalidad en su albergue. En efecto, enferma parecia una de las dos mugeres que ocupaban la litera, porque su semblante se hallaba pálido como el de las que faltas de sangre acudian todos los dias á aquel desierto. Acercóse á la litera lo suficiente para ser oida, y viendo que los conductores vacilaban acerca del camino que habian de seguir porque el terreno era áspero y cubierto de malezas, entre las que se perdian las diferentes sendas que partian del lago en direccion á la ermita de la solitaria, dijo á los desconocidos:

—Si os dirijís á mi albergue que os ofrezco de buena voluntad, seguidme, que yo os guiaré por el camino mas corto y menos penoso.

—Sí, respondió la descolorida de la litera, á vuestra morada nos encaminamos, y Dios recompense vuestra hospitalidad y el cuidado que de nosotros teneis.

En efecto, Casilda tornó hácia la ermita, y los de la litera siguieron en pos de ella.

Cuando todos hubieron llegado á la puerta del albergue de la solitaria, salieron del vehículo dos mugeres, y Casilda y la mas jóven de aquellas se abrazaron con muestras de regocijo:

—Jimena! esclamó la hija de Almenon, vos en estas soledades! ¿Cómo á pesar de hallarse tan demudada vuestra faz no conocí que ofrecia mi morada á la que ha mucho la tiene en mi corazon?

—Vedme aquí, Casilda, dijo Jimena, vedme aquí buscando no la salud del cuerpo en las aguas de ese lago, sino la del alma en la soledad, en la mortificacion, en la oracion y en las obras de caridad en que quiero acompañaros en este santo y pacífico retiro.

—Bien venida seais, ¡oh amiga del alma! que así abandonais

Digitized by Google

los placeres de la córte para venir á servir á Dios y á la humanidad en este desierto. Entrad en mi vivienda que es vuestra, para que reposeis un rato, que bien lo habeis menester segun el cansancio que advierto en vos y en esta honrada dueña.

En efecto, Jimena y Lambra, pues ya hemos visto que eran ellas, estaban muertas de cansancio, porque habian tenido que atravesar á pie una parte del valle porque las cuestas y la fragosidad del terreno no permitian continuar en la litera sin esponerse á graves peligros.

Un instante despues despedia Jimena á los deudos y criados que las habian acompañado, y departia con Casilda mostrándola su corazon como se le hubiera mostrado á su madre si Dios la hubiera conservado á su lado para amparar su alma en la deshecha tempestad que corria.

Ya hemos visto que aquellas dos nobles doncellas se conocian hacia tiempo. En efecto, Jimena habia tenido ocasion de tratar á Casilda durante los pocos dias que esta permaneciera en la córte de D. Fernando cuando recibió en ella el bautismo. Las almas generosas y buenas necesitan poco tiempo para comprenderse, y las suyas se habian comprendido y amado en pocos dias.

Dejémoslas confundirse mas y mas en una, en aquella soledad que no turba el tumulto mundano, pues otras almas doloridas como la de Jimena nos llaman para que revelemos al mundo sus dolores.

Digitized by Google

CAPITULO X.

De como Martin se puso en camino de vengar á su padre.

No lejos del rio Cea habitaba un labrador anciano llamado Ivan, el cual habia sido ballestero en tiempo del último conde de Castilla, luego paje de lanza, y finalmente escudero. Cansado de la vida azarosa y agitada, que los de tal profesion suelen tener, y poseedor de algunos marcos, que á fuerza de economias habia ahorrado durante algunos años, compró una pobre casa y algunas tierras, y se retiró á ellas con su muger y sus hijos, y vivia allí hacia algun tiempo bien ignorante en verdad de lo que pasaba en el mundo, pues su morada estaba aislada en un valle solitario, cuya quietud unicamente era turbada una vez al año por los romeros que pasaban cerca de él yendo á un santuario vecino.

Digitized by Google

La noche que sucedió al dia en que en este se habia celebrado la fiesta, dormia tranquilamente Ivan, pues habia estado de romería, cuando á los primeros cantos del gallo llamaron precipitadamente á su puerta. Despertó el labrador, y asomándose á la ventana preguntó mal humorado:

—¿Quién es el borracho que tales golpes da? Por el apóstol Santiago que la hora es buena para venir á turbar el sueño de los que al rayar el alba tienen que ir á destripar terrones!... Si es algun colambre de romero que viene á pedir luz para proseguir su camino, vaya noramala que no ha menester luz quien va alumbrado...

—Ira de Dios, qué charlatan estais, señor Ivan! contestó el desconocido, que por lo visto no estaba de mejor humor que el labriego. Abrid con cien legiones de diablos y dejad bachillerías, que aqui no hay borracho ni cosa que tal parezca. No me conoceis por ventura?

—Mala me la de Dios sino es ese loco de Martin!

—El mismo soy, pésia vos; abrid pronto, si no quereis que eche abajo la puerta.

El labriego se apresuró á encender un candil y á franquear la entrada al forastero. Al ver á éste, dió un paso atrás horrorizado: todo manifestaba que el recien llegado habia sostenido hacia pocos instantes una encarnizada lucha; sus manos, su rostro y aun su vestido, estaban cubiertos de sangre.

—Glorioso San Isidoro! esclamó Ivan. Qué es eso, Martin? Estás herido...

—En el alma! contestó el mancebo. Las heridas del cuerpo importan poco, que son rasguños de fácil curacion.

—Deja, hijo, que te las cure...

—Es inútil, señor Ivan. Las que me importa curar son las heridas del alma: la medicina que me habeis de traer es una lanza, una ballesta, una espada... una arma cualquiera, que no otra cosa vengo á pediros.

—Daréosla de buen grado, que armas no faltan en mi casa, merced á mi antiguo oficio y á la necesidad que de ellas tengo en este desierto, donde he menester defenderme de los bandidos con harta frecuencia.

Digitized by Google

Ivan acercó la luz á la pared inmediata, donde estaban colgadas diferentes armas, y añadió:

—Toma las que mas te plazcan, que no las gasta mejor templadas el mejor caballero de Leon ó Castilla.

El mancebo tomó una lanza y una espada que ciñó en seguida con la destreza del mas esperimentado caballero, y dijo:

—Gracias, señor Ivan. Quedad con Dios y que nadie sepa que me habeis visto esta noche.

—Pero Martin, no me dirás cuáles son tus proyectos, qué es lo que te ha sucedido?...

—Algun dia lo sabreis, señor Ivan.

—Pero, á dónde vas, hijo?

—A vengar á mi padre que queda muerto en el robledal, y á Beatriz que á estas horas habrá sido deshonrada por D. Suero á quien Dios maldiga y esta lanza traspase.

—Asi sea, hijo! contestó el labriego dando un abrazo al mancebo que echó la lanza al hombro, salió de la casa y desapareció en la oscuridad.

Martin caminó largo rato por los sombríos robledales hasta que llegó á otro caserío situado en medio de unos estensos y fértiles prados.

Aquel caserío era de D. Suero y estaba destinado á una hermosa yeguada del conde, la que se recogia en él y pastaba en aquellos prados al cuidado de un solo yegüero.

Martin pegó una fuerte patada á la puerta de la caballeriza.

—Quién va? preguntó el yegüero.

—Abrid sino quereis darme la molestia de echar abajo la puerta y á vos la cabeza.

El yegüero se creyó demasiado débil para resistir á quien tales humos gastaba; abrió temblando como un azogado, y dijo:

—Perdonad, señor caballero...

—No soy caballero, le interrumpió Martin, mas quiero serlo, me entendeis? Desarrendad el mejor caballo de la caballeriza.

—Holgárame complacer á vuestra merced; pero...

—Ira de Dios! con peros me viene el soez villano? esclamó Martin poniendo mano á la espada.

Digitized by Google

—Perdone vuestra merced, señor caballero, se apresuró á decir el mozo yendo hácia los pesebres y desarrendando uno de los mejores caballos; solo queria decir á vuestra señoría, que de seguro me muele á palos mi amo el conde en cuanto sepa que he dejado ro... digo llevar uno de sus caballos. Place este á vuestra señoría?

—Pláceme, contestó Martin: ensilladle con aquella silla que veo allí colgada.

—Señor caballero, es la que sirve en la prueba cuando mi amo viene á escoger algun caballo, y si os la llevais, qué va á ser de mí!

—Despachad, voto á mil diablos, que todo será algunos palos mas, dijo Martin con tono amenazador.

El yegüero ensilló el caballo sin otra réplica; Martin calzó entre tanto unas espuelas que pidiera á aquel, y persuadido de que el jayan no le conocia, no creyó prudente intimarle secreto de ningun género. Cabalgó de un salto, y aplicando un fuerte espolazo á su escelente cabalgadura, desapareció por los prados vecinos.

No lejos de la calzada que conducia de Búrgos á Leon, habia un montecillo sobremanera espeso que dominaba largo trecho de aquella, y que era constantemente la guarida de una banda de salteadores que á la sazon tenia aterrorizados á los tragineros que frecuentaban aquel camino. Martin se encaminó á aquel sitio, á donde llegó poco despues de amanecer. Internóse un poco en la espesura, y gritó haciendo de la mano una especie de bocina:

—Ah de los bandoleros!

El vijía que estos tenian no lejos de donde Martin se hallaba, le habia visto hacia ya rato, y como viera que venia solo, no se habia creido en el caso de dar la señal de alarma á sus compañeros.

—A dónde va el caballero? gritó á su vez.

—A pediros que me admitais en vuestra honrada compañía.

Martin sabia muy bien que la honradez es tan hermosa, que hasta los bandidos gustan de que se les atribuya.

—Si tal es vuestro intento, dijo el vijía, seguid adelante por esa senda que ahí veis, y al fin de ella encontrareis toda nuestra banda, cuyo gefe os concederá ó no la honra que solicitais.

El mancebo siguió en efecto adelante, y á corto trecho descu-

Digitized by Google

brió á los bandidos que serian hasta veinte, y estaban tendidos bajo los árboles á cuyos troncos tenian arrendadas las cabalgaduras. Martin no pudo menos de estremecerse y esperimentar un sentimiento de repugnancia al contemplar la ferocidad de sus rostros y su asqueroso lenguaje. Al verle, se levantó uno de ellos que se distinguia de los demas por su trage y las grandes cicatrices que se veian en sus manos y su rostro. Martin comenzó á manifestarle el objeto que allí le llevaba; pero el capitan de los bandidos, que no era otro aquel hombre, le interrumpió diciéndole:

—Hermano, piensas que somos sordos? Te hemos oido y sabemos por lo tanto á que vienes; pero ¿con qué títulos cuentas para ser admitido en la banda del Raposo, que así se llama el hijo de mi madre?

—Ira de Dios, D. Raposo, que si no fuérais vos quien tal pregunta me dirige, ya hubiérais ido á hacer una visita al señor Lucifer que os lleve. No veis, pesia vos, la sangre que tengo en vestido y manos y los rasguños que campean en mi faz? Pues esta sangre no es de haber degollado reses, ni una querida celosa me ha dado estos arañazos. Id á donde yo os diré, y encontrareis el cuerpo del caballero á quien he quitado la vida para quitarle estas armas y este caballo, y al paso traedme mi puñal que dejé olvidado en su seno.

—Poco respeto gastas con quien ha de ser tu capitan, dijo el Raposo; mas, quiero ser indulgente contigo en gracia de la buena obra que has hecho. Creo ha de ser cierto lo que dices, que no de otro modo te podrias haber hecho con esas lucientes armas y esa soberbia cabalgadura, porque tu piel y tu trage revelan que así eres tú caballero como yo obispo. Ahora si quieres quedar para siempre jamás en nuestra honrada hermandad, has de prestar el juramento de costumbre.

—Prestaré cien si os place, contestó Martin descabalgando.

El capitan de bandidos se acercó á un árbol á cuyo pié estaban amontonadas gran número de alhajas que aquella misma noche habian robado de la iglesia de un lugar cercano, y tomando una cruz de valor inestimable la puso delante del mancebo, y dijo:

—Juras fidelidad á tus hermanos? Juras forzar doncellas, entrar

Digitized by Google

á saco mancebias y templos, palacios y cabañas? Juras robar y matar asi clérigos como seglares, asi pobres como ricos, asi hembras como varones, asi niños como grandes?

—Sí juro! contestó Martin, aunque con el firme propósito de no cumplir aquel sacrílego juramento, porque no creia quedar obligado haciéndole con el labio y no con el alma.

—Saludad al nuevo hermano! dijo el Raposo dirigiéndose á sus compañeros. Estos se acercaron á Martin, y le fueron abrazando sucesivamente.

—Hermano, continuó el capitan, terminada que fué esta operacion, ya sabrás que el que tiene la honra de ser recibido en nuestra banda, está obligado á solemnizar su admision con la distribucion de una colambre de buen zumaque entre los individuos que componen la hermandad. Supongo que el dueño de tu cabalgadura y tus armas, tendria la bolsa bien repleta de maravedises de oro, y por tanto, espero que serás liberal con nosotros.

Martin se encontró perplejo con esta exigencia, pues no tenia dinero alguno; pero conociendo que con aquella gente debia mostrarse fanfarron en todos conceptos, contestó:

—Si otro dudara de mi liberalidad, hubiera perdido la lengua antes de manifestar sus dudas. Ni un miserable marco me acompaña; mas, para qué quiero dinero? Pensais voto á todos los santos del cielo y á todos los demonios del infierno, que soy alguno de esos honrados labriegos que solo beben cuando tienen con qué pagarlo?

Todos los bandidos sacaron las bolsas repletas de oro, y esclamaron:

—Hermano, toma dinero que te prestamos hasta que hagamos la primera presa, que entonces nos lo devolverás de la parte que te toque.

—Os lo agradezco, contestó Martin; mas no lo admito porque no lo he menester. Vereis, voto al señor Noé, si traigo vino para emborrachar media Castilla, aunque para haberlo haya menester echar al infierno todos los venteros de diez leguas á la redonda.

Y asi diciendo, dió de espuelas á su caballo, atravesó la espesura, salió al llano y desapareció ligero como el viento con direc-

Digitized by Google

cion á una venta solitaria que apenas se distinguía en el lejano horizonte, sin hacer caso de las voces que sus nuevos compañeros le daban advirtiéndole el riesgo á que se esponia de caer en poder de una porcion de caballeros SALVADORES que por órden del rey Don Fernando, y á solicitud del conde de Carrion y otros ricos-homes, vagaban por aquella tierra para proteger á los caminantes de las depredaciones de los bandoleros.

No sabemos cómo se las hubo Martin en la venta, mas sí que no eran pasadas dos horas cuando volvió trayendo atravesada sobre el arzon de la silla de su caballo una colambre de vino que bien contendria seis cántaras de nuestra moderna medida. Gritos de alegría y aplausos ruidosos acogieron su vuelta.

—Es un buen hermano, es la prez de la banda del Raposo.

—Ira de Díos que olorcillo tan grato despide el zumaque!

—Es de lo trasañejo, lo menos se remonta al reinado de Don Pelayo.

—Aqui os quisiera yo, perros moros. Veríamos si hacíais ascos á esta gracia de Dios.

—No le gastan mejor los monges de Sahagun.

—Rayos y truenos, cómo nos vamos á refocilar con él!

—Moro me vuelva yo, si él no lo es tanto como el mismo Mahoma.

—Hereje debe ser el ventero cuando sin bautizarle le tenia.

—Si, si, moro es el zumaque, moro es!

—Pues cerremos con él. Arma, arma! guerra, guerra!

—Guerra al moro! Sus! Santiago, cierra España!

Tales fueron las palabras que siguieron á la llegada de Martin.

Al proferir estas últimas esclamaciones, los bandidos tomaron sendos vasos sagrados de donde el Raposo habia tomado la cruz con que tomó juramento á Martin, y los sacrílegos los llenaron de vino y los llevaron con ansia á sus impuros labios.

Martin se estremeció en presencia de aquella impía profanacion, y vacilaba sin atreverse ó tomar parte en ella.

Notólo el Raposo, y le dijo:

—Hermano, mal preste harias cuando no osas beber en cáliz. Es porque no tienes órdenes?

Digitized by Google

—Ira de Lucifer! esclamó Martin poniendo mano á su acero y persuadido de que su perdicion era cierta sino la echaba de tremendo. Sabed, D. Raposo ó don bellaco, que sino tengo órdenes, tengo daga, y que si no bebo vino, beberé la sangre del que ose insultarme como vos haceis.

—Ola, soez villano, contestó el Raposo á su vez echando mano á su cuchillo; con tu capitan te atreves? Reniego de mi honrado oficio si mi puñal no te enseña á ser comedido.

Ambos contendientes tenian desnudos los aceros, y se levantaban para herirse; pero todos los bandidos se apresuraron á contenerlos, tratando de persuadir al Raposo de que el recien entrado en la banda, lejos de merecer castigo, merecia alabanza, pues con su audacia, mostraba la que se debia esperar de él cuando fuera necesario tenerla. Estas razones parecieron al Raposo de bastante peso para que depusiera su enojo y alargára la mano á Martin diciéndole:

—Perdona hermano, que he querido probar tus brios, y ya estoy satisfecho de ellos.

—Vos, señor capitan, me habeis de perdonar á mí, contestó el mancebo estrechando la ruda mano del bandido; mas sabed que no puedo tolerar que me calumnien suponiéndome incapaz de hacer lo que mis hermanos hacen. Pensais, voto á Luzbel, que por escrúpulos de conciencia no he querido beber en esos vasos? Yo he menester un cántaro de vino para saciar mi sed, y no la cáscara de una avellana como vosotros, hermanos.

Y asi diciendo, Martin quitó el yelmo á uno de sus compañeros, echó vino en él, y le desocupó de un trago con aplauso y vocería de todos los bandidos.

Estos repetian sin cesar sus libaciones; la colambre iba quedando pez con pez, y la embriaguez se iba apoderando de los bandoleros incluso su capitan. Sin embargo, Martin conservaba su imaginacion despejada, sea que estuviese muy acostumbrado al vino, ó sea, y es lo mas probable, que aunque acercaba el yelmo á sus labios con mucha frecuencia, apenas bebiese aprovechando la turbacion de la vista de sus compañeros.

Era espantoso el desórden en que estos se hallaban; sus labios

Digitized by Google

solo proferian blasfemias, palabras asquerosas y obscenas, y frases inconexas y desordenadas, y por último, el sueño se fué apoderando de la mayor parte de ellos. Hasta el vijía habia abandonado su puesto viendo que no le relevaban sus compañeros y queriendo participar de las libaciones y la algazara de estos.

Parecióle á Martin que oia ruido de caballos hácia la calzada, y volviendo la vista hácia aquel lado, gritó:

—Los Salvadores! Sus, hermanos, los Salvadores!

Cuatro ó seis bandidos se alzaron al oir este grito, y siguiendo el ejemplo de Martin, se apresuraron á montar á caballo. Los demás, incluso el Raposo, unos continuaron profundamente dormidos, y otros apenas se incorporaron volvieron á caer al suelo.

El peligro era inminente, la situacion era desesperada: el monte apenas tenia quinientos pasos de un estremo á otro, y por todas partes le rodeaba una estensa y pelada llanura, y solo se podia salir de él á caballo por la senda que conducia á la calzada, porque lo quebrado del terreno y la espesura de los árboles y la maleza le hacian intransitable para las cabalgaduras por cualquier otro sitio. Si Martin y sus compañeros abandonaban sus caballos y se escondian en la espesura, iban á ser muy pronto hallados; si salian á pié al llano, iban á ser alcanzados por los Salvadores que montaban ágiles caballos. ¿Qué partido pues, tomar? Esta pregunta se dirigian los bandoleros, cuando el escuadron de Salvadores apareció á cuarenta pasos de distancia dirigiéndose á ellos con la velocidad que permitia el terreno.

—Hermanos, dijo Martin colocándose á la cabeza de sus compañeros, no nos queda mas remedio que romper acero en mano por medio de los Salvadores para ganar la llanura, y muera el que muera.

—Si, si, adelante! gritaron todos conociendo que Martin habia dado con el único medio de salvacion que les quedaba, y metieron espuelas á los caballos. Como el de Martin era el mejor, el menos cansado y mas ligero, el mancebo se adelantó un corto trecho á sus compañeros, y rompiendo espada en mano por medio de los Salvadores, de cada golpe derribaba uno de estos dejando el paso casi libre á aquellos, que por su parte se defendian y atropellaban

Digitized by Google

al enemigo, con no menos audacia y prontitud. Al fin lograron salir á la calzada de donde oyeron los gritos que daban los que habian quedado en el bosque, al ser acuchillados por los Salvadores, y huyeron por la llanura tomando la direccion de los montes de Oca.

Martin habia recibido numerosas heridas, aunque ninguna de gravedad, é iba derramando abundante sangre. Al fin llegaron á un cerro cubierto de árboles, y del que se descubria un estenso terreno.

—Hermano, descabalguemos aquí para que vendemos tus heridas, dijeron sus compañeros á Martin.

Descabalgaron en efecto, y todos los bandidos abrazaron al mancebo llamándole su libertador.

—Serás nuestro capitan, dijo uno, pues vales mas que cien Raposos.

—Sí, sí, eres nuestro capitan, hermano. Viva nuestro capitan! esclamaron todos con efusion y entusiasmo.

—Os doy las gracias, hermanos, contestó Martin, y yo os juro por el alma de los perros Salvadores que ha mandado mi espada al infierno, que sabré corresponder á la honra que me dispensais. Habeis oido los lastimeros ayes que daban nuestros hermanos acuchillados cobardemente por los Salvadores?

—Sí, sí, los hemos oido! Pobre capitan Raposo!

—Pues bien : á nosotros toca vengarlos... Aun no sabeis el nombre de vuestro nuevo capitan. Me llamo el *Vengador*, hermanos. Que la banda del Vengador sea tan temida como la del Raposo; guerra á muerte á los ricos-homes que aconsejaron al rey la creacion de la hermandad de los Salvadores. Somos débiles, mas pronto seremos fuertes; hoy somos perseguidos, mañana seremos protejidos en todas partes si obedeceis mis órdenes, y os guiais por mis consejos.

—Tus esclavos seremos, hermano capitan; que eres diestro y valiente, que á tí debemos la salvacion y el que nuestros hermanos sean vengados.

—Oid hermanos, continuó Martin, quiero esplicaros la conducta que hemos de observar de hoy mas...

Digitized by Google

—Pero, hermano capitan, le interrumpió uno de los bandidos; deja que te vendemos las heridas, porque te vas á desangrar si no lo hacemos.

—Dejad, voto á Luzbel, que corra mi sangre hasta que salga la ponzoña que ha criado en ella la alevosía de esos cobardes Salvadores.

Esta respuesta del animoso capitan, cautivó mas y mas el corazon de los bandidos, á cuyos ojos afluyeron las lágrimas... las lágrimas que no habian derramado al oir los lamentos del pobre trajinero á quien arrebataban el único caudal con que contaba para mantener á su familia; de los desventurados ancianos, cuya hija iba á ser víctima de su liviandad; de la triste esposa, á quien su acero homicida condenaba á la viudez; de los débiles infantes á quienes dejaban huérfanos y desamparados.

—Oid, hermanos, continuó el Vengador. De hoy mas, guerra á los fuertes y amparo á los débiles. Si nos acercamos al pobre, sea para remediar su miseria con lo que hayamos tomado al poderoso. Teneis hijas ó muger alguno de vosotros?

—Sí, contestó uno de los bandidos, yo tengo una hija que vale mas que las del rey, y por eso la quiero como á las niñas de mis ojos.

—Yo tengo muger, contestó otro, y aunque villana, vale mas que la dama mas noble de Castilla. Por eso la amo como dicen ama el hijo del rico-home de Vivar á la hija del de Gormaz, ese condado.

—Pues bien : si forzaran á tu hija ¿qué harias?

—Ira de Dios! Si hubiera quien tal hiciera, arderian Castilla y Leon, y buscaria mi puñal el pecho del forzador aunque se escondiera en las entrañas de la tierra, aunque huyera al fin del mundo! Hermano capitan, calla por Dios, que solo con pensar eso se me enciende la sangre!

—Y tú, hermano, ¿qué harias si te robasen y deshonrasen tu muger?

El bandido á quien esta pregunta se dirigia, echó mano á su daga por un movimiento instintivo; apretó los labios, se coloraron sus mejillas y sus ojos despidieron fuego.

Digitized by Google

—Rayo de Dios! esclamó, si tal sucediera, mi daga traspasaria mil corazones y luego traspasaria el mio! Mas... ¿por qué nos preguntas esto, hermano capitan?

—Porque quiero deciros que cuideis, tú de tu muger, y tú, hermano, de tu hija, si las teneis en esta tierra, que hay en ella un conde malvado que deshonra doncellas y casadas, arrebatándolas del lado del padre ó del esposo.

—Quién, quién es ese conde? preguntaron llenos de indignacion todos los bandidos.

—El de Carrion! contestó Martin, reprimiendo con dificultad su alegria al ver cuán bien iba disponiendo á sus compañeros para que le ayudasen en sus proyectos de venganza. El conde de Carrion, continuó, es el mas cruel, el mas traidor y el mas ruin de los hombres, cuando mas contentos vayais á estrechar en vuestros brazos á vuestros hijos ó á vuestras mugeres, os encontrareis con que ese villano conde las ha estrechado ya en los suyos, con que os ha robado el tesoro de hermosura y de amor con que soñais...

—Abrase la tierra y el infierno y trágenos, si consentimos cobardemente que ese hombre viva!... esclamaron los bandidos. Y Martin continuó con nueva exaltacion y nuevo regocijo:

—Sí, sí, hermanos, muera el conde de Carrion si no queremos morir nosotros como el Raposo y la mayor parte de sus compañeros. Ese conde es quien ha sacrificado á nuestros hermanos, porque á él se debe la creacion de la hermandad de los Salvadores.

—Asaltemos su castillo! esclamaron todos, hundamos nuestros aceros en el pecho de ese conde traidor.

—Pero D. Suero, que así se llama, podrá decirnos, hermanos, que si él forza doncellas y casadas, tambien nosotros las forzamos; que si él apalea y arrebata el sustento á los pobres, lo mismo hacemos nosotros.

—Pero de hoy mas no lo haremos. Juremos todos clavar la daga en el seno de aquel de nosotros que ose cometer tal desafuero, dijo el bandido que tenia una hija.

Y en efecto, todos hicieron solemne juramento de no forzar doncellas ni casadas, y de no robar ni maltratar á los pobres y débiles.

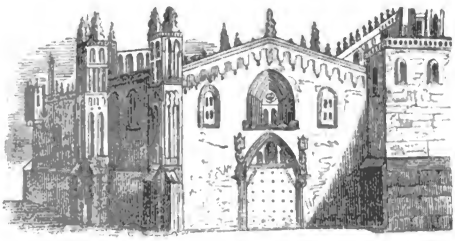
Digitized by Google

Martin comenzaba á sentirse débil por la sangre que habia perdido, y creyó que no debia dilatarse por mas tiempo la curacion de sus heridas.

Uno de los bandidos buscó una yerba que abundaba en aquel pais, y la aplicó á las heridas de su capitan despues de lavarlas con agua que en un yelmo trajeron de una fuente inmediata. Vendáronlas con un pañizuelo que al efecto hicieron jirones, y se detuvo enteramente la sangre.

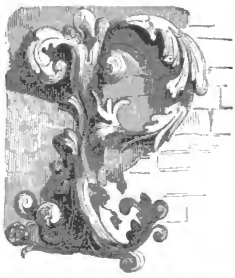
La reducida banda del Vengador descansó bajo aquella sombria arboleda, donde los caballos tenian fresco y abundante pasto, y cuando sonaba el toque de la oracion allá en los lugares diseminados en la llanura, cabalgaron los bandidos, y por dictámen de su capitan continuaron hácia la sierra de Oca.

Digitized by Google



CAPITULO XI.

De como los de Vivar tuvieron cartas del rey D. Fernando.



ocos dias despues de los sucesos referidos en los capítulos anteriores, estaban sentados á la mesa en el castillo de Vivar Diego Lainez y su familia, entre cuyos individuos se contaba Rodrigo. Todos estaban alegres, todos comian con escelente apetito, escepto este último que en vano procuraba tomar parte en la comun alegria, porque la sonrisa se detenia de repente en sus labios, como si saliese á su encuentro una idea desconsoladora que despertaba en el alma del mancebo las palabras mas insignificantes para los demas comensales.

Digitized by Google

Teresa que observaba á su hijo, echó de ver la inquietud y la tristeza de éste, y desde aquel instante participó de ellas, porque los sentimientos del hijo se reflejan en la madre, sobre todo cuando ésta es tan buena como la de Rodrigo.

—Hijo mio, dijo al preocupado jóven, ¿estás triste cuando tal motivo de alegria tenemos todos y particularmente tú que eres quien ha lavado la mancha que empañaba el brillo de nuestra honra? ¿Cuál es la causa de tu tristeza?

—Madre mia, respondió Rodrigo, ¿no habeis oido decir que Casilda, la solitaria del lago de San Vicente, comparte sus tareas con una noble doncella que ha ido á sepultarse con ella en aquella soledad?

—Sí.

—Pues esa noble doncella es Jimena Gomez.

—Deja, hijo mio, que llore en la soledad la pérdida de su padre, deja que consagre algunos dias á Dios, y al cuidado de las pobres enfermas que allí acuden á buscar su salud, porque el dolor busca sus primeros consuelos en Dios y en los que padecen. Si te ama aun, como no te es dado dudarlo, su dolor pasará y quedará su amor, porque el amor verdadero es eterno y pasajero el dolor por muy profundo que sea.

—Creeis, madre mia, que Jimena puede amar al matador de su padre?

—Sí, hijo, porque al matar á su padre, diste una prueba mas de honrado, y la misma Jimena te hubiera aborrecido si te hubiera visto mirar con indiferencia la honra de tu padre mancillada por el suyo.

—No sabeis que antes de abandonar la córte pidió venganza contra mí al rey, suponiendo que maté á tuerto á su padre?

—Si, dijo Diego Lainez que hasta entonces no habia querido interrumpir el diálogo de su muger y su hijo; y obligacion era esa de toda hija, pero en cuanto al rey, es demasiado sábio y justiciero para que crea tal suposicion, y castigue al que no solo no delinquió, mas añadió nuevos quilates á su honra.

—Con todo, padre mio, mucho temo que el rey haga enojo de nosotros, porque ventilándose al presente la cuestion de Calahor-

Digitized by Google

ra, no ha tomado vuestro consejo como siempre ha hecho en tales casos.

Al decir esto Rodrigo, entró un criado anunciando la llegada de un mensagero del rey, de quien traia cartas para Diego Lainez y Rodrigo.

Una viva inquietud se pintó así en el semblante de Diego como en el de su muger y el de su hijo. Un instante despues, el anciano leia un pergamino que le habia sido entregado con el sello del rey y el mancebo leia otro. He aquí el contenido del primero:

«A vos, el muy honrado Diego Lainez, saluda el rey de Leon y Castilla, que os ama como al mejor de sus vasallos. Sabed que os esperamos impacientes en nuestro alcázar, porque es nuestra voluntad, y deseo que empleeis vuestra sabiduría y vuestra prudencia en la crianza de los infantes, nuestros hijos, segun os dijimos no ha mucho ante los caballeros de nuestra córte. Cuidad de vuestra salud hasta que hayais convalecido del quebranto que en ella debieran haeer las heridas en la honra, y puesto que de estas habeis sanado, recibid los parabienes que por ello os damos—EL REY.»

El segundo pliego, es decir, el dirigido á Rodrigo, estaba concebido en los siguientes términos:

«A vos, Rodrigo Diaz, tan buen hijo como buen caballero, envia el rey sus saludos: sabed que el rey de Aragon nos disputa la posesion de Calahorra, alegando injusticia por parte del rey nuestro padre, que nos la dió de buena voluntad cuando á Dios plugó llamarle á sí. Y como hayamos convenido en fiar la decision de esta querella al valor de dos caballeros, el uno nombrado por nos, y el otro por el de Aragon, es nuestra voluntad que vos seais quien defienda nuestros derechos lidiando con Martin Gonzalez que tiene encargo de mantener los que D. Ramiro supone asistirle. Habeis dado pruebas de honrado y valiente, dando muerte al de Gormaz para vengar agravios hechos á vuestro padre y á vuestra honra, y no dudamos que, como bueno que sois, dareis cima á la empresa que os confiamos—EL REY.»

—Martin Gonzalez!... esclamó Rodrigo trémulo de alegria; Martin Gonzalez es el mantenedor aragonés!... Padre, Calahorra

Digitized by Google

quedará por D. Fernando, y yo tendré un título mas al amor de Jimena. Dios nos pone frente á frente á Martin Gonzalez y á mi para que mi acero haga morder el polvo al único hombre á quien aborrezco en este mundo, hoy que no existe el de Gormaz, al único hombre á quien tambien aborrece Jimena.

—Sí, hijo mio, respondió Diego participando de la alegría de su hijo, tanto por la honra que uno y otro recibian del rey, como por la que á Rodrigo iba á caber en la empresa que D. Fernando le encomendaba; sí, lidiarás por tu rey y por tu amor y vencerás, no lo dudes, mi Rodrigo. Mañana mismo tornaremos á la córte, donde nos esperan dias mas serenos que los últimos que en ella pasamos.

Y así diciendo, padres é hijo se confundieron en un abrazo, porque tambien Teresa tomaba parte en el contento de su esposo y en el de su hijo. Cierto que Rodrigo iba á empeñarse en un combate en que cuando menos debia perder la vida uno de los combatientes, pero Teresa fiaba en el valor de su hijo, y en aquella época la honra era superior á todas las afecciones, á todos los temores, á todos las intereses. Entonces la madre mas amante de su hijo era aquella que mas ardientemente deseaba verle empeñado en una empresa honrosa, aunque las probabilidades de ganar honra fuesen menos que las de perder la vida.

El lector, que sin duda recordará la entrevista de Jimena y Rodrigo en los salones del alcázar de Leon, recordará tambien los temores que ambos abrigaban de que D. Gome diese la mano de su hija á un hombre que no fuese Rodrigo. Veamos si aquellos temores eran ó no fundados.

Antes de la batalla de Atapuerca, y cuando ya empezaban á enemistarse Diego Lainez y D. Gome, pasó este á la córte de Aragon, en realidad, como embajador de D. Fernando, y en su concepto, como desterrado por arterías del de Vivar. Martin Gonzalez que era uno de los ricos-homes mas poderosos de Aragon, le hospedó en su casa y le obsequió espléndidamente, en la apariencia sin mas objeto que el de corresponder á las pruebas de amistad que habia recibido del conde algun tiempo antes en Gormaz, á donde fué con motivo de celebrarse allí un torneo, en el que fue-

Digitized by Google

ron mantenedores castellanos y aragoneses. Martin vió entonces á Jimena, y quedó prendado de su hermosura y su discrecion; mas no solicitó su mano persuadido de que no la conseguiria, porque era sabedor de que estaba prometida á Rodrigo. Cuando se hospedó D. Gome en su casa, y supo su enemistad con el de Vivar, creyó llegada la ocasion de solicitar lo que tan ardientemente deseaba. Atizó la discordia de Diego Lainez y D. Gome, fortaleciendo por medio de la calumnia la creencia en que este último estaba de que debia su malquistacion y su disfavor en la córte á calumnias del rico-home de Vivar, y cuando hubo preparado á su sabor al conde, le pidió la mano de Jimena que D. Gome le prometió si bien con la salvedad de que su hija habia de dársela sin violencia, porque, como ya en otro lugar dijimos, el de Gormaz, en medio de sus defectos, amaba á su familia, y aunque estaba resuelto á no consentir que Jimena se uniese á Rodrigo, no queria casarla contra su voluntad. Estos infames manejos que eran la causa principal de la division de ambas familias, fueron conocidos por Jimena y por Rodrigo, y hé aquí porque ambos odiaban de muerte á Martin Gonzalez, y hé aquí como aquel ódio era lejítimo y justo.

No abandonaremos el castillo de Vivar sin saber qué es del escudero y las doncellas, á quienes ya conocemos, para lo cual pasaremos á un aposento que debe ser el de Fernan, porque éste se halla en él y se vé su lanzon arrimado á la pared con otros utensilios propios de los de su profesion.

El valiente escudero debe estar muy apenado, porque cuando no lo está habla por cuatro si tiene con quien, ó si está solo entona cantares amorosos ó romances de caballería, y ahora permanece mudo, cabizbajo y como entregado á muy hondas cabilaciones. Mas hé aquí que entra en el aposento otro criado, y sus palabras van á decirnos algo de lo que deseamos saber.

—Pesia mi alma, dice el paje, que así eres tú el que eras, como yo soy obispo. Qué haces ahí cabizbajo y acuitado cuando tan alegres nuevas han llegado á nuestros amos y señores?

—Dirásme qué nuevas son esas, Alvar?

—Dirételas de buen grado y aun sin albricias. Por mi alma que buenas se las han dado nuestros amos al mensagero de D. Fer-

Digitized by Google

nando, y tan buenas, que si no valen veinte marcos de plata no me valgan á mi santos ni santas á la hora de mi muerte. Oh cuerpo de tal, si mías fueran qué bien habia de regalar el mio!

—Mas no me dirás, maldito charlatan, que tú eres, qué nuevas son las que el mensagero ha traido?

—Sí haré, Fernan, que á eso iba. Mas de qué te sirve comunicar con esa bruja del torrente, si no te ha enseñado la adivinanza que diz sabe á maravilla?

—Voto á Judas Iscariote, que te arroje por esta ventana si no dejas rodeos importunos ó te vas de aquí incontinente.

Alvar dió un paso atrás al ver el gesto amenazador del impaciente escudero, porque sabia que Fernan tenia por costumbre decir y hacer casi en un mismo punto, lo cual podian atestiguar sus costillas molidas mas de una vez por el escudero. Como el lector habrá echado de ver, el paje era uno de esos hombres tan aficionados á los circunloquios, que así van ellos al grano como los gorriones á la paja. Tipo es éste que tambien corresponde á nuestros tiempos, como podrá verse en las asambleas parlamentarias donde con tanta frecuencia resuena la voz de «al grano, al grano» «ó á la cuestion, á la cuestion,» que es lo mismo.

Gracias, pues, á las malas pulgas de Fernan, contó el page sin mas rodeos las nuevas que habia traido el mensagero de Don Fernando, añadiendo lo que ya sabemos, esto es, que tanto Diego como Rodrigo habian dispuesto salir para la córte al dia siguiente.

—Eso me place, dijo Fernan, porque en Vivar vivo muriendo desde que esa ingrata de Mayorica paga mi amor con arañazos y denuestos, y esa hi de tal de Aldonza me dá con la puerta en los hocicos.

—Aun las amas, Fernan? preguntó el paje admirado.

—Y tengo para mí que las amára aunque me trataran peor que á moro cautivo.

—Voto á mi abuela, que merece cien azotes quien tal hace, y que son vanos los propósitos de los enamorados! Pues no decias, mal aventurado, que en tu vida volverias á hacer caso de mugeres?

Digitized by Google

—Qué quieres, Alvar, el hombre propone y la muger dispone. Parióme mi madre con estas debilidades, y tengo para mí que con ellas me han de enterrar.

—Vence esas tus inclinaciones, Fernan.

—Dáme vencer á un escuadron de moros, y eso haré yo antes que vencer las inclinaciones que dices. Con todo, júrote, Alvar amigo, que estoy muy desengañado de mugeres, y hago lo posible por echarlas todas noramala.

—Si tal no hicieres, no digo en un dia ni dos, mas sí poco á poco, dígote lo que ya te he dicho, es á saber, que merecieras cien azotes.

—Bien se echa de ver, Alvar, que no tienes corazon, que ni has conocido ni conoces lo que son amores.

—Ay! dijo el paje dando un hondo suspiro, demás lo conozco, amigo Fernan. Si lleváramos el corazon en la frente, viéras el mio y moviérate á compasion.

—Voto á Judas Iscariote! Qué me dices, Alvar amigo, enamorado tú!...

—Y no lo estrañes, Fernan, que de piedra era preciso ser para no enamorarse de la tirana y gentil doncella por quien suspiro.

—Dirásme quién es esa soberana hermosura?

—Sí te diré, Fernan. Tú y tu señor la trajísteis á Vivar...

—Por el alma de Belcebú que te espliques pronto... esclamó Fernan montando súbitamente en ira.

—Dígote, se apresuró á contestar Alvar, temiendo los exabruptos del escudero, que Beatriz, la doncella que tú y D. Rodrigo acorrísteis en la venta, me tiene muerto de amores...

—Voto á Judas Iscariote, que lo serás por mis manos, esclamó el escudero lanzándose al paje y asiéndole del cuello con furia nunca vista. Qué es lo que osas decir, villano, mal nacido? Tú amar á Beatriz! tú osas poner los ojos donde yo pongo los mios!

—Fernan!... Fernan!... suelta pésia mí, que me descoyuntas con esas manos de fierro! Hubiérasme dicho que la amabas, y así pensara yo en ella como en hacerme moro.

Fernan soltó al paje conociendo que en efecto habia puesto

Digitized by Google

los ojos en Beatriz sin saber que con hacerlo le ofendia.

—Sí, la amo, dijo el escudero, la amo y fuera de mi señor, nadie tiene derecho á disputármela, que mi lanza hizo morder el polvo á los que la llevaban robada, y aunque hasta ahora se ha mostrado insensible á mis ruegos, ella conocerá cuán digno soy de servirla, y me dará sus brazos, donde me desquite de la aspereza de Mayorica.

Duro se le hacia al paje abandonar la conquista de la doncella rescatada de manos de D. Suero, pero se le hacian mas duras las manos de Fernan; así fue que prometió á éste solemnemente no volver á incurrir en su enojo requiriendo de amores á Beatriz, con lo cual quedó satisfecho el tres veces enamorado escudero; y ambos continuaban departiendo pacíficamente, cuando oyeron esclamar en una de las piezas inmediatas:

—Padre mio!

—Hija de mi alma!

A cuyas esclamaciones se siguieron sollozos y besos repetidos.

Paje y escudero acudieron allá, y encontraron á Beatriz abrazada con un labriego de edad algo avanzada.

Era el padre de la doncella á quien ésta habia dado aviso de que se hallaba en el castillo de Vivar, y que no habia acudido antes á estrecharla en sus brazos por lo que sus mismas palabras nos dirán.

—Hija mia, cómo te salvaste del malvado D. Suero? cómo te encuentro aquí? preguntó el anciano á su hija, y ésta se apresuró á referirle cuanto le habia sucedido desde que la arrebataran de su lado.

El pobre labriego se deshacia en lágrimas de gratitud al saber la proteccion que Rodrigo y aun todos los moradores del castillo habian dado á su hija.

—Ah! esclamaba, Dios bendecirá á los que han devuelto á un padre su hija, Dios protejerá al buen caballero que estrenó su espada en defensa de la inocencia oprimida, y en castigo del malvado tirano!...

Mas, como Beatriz estuviese impaciente por saber lo que ha-

Digitized by Google

bia pasado á todos los que la acompañaban á su vuelta de la romería, y lo ocurrido desde entonces en Carrion, el anciano se dió prisa á sacarla de su incertidumbre y su ansiedad.

El padre de Martin, dijo, murió de una estocada que en aquella horrible lucha recibió de uno de los criados de D. Suero. Martin se abrazó á su cadáver y esclamó llorando:

—«Padre, padre, vuestro hijo os vengará.»

Luego se dirijió á tu madre y á mí, y añadió:

—«Tambien será vengada vuestra hija, yo os lo juro por el amor que siempre la tuve, y por la salvacion de mi padre.»

Y desapareció sin que nadie haya vuelto á saber su paradero.

—Pero estaba herido? preguntó Beatriz con ansiedad.

—No, hija, contestó su padre.

Y la doncella murmuró por lo bajo:

—Gracias, Dios mio! aun soy digna de él, aun fio en su amor.

Estas palabras fueron una puñalada para Fernan, que sin duda creia que el amante de Beatriz habia sucumbido en la lucha, ó que la doncella no se acordaba ya de él. Poco menos fueron para Alvar, que si bien habia prometido al escudero renunciar á sus pretensiones al amor de Beatriz, abrigaba la idea de seguir en ellas procurando recatarse del escudero. Asi fué que ambos se miraron amostazados y con un si es no es de desconsuelo, y dijo Fernan al paje:

—Paréceme, Alvar amigo, que faltamos á la cortesía y buena crianza escuchando conversaciones que no nos atañen.

—Cierto, respondió Alvar.

Y aunque Beatriz y su padre dijeron que de ningun modo eran allí importunos, se retiraron cada uno por diferente lado, murmurando Fernan:

—La hi de tal se acuerda aun de él!... Robáranla veinte condes, y así le diera un ardite al hijo de mi madre como del robo de Elena. Ingratas, ingratas hembras!... Cuanto mejor amador es uno peor le tratais. Mas yo, sándio de mí, tengo la culpa de estas malandanzas que me suceden, que con mi codicia de amores pongo enojo á Mayorica. Cierto que á cada varon tocan dos hembras, y juro por el alma de Belcebú que éste mi cálculo no falla; mas

Digitized by Google

ya que las hembras son tan sándias que á la razon hacen orejas de mercader ¿por qué no he de resignarme á su sinrazon, y gozar el amor de una, ya que no el de las que me tocan? De hoy mas, á Mayorica he de servir con alma y vida, y vayan noramala esas his de tales que tan en poco tienen este gran tesoro de amor que á Dios plugo dárme... Arisca es Mayorica cuando la desplazco, mas tambien halagüeña y blanda cuando hago su gusto... ¡Oh Mayorica de mis ojos! no tornarás á querellarte de tu amador, que si tu honestidad guardas para él, para tí guardará él la suya.

Y Alvar:

—Pesia mí que hice el desatino de enamorarme cuando tan mal parado de amores veia á Fernan!... Es recia cosa que siempre ha de llegar uno tarde á enamorar á las hembras, que siempre ha de encontrar el puesto ocupado!... asi Dios me salve, no parece sino que nacen ya provistas de amantes, no de otro modo que de brazos y piernas... ¡Oh señor Dios, que gran merced hubieras hecho á los varones criándolos sin corazon!

El anciano continuó:

—Llegamos á Carrion, y al dia siguiente se vió tu madre acometida de una enfermedad en que estuvo á punto de perder la vida. Llamábate en lo mas recio de sus delirios, y no habia consuelo para ella; mas llegó la nueva de tu salvacion, y empezó á cobrar la salud de tal modo que me fué dado separarme de ella para venir á verte.

—Partamos, padre, partamos, que ansio volver á los brazos de mi madre!.. Ningun peligro me amenaza en Carrion, puesto que la espada de mi salvador arrancó la vida al conde...

—Su presa le arrancó, hija, pero no la vida, que D. Suero tornó á su castillo al dia siguiente, y se ha restablecido de su herida que se ha dicho recibió combatiendo con una partida de bandoleros.

—Y qué haremos, padre mio, esclamó Beatriz, qué haremos para librarnos vos y mi madre de su ira por habérsele malogrado su criminal empresa, y yo de un nuevo atentado?... Pero, ah! tranquilicémonos, padre mio, id á buscar á mi madre, huyamos de los estados del conde, que la generosa y noble familia á quien

Digitized by Google

debemos mi salvacion nos dará en sus estados un pedazo de tierra que labrar, y un pobre albergue donde gocemos dias serenos, pudiendo espresar nuestra gratitud y bendecir todos los dias á nuestros bienhechores.

No se engañaba Beatriz al fiar en la generosidad de los señores de Vivar : pocos dias despues, ella y sus padres habitaban contentos y felices una casa de labranza situada no lejos del castillo de aquellos, en medio de unas tierras que Pero Lopez, pues así se llamaba el padre de la doncella, araba con un par de mulas que poco antes piensaban en la caballeriza de Diego Lainez.

Digitized by Google

CAPITULO XII.

De como Rodrigo Diaz lidió con Martin Gonzalez.

Los gallos cantaban en Vivar cuando Diego Lainez y Rodrigo, acompañados de pajes y escuderos, entre los que se contaban Fernan y Alvar, salieron para Calahorra. Todos los caminos estaban cuajados de gentes que se dirigian á aquella villa, deseosas de presenciar el combate de Martin Gonzalez con un caballero castellano ó leonés, porque el mantenedor del rey de Aragon gozaba fama de esforzado, y se creia, no sin fundamento, que para competir con él elegiria D. Fernando el mejor y mas valeroso de sus caballeros. La mañana era deliciosa, la via estaba recien compuesta

Digitized by Google

por mandado del rey que se habia trasladado tambien á Calahorra y todo contribuia á hacer agradable aquella jornada, tan llena entonces de animacion y vida como triste la mayor parte del año. Asi fue que Diego y Rodrigo llegaron á Calahorra conservando la agradable disposicion que acompañaba á su espíritu desde que recibieron los pliegos del rey. Mas de una vez oyó el animoso mancebo los votos que los transeuntes hacian por el triunfo del mantenedor de D. Fernando, aunque ignoraban quien fuese, y lejos de acobardarle la importancia que se daba á aquella lid le animó mas y mas, porque, tuviese importancia ó no la tuviese, estaba seguro de vencer en ella, á pesar de que aun no tenia completamente cicatrizadas las heridas abiertas en su pecho por el acero de D. Gome.

Diego y su hijo se encaminaron á la posada del rey tan pronto como entraron en Calahorra. D. Fernando los recibió á ambos con los brazos abiertos, y Diego no pudo menos de considerar con gran placer cuánto mas brillaba su honra entonces, que cuando abandonára la córte la última vez.

—Señor, dijo Rodrigo, tan conmovido como su padre: me habeis concedido una honra que aun no merezco y que envidiára el mejor caballero del mundo. Si yo tuviera merecimientos, habríais satisfecho una deuda; pero no teniéndolos, la he contraido y anhelo ver llegado el instante en que pueda satisfacerla.

—Ese instante, Rodrigo, se halla muy cerca: hoy mismo se labrará la tela y arreglarán las condiciones para que mañana al salir el sol dé principio el combate, ya que venís tan apercibido á él. Y vive Dios, Rodrigo, añadió D. Fernando volviendo á echar su brazo al cuello del mancebo, que diera mi corona por tener un hijo tan esforzado y bueno como el de Diego Lainez.

Diego alzó la rugosa y noble frente por un movimiento nacido del orgullo paternal, y en aquel instante no hubiera trocado su dicha por la corona del rey.

—La teneis, señor, contestó Rodrigo lleno de modestia. Don Sancho será un bravo caballero y un príncipe digno de suceder á su padre en el trono de Castilla y Leon. Señor, preguntad á los

Digitized by Google

pocos moros y cristianos que salvaron la vida en Atapuerca, quién era un rapaz que sembraba el espanto entre las huestes del de Navarra, y ellos os dirán que era un mancebo imberbe, tan apuesto como osado, tan impávido como diestro en el manejo de su acero; ellos os dirán que era D. Sancho, vuestro hijo. Las leyes del duelo autorizan al mantenedor á elegir el padrino que mas de su agrado sea, y yo, usando del derecho que tengo, elijo por mi padrino al infante D. Sancho, si á él y á vos no desplace.

—Honrado se creerá el infante con vuestra eleccion, que yo como padre suyo os agradezco. Id á descansar, Rodrigo, y disponeos hoy para el duelo de mañana. Vos, honrado Diego, de hoy mas tendreis habitacion en mi alcázar, que quiero teneros á mi lado para que me guieis con vuestro consejo, y al de mis hijos, para que á vuestra esperiencia y lealtad deban las buenas prendas que brillan en el vuestro.

—Señor, dijo Diego, dadnos á besar vuestra mano.

—Los brazos y el corazon os daré, que no la mano, contestó el rey, y abrazó con efusion al anciano y al mancebo.

Amaneció el dia siguiente apacible y hermoso como el que le habia precedido, y un movimiento inusitado se notaba en la villa; damas y caballeros, pecheros y villanos, todos, en fin, se encaminaban á la confluencia del Ebro y el Cidacos, donde, en una deliciosa pradera, se habia construido el palenque, en que debian lidiar Rodrigo Diaz y Martin Gonzalez. Las circunstancias que concurrian en ambos mantenedores y la cuestion que se iba á decidir escitaban en alto grado la ansiedad pública: no se trataba de una cuestion de particulares, sino de una cuestion de reyes, en la que se interesaban dos reinos poderosos. Por lo que hace á los caballeros encargados de resolverla, Martin Gonzalez era tenido por una de las mas «bellidas barbas» de aquel tiempo, como se decia entonces de los caballeros esforzados. La muerte dada hacia poco á D. Gome de Gormaz por Rodrigo Diaz, habia dado á este una celebridad estraordinaria, porque el conde Lozano, como vulgarmente se llamaba á aquel, era tenido por invencible, y por consiguiente debia tenerse por tal al que, no

Digitized by Google

obstante, le habia vencido; ademas, eran públicos los amores de Rodrigo con Jimena y las pretensiones de Martin Gonzalez á la mano de la huérfana, y por lo mismo se creia que el mantenedor castellano iba á lidiar á la vez con el mantenedor del rey de Aragon y con el que habia tratado de arrebatarle el amor de Jimena, el amor que era su gloria, su esperanza, su vida.

Hé aqui como se habia dispuesto el campo: habíase construido una valla cuadrilonga formada de estacas clavadas en el suelo y unidas por un tejido de ramas, cuya verdura le daba el aspecto de un vallado natural. En cada costado se elevaba sobre un tablado un trono con dosel, el uno era para el rey y su familia, y el otro para los jueces del campo; y finalmente, se habian colocado dos tiendas de campaña, una en cada estremo de la tela destinadas á los campeones, padrinos y escuderos.

Acababa de asomar el sol por Oriente: los altos y espesos árboles que por el mismo lado sombreaban la tela, resguardaban á esta de sus rayos demasiado ardientes á la sazon, como que era la estacion calurosa. La multitud se apiñaba en torno del palenque, y hasta se estendia por los campos circunvecinos como un mar cuyas olas se ajitan incesantemente. El rey ocupó el trono que le estaba dispuesto, teniendo á su lado á la reina Doña Sancha, y á su hijo el infante D. Alonso, y ocuparon tambien su puesto los jueces. Eran estos cuatro, dos de ellos nombrados por D. Fernando y los otros dos por D. Ramiro. Los primeros eran Peransurez y Arias Gonzalo, y en cuanto á los segundos, solo dicen las historias que eran «dos muy nobles é muy complidos caballeros aragoneses.» A su lado estaban de pie sobre el tablado dos farautes con trompetas pendientes del cinto. Dejóse oir un prolongado murmullo entre la multitud: era que se acercaban al palenque los campeones, pues inmediatamente penetraron estos en la tela por los dos lados opuestos. Ambos cabalgaban en soberbios caballos: Rodrigo montaba un alazan de largas crines y de gallarda presencia que le habia regalado el dia anterior el rey D. Fernando, y le acompañaba su padrino el infante D. Sancho, precediéndole Fernan y Alvar, el primero en calidad de escudero, y el segundo en la de paje de lanza. Si Jimena le hubiera visto en aquel instante...

Digitized by Google

triste doncella, cuán dolorosa hubiera sido la lucha que en su corazon sostenian el amor y la memoria de su padre! Qué gallardo y arrogante estaba el hijo de Diego Lainez con su brillante y fuerte arnés de batalla! Cuántas damas que habian compadecido á la huérfana, envidiaron la suerte de la que era amada por Rodrigo!.. Negro era el caballo que montaba Martin Gonzalez, y mas fogoso aun que el de Rodrigo, aunque no de tanto cuerpo; y acompañaba al campeon aragonés, como padrino, el conde de Carrion, D. Suero, que siendo su amigo y pariente, habia acudido á la córte con aquel objeto á pesar de no hallarse enteramente restablecido de la herida, que segun era público y notorio, habia recibido lidiando con una partida de bandidos hacia muy poco tiempo. Tambien seguian á Martin un escudero y un paje de lanza, y estaba armado de punta en blanco.

Los farautes hicieron resonar las trompetas, y aquel inmenso murmullo que en su progresion ascendente demostraba que iban tambien en la misma las disputas de la multitud sobre la lucha que iba á comenzar, calló como si hubiese resonado la trompeta del juicio final sobrecojiendo de terror á todos los circunstantes. Entonces se echaron pregones prohibiendo á la muchedumbre toda voz y toda via de hecho hasta que se diese por terminada la lid, sopena de perder *los haberes é mas los ojos de la cara* cualquiera que lo contrario hiciese, ya fuese hembra ó ya varon, ya mozo ó ya viejo, ya noble ó ya villano. Terminado el pregon avanzaron por la tela ambos mantenedores casi hasta encontrarse, y Martin Gonzalez gritó por tres veces.

—Calahorra por D. Ramiro!

A cuyo grito respondió Rodrigo Diaz tambien por tres veces seguidas:

—Calahorra por D. Fernando!

Dicho esto, Martin arrojó á la arena un guante que recogió Rodrigo, y este arrojó otro que se apresuró á alzar su adversario, retirándose entonces cada caballero á su tienda respectiva con sus pajes y escuderos, y quedándose solos en la tela los padrinos, á quienes los jueces tomaron juramento de que cumplirian fielmente su deber. Prestado este juramento, D. Sancho y el conde de Car-

Digitized by Google

rion pasaron sucesivamente á la tienda de Rodrigo y á la de Martin á examinar las armas de los combatientes, y á ratificar las condiciones del duelo. Terminada que fué esta operacion, los combatientes aparecieron de nuevo en la tela, y les fué preguntado por el mas anciano de los jueces:

—¿Jurais lidiar á ley de caballeros, sin usar doblez ni hechicerías, asi en golpes como en armas?

—Si juramos, respondieron á un tiempo Rodrigo Diaz y Martin Gonzalez.

—Si así lo hiciéreis, Dios y los sus santos os ayuden, y sino seais malditos como malos y traidores que sereis, y vayais al infierno con Judas el traidor.

Dicho esto, los campeones que se habian adelantado hasta mitad de la tela, se retiraron á los estremos de esta, y embrazaron sendos escudos y lanzas que los respectivos pajes y escuderos les dieron, poniéndose en actitud de acometer, en tanto que los jueces partian el sol.

—El Ave-maría, el Ave-maría! gritaron los farautes.

Y todos los circunstantes descubrieron la cabeza y rezaron el Ave-maría, terminada la cual sonó un clarin y se acometieron los mantenedores.

Terrible fué la primera acometida; ambas lanzas chocaron simultáneamente en los acerados escudos, y á su empuge vacilaron ambos caballos y ambos caballeros se detuvieron un instante á pesar de su estraordinaria fortaleza. Tornaron á embestirse los lidiadores no bien se repusieron de este primer choque, y la lanza de Rodrigo dió inutilmente en el escudo de Martin, al paso que la de éste, resbalando en el del contrario, desbarató el brazal izquierdo é hirió al mancebo mas arriba de la sangria. El mantenedor castellano aventajaba mucho al aragonés en agilidad y destreza, pero en fuerza le era muy inferior. La sangre de Rodrigo tiñó el paramento de su caballo, y un grito de dolor mezclado con algunos de alegria resonó entre la muchedumbre que presenciaba el combate; pero el de Vivar lejos de desanimarse por aquel percance, se encendió mas y mas en ira, y trató de tomar el desquite arremetiendo á Martin, que paró tambien el golpe con el escudo,

Digitized by Google

porque Rodrigo no solamente tenia en contra suya la inferioridad de sus fuerzas, sino tambien la de su caballo que vacilaba en el momento del choque. Repitióse varias veces este, aunque sin ventajas de una ni otra parte; mas la lucha no podia prolongarse mucho, porque ambos combatientes lidiaban ya desatentados. Tomaron terreno para una nueva embestida que todos los circunstantes creyeron iba á ser la decisiva, y hundiendo las espuelas en los hijares de los caballos partieron á la carrera y fué tan formidable el choque, que ambas lanzas saltaron hechas astillas, y el caballo de Rodrigo cayó sobre los cuartos traseros. Entonces Martin Gonzalez desnudó la espada y la alzó sobre su inerme enemigo. Un nuevo grito de horror lanzó la multitud á pesar de estarle prohibido bajo severas penas dar ningun género de voces, y todos los ojos dirijieron una mirada compasiva á Diego Lainez que ocupaba con otros caballeros de su bando uno de los muchos tablados construidos en las inmediaciones del palenque para que las damas y caballeros de la nobleza presenciaran la lid. Nadie acusó de traidor y mal caballero al campeon aragonés porque aprovechase aquella ocasion de herir á su adversario, porque en casos semejantes era lícito hacerlo; pero temblaron todos, no tanto por la pérdida de Calahorra como por la de Rodrigo, que prometia ser uno de los caballeros mas cumplidos de Castilla y Leon.

Cuando Rodrigo vió desnudo sobre su cabeza el acero de Martin, saltó á la arena con nunca vista rapidez, y esquivando asi el golpe de su contrario que hirió al caballo, como si el azar se hubiese encargado de castigar su flojedad, desnudando su espada la sepultó en los pechos del caballo de Martin Gonzalez. Este se vió entonces en la misma posicion en que hacia un instante se habia visto Rodrigo; pero Rodrigo lejos de imitarle, se detuvo y le dijo:

—Alzad y lidiemos á pié firme, que nuestras espadas harán lo que no han podido hacer nuestras lanzas.

Un ruidoso aplauso fué la recompensa que la muchedumbre dió á la generosidad de Rodrigo. Ambos caballeros se pusieron en guardia, y se acometieron con desesperado esfuerzo. En vano trataba Martin de inutilizar la defensa que el escudo prestaba á Ro-

Digitized by Google

drigo, buscando el costado de éste, porque el paladin de D. Fernando burlaba todos sus golpes valiéndose de su destreza y ajilidad del mismo modo que el aragonés se habia valido y valia de la superioridad de sus fuerzas. Rodrigo tomó su espada con ambas manos á pesar del embarazo de su escudo, y fué á descargarla en la cimera de Martin Gonzalez; mas este puso su escudo en posicion casi horizontal. El yelmo quedó sin lesion alguna, pero el escudo saltó hecho pedazos, y Martin quedó por consiguiente sin mas arma defensiva que la cota de malla que vestian ambos combatientes.

Martin Gonzalez se creyó perdido, y todos sus amigos participaron de su temor; pero Rodrigo dió una prueba mas de que no en vano circulaba por sus venas la sangre mas noble de Castilla.

—Lidiemos á pecho descubierto! esclamó.

Y arrojó lejos de sí su escudo.

Si el rostro del caballero aragonés no hubiese estado oculto por la visera, los espectadores de aquella sangrienta escena le hubieran visto coloreado por el carmín de la vergüenza.

La lucha se travó cada vez mas porfiada, mas sangrienta, mas feroz. La ira cegaba á Rodrigo y redundaba en beneficio de su contrario que se conservaba mas sereno. Martin hizo esta observacion y trató de vencer irritando aun mas al jóven caballero, pues segun la Crónica del Cid, le dijo:

—«Mucho vos pesa, Rodrigo, porque entrades conmigo en este logar, ca vos faré yo que non casedes con Doña Ximena Gomez... que mucho amades, nin tornaredes á Castilla vivo.»

A lo cual contestó Rodrigo, segun la misma Crónica:

—«D. Martin Gonzalez, sodes buen caballero é non son estas palabras para aquí; ca este pleito por las manos lo habremos á lidiar, que non por las palabras vanas.»

—Pues finemos pronto, dijo Martin en voz baja, que Jimena me espera con los sus brazos abiertos...

Aun no habia concluido de decir estas palabras, cuando la espada de Rodrigo se dirijió á su rostro, y haciendo saltar la babera, se introdujo por la boca con tal fuerza que salió por la nuca.

Digitized by Google

Castigo providencial! El calumniador Martin Gonzalez fué castigado *por do mas pecado habia.*

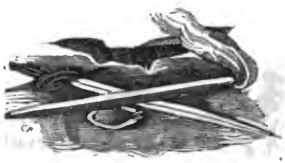
Aplausos frenéticos resonaron por todas partes.

—Calahorra por D. Fernando! gritaron por tres veces los farautes; pero nadie salió á sostener lo contrario.

Entonces los jueces declararon unánimemente la validez del combate, y de D. Fernando la villa que se disputaba.

El rey se precipitó inmediatamente á la tela, abrazó á Rodrigo, le desarmó por su propia mano, y le sacó del palenque.

Poco despues entraba el valeroso mancebo en la villa en medio de los entusiastas víctores de la multitud, y viendo llorar de rogocijo á su padre y á su rey.



Digitized by Google

CAPITULO XIII.

De la visita inesperada que tuvo Jimena en su retiro.

ALGUN tiempo hacia que el rey D. Fernando pensaba trasladar su córte á Búrgos, tanto para hallarse mas cercano á las fronteras que devastaban continuamente los moros de Aragon y poder asi tener á estos á raya, cuanto para que los castellanos no creyesen que daba al reino de Leon la preferencia sobre Castilla, y determinó poner por obra su proyecto tan luego como terminó la cuestion de Calahorra con el combate singular entre Rodrigo Diaz y Martin Gonzalez. Movióle tambien á apresurar esta traslacion su deseo de ahogar en su nacimiento los dos sangrientos bandos, que creia iban á levantarse en Castilla entre la casa de Gormaz y la de Vivar.

Digitized by Google

D. Fernando consideró que el mejor medio de cortar la existencia de estos bandos, era unir á Jimena con Rodrigo, lo cual ofrecia sérias dificultades por parte de la doncella; pero se propuso vencerlas, y á ello no solo le impulsaba su deseo de ver tranquilos sus Estados, sino tambien el de ver dichoso á Rodrigo, pues sabia que no podia serlo sin Jimena.

Dejemos á aquel sabio y prudente monarca encaminarse á la capital de Castilla, y sepamos qué es de las solitarias del lago de San Vicente.

Habia creido Jimena que en la soledad, en la oracion, en la penitencia y en el servicio de la humanidad dolorida, olvidaria á Rodrigo y recobraria su espíritu la calma de que tan falto se hallaba; pero se habia engañado completamente, porque cuando el amor ha echado hondas raices en el corazon, resiste todos los esfuerzos, resiste todos los embates, resiste todos los huracanes. ¿Puede morir sin que muera el que le siente, ese amor que nace en la cuna de dos niños, que crece con ellos en el hogar paterno, entre las flores y las mariposas de la pradera, bajo los árboles que sombrean las avenidas del pueblo nativo, entre las caricias maternales? ¿Cómo renunciar ese paraiso que sueñan las almas enamoradas?

En vano habia luchado Jimena con su amor á Rodrigo; en vano habia evocado el sangriento recuerdo de su padre para darle el lugar que en su memoria ocupaba el recuerdo de Rodrigo; en vano habia pedido ayuda á la santa doncella y á la cariñosa y fiel anciana que la acompañaban en aquella soledad, para arrancar de su corazon aquel amor obstinado, profundo, inmenso.... En todas partes hallaba incentivos su amor, todo parecia conjurarse para perpetuar en ella su recuerdo. Hoy llegaba á las riveras del lago una jóven enferma, acompañábala un mancebo que la daba el dulce nombre de esposa, que la rodeaba de solícitos cuidados, que se entristecia cuando la veia triste, que se alegraba cuando la veia alegre, que la embriagaba en una atmósfera de amor exhalado en sus palabras, en sus miradas y en sus acciones.... y Jimena recordaba que asi era el amor que ella habia soñado, que asi era el esposo que habia visto en Rodrigo.

Digitized by Google

Ay! entonces sí que le parecia desventurada la muger que no tiene un esposo que proteja su debilidad, que la sostenga cuando se vea abrumada por los dolores físicos ó morales! Otro dia se internaba por las sombrías arboledas que circundaban el lago, y recordaba que un tiempo se internó con Rodrigo por las que rodeaban el castillo de Gormaz, y allí donde hallaba una fuente, un arroyuelo ó una pradera sembrada de olorosas y variadas flores, hallaba el recuerdo de otra fuente, de otro arroyuelo ó de otra pradera, al cual estaba unido el recuerdo de Rodrigo.

En esta lucha entre su amor y la sombra ensangrentada de su padre, iba venciendo el primero. Pero, si Rodrigo la amaba como otro tiempo, ¿cómo se resignaba á no verla? ¿cómo no salvaba, por lograrlo, la corta distancia que habia desde Vivar al lago de San Vicente, como otro tiempo salvaba la larga distancia que habia desde Vivar á San Esteban de Gormaz? Todos los proyectos de ódio, de venganza y de olvido, todos los esfuerzos, todas las mortificaciones de Jimena por olvidar al que habia matado á su padre, habian venido á parar á esta pregunta que la doncella se hacia cansada de luchar con su amor, al terminar una noche pasada en el insomnio y la pesadilla. Abandonó su humilde lecho, el lecho en que tantas lágrimas vertia y á tan desconsoladoras reflexiones se entregaba, y se arrodilló ante una imágen de María de los Dolores, para elevar al cielo las preces matutinas al compás de los pajaritos que cantaban en los árboles que protejian con sus troncos seculares y sus espesas ramas la rústica ermita.

—Madre de los sin ventura, consuelo de las almas atribuladas! esclamó alzando á la santa imágen sus manos y sus ojos arrasados de lágrimas, consolad y sostened mi alma que sucumbe al peso de la tribulacion! Compadeced mis dolores, aplicad el bálsamo de vuestra gracia á las heridas de mi corazon, tened misericordia de mí!.....

Apenas habia terminado Jimena esta corta plegaria, Lambra, que habia salido á la puerta de la ermita para ver si volvia Casilda que habia ido al rayar el alba á consolar y socorrer con algunos alimentos á la familia de un pastor enfermo y necesitado que tenia su miserable cabaña cerca del lago, Lambra, repetimos, se

Digitized by Google

dirijió precipitadamente á donde estaba su señora y la dijo:

—Mirad, señora, mirad los caballeros que vienen por allá abajo.

Jimena se dejó guiar maquinalmente de Lambra, que la tomó de la mano y la condujo á la puerta de la habitacion. En efecto, como una veintena de lucidos caballeros venian costeando el lago á tomar un camino que conducia á la morada de las solitarias, edificada en la cima de una colina que dominaba parte del valle.

Aquellos caballeros no acompañaban á dama alguna. ¿Quiénes eran pues? ¿A qué se dirigian á la ermita? Tales preguntas se hacia Jimena, cuyo corazon latia apresurado, sin que la doncella supiese por qué. Los caballeros se fueron acercando, y Jimena reconoció con indecible sorpresa al rey D. Fernando que venia el primero. El rey aparentó sorprenderse á su vez al reconocer á Jimena cuando llegaron á la ermita.

—Jimena! esclamó, vos aquí!

Y se apresuró á descabalgar.

—Vos aquí, repitió, cuando yo os creia en vuestro castillo de Gormaz!

—Señor, dijo la jóven, á aquí me condujo el deseo de encontrar la calma que me negaba la córte. Os ofenderé preguntándoos á qué debo la dicha de veros en esta soledad?

—A mi deseo de ver á Casilda, porque ya sabeis, Jimena, que desde que perdió el amor de su padre por merecer el amor de Dios, entre los hombres no tiene mas amparo que el mio. Bendigo el instante en que pensé hacer esta jornada, pues al fin de ella en vez de encontrar un ser amado, encuentro dos.

Los que acompañaban al rey, del mismo modo que Lambra, se habian apartado respetuosamente de los interlocutores de esta escena.

—Cómo no encuentro á vuestro lado á Casilda? añadió Don Fernando.

—Pronto la vereis, señor, contestó la doncella, pues ha ido á ejercer no lejos de aquí su mision de misericordia.

—No solo me place veros por el contento que siempre me causa vuestra presencia, sino tambien porque tengo que daros una nueva, para vos muy agradable, dijo el rey fijando la vista aten-

Digitized by Google

tamente en Jimena para ver el efecto que en ésta producian sus palabras. Recordais que me pedisteis justicia contra el que habia matado á vuestro padre?

—No lo he olvidado, señor.

—Ya os la he hecho, Jimena!

—Dios mio! esclamó la jóven con ansiedad y terror. Señor, esplicadme...

—Rodrigo ha sido castigado cual merecia.

Una palidez mortal se estendió por el rostro de Jimena, la que hubiera caido al suelo si el rey no la hubiera sostenido y hecho sentar en un banco rústico que estaba inmediato á ellos.

—Le empeñé en un combate singular con Martin Gonzalez, seguro de que le empeñaba en una lucha mortal, y no me equivoqué... El acero de Martin Gonzalez se ha teñido en la sangre del que vertió la de vuestro padre.

Jimena lanzó un grito doloroso, y cayó sin sentido contra la pared que servia de respaldo al banco.

—Dueña, dueña! gritó D. Fernando, traed agua, que vuestra señora se ha desmayado al acordarse de su padre.

—Ay Dios mio! válgame la Dolorosa y todos los santos de la córte celestial! esclamó Lambra corriendo á buscar lo que el rey pedia. Vaya, señor, que ya podiais hablar de vivos y no de muertos, cuando veis que mi señora está si se vá ó no se vá con los angelitos!

La dueña trajo á toda prisa una embozada de agua de un manantial que brotaba mas abajo de la ermita, y salpicó con ella el rostro de Jimena. Esta fué volviendo en su acuerdo mientras la dueña decia al rey:

—Por el glorioso San Isidoro, mirad, señor, lo que decis á mi señora, porque en una de estas se nos queda entre las manos como un pajarito. No sabeis, señor, el estrago que en ella ha hecho la muerte de su padre : se conoce que en toda la noche no sueña con otra cosa, porque no cesa de nombrar al que le mató, á ese loco de D. Rodrigo...

—Retiraos, honrada dueña, que ya ha vuelto en sí, dijo Don Fernando á Lambra, y esta se apresuró á obedecerle.

Digitized by Google

—Ha muerto!... ha muerto Rodrigo!... murmuró Jimena antes de abrir los ojos y recordar que estaba á su lado el rey.

—Jimena! dijo D. Fernando, no ha muerto Rodrigo, quien ha muerto al filo de su acero es Martin Gonzalez.

Jimena no pudo contener el torrente de su alegria, ni quiso ya ocultar sus sentimientos al rey. Y aunque hubiera querido ¿cómo hacerlo si los habia revelado ya, falta de poder para ocultarlos?

—Señor, compadeceos de mí, esclamó, decidme la verdad, ¿es cierto que Rodrigo vive, ó no os atreveis á repetirme que ha muerto, porque no se repita el desvanecimiento que me han causado vuestras palabras?

—Jimena, os juro que Rodrigo vive para amaros eternamente. ¿No quereis que viva? ¿No quereis que os ame?

—Señor, culpadme de liviana, de hija ingrata, de muger indigna de la noble sangre que corre por mis venas; pero su vida es mi vida, y sin su amor no hay esperanza para mí en este mundo. Os pedí justicia contra Rodrigo, y no mentí, señor, porque entonces me parecia que en ella se cifraba mi única dicha; pero luego conocí que me engañaba, que en la justicia que os pedia se cifraba mi mayor desventura. Mi padre me pedia venganza desde el fondo de su sepulcro, y mi amor á Rodrigo me pedia perdon desde el fondo de mi corazon... Ah! señor, solo Dios y yo sabemos la lucha que he tenido que sostener, y los dolores que he tenido que sufrir!...

—Pues bien, Jimena, esa lucha y esos dolores deben cesar de hoy mas: Rodrigo mató á vuestro padre, porque vuestro padre habia quitado la honra al suyo; Rodrigo quiso lidiar á buena ley con el conde de Gormaz, y el conde le insultó; Rodrigo, aun así, no mató alevosamente á vuestro padre, que le mató lidiando brazo á brazo y frente á frente, como buen caballero que es. Esto basta, Jimena, para destruir vuestros escrúpulos, para aquietar vuestra conciencia y para que os unais con Rodrigo...

—Es imposible, señor, porque el vulgo no razona así; porque para el vulgo siempre me habria unido con el matador de mi padre.

Digitized by Google

—Jimena, á los ojos del vulgo sereis la víctima de una órden tiránica, habreis dado vuestra mano á Rodrigo obedeciendo un mandato mio, y solo vos, Rodrigo y yo, sabremos que se la habeis dado por obedecer los impulsos de vuestro corazon.

—Ah! señor, cómo podremos Rodrigo y yo pagaros la felicidad que os debemos?

—Escojiéndonos á la reina y á mí por padrinos de vuestras bodas, contestó D. Fernando con benévola sonrisa.

Jimena no sabia cómo demostrar al rey su gratitud; arrojóse de hinojos á sus plantas, y esclamó:

—Señor, dejadme besar vuestros pies, dejadme imprimir el lábio en la huella de vuestros pies...

—Alzad, Jimena, pues la que como vos es digna de Rodrigo, solo ante Dios ha de arrodillarse.

En el momento en que el rey alzaba bondadosamente á Jimena, asomó por entre las encinas inmediatas la piadosa Casilda. D. Fernando que la amaba como á una hija, y cuya sensibilidad estaba en aquel momento sobre manera escitada, corrió á su encuentro. Casilda dió un grito de alegria al verle.

—Casilda, la dijo D. Fernando, despues que tanto él como la santa doncella hubieron satisfecho esa necesidad de dar esparcimiento al alma por medio de la palabra que sienten dos seres unidos por un cariño tierno y respetuoso, al verse despues de una larga ausencia, Casilda, os traigo nuevas de vuestro padre.

—De mi padre! esclamó la vírgen con indecible alegria. Y al mismo tiempo brotaron dos lágrimas de sus hermosos y púdicos ojos.

—Sí; vuestro padre me ha confiado los ocultos sentimientos de su corazon, para que os los manifieste. Leed, y sus palabras os dirán mas que las mias.

Y el rey sacó de su escarcela un pliego que entregó á la doncella, una carta que Casilda se apresuró á leer con los ojos arrasados de lágrimas:

«A vos que teneis hijos y los amais como yo á los mios, decia Almenon despues de las salutaciones y fórmulas ordinarias, á vos acude un padre sin ventura, seguro de que comprendereis sus

Digitized by Google

sentimientos y cumplireis sus encargos. Hanme dicho que mi hija no abrazó la ley de los cristianos para vivir en la molicie y el fausto de vuestra córte, sino para vivir en la soledad y la pobreza, y consagrar su vida al servicio de los menesterosos y doloridos. Si antes la maldije, ahora la bendigo en el fondo de mi corazon : si antes la aborrecia, ahora la amo, decídselo así, y decidla tambien que no aborrezca á su padre creyéndole cruel para con los pobres cautivos, pues solamente lo es porque las creencias del pueblo en que reina, y el deseo de conservar un trono para legárselo á su hijo le obligan á ello. Una doncella criada á la sombra de un trono debe padecer mucho y correr graves riesgos en un desierto, en una tierra estranjera, en el seno del dolor y la pobreza; servid de padre á Casilda, protejedla y velad por ella, que yo os juro hacer lo mismo por vuestros hijos si el destino los trajese un dia á los dominios de—ALMENON.»

Los sollozos ahogaban á Casilda al terminar la lectura de esta carta; pero sentia su corazon regocijado porque su padre la amaba aun, su padre la bendecia, su padre no lloraba ya por ella!

—Casilda! la dijo D. Fernando afectuosamente, no en vano acude vuestro padre á mi corazon para satisfacer los deseos del suyo. De hoy mas tendreis un padre en mí; y como vuestra ambicion es poseer medios de socorrer la desgracia, abierto teneis mi tesoro, acudid á él y que ningun menesteroso llame en vano á vuestra puerta.

. . . . . .

. . . . . .

Algunos dias despues de la visita del rey á las solitarias del lago, entraba Jimena en Búrgos acompañada de una lucida comitiva de los caballeros de la córte de D. Fernando que habian salido á su encuentro largo trecho camino de Briviesca.

Unos aldeanos que entraban al mismo tiempo en la ciudad se pararon á ver pasar á la doncella y su lucido acompañamiento, y como ignorasen las novedades de la córte por su alejamiento de ella y no conociesen á Jimena, se acercó uno de ellos á un menestral que trabajaba á la puerta de una casa, y le preguntó:

Digitized by Google

—Sabeis quién es esa doncella tan guapa? Por mi ánima que parece una reina!

—Qué, no la conoceis? Es Doña Jimena, la hija del conde de Gormaz, que viene á casarse con el hijo del rico-home de Vivar, contestó el interpelado.

—Calla! ¿pues no se dijo que ese mancebo habia matado al conde?...

—Cierto.

—Y se casa con él la hija del difunto! Vaya, que se ven unas cosas en estos tiempos.... Es menester tener ganas de casarse para....

—Calla, villano, y no calumnies á esa doncella que es mas honrada que tú y toda tu casta.

—El que ha de callar es el burgalés, que juro á ños tengo puños y no gusto de oir denuestos....

—Piensa el palurdo que á mí me faltan puños?... Voto á brios que he de romper los cascos al muy soez.

Y al decir esto, el menestral dejó su obra y se arrojó al aldeano; pero los que presenciaban esta escena se pusieron por medio, y el burgalés tornó á su puesto sin haber dado ni recibido mas que un par de puñetazos.

—Pensais los palurdos que los de la ciudad somos de alfeñique? dijo.

—Y por qué los burgaleses nos insultan?

—Por qué te metes á juzgar lo que no entiendes?

—Esplicádmelo y lo entenderé.

—Pues sabed que Doña Jimena lejos de vituperada, debe ser compadecida, porque se casa con D. Rodrigo mal de su grado. Cierto que un tiempo le amó, mas le tomó rencor desde que el mancebo mató al conde, y si ahora se casa con él es en virtud de mandamiento real que asi lo dispone; el rey funda el dicho mandamiento en que el casamiento del de Vivar y la de Gormaz evitará bandos que ensangrentarian el reino, y dice que primero es el bien general que el particular.

—Y tiene razon el rey.

—Vaya si la tiene. Y tanto mas cuanto que D. Rodrigo no

Digitized by Google

mató á tuerto al padre de Doña Jimena. Ah! ya sabe D. Fernando lo que se hace y no haya miedo que él cometa una sinrazon. Tengo para mí que no ha habido mejor rey en el mundo....

—Sabeis que la doncella vale media Castilla?...

—Sabido se lo tiene el mancebo, que ciertamente en nada desmerece de ella.

—Ya se avendrán en cuanto partan lecho una noche siquiera, dijo el palurdo con maliciosa sonrisa, y añadió brutalmente:

—No tiene cara de uraña la doncella. Ira de Dios si yo la pescara entre los robledales de mi pueblo, que por mí santiguada se me habia de aficionar bien pronto!

Digitized by Google

CAPITULO XIV.

De como Rodrigo y Jimena se casaron y el diablo puso espanto á los burgaleses.

COMENZABA el mes de setiembre y amanecia un domingo apacible y templado como un dia de primavera, pues habian cesado los ardores caniculares y aun no habian sido reemplazados por los aires frios que trae consigo el otoño, particularmente en tierra de Búrgos. Notábase en esta ciudad una animacion inusitada y acudian á ella multitud de gentes de las aldeas comarcanas; pero donde mas se notaba aquella animacion era en las calles inmediatas á la iglesia de Santa Gadea.

Digitized by Google

El lector habrá adivinado ya cuál era la novedad que alteraba de tal modo la quietud habitual á los habitantes de la capital de Castilla y sus cercanías : íbanse á celebrar aquel dia las bodas de Rodrigo Diaz y Jimena Gomez, de quienes debian ser padrinos el rey D. Fernando y la reina Doña Sancha. En el tránsito del alcázar á la iglesia estaban vistosamente adornados de flores y ricos paños balcones y ventanas; el suelo estaba cubierto de flores y yerbas aromáticas, y se habian levantado de trecho en trecho vistosos arcos de follage. Aquellas bodas llenaban de regocijo, no solo á los parientes y amigos de los novios, sino tambien á todos los buenos castellanos que con ellas perdian el temor de sangrientos bandos. Tanto por esto como por saber que complacian al rey complaciendo á los esclarecidos novios, se habian apresurado los burgaleses á adornar la carrera que aquellos debian llevar, de la manera que hemos dicho.

Acababa de mostrar el sol su luminoso disco en oriente, cuando la multitud que poblaba la carrera, empezó á ajitarse y á dirijir la vista hácia el alcázar, porque el repique de las campanas de Santa Gadea anunciaba que novios y padrinos habian salido de aquel, pues es de advertir que D. Fernando queriendo honrar por todos los medios posibles á Rodrigo y á Jimena, los habia hospedado en su palacio. En efecto, pocos instantes despues apareció á los ojos de la ansiosa multitud el lucido cortejo:

¡Qué hermosa estaba Jimena, y qué gallardo Rodrigo! Caminaban en medio del rey y la reina, y junto á ellos iban Diego Lainez y Teresa Nuña, en cuyos rostros brillaban la alegria y el orgullo paterno, y los acompañaban tambien muchos de sus parientes y las damas y caballeros mas distinguidos de la córte. La muchedumbre se apiñaba á su paso, y apenas bastaba á dejarle libre la guardia del rey que precedia á la comitiva. Al fin llegaron al templo donde los esperaba el obispo D. Jimeno, y entonces la multitud se ocupó aun con mas ahinco que antes en conquistar á fuerza de empellones, el sitio mas á propósito para verlos cuando tornasen de la sagrada ceremonia.

La agitacion y el desórden que por largo rato habian reinado entre la multitud agolpada frente á la iglesia de Santa Gadea, ha-

Digitized by Google

bia ido cesando poco á poco, y todos departian ya pacíficamente sobre la riqueza de los trages, la hermosura de la novia, la bizarria del novio y los acontecimientos que habian precedido á aquellas famosas bodas.

—Vive Dios, que la tal Jimena vale mas que su condado, y eso que del estado de Gormaz bien tuvieran los moros para hacer cuatro reinos segun lo grande que él es, decia un mancebo, paje segun las trazas, que con otros dos, sus iguales, estaba encaramado en las verjas que resguardaban el átrio de Santa Gadea.

—No valen menos Rodrigo y sus tierras de Vivar, respondió otro de aquellos mancebos.

—Pues digoos, añadió un tercero, que Rodrigo Diaz va á ser dueño de un imperio con los Estados que junta. No sabeis las donas que el rey D. Fernando ha dado á los novios?

—Yo nada sé, porque mi amo y señor el de Carrion tiene tal enemiga á los de Vivar, que nadie osa mentarlos en su casa.

—Pues habeis de saber que les ha dado por juro de heredad el señorío de Valduerna, el de Belorado y el de Saldaña.

—Ira de Dios qué dadivoso es D. Fernando!

—El rey sabe muy bien lo que hace, que dadivoso debe ser con quien acaba de ganarle á Calahorra, que hubiera perdido á no ser tan esforzado el de Vivar. Y tengo para mí, que D. Rodrigo á de ganar á Castilla mas castillos moros que casas tienen los lugares que D. Fernando le ha dado.

—Cierto que D. Rodrigo es valiente. Oh pesia mí, y cuanto pudiera decir de eso mi amo, y aun dijera el hijo de mi madre si fuera sorda toda esta muchedumbre que bulle y murmura bajo nuestros pies!

—Eso me placiéra, Guillen.

—Y á mí otro que tal.

—Pues habeis de quedar con el deseo de saberlo, que no es este lugar de contar aventuras en que tan mal parado quedó mi señor.

Esta negativa de Guillen, como es de suponer, avivó mas la curiosidad de sus compañeros, quienes, como se hallaran el uno á su derecha y el otro á su izquierda, se fueron corriendo asiéndose

Digitized by Google

á los hierros de la verja, hasta ponerse en contacto con él.

—Cuéntanos esa aventura, Guillen, que barrunto ha de ser digna de ser contada, dijo uno de los interlocutores.

—Contaréosla por no desplaceros; mas sabed que si D. Suero, mi señor, lo supiera, asi volviera yo á contar aventuras de nadie como mis compañeros los otros servidores del conde, á quienes horadó el cuero en la venta del Moro la lanza de ese descomunal escudero de D. Rodrigo, por nombre Fernan.

—Acabarás con tus dilaciones, Guillen amigo?

—Eso haré incontinente.

Y Guillen contó á sus amigos el rapto de Beatriz, tal como el lector le conoce.

—Y es posible que el de Carrion cometa tamaños desafueros! esclamó uno de los compañeros del narrador.

—De poco te admiras, amigo, contestó Guillen siempre en voz baja, y mirando si escuchaba sus palabras alguno de los que al pié de la verja esperaban que saliesen de la iglesia los novios. Mayor fuera vuestra admiracion, continuó, si supiérais el rapto de otra doncella, á quien robó D. Suero algun tiempo antes que á Beatriz.

Illan y Garcia, que así se llamaban los otros pajes, se acercaron aun mas á Guillen, y le interrogaron estirando el pescuezo y aplicando el oido á sus palabras; pero viendo que el servidor de D. Suero no satisfacia su curiosidad con la prontitud que ellos deseaban, abandonaron el gesto para interrogarle con la palabra:

—Y cómo fué ese otro rapto, Guillen? preguntó Illan, que era el mas curioso de los dos.

—Fué como vais á oir, si no mintieron los que me lo contaron, porque á la sazon aun no servia yo á D. Suero. Habia en el condado de Carrion una doncella, villana sí, pero de las mas garridas que hay en Castilla y Leon. Vínole en mientes á D. Suero quitársela á su padre con intento de gozar de su hermosura, y valiéndose de sutiles trazas, condujo padre é hija al castillo de Carrion, y allí quitó la honra á la doncella, y al villano la vista para que no pudiese topar á su hija, ni tomar venganza del que así habia deshonrado sus canas. La doncella, que era muy honesta, resistióse

Digitized by Google

algun tiempo á los halagos, mas el conde apeló á la violencia, y Sancha, que así se llamaba la víctima, sucumbió á la liviandad de su verdugo. Pasaron dias y dias, y aun algunos meses, y D. Suero que estaba muy enamorado de la villana, redoblaba sus caricias, porque decia para su sayo: «Si tamaños goces encuentro aborrecido, ¿cuán grandes no los encontraré amado?» Ibase la moza ablandando con sus halagos y sus dádivas, y crecia de dia en dia el amor de D. Suero; mas hé aquí que un dia entró á su aposento una vieja jitana que solia decirla la buenaventura, de lo cual, como de otros muchos caprichos, no queria privarla el conde, y ambas desaparecieron del castillo, dicen que por arte de sortilegio, porque de otro modo no podia ser, y porque aseguran que la jitana era tan diestra en hechicerías como todas las de su raza. Contaros la desesperacion y la ira del conde al saber la fuga de Sancha, fuera cuento de no acabar : baste deciros, que para desfogar su ira tuvo que moler á palos los huesos de todos sus servidores y vasallos, y que pensando olvidar así á la moza fujitiva, estableció en su castillo una especie de serrallo, á donde conducia, y aun conduce, las doncellas mas hermosas del condado.

—Y no se ha sabido el paradero de esa mal aventurada Sancha?...

—No; han sido vanas todas las diligencias que en su busca ha hecho D. Suero.

—Y el de su padre?

—Si.

—Qué es de él?

—Busca á su hija por todas partes; mas no la encuentra el cuitado, y va de lugar en lugar llorándola al son del laud con que gana su sustento.

—Ira de Dios! Y no te avergüenzas de servir á tan malvado señor?

—Avergüénzome, sí, mas habeis de saber que no puedo apartarme de su casa, porque si viviera lejos del castillo de Carrion, me moriria de pena...

—Por el glorioso San Isidoro que no te entiendo, esclamó Illan.

Digitized by Google

—Tú, Guillen, quieres confundirnos con tus misterios, añadió García. ¿Acaso faltan á un honrado paje ú escudero señores á quienes servir?

—Echa noramala á ese felon de D. Suero, que mi amo el conde de Cabra ha menester un paje honrado y valiente como tú, y te recibirá á su servicio.

—Digoos que no puedo dejar de servir al conde de Carrion.

—Si el conde fuera dama, tuviérasete por enamorado.

—Pues sabed que lo estoy, y muy enamorado, amigos mios.

Illan y García soltaron una ruidosa carcajada, no tanto por estas palabras de Guillen, como por el tono sentimental con que fueron dichas.

—Cuerpo de tal, que si os reis de mí, soy capaz de clavaros en las puntas de estos fierros, esclamó Guillen encolerizado por las risas de sus amigos, que eran causa de que la muchedumbre apiñada contra la verja fijara la atencion en ellos.

Illan y García conocieron que era justo el enojo de su amigo y contuvieron la risa.

—No hayas enojo, Guillen, dijo el primero; mas esplícanos...

—Dígoos que estoy enamorado, y confiándoos éste mi secreto, que lo és para todos menos para vosotros, quiero probaros lo acendrado de mi amistad.

— Mas, de quién estás enamorado?

Guillen miró á todas partes, y respondió en voz muy baja.

—De Doña Teresa mi señora.

Poco faltó para que Illan y García soltaran otra carcajada; pero se detuvieron viendo el gesto que hizo Guillen al notar sus nuevos síntomas de hilaridad.

—De Doña Teresa, de la hermana del conde, tu señor!... esclamó Illan. Estás loco, Guillen, ó te burlas de nosotros?

—No me burlo de vosotros; mas, sí estoy loco; pero loco de amor, amigos mios!

—Pero eres correspondido?

—Cómo puede serlo quien no ha osado decir su amor á la que es objeto de él?

—Pero no conoces, loco que tú eres, que si la noble Doña

Digitized by Google

Teresa, la hermana del conde de Carrion, llega á saber que la amas se reirá de tí, si es que no te echa á palos del castillo? ¿No consideras que si lo sabe D. Suero te mandará desollar vivo?

—Nada conozco, amigos, nada sé, sino que la amo con todos mis sentidos y potencias.

—Pero qué derecho tiene un pobre paje para amar á tan gran señora?

—Bien se conoce, amigos, que sois mezquinos y necios como el vulgo de los pajes. Decidme sino, pesia mí, ¿una dama por rica y noble que sea, no es una muger?

—Cierto.

—Un paje, aunque sea pobre y oscuro, no es un hombre?

—Cierto tambien.

—Pues entonces, ¿es estraño que un hombre ame á una muger, y una muger ame á un hombre?

—Nó.

—Mentecatos, si es así, no estrañeis que yo, pobre y oscuro paje, ame á mi señora Doña Teresa, y que mi señora, por rica y noble que sea, me ame el mejor dia.

—Discurres, Guillen amigo, como si hubieras cursado en Palencia, mas tengo para mí que no han de discurrir de ese modo ni tu señora ni el conde.

—Si mi señora fuera como el vulgo de las mugeres, y aun como el vulgo de los hombres que piensan como piensan otros, mas no como se debe pensar, cierto que mi amor fuera gran desatino; pero yo bien sé que Doña Teresa antes consulta á la razon que á la rutina. Ademas, ¿quién os ha dicho á vosotros, mezquinos, que no puedo ser rico y noble el dia de mañana si tal desea Doña Teresa á aquel que ha de obtener su mano y su corazon? Mozo soy, vive Dios, y corazon no me falta. Dejad que los moros muevan guerra en la frontera: vereis entonces como tomo una lanza y me las hé de tal modo que torno á Carrion tan caballero como el mismo conde mi amo; vereis como una vez armado caballero reuno un centenar de valientes, y me entro por tierra de moros y las conquisto, y me hago señor de vasallos, que á fé á fé no seré el primero que tal ha hecho. No sabeis, amigos, cuán

Digitized by Google

otro voy siendo conforme acrecen estas mis inclinaciones á la infanta Doña Teresa.

—Plegue á Dios que esas inclinaciones no te lleven á la perdicion! dijo Garcia con tono fatídico.

—A la gloria si que me han de llevar, contestó Guillen con entusiasmo. Este amor cuyo logro os parece un imposible, ha de enaltecer al humilde paje que aqui veis. Cuanto mayor es el premio que espera el que se lanza á la palestra, con mas aliento y brazo mas vigoroso lidia. Pensais que Rodrigo Diaz hubiera combatido con tanto esfuerzo si allende el cadáver de Martin Gonzalez no le hubieran esperado los brazos de Jimena?

Illan y Garcia no pudieron menos de conocer que en medio de las quimeras de Guillen habia algunas esperanzas fundadas. Por eso tuvieron por conveniente dejarle en el paraiso de sus ilusiones. Asi como en nuestros tiempos aquel que nada cree, aquel que tiene por nombres vanos la fé de sus mayores, el honor, el valor, la probidad, el amor á la patria, el amor á una muger, es el que tiene mas probabilidades de encumbrarse sobre los demas, asi en los tiempos en que Guillen vivia se hallaba en la mitad del camino de su engrandecimiento el que lo creia todo é inflamado por tales sentimientos obraba conforme á ellos. Ay! qué se hicieron aquellos tiempos en que para ser honrado necesitaba el caballero consagrar su corazon á un Dios, á un rey y á una dama, tres soberanos que tenian su trono el primero en el cielo, el segundo en la tierra, el tercero en el hogar doméstico y todos tres en el corazon del hombre? Si entre los que hoy llevan aquel nombre, el nombre de caballero, hay alguno que no le lleva en vano, guárdese de decir que adora á un Dios, que moriria por el unjido del Señor, y que ama y es fiel á una dama, porque se burlarán de él y le tendrán por insensato, y en vano argüirá que son ídolos falsos y asquerosos los que han usurpado el altar que ocupaban aquellas tres divinidades.

Nuestros tres interlocutores llegaban en su plática al punto en que los hemos olvidado para exhalar un suspiro por la pérdida de tres creencias que en vano se querrá reemplazar. Las campanas de Santa Gadea anunciaron con un ruidoso repique que la religion

Digitized by Google

habia santificado la union de los nobles vástagos del árbol de Vivar y del de Gormaz. La multitud empezó á ajitarse, á oprimirse, á estrujarse, si asi podemos espresarnos, y al sonido de las campanas se mezclaron gritos de dolor, coléricas interjecciones, amenazas, súplicas, llantos, maldiciones, toda esa Babel, á cuyo compás se mueve la muchedumbre en un recinto donde se apiñan diez mil personas no cabiendo mas que la mitad.

—A hilar, á hilar las hembras!...

—A matar moros los varones!...

—Cristianos matan tus ojos, morena!

—Ji, ji, ji... Dueña, que me hacen cosquillas!

—Es rosa mi faz, villano?

—A rosa huele, juro á ños....

—Quién es la hi de tal que cabalga en mí?

—Ira de Dios en la vieja esta, que no me deja pasar! ¿viene aqui la muy hechicera á hacer mal de ojo á los novios?

—Bruto, que me habeis reventado un pecho de un codazo!

—Ay, madre! ahúpame, que quiero verlo, que quiero ver eso...

—Qué haceis, pesia vos? Pues no pone al rapaz asentado en mi hombro la muy puerca!...

—Caballero, que me arrugais la saya!

—Villano! ¿es cabestrillo de vuestra mano el seno de esa doncella?

—Por San Bartolomé, alzad, zoquete de alcornoque, que me desollais el pié con vuestra maldita pezuña!...

—Ay dueña, que me urgan en el brial!

—Mil lejiones de demonios!... Me han hurtado el mocador!

—Paso, paso, ó rompo los cascos al que no se haga á un lado!

—Vive Dios, que voy á romper de un puntapié las asentaderas á esta moza palurda, si torna á darme con ellas.

—Dueña, dueña, abrochad el justillo á vuestra señora, que han faltado los corchetes y se escapan las presas.

—Marido, echad atrás á este villanote, que me araña la cara con las barbas y me descompone la gorguera....

—Por D. Jesucristo, que si pudiera rebullirme, yo racusára con mi espada al D. Villano.

Digitized by Google

—Que me ahogan!

—Que me estrujan!

—Alce el asno!

—A un lado la dueña de alfeñique!

—Ay mi brial, que se me cae!

—Voto á ños con las fiestas de la córte!....

—Estése el villano en las dehesas de su aldea.

—Reniego del tal D. Rodrigo y de la tal Doña Jimena!...

—Juro á brios que os corto la lengua si volveis á mentar para mal á los novios.

—Ay! ay! ay!

—El diablo lleve las hembras!

—*Por ellas voy, por ellas voy*!....

Este torbellino de esclamaciones, que solo es una débil muestra de las cien mil que se oian por minuto, mudó de fisonomía al resonar la última que hemos apuntado.

—Por ellas voy, por ellas voy!... repitió una voz ronca y aterradora que parecia salir de una casa arruinada, medianera á la iglesia de Santa Gadea, y que aun antes de empezar á arruinarse habia estado constantemente deshabitada, porque se decia que cuando el diablo venia á llevarse algun habitante de Búrgos, se hospedaba en ella con dos objetos, á saber: con el de no pasar la noche á la intemperie, porque como Búrgos es tierra fria y el diablo venia de pais muy cálido, se constipaba con el sereno de la noche, y con el de auyentar, con el brillo infernal de sus ojos, las gentes piadosas que solian ir de noche á rezar á una imágen que se veneraba á la puerta de la iglesia contigua.

La multitud lanzó un grito de terror: los niños, y aun algunos que rayaban en mancebos, se refujiaron bajo el brial de las mugeres, como los polluelos bajo las alas de la gallina, y las mugeres se abrazaron á los hombres como la vid al olmo. Pero no habia pasado un instante, cuando salió de entre las ruinas una figura espantosa, un ser que puso espanto hasta á los mas osados. Era el diablo, segun decian y segun las trazas; era el diablo en persona! Estaba vestido de color de fuego; tenia un rabo que sacudia á un lado y otro chascando como una fusta, su frente estaba armada

Digitized by Google

de unos cuernos colosales, y por su espantosa boca arrojaba humo como una chimenea.

—Por ellas voy, por ellas voy! repitió al salir de su posada, y se lanzó hácia la multitud.

—Jesus María y José! fue el grito universal de esta; pero viendo que el diablo no se detenia ante aquella santa invocacion, todo el mundo apeló á la fuga en el mas espantoso desórden. Los chicos salieron de sus escondites poniendo á las mugeres los vestidos, asi interiores como esteriores, como ponia Virjinia su zagalejo para guarecerse con Pablo de la lluvia, y en un instante quedaron libres las avenidas de la iglesia de Santa Gadea, pues ni aun los varones se atrevieron á esperar al diablo, aunque este habia dicho que solo queria hembras, en lo cual hubieran conocido aquellas gentes que el que venia era hombre y no diablo si les hubiese tocado vivir en un siglo tan pensador como el nuestro, porque el diablo no se da mal rato por las hembras como los hombres.

Hemos dicho que no quedó nadie en las inmediaciones de Santa Gadea y hemos dicho mal: Illan y Garcia se arrojaron de la verja asi que vieron asomar al diablo y huyeron como todo el mundo; pero Guillen creyó que no debia asustarse del diablo el que no se asustaba del conde de Carrion, y le esperó sin moverse de su sitio.

—Señor diablo, le dijo, viendo que se dirijia á él, dejadme en paz si quereis encontrar un buen amigo en Carrion, cuando vayais por allá.

El diablo miró á todas partes y viendo que nadie los observaba, se arrancó los cuernos y el rabo, el que ponia en movimiento por medio de un sencillo artificio, y se quitó en seguida una espantosa careta en cuya boca habia una cabidad llena de estopa encendida de la que procedia el humo.

—Pelayo, esclamó Guillen, al ver la cara del supuesto diablo, qué locura te se ha metido en esa cabeza sin seso?

—Por mi ánima, contestó Pelayo, que no juzgo locura el desembarazar el paso al rey, á los novios y sus acompañantes sin necesidad de que las mazas de los guardas reales aplasten veinte cabezas de curiosos en demasia, que de veinte no hubieran bajado á la

Digitized by Google

vuelta, segun las que vi romper á la venida. Y sino, mira, añadió señalando hácia el átrio de la iglesia, ya sale la procesion; verás con qué desahogo va á subir al alcázar.

En efecto, los novios y su acompañamiento salian de Santa Gadea. Tomaron la vuelta del alcázar y llegaron allá sin que los maceros del rey tuvieran que desembarazar el paso, pues los curiosos se habian subido á las ventanas y balcones, y aun á los tejados, dejando las calles casi desembarazadas.

A su llegada al alcázar, preguntaron todos la causa de aquella novedad; y como se averiguara con certeza, llamó D. Fernando á Pelayo, que era uno de sus criados, y segun la tradicion, le dió *diez y seis maravedises* por su peregrina ocurrencia, que celebraron y riyeron todos durante el banquete con que el rey obsequió á los desposados.

Digitized by Google

CAPITULO XV.

De como Rodrigo hubo á Babieca, y lo que le sucedió cabalgando en él.

Un sitio hay en la ciudad de Búrgos conocido con el nombre de solar del Cid, y una inscripcion puesta por la municipalidad burgalesa, manifiesta que allí nació el famoso caballero Rodrigo Diaz de Vivar.

En efecto, uno de los antecesores de Diego Lainez, llamado á gobernar el condado de Castilla y precisado á fijar su residencia en la capital de aquel, habia edificado una modesta casa en Búrgos, y sus sucesores la conservaban y habitaban cuando sus empleos en la córte les obligaban á dejar su solar primitivo de Vivar. En ella vivian Diego Lainez y su muger

Digitized by Google

Teresa cuando vino al mundo Rodrigo, y la dejaron poco despues para morar constantemente en Vivar ; pero habiéndose trasladado á Búrgos la córte de D. Fernando y precisado Diego á residir en ella para atender á la crianza de los infantes, aquella casa por tantos años desierta , volvió á ser habitada por sus nobles dueños , precisamente algunos dias antes del casamiento de Rodrigo.

Hé allí, pues, reunidos á todos los que vimos en el castillo de Vivar, y aun mas; hé allí á Rodrigo, á Jimena, á Diego, á Teresa, á la buena Lambra, á Mayor, á Fernan, á Alvar, todos contentos, todos dichosos contemplando la felicidad de los dos primeros. Ya se realizaron los hermosos sueños de Rodrigo y Jimena, ya se cumplieron aquellas doradas esperanzas tantas veces combatidas y contrariadas, tantas veces muertas para tornar á vivir! ¿Qué hará de hoy mas Rodrigo? Consagrará su vida esclusivamente al amor, á Jimena, á los placeres del hogar doméstico, á los que le ofrecen sus riquezas? No, vive Dios, no! Las almas nobles, los corazones generosos, jamás están exentos de honradas aspiraciones. Rodrigo, el noble descendiente de los jueces de Castilla, de tantos egrejios varones que consagraron su vida á la gloria de su Dios y de su pátria, no consumirá su vida entregado á los blandos placeres del amor y las riquezas. Sabe muy bien que el hombre ha venido al mundo para algo mas que para pasar por él como una sombra que no deja señal de su paso; sabe muy bien que el pueblo mas justo y mas honrado, y la relijion mas santa, tienen enemigos implacables, y necesitan almas generosas y corazones esforzados que salgan á su defensa; sabe que en España, como en todas partes, hay débiles que reclaman el apoyo de los fuertes, que hay opresores y oprimidos. Terminada la lucha que sostuvo con su corazon, va á sostener con su brazo otra no menos ruda y larga, seguro de que el triunfo coronará esta del mismo modo que coronó aquella. Los hijos de Mahoma alzan su impío estandarte en las fronteras castellanas y leonesas, é invaden con frecuencia los dominios del rey D. Fernando. Lidiar con ellos y vencerlos es ahora la ambicion de Rodrigo. ¡Con qué aliento lidiará acordándose de su Jimena, considerando que la aureola de sus triunfos

Digitized by Google

tambien resplandecerá sobre la frente de Jimena; que al tornar á su solar de Búrgos le recibirá con los brazos abiertos, y con el amor en el corazon y en los ojos y en los labios, aquella hermosa doncella con quien ha soñado por espacio de tantos años, con quien compartió las alegrías y los juegos de su infancia, y las esperanzas y las ilusiones de su adolescencia! Qué gloria será para él el pasar de los brazos de la esposa á los del padre mas amado, y de los de éste á los de la madre mas virtuosa y tierna! Qué recompensado verá su esfuerzo cuando á padres y esposa vea llorar de alegría, estremecerse de orgullo, bendecirle, y bendecir á Dios porque ha recompensado su amor y sus sufrimientos, dándoles tan buen hijo, tan buen esposo! Para las almas mezquinas y vulgares nada valen estos triunfos, estos goces, estos apoteosis, ricos de santidad y de poesía; mas no así para las almas como la de Rodrigo! Dichosa tú, Jimena, que tan buen esposo tienes! Cuántas doncellas habrá en esa honrada Castilla que contemplen envidiosas tu triunfo, que te contemplen con ira porque les has arrebatado el mancebo de sus sueños, el mancebo de alma delicada, de corazon enamorado y ardiente, de apostura hermosa y gallarda, con quien soñaron mil veces, mientras el ángel custodio de las doncellas velaba junto á su lecho bajo la forma de una madre.

Era una mañana de otoño, una mañana hermosa, apacible, benigna, en que el cielo estaba azul, y cantaban los pajaritos equivocándola con las de la primavera. Rodrigo dió un dulce beso á Jimena, recibió de ésta otro mas dulce aun, y dejó su paraiso, acompañado del buen Fernan su escudero. Salieron de Búrgos, ambos á pie, y tomando la orilla del Arlanzon, siguieron rio abajo departiendo, no como señor y criado, sino como cordiales amigos. Muy bellas eran aquellas praderas, pero nunca lo habian parecido tanto á Rodrigo, porque el amor y la felicidad, son un prisma donde todo aparece revestido de brillantes colores. ¿A dónde van á pie y tan de mañana Rodrigo y su escudero? Oigámoslos.

—Señor, dice Fernan, nos vamos alejando mucho de Búrgos para caminar á pie, y mi señora Doña Jimena estará inquieta antes que tornemos, viendo que empleamos medio dia en un paseo

Digitized by Google

que habrá supuesto de una hora. Ademas, señor, como no estais acostumbrado á caminar á pie, os vais á cansar.

El lector recordará lo que en otra ocasion dijimos, á saber, que el maula del escudero tenia por costumbre atribuir á los demas las necesidades propias. Estos rasgos de hipocresía deben empero disimulársele en gracia de la sinceridad que fuera de esto le caracterizaba. Lo cierto era, que habiendo hecho las paces con Mayor, en celebridad de las bodas de su amo, como mas adelante veremos mas pormenor, la que debia inquietarse por su tardanza, era la doncella de Doña Teresa, á quien habia dicho que volverian dentro de una hora, pues saliendo á pie, creia se trataba de un corto paseo, no lejos de los muros de la poblacion, por cuya razon tambien habia aplazado Fernan su almuerzo para la vuelta; y á quien temia iba á aquejar el cansancio, era á él mismo, que no estaba acostumbrado á andar á pie, y que se cansaba antes que su amo por su escesiva obesidad.

—Cierto, contestó Rodrigo con alegre familiaridad, que ocupado con la hermosura del campo, y nuestras cercanas aventuras con la morisma, no te he dicho á dónde vamos. Ya sabes que entre las donas de mis bodas me ofreció mi padrino D. Peyre dos caballos, los que mas me plugieran entre los muchos que contiene su caballeriza. Pues bien, vamos á escojerlos, para mi uno y el otro para tí.

—Señor, asaz liberal habeis sido conmigo en vuestras bodas...

—Quiero que tengas ese recuerdo mas de ellas. Gallardo era el alazan en que cabalgué para lidiar con Martin Gonzalez, mas no volviera yo á cabalgar nunca si hubiera menester hacerlo en tan floja cabalgadura. No volveré á fiar en caballo por su buena apariencia, como vas á ver en la caballeriza de D. Peyre.

En esta y otras conversaciones continuaron amo y escudero, hasta llegar á las cercanias de una aldea, donde se alzaba una torre almenada, y cerca de ella otro edificio bajo, que segun las trazas, debia ser la caballeriza á donde nuestros interlocutores se dirijian.

Entraron Rodrigo y Fernan en la torre, cuyo morador era en efecto D. Peyre Pringos, y salieron á corto rato con este último,

Digitized by Google

encaminándose á la caballeriza, con harto pesar de Fernan, que para ello tuvo que dejar parte de un escelente almuerzo, que á una lijera insinuacion suya le habian servido en la cocina de Don Peyre.

La caballeriza estaba dividida en dos departamentos : el mayor servia de establo, y el otro de guadarnés.

—Ahijado, dijo D. Peyre, poneos cabe la puerta del establo, y segun vayan saliendo los caballos que echará fuera un garzon, escojed los que mas os plazcan.

—Fernan, dijo á su vez Rodrigo, ponte tú al otro lado de la puerta, y aquel caballo que mas te agrade puedes como yo elejir.

—Eso haré de buen grado, contestó Fernan, lleno de contento á pesar del enojo que le habia causado el tener que dejar á lo mejor el suculento almuerzo recüestado en la cocina de D. Peyre, porque veia que en la caballeriza habia donde escojer, poco es dos buenos caballos, mas aunque fueran dos docenas.

En efecto, el establerizo hostigó á los caballos, y estos comenzaron á salir al guadarnés. Fernan puso la mano sobre uno overo de mucha alzada y de gallarda presencia, y dijo:

Salva vuestra eleccion, esta es la mia, señor, que caballo grande ande ó no ande, dice el refran, y eso digo yo tambien.

—Vive Dios, esclamó D. Peyre, que el escudero no es lerdo!

—Allá lo verades, que dijo Agrajes, replicó Rodrigo. Buenos son tales caballos para cabalgar en fiestas; mas otro quiero yo para la guerra, como ahora vereis. Y como saliese uno negro, flaco, de poca alzada y de apostura asnal, tocóle con la mano añadiendo segun literal contesto de la Crónica del Cid:

—Este quiero yo.

—«Babieca, mal escojiste» dijo D. Peyre.

—«Este será buen caballo, contestó Rodrigo, é babieca habrá nombre.» Babieca me habeis llamado? *Babieca* ha de llamarse mi caballo para que vos y yo recordemos este pleito. Seguro estoy, padrino D. Peyre, que habeis de variar de opinion tocante á caballos de batalla, no bien el mio se halle en una.

—Dígote, ahijado, como tú poco há al escudero: allá lo verades,

Digitized by Google

que dijo Agrajes, contestó D. Peyre, y en seguida mandó al estableriz enjaezar por completo los caballos elejidos.

Poco despues daban la vuelta á Búrgos Rodrigo y su escudero, este último particularmente lleno de contento con el gallardo Overo que montaba, y que llamaba la atencion de los transeuntes.

Entrado que hubieron en la ciudad, como pasaran junto á la posada del conde de Carrion, vieron á la puerta de ésta una porcion de escuderos, pajes y otros servidores del conde, los cuales tenian del diestro caballos enjaezados, y estaban todos aparejados para partir inmediatamente, hallándose entre ellos nuestro conocido Guillen. Cierto que la cabalgadura de Rodrigo, á la que en adelante daremos por nombre Babieca, ya que tal se le puso su amo, cierto, repetimos, que Babieca se prestaba á las burlas de los chuscos y holgazanes, pero Rodrigo era asaz respetado y temido en Búrgos, y así, nadie habia osado reir á costa de su cabalgadura, hasta que llegó á la plaza donde estaba la posada de Don Suero. Llegados allí él y Fernan, comenzaron á murmurar los criados de el conde, y á reir con mucho alborozo, de lo cual al principio no hicieron caso los recien llegados; mas pronto tuvieron ocasion de notar la insolencia de los criados del conde.

—Honrado escudero, dijo uno de ellos dirijiéndose á Fernan, ¿podreis decirme si la cabalgadura de ese señor caballero, vuestro amo, pertenece á la raza caballar ó á la asnal?

—Caballo es, contestó Fernan, conteniendo con dificultad su enojo, que si fuera asno, ¿cómo pudieras tú desconocer á tu hermano?

—Pues hermano, os doy las gracias por vuestra cortesia.

—Por el alma de Belcebú, que he de cruzar la faz al Don Bellaco! esclamó Fernan lanzando su caballo sobre el insolente bufon, á quien cruzó la cara con las riendas de aquel.

Todos los criados de D. Suero lanzaron un grito de indignacion y se prepararon á acometer al inerme escudero de Rodrigo aunque Guillen procuraba aquietarlos echándoles en cara su sinrazon. Mas, como Rodrigo, que se habia adelantado buen trecho,

Digitized by Google

oyera la vocería, tornó la vista, y viendo lo que pasaba, volvió atrás y se dirigió daga en mano á defender á su escudero.

—Teneos, señor, esclamó Fernan, que basto yo para castigar á estos his de tales, que han osado burlarse de vuestro caballo.

Hubierase dicho que Babieca habia entendido las palabras de Fernan, esto es, que la cuestion era porque se habian burlado de él, pues sin que su amo tuviera que tocarle con la espuela, se lanzó de dos saltos sobre los criados del conde, á quienes Rodrigo dispersó en un instante, á pesar de que como no tenia mas arma que su daga, no alcanzó á darles golpe ninguno.

Al oir el ruido de la querella, se asomó D. Suero á una ventana y gritó:

—Quién es el cobarde que así atropella á mis criados?

—Un caballero que perdiera el nombre de tal si no os probara hoy mismo que el cobarde sois vos, contestó Rodrigo, volviéndose con ira hácia D. Suero.

Este se estremeció al ver que aquel á quien habia insultado era Rodrigo, el valeroso mancebo cuya espada habia dejado señales indelebles en su garganta en la venta del Moro; mas como se hallaba fuera del alcance de la daga del de Vivar y en presencia de sus criados, hizo un gran esfuerzo para vencer su pavor, y replicó:

—Mi espada, vive Dios, sí que os probará á vos que sois un villano malnacido.

—Pues dejad que ciña yo la mia, en tanto que vos, conde traidor, os aprestais tambien al combate, que ha de ser en esta plaza, donde podeis esperarme dentro de un instante.

Así diciendo, Rodrigo metió espuelas á Babieca, y se dirigió á su casa seguido de Fernan. Llegados á esta, el animoso caballero vistió la malla, se ciñó la espada, y tomó su lanza y su escudo; el escudero tomó tambien su pesado lanzon, y cabalgando de nuevo uno y otro, tornaron hácia la posada del conde.

Pero la puerta de la posada y la plaza estaban desiertas; acercóse Rodrigo á la primera, y dió en ella un fuerte golpe con el

Digitized by Google

cuento de su lanza. Mas como nadie respondiese, gritó con voz fuerte y sañuda:

—Ah del conde calumniador, insolente y ladron de doncellas!

—Señor caballero, le contestó una muger desde una ventana muy alta de una casa inmediata; segun las señas que dais, el conde por quien preguntais debe ser el de Carrion.

—El mismo, honrada dueña, contestó Rodrigo.

—Ay, señor caballero, plugiera á Dios que no hubiera puesto pies en Búrgos, que estos mis ojos no estarian ahora hechos dos rios de lágrimas... Hi, hi, hi...

—¿Pero no me direis, dueña, si...

—Perdonad, señor caballero, que á eso voy; pero sabed que yo tenia una hija mas hermosa que una mañana de mayo... Hi, hi, hi!... Hija de mis entrañas!...

—Ira de Dios, con el llanto! esclamó Rodrigo, impaciente por saber del conde.

—Cómo no he de llorar, señor, continuó la vieja con una calma capaz de quitar la paciencia al mismo Job, cómo no he de llorar si ese conde malvado y felon me ha robado mi hija..! Hi, hi, hi!... Cuitada de mí, me moriré de hambre entre cuatro paredes ahora que no tengo quien me gane la vida..!

Rodrigo habia calmado su impaciencia y su enojo para dar cabida á la compasion, y dejaba desahogar á la aflijida anciana; pero Fernan que no tenia el corazon tan blando ante la desgracia, tomó cartas en el asunto esclamando colérico:

—Voto á Judas Iscariote, que si subo arriba he de moler el cuerpo á azotes y á patadas á la vieja bachillera...

El llanto y el trastorno de sus sentidos no dejaron sin duda á la vieja distinguir al escudero de su amo, pues continuó como si hubiese sido este el que la habia increpado tan bruscamente:

—Ay, señor caballero, soy una honrada dueña, como antes me llamásteis, y ahora me llamais bachillera..! Hi, hi, hi!... Eso me faltaba, despues de haber perdido á mi hija, que era la doncella mas honrada del mundo!... Ay pobre de mí! qué va á ser de mí sin mi Aldonza!...

Digitized by Google

—Aldonza! esclamó Fernan, dando tal salto que á poco mas pierde la silla, y añadió dirigiéndose á su amo:

—Por el alma de Belcebú, señor, que esa vieja alcahueta se está burlando de vos á maravilla!... Tan honrada como ella es la hi de tal que dice le ha robado el conde...

Rodrigo á quien la paciencia iba faltando ya, con la bachillería y los lamentos de la vieja, acabó de perderla con esta advertencia de su escudero, y dijo á la de la ventana:

—Acabemos, voto á brios, seais honrada ó dejeis de serlo... Dónde está el conde?...

—Pues á eso iba, señor caballero... Poco antes que llamárais á su posada partió muy lijero con todos sus criados...

—Ira de Dios, que confunda á él y á la vieja que nos ha entretenido aquí media hora! esclamó Rodrigo degollando los hijares del pobre Babieca. Sigámosle, aunque sea hasta Carrion!

Y Babieca y el Overo partieron con la velocidad del rayo hácia el camino de Carrion.— Le prometo probarle que es un cobarde decia Rodrigo; y aunque se esconda en su castillo, mi lanza ha de buscar allí su pecho... Vuela, vuela, mi buen Babieca, que tú tambien estás interesado en mi venganza!...

Mas á corta distancia de Búrgos, distinguieron Rodrigo y su escudero, entre Oriente y Mediodia, una espesa columna de humo que parecia elevarse hasta el cielo, y sucesivamente mas lejos distinguieron otra en la misma direccion.

Eran las ahumadas que se hacian en las atalayas, para avisar cuando los moros traspasaban la frontera.

—Los moros han traspasado el Moncayo, esclamó Rodrigo. Antes que vengar mis ofensas, debo vengar las que se hacen á Dios, y al rey y á la pátria... Fernan, tornemos á Búrgos.

—Sí, tornemos, contestó Fernan, y dispongámonos á partir contra la morisma. Vive Dios, que el corazon me quiere romper el pecho saltando de alegria... Hacia ya mucho tiempo que tú, mi querida lanza, no restaurabas tu temple en la sangre de esos perros mahometanos... Ah! qué botes tan bien dados vas á dar, voto á Judas Iscariote! Y vos, señor, qué botin tan rico vais á poner á los pies de mi señora Doña Jimena!

Digitized by Google

—Fernan, esclamó Rodrigo lleno de entusiasmo, yo necesito un trono para que se siente la mi Jimena, yo necesito reinas moras para que la sirvan...

Y pareando á Babieca con el Overo, alargó la mano á Fernan, y añadió con exaltacion :

—Fernan, esta mano que estrecha la tuya, y este corazon que siento latir aquí en mi pecho, conquistarán ese trono y esas reinas moras!...

Al oir Fernan las palabras de su señor, y al sentir la presion de su mano, sintió que resbalaba una lágrima de regocijo por su tostada y ruda mejilla.

Digitized by Google

CAPITULO XVI.

De como Rodrigo apellidó la tierra, y dió salto á los moros en montes de Oca.

us, sus, caballeros de Castilla! Vestid la acerada malla, calzad la dorada espuela, ceñid la espada, embrazad el escudo y la lanza, y cabalgad en el brioso corcel que relincha y escarba el pavimento de la caballeriza impaciente por espaciarse en esas estensas llanuras. Volad por ellas y cerrad con los moros hasta que huellen vuestros corceles la enseña mahometana, hasta que á la cruz divina sirva de pedestal la impia media luna!»

«Sus, sus, caballeros de Castilla! Cinco reyes moros han atravesado el Moncayo y recorren con hueste numerosa los dominios

Digitized by Google

de D. Fernando y talan las campiñas, y entran á saco y abrasan los lugares, y roban los haberes, asi en los palacios como en las cabañas, y destruyen los templos y forzan doncellas y casadas, y cautivan y matan los ancianos y los niños, las mugeres y los hombres! »

«Sus, sus, caballeros y escuderos, los que no pechan y los que sí! acudid á Búrgos, donde levanta su enseña verde el honrado caballero Rodrigo Diaz de Vivar, el hijo de Diego Lainez, el que en buen hora nació, el de la fardida lanza, el que lidió en Atapuerca el que mató al conde Lozano, el que venció en combate singular á Martin Gonzalez el aragonés! »

Tal era el grito de guerra que resonaba en Castilla, no bien fué esta invadida por los moros el mismo dia en que vimos á Rodrigo abandonar la persecucion del conde D. Suero para tornar á Búrgos con ánimo de alzar gente con que marchar contra la morisma. Y este grito no resonaba en vano: por todas partes acudia á Búrgos gente de armas, y el de Vivar reunia ya una hueste capaz de poner miedo á los invasores, que á manera de un torrente desencadenado, que en su rápida y espantosa carrera lo arrebata todo, despues de recorrer la ribera derecha del Duero hasta San Esteban de Gormaz, se habian dirijido hácia la cordillera de Oca, atravesándola por la sierra de Urbiad para caer hácia la Burevr que desolaban, sin que á penas encontrasen quien se opusiese á su furia.

Rodrigo ardia en impaciencia por volar al campo; mas como, en él corrian parejas la prudencia y el valor, no queria dejar impune la audacia de los mahometanos, malogrando la campaña por llevar una hueste incapaz por su número de domar las terribles fuerzas enemigas. Mas de doscientos caballeros de su sangre habian acudido á su llamamiento, y hasta se aprestaban á partir sus sobrinos, los hijos de su hermano bastardo D. Fernando, á pesar de que todos eran mas jóvenes aun que Rodrigo.

La hueste estaba completa, y se acercaba el momento de la partida. Rodrigo pidió su bendicion á sus padres, que se la dieron con el corazon y los labios, y dando un estrecho abrazo á Jimena, fué á cabalgar en Babieca, al mismo tiempo que Fernan

Digitized by Google

salia á cabalgar en su Overo, renegando de la cobardía y menguado corazon de las hembras, pues no habia podido contener los dos raudales de lágrimas que derramaba Mayor al verle partir á la lid, porque es de saber que la doncella le amaba doble desde que habia hecho las paces con ella.

Hízose la seña, y la lucida hueste del de Vivar salió de Búrgos con direccion á la Bureva, hácia donde á la sazon andaba la morisma.

Era la mañana muy templada, y como hacia tiempo que no habia llovido, estaba el camino en buen estado. Merced á esto, merced al deseo que todos tenian de caer sobre el enemigo, y merced sobre todo á haber salido de Búrgos antes que asomase el sol por el Oriente, la hueste del de Vivar llegó á los montes de Oca, antes que el sol se hallase en mitad de su carrera, habiéndose aumentado considerablemente con la gente que se le reunia en el camino. Aun no habia dado vista á la tierra situada allende los montes, cuando salieron al encuentro de Rodrigo los corredores que habia mandado á esplorar el campo, los cuales le dijeron que los moros empezaban á subir la falda opuesta con grande algazara y muestra de contento, sin duda por la presa que habian hecho en Nájera, en Santo Domingo y otros pueblos de la Rioja. Al saber que se acercaban al enemigo, todos los que componian la hueste lanzaron un grito de alegria, no siendo el mismo Rodrigo, Fernan y los hijos de Fernando Diaz los que menos se distinguieron en estas señales de entusiasmo y valor.

Iba Rodrigo el primero, y al llegar á la cumbre del monte, descubrió la vanguardia enemiga, á poco mas de tres tiros de ballesta. Y como ya tuviera dadas sus órdenes á sus capitanes sobre la manera de embestir, gritó requiriendo la lanza y el escudo:

—Santiago! Santiago!

—Santiago, cierra España! fué el grito que respondió al suyo, grito universal y tan robusto, que no solo le oyeron los moros, sino que llegó hasta la tierra llana.

Y apenas le dió, cerró con la morisma que se vió rota y desordenada en pocos instantes, siendo tal el espanto que á los moros causó tan inesperada y récia embestida, que los mas valerosos de

Digitized by Google

Digitized by Google

Lám. III.

Digitized by Google

entre ellos, solo pensaron en los primeros instantes en buscar la salvacion en la fuga. Empero, Abengalron, el rey de Molina, que era uno de los cinco que capitaneaban á los moros, alzó su voz de trueno, hizo frente el primero á los cristianos, y con su ejemplo contuvo é infundió aliento á sus escuadrones. La pelea se trabó entonces sangrienta y obstinada; pero las huestes castellanas, aunque inferiores en número, eran superiores en valor, y peleaban por su Dios, por su pátria y por sus hermanos, aherrojados y maltratados por la morisma. Asi fué que no tardó ésta en ser desbaratada y arrollada por todas partes, y el campo estuvo muy pronto cubierto de cadáveres moros.

La victoria fué completa : ni un moro pudo salvarse del arrojo de los cristianos, pues la mayor parte fueron muertos en la lid, y los restantes quedaron prisioneros. Todo quedó en poder del de Vivar, así los moros que no cayeron á los golpes del acero castellano, como los cautivos, los ganados y cuanto los bárbaros invasores habian robado en su desoladora correría. Los gritos de alegria de los cautivos rescatados, y los dolorosos ayes de los moribundos, se mezclaban y atronaban el espacio.

Seguido Rodrigo de sus sobrinos y de Fernan, todos cubiertos de sangre enemiga, recorria el campo, cuando la lid estaba casi terminada. Unos lamentos que parecian de un niño ó de una muger llegaron á su oido: dirijióse Rodrigo apresuradamente hácia el lado de donde venian, y el espectáculo que se ofreció á su vista conmovió su corazon, que hasta entonces se habia mostrado de roca, á pesar del estrago que por todas partes se presentaba. Un moro anciano exhalaba sus últimos suspiros, y un niño, moro tambien y de pocos años, le abrazaba dando dolorosos gritos, como si quisiese conservarle con la presion de su delicado cuerpecito el calor vital que le abandonaba. Rodrigo creyó que el anciano estaba ya muerto, é hizo una seña con la mano al niño para que se acercase, pero el moribundo abrió sus apagados ojos, y al ver que el jóven guerrero cristiano mostraba compadecerse de aquel desconsolado infante, hizo el último esfuerzo, y murmuró con voz desfallecida:

—Vos, capitan cristiano, que sois valiente y debeis ser generoso

Digitized by Google

y bueno, ampararéis á esta mísera criatura, única flor del jardin de mis amores. ¡Oh cristiano, tened compasion de mi hijo, amparad al huérfano sin ventura!...

—No podrá llamarse tal, respondió Rodrigo lleno de emocion, que si en vos pierde un padre, en mí tendrá otro.

—Alá envie un salvador á vuestros hijos, si alguna vez le necesitan, y el Profeta os abra las puertas de su santo paraiso!... esclamó el anciano, y las lágrimas del regocijo se mezclaron en sus ojos con esa lágrima perezosa y cristalina con que el hombre se despide de la vida.

Rodrigo arrancó al desventurado niño del cadáver del moro, y mandó conducirle á su tienda, prodigándole todos los consuelos y las caricias que requeria su situacion.

Algunas horas despues, la hueste vencedora tomó la vuelta de Búrgos, conduciendo la gran presa que habia hecho. Los habitantes de los lugares cercanos á la via, se agolpaban á esta, ganosos de saludar al vencedor, y en no pocos sitios habian levantado, como por ensalmo, vistosos arcos de follage, y sembrado flores que embalsamaban el ambiente. Entusiastas víctores resonaban al paso de Rodrigo, y el tañido de los tamboriles y otros instrumentos, alegraba las poblaciones y los campos, mezclándose con las férvidas aclamaciones de los honrados castellanos. ¡Qué dia tan feliz aquel para Castilla, para Rodrigo, para cuantos le amaban, para todos bueno!

Delante de la hueste caminaba el jóven caudillo, rodeado de sus parientes y capitanes; la alegria brillaba en su semblante, y el entusiasmo bélico en sus palabras. Lijero caminaba Babieca; pero Rodrigo hubiera querido darle las alas de Pegaso para que... hubiese llegado á Búrgos con la rapidez del relámpago, porque ¡qué valian para el hijo de Diego Lainez aquellos víctores, aquellos arcos triunfales, aquellas aclamaciones, aquellas ovaciones de un pueblo entusiasmado y agradecido, comparados con el triunfo, con la gloria, con el amor que le esperaba en Búrgos, bajo el techo paterno? La felicidad que llenaba su alma, hacia á Rodrigo amar á cuantos le rodeaban. Asi era, que hasta Babieca se presentaba á sus ojos bajo un punto de vista por el que

Digitized by Google

en cualquiera otra ocasion no le hubiera contemplado.

—Ah! esclamaba Rodrigo, hoy no solo es dia de triunfo para nosotros : mi buen Babieca le ha alcanzado tambien, y estoy seguro de que su antiguo amo, mi padrino D. Peyre, le ha de tener en mas estima de hoy mas. Con cuánta inteligencia seguia en el combate la direccion que mi mano le marcaba ¡Con cuánto ardor y cuánta lijereza se lanzaba en pos de los enemigos!

Y añadió dando una palmada en el cuello del noble animal, que alzaba la cabeza como si comprendiese los elogios que le prodigaba su amo y le llenasen de orgullo:

—Babieca! si parte has tenido en los esfuerzos que para vencer hemos hecho, parte tendrás tambien en la presa : juro darte el mejor paramento que hayamos cojido. Cuántas veces como hoy has de cerrar con la morisma y ha de mezclarse con tu sudor la sangre de los infieles! Tú seras mi compañero en los campos y en las ciudades, en los caminos y en los combates, y si te falta alimento y abrigo, será que mi lanza no haya podido conquistártelos.

Pero si Rodrigo estaba contento del porte de su caballo en la batalla que acababa de ganar, no así Fernan del suyo á pesar de su constante refran de caballo grande ande ó no ande.

—Voto á Judas Iscariote, decia el bueno de Fernan á otros escuderos, al oir á su señor elojiar á Babieca, que mi amo estudia con el mismo Belcebú, segun el saber que en todo tiene. Asno, que no caballo, parecia el que escojió en la caballeriza de Don Peyre; mas, metiósele en la cabeza que era bueno, y tanto lo es que nunca ha cabalgado caballero ni escudero en caballo mejor. Aquí veis el mio, que parece de emperador, y con todo, poco ha faltado hoy para que me dejára entre las garras de cuatro morazos como cuatro jigantes Goliat.

—Cuéntanos eso, Fernan, dijo uno de los escuderos, que tengo para mí te debió suceder cuando te metiste solo por la cañada tras los que huian del real.

—En pocas palabras lo haré : aguijé mi cabalgadura tras cuatro moros como cuatro castillos, y seguí el alcance largo trecho; ya los tocaba con mi lanza, cuando al saltar un cauce, se pára mi ca-

Digitized by Google

balgadura; agíjola fuertemente, y dá el salto, mas tan corto, que cayó de ancas en el cauce. Los moros que ven mi cuita, tornan pies atrás gritando: «Aquí morirás, cristiano!» Y ya alzaban sobre mi cabeza sus ponderosas cimitarras, cuando Overo, corrido de su flojedad sin duda, hace un esfuerzo, se alza, y salta del cauce. —Vosotros, grité á mi vez, vosotros sí que morireis, voto al zancarron de Mahoma! Y cerrando con los moros, este quiero este no quiero, dos de ellos fueron traspasados por mi lanza, en tanto que los otros huian sin pararse á acorrerlos.

—Y te quejas de tu caballo?

—Quéjome con razon; y no le despeñé por aquellas quebradas, porque al fin volvió por su honra; mas, si otra me hace, por el alma de Belcebú le juro que tres no me ha de hacer. Es ruin ventura esta que yo tengo con las cabalgaduras!

—Mas tienesla grande con las hembras, aunque todo no es uno; repuso Alvar, y añadió con maliciosa sonrisa: Pasárame yo hasta sin un mal asno teniendo á Mayorica.

Fernan dió un hondo suspiro arrancado por el recuerdo de Mayor, y quién sabe si tambien por el de Beatriz y por el de Aldonza!

—Ha mucho, dijo un escudero, que no veo arañazos en tu faz, Fernan. Por ventura eres fiel á Mayorica?

—Hélo sido siempre, contestó Fernan con mucha formalidad, lo cual hizo reir maliciosamente á sus compañeros.

—Aldonza pudiera atestiguarlo, no es verdad? repuso el curioso escudero.

—Y tambien Beatriz, añadió Alvar.

—Voto á Judas Iscariote, que tú, Alvar, eres el mas consumado bachiller que hombres han visto. Por ventura ha tenido el hijo de mi madre amoríos con Beatriz?

—Cierto, mas no ha sido por falta de voluntad tuya.

—Por el alma de Belcebú, que te he de moler á palos esas costillas asi que descabalguemos!

Alvar, que conocia los humos de Fernan, tuvo por conveniente retractarse de sus bachillerías, con lo cual se apaciguó el escudero de Rodrigo.

Digitized by Google

Pero otro de los de la profesion escuderil, llamado Lope, hombre formal, ya entrado en años, que tenia muger é hijos y que hacia tiempo se escandalizaba oyendo hablar de la aficion de Fernan á los amores plurales, aprovechó la ocasion para echar en cara su debilidad y convertir al enamoradizo escudero.

—Hermano, le dijo, en vano tratarás de persuadirnos que eres hombre sesudo en amores; notorias son tus debilidades en Vivar, en Búrgos, en Leon, en todas partes donde moras algunos dias. Que un garzon imberbe tuviera tan poco seso como tú tienes, bien pudiera tolerarse, mas no que un hombre de tus años. Esa Mayor á quien sirves, y yo apenas conozco, ¿no merece ser de tí servida? si asi fuere déjala, hermano, y no tornes á mirarla á los ojos de la cara, que ella encontrará un tal para cual y tú tambien. Al contrario: ¿merece que tú la sirvas? Entonces, hermano, sírvela con alma y vida; pero no sirvas mas que á ella, que servir dos hembras á un tiempo ni á Dios ni á las hembras place. Sino dime por tu alma: ¿qué hicieras si Mayorica compartiese su amor contigo y otro mancebo?

—Qué hiciera? contestó Fernan iracundo; por el alma de Belcebú, que matára á Mayorica y al hi de tal que hubiera osado poner ojos en ella!

—Pues bien, hermano, Dios ha dicho: «lo que no quieras para tí, no quieras para otro.» Ama fielmente á Mayorica, si merece ser amada, y casa con ella si tus haberes lo permiten, que muger sin haberes con que mantener á ella y á los hijos que Dios fuere servido dar, es tener la condenacion en casa.

—Eso último haré yo, asi que Dios mejore mis horas, lo cual fio no ha de tardar; porque habeis de saber, hermanos, que desde que ha casado mi amo y señor D. Rodrigo me acucia fuertemente el deseo de casarme yo tambien. Mas es brava cosa que tocando dos hembras, que de dos no bajarán, á cada varon, hayamos de contentarnos con una sola. Ademas, ¿pensais, voto á Judas Iscariote, que yo dejo de querer á Mayorica porque quiera á veinte y cinco mas? Maravillome de vuestra gran simplidad, hermanos! La que quiere al infante de la vecina, ¿quiere por eso menos al suyo? Cierto que desde que quiero á Mayorica he querido á Leonor, y á

Digitized by Google

Brianda, y á Sol, y á Alfonsa, y á Ivana, y Aldonza y á Beatriz, y á otras veinte; mas hélas querido con los ojos, y á Mayorica quiero con el corazon que es el solo amor verdadero. A parte de esto, háseme metido en la cabeza, y todos los predicadores no me quitaran de ella una cosa, es á saber: que el varon no peca por servir á la vez á dos hembras, con tal que ellas no lo sepan.

—En mi conciencia, hermano, que eres muy simple ó muy malicioso. Te enseñó eso aquella bruja Marí-Perez á quien visitabas cabe el torrente? Segun tú, si mañana te casas con Mayor, y tu muger, mientras estás en la guerra, hace lado en su lecho á tu vecino, no pecará con tal que tú no lo sepas. ¿Qué respondes á esto, hermano?

Fernan bajó la cabeza y calló ante este argumento de Lope. La conviccion que creia no podrian destruir todos los predicadores acababa de ser pulverizada por un rudo escudero.

—Lope, dijo al fin el de Rodrigo, me has convencido, confiésote que hasta hoy he vivido obcecado, no he sabido en achaques de amor mas que mi cabalgadura. Júroos á todos, que aunque el mismo Belcebú viniera á tentarme so la figura de la doncella mas garrida del mundo, no me haria caer en la tentacion.

—Plegue á Dios, se atrevió á decir Alvar, que la hechicera de Mari-Perez, que tiene poderes de Satanás, no te haga caer en ella presentándote el diablo so la figura de Aldonza.

—No hayas temor que tal suceda, Alvar, que si tal diablo osa parecer ante mis ojos, he de ahuyentarle, no con agua bendita, mas sí con las bridas de mi cabalgadura. Quiero confesar una cosa, ya que de Aldonza hablamos: ya sabeis, hermanos, que la quise un tiempo, tengo para mí que por hechicerías de su madre. Pues bien: toméla aborrecimiento por ciertas caricias que una mañana me hizo, y juré no tornar á mirarla en la vida. Mas corriendo el tiempo comencé á pensar de nuevo en ella, tambien, segun creo, por maleficios de la bruja de su madre, y ya estaba tentado de buscarla cuando ayer supe que D. Suero acababa de llevársela á Carrion ese condado, robada, segun dice Mari-Perez, mal de su grado segun yo creo. Llegóme al alma el hecho del de Carrion, á quien tengo enemiga desde que mi amo y yo lidiamos con él y los suyos

Digitized by Google

por salvar á Beatriz que llevaba robada, y pensaba buscar á Don Suero para quitarle la moza; pero os juro por el alma de Belcebú, que no haré tal, y que de hoy mas, fuera de Mayorica, para mí estarán demas en el mundo todas las doncellas ó lo que fueren.

—Plegue á Dios que asi sea, dijo Lope; mas el que malas mañas há.....

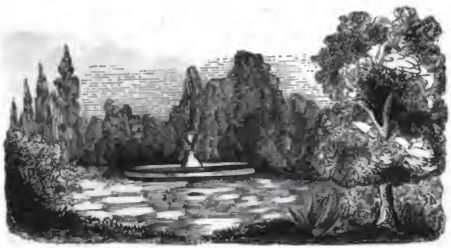
El sesudo escudero fue interrumpido por la algazara de algunos de sus compañeros que al ver á la puerta de una casa contigua al camino tres ó cuatro mozas, como otras tantas rosas de Mayo, comenzaron á decirles gentiles donaires, de los cuales ellas reian y se holgaban mucho.

—Voto á Judas Iscariote, esclamó Fernan al verlas, que las doncellas, ó lo que fueren, son capaces de hacer pecar á un santo! Qué ojos, qué colores, qué seno, qué talle, qué donaire!... Récia cosa es, que criando el Señor tales hembras y tocándole á uno por lo menos dos, haya de contentarse con una sola!

Y asi diciendo, Fernan paró su cabalgadura para contemplar á las mozas, y aun quiso encaminarla hácia ellas; pero como sus compañeros, lejos de imitarle, siguieran adelante, riéndose de sus vanos propósitos, corrió á su alcance murmurando algo amostazado, y alzando los ojos al cielo:

—Criad, Señor Dios, criad serafines como los que están á la puerta de esa casa, para que sándios, como estos mis compañeros, pasen á su lado sin bendecir tales maravillas.... ¡Oh qué corazon tan mezquino tienen la mayor parte de los hombres!

Digitized by Google



CAPITULO XVII

De como la hueste del de Vivar siguió su camino sin descansar como el lector.

A plática de escuderos y pajes continuó tan pronto como Fernan alcanzó á sus compañeros.

—Ya que hablábamos de la hembras á quienes has amado, dijo Alvar, ¿no has vuelto á requerir de amores á Beatriz?

—Héla requerido, mas en vano, con testó Fernan. Siempre que voy al castillo de Vivar, como hay que pasar cabe la granja de Pero, tiéntame el diablo de entrar en ella, y no puedo ver á Beatriz sin quemarme en sus ojos; mas ella, la ingrata, cada vez me pone faz mas esquiva. Y cierto que estraño tal constancia en muger no habiendo tornado á ver

Digitized by Google

el novio que dejó allá en Carrion, el cual novio tengo para mí que la habrá olvidado ya cuando tan poco cura de venir á verla.

—Pues hála visto, hermano, replicó Alvar, que como el lector recordará, se habia aficionado tambien á Beatriz, y por consecuencia habia procurado no perder de vista á la doncella, y requerídola aun con mas porfia que Fernan, si bien cuidando no lo supiera éste, pues estaba seguro de recibir de él una de aquellas tollinas á que su compañero solia recurrir para traerle á mandamiento.

—Qué dices, Alvar amigo? esclamó Fernan lleno de curiosidad y aun de enojo.

—Dígote, hermano, que el tal Martin ha estado en Vivar, en casa de Pero; yo mismo le he visto con estos mis ojos, y con estos mis oidos he oido á Beatriz hablar con él; pero sabed, hermano, que el tal mancebo no es un palurdo como pensábamos, sino un caballero armado de punta en blanco.

—Alvar, siempre fuiste simple y acostumbraste á ver visiones. ¿Cuándo viste y oiste eso, habias estado trasegando zumaque á tu estómago en la venta?

—Soliman se me vuelva el primero que beba, si aquella noche habia en mi cuerpo gota de vino.

—Con que fué una noche?

—Una noche; y contaréos como fué. Pláceme mucho andar á la noche por el campo, que cuando el tiempo es bueno, y hace luna, y el dia ha sido caloroso...

—Voto á Judas Iscariote! Acabarás tus rodeos!... esclamó Fernan, comenzando á impacientarse con los circunloquios á que tan aficionado era Alvar.

—Quiero decir, contestó este, que cuando el tiempo es bueno y hace luna, y el dia ha sido caloroso...

—Por el alma de Belcebú, que calorosas te he de poner yo á tí las costillas á puros lápos, sino dejas la paja y vas al grano incontinente. Habrá sándio mas machaca que este hi de tal!...

—Perdona, Fernan amigo, que no volveré á impacientarte. Pues has de saber que vagando yo por las tierras que labra Pero,

Digitized by Google

sentí pasos de cabalgadura hácia el camino que viene de Carrion; acerquéme al camino, y recatado con un seto, ví venir un caballero armado de todas armas... En mi conciencia que el caballo era alhaja de rey... ¡qué brios, qué estampa!... jurára que era de la casta de la yeguada de D. Suero... Como que para no conocer los caballos del rico-home de Carrion es menester ser ciego y tonto!...

—Ira de Dios! harto lo soy yo que no te muelo á palos por pesado...

—Pues voy al caso, Fernan. Llegó el caballero á la puerta de Pero, y entró en la casa...

—Y qué? preguntó Fernan con impaciente curiosidad.

—Nada mas; no pude oir lo que hablaban dentro.

—Voto á Judas Iscariote, que las nuevas de este sándio son interesantes!...

—No pude oir lo que hablaban dentro; mas estúveme recatado tras el seto cosa de una hora á ver si salia el caballero, y de las palabras de despedida podia colejir quien él fuera. Al fin oí abrir la puerta. Beatriz tenia el candil en el portal, y merced á su luz, me fué dado contemplar lo que allí pasó. Pero y su muger abrazaron al caballero, Beatriz lloraba, y á unos y otros oí nombrar á Martin. El forastero cabalgó al fin, y atravesó el humbral de la puerta. La doncella dió el candil á su madre, siguió al caballero algunos pasos fuera de la casa, y le dijo:—«Martin, ya que no quieres abandonar esa venganza, no olvides que si mueres en ella, yo tambien moriré de dolor.— Fia en mi amor, Beatriz, que él sabrá labrar tu dicha» contestó el caballero, y desapareció como un relámpago.

—Y há mucho que pasó eso? preguntó Fernan.

—Me acuerdo como si pasára ayer mismo, porque tengo una memoria venturosa... La memoria es riqueza...

—Alvar!... Sírvate esa memoria para recordar como castigo tus pesadeces. ¿Hace mucho que pasó eso?

—No recuerdo cuanto há; mas sí que fué por el tiempo en que la banda del Vengador se corrió hácia Búrgos...

—Y yá que mentais la banda del Vengador, dijo uno de

Digitized by Google

los escuderos, ¿no sabeis las nuevas que corren de ella?

Al oir estas palabras, todos procuraron acercar las cabalgaduras al que las pronunciára. Aquella general ansiedad por saber de la banda del Vengador, demostraba que ésta habia adquirido una importancia tal, que á la sazon llamaba grandemente la atencion en Castilla.

—Y qué nuevas son esas? preguntaron todos con viva curiosidad.

—Habeis de saber que, segun me han contado las gentes de armas venidas de hácia Carrion, el Vengador cuenta con mas de trescientos bandoleros, y con ellos, no solo burla á los Salvadores, sino que les hace frente, y en dos encuentros los ha derrotado. como que el conde de Carrion, viendo amenazado su condado y hasta su mismo castillo, tuvo que salir para allá á mata caballo dejando á Búrgos donde últimamente habia fijado su residencia.

—Conforme estoy, replicó Fernan, en que los bandidos movieron al conde á dejar á Búrgos, mas si partió á mata caballo como dices, hermano, fué temeroso de que le alcanzára la lanza de mi amo... Pero, dejando á un lado esto, que no viene al caso, ¿no me direis quién es ese Vengador que tal fama ha adquirido en tan poco tiempo, y tan numerosa banda ha sabido reunir?

—En cuanto al Vengador, nadie sabe quién es, pues cuando se presenta delante de gentes estrañas á su banda, oculta cuidadosamente la faz.

—Tengo para mí, dijo Alvar, que cuando así se recata ha de ser algun rico-home leonés ó castellano que se habrá hecho bandolero para tomar venganza de sus enemigos.

—Mas de creer es que sea pechero, pues cuentan que tiene odio mortal á todo noble, y protege y aun reparte á los villanos lo que á los hijosdalgo roba.

—Pero de qué medio se ha valido para juntar tanta jente como dicen tiene su banda, cuando el Raposo, que infierno haya, despues de vagar tanto tiempo por tierra de Carrion, á lo mas pudo juntar veinte hombres?

—Tóma, como que el Raposo era aborrecido, al paso que el Vengador es amado de los villanos.

Digitized by Google

—Lléveme el diablo si te comprendo, hermano. Es posible que un capitan de bandoleros sea amado de villanos ni de nobles?

—Posible es, y bien lo prueba lo que al Vengador sucede. El Raposo forzaba doncellas y casadas, mataba desde el niño hasta el anciano, desde el villano hasta el conde, desde el cura hasta el obispo, y así robaba la casa del labriego como la cabaña del pastor, asi el templo como el palacio; por lo cual todos le aborrecian, espiaban sus pasos para delatarle á la hermandad de los Salvadores, y procuraban su perdicion por todos los medios. ¿Quién que estuviese contento con su cuero, se habia de alistar en la banda del Raposo, siendo aborrecido y maldito de todos, y perseguido tan sin descanso? El Vengador hace todo lo contrario que el Raposo : su puñal no se tiñe en sangre humana como no sea en propia defensa, ó en la de algun débil oprimido injustamente por el fuerte; el pobre puede dejar abierta la puerta de su morada, el trajinero puede caminar sin cuidado por los lugares mas solitarios, que la banda del Vengador no irá á arrebatarles sus míseros haberes. Preguntad cuántas mugeres ha forzado la banda del Vengador, cuántos templos ha robado, cuántos lugares ha entrado á saco, y os dirán que tales desafueros son desconocidos en la tierra que recorre, desde que los Salvadores destruyeron la banda del Raposo.

—Pues si la banda del Vengador no roba, observó Alvar, digo y me afirmo en que su capitan es algun rico-home, porque un pobre pechero no tendria haberes conque mantenerla.

—Hermano, he dicho que roba; mas no á los pobres. El Vengador asalta las casas de los ricos, y roba cuanto en ellas puede haber á las manos. Con ello mantiene su banda, y cuanto le sobra reparte á los necesitados de la comarca. Ved aquí, porque los villanos le aman y le protegen, y ¿cómo su banda campea por donde quiere, sin riesgo de caer en poder de los Salvadores. Hé aquí, tambien, porque aumenta maravillosamente de dia en dia.

Aun seguian nuestros interlocutores hablando de la banda del Vengador, cuando á Alvar, que á veces gustaba decir gracias,

Digitized by Google

sabiendo únicamente decir sandeces, le ocurrió una que creyó daria golpe entre sus compañeros.

—Hermanos, dijo á estos con mucho misterio; quiero daros una nueva que creo no lo será para algunos de vosotros.

Todos los escuderos y los pajes alargaron la gaita con suma curiosidad para oir lo que Alvar les iba á revelar.

—Mi ama y señora Doña Jimena, continuó el sándio del paje, goza fama de honrada en toda Castilla, no es cierto?

—Cierto, y con sobrada razon, contestaron todos, y añadió Fernan:

—Y si hubiera algun calumniador que de la honra de mi señora dudase, aquí tengo yo una lanza para convencerle.

—No seré yo quien la calumnie, siguió Alvar en voz baja, y siempre con el mismo misterio; mas quiero deciros, que mi amo y señor D. Rodrigo, aunque ha poco que casó y solo ha tenido amores con Doña Jimena, tiene ya un hijo como un pimpollo.

—Voto á Judas Iscariote, esclamó Fernan requiriendo su lanza y arrojando centellas por los ojos, qué es lo que osas decir bellaco, traidor, hi de tal? Calumniar esa tu lengua de escorpion á tu ama y señora, á la dama mas honrada, poco es de España, sino del universo entero? Por el alma de Belcebú, que agradeces el pan que comes! Aquí morirás, traidor!

Y al decir esto, Fernan tiró á Alvar una lanzada capaz de horadar un muro; pero la misma ira que cegaba al escudero, le hizo errar el golpe, á lo que tambien contribuyó un rápido movimiento que el paje hizo, echándose sobre el arzon de la silla al ir á dar el bote Fernan.

Todos los que el suceso presenciaban, se apresuraron á aquietar al irritado escudero, quienes con palabras, quienes sugetándole el brazo desde sus cabalgaduras.

—Dejadme, dejadme, decia Fernan, pugnando por apuntar de nuevo la lanza contra Alvar, que apenas tenia aliento para disculparse. Al fin se aquietó un poco, y dijo con acento amenazador al paje.

—Habla, traidor, mal nacido, y retracta las calumnias que has osado proferir contra la mas honrada de las mugeres. Y cuida que

Digitized by Google

sino lo haces, he de ensartarte en mi lanza como á lechon en asador.

—Calma tu enojo, Fernan, murmuró al fin el paje, que no fué mi ánimo mancillar á nuestros amos, antes quise loar la compasion de D. Rodrigo.

—Sándio y bachiller que Dios confunda, pues no te he dicho cien veces que tus rodeos para narrar lo mas simple cosa han de traerte alguna mala ventura? dijo Fernan, comprendiendo al fin á donde habia querido ir á parar el paje con su ambigüo y desatinado exordio. Habla, necio, y dí qué hijo es ese que nuestro amo tiene.

—El morillo que recojió en la batalla, cuando tú nos dejaste por correr tras los cuatro morazos hácia el cauce donde cayó tu cabalgadura. De ese iba á hablaros; mas queria solazarme un rato con vosotros, primero escitando vuestra curiosidad, y luego haciéndome rogar antes de satisfacerla.

—Júrote, Alvar, dijo Fernan, blandiendo su lanza, que tales solaces han de costarte caros, si es que te aficionas á ellos. Bien puede solazarse un honrado paje ó escudero sin tocar á la honra de nadie, y menos á la de las damas, que cuanto mas pura es mas se ha de temer que pueda empañarse.

—Yo te juro á mi vez, contestó Alvar, que de hoy mas, antes de mentar el nombre de nuestros amos, pondré tiento en mi lengua. Ganárasme en discrecion para narrar, pero no en aficion á las honradas gentes á quienes ambos servimos. Mas, volviendo al morillo que ha prohijado nuestro amo, qué es de él, que no le vemos?

—Entre los cautivos viene, contestó Fernan, y á fé mia que no podrán quejarse él ni los reyes moros que han quedado prisioneros, porque vienen en sendas literas, como si fueran á entrar vencedores en su córte.

—Así Dios me salve, esclamó Alvar, tiene cosas nuestro amo que moro me vuelva yo si las comprendo. Los cristianos, unos desollándose las posaderas y otros los pies en esta calzada mas dura que las del purgatorio, y los moros muy repantigados en sus literas...

Digitized by Google

—Por el alma de Belcebú, que así dejarás tú de ser bachiller y sándio, como yo de tener tentaciones de molerte los huesos á palos. Necio, y cien veces necio, ¿quién te dá á tí autoridad para censurar lo que nuestro amo hace? le interrumpió Fernan. Nuestro amo es tan buen vasallo, que basta que tengan nombre de reyes esos moros, para que los respete, aunque sean mas moros que el mismo Mahoma.

—Pero si antes de vencidos eran reyes, replicó Alvar, ahora ya no lo son.

—Los buenos caballeros, como nuestro amo, tienen en mas al enemigo vencido, que al por vencer. Cierto que esos reyes han entrado por nuestras tierras robando y matando, mas creíanse con derecho á hacerlo, como nosotros nos creemos cuando entramos por las suyas. En cuanto al niño moro, querrias tú sin duda que caminara entre los pies de nuestros caballos, pero nuestro amo que tiene tan blando el corazon para con los débiles, como duro para con los fuertes, ha pensado y hecho de otro modo. Harto desventurado es ese cuitado infante que ha visto morir á su padre, y quedado en tierra estrangera á merced de enemigos. En vista de su llanto y su desconsuelo, ha mandado Don Rodrigo que sea conducido en la litera de uno de los reyes, porque le sea mas grata la compañia de los de su raza que la de los estraños. Verás tú como le consuelan en llegando á Búrgos nuestras amas Doña Teresa y Doña Jimena, con aquellas benditas palabras que una y otra tienen siempre á mano para alegrar á los tristes y consolar á los apenados.

En estas y otras pláticas iba la gente escuderil, cuando Rodrigo y los que le acompañaban pararon en un llano poco distante de Búrgos, y del que partian varios caminos en distintas direcciones. Segun llegaba la hueste, fuese parando en aquel sitio, y cuando estuvo toda reunida, convocó Rodrigo á todos los capitanes para proceder al reparto de la presa, con arreglo á lo que se usaba en tales casos.

Como la presa era numerosa y rica, á todos cupo buena parte, lo cual, unido á la equidad en el reparto, contribuyó á que todos los partícipes se mostráran satisfechos y alegres, con lo que se

Digitized by Google

deshizo la hueste, marchando cada capitan con los suyos á donde mas le plugo, despidiéndose todos de Rodrigo con víctores y aclamaciones sin cuento.

Ocioso es añadir que si á los gefes parciales de la banda tocó rico botin, mucho mas rico aun tocaria á su caudillo Rodrigo. Este, pues, se encaminó á Búrgos con lo que le habia toćado, llevando entre los cautivos los cinco reyes moros, los que, segun las Crónicas, «en llegando á Búrgos, ficieron la mesura bien homildosos á Teresa é á Ximena, las cuales hobieron déllo gran placer é contentamiento, é loaban al señor Dios, llorando de los sus ojos por las buenas faciendas que facie D. Rodrigo.»

Digitized by Google

CAPITULO XVIII.

De como el Vengador y Rui-Venablos, magüer que bandidos, pensaban como caballeros.

ASARON algunos dias sin que en tierra de Carrion se contáran nuevos desafueros de bandidos, desde que aquellos honrados y pacíficos habitantes tuvieron noticia de la destruccion de la banda del Raposo por la hermandad de los Salvadores. Nadie dudaba que la terrible banda habia sido totalmente esterminada, puesto que hasta su gefe, que tantas veces se habia salvado, pereciendo todos sus compañeros, habia muerto en la sorpresa de que tienen noticia nuestros lectores. Fácil es, pues, calcular el regocijo de que se hallaban poseidos los moradores de aquella tierra y los que por ella tenian que transitar.

Digitized by Google

Mas hé aqui que cuando menos se esperaba, circuló de boca en boca la noticia de que una partida de malhechores se habia organizado en la sierra de Oca y aun habia hecho algunas correrias por la tierra llana. Esta nueva banda se componia apenas de una docena de hombres, mas no por eso inspiraba menos terror á los habitantes del pais. Poco mas numerosa era la del Raposo, y sin embargo, habia esparcido el luto y la desolacion por aquellas comarcas. Mas sucedió que el terror de los villanos, lejos de aumentar, empezó á disminuir, conforme los bandidos menudeaban sus correrías por los lugares habitados y los caminos, al paso que crecia el de los ricos-homes del pais. No necesitamos decir al lector en qué consistia esto, pues no habrá olvidado lo que en el capítulo anterior oyó decir á uno de los escuderos que iban en la hueste de Rodrigo, respecto á la banda del Vengador. Las noticias que al escudero habian dado eran ciertas. En efecto, la banda del Vengador era ya numerosa: hacia frente á la hermandad de los Salvadores, y aun la habia derrotado en diferentes encuentros provocados, segun se decia, por los mismos bandidos con objeto de vengar al Raposo y la mayor parte de los suyos, muertos por aquellos en el montecillo cabe el camino de Leon. El Vengador, protejiendo, lejos de ofender, á los villanos, y robando y talando los ganados y las mieses, y aun asaltando, saqueando é incendiando las casas de los ricos-homes, se habia hecho querer de los primeros que aborrecian á los segundos. Asi era que la banda, protegida á su vez, querida y campeando impunemente por donde mas le placia, aumentaba de un dia para otro maravillosamente con los descontentos, los aventureros, los criminales y los holgazanes que se apresuraban á ir á alistarse en ella.

D. Suero tuvo noticia de las tropelías que el Vengador cometia en tierra de Carrion, y hasta supo que aquella terrible banda acababa de robarle la famosa yeguada que poseia, lo que le movió á dejar á Búrgos para acudir á la defensa de sus bienes, como que su castillo situado en el centro del condado, es decir, en la villa que á este daba nombre, se veia amenazado por los bandidos pues otros poco menos fuertes que él habian sido ya asaltados, saqueados y entregados á las llamas.

Digitized by Google

Y no eran infundados los temores del conde de Carrion, como vamos á ver muy pronto. El mismo dia en que D. Suero apresuró su partida de Búrgos, hostigado, como decia Fernan, por la lanza de Rodrigo, se hallaba reunida la banda del Vengador en una arboleda distante una jornada de Carrion. Aquella gente no parecia una horda de bandidos, ni por el número, ni por las armas, ni por la manera con que estaba ordenada y rejida; mas bien parecia un ejército regular y ordenado, una hueste que hubiera envidiado el mejor capitan al partir contra los moros. Los bandidos estaban provistos de buenas armas ofensivas y defensivas, tenian buenos caballos, y obedecian como los mejores soldados las órdenes de su gefe. Este, es decir, el Vengador, ó si se quiere Martin, conservaba el mando supremo de la banda, y habia confiado cargos inferiores á aquellos de entre los suyos á quienes habia considerado mas aptos para desempeñarlos, y á los que daba el nombre de capitanes, denominándose él gefe. Los llamados capitanes eran dos, ambos ejercitados y entendidos en armas, como que habian egercido muchos años el oficio de ellas, sirviendo á sueldo á varios señores, ya en las guerras con los moros, ó ya en las contiendas civiles, que por desgracia eran entonces harto frecuentes entre los ricos-homes de Castilla y Leon. Llamaban á uno de ellos Bellido Dolfos, y al otro Rui-Venablos: el primero era temible por vengativo y astuto, y el segundo por sus fuerzas colosales, su audacia y su serenidad en los mayores peligros.

El sitio donde estaba la banda tenia todo el aspecto de un campamento formal, pues hasta se alzaban aquí y allí diferentes tiendas, sobre las que campeaban trofeos militares. El Vengador habia llamado á la suya á los capitanes, y departia con ellos con mucha animacion.

—Heos llamado, les decia, porque quiero oir vuestro consejo. ¿Creeis que contamos con fuerzas bastantes para asaltar el castillo de Carrion?

—Sí, contestó Rui-Venablos, yo os respondo del buen término de la empresa. ¿Qué valen los cincuenta ballesteros que el conde tiene para guarnecer su castillo, comparados con los trescientos leones que componen nuestra banda? Gracias al diablo que os

Digitized by Google

veo decidido á atacar á ese conde traidor, porque habeis de saber que nuestra gente empezaba á murmurar de vos, pues atizábais su ódio al conde, y al mismo tiempo la prohibíais ir á reducir á cenizas su castillo.

—He esperado el momento oportuno para acometer esa empresa de modo que fuera completa la venganza. El conde no estaba en su castillo desde que fué á Calahorra con motivo del combate de el de Vivar con Martin Gonzalez, pues desde allí siguió con la córte á Búrgos. Hubiéramos hallado en el castillo de Carrion dos rapaces de ocho ó diez años, y una dama que tiene tanto de buena, como de malo su hermano el conde, y la banda del Vengador, no ejerce su venganza en unos séres tan débiles. ¿Qué hubiéramos adelantado, pues, con asaltar el castillo? Robarle é incendiarle? Ese es mezquino castigo para el que merece D. Suero. Si el conde fuera alguno de esos hidalguillos que en quemándoles su casa necesitan dormir en la posada de la Estrella, porque no tienen con qué reedificarla, el golpe seria algo duro; mas no así siendo el de Carrion uno de los señores mas ricos de España. Para algo mas que para asustar á una dama y dos rapaces, para entrar á saco una casa bien amueblada, y para calentarse al amor de un torreon encendido, ha de esponer el cuero en Carrion la banda del Vengador.

—Lléveme el diablo si os entiendo, dijeron Bellido y Rui-Venablos. Si esa os parece poca venganza, añadió el último, ¿cuál es la que esperais tomar?

—La venganza que yo anhelo, la que desean nuestras gentes, y la que piden la maldad del conde, y la carniceria que en la banda del Raposo hicieron los Salvadores instituidos principalmente por D. Suero, es la muerte del mismo conde.

—Cierto, cierto, esa es la venganza que debemos tomar, dijo Rui-Venablos. Mas ¿cómo será si el conde está en Búrgos?

—El Conde, contestó Martin, está ya en Carrion, y hé aqui porque creo llegado el momento oportuno de asaltar su castillo.

—No perdamos tiempo, esclamó Rui-Venablos alborozado, lancémonos á la guarida de ese conde malvado, derribemos sus puer-

Digitized by Google

tas con nuestras hachas, y traspasen nuestros aceros el corazon del cobarde apaleador de villanos y ladron de doncellas.

—Venganza debemos tomar del de Carrion, mas no del modo que pensais, dijo Bellido, que hasta entonces habia estado casi en completo silencio, y como ocupado de algun importante proyecto. El castillo de Carrion está bien fortificado, y para su guarda tiene buena gente de armas. ¿Pensais que es prudente presentar nuestro pecho descubierto á las flechas y los proyectiles, en tanto que los que nos los arrojen guarezcan el suyo con las almenas y los muros del castillo? Hacerlo así estaria bien cuando no tuviéramos otro medio mas seguro y menos arriesgado que ese.

—Y cuál es el medio que decis? preguntaron á un tiempo el Vengador y Rui-Venablos.

—Vedle aquí, contestó Bellido. El conde debe temer que el dia menos pensado demos un golpe de mano á su castillo, y por lo mismo no perderá ocasion de reforzar la gente de armas que le guarnece. Pues bien: yo me presentaré á D. Suero como un soldado que solicita entrar á su servicio, y no dudo que seré bien acojido. Una vez introducido yo en el castillo de Carrion, se acercará la banda á la fortaleza de noche, y con el sigilo posible. A una señal, de antemano convenida, abriré por ejemplo la poterna del castillo, se introducirá por ella la banda, sorprenderemos la guarnicion y los moradores, y sin riesgo ninguno seremos dueños en breves instantes de la fortaleza, y cuanto en sí encierra, incluso el mismo conde.

Si Bellido hubiera reparado, así en el semblante del Vengador como en el de Rui-Venablos, hubiera adivinado la acojida que iba á tener su proposicion. La indignacion y el desprecio se retrataban en el rostro del gefe y en el del capitan, al formular Bellido Dolfos la última cláusula de su proyecto.

—Hermano, le preguntó Martin con irónica sonrisa, decís eso formalmente, ó quereis probar si somos tan cobardes como el mismo conde á quien se trata de atacar, porque aun mas cobardes y traidores que D. Suero seriamos, si hiciésemos lo que proponeis?

—Sí, dijo Rui-Venablos, esplicaos, que si aquí tenemos co-

Digitized by Google

bardes y traidores, no necesitamos ir á buscarlos á Carrion.

Bellido no pudo contener su enojo al oir estas palabras, aunque era maestro consumado en el arte de disimular para mejor conseguir sus fines.

—Trágueme el infierno sino castigo vuestros insultos! esclamó poniendo mano á su daga.

Pero el Vengador y Rui-Venablos desnudaron las suyas, y se las colocaron al pecho.

—Traidor, dijo el primero, si mueves pié ó mano eres muerto.

Bellido recobró muy pronto el dominio que sobre sí mismo ejercia casi siempre, y dijo sonriéndose, al parecer franca y naturalmente:

—Bien sabia yo que no aprobaríais mi proposicion, porque sois leales y valientes como yo quiero los hombres. Hermanos, no me condeneis sin oirme. Si os dijese que mi proposicion ha sido para probar vuestro ánimo, mentiria, lo que yo nunca acostumbro. Hé-la hecho formalmente, no porque á mí me plazca atacar con la traicion, aunque traidores sean los atacados, mas sí porque temo que nuestras fuerzas se estrellen en los muros del castillo de Carrion, y porque amo tanto á esos bravos que fian en nuestra prudencia, que quisiera derramar toda mi sangre antes que una gota de la suya. Pudiérais tenerme por cobarde, si os propusiera una empresa libre para mí de todo trabajo y peligro; mas decidme: ¿quién los corriera mayores, de intentar la que os he propuesto? ¿Pensais que no me espondria en ella mas que ninguno de los nuestros, á ser ahorcado en las almenas del castillo de Carrion?

Las disculpas de Bellido no eran de mucho peso, á decir verdad: sus razones eran las del que no sabe qué decir, y dice algo porque tiene necesidad de decirlo; pero bastaron para que el Vengador y Rui-Venablos depusieran su enojo, pues aunque estos ejercian la poco honrosa profesion de bandidos, estaban dotados de cierta buena fé, y por otra parte conocian que no era aquella la ocasion mas á propósito para suscitar divisiones en la banda. Asi fué que Martin contestó:

—Hermano, olvidemos esta cuestion, que por mi parte ya no

Digitized by Google

dudo de tus buenas intenciones. Mas no estrañes que de nosotros se hayan apoderado la indignacion y la ira al ver que se nos proponia una empresa indigna de hombres que tienen corazon y armas, y que nos haria aparecer á los ojos del mundo entero tan cobardes y tan traidores como el mismo conde de Carrion. Hay quien dice que para un traidor, un traidor; mas yo digo, y como yo todos los que no tienen una alma ruin y cobarde, que para un traidor, un leal. Si temeis presentar el pecho á los dardos que afilan para nosotros los ballesteros de D. Suero, dueño sois de abandornarnos en esta empresa; mas si no es asi, preparad vuestras armas, alentad á nuestros leones, como nosotros vamos á hacer, que mañana á la noche hemos de caer sobre Carrion, y el conde ha de morir, y arder su castillo, ó nosotros hemos de perder la vida en la demanda.

—Ira de Dios! esclamó Bellido. Si otro fuera quien duda de mi valor, ya hubiera probado la punta de mi daga! Con vosotros quiero vencer ó morir, hermanos!

—Bien, hermano, bien! dijeron Martin y Rui-Venablos, y alargaron la mano á Bellido Dolfos que la estrechó, con fuerza sí, mas no diremos si con sinceridad, porque Bellido era mas traidor que Judas, y tarde ó temprano se vengaba cobardemente de aquel de quien creia haber recibido alguna ofensa. ¿Olvidaria que el Vengador y Rui-Venablos le habian apellidado cobarde y traidor y puéstole la daga al pecho? El tiempo y los sucesos nos lo dirán.

Pocos instantes despues de despedirse de aquellos, paseaba muy pensativo por un lugar solitario poco apartado del campo y de cuando en cuando se heria la frente con la mano, y pronunciaba una blasfemia, al parecer enojado por la esterilidad de su imaginacion; pero de repente se paró, meditó un instante aun mas profundamente que antes, y la alegria brilló en sus ojos y en su sonrisa cuando esclamó:

—Escelente pensamiento, ni uno se salvará!.. Oh! mi invencion bien vale los doscientos marcos de oro! Ya comienza á anochecer; veremos de hacer una escapatoria á Carrion.

En seguida pasó á la tienda del Vengador, y dijo á este:

Digitized by Google

—Camino de Búrgos vive una muger á quien amo, y quisiera verla por si muero en el asalto de mañana.

—Id si os place, hermano, contestó Martin.

—Eso haré muy pronto, puesto que lo permitís, dijo Bellido.

Y se encaminó á su tienda, alegre y satisfecho, como debió encaminarse á Búrgos Rodrigo Diaz, despues de lidiar en los montes de Oca.

Asi que la noche fue bien entrada, montó en su caballo y caminó hácia Carrion, si bien al separarse del campo tomó direccion distinta.

Digitized by Google

CAPITULO XIX.

De como pintan los solteros la vida de los casados.

Algunas horas despues que pasaba en el campo de los bandidos lo dicho en el capítulo precedente, tenian lugar en el castillo de Carrion las escenas que vamos á describir.

Diez años antes de la época en que dá principio esta historia falleció D. Gonzalo conde de Carrion, dejando dos hijos, llamado el mayor Gonzalo y el otro Suero, y una hija llamada Teresa. Heredó Gonzalo el condado y falleció tambien á poco tiempo, sucediéndole Suero, á quien debia seguir en la herencia Teresa y á esta dos hijos de corta edad, llamados el uno Diego y el otro Fernando que dejó Gonzalo el menor á su fallecimiento.

Digitized by Google

Los herederos presuntos, hasta cierto grado de parentesco, llevaban el nombre de infantes, y hé aqui porqué en las Crónicas aparecen con el nombre de tales Teresa y sus sobrinos Diego y Fernando.

Teresa contaba apenas diez y ocho años, en la época á que nos referimos. Dios habia dotado su alma de todas las perfecciones y todas las virtudes que pudiera desear el justo que abandonase el cielo para buscar entre las mugeres una eterna compañera, al paso que habia negado á su rostro casi todas esas perfecciones que son el único encanto de los hombres que solo buscan un ente material en la muger. Teresa pues, era el reverso de la medalla de su hermano, física y moralmente considerada. Su alma era toda compasion, toda amor, toda melancolía. Su tez era blanca y delicada como su alma; sus ojos azules, pero tristes como su corazon, y todo su ser era lánguido y enfermizo, lo cual oscurecia las gracias físicas que recibiera de la naturaleza. Aquella dulce y cándida paloma parecia siempre dispuesta á desplegar sus alas para remontarse al cielo. Si Dios hubiera puesto una lira en las manos de Teresa, su alma se hubiera ido exhalando en santas é inmortales armonías. Pero ay! la dulce paloma vivia siempre temblando, amenazada por el cruel milano, y aquel espíritu angélico se ahogaba entre los pardos muros del castillo de Carrion.

Tenia este una angosta ventana, desde la que se descubria un dilatado paisage sembrado de pueblecillos cuya situacion designaban otros tantos campanarios. Teresa gustaba asomarse á aquella ventana para contemplar el azul de los cielos y la verdura de los campos, y respirar el ambiente embalsamado con el aroma de las campiñas. Mas no eran estos los únicos encantos que la llevaban á aquella ventana: dulcísimos recuerdos de la infancia la arrastraban á ella. Allá á lo lejos, en la falda de una colina, descubria Teresa una risueña aldea; al verla, se acordaba de su madre, y una lágrima brotaba de sus ojos de cielo; pero á este recuerdo, al recuerdo de la pérdida de su madre, iba unido el de la felicidad que habia gozado á su lado, recordaba las deliciosas tardes de primavera ó de otoño en que su madre y ella abando-

Digitized by Google

naban solas el castillo y se internaban por aquellos campos, porque entonces el amor de sus vasallos era para los señores de Carrion el ala del ángel custodio que proteje la frente del justo, del mismo modo que desde que Suero heredó el condado, el ódio de sus vasallos era la espada del arcángel que amenaza constantemente la cabeza de Luzbel. Teresa y su madre iban pues á aquella aldea que se descubria desde la ventana del castillo; visitaban una por una las casas de sus vasallos, para consolar á los tristes y socorrer á los necesitados; y cuando el sol se hundia allá trás las montañas de occidente, dejaban la aldea coronadas de bendiciones y refrescado su corazon con las lágrimas del regocijo y la gratitud, para tornar al castillo donde las esperaban la tranquilidad del justo y un padre ó un esposo tan amante como honrado. Los pobres villanos las acompañaban solícitos y contentos hasta cerca del castillo, y alli, en la cumbre de una colina coronada de encinas y sembrada de tomillo y manzanillas, desde donde abarcaba la vista una dilatada estension, se sentaban madre é hija, para contemplar la llanura iluminada con los primeros rayos de la luna, para escuchar los cantares del pastor que conducia al aprisco su rebaño, ó los del aldeano que con sus yuntas y sus aperos abandonaba los campos, regados con el fecundo sudor de su frente, y se dirigia á la aldea donde le esperaba impaciente la tierna esposa, ó la enamorada doncella, que pretestando á su madre ir á la fuente, salia á su encuentro hasta la arboleda donde brotaba el manantial que servia de espejo á las aldeanas; para oir el toque de la oracion en todos aquellos campanarios que se descubrian desde el castillo, para prestar atento oido á todos esos misteriosos y confusos rumores que se alzan en los campos asi que los hombres y los pájaros callan.

En aquella ventana estaba Teresa entregada á sus recuerdos, cuando oyó á su espalda los dolorosos ladridos de un perro que se dirijió á ella como implorando su compasion, y las risas de dos niños de ocho á diez años que le siguian con mucha algazara.

—Pobre Leal, qué tienes? dijo Teresa, dirijiéndose al perro, que continuaba dando dolorosos ladridos. Y al ir á acariciar al pobre animal, retiró la mano, sintiendo en ella una sensacion dolorosa.

Digitized by Google

Al mismo tiempo llegaron los niños.

—Tia, dijo uno de ellos, dadnos alfileres para clavárselos á Leal en la otra oreja.

Teresa comprendió entonces los lamentos del perro, y conoció la causa del dolor que habia esperimentado en la mano al ir á acariciarle. Los niños habian clavado alfileres en la oreja de Leal.

—Crueles, dijo á los niños, qué daño os ha hecho Leal para que asi le atormenteis?

—Toma, respondió Diego, el mayor de aquellos, es para que cante.

—Tia, dijo Fernando, que asi se llamaba el otro niño, dadnos alfileres para ponérselos en la otra oreja, y vereis como canta y baila.

Teresa dió un suspiro al ver la crueldad de aquellos niños y se apresuró á arrancar los alfileres de la oreja del perro, que dejó de quejarse y le demostró su gratitud, acariciándola mucho y lamiéndole la mano que aun brotaba sangre de la herida hecha por los alfileres.

Al mismo tiempo se oyó la campana de la villa que tocaba á la oracion. Los niños seguian celebrando con mucha algazara lo que habian hecho con el perro.

—Callad! les dijo Teresa con voz severa; arrodillaos y rezad por vuestra madre.

—Si no lo oye! replicó Diego. Dice nuestro tio que en muriéndose uno, es lo mismo que cuando se muera Leal!..

—Sí, tia, añadió Fernando, eso dice nuestro tio, y ya veis como él no reza.

Asi diciendo, ambos niños salieron de la habitacion continuando en la misma algazara con que habian entrado.

—Ay! esclamó Teresa con doloroso acento, crueles é impios á la vez!... Y añadió alzando los ojos al cielo: Dios mio! tened piedad de la casa de Carrion!!.

En seguida dobló la rodilla, y dirijiendo la vista al cielo azul y estrellado que se descubria por la ventana, oró fervorosamente é inundó el pavimento con sus lágrimas.

Digitized by Google

—Ay! murmuró poco despues acercándose de nuevo á la ventana; mi corazon está muy triste!.,. Temo y deseo sin saber qué!.. Qué noches tan tristes y tan largas, Dios mio!... Dónde estará Guillen, que no viene esta noche como acostumbra, á hacer mas llevadera con su conversacion esta soledad que me rodea? El es el único que me compadece, él es el único que me comprende, porque en el castillo su alma es la única generosa y buena. Qué sentimientos tan elevados los suyos!... Con qué entusiasmo habla de todo lo generoso y noble! Qué ambiciones tan dignas de un caballero le animan!... Hijo de un pobre pechero, tiene el alma tan noble como el mejor de los ricos-homes de Castilla!... Dichosa la doncella que de él sea amada!...

Teresa interrumpió sus consideraciones porque una voz dulce y respetuosa demandaba permiso para comparecer en su presencia. Otorgóle de buen grado la doncella, y Guillen entró en la habitacion.

—Creí que no veníais esta noche, Guillen, pues habeis tardado mucho, le dijo Teresa en tono de dulce reconvencion.

—Perdonadme, señora, contestó el paje con estrema mansedumbre; vuestro hermano, mi señor, me ha ocupado hasta ahora...

—Pues bien, le interrumpió la melancólica doncella con una de sus tristes sonrisas, en castigo de vuestra tardanza, quiero que os senteis en ese sillon, y aquí junto á la ventana, á la luz de la luna, converseis conmigo un rato y me conteis las nuevas de Búrgos, que aun no me habeis contado.

—Ah! esclamó Guillen conmovido por la bondad de Teresa, cuán generosa é indulgente sois conmigo, señora!...

Y tomó asiento frente á la doncella, junto al hueco de la ventana; pero reparando en el rostro de Teresa, vió una lágrima detenida aun en la pálida mejilla de la infanta, una lágrima que brillaba con la luz de la luna, como brilla la gota de rocío suspendida en la hoja de la flor con la luz del sol naciente, Guillen se estremeció dolorosamente y esclamó:

—Señora, habeis llorado? quién os ha ofendido? Decídmelo, decídmelo, que yo, humilde paje, hijo de un pobre pechero, tengo

Digitized by Google

brazo y corazon para castigar al que á mis señores ofenda...

Y Guillen se detuvo temeroso de que su corazon le arrastrára mas allá de los límites que su humilde condicion le señalaba.

—Nadie me ha ofendido, Guillen, contestó Teresa conmovida, pero agradezco el interés que por mí os tomais, porque sois generoso y bueno. Me he acordado de mi madre, y hé aquí porqué veis húmedos mis ojos.

El paje se tranquilizó con estas palabras.

—No me direis las nuevas de Búrgos? continuó la doncella. Desde que se trasladó allá la córte, debe haber muchas y dignas de ser contadas. Hánme dicho que en Búrgos se han celebrado lucidas fiestas con motivo del casamiento del hijo de Diego Lainez y la hija del conde de Gormaz.

—Ese, señora, ha sido el suceso mas notable durante nuestra permanencia en Búrgos, respondió Guillen en voz baja; mas no me atrevo á hablaros de él, porque ya sabeis que vuestro hermano, mi señor, tiene prohibido hasta mentar el nombre de los de Vivar en su casa.

—Cierto, dijo Teresa, pero no temais que aquí nos oiga el conde. ¿Hánse casado el de Vivar y la de Gormaz por amor, ó por mandado del rey que quiso cortar bandos con la union de las dos casas, segun dicen? No estrañeis mi curiosidad, Guillen, que siendo la hija de D. Gome y el hijo de Diego Lainez, honrados y buenos, su felicidad me interesa.

—Oh, cuán cumplida la gozan, señora! esclamó el paje. Sabed que D. Rodrigo y Doña Jimena se aman desde niños, y escuso deciros cuán grande será su felicidad al verse unidos para siempre!.. Guirnalda de flores debe ser el lazo del matrimonio cuando sugeta dos corazones de antemano hermanados por el amor.

Un suspiro involuntario se escapó del pecho de Teresa al pronunciar estas palabras Guillen. Teresa habia contemplado en sus padres la felicidad que el page encarecia, y aun sin aquel ejemplo, su propio corazon le revelaba aquella felicidad. ¿Podia esperarla ella? Ah! no : lo único que Teresa podia esperar, era que un dia le dijera su hermano: «Cumple á mi voluntad y al interés de nuestra casa, tu union con este ó aquel noble; disponte á ir al altar.»

Digitized by Google

Y, pobre y resignada víctima, tendria que ir al ara á donde la tiranía fraternal la condujera. Y dado caso que tuviese valor para desplegar sus labios, inútil seria que dijese á su hermano: «El sacrificio á que me conduces es el mas bárbaro de los sacrificios; ni aun conozco al hombre con quien van á unirme con eternos lazos; los lazos que de hoy mas van á pesar sobre mí, son los del interes, son los de la vanidad, son los de la ambicion mezquina cuya tiranía hace que el alma se revele y mire con horror sus deberes mas sagrados. La bendicion nupcial solo debe ser la sancion de un convenio celebrado anticipadamente entre dos corazones. Deja que el mio se una con otro que lata por él, y entonces seré buena esposa y buena madre, y bendeciré al hermano que me dejó francas las puertas del paraiso.» Sí, inútil será que esto diga á su hermano, porque aquel hombre sin Dios, sin ley, sin compasion, pondrá una mordaza en su boca antes que acabe de exhalar sus quejas, y la arrostrará muda é inerme al altar del cruento sacrificio! ¿Cómo ha de comprender D. Suero las aspiraciones de una alma delicada y amante y compasiva como la de su hermana? ¿Cómo la ha de comprender él que no conoce el amor ni la compasion, él que solo en la violencia vé el único medio de triunfar de las mugeres, él que cree haber poseido á una muger cuando la poseyó materialmente?

Todas estas amargas consideraciones se agolparon á la imaginacion de Teresa cuando el paje hizo aquel bello panejírico del matrimonio contraido por amor. Ambos jóvenes guardaron silencio por algunos instantes; la meditacion de Guillen no era menos dolorosa que la de Teresa: primero consideró cuánta dicha seria la suya si Teresa le amase y le fuese dado unirse con ella, y este sueño le arrulló un momento; despertó de él, y pensó cuán difícil, sino imposible, era su realizacion, ¿Quién era él para llegar á ser esposo de la noble hermana del conde de Carrion, de la infanta doña Teresa, con cuya mano se creeria honrado el mas noble de los señores castellanos? Y si Teresa, para quien la bondad del alma valia mas que la del nacimiento, llegára á amarle, ¿era la infanta dueña de disponer de su mano? ¿Podia consentir el conde, lleno de ambicion, de orgullo y de ódio á los pecheros, que

Digitized by Google

su hermana diese su mano á un pobre paje, al hijo de un humilde pechero? Pero al fin un rayo de esperanza brilló en su mente, que la esperanza y las doradas ilusiones son el patrimonio de las almas entusiastas y enamoradas, y generosas y buenas. Se dijo así mismo lo que habia dicho en Búrgos á sus amigos el dia en que Rodrigo y Jimena se unian ante los altares: «Mozo soy, y corazon no me falta; tomaré una lanza y cerraré con la morisma; seré armado caballero y entonces me seguirán un centenar de valientes; entraré por tierra de moros, la conquistaré y seré señor de vasallos, y entonces D. Suero no me negará la mano de su hermana.» Estas locas esperanzas, estas vanas ilusiones fortalecieron de nuevo su corazon.

—Hermosa es la idea que de ese lazo habeis formado, Guillen! dijo Teresa abandonando sus tristes reflexiones.

—Señora, es la idea que habeis formado vos misma, contestó el paje.

—Holgárame infinito que me esplicárais la vuestra por saber si está conforme con la mia. Son tan pesadas y tan tristes las veladas del castillo, que es menester entretenerlas con cualquiera cosa.

—Eso haré, señora, por complaceros, contestó Guillen con alegria, porque Teresa le proporcionaba un medio de desahogar su corazon, de decirla indirectamente como la amaria, y cuál seria la dicha de ambos si un dia llegasen á unirse.

—Señora, continuó el paje, qué dicha tan grande seria poder mostrar el alma en la palma de la mano, como se muestra un objeto material! Si así fuera, yo os diria: «Ved mi pensamiento, ved mi alma, examinad sus mas profundos arcanos.» Y vos la examinaríais de una sola mirada, la conoceríais tal cual es, y comprenderíais la idea que deseais os esplique mi labio. En la vida de dos esposos unidos por el amor, se confunden y hacen comunes la alegria y la tristeza, los goces y las penas, el dolor y el placer; todos los sentimientos, todas las sensaciones son dobles, porque el que siente, siente por sí y por otro. La doncella y el mancebo que han ambicionado largo tiempo la posesion recíproca, la posesion del cuerpo y del alma, considerándola como la felicidad suprema

Digitized by Google

en el mundo, que han ido examinando dia por dia, año por año, su porvenir desde el feliz instante en que el ministro de Dios los una, hasta aquel en que la muerte los separe, que el uno al otro se han dicho : «En los primeros dias de nuestra union gozaremos á la vez en las ilusiones de los amantes y en la posesion absoluta de los esposos, y nuestras esperanzas serán aun mas dulces que ahora, porque tendremos mas confianza en su realizacion; nuevos vínculos vendrán luego á estrechar nuestra union mas y mas, y esos vínculos serán hermosas criaturas á quienes amaremos como á una parte de nuestro ser, y de quienes seremos amados, no solo por la vida que les hayamos infundido, sino tambien por los solícitos cuidados y el amor que les hayamos prodigado; no sentiremos que nuestra vida camine al sepulcro, porque las plantas que brotaron al sol de nuestro amor, quedarán hermosas y lozanas sobre la losa que cubra nuestras cenizas como la reproduccion de nuestro ser;» la doncella y el mancebo que tal ambicion han tenido, que tal han calculado y que tal han dicho, ¿no se considerarán felices, no creerán haber alcanzado la felicidad suprema el dia en que sus esperanzas comienzan á realizarse, el dia en que se poseen por completo? Ved, señora, de qué manera contemplo yo la dicha de los esposos unidos por el amor: no quiero suponerlos ricos y cercados de comodidades, aunque en ese caso el cuadro seria mas encantador aun, porque la miseria y el trabajo exacerban el alma; quiero suponerlos míseros labradores, que solo por instinto tienen el alma delicada y afecta á los sentimientos íntimos y elevados, porque la educacion y la inteligencia no han perfeccionado y desarrollado su sensibilidad. Viven en una rústica choza; los jardines que la rodean han sido formados por la naturaleza, y la naturaleza es quien cuida de ellos. En ellos brotan la clavellina, la siempreviva, el tomillo, el espliego, la manzanilla, la salvia y otras mil flores y plantas, cuyo aroma compite con el de los jardines creados y cuidados por la mano del hombre; allí no hay árboles que por su alineacion formen vistosas calles, ni fuentes de mármol cuyas aguas formen armónicos juegos; mas, crecen aquí y allí confusos y desordenados, el cerezo, el peral, el manzano, la higuera, el avellano, el nogal y la parra, cuyas sabrosas frutas

Digitized by Google

esparcen ricos olores, recrean la vista y son rico manjar para los sobrios campesinos; y cerca de aquella pobre morada, brota de entre las peñas una fuente que fertiliza los campos y mitiga la sed de aquellos pacíficos moradores. No despiertan á los labradores músicas acordadas, ni el ruido y el tumulto incesantes en las ciudades, mas sí el canto del gallo, ó mas tarde el de los pajaritos que saludan la alborada desde las ramas de los árboles, entre los que blanquea la humilde morada como una alba paloma medio escondida entre las ramas de un arbusto. Entonces el labrador deja su lecho, en el que ha dormido en los brazos del amor y arrullado por la tranquilidad del alma, y despidiéndose de la esposa con una dulce caricia, é imprimiendo el labio en la sonrosada mejilla del niño que duerme soñando, unas veces con su madre y otras con los ángeles que, segun esta le ha dicho, bajan todas las noches á velar su sueño, se dirije al campo vecino, cuando el Oriente empieza á teñirse de oro y de púrpura para anunciar la salida del sol. Mientras trabaja, oye allá en su morada unos cantares que regocijan su corazon; canta la esposa mientras se entrega á las faenas domésticas, y sus cantares suenan á los oidos del esposo tan gratos como la música mas acordada, porque son los mismos con que la labradora en su doncellez encarecia y celebraba su amor. El sol abrasa y el trabajo es rudo, pero el labrador no desmaya, porque le anima la esperanza: en aquel campo que riega con su sudor, brotarán doradas espigas que enriquecerán su troje. Llega la noche, y entonces se realiza otra de las dulces esperanzas que le animan; deja el campo, y torna á su morada donde le recibe llena de ternura y de alegria la esposa que ha esperado aquel instante como una liberal compensacion de sus faenas de todo el dia. ¡Qué cuadro tan bello el que entonces presenta aquella familia reunida en torno del hogar! Señora, mis palabras son pobres para pintárosle, vuestro corazon le adivinará.»

Oh sí! el corazon de Teresa adivinaba lo que el paje no acertaba á esplicar, y comprendia el cuadro que Guillen bosquejaba imperfectamente.

—Guillen, dijo Teresa sintiendo latir apresuradamente su co-

Digitized by Google

razon, teníais razon al decir que la idea que teniais de los vínculos nupciales estrechados por el amor, era semejante á la que yo habia formado. Ay! por qué no fueron mis padres unos pobres labradores!.

—Por qué no fueron condes los mios! esclamó el paje. Y como asustado de sus propias palabras y temeroso de revelar á aquella noble doncella el amor que abrasaba su corazon, se levantó de su asiento y dijo:

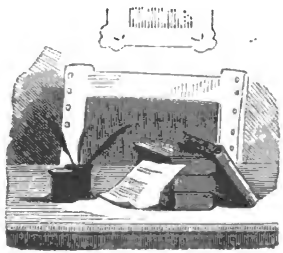
—Permitid, señora, que me retire, que el conde mi señor estará esperándome, y ya sabeis cuánta exactitud quiere en sus servidores.

Teresa no se opuso á que el paje se retirára.

¿Era esto indiferencia?

Pero así que Guillen se separó de su lado se sintió triste y desconsolada, sintió en su corazon un profundo vacío.

¿Era esto amor?



Digitized by Google

CAPITULO XX.

De como el conde de Carrion no ganaba para sustos.

L mismo tiempo que Guillen manifestaba á la infanta Doña Teresa la idea que tenia formada del matrimonio contraido por amor, tenía lugar una escena bien diferente en un aposento situado en el piso bajo del castillo, en el mismo que había ocupado y nuevamente ocupaba Sancha, la villana á cuyo padre habia privado de la vista D. Suero, pues ya supondrá el lector quién era la moza que el conde habia llevado de Búrgos, la que habia tomado el nombre de Aldonza al huir con Mari-Perez.

Digitized by Google

La moza se hallaba de pie junto á una ventana enverjada que daba al campo, pues el castillo de Carrion era una torre cuadrada con almenas y aspilleras, sin fortificacion esterior. A su lado estaba D. Suero dirijiéndola amargas reconvenciones que ella escuchaba con aparente desdén, mirando indiferentemente al campo, iluminado por una clarísima luna.

—Ingrata, decia el conde, el amor que yo te tenia merecia que huyeras de mi lado como hiciste? ¿No eras la única muger á quien el altivo conde de Carrion se habia humillado? ¿Qué te faltaba en mi castillo?

—Faltábame la libertad y esa fuí á buscar, y faltábame un padre de quien vos! cruel! me privásteis, y á quien no he tornado á ver.

—¿Y no eran llevaderas esas privaciones estando recompensadas con las comodidades y la opulencia que disfrutabas en mi casa, y mas que todo con el amor del noble conde de Carrion?

La jóven se echó á reir, y contestó desdeñosamente:

—Mas gratos que las comodidades y la opulencia de vuestra casa, han sido para mí los groseros trages, la pobre mesa, y la mísera habitacion de Marí-Perez, porque me recordaban los que tuve en mi niñez, y en cuanto al amor del noble conde de Carrion, héme holgado mas con el de un pobre escudero del rico-home de Vivar.

—Ira de Dios que te confunda! esclamó D. Suero balbuciente de cólera, porque aquella era la primera vez que una muger osaba mofarse de él, y que los celos torturaban su pérfido corazon. Con lágrimas de sangre llorarás tu ingratitud, y ni á tu padre tornarás á ver, ni gozarás esa libertad que tanto anhelas, ni te holgarás con otro amor que el mio.

La moza contestó con otra carcajada á las amenazas del conde. La ira de este llegó entonces á su colmo; D. Suero echó mano á su puñal, pero la jóven se lanzó á su cuello trocando de repente su sarcásticas palabras y su desdeñosa sonrisa en la sonrisa y las palabras mas dulces y cariñosas que puede inventar muger para desarmar la cólera de un hombre.

—Así os quiero yo, amor mio, esclamó Sancha, así os quiero

Digitized by Google

yo, porque me pareceis el mas hermoso de los hombres cuando la cólera anima vuestro semblante.

Las palabras y las caricias de Sancha, tornaron de repente al tigre en manso cordero; aquella muger era hermosa, mas se hallaba dotada de una hermosura brutal y salvage, si así podemos espresarnos; por eso sin duda ejercia tan omnímodo poder sobre el alma del conde, para quien nada valian esas hermosuras delicadas, que son la delicia de las almas generosas y buenas. Entre el alma de D. Suero y la de Sancha, habia una afinidad maravillosa, del mismo modo que la habia entre la de Guillen y la de Teresa.

—Sancha!... Sancha!... murmuró D. Suero ébrio de placer, correspondiendo á las caricias de la artificiosa villana. ¿Por qué te huelgas en mostrarme alternativamente un infierno y un cielo?...

—Para que el cielo os parezca mas hermoso despues de contemplar el infierno, contestó Sancha redoblando sus caricias. Oh amor mio! cuánta felicidad nos espera en el castillo de Carrion, sino me obligais á huir de él!...

—Huir!... esclamó el conde casi aterrorizado; no, no, porque entonces este puñal traspasaria mi corazon.

—Sea vuestro corazon absolutamente mio, y entonces os amaré mas que á mí misma, y nunca me separaré de vuestro lado... Ingrata me habeis llamado poco há!... Cuán injusto sois, amor mio! Sabed que no huí de vos por buscar la libertad ni por buscar á mi padre : huí porque dabais á otras el amor que á mí me correspondia... ¿Me jurais enmendar vuestros yerros, no poner los ojos en ninguna muger mas que en mí?...

—Sí, Sancha, yo te lo juro!...

—Si así lo haceis, oh dulce amor mio, cuánto os amaré! Mas sino... ódio eterno, desprecio constante tendré para vos...

Pocos instantes despues salia D. Suero de la habitacion de Sancha, y no faltó quien le oyera murmurar:—Este, este es el cielo... Necios los que le buscan mas allá de la vida!...

Casi al mismo tiempo se oyó una voz que dijo.

—Ah del castillo!

Digitized by Google

Oyóla el conde, y como la conociera, se apresuró á mandar que franqueasen la entrada al forastero, pintándose en su rostro y en sus palabras la impaciencia y la incertidumbre. El recien llegado fué introducido en seguida á su presencia en uno de los aposentos mas escondidos del castillo.

—Seais bien venido, le dijo D. Suero; os esperaba con impaciencia. ¿Qué nuevas traeis?

—Malas, contestó Bellido, que no era otro aquel hombre.

—Ira de Dios que confunda á los bandidos! esclamó el conde. ¿Con que seguirán burlándose impunemente de las leyes? ¿Con que no habrá medio de esterminarlos?

—Calmad vuestra impaciencia, señor, que aun no debeis perder la esperanza que mi buen deseo de serviros os hizo concebir. Héles propuesto lo que habiamos acordado, y no han querido aceptar mi proposicion, antes bien, ha faltado poco para que me hiciesen pagar con la vida el haberlos creido capaces de cometer una traicion, que por tal tienen ellos el penetrar en el castillo sin combatir.

D. Suero prorumpió en una ruidosa carcajada.

—Desde cuándo acá, dijo, son tan honrados los bandidos? ¿Acaso os han convertido tambien á vos, Bellido? Peor para vos, que vuestra honradez os costará los doscientos marcos de oro que os prometí si traíais al Vengador y su banda á una celada en que todos pereciesen.

—Quién os ha dicho, replicó Bellido, que he desistido de ganar los doscientos marcos? Pensais que Bellido Dolfos, cuando acomete una empresa, la abandona al primer contratiempo? ¿Es tan poco el haber ido á alistarme en la banda del Vengador, el haber sufrido hambre y frio y cansancio, el haber sido uno de los primeros á la cabeza de la banda al asaltar veinte castillos de otros tantos ricos-homes á fin de ganar la confianza del Vengador, para que renuncie á cojer el fruto de tales trabajos porque nuestros planes hayan corrido un lijero contratiempo?... Mal me conoceis, conde.

—Perdonad, Bellido, dijo Don Suero recobrando la esperanza que habia perdido completamente. Es tan menguada mi

Digitized by Google

suerte que creí no nos quedaba ya esperanza ninguna.

—Esperanzas nos quedan aun.

—Y me direis cuáles son?

—Eso haré si me escuchais sin impacientaros.

—Hablad, que á complaceros estoy dispuesto.

—Cierto que el Vengador ha desechado mi proposicion; mas hay otro medio de asegurar la destruccion de la banda. Hemos convenido en que el ataque se dará mañana á la noche; consistirá en forzar la poterna, y apoderarse la banda de los soldados que guarnecen el castillo, lo cual será facil, pues el Vengador cuenta con trescientos hombres, al paso que la guarnicion se compone de cincuenta ballesteros. Pues bien: he discurrido un medio muy fácil y seguro de aplastar á los bandidos; falsearéis la poterna, de modo que sean menester pocos golpes para franquearla; harcis lo mismo con los arranques de las bóvedas que cubren el primer aposento entrando la poterna, de manera, que arrojando encima de la bóveda violentamente una gran piedra ú otro objeto de mucho peso, se hunda en el momento oportuno, y por último, asegurareis bien la puerta que dá ingreso del primer aposento al segundo. Asi que esté franca la poterna, se precipitará á dentro la banda, y cuando se halle ocupada en derribar la segunda puerta, se hundirá la bóveda sobre los bandidos, y todos ó casi todos quedarán aplastados bajo la pesada techumbre, á cuyo estrago se unirá el que cause el peso que haya determinado el hundimiento.

—Bellido, esclamó el conde lleno de entusiasmo, alargando la mano al traidor, os doy la enhorabuena y me la doy por vuestro proyecto, que me parece escelente! ¡Oh bien haya el dia en que acudí á vos para esterminar esa banda infernal que es mi eterna pesadilla! No doscientos marcos de oro os daré, sino trescientos, como vuestro proyecto tenga el buen resultado que ambos deseamos.

—Yo os fio que le tendrá si cumplís exactamente las instrucciones que os he dado. ¿No olvideis que mañana á la noche será el ataque.

—No lo olvidaré, Bellido, ni tampoco el tener contados los trescientos marcos de oro. Cuidad de no pasar la poterna á la ca-

Digitized by Google

beza de la banda, que fuera yo muy ingrato si os quisiera mal sirviéndome tan bien.

—No hayais temor que tal haga; quedaré fuera, y si la puerta ha sido abierta y no derribada, haré por cerrarla para que ninguno de los de la banda pueda salir al rechinar la bóveda para desplomarse.

Pocos instantes despues, tornaba Bellido Dolfos al campo del Vengador.

Asi que hubo despedido al traidor y cuando casi todos dormian en el castillo, D. Suero llamó á uno de sus criados que ejercia el oficio de alarife cuando habia que hacer reparos en el edificio, y le instruyó acerca de la operacion que era preciso practicar en la bóveda que debia servir de losa funeraria á los bandidos. Durante lo que restaba de noche, oyéronse golpes hácia el lado de la poterna, y al amanecer estaba ya todo dispuesto del modo que Bellido habia mandado; habianse falseado los arranques de la bóveda, suspendido sobre esta dos enormes piedras por medio de dos garruchas puestas en el techo, y falseado tambien la poterna de modo que se abriera sin mucho esfuerzo, pues no estaba cerrada por medio de rastrillo como era lo mas comun en otras fortalezas, sino por una hoja ferrada que jiraba sobre su quicio.

A pesar de la seguridad que el conde tenia de esterminar á los bandidos por medio del ingenioso artificio ideado por Bellido, estaba inquieto recordando el agravio que habia hecho á Rodrigo Diaz apellidándole cobarde, y no dudaba que el de Vivar procuraria tomar venganza de aquella ofensa que ya pesaba al conde, por las fatales consecuencias que podia tener.

Se hallaba pensando en este asunto, cuando fué avisado de que acababan de llegar al castillo cuatro caballeros burgaleses que traian para él cierto mensaje. El mas profundo terror se apoderó de D. Suero al recibir este aviso, y como no contestara al criado que esperaba su respuesta, este se atrevió á decirle:

—Señor, ¿qué respuesta he de dar á esos mensajeros?

El abatimiento del conde se trocó repentinamente en la mas violenta cólera.

—Trágueme el infierno!... esclamó D. Suero dando furiosas pa-

Digitized by Google

tadas en el suelo. Quisiera tener el género humano en mi poder para destrozarle entre mis manos!

Y así diciendo, buscó la daga en su cinto, y como no la encontrára, tomó un leño de los que habia junto al hogar donde el conde se calentaba á la sazon, y dió de palos al infeliz servidor, que los sufrió resignado persuadido de que la sumision era el mejor partido que se podia tomar cuando el conde estaba irritado.

No bien hubo maltratado tan injustamente á su servidor, se sentó á orilla del fuego y permaneció algunos instantes pensativo, pero esclamó de repente:

—No, no haré campo con él, que Martin Gonzalez era mas fuerte y mas diestro que yo... que Lucifer protege al de Vivar.

Al decir esto, alzó la cabeza, y viendo al criado que esperaba sumiso sus órdenes, añadió:

—Estabas ahí, traidor!...

Y quiso tomar de nuevo el palo con que le habia molido las espaldas; pero abandonando de repente su actitud amenazadora, dijo:

—Perdona, Gonzalo, te he apaleado sin saber lo que me hacia: introduce á mi presencia á esos caballeros ó lo que fueren:

El criado obedeció, y un instante despues estaban en presencia de D. Suero Antolin Antolinez «el burgalés de pró,» como le llaman los cronistas del Cid, Alvar Fañez Minaya, y otros dos caballeros tambien burgaleses.

—A vos, D. Suero Gonzalez, conde de Carrion, dijo Antolin, nos envia D. Rodrigo Diaz de Vivar, á quien calumniasteis en Búrgos apellidándole cobarde y mal nacido...

D. Suero interrumpió á Antolin Antolinez diciéndole humildemente:

—Cierto, que cobarde le apellidé; mas no conocí que fuera él al denostarle, porque me cegaba la ira viendo maltratados á mis servidores...

—D. Suero, esas satisfacciones habeis de dar al ofendido en el campo, que no aquí, replicó Antolinez.

—Para empeñarse dos caballeros en sangrienta lucha, contestó el conde siempre con humildad, menester es que se ódien, y yo

Digitized by Google

no tengo rencor al de Vivar, ni por cobarde ni mal nacido le tengo; antes bien, confieso que es uno de los caballeros mas animosos y honrados de Castilla.

—Pues si eso creeis, dijo Antolin Antolinez, echad pregones haciéndolo público en todas partes. Solo así, ya que no lidiando frente á frente, podeis satisfacer al ofendido. Ved que la honra del de Vivar es de mucha estima para que no la defienda con teson su dueño.

—¿Creeis que á un buen caballero, que yo soy, cumple la humillacion que me proponeis?...

—¿Y creeis vos, conde, que á un buen caballero, que es D. Rodrigo, cumple dejar que impunemente le apelliden cobarde? No, no, vive Dios! Si Rodrigo Diaz no bastára á vengar la ofensa que le hicísteis, mil caballeros hay en Castilla que empuñarian el acero en su defensa. Oid, conde mezquino y calumniador: D. Rodrigo Diaz de Vivar os reta á singular combate, y os dice, que sino admitís el reto, pondrá carteles en Castilla y Leon, denunciando á la execracion pública vuestra ruindad y vuestra cobardia.

—Callad, callad y no me obligueis á añadir nuevos ultrajes al que en Búrgos hice al de Vivar, esclamó D. Suero abandonando el tono sumiso que hasta entonces habia empleado.

—En suma, ¿qué respondeis al que á vos nos envia?

D. Suero se irguió con altivez, y respondió con soberano desdén:

—Decid al de Vivar... decidle que vaya noramala, decidle que al conde de Carrion no place salir al campo con tan ruin caballero.

—El mensaje de D. Rodrigo hemos cumplido, y el vuestro tambien cumpliremos, contestó Antolin Antolinez, é inmediatamente tomaron la vuelta de Búrgos él y sus compañeros.

Apenas salieron del castillo, D. Suero meditó la contestacion que acababa de dar, consideró la mancha de cobarde que sobre sí acababa de echar, y prorumpió en furiosas imprecaciones, y maltrató inhumanamente á los primeros criados que se presentaron á su vista. Luego la ira se trocó en abatimiento y terror, y el conde lloró como la mas cobarde muger... Pero la esperanza de

Digitized by Google

acabar aquella misma noche con los bandidos, reanimó su espíritu, y entretenido con ella, no volvió á pensar en el reto de Rodrigo.

Dos dias despues, Rodrigo Diaz puso carteles en Castilla y Leon, publicando la cobardia de D. Suero y devolviéndole con creces y sobrada justicia, los insultos que de él habia recibido; dos dias despues, el conde de Carrion, que de muchos era antes odiado, era odiado de todos; dos dias despues, los villanos cantaban los romances que componian los juglares, comentando, en descrédito de D. Suero, la cuestion habida entre este y Rodrigo Diaz de Vivar.

Digitized by Google

CAPITULO XXI

De como un moro quedó y cinco se fueron.

HAN pasados pocos dias despues de aquel en que Rodrigo entró en Búrgos con la presa que habia hecho en los montes de Oca, y se solazaban Teresa Nuña, Jimena, Lambra y Mayor conversando y acariciando al niño moro, recojido por el compasivo caudillo castellano en el campo de batalla. Era el niño muy hermoso y hablaba romance con bastante facilidad, pues le habia aprendido de los cautivos cristianos que siempre habia conocído al servicio de la casa de sus padres. Aquellas compasivas mugeres le habian acogido como Fernan habia vaticinado, prodigándole todas las caricias que tiene una tierna madre para

Digitized by Google

sus hijos cuando los vé tristes y sin consuelo. La pobre criatura que, á pesar del buen trato que Rodrigo le diera, estaba, triste y desalentada, cobró ánimo y alegria, y hasta las lágrimas del agradecimiento y el regocijo brotaron de sus bellos y espresivos ojos. Lambra estaba loca de contento con el cuitado niño; la honrada y leal dueña que habia envidiado mil veces la dicha de las madres que tenian hijos á quienes acariciar y de quienes ser acariciadas, veia anticipada la dicha que esperaba desde que su señora y Ridrigo se unieron, dicha que era su sueño dorado, y que consistia en tener á su lado niños á quienes servir en cierto modo de madre. Hasta Mayor participaba del contento de sus señoras y la dueña, porque sin duda en aquel hermoso niño veia el retrato del fruto de sus amores con Fernan.

Ciertamente conmueve y consuela el alma la tierna simpatía que une á los niños y las mugeres, ya sean estas madres ó no hayan sentido los dolores y los goces de la maternidad. Un pobre niño sin amparo acude en vano al corazon del hombre, pero jamás al de la muger: Cuando cubierto de harapos, tiritando de frio y estenuado de hambre implora la caridad pública en una calle ó á la orilla de un camino, contemos los hombres y las mugeres que se acercan á socorrerle, y veremos que el número de los primeros es mucho menor que el de las segundas. ¡Qué palabras tan dulces se escapan entonces del labio de la muger!

—No tienes madre?

—Pobre hijo del alma!

—Angelito de Dios!

—Ay de las madres que paren hijos para verlos así!

Tales son las palabras que el labio femenil hace resonar en torno del niño desamparado!

Volvamos la vista á los serenos dias de nuestra niñez, recordemos qué sexo enjugaba nuestras lágrimas, sellaba nuestra mejilla con sus labios, nos arrullaba con sus cantares, velaba nuestro sueño, tomaba parte en nuestros juegos, adivinaba nuestros deseos para satisfacerlos, lloraba en nuestras dolencias y celebraba con profundo regocijo nuestra salud y nuestra alegria. El nombre de una muger irá siempre unido á estos recuerdos, sea ó no

Digitized by Google

el de nuestra madre. Dios que lo previene todo, que jamás abandona enteramente á los débiles, ha dado al niño una madre en cada muger!

Vayamos por esas calles, recorramos esas aldeas, entremos en la morada del rico, pasemos luego á la del pobre, y aunque Dios nos haya dado una alma vulgar y un corazon de piedra, encontraremos la esencia de la poesía y el sentimiento en la multitud de nombres conque en todas partes espresan las mugeres su ternura á los niños.

—Amor mio!

—Sol mio!

—Embeleso mio!

—Gloria mia! esclaman besando con delirio la rosada mejilla de un ángel. Y estos nombres, no estudiados, sino salidos espontáneamente del corazon, y emanados del mas puro de los sentimientos, ¿no valen tanto como todas las frases amorosas que pueden inventar los poetas?

El sentimiento que los niños inspiran á la muger, arranca á esta de la esfera vulgar, sublima su espíritu en alas del fuego sácro de la poesía. Cuando veamos á la muger mas vulgar en el colmo de ese sentimiento, preguntémosla, por egemplo, por qué quiere á los niños, y nos contestará estas palabras ú otras semejantes:

—Porque busco ángeles en la tierra, y solo los encuentro en ellos.

Si por otros sentimientos, si por otras virtudes, si por otros encantos no mereciesen las mugeres el amor y el respeto de todas las almas sensibles y generosas y buenas, los merecieran por esa santa simpatía que encuentran los niños en su corazon.

¡Benditos y amados sean los que comprenden y esperimentan el sentimiento que movió el labio del divino Nazareno, cuando dijo: «Dejad que los niños se acerquen á mí!»

—Ismael, dijo Jimena al niño mahometano, no has conocido á tu madre?

—Sí, generosa cristiana, y era hermosa y buena y me queria

Digitized by Google

como vos; pero Alá se la llevó al paraiso al concluir el último ramadan.

—Hijo del alma! esclamó Teresa Nuña. Y la querias mucho?

—Ah! sí, contestó el niño, y eso que no quiso llevarme consigo!

Sus ojos se arrasaron de lágrimas y continuó:

—Cuando el santo Alá la llamó al paraiso, mi padre y yo lloramos mucho. Poco despues, el rey levantaba gente para la guerra, y mi padre me preguntó:—¿Quieres ir á ver á tu madre, hijo mio?—Sí, sí, le contesté. Aquel mismo dia cabalgué en ancas de su caballo, y partimos para la frontera de Castilla:—Vamos á la guerra, hijo mio, me decia mi padre en el camino; ojalá muramos en ella, porque entonces volaremos al paraiso, y ya nunca nos volveremos á separar de tu madre que está allí!..

El niño interrumpió su relato un instante, prorumpiendo en llanto, y añadió luego:

—Mi padre se fué al paraiso á ver á mi madre... y tampoco quiso llevarme consigo!...

—Inocente criatura! esclamaron las sensibles mugeres que rodeaban á Ismael, acariciándole y procurando consolarle, tan conmovidas como él.

—Cuitado niño! dijo Lambra, lo que querria él es tornar á su tierra!

—Quieres volver á tu tierra, hijo mio? preguntó Teresa á Ismael. ¿Quieres volver á Molina?

—Ya no están allí mis padres!... contestó el niño con desconsuelo... Quiero quedarme con vosotras que sois buenas y cariñosas como mi madre!

—Pues bien, quédate con nosotras, que te querremos como tu madre, hijo mio!

—Qué buenas sois las cristianas, qué buenas! esclamó el niño sin saber cómo mostrar su agradecimiento á las que así le consolaban y compadecian.

—Y quieres tú ser cristiano? le preguntó Nuña.

—Si vosotras habeis de ser madres mias, adoraré al profeta que adoreis... Mi madre me decia que los niños deben adorar al

Digitized by Google

Dios que adora su madre. ¿Y quiere á los niños el Nazareno, vuestro profeta?

—Sí, hijo mio, los niños son el primer objeto de su amor: gusta conversar con ellos, reprende á los que los riñen y no los dejan acercársele, y les deja siempre francas las puertas de su paraiso.

—Oh qué bueno es vuestro profeta, qué bueno! yo quiero adorar al Nazareno! esclamó el niño con entusiasmo.

Teresa Nuña y Jimena se separaron de él por algunos instantes, persuadidas de que Lambra y Mayor no le dejarian echar de menos su presencia.

Poco despues llegó Fernan en ocasion de que la dueña y la doncella seguian haciendo preguntas al niño acerca de su pais y de sus padres, á las que el niño contestaba con visible emocion.

—Por el alma de Belcebú, esclamó el escudero, que es mucha sandez el atormentar á ese pobre infante con el recuerdo de bienes perdidos, que es el mas triste de los recuerdos! Asi entienden siempre el cariño las hembras, besan con tanto ahinco que muerden. Yo diré á mis señoras Doña Teresa y Doña Jimena, que dejen á mi cuenta la crianza de este morillo que vale mas que toda la morería junta, y verán, voto á Judas Iscariote, como le saco maestro en cabalgar y dar cada bote de lanza que valga un tesoro de rey.

El tono de Fernan era bastante brusco, y duras eran tambien sus palabras; pero el rostro y las maneras del escudero respiraban tanta franqueza y tanta bondad de corazon, que Ismael, lejos de asustarse, corrió al encuentro de Fernan y se abrazó á sus piernas cariñosamente.

—Moro me torne yo, dijo el escudero enternecido, si este rapaz no vale mas que toda la presa que hicimos en montes de Oca! Cada vez me acucia mas el deseo de moler los huesos á palos á ese sándio de Alvar desde que osó murmurar de mi señor Don Rodrigo porque traia en las literas á este pimpollo de oro!

Y Fernan alzó en sus hercúleos brazos á Ismael, y le besó con entusiasmo diciendo:

Digitized by Google

—Diérate mil besos sino temiera raspar esa tu cara de rosa con las mis barbas; mas yo las rasuraré, y entonces tomaré desquite. Te placen las armas y las cabalgaduras, rapaz?

—Oh! sí, contestó el niño saltando de alegria, ¿teneis armas y caballo?

—Sí tengo, contestó el escudero. Mañana hemos de ir á la caballeriza, y allí te he de enseñar á cabalgar y á manejar la lanza y la espada. Juro por el alma de Belcebú, que antes que seas mozo has de ir con mi señor D. Rodrigo y yo á la guerra, y has de lidiar como Bernardo en Roncesvalles.

—Llevadme ahora mismo á la caballeriza, dijo el niño, para que me enseñeis vuestro caballo y vuestras armas.

—Ola rapaz, que exigente eres! Mas he de darte gusto por quien soy, que me place tu viveza de génio.

Y así diciendo, Fernan tomó de la mano al morillo que saltaba de contento y de impaciencia por ir á la caballeriza.

—No lleves el niño, Fernan, dijo Mayor, que si mis señoras preguntan por él, habrán enojo de que Lambra y yo no le hayamos guardado.

Y fué á coger á Ismael de la mano que este tenia libre, para quitársele á Fernan; pero el escudero la separó de un empellon, y desapareció con el niño, diciendo:

—Este rapaz irá donde á mí me plazca, y todas las hembras del mundo no podrán quitármele. Por el alma de Belcebú que es buen modo de criar los infantes, siempre so el brial de las hembras! Así crian las gallinas sus hijuelos y gallinas salen ellos.

Llegados el escudero y el niño á la caballeriza, Fernan fué enseñando los caballos á Ismael, que se empeñaba en montar en todos ellos. Al fin le complació el bondadoso Fernan, colocándole sobre Overo que desarrendó, y el que con una paciencia comparable á la de su amo, se prestó á todos los caprichos del niño, unas veces aligerando el paso, otras acortándole, ora jirando á la derecha, ora á la izquierda. Pasaron luego al guadarnés, y Fernan se dispuso á dar á Ismael su primera leccion de ejercicios de lanza. Hízole montar en una silla de armas, puso en sus manos, á guisa de lanza, un palo como de seis palmos, puso un blanco en un

Digitized by Google

poste frontero, y una cuerda bastante larga atada al arzon delantero de la silla; dióle por escudo un caldero pequeño destinado á llevar agua á los caballos, y cuya asa debia servir de brazal, y cuando le hubo así armado, le aleccionó acerca del modo de tener las armas ofensivas y defensivas. En seguida, el buen Fernan le mandó prepararse para acometer, y encojer los pies para que no se lastimase; hízolo el niño, y asiendo el escudero la cuerda, tiró de ella y arrastró la silla y al que cabalgaba en ella, con suma rapidez. El niño precipitó demasiado el golpe, y no hirió el blanco.

—Voto á Judas Iscariote, esclamó el escudero, que el rapaz este ha de malograr los mejores botes por su atolondramiento.

—Si corria poco el caballo! replicó el niño.

—Vamos, dijo Fernan, prepárate á la segunda embestida, y cuida no errar el golpe.

—Ya vereis, ya vereis como hiero el blanco esta vez.

El morillo se preparó de nuevo, Fernan tiró de la cuerda aun con mas velocidad que antes; pero Ismael quiso dar el bote antes de tiempo, y aun se separó mas del blanco.

—Por el alma de Belcebú, gritó el escudero dando una fuerte patada, que esto es para desesperar al santo Job. Si pensará este hi de tal que por apresurar los botes se dan mejor!

—Pues ya no embisto mas! dijo el niño, enojado de su poca destreza mas bien que de la severidad de Fernan. Y arrojando el caldero y el palo, echó á correr para volver á las habitaciones de donde le habia sacado el escudero.

—Torna acá, hijo, torna acá, le gritaba este; pero en vano, porque Ismael estaba ya cerca de Lambra y Mayor.

—Pesia mi poca paciencia! esclamó Fernan, dándose una manotada en la cabeza. Qué ha de hacer el cuitado sino huir, si le trato peor que á esclavo!

Encaminóse en seguida en busca del morillo, y poco despues estaban juntos jugando como si ambos fueran niños.

En tanto que Fernan se entretenia así con Ismael, otra escena no menos interesante tenia lugar en un salon donde solia reunirse la familia de los de Vivar. Rodrigo contaba á sus pa-

Digitized by Google

dres y á su esposa los innumerables rasgos de valor de sus soldados en la batalla de Oca, callando los suyos, porque aquel noble caballero era tan modesto como valiente. Tampoco relegaba al silencio los del enemigo; quien era tan justo y tan honrado, ¿cómo no habia de glorificar el mérito donde quiera que le hallase?

—La hueste enemiga, decia, era numerosa; mas habia en ella mucha gente que no defendia mas causa que la del pillage, y esa fue la que primero volvió espaldas á nuestras lanzas y venablos. Con valor lidiaron los soldados castellanos; pero el triunfo no se hubiera decidido tan pronto si los enemigos hubieran contado con algunos centenares de hombres de armas tan esforzados como sus caudillos. Esos reyes moros que trage prisioneros para que prestáran homenaje á mis padres y á la mi Jimena, porque unos y otros sois dignos de tales acatamientos, esos reyes, digo, y particularmente Abengalvon el de Molina, lidiaron como los mas cumplidos caballeros del mundo.

—Oh cuán desgraciados son y cuán dignos de ser bien tratados! esclamaron á un mismo tiempo Teresa y Jimena, cuya alma siempre estaba dispuesta á la compasion.

—Por eso, dijo Rodrigo, los he tratado, no como á miserables cautivos á quienes se suele cargar de cadenas, sino como á reyes, á quienes el que los recibe en su casa destina los mejores aposentos, creyéndose muy honrado teniéndolos bajo su techo; por eso voy á darles libertad hoy mismo, si vosotros, padres mios, y tú, Jimena, aprobais esta mi determinacion.

—Sí, Rodrigo, sí, esclamaron todos con muestras de alegria. Tristes cautivos! añadió Teresa. Allá en su tierra tendrán quizá esposa, hijos, y acaso padres, que llorarán su ausencia creyéndolos muertos ó perdidos para siempre.

—Hijo mio! dijo el anciano Diego dando su temblorosa mano á Rodrigo, visiblemente conmovido. Ese corazon es digno de un caballero; no en vano te dí el ser, no en vano corre por tus venas mi sangre, no en vano desciendes del solar mas noble de Castilla. Oh si Lain Calvo, tu abuelo, alzára la noble frente del sepulcro!.... Durante mi larga vida he trabajado constantemente por el

Digitized by Google

engrandecimiento de Castilla, por la honra de nuestra casa y por el triunfo de la fé; pero bien ha recompensado Dios mis trabajos dándome un hijo tan bueno como tú eres! Mis fuerzas desfallecen, mi aliento se apaga, mi cuerpo se inclina á la huesa; mas qué importa la muerte á un caballero cuando muere tan honrado como yo, y cuando deja un sucesor tan bueno como tú? En buenhora des libertad á esos reales cautivos, que para tu padre y para todos los buenos esa generosidad será uno de tus mas bellos triunfos.

Sí, razon tenia Diego: aquel dia alcanzaba uno de sus mas bellos triunfos Rodrigo, porque para él, el mas tierno de los hijos y el mas amante de los esposos, eran la gloria mayor las palabras que oia de sus padres y de su esposa y la alegria que esta y aquellos esperimentaban!

—Padres mios, Jimena! dijo el generoso y esforzado caballero, tan conmovido como sus padres y su esposa, vamos á dar libertad á los cautivos. Si quieren reconocernos vasallage, háganlo en buenhora, sino... libres serán igualmente.

Y Rodrigo y su familia se encaminaron á la prision de los reyes moros. A la *prision* hemos dicho? No, el aposento que ocupaban Abengalvon y sus compañeros no merecia nombre de tal: estaba situada en el piso bajo del edificio, tenia salida á unos bellos jardines, y seguramente era digno de reyes en todos conceptos. Rodrigo y su familia bajaron á él por una escalera que ponia en comunicacion los dos pisos habitables de que constaba el edificio y tuvieron la atencion de pedir á los reyes moros su consentimiento para presentarse á ellos. Los reales cautivos salieron al encuentro con señales de respeto y temor, y quisieron postrarse á los pies de Rodrigo; mas este se lo estorbó con palabras benévolas que llenaron de confianza y de gratitud el corazon de los mahometanos.

—La ley de la guerra, les dijo, puso en mis manos vuestro destino y por lo tanto soy dueño de disponer de él. ¿Reconoceis mi derecho?

—Vuestros esclavos somos! contestó humildemente Abelgavon, el mas versado en el habla castellana, y el mas jóven de los cinco

Digitized by Google

reyes moros, como que apenas contaba veinte y cinco años.

—Pues bien, continuó Rodrigo: enemigos mios érais cuando os vencí en campal batalla, pero lidiásteis con valor y llevábais el nombre de reyes, y por eso os traté, no como á esclavos, sino como á amigos.

—Oh quién pudiera envanecerse con ese nombre! esclamó Abengalvon.

—Mi ambicion es serlo vuestro, dijo Rodrigo. Sabed, continuó, que me tengo por tan buen vasallo, que amo y venero tanto á todo el que lleva ó ha llevado el nombre de rey, que me tendria por deshonrado si tuviese reyes en prisiones, aunque fuesen moros enemigos de Dios y de mi patria. Tornad, pues, á la vuestra, y sed lo que vuestro corazon os dicte, mis amigos ó mis enemigos, que yo cumplo con lo que pide el mio y el de mis padres y mi muger, que aqui veis.

—Oh santo Alá! esclamaron los moros alzando al cielo sus ojos arrasados de lágrimas. Los votos de nuestros hijos y nuestras esposas han llegado á tí y has compadecido el llanto del amor y el infortunio! Nosotros te glorificaremos en el seno de nuestras familias, y al par que á tí, al noble cristiano que hoy nos enseña á ser generosos y buenos!

Y Abengalvon continuó dirigiéndose á Rodrigo:

—No, no seremos vuestros enemigos; queremos ser vuestros vasallos para respetaros y rendiros parias como tales, y vuestros amigos para amaros! Dadnos vuestras manos á besar.

—Venid á mis brazos si me creeis digno de los vuestros, esclamó Rodrigo tan conmovido como los musulmanes.

Y estos le abrazaron llorando de regocijo, como tambien al honrado viejo Diego Lainez que contemplaba esta escena lleno de emocion, en la que le acompañaban Teresa y Jimena, á quienes los moros besaron en seguida las manos, manifestando á cuánta honra tenian el hacerlo.

Madre, Jimena! dijo Rodrigo un instante despues, abrid las puertas de su prision á los que han sido nuestros cautivos, y de hoy mas serán nuestros amigos.

Teresa y Jimena se dirigieron á una puerta que daba salida

Digitized by Google

Lám. 4.ª

Digitized by Google

Digitized by Google

á la calle y abrieron de par en par las dos hojas de que se componia.

—Franca está la puerta de vuestra prision, dijo Rodrigo á los moros; tornad á vuestra tierra, llevad el consuelo á vuestras mugeres y vuestros hijos, y Dios sea con vosotros, amigos mios! A la puerta teneis sendos caballos en que cabalgar y escuderos que os acompañen hasta la frontera, llevando mi enseña verde para que ni villanos ni nobles osen ofenderos.

—Vuestros vasallos somos, y cada año recibireis nuestras parias! dijo Abengalvon.

Y él y sus compañeros abandonaron el palacio de los de Vivar con los ojos anublados por las lágrimas y bendiciendo á Rodrigo, á Diego, á Teresa y á Jimena, con toda la efusion de que sus almas eran capaces.

CAPITULO XXII.

De como la banda del Vengador atacó el castillo de Carrion.

A banda del Vengador se encaminó á Carrion asi que cerró la noche, para caer sobre el castillo á la hora convenida entre sus gefes, y de la que, como ya hemos visto, tenia noticia Don Suero, merced á los buenos oficios de Bellido.

El castillo de Carrion estaba situado en una altura inmediata á la villa, llamada en el dia la Atalaya camino de Villasirga. Antes de llegar á él habia una arboleda muy espesa. La noche estaba oscura y por esta circunstancia pudo llegar la banda á aquella arboleda sin ser vista por los centinelas del castillo. Martin y sus capitanes Bellido y Rui-Venablos mandaron hacer alto á su gente con objeto de prepararse alli al ataque sin

Digitized by Google

ser visto aunque las espesas nubes que velaban el cielo se disipasen y apareciese la luna.

Los bandidos, todos ellos peones, iban provistos de aceradas hachas, mazas de fierro y picos con que franquear la entrada en la fortaleza. Martin tenia dadas órdenes á todos para que no hiriesen al conde D. Suero, pues se reservaba para sí la consumacion de la venganza que tanto anhelaba; queria clavar su puñal en el corazon del asesino de su padre. La banda se dividió en dos cuerpos bien ordenados : el uno debia lanzarse á forzar la poterna del castillo, y mientras esta operacion se practicaba, debia el otro cuerpo protegerla, disparando sus dardos contra las saeteras y las almenas de la fortaleza, á fin de que los ballesteros que las guarnecian fuesen heridos, ó no pudiendo descubrir el cuerpo, hiciesen al azar sus disparos. Rui-Venablos, para quien el puesto mas arriesgado era el mejor, pidió colocarse á la cabeza de la primera mitad, en cuyo puesto se colocó tambien Martin, y Bellido se puso al frente de la segunda.

En esta disposicion salieron los bandidos de la arboleda, é inmediatamente se dió la voz de alarma en el castillo, y se trabó el combate.

Algunos bandidos cayeron al suelo traspasados por las primeras flechas disparadas desde la fortaleza, cuya circunstancia aumentó el corage de la banda. Como la oscuridad era bastante densa, y estaba cubierto de maleza el terreno detrás del castillo, es decir, por el lado de la poterna, Bellido Dolfos consiguió separarse de la mitad que mandaba, escurriéndose por entre unos matorrales, donde estuvo hasta que aquella se adelantó por su lado hasta dejarle detrás, disparando una nube de dardos contra el castillo. Rui-Venablos, Martin y los suyos, penetraron al fin hasta la poterna. Cerraba esta una puerta forrada con dobles chapas de hierro, sobre la que los bandidos empezaron á descargar terribles golpes con sus ferradas mazas; no necesitaron empero descargar muchos, porque la puerta se abrió con fracaso, rotos al parecer los cerrojos que la sugetaban. Entonces, la banda entera se precipitó á dentro, dando horribles gritos de furor y de salvage alegria. Pero faltaba franquear otra puerta para pasar del primer aposento al

Digitized by Google

interior del castillo, y aquella puerta era mas fuerte aun que la de la poterna. Martin rujió de furor al tropezar con este nuevo obstáculo cuando ya creia llegado el momento de hundir su acero en el corazon del conde.

—Romped, romped pronto esta puerta, gritó á los que iban provistos de mazas. Y estos comenzaron á descargar furiosos golpes sobre la puerta que no cedia lo mas mínimo, porque tambien estaba fuertemente forrada de hierro y asegurada interiormente con gruesas barras del mismo metal. Un infierno era la impaciencia en el corazon del Vengador, el que tomando la maza de uno de los bandidos, empezó á descargarla por sí mismo sobre la puerta con una fuerza de titan. En aquel instante sonó un golpe espantoso sobre la bóveda de aquella estancia, un golpe que hizo temblar el edificio, un golpe tan terrible como si la parte superior del castillo se hubiese desplomado sobre la bóveda, un golpe que hizo rechinar á esta como si fuera á desplomarse. Todos los bandidos lanzaron un grito de espanto, escepto Martin, que seguia hiriendo la puerta, porque solo oia la voz de la venganza que le mandaba apresurar el momento de ejecutar aquella tan terrible que D. Suero espiase en ella los innumerables crímenes que sobre su conciencia pesaban.

—Fuera, fuera, que se hunde la bóveda! gritaron todos los bandidos precipitándose, en espantoso desórden hácia la poterna, porque en efecto, la bóveda rechinaba, falseados como estaban los arranques, y conmovida por el golpe de dos enormes piedras que una tras otra se habian arrojado con violencia sobre ella. Pero al mismo tiempo, una mano de hierro cerró desde la parte de afuera la puerta, y la sugetaba como si estuviese clavada al cerco; en aquel instante cedió la segunda puerta á los golpes de Martin, y este y Rui-Venablos, y medio centenar de bandidos se precipitaron al interior del castillo. Quisieron imitarlos los que se habian agolpado á la poterna, mas al apartarse de esta, se desplomó la bóveda con espantoso ruido, y todos aquellos desventurados quedaron hechos pedazos entre sus escombros. Una satánica carcajada resonó entonces en los pisos altos del castillo, y un rostro que respiraba bárbara satisfaccion, se asomó á contemplar aquel horri-

Digitized by Google

ble estrago al agujero que se habia abierto en la bóveda del piso principal para suspender los pesados sillares que debian caer sobre la del piso bajo.

Aquella carcajada la habia dado D. Suero, y el rostro de este era aquel rostro infernal.

El conde y el traidor que le habia ayudado en su obra de esterminio, ignoraban que aun quedaban ilesos muchos de los bandoleros, como tambien que la segunda puerta hubiese sido derribada y dado paso á aquellos; mas pronto sacaron de su ignorancia á D. Suero, los gritos y el tumulto que oyó en los aposentos altos, gritos y tumulto que parecian acercarse hácia donde él estaba. En efecto, el Vengador, Rui-Venablos y los suyos, y casi toda la gente de armas que guarnecia el castillo, peleaban con encarnizamiento en los pasillos que conducian á las habitaciones ordinariamente ocupadas por D. Suero. Entonces el mas profundo terror se apoderó del conde, porque aquel hombre era tan cobarde como tirano, cruel y desalmado, y corriendo á una escalera secreta, bajó á los subterráneos del castillo, y huyó de éste ganando el campo por una salida oculta.

La lid era sangrienta y obstinada entre los bandidos, y los defensores del castillo; colocados estos en uno de los pasillos que conducian á las habitaciones de los señores de Carrion, resistian el ataque con un valor solo comparable al de los bandidos; pero el Vengador y Rui-Venablos, llenos de furor por la pérdida de sus compañeros y por aquella resistencia, quisieron hacer el último esfuerzo, el último esfuerzo, sí, porque querian pasar adelante por medio de él ó morir. Lanzáronse por medio de sus enemigos derribando á cuantos encontraban á su paso, y sus compañeros los siguieron imitando su ejemplo. Muchos quedaron tendidos en el suelo en esta audáz embestida, pero los demas rompieron el muro que sus contrarios formaban y se lanzaron como leones hambrientos á los aposentos donde pensaban encontrar su presa. Como no diesen con esta, lanzaban furiosas imprecaciones y gritos de furor que aterraban á los mismos soldados encargados de la defensa del castillo, quienes, heridos ó acobardados ya, habian dejado caer las armas de la mano, y solo procura-

Digitized by Google

ban buscar la salvacion en la fuga. Nada les quedaba que registrar en la habitacion del conde; abandonáronla creyendo que este se habria refugiado en otros aposentos, y tropezaron con una puerta cerrada. Era la de la estancia de Teresa: quisieron abrirla, y como encontráran resistencia, el Vengador descargó sobre ella tan terrible golpe, que cayó al suelo hecha astillas. Una jóven, la infanta Doña Teresa, estaba en un rincon casi muerta de espanto, y delante de ella estaba Guillen, con una espada en la mano, en actitud de defender á la doncella.

—Deteneos, gritó el paje á los bandidos, deteneos, que solo llegareis á esta dama cuando algunos de vosotros hayan probado el filo de este acero, cuando no defienda á mi señora otro escudo que mi cadáver!

Martin y Rui-Venablos se detuvieron; sus compañeros hicieron ademan de lanzarse sobre Guillen, pero el Vengador se lo impidió diciéndoles:

—Aquel de vosotros que dé un paso para ofender á ese mancebo ó á esa doncella, caerá muerto á mis pies; que no debemos ejercer nuestra venganza en una débil muger ni en el que la defiende.

Y al mismo tiempo se oyó una gran voceria hácia el lado de la villa; abrió el Vengador la ventana, de que ya el lector tiene noticia, y á la luz de la luna que acababa de desembarazarse de las nubes que hasta entonces la habian ocultado, vió multitud de gente que se acercaba al castillo: y al mismo tiempo se oyó la voz de D. Suero que gritaba viendo luz en la ventana:

—Ah de mis ballesteros, defendeos, que vais á ser socorridos!

El conde habia ido á buscar refuerzo á la villa, y sus vasallos se habian apresurado á dársele como les dijera que la vida de la infanta peligraba sino. Mas de doscientos hombres de todas edades venian con él armados con los instrumentos que habian hallado mas á mano. Los bandidos estaban rendidos de cansancio y su número era ya tan escaso que á penas llegarian á veinte. El Vengador conoció que él y sus compañeros eran perdidos si no abandonaban inmediatamente el castillo; poco le importaba morir

Digitized by Google

si su padre estuviera vengado, pero no estándolo la vida era para él de mucho precio.

—Huyamos, gritó, ó el conde logra al fin nuestro completo esterminio, y nuestros compañeros no serán jamás vengados. ¿Ois esas voces? El conde ha logrado huir del castillo y vuelve con fuerzas tan numerosas que su triunfo es seguro. Muchos de nuestros compañeros que yacen heridos en los ánditos que hemos recorrido hasta llegar aquí, van á quedar en poder del conde, porque no nos queda tiempo para recojerlos y llevarlos con nosotros. Serán sacrificados por el bárbaro D. Suero, si no tomamos represalias. Tengamos en nuestro poder esa doncella, y el conde respetará la vida de nuestros compañeros para que nosotros respetemos la de su hermana.

—La hermana del conde de Carrion, dijo Guillen, siguiendo en su actitud amenazadora, no quedará espuesta á vuestros ultrages mientras á mí me quede vida.

—Yo os juro que será respetada, contestó el Vengador; mas es preciso que responda de la vida de nuestros compañeros. Envainad el acero que teneis desnudo y venid con ella y con nosotros, que si os empeñais en defender aqui á vuestra señora, morireis, y no os tendrá á su lado para cuidar que se cumpla la promesa que os hacemos de no ultrajarla.

Guillen conoció que debia seguir el consejo del gefe de los bandidos, que Teresa necesitaba tener á su lado quien la alentase cuando desfalleciera, quien la consolase cuando llorara, quien velase cuando durmiese, quien defendiese su honra cuando se viese amenazada, y envainó el acero que habia tomado para defenderla, y sosteniendo el vacilante paso de su señora partió con los bandidos.

Unos y otros salieron del castillo y se internaron en la arboleda inmediata, cuando D. Suero y sus vasallos penetraban en la fortaleza que acababa de ser teatro de tan sangrientas escenas. Caminaron durante algunas horas por sitios ásperos y despoblados pues los bandidos, demasiado débiles para hacer frente á los Salvadores, temian tropezar con estos, y al fin hicieron alto en el robledal, que pocas horas antes habia abandonado la banda llena

Digitized by Google

de fuerza, de esperanza y de valor. Durante aquella penosa jornada muchas veces habian faltado enteramente las fuerzas á la desventurada Teresa, y Guillen habia tenido que conducirla largos trechos en sus brazos, hallando fuerzas en su amor para sostener aquella preciosa carga, á la verdad no tan pesada como lo hubiera sido la de otra muger cualquiera, porque la infanta era un ser consumido por la tristeza y el dolor.

Aun permanecian allí las tiendas y los efectos que, al partir para Carrion, habian dejado los bandidos al cuidado de algunos de sus compañeros imposibilitados de seguirlos. El Vengador destinó una de ellas esclusivamente á Teresa y al leal mancebo que la acompañaba y él y sus compañeros cayeron en las otras medio muertos de cansancio y de dolorosa desesperacion, despues de haber colocado centinelas en los puntos mas á propósito, porque temian les hubiese seguido la pista la gente de D. Suero.

Todos los bandidos dormian profundamente escepto Martin y Rui-Venablos, en quienes la fatiga y el dolor parecian obrar el efecto contrario que en sus compañeros.

—Ah! pobre Bellido! decia el primero, tambien ha hallado sepultura en el castillo de Carrion! Necios nosotros que no seguimos su consejo..... que quisimos hacer de caballeros olvidando que éramos miserables bandidos y que íbamos á habérnoslas con el traidor mas ruin y mas desalmado que ha nacido de muger!..... Nosotros sí que debimos morir en el castillo, y no nuestros leales y valientes compañeros que han sido inocentes víctimas de nuestra necedad!... ¿Qué hemos de hacer ahora? ¡Llorar nuestro error y ladesventura de nuestros compañeros!

—Ira de Dios! esclamó Rui-Venablos, indignado del desaliento de Martin. El Vengador desmaya y vierte cobardes lágrimas cuando es llegado el momento de obrar con mas constancia, con mas valor, y mas sin piedad que nunca? Podeis vengar á nuestros hermanos con llanto que sienta tan bien en las hembras, como mal en los hombres; yo matando al conde he de vengar á nuestros hermanos y á alguien mas....

—A nuestros hermanos y á alguien mas he de vengar tambien, reduciendo á cenizas el castillo de Carrion y clavando mi pu-

Digitized by Google

ñal en el corazon del conde, dijo Martin exaltado por las palabras de Rui-Venablos.

—Asi quiero yo á mi gefe! esclamó Rui lleno de feroz alegria.

—No me deis ese nombre, hermano, dijo Martin estrechando la mano de su compañero, llamadme hermano, que de hoy mas reorganizaremos juntos la banda, y sus gefes seremos ambos. Para probaros cuán ardiente es la sed de venganza que me abrasa y mi amistad, quiéroos confiar un secreto : sabed que no me uní á la banda del Raposo por ejercer el oficio de bandido, ni he seguido esta vida ni tomado el nombre de Vengador para vengar á mis compañeros, acuchillados cuando el Raposo, sino para vengar la muerte de mi padre vilmente asesinado por el conde.

Y Martin contó á Rui-Venablos todo lo ocurrido al tornar de la romería cuando el rapto de Beatriz, añadiendo:

—He ocultado este secreto á mis compañeros, para que no desconfiasen de mí, sabiendo que defendia una causa distinta de la suya, que solo trataba de vengar una ofensa que á mí solamente atañia.

—Por la misma razon, dijo Rui-Venablos alborozado, he ocultado yo la verdadera causa de mi rencor á D. Suero. Habeis de saber, hermano, que tampoco abracé la vida de bandolero por aficion á ella, que otro oficio mas honrado he tenido siempre. He sido soldado desde que me apuntó el bozo, he lidiado siempre como bueno en defensa de la fé, de la pátria y de los oprimidos, y nunca vendí mi brazo á quien no mereciera ser servido de gentes honradas. Hallándome últimamente al servicio de D. Ordoño de Lara, un dia llegóse á mí un anciano, un desventurado ciego, y me dijo:

—«Há mucho que busco un hombre de alma generosa y fuerte brazo que compadezca y vengue á un padre sin ventura, á quien el conde de Carrion ha privado de la vista y de la honra.» Y me contó con lágrimas capaces de ablandar las piedras, que D. Suero le habia robado una hija que era toda su dicha en el mundo, privándole al mismo tiempo de la vista, para que no pudiera buscarla ni vengar tan inícua ofensa.

Digitized by Google

—«Hanme dicho, añadió, que jamás demandaron vuestra ayuda los oprimidos por los fuertes, sin que vuestro brazo se la diera, y por eso vengo á vos lleno de confianza.»

Conmoviéronme sus palabras, compadecí su llanto y su desventura, me indignó la felonía y la crueldad del conde, á quien ya tenia por enemigo por otras hazañas del mismo género que de él me habian contado, y juré solemnemente al pobre ciego vengarle de D. Suero, con lo cuál se despidió de mí lleno de contento y de esperanza para ir á buscar por el mundo su sustento, llorando al son de su laud. Entonces me puse á discurrir el medio de cumplir mi promesa; consideré que nada conseguiria con retar al conde, pues despreciaria el reto como acostumbra, no digo siendo el retador un oscuro y pobre soldado, mas aunque sea el caballero mas noble de Castilla y Leon. ¿Debia acometerle do quiera que le encontrase y obligarle á lidiar conmigo? Esto seria inútil tambien, porque D. Suero lleva siempre á su lado gente que lidie por él, y mi muerte hubiera sido un sacrificio estéril. Yo necesitaba quien me acompañase para asaltar el castillo de Carrion y dar muerte al conde, y como al mismo tiempo tuviera noticias de vuestra banda, parecióme que ella era el mejor instrumento de la venganza que apetecia, por lo cual vine á buscaros y procuré adquirir vuestra confianza.

—Hermano, dijo Martín lleno de alegría por poder nombrar de aquel modo á un hombre animado de sentimientos idénticos á los suyos y que no hubiese abrazado la vida de bandolero solo por vivir del latrocinio, iguales sentimientos nos animan, igual es el fin á que nos dirigimos; sean iguales nuestros esfuerzos para hacer frente á los contratiempos que esperimentamos, y para recobrar las fuerzas que esta noche hemos perdido. Ah! quién sabe si Bellido Dolfos traeria á la banda la misma ambicion que nosotros, si obraria animado por un sentimiento noble...

—Hermano, dijo Rui-Venablos, sois demasiado cándido ó muy poco observador, cuando pensais que en Bellido pudieran caber sentimientos nobles. Bellido ha muerto y bien muerto está. Huélgome pocas veces en infamar la memoria de los muertos, pero os digo que Bellido Dolfos estaba muy lejos de ser un hombre hon-

Digitized by Google

rado. ¿No reparásteis nunca en su crueldad al asaltar algun castillo? Nuestros ataques siempre se han dirigido á los ricos-homes tiranos y malvados; mas ¡qué diferencia entre vuestro porte y el mio para con los vencidos, y el porte de Bellido Dolfos!

—Teneis razon, hermano, contestó Martin. Bellido ha muerto, y sin embargo, es mas digno de nuestra compasion otro ser que llora en este instante cerca de nosotros. Os hablo de la infanta, de esa desventurada doncella en quien hemos tomado rehenes. Su hermano y ella han ocupado siempre la posicion inversa de san Miguel y el diablo: el diablo tenia bajo sus pies al ángel... Sí, al ángel, porque la infanta es tan buena y tan pura como los ángeles del cielo. Ese valeroso y leal mancebo que no ha querido abandonarla, velará por ella; mas tambien debemos velar nosotros, sí, debemos velar por la inocente paloma á quien hemos arrebatado de las garras del milano, y sin embargo, llora viéndose libre de ellas. Muchos de nuestros compañeros yacen cubiertos de heridas en Carrion, y era justo que asegurásemos sus vidas, porque basta que estén heridos y hayan compartido los peligros con nosotros, para que los compadezcamos... Hemos amenazado al conde con quitar la vida á su hermana, sino conserva la de nuestros compañeros y aun les dá libertad; pero si es tan bárbaro que osa sacrificarlos... la infanta tornará ilesa á Carrion.

—Eso os iba yo á aconsejar, hermano, dijo Rui-Venablos. Vive Dios, que si todos los hombres fueran tan generosos y buenos como vos, no andaria el mundo como anda!.. ¿Qué culpa tiene, en efecto, esa pobre niña, de las maldades de su hermano? En el mundo, y sobre todo en la guerra, suelen pagar justos por pecadores; pero nosotros debemos desechar ley tan inícua. Cierto que el bandido, si ha de comer, necesita quitar el pan al prójimo; pero bastantes prójimos hay que merecen morir de hambre.,,,.. A esos, á esos quitaremos el pan y se le dejaremos á los buenos.

—Sí, contestó Martin, y de ese modo aunque se nos dé el nombre de bandidos, nuestra conciencia nos dará otro nombre, nuestra conciencia nos dirá que precisados á elejir entre dos caminos malos, hemos escojido el mejor.

—Y creeis, hermano, que nos conviene permanecer aquí? Es-

Digitized by Google

tamos harto cerca de Carrion, y D. Suero procurará sacar provecho de nuestra debilidad.

—Cierto, mas viviremos alerta, y no trasladaremos el campo á otro sitio mas seguro, hasta que tornen los que han quedado con vida en el castillo.

Comenzaba á rayar el alba. Martin y Rui-Venablos conocieron que necesitaban reponer sus fuerzas agotadas con la fatiga y las emociones de aquella sangrienta noche, y se tendieron en el suelo, cuidando poner á mano sus armas. Pocos instantes despues, dormian profundamente, y solo interrumpian el silencio que reinaba en el campo de los bandidos algunas palabras mezcladas con sollozos que se oian en la tienda ocupada por Teresa y Guillen.

Digitized by Google

CAPITULO XXIII.

Donde se prueba que el frio y el amor son compatibles.

Era la noche siguiente, y por cierto bien entrada, pues los bandidos se hallaban ya entregados al sueño. La mermada banda del Vengador continuaba en el mismo campo, y la infanta y el paje en la misma tienda.

La noche estaba oscura y fria, pues habia llovido por la tarde y sucedido á la lluvia una espesa neblina, con la cual habia terminado el dia. Teresa y Guillen velaban á la orilla de algunos tizones medio encendidos, cuyo fuego en vano trataba de reanimar el paje, porque le amortiguaba la humedad del suelo y la de la niebla que penetraba la lona de la tienda á manera de un glacial fluido.

Teresa tiritaba de frio y una palidez mortal cubria su rostro;

Digitized by Google

únicamente se estendia una aureola encarnada alrededor de sus dulces ojos, indicio de que habia llorado mucho la desventurada jóven. Tambien las lágrimas habian asomado á los ojos del mancebo por mas que este habia procurado contenerlas. ¡Quién hubiera dicho un tiempo al enamorado paje, tan varonil, tan valiente, tan animoso, que un dia habia de mezclar sus lágrimas con las de una débil muger!! Qué espectáculo tan tierno el de aquella pobre niña, de cuerpo tan delicado y tan enfermo como su alma, acostumbrada á las comodidades de un palacio, muriéndose de frio y de dolor moral casi á la intempérie, sentada en una piedra helada, con los pies apoyados en el lodo, empapados en lluvia sus vestidos, y sin fuerzas apenas para acercar sus ateridas manos á la lumbre medio apagada, y aquel generoso mancebo de cuerpo robusto, de corazon animoso, apasionado á las armas y á los trabajos viriles, animándola con sus palabras, abrigándola con su propia ropa, calentando tímidamente las manos de la doncella entre las suyas, avivando la lumbre que se apagaba, que se apagaba por momentos, y por último, sintiendo sus ojos arrasados de lágrimas al ver que toda su ternura, que todo su amor, que todos sus cuidados no bastaban á calmar el malestar de aquella delicada niña!!

—¿Teneis mucho frio, no es verdad? preguntó Guillen á Teresa con toda la ternura y el ánsia y el amor con que un padre pudiera interrogar á su hija moribunda. Ah! veros morir de frio, yo que quisiera veros sentada en un trono! Teneis frio?

—Si, Guillen, respondió la infanta temblando, tengo mucho frio!...

El paje que habia abrigado ya á Teresa con su manto, se despojó de una especie de tabardo que vestia y fue á abrigarla tambien con él.

—No, no, esclamó la infanta, no os quiteis el tabardo que vais á moriros de frio!

—No temais por mí, dijo el paje procurando sonreir placenteramente, que yo soy robusto y estoy acostumbrado á la intempérie. Si tengo frio, me le volveré á vestir, asi que hayais entrado un poco en calor.

Digitized by Google

Teresa se dejó abrigar con el tabardo.

Entonces los cuidados de Guillen se encaminaron á reanimar la lumbre. ¿Mas cómo conseguirlo? El paje no sabia cómo, pero sabia que necesitaba reanimarla, porque tal vez dependia de ello la vida de Teresa, es decir su vida, pues no esperaba ni queria vivir si su señora sucumbia.

—Voy á traer leña, esperad un instante, dijo á la doncella, y salió de la tienda andando con dificultad, pues el frio paralizaba la sangre en sus venas. Dió algunos pasos sin saber á donde se dirijia y tropezó con un cuerpo poco sólido para ser una piedra ó una cepa. Examinóle á tientas, y conoció ser una silla de caballo, con cuyo hallazgo volvió loco de contento á la tienda.

—Alegraos, señora, dijo al entrar, que traigo con qué hacer una hoguera capaz de tornar el calor á un muerto.

—Oh qué bueno sois, Guillen!... siempre llegais á tiempo para salvarme, esclamó Teresa con acento débil y algo sobresaltada, si bien el mancebo no notó esto último.

El paje hizo pedazos la silla: el cuero de que estaba cubierta habia impedido á la lluvia penetrar en la paja y la madera de la armazon. Gracias á la primera, logró Guillen encender una buena lumbre, aunque economizando el combustible, porque era escaso y la noche larga.

El calor de la lumbre fue reanimando los ateridos miembros de la infanta, en cuyas mejillas fue apareciendo poco á poco un matiz sonrosado que Guillen consideraba como la reaparicion de la vida. ¡Hubiérase visto la alegria que brillaba en los negros y rasgados ojos del paje, y se hubiera creido que aquellos eran los momentos mas dulces de su vida!

—Ah! dijo Teresa queriendo sonreir, si supiérais, Guillen, cuánto miedo he tenido durante los cortos instantes que habeis estado fuera de la tienda en busca de leña!

—Miedo!... de quién, señora?

—Cuando pasásteis esta tarde á la tienda del Vengador, se acercó á la nuestra un bandido, me miró con mucha atencion, y se alejó diciendo unas palabras cuya significacion me era descono-

Digitized by Google

cida. Pues bien, un momento antes de vuestra vuelta con la leña, me pareció ver asomar el rostro de aquel mismo bandido allí, á la entrada de la tienda; quise gritar, pero sentí vuestros pasos y el rostro del bandido acaba de desaparecer.

—Nada temais, señora, dijo el paje con tono jovial, que el Vengador me ha prometido colgar de un árbol al primero que ose ofenderos, y además tengo una espada para ahorrar muerte tan afrentosa al que tal audacia tuviese. Estad tranquila, recostaos un poco contra.... ¡Ni siquiera hay aquí dónde podais reclinar la cabeza! esclamó el paje con desconsuelo, y en seguida añadió con voz balbuciente y tímida:—Perdonadme, señora... si gustais.... apoyar la cabeza en mi hombro...

—Gracias, Guillen, respondió Teresa con benévolo acento, no tengo sueño aun, pero en cuanto le tenga descansaré un rato del modo que decís.

El paje se llevó la mano á los ojos para sofocar una lágrima y tuvo impulsos de arrodillarse á los pies de su señora para darle gracias por la dicha que le prometia...

Al mismo tiempo una mano ruda alzó bruscamente el lienzo que cubria la entrada á la tienda y penetró en esta un bandido de rostro feróz y maneras brutales. Teresa exhaló un grito de terror, pues veia el rostro que habia creido ver poco antes. Guillen asió la espada que tenia desnuda á su lado, y preguntó con tono amenazador al bandido:

—Qué buscais aquí?

—Sabeis, gentil mancebo, que sois poco cortés con los que tratan de serviros? contestó el bandido con mucha calma y sonriéndose irónicamente.

—Salid de la tienda!.. le intimó el page.

—Si vengo para pasar en ella lo que falta de la noche!

—Ira de Dios! Decid á qué venís aquí.

—A relevaros, contestó el bandido siguiendo en su siniestra calma.

—No os comprendo...

—Pues es simple cosa, gentil mancebo: como habeis hecho centinela largo rato á esta doncella ó lo que sea, considero

Digitized by Google

que estareis ya fatigado y vengo á relevaros siquiera por una hora....

—Atrás, villano, atrás, si no quereis salir muerto de esta tienda, esclamó Guillen preparándose á hacer uso de su espada; pero el bandido replicó, siempre con la misma calma:

—No haré tal, gentil mancebo, que me place estar de centinela al lado de las hembras, aunque sean descoloridas como la que nos está oyendo. Vereis como han salido á esta los colores á la faz para cuando torneis acá....

—Traidor! dijo Guillen, y tiró una estocada al bandido, no pudiendo contener ya su indignacion; pero este dió un salto hácia atrás y esquivó el golpe, y sacando su puñal, seguia burlando con sus agilísimos saltos los esfuerzos que el mancebo hacia para herirle, hasta que aprovechando un movimiento falso que Guillen hizo á causa de la humedad del suelo, se lanzó sobre el paje y logró herirle en la mano con que empuñaba la espada. Teresa dió un agudo y doloroso grito al ver que el bandido habia herido á Guillen, pero este, lejos de acobardarse al sentir la punta del puñal en la mano, se arrojó furiosamente hácia el bandido y le alcanzó por dos veces con su espada, si bien hiriéndole de poca gravedad. Cuando mas desesperadamente peleaban, aparecieron en la tienda el Vengador y Rui-Venablos; y este asió al bandido por el cuello con la fuerza de un jigante y le arrastró fuera de la tienda diciendo:

—Traidor, pagarás con la vida tu audacia. Pensabas que solo ese mancebo velaba por la infanta?

El paje se acercó en seguida á la doncella.

—Estais herido, Guillen...! esclamó Teresa, apenas su terror la permitió desplegar los labios.

—No tengais cuidado, señora, contestó el paje, procurando ocultar la mano herida, es un ligero arañazo que apenas siento...

—No, no, Guillen! dejad que os vende la mano con este pañizuelo... Ah! mi vida es poco para pagar vuestros sacrificios.

Y al mismo tiempo Teresa asió de la mano izquierda al paje y

Digitized by Google

le obligó á dejarse vendar la derecha, lo que la infanta hizo con un pañuelo empapado en sus lágrimas.

El paje bendijo en el fondo de su corazon el puñal del bandido que le habia proporcionado la dicha de recibir tales cuidados de la infanta, cuyos ojos derramaban lágrimas por él, por el humilde servidor á cuya sangre ningun valor hubiera dado su señora, si esta no hubiese sido Teresa.

—Guillen!.. Guillen, cuántos sacrificios os debo, cuán bueno sois, cuán generoso! esclamó la noble doncella, alzando al mancebo sus apacibles y húmedos ojos con tal espresion de gratitud y de amor, que el paje se estremeció de placer, y no sin mucha dificultad pudo balbucear algunas palabras.

—Nada me debeis, dijo; vale mas que mi vida la menor de las bondades que me habeis dispensado, señora...

—Mirad, Guillen, le interrumpió Teresa con tono cariñoso y casi infantil, no me llameis señora, porque... yo no sé, pero no quisiera que me diéseis ese nombre.... ¿Cómo he de ser señora vuestra, si sois mi único amparo, mi salvador, mi ángel custodio?... No sé esplicarlo, Guillen, pero siento en mi corazon un vacío inmenso cuando me nombrais así! Hace mucho que veo en vos, no un servidor, sino un amigo leal y cariñoso, y aun ahora me parece triste y frio é ingrato el nombre de amigo... Si el nombre de hermano no me hiciera estremecer, si no fuera para mí tan odioso, ese nombre es el que yo os diera, Guillen, porque él espresaria el sentimiento que vuestro cariño, vuestra abnegacion y vuestros cuidados me inspiran... Ah! Guillen, no me llameis señora vuestra, llamadme Teresa solamente....

El paje se arrojó á los pies de la infanta trastornado, loco, llorando de gratitud y de alegria y de amor.

—Pues bien, dijo, os llamaré Teresa, os llamaré la mas santa y la mas bondadosa de las mugeres!... Tambien yo tengo necesidad de daros un nombre que esprese lo que siente este corazon lleno de gratitud, y de dicha y de...

El paje se detuvo, porque la palabra amor se iba á escapar de sus labios, y ¿quién era él para hacer una confesion amorosa á la infanta, á la noble heredera del condado de Carrion? ¿Un pobre

Digitized by Google

Digitized by Google

EL CID CAMPEADOR.

Lám. 5.ª

Digitized by Google

paje tenia bastantes títulos al amor de una de las doncellas mas nobles de Castilla y Leon, por haberla entretenido conversando con ella durante algunas horas en el castillo, por haberla acompañado al campo de los bandidos despues de dejarla arrebatar por estos, por haber pasado junto á ella veinte y cuatro horas en aquella tienda sin tener siquiera la dicha de haberla preservado de la lluvia, y por haber derramado algunas gotas de sangre por ella? Si aquellos servicios merecian ser recompensados ¿no lo estaban sobradamente con las bondades de la infanta, quien las llevaba hasta el estremo de permitir al mísero paje, al hijo de un pobre pechero, tratarla de igual á igual?

Estas consideraciones sellaron el labio de Guillen para que no revelase el intenso amor que en su corazon ardia.

—Teresa! dijo despues de un momento de silencio queriendo mudar de conversacion para ocultar aquel sentimiento, es ya tarde y teneis necesidad de descansar, de dormir siquiera una hora; ¡quién sabe si mañana pasaremos el dia caminando hácia los montes de Ocá!...

—Es verdad, Guillen, contestó la infanta; pero cuidais de mí y de vos mismo no os acordais... ¿Acaso no teneis tanta necesidad como yo de descansar?.

—Tambien dormiré mientras vos lo hagais, pues nada debemos temer, porque, ya lo sabeis, los gefes de los bandidos velan por nosotros, dijo el paje sentándose al lado de la infanta como para que esta reclinase la cabeza sobre su hombro segun habian convenido.

Teresa comprendió la intencion del paje y apoyó la cabeza en su hombro...

Lo que Guillen sintió en aquel instante, se comprende, mas no se esplica, porque no se puede esplicar ni hay necesidad de hacerlo. Se comprende identificándose uno con su amor y con su situacion, se comprende no teniendo el alma de hielo y el corazon de roca, se comprende sobre todo habiendo ocultado mucho tiempo en el fondo del pecho un amor tan puro como ardiente, tan distante del triunfo como de la desesperacion.

Muy pronto se apoderó de Teresa un sueño profundo y

Digitized by Google

tranquilo, porque las conciencias puras y las almas buenas tienen en la paz de su sueño de la noche la compensacion de sus dolores y sus inquietudes del dia.

Cuando la infanta dormia reclinada su frente sobre el hombro del paje, este no hubiera trocado su dicha por la del mas poderoso de los condes de Castilla, por la de Rodrigo Diaz, por la corona de D. Fernando. Sentir sobre su hombro la cabeza de la infanta, respirar su aliento, poder aplicar tímidamente el labio sobre su cabello, sentir las pulsaciones de su corazon... Oh! el imperio del mundo hubiera sido para Guillen dicha mezquina comparada con la que esperimentaba en aquellos instantes...

La lumbre habia ido apagándose, pues el paje no habia podido avivarla, temeroso de despertar á Teresa al hacer el menor movimiento. El frio de la mañana que se acercaba, despertó al fin á la doncella. Creyendo esta que Guillen dormia, separó poco á poco su cabeza del hombro del paje, y dijo al ver que Guillen estaba despierto:

—Ay Guillen, cuán apaciblemente he dormido reclinada mi frente en vos!... He soñado que esta tienda era la choza del labrador que noches pasadas me pintásteis, y que yo no era infanta de Carrion sino una pobre y sencilla villana.

—Ah! pluguiese á Dios que lo fuérais!... esclamó Guillen lleno de entusiasmo y sin saber lo que se decia.

—Pues recuerdo, que no há mucho deseábais verme sentada en un trono, repuso Teresa con una benévola y jovial sonrisa.

—Ah! perdonad, señora... perdonad, Teresa, si mi natural rudeza me ha hecho decir una necedad... esclamó Guillen. He querido decir que acaso seríais mas dichosa siendo realidad ese sueño... Y yo tambien fuera mas dichoso entonces, añadió con timidez.

El amor del paje era tan grande, que apenas cabia en su corazon. La vida que la infanta le recordaba, aquella vida rica de paz y de amor, que él mismo habia bosquejado... bosquejado solamente, pues aunque la concebia en toda su belleza, carecia de arte para pintarla por completo; aquella vida, repetimos, se

Digitized by Google

presentó á sus ojos, y el enamorado mancebo se sintió sin fuerzas para ocultar por mas tiempo su amor.

—Y por qué, Guillen? le preguntó la infanta; ¿por qué seríais mas dichoso si yo fuera una pobre villana?

—Porque entonces os llamaríais simplemente Teresa, y yo podria amaros como ningun hombre ha amado en el mundo, contestó el paje con exaltacion.

—Guillen!... dijo la infanta con voz temblorosa de alegria y de emocion, al mismo tiempo que sus pálidas megillas se coloraban y sus ojos de cielo adquirian un brillo inusitado. Guillen!... Ya os lo he dicho, para vos no soy mas que Teresa.

—Dios mio! esclamó el paje cayendo de rodillas á los pies de la infanta, y alzando sus ojos preñados de lágrimas. Dios mio, soy el mas venturoso de los hombres!!

Y luego añadió dirigiéndose á la infanta:

—Pues bien: amaré á Teresa ahora que soy un pobre villano, y á la infanta de Carrion cuando sea digno de ella...

—¿Y por qué no la habeis de amar ahora, Guillen? ¿Es delito en un pechero amar á la hija de un conde?

—Ante Dios, no lo es; pero ante los hombres, sí, Teresa, respondió Guillen.

—Pues bien: repuso la infanta, hagamos lo que Dios no reprueba, y despreciemos la injusticia y las falsas leyes de los hombres. Yo, débil y cobarde hasta hoy, me creo ya bastante fuerte y animosa para resistir todas las violencias del que debiera ser mi escudo y es mi verdugo...

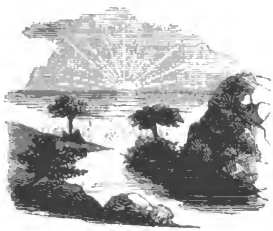
—Qué dicha, Dios mio! qué dicha puede ser comparada con la mia! esclamó Guillen, loco, delirante de felicidad. Yo tambien débil y cobarde y humilde hasta aqui, me considero ya fuerte y audaz y tocando las nubes con mi frente... Teresa! vos sois mi ángel bueno, vos llenais mi corazon de nobles ambiciones, y me impulsais hácia todo lo generoso y bello...

—Guillen, yo no soy mas que una muger sin ventura, que cuando desesperaba de encontrar corazones nobles en el mundo, ha encontrado en vos uno, y le ha amado como ama el cautivo la mano que quebranta sus cadenas.

Digitized by Google

. . . . . , ... , ...

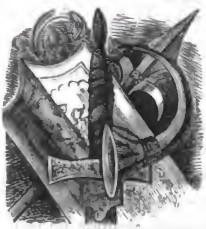
La luz del dia penetraba en la tienda, la mañana estaba muy fria, y la lumbre casi apagada por falta de combustible. Guillen salió de la tienda casi llorando de alegria, y se encaminó hácia unos árboles inmediatos, donde esperaba encontrar leña. Al llegar á ellos alzó la vista á las ramas de un roble y vió colgado de ellas el cadáver del bandido que pocas horas antes habia herido su mano.



Digitized by Google

CAPITULO XXIV.

De como trataban de hacer fortuna dos mugeres; de como se divertian dos niños, y de como urdian traicion dos hombres.



IFICIL seria pintar la desesperacion y la cólera de D. Suero cuando al penetrar en el castillo con fuerzas que creia mas que suficientes para acabar con los bandidos, pues calculaba que eran pocos los que no habian perecido bajo la bóveda desplomada, supo que aquellos habian huido llevando consigo á Teresa. Al recibir la noticia del rapto de su hermana, se acordó de Sancha y preguntó con terror y viva ansiedad qué habia sido de ella; como no le supiesen contestar categóricamente, pues la confusion y el terror que reinaba en el castillo al abandonarle los bandidos, no habia permitido á los que á estos franquearon la salida enterarse

Digitized by Google

si llevaban mas personas que á la infanta, corrió lleno de temor y de inquietud á la habitacion que dijimos ocupaba Sancha en el piso bajo del castillo. La puerta estaba cerrada; empujóla D. Suero con violencia y viendo que no cedia empezó á gritar.

—Sancha! Sancha! abrid que los bandidos han huido ya!

D. Suero oyó descorrer cerrojos y retirar muebles con que sin duda habia sido reforzada la puerta, y esta se abrió de par en par. Alli estaba Sancha, temblorosa, pálida como un cadáver. El conde dió un grito de alegria al verla, y la jóven se lanzó á sus brazos murmurando con dificultad:

—Ah! señor!... ¿puedo dar crédito á mis ojos?... ¿Será cierto que los bandidos no han teñido en vuestra sangre su puñal, que conservais una vida para mí mas cara que la mia? Durante la sangrienta pelea que acaba de tener lugar, he aplicado el oido á estas paredes con ánsia de oir vuestra voz... La oí al principio, y de repente dejé de oirla... Entonces creí que érais muerto y busqué un cuchillo, un instrumento cualquiera con que traspasar mi corazon y exhalar el último suspiro casi al mismo tiempo que vos; pero no le encontré, no hallé medió de poner término á mi vida. Las voces de «fuego, fuego al castillo,» llegaron en aquel instante á mi oido, y creí que en efecto el castillo de Carrion iba á ser reducido á cenizas, y corrí los cerrojos de esa puerta y amontoné contra ella los muebles de este aposento para que nadie pudiera penetrar á salvarme de las llamas, y se mezcláran mis cenizas con las vuestras...

Sancha habia asegurado la puerta de su habitacion para librarse de la saña de los bandidos, y el terror habia demudado su semblante; pero aquella muger habia aprendido á sacar partido de todas las situaciones de la vida, y como se le presentase escelente ocasion de engalanarse con un nuevo título al amor de Don Suero, quiso aprovecharla. Estaba persuadida de que el conde la amaba, y como desde el dia en que por primera vez entró en el castillo de Carrion habia tenido sobradas ocasiones de estudiar á los amantes, sabia que estos son crédulos en proporcion al amor que los domina y los ciega. «El conde, habia dicho, me creerá

Digitized by Google

loca de amor, si le hago ver que sin él en nada tengo la vida.»

Y Sancha no se habia equivocado; porque D. Suero la interrumpió, estrechándola contra su pecho y esclamando con acento apasionado:

—Sancha! Sancha mia!... Qué necio he sido cien veces dudando de tu amor! Tu esclavo seré mientras viva, y si la muerte te arrebatára de mi lado... entonces, Sancha, yo tambien dejaria de existir...

La moza abandonó el tono y las maneras respetuosas con que habia recibido al conde, y dijo, suspendiéndose de su cuello y haciendo uso de sus mas eficaces caricias:

—Oh amor mio! mi dulce embeleso, *mi Dios*, *mi todo*!... Si ha de llegar un dia en que me arrojes de tus brazos, en que me lances de tu corazon, clava tu puñal en mi pecho, y asi será mi muerte menos dolorosa...

—Arrojarte de mis brazos!... lanzarte de mi corazon!... jamás, Sancha, jamás... Nos sugetan lazos que ni la muerte puede romper....

—Ay! esclamó la jóven con triste acento y como si á sus brazos, que seguian ciñendo el cuello de D. Suero, hubiese faltado de repente todo su vigor, pues los dejó caer como si se viese acometida de un desmayo; los lazos del amor nos unen, es verdad y ellos son los únicos que establecen la union entre el hombre y la muger en la vida privada; pero ¿se puede vivir siempre en el fondo de un castillo ó de una mísera cabaña? ¿Quiénes serán, amor mio, el hombre y la muger que no participen de la vida pública? A los ojos del vulgo solo les es dado presentarse con un nombre... con el de esposos. Habrá justas y otras fiestas, á que vos tengais que acudir, asistireis á la córte y frecuentareis sus saraos, y en vano tratareis de escusaros de ello. ¿Me tendreis entonces á vuestro lado, y podré yo satisfacer este deseo, esta necesidad imperiosa de oir constantemente vuestro acento; de abrasarme en el fuego de vuestros ojos?

D. Suero estaba fascinado por su amor y las palabras de aquella astuta y ambiciosa villana, pero no tanto que se despojase de repente de sus hábitos nobiliarios, de su orgullo aristocrático, porque

Digitized by Google

D. Suero, á pesar de ser el mas villano de los hombres, se creia el caballero mas noble de España, sin considerar que allí donde falta la nobleza del corazon falta la del nacimiento. ¿Quién era Sancha para que el conde de Carrion le diese su mano? Esta pregunta se hizo el conde antes de responder á la de Sancha, y sin duda se contestó: «Es una oscura villana, es la hija de un villano á quien habrán apaleado mas de una vez, poco es ricos-homes como yo, sino miserables hidalguillos de gotera, es la pupila de Mari-Perez, es una muger á quien amo porque es hermosa.» Si, de este modo debió contestarse el conde, pues respondió á Sancha con marcado desden:

—¿En tan poco tienes el amor del noble conde de Carrion que aun ambicionas mas? ¿No te consideras bastante honrada y feliz con él? Sancha! si quieres que mi amor no se trueque en ódio, si quieres ser la dueña de mis riquezas y de mi corazon, si deseas, como dices, no apartarte jamás de mi lado, conténtate con ser lo que eres.

—Con ser lo que soy está satisfecha mi ambicion, contestó Sancha, y añadió volviendo á aprisionar al conde entre sus brazos: —Perdonadme, dulce amor mio, que el amor me hizo olvidar un instante mi pobre cuna y la honra que os debo; pregunté á la creencia vulgar que vínculos eran los que mas garantizaban á una muger la posesion de un hombre, y me dijo que los del matrimonio; mi imaginacion estaba ofuscada con el placer de veros ileso á mi lado, y me guié por la opinion del vulgo.

El conde se aquietó con esta esplicacion. Sancha habia aprendido mucho al lado de Mari-Perez, y conocia que por entonces no debia insistir mas en sus pretensiones. El primer paso estaba dado, tiempo tenia de continuar su jornada y le convenia caminar en tiempo oportuno. Necesitaba astucia y perseverancia porque se trataba—¡ahi es nada la diferencia!—de ser condesa de Carrion ó de ser una ruin villana! Al dia siguiente se acercó al castillo una anciana cubierta de arapos, con el rostro vendado como si tuviera llagas en él y encorbada sobre un báculo, implorando la caridad de los transeuntes, «la cual vieja, dice la Crónica, alegóse cabe una finiestra que habie la estancia do moraba la moza é

Digitized by Google

fablando e plañendo á gran duelo demandó por amor del Criador é santa María le quisieran dar limosna. E como la cató la moza erió á la finiestra é fablaron amas en poridad » Mas afortunados nosotros que el autor de las líneas que preceden, hemos sabido, á fuerza de diligencia, lo que Sancha y la mendiga hablaron en secreto.

La moza salió en efecto á la ventana apenas sintió á la vieja, y le dijo en voz baja:

—El conde está loco de amor por mí.

—Eso necesitamos, hija, contestó la vieja con alegria, que si te ama y aprovechas mis lecciones, conseguirás lo que deseamos, y no tendremos que vivir de tacaños escuderos que quisieran ser halagados y servidos por su buena cara. ¡Oh hija, qué inquieta me ha tenido lo que anoche pasó en el castillo hasta que en la villa me han contado que solo á la infanta llevaron los bandidos!

—Idos, madre Mari-Perez, dijo la moza, que si os vieran hablar conmigo y os conociese el conde, quizá perderiamos lo ganado.

—Eso haré, hija, respondió Mari-Perez, pues ya sabemos que era ella. Plegue á Dios que cuando torne á verte seas muger de D. Suero.

—Asi lo espero, madre.

Y la vieja se alejó del castillo encomendando á Dios y todos los santos á la dama de quien suponia haber recibido una buena limosna.

Pero volvamos á D. Suero. El lector calculará cuán enamorado estaba de Sancha al verle entretenido con ella por espacio de algunos minutos, precisamente en la ocasion menos á propósito para ocuparse de amores. Sabe Dios el tiempo que hubiera permanecido al lado de la villana, completamente olvidado de cuanto acababa de pasar, si sus sobrinos Diego y Fernando no hubieran ido á recordárselo.

Los dos niños andaban buscándole por las inmediaciones del aposento de Sancha, llamándole á grandes voces. Oyólos D. Suero y salió inmediatamente á su encuentro.

Digitized by Google

—Ay tio, dijo Diego al verle, cuánto muerto hay arriba y en estos ánditos. Si vierais qué miedo hemos tenido cuando habia tanto ruido en todo el castillo! Fernando y yo estábamos acostados, y cuando entraron unos hombres en nuestro cuarto nos hicimos los dormidos. Decid, es verdad que se han llevado á nuestra tia?

—Si, hijos mios! contestó D. Suero que queria mucho á los infantes por lo mismo que se le parecian en malas inclinaciones.

—Me alegro, dijo Fernando, que siempre nos estaba riñendo porque no rezábamos y poníamos alfileres al perro y al gato y porque cortábamos una pata á las gallinas para ver como andaban á la paticoja.

D. Suero se arrepintió casi de su obra, es decir, de la mala educacion que habia dado á sus sobrinos, cuando los oyó hablar asi de la infanta, porque queria á Teresa, si bien su cariño era ese cariño bárbaro y tirano que lastima cuando acaricia.

—Callad y no hableis mal de vuestra tia, dijo el conde. Volved á vuestro lecho.'

—Toma, queremos ver los muertos y los heridos, replicó Diego. Si viérais cuánta sangre echan los heridos!... Y hacen tantos gestos!

—A mí me dá mucho gusto ver eso, dijo Fernando.

—Y á mí tambien, añadió su hermano.

D. Suero no oyó estas crueles palabras de los niños, porque se encaminaba precipitadamente hácia los pasillos donde habia sido mas encarnizada la pelea.

Los aldeanos sus vasallos que habian venido con él, se ocupaban en prestar socorro á los heridos de uno y otro bando.

—Ira de Dios! qué haceis, villanos? esclamó el conde, viendo que sus vasallos socorrian á los bandidos. Matad á todos los de la banda, que esa es la cura mas pronta.

—Señor, ved lo que mandais, le contestaron de todas partes, que el Vengador ha mandado deciros que la infanta Doña Teresa responde de la vida y la libertad de los que quedan aqui de su banda, y aun responderá Guillen que no ha querido apartarse de vuestra hermana.

Digitized by Google

—Oh! esclamó D. Suero rugiendo de furor y dando fuertes patadas en el suelo; por qué no se abre la tierra y traga el castillo y sus moradores! Mueran esos bandidos, aunque muera tambien mi hermana!... Mi hermana!... pobre Teresa! No, no... Curadlos y cuidad de ellos... Que no muera ninguno, porque esos bárbaros, que Dios confunda, matarán sin compasion á mi hermana!...

El conde dió enseguida sus disposiciones para que cerrasen bien las entradas al castillo, y despidió á sus vasallos escepto á un corto número que reservó para que velasen en las almenas con los pocos ballesteros que se habian salvado del furor de la pelea.

Cuando los villanos salian del castillo, penetró en él Bellido Dolfos y se encaminó á la cámara del conde que se preparaba á entregarse al descanso. Estaba cubierto de sangre que manaba aun de una ancha herida que tenia en la parte anterior de la cabeza; su rostro se hallaba pálido y desencajado, y sus piernas y su voz flaqueaban á cada instante.

Bellido creia tener bastante derecho á tratar con familiaridad á D. Suero fundándole en el servicio que acababa de prestarle y en el lastimoso estado en que por servir al conde se hallaba; puesto que sin previo consentimiento penetró en la cámara y antes de ser visto se dejó caer en un sillon. Crujió este con el peso de Bellido y entonces volvió la cara D. Suero, y al ver al herido, á quien no conoció, sin duda por la sangre que cubria su rostro, dió un paso atrás y esclamó:

—Voto á Luzbel que confunda al que osa entrar asi en mi cámara! Fuera de aqui, villano, quier seas de los mios, quier de la banda de ese malvado Vengador! Bástame haber mandado curar á los heridos ; no quieran que yo mismo los cure!

—No me conoceis, señor conde? dijo Bellido con voz débil, ¿No conoceis á vuestro leal servidor Bellido Dolfos?

—Bellido!... esclamó D. Suero acercándose con interés al traidor. Estais herido, os estais desangrando.... Quién os ha puesto asi, decidme.... Pero no, no: antes es menester restañar vuestra sangre.

Digitized by Google

El conde llamó á sus criados, y mandó venir inmediatamente á un vecino de la villa que ejercia el arte de curar, y que á la sazon estaba en el castillo prestando sus auxilios á los heridos. Un instante despues llegó el empírico y curó al herido en la misma cámara de D. Suero.

Bellido, cuya herida no era peligrosa segun el dictámen del que le curó, se sintió muy aliviado, y el conde y él quedaron solos en la cámara.

—Oh cuán inquieto me ha tenido vuestra suerte, que ignoraba, Bellido! dijo D. Suero. Bien me anunciaba el corazon que os habia sucedido alguna malaventura!

—La que mas siento, contestó Bellido, es que el Vengador y Rui-Venablos hayan escapado de la celada, y aun escapado con presa.

—Pero, dejando eso para despues, ¿no me direis dónde fuísteis herido y dónde habeis estado desde que empezó el ataque hasta que habeis venido aquí?

—Diréoslo todo en pocas palabras, que no está para muchas mi cabeza. Os juro que la he de perder por completo ó he de esterminar al Vengador y los suyos.... Pero oid como recibí esta maldita herida. Penetró por la poterna toda la banda y me quedé fuera, valido del tumulto y la oscuridad, y de los matorrales que cercan por aquel lado el castillo. Así que todos estuvieron dentro, me acerqué á la poterna y acabando de cerrar la puerta que habian dejado entornada, me puse á sujetarla, asiéndome á los clavos de cabeza saliente que tiene por la parte esterior para que rechacen los golpes asestados desde fuera. Cuando la bóveda crujia, próxima á desplomarse, muchos de los bandidos se lanzaron á la poterna para huir; yo sujetaba la puerta con todas mis fuerzas, y sin embargo, los bandidos empezaron á arrastrarme con ella hácia adentro; de repente vino abajo la bóveda, y sin duda la piedra que habia determinado el hundimiento rodó hácia la poterna y chocando violentamente con la puerta, la cerró de golpe, y yo le recibí tan grande en la cabeza que fuí arrojado á cuatro pasos de distancia falto de sentido, y no sé cómo los clavos no me deshicieron el cráneo. Así que volví en mi acuerdo, me encon-

Digitized by Google

tré nadando en sangre y en estremo dolorido; me levanté, pero volví á caer al suelo, y allí permanecí largo rato, hasta que haciendo un nuevo esfuerzo, pude venir á aquí, habiendo oido salir á los de la banda, y á los villanos que tornaban á sus casas contar entre sí cuanto ha pasado.

—Bien recompensado sereis, si mucho os ha costado servirme, dijo D. Suero alargando su mano á Bellido. Trescientos marcos de oro os prometí si el Vengador y los suyos eran esterminados, y los trescientos sin faltar uno os daré, que si toda la banda no ha sido aplastada por la bóveda, débese á mi malaventura y no á vos. Pero vos que estais mas enterado que yo de cuanto atañe á la banda, ¿creeis que el Vengador recobrará las fuerzas que ha perdido?

—Yo os juro que no las recobrará, ni aun conservará las que le han quedado, contestó Bellido con una seguridad que sorprendió agradablemente el conde.

—¿Y quién se opondrá á ello si la hermandad de los Salvadores, en quien tanto fiábamos todos los ricos-homes del pais, no ha conseguido ni conseguirá probablemente tener á raya á los bandoleros?

—Yo solo.

—Vos!...

—Sí. ¿Pensais, voto á Lucifer, que Bellido Dolfos se acobarda porque dé un tropezon al comenzar la jornada? Creeis que solo el oro de vuestras arcas puede moverme á acabar con el Vengador y su cuadrilla? Si asi pensais y asi creeis, mal me conoceis, conde. En la almas del temple de la mia no cabe el desaliento ni el olvido de los agravios. El Vengador y Rui-Venablos osaron apellidarme traidor y poner su daga en mi pecho... Perdiera yo cien vidas antes de dejar sin castigo tal au lacia.

—Estais herido y debilitado por la falta de sangre... Antes que podais oponeros al Vengador pasará tiempo, y la banda se habrá reorganizado.

—La herida que tengo ha de favorecer mis proyectos.

—No os comprendo, Bellido.

—Pues fácil cosa es comprenderme, señor conde... Tan pronto

Digitized by Google

como pueda ponerme en camino, que será antes que pasen muchos dias, iré á reunirme con el Vengador. En concepto de los bandidos habré recibido esta herida en el estrago causado por el hundimiento de la bóveda, del que, les diré, me salvé milagrosamente. Les contaré una larga historia de padecimientos sufridos hasta reunirme con ellos, y no dudeis que si antes se veia en mí un individuo de la banda, ahora se verá un individuo de la banda y una víctima de mi adhesion á ella y de la crueldad del conde de Carrion... En este instante no puedo deciros á punto fijo los resortes que he de poner en juego para acabar con los bandidos, porque mi cabeza está para pocas cavilaciones, pero ya lo sabreis y quedaran complidos vuestros deseos y los mios.

—Oh Bellido, amigo mio! dijo el conde alargando nuevamente su mano á aquel traidor. Todo el oro del mundo no bastaria á premiar vuestro talento y los servicios que me prestais.

En seguida abrió una arca y tomó de ella una porcion de dinero, que presentó á Bellido diciéndole:

—Tomad los trescientos marcos que tan bien habeis ganado.

Los ojos de Bellido brillaban como el oro que el conde ponia en las manos del traidor.

—Mirad, añadió el conde designando el interior del arca, que ciertamente contenia un tesoro, mirad cuánto oro tengo aqui para premiar vuestros servicios si acabamos con los bandidos.

Los ojos de Bellido brillaron como ascuas y parecian querer atraer como el iman al acero, el oro que devoraban.

—Tornareis, dijo D. Suero, al campo de los bandidos tan pronto como podais y... contad con mi agradecimiento. Alli esta mi hermana, y temo que los bandoleros abusen indignamente de su debilidad. Velad por ella, Bellido; que la noble familia de los señores de Carrion no tenga que lamentar un nuevo crímen de la banda del Vengador.

—Fiad en mi, contestó Bellido. Permitid ahora que me retire á descansar entre los bandoleros heridos para que sea tenido por uno de tantos é informen bien de mí, si pensais dejarlos marchar á

Digitized by Google

reunirse con sus compañeros conforme se vayan hallando en estado de hacerlo.

—Ese es mi ánimo, dijo D. Suero, y deseo que vayan cuanto antes, porque el Vengador no dará libertad á mi hermana hasta que no llegue el último de los suyos.

—Con frecuencia me oiréis protestar de vuestro mal trato á los heridos, y aun amenazaros con la venganza de la banda. Finjid que os enojan mis denuestos, pero toleradlos, que han de redundar en vuestro servicio.

—Así haré, Bellido.

D. Suero y Bellido Dolfos se separaron, ambos contentos, el primero con nuevas esperanzas de acabar con los bandidos, y el segundo con la de vengarse y al mismo tiempo hacerse acreedor á nuevas liberalidades del conde.

Digitized by Google

CAPITULO XXV.

De lo que á Rodrigo pasó camino de Compostela.

NOTABASE en el palacio de los señores de Vivar, en Búrgos, un gran movimiento de caballeros, escuderos y pajes, como si se hiciesen los preparativos de un viaje que debia verificarse inmediatamente. A la puerta del palacio habia muchos caballos completamente enjaezados, los que aumentaban á cada instante con los de los caballeros que iban llegando, descabalgaban y entraban á los aposentos habitados por aquella noble familia. Entre los escuderos que tenian del diestro las cabalgaduras, estaban Fernan y Alvar, que sujetaban á Babieca, cuyos saltos y relinchos introducian frecuentemente el desórden entre los demas caballos. Aquel noble animal parecia alborozarse con los aprestos

Digitized by Google

campales que veía. Ya no era el miserable rocin que Rodrigo habia elegido en la caballeriza de D. Peyre, y que escitaba las burlas de los transeuntes: sus ancas se habian redondeado, su pelo habia cambiado y adquirido brillantez, su cabeza se erguia gallardamente, y su apostura y sus movimientos eran nobles y desembarados.

—Por el alma de Belcebú, decia Fernan, este Babieca piensa que vamos á cerrar con la morisma y no le cabe el gozo en el cuerpo! En todo es afortunado mi amo y señor. Si el hijo de mi madre topára un caballo como este, no se le trocára por su Orelia al rey D. Rodrigo. Y añadia pasando la mano por las ancas del inteligente animal:—Oh buen Babieca, cómo te luce lo que comes! No cebada te diera yo si mio fueras, sino pan á manteles.

El Overo, que tambien estaba allí enjaezado, acercó su cabeza á Fernan acariciándole, como envidioso de los halagos que su amo prodigaba á Babieca. El escudero se volvió á él, y dijo acariciándole tambien con la mano:

—Hola, Overo, tienes envidia, hijo? Fueras tú tan valiente como Babieca, y yo te acariciára y regalára á maravilla... Mas no te apenen mis halagos á Babieca, que estas tus ancas dicen si te doy buen trato. Flojo eres á no dudar; mas cada uno es como Dios le hizo, y no es bien castigar faltas que sacó del vientre de su madre. Ahí están nuestros amos que á Alvar tratan como al mejor de sus servidores, aunque es mas flojo que tú, mi Overo.

—Por tu alma, Fernan, replicó Alvar amostazado, que dejes símiles de ese linage!...

—Fueras tú mas valiente y yo te comparára con Babieca...

—Pesia mi malaventura, que este bellaco de escudero siempre ha de estar burlando conmigo!... murmuró el paje encolérizado, mas sin atreverse á apostrofar á Fernan. Maravíllome, añadió dirigiéndose á este, la enemiga que há dias me tienes. ¿Por ventura te he ofendido, Fernan?

—¿Y osas preguntármelo, cuando las riendas de Overo lo dijeron ayer á tus costillas? Por el alma de Belcebú te juro, Alvar, que no he de dejarte hueso por moler si al niño moro no tratas como al niño de la bola.

Digitized by Google

—Cierto que suelo reñirle, mas es porque apura mi paciencia su travesura, que tú ries y aun aplaudes.

—Apláudola porque de aplaudir es la travesura en rapaces. Travieso es Ismael, digo Gil, como le han puesto sus padrinos, nuestros amos y señores; mas por eso mismo creo que ha de ser mozo galan y lidiador esperto y osado. Héle dado hasta una docena de lecciones de cabalgar y hacer armas, y asi me salve Dios como él va saliendo mas diestro que yo mismo en los tales oficios.

Aqui llegaban el escudero y el paje cuando suspendieron su conversacion sintiendo bajar á los caballeros.

En efecto, Rodrigo Diaz iba á hacer un largo viaje y debian ir con él sus sobrinos y otros caballeros burgaleses que se habian ofrecido gustosos á acompañarle, teniendo á mucha honra el hacerlo; queria ir á Compostela á visitar al apóstol Santiago para darle gracias por la victoria de montes de Oca y para cumplir con la costumbre que los buenos caballeros tenian de ir siquiera una vez en su vida á postrarse ante el santo Patron, con cuya ayuda contaban en todos los hechos de armas. Al mismo tiempo queria Rodrigo visitar al rey D. Fernando, que á la sazon asistia personalmente á la reedificacion de Zamora, desde donde le habia mandado sus cartas felicitándole por el triunfo de Oca y manifestándole sus vivos deseos de verle. Zamora la bella, como la llaman nuestros romanceros, habia sido destruida por los moros en tiempo de D. Bermudo III, último rey de Leon, á quien D. Fernando habia derrotado en una batalla dada en la márgen del rio Carrion, en la que D. Bermudo perdió la vida, con cuyo motivo el rey de Castilla reunió ambas coronas. D. Fernando pensaba dejarla en herencia á su hija Urraca, y hé aqui porque asistia en persona á su reedificacion procurando con mucho afan que la joya que labraba para su hija mayor fuese digna de la que la habia de poseer.

Rodrigo Diaz y los caballeros, escuderos y pajes de su comitiva cabalgaron á la puerta del palacio, y despidiéndose de los que al efecto se habian asomado á las ventanas, salieron de Búrgos tomando la via de Zamora todos sobre manera alegres, aun-

Digitized by Google

que á Rodrigo parecia dejar el alma donde dejaba á Jimena y á sus padres, y á Fernan donde quedaba Mayor, á quien habia jurado servir á ella sola aunque se moviese guerra y muriese tanta gente que tocasen cuatro hembras á cada varon.

El nombre de Rodrigo Diaz resonaba en todas partes; el hijo del rico-home de Vivar era objeto de amor y de admiracion para castellanos y leoneses, porque á oidos de todos habian llegado sus hazañas. Así era que las gentes acudian á su paso en todos los lugares por donde transitaban Rodrigo y su lucida comitiva, y allí donde hacian noche se orijinaban acaloradas porfias y rivalidades entre los moradores sobre quien se habia de honrar hospedándolos en su casa, á lo cual Rodrigo se mostraba agradecido, si bien para no desairar á ninguno, se alojaban él y los suyos en las posadas públicas, que no faltaban en aquella via.

Caminaban bien entrada la noche cerca de Medina de Rioseco; habia llovido aquel dia por lo cual estaban los caminos poco menos que intransitables, hacia frio y la oscuridad era completa, Atravesaban nuestros caballeros un espeso tremedal, cuando les pareció oir unos quejidos muy lastimeros que salian de la espesura inmediata al camino, y como detuvieran las cabalgaduras para escuchar mejor, oyeron una débil voz que decia:

—Acorredme, caminantes, quien quiera que seais, que sino voy á morir en esta espesura!... Ay de mí, que no tengo vista ni puedo valerme de pies ni manos!

—Esperad, contestó Rodrigo con voz fuerte, que al punto sereis acorrido. Y añadió dirijiéndose á sus compañeros:—Será el cuitado algun mendigo que ha perdido la via con la oscuridad y los espesos matorrales de este sitio. Vayamos allá y llevémosle con nosotros á Medina, ese lugar cercano donde vamos á posar.

Y enderezó á Babieca hácia el lado donde se oyeron los lamentos; pero el terreno era tan quebrado y la espesura tal, que los caballos apenas pudieron dar una docena de pasos. Entonces Rodrigo descabalgó y dando las riendas de Babieca á Fernan, se metió por la espesura con tanta prontitud que no dió lugar á que le acompañase ninguno de los de la cabalgada. Guiado por la

Digitized by Google

voz del estraviado, llegó á donde este se hallaba y encontró un anciano tendido en el suelo, cubierto de lodo, calado de agua y paralizados sus miembros, no solo por el frio sino tambien porque aquel infeliz era gafo. Alzóle del suelo lleno de compasion, procurando animarle y consolarle, y como le preguntára la causa de hallarse en aquel sitio, el anciano le contestó:

—Perdí la via al anochecer, y bregué largo rato por recobrarla sin que lo pudiera conseguir, pues cuanto mas la buscaba, mas me perdia en la espesura, hasta que falto de fuerzas y transido de frio caí en el sitio donde me habeis hallado. En vano pedí socorro á los transeuntes porque no me oyeron ó no quisieron dármele, y ya me habia resignado á morir y ser pasto de animales carnívoros en esta espesura, cuando os sentí y saqué fuerzas de flaqueza para llamaros. Dios protejerá al que levantó al caido y guió al ciego!...

Rodrigo probó si el gafo podia salir del tremedal por su pie, mas pronto se convenció de que le era imposible dar un paso, y entonces hallando fuerzas mas bien en su compasivo corazon que en sus hombros, le tomó en estos y através de mil obstáculos, tornó con él al camino pasado un corto rato. El anciano lloraba de gratitud y de alegria; Fernan quiso colocarle en su cabalgadura y caminar él á pie hasta Medina, puesto que no consideraba bastante fuerte á Overo para sustentar doble carga, con tanto mas motivo cuanto que el camino estaba muy malo. Pero Rodrigo no quiso compartir con nadie la gloria de salvar por completo á aquel anciano sin ventura.

—Babieca, dijo, es capaz de llevar dos hombres, no digo á Medina sino aunque fuera á Zamora. Vereis, asi me salve Dios, qué lijero y ufano continúa su camino.

Y asi diciendo, cabalgó en Babieca, y con ayuda de Fernan, colocó en la silla como mejor pudo al gafo, y aguijaron todos para Medina, á donde llegaron media hora despues.

La mesa estaba dispuesta y caballeros y escuderos se aparejaron á cenar; Rodrigo hizo sentar á su lado al anciano y quiso que cenára de su misma escudilla, á pesar de que esta determinacion desplacia á los demas caballeros, á quienes daban asco la miseria

Digitized by Google

y las llagas del mendigo. Comenzó la cena y como el pobre gafo tenia impedidas las manos, dejaba caer la vianda al llevarla á la boca, lo cual solo inspiraba compasion á Rodrigo. Los otros caballeros apenas cenaban por la repugnancia que el anciano les causaba, y al fin se levantaron de la mesa diciendo que no podian resistir mas tiempo aquel espectáculo. Reprendiólos agriamente Rodrigo y obligó al anciano á continuar cenando, pues el infeliz queria, no solo apartarse de la mesa, sino tambien del aposento para ahorrar disgusto á los compañeros de su generoso bienhechor.

Terminada la cena, cuando el gafo hubo recobrado algun tanto sus fuerzas, cuando el calor del hogar hubo desentumecido sus miembros, cuando su corazon, en fin, se hubo consolado con la bondad de Rodrigo, este se puso á departir familiarmente con aquel desventurado y poco á poco volvieron los caballeros que se habian retirado á cenar en otro aposento, ganosos de oir algunas historias que no dudaban contaria el ciego.

—Ah señor caballero, dijo este á Rodrigo, cuánto me holgára de poderos pagar vuestras bondades!... Mas qué me queda en el mundo? Nada mas que un corazon para agradecer y ese instrumento con que ganar la miserable subsistencia, añadió señalando con la mano el laud que tenia á su lado.

Uno de los sobrinos de Rodrigo, el mas jóven y de carácter mas alegre, dijo, al oir estas palabras, al ciego:

—Si á vos, tio y señor, placeria y á él tambien, ese anciano pudiera solazarnos un rato tocando su laud y cantando á su son algun romance de los muchos que sabrá.

—Eso haré con mucho gusto, contestó el ciego.

Y como conociese que Rodrigo aceptaba el ofrecimiento, tomó el laud y comenzó á tocarle, lo cual hacia con bastante destreza á pesar de la parálisis de sus miembros. De repente dejó de tocar y dijo:

—Oid, caballeros y escuderos, oid el verdadero romance del villano á quien un conde traidor robó su hija para deshonrarla y quitó la vista para que no pudiera tomar venganza.

Y cantó al son del instrumento:

Digitized by Google

«Caballeros leoneses,
caballeros castellanos,
con los fuertes arrogantes
y con los débiles mansos,
por Leon y por Castilla
vaga un miserable anciano
llorando ofensas de un conde,
conde sí, pero malvado.
No puede tomar venganza,
porque le agovian los años
y ojos solamente al triste
para llorar le han quedado.
En tan lastimosa cuita,
acorred al pobre anciano,
caballeros leoneses,
caballeros castellanos.

Robóle el conde una hija
como una rosa de Mayo,
y en un encierro le tuvo
y allí le cegó el tirano.
Triste viejo sin ventura!
¿quién enjugará su llanto?
¿quién le tornará su hija?
¿quién vengará sus agravios?
Caballeros, si sois tales,
retad al conde malvado,
al que roba las doncellas,
al que ciega á los ancianos,
que á los buenos eso cumple,
que eso cumple á los hidalgos,
caballeros leoneses,
caballeros castellanos!»

El anciano suspendió su canto porque le ahogaban los sollozos y las lágrimas. Todos los que le oian estaban tambien con-

Digitized by Google

movidos y llegaba á tal punto su indignacion contra el conde, á quien se referia el romance, aunque no sabian quien fuese, que si en aquel instante hubiese aparecido á su presencia, se hubieran lanzado á él todos con los aceros desnudos.

—Decís que ese romance es verdadero? preguntó Rodrigo al anciano.

—Sí, contestó este, verdadero es, por mi mal, señor caballero.

—Por vuestro mal! Asi Dios me salve, esclamó Rodrigo recordando la aventura que á él y á Fernan contó Beatriz, ese conde es el de Carrion y el viejo á quien quitó hija y vista sois vos.

—Ay! cierto es, señor caballero!

—Voto á Judas Iscariote! que diera yo de buen grado diez años de mi vida por meter siquiera diez dedos de mi lanza en el pecho á ese conde felon! esclamó Fernan, dando riendas á su indignacion, que no pudo contener á pesar de que conocia ser descortés mezclarse en conversacion agena.

—Y no sabeis de vuestra hija? dijo Rodrigo al ciego.

—No sé, señor caballero, que es de ella, mas tengo para mí que el conde la tendrá bien guardada en su castillo, que sino ella hubiera buscado á su desventurado padre, á quien tanto queria y aun querrá si vive.

El pobre anciano, como vemos, estaba bien distante de presumir cuán otra era su hija desde que el conde de Carrion la despojára de la túnica de la inocencia.

—Y no habeis hallado un caballero que tome á su cargo la venganza que apeteceis? dijo Rodrigo.

—Hála-tomado, contestó el gafo, un soldado tan valiente como generoso; mas nada ha podido conseguir aun.

—Pues nosotros le ayudaremos en su empresa, y vive Dios que no le ha de valer encerrarse en su castillo y hacer oidos de mercader á todo reto, como acostumbra, dijo Rodrigo.

—Si, si esclamaron todos los circunstantes, es menester castigar á ese conde malvado que deshonra á la nobleza leonesa y castellana.

Digitized by Google

—Ah! dijo el desventurado anciano lleno de alegria Dios os protejerá en vuestra noble empresa! No ha sido vana mi venida á Medina, que si no he encontrado al esforzado y noble caballero á quien buscaba, he dado con otro no menos generoso y compasivo.

—Quién era el caballero á quien buscabais? preguntó Rodrigo.

—D. Rodrigo Diaz de Vivar, el cual me dijeron posaria aqui esta noche, contestó el anciano.

Rodrigo se sonrió y dijo alargando la mano al ciego:

—Pues aquí teneis á quien buscábais.

—Dios mio! esclamó el anciano casi sin poder hablar á causa de su sorpresa, y besando la mano que Rodrigo le habia alargado: Será posible que el que me ha tenido en sus hombros y me ha sentado en su mesa sea D. Rodrigo Diaz de Vivar, el vencedor en montes de Oca, el hijo de Diego Lainez, el descendiente de los jueces de Castilla, el caballero mas noble, mas honrado, mas rico y poderoso y mas valiente de España?

—Rodrigo Diaz es el que os tomó en sus hombros y os sentó á su mesa y va á compartir con vos su lecho, contestó el hijo de Diego Lainez.

—Ah! señor, esclamó el ciego sin saber como espresar su gratitud, hartas bondades habeis tenido conmigo!... Compartir conmigo vuestro lecho!... con un mendigo lleno de miseria y hediondez!! No, no, no hagais tal, señor!

—Decís que soy noble, honrado y poderoso... Quiénes sino los poderosos, los honrados y nobles han de consolar y amparar á los laceriados, tristes y sin amparo? Vamos pues á reposar, que harta necesidad tenemos todos de hacerlo, y particularmente vos, cuitado anciano.

Rodrigo, sus compañeros y el gafo se retiraron á descansar, y en efecto el primero compartió su lecho con el mendigo. ¡Divinos rasgos de caridad que hubieran ornado la noble frente del caballero con la aureola de los santos si sus hechos de armas no la hubieran ornado con la corona de laurel de los héroes, porque la caridad se esconde modestamente y el heroismo marcial no puede hacerlo!

Digitized by Google

Cómo esplicar la gratitud del desvalido anciano al separarse á la mañana siguiente del piadoso caballero? ¿Cómo enumerar sus lágrimas y pintar el acento de inspiracion con que le dijo:

—Señor! paréceme que Dios me manda daros una dichosa nueva... Sois amado de Dios, vencereis en todas las lides; vuestra honra y vuestra hacienda crecerán; sereis temido de los malos y amado de los buenos, y morireis dichoso, bendicido por Dios y por los hombres! »

Rodrigo tomó por una divina profecía estas palabras. Tal era el acento con que fueron pronunciadas!

Al salir el sol, ese sol claro y hermoso que sigue á la tempestad, salieron Rodrigo y sus compañeros de Medina de Rioseco, con ánimo de entrar aquel dia en Zamora, como asi sucedió.

Alli donde poco antes se veian montones de escombros entre los cuales brotaba la ortiga y la zarza y silvaban los reptiles, alli donde hubiera podido decirse « aqui fue Zamora » parodiando lo que se dijo del sitio que ocupó la ciudad destruida por Eneas, alli, repetimos, comenzaban á alzarse magníficos templos con altísimos chapiteles, soberbios palacios y fuertes murallas, y el ruido y la animacion habian sucedido al silencio y la soledad que poco antes reinaban.

Iba á sentarse á la mesa el rey D. Fernando, cuando supo que Rodrigo habia llegado á la ciudad. La alegria del sabio y virtuoso monarca fue estremada; pareciale á D. Fernando que el caballero á quien tornaba á ver no era uno de sus vasallos sino el mas querido de sus amigos, mas aun, uno de sus hijos. Hasta la casualidad de hallarse separado de su familia, que permanecia en Búrgos y de la que tan amante era, le hacia desear con mas vivas ansias la llegada de Rodrigo, porque habian pasado muchos dias sin que su corazon se ensanchara en los dulces goces de la familia, deseaba tener á su lado alguien con quien le uniesen lazos mas estrechos y mas suaves que los que comunmente unen al señor y al vasallo, para satisfacer la necesidad mas imperiosa de su alma, la de vivir en el seno de la amistad. No bien supo que Rodrigo habia tras-

Digitized by Google

pasado los humbrales del palacio, salió á su encuentro, como el padre que sale á recibir al hijo que tras una larga ausencia vuelve á la casa paterna. El valeroso y noble caballero quiso postrarse á los pies de su rey, como buen vasallo que era; pero el rey no le dió lugar á ello, porque abrió los brazos y le estrechó en ellos con la efusion de un cariño y una estimacion casi paternales, diciéndole:

—Bien vengais, Rodrigo, prez de Castilla y la mas fuerte columna de mi trono!

—Ah! señor! esclamó Rodrigo conmovido por tan lisongero recibimiento, la mas fuerte columna de vuestro trono es vuestra sabiduria, es vuestra bondad, es el amor que inspirais á vuestros vasallos. Uno de ellos soy, y sin embargo no trocaria mi condicion por la vuestra, que vale mas que un trono la honra que me dispensais.

—Os amo, Rodrigo, como al mejor de mis vasallos, y sin embargo, no hago mas que pagar mezquinamente vuestros merecimientos. No admiro y respeto en vos solamente al nieto de Lain Calvo, al hijo de Diego Lainez, al esforzado mancebo que supo vengar el ultrage hecho á su honra, al que venció al mas valiente de los caballeros aragoneses, y al que últimamente ha alcanzado uno de los triunfos mas gloriosos sobre la morisma, sino al magnánimo y generoso caballero que ha dado libertad á Abengalvon y sus compañeros de infortunio. ¡Cuánta lealtad no debe esperar el rey de Castilla y Leon de quien respeta despues de vencidos hasta á los enemigos de su Dios y de su patria, porque han llevado el nombre de reyes!

Todos los caballeros que acompañaban á D. Fernando se holgaron tambien mucho con la llegada de Rodrigo, y le felicitaron por el triunfo de Oca, y poco despues se hallaba Rodrigo sentado á la mesa del rey, de cuya honra disfrutó durante algunos dias que le fue preciso permanecer en Zamora, pues D. Fernando sentia que se apartase de su lado, y solo consintió en ello atendido el santo objeto de su viaje.

Por fin llegó el dia en que este habia de continuar. Todo estaba preparado al efecto, cuando se sintió un gran movimiento en-

Digitized by Google

tre las gentes de la ciudad que se agolpaban hácia las avenidas del real alcázar. Asomáronse á un balcon el rey y Rodrigo y los cortesanos, y quedaron sorprendidos por un estraño espectáculo: multitud de moros, ricamente vestidos, conducian mas de cien caballos vistosamente enjaezados, y gran número de acémilas cargadas.

Asi que llegaron los moros á las puertas del alcázar, pidieron permiso á Rodrigo para comparecer en su presencia. Rodrigo se le concedió con el beneplácito del rey, y penetraron en la estancia donde les esperaba el noble caballero sentado junto al rey que le dispensaba aquella honra para que los mahometanos viesen en cuánta estima le tenia.

—*Cid*, dijo á Rodrigo el que parecia hacer cabeza de los mensageros, Abengalvon rey de Molina, Mahomad rey de Huesca, Ali rey de Zaragoza, Osmin rey de Teruel y Hamet rey de Calatayud, á quienes cautivásteis en los montes de Oca y generosamente dísteis libertad, os mandan sus parias y os prestan homenaje como vasallos vuestros que se reconocen gustosos. Ademas os envian, en señal de amistad y agradecimiento treinta caballos alazanes, treinta de color morcillo, veinte blancos y otros veinte rucios rodados, mas tocados y ricas joyas para vuestra esposa y muchas telas y armas para vos y vuestros caballeros.

—Habeis errado el mensage, contestó Rodrigo con humildad y modestia; habeisme llamado *Cid*, que en vuestra lengua significa señor de vasallos, y yo no soy señor donde está mi rey, y sí solo el menor de sus vasallos. Aqui veis á mi rey y á él debeis prestar homenage y ofrecer los tributos y los gajes de amistad que Abengalvon y sus amigos os han confiado.

—Decid á vuestros amos, le interrumpió el rey en estremo agradecido á su humildad y dirigiéndose á los moros, que aunque su señor no es rey, está sentado al lado del de Castilla y Leon; añadidle que á él debo una buena parte de las tierras que poseo y que tengo en mas el que él sea mi vasallo que el ser yo rey. Ya que Cid le habeis llamado, quiero que de hoy mas lleve ese nombre.

Rodrigo admitió al fin los tributos y regalos que los reyes moros le enviaban y les escribió sendas cartas mostrándoles su agra-

Digitized by Google

decimiento y protestando corresponder á su lealtad y su amistad.

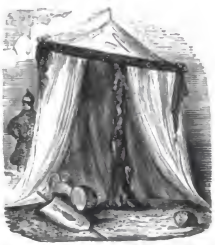
Los mensageros recibieron de la mano de Rodrigo dones de mucho precio, y se despidieron repitiendo el nombre de *Cid* que desde entonces empezó á llevar el hijo de Diego Lainez, al cual se unió muy pronto el de *Campeador* que moros y cristianos le dieron á causa de sus constantes y gloriosos triunfos en los campos de batalla.

Pocas horas despues de recibir aquel honroso mensage, salian de Zamora Rodrigo y los deudos y amigos que en su peregrinacion le acompañaban, todos gozosos, todos con deseos de llegar á Compostela para cumplir sus deberes de caballeros cristianos ante el altar del santo Apóstol, y luego cumplirlos en los campos frecuentemente invadidos por la morisma.

Digitized by Google

CAPITULO XXVI.

De como el Vengador y Rui-Venablos reformaron su opinion respecto á Bellido.



RES dias despues del malhadado ataque de los bandidos al castillo de Carrion, permanecian los restos de la banda del Vengador en el campo donde los dejamos en el capítulo XXIII.

Era la caida de la tarde, y el tiempo, frio y lluvioso el dia anterior, se habia vuelto templado y sereno. El Vengador y Rui-Venablos conversaban paseando por el campo, donde se veian cuatro tiendas destinadas, una á los gefes, otra á la infanta, que aun seguia cautiva, otra á los heridos que iban llegando de Carrion, y otra á los demas individuos de la banda.

Digitized by Google

Cerca del campo habia una alturita, desde cuya cima se descubrian todas las avenidas y particularmente el camino de Carrion hasta una larga distancia; los bandidos tenian allí un vijía con órdenes de dar aviso siempre que viese alguna persona que se encaminase al campo, lo cual probaba que el Vengador habia perdido la ciega confianza que tenia en sus fuerzas y en su suerte, pues ni aun cuando solo le acompañaban una docena de hombres y tenia por enemigos no solo á la hermandad de los Salvadores, sino tambien á todos los habitantes del pais, habia tomado tales precauciones. Por mucho valor que tuvieran el Vengador y Rui-Venablos, ¿cómo no desmayar en vista del terrible golpe que la banda acababa de recibir? El dolor y la desesperacion les habian dado vigor y aliento al principio, pero luego habian llegado la calma, el recuerdo de los que habian quedado sepultados bajo la bóveda del castillo, y la comparacion entre lo que la banda habia sido y lo que á la sazon era, y la confianza y la enerjía se habian trocado en desaliento y tibieza.

—Vida bien triste es la que llevamos aquí, decia Rui-Venablos. La ociosidad no solo aumenta nuestras cabilaciones sino tambien nos espone á un golpe de mano de nuestros enemigos, y nos roba un tiempo precioso que debiéramos aprovechar en reponer nuestras fuerzas de la enorme pérdida que han sufrido.

—Cierto, contestó el Vengador, que nos conviene mover de aquí, salir de esta imaceion que en todos conceptos enerva nuestras fuerzas; pero, ¿cómo hacerlo hasta que hayan regresado todos nuestros compañeros detenidos en Carrion y podamos en su consecuencia dar libertad á la infanta? En partiendo de aquí sabe Dios á donde iremos á parar.... Nuestros compañeros llegarian con la esperanza de encontrarnos, y despues de haber hecho una jornada, que en su situacion debe ser muy penosa, se verian desamparados y obligados á seguir en nuestra busca por esos mundos, probablemente para desmayar antes de dar con nosotros....

Martin bajó la voz y continuó:

—Vos Rui-Venablos y yo, solo en la apariencia somos bandidos,

Digitized by Google

y siéndolo en realidad nuestros compañeros, parece que no debiéramos compadecerlos y guardarles lealtad; pero hacemos lo que debemos hacer: todo hombre honrado debe ser leal y compasivo con los que participan de sus trabajos y sus bienandanzas, sean honrados ó dejen de serlo. Verdaderamente nuestros compañeros son tan honrados como nosotros, pues si se examina el fondo de su corazon y su conducta, habrá que colocarlos, no en la categoria de bandidos, sino en la de hombres á quienes el hambre y la tirania han precisado á adoptar una profesion vergonzosa y sin embargo la ejercen lo mas honradamente que pueden; porque ya sabeis, Rui, que si en la banda habia muchos hombres dispuestos al robo y al asesinato mas bien por inclinacion que por necesidad, hemos ido ennobleciendo los instintos de unos, ora con la persuasion, ora con el castigo, y deshaciéndonos de los otros. Acaso aquellos mismos que parecen menos dignos de compasion son los que mas la merecen. Qué somos vos y yo á los ojos del vulgo sino unos gefes de bandoleros dignos de ser descuartizados y puestos á la vergüenza pública en los caminos? Y sin embargo, arrostramos la muerte y la ignominia por una de las causas mas nobles que han defendido caballeros. ¡Oh cuán distante está el vulgo de pensar que Rui-Venablos y el Vengador, temibles bandoleros que asaltan las casas de los ricos-homes y las roban y las entregan á las llamas, no tienen mas ambicion que la de vengar el asesinato de un padre, la tortura de otro, la deshonra de una doncella y las tropelías y las maldades que ejercen unos cuantos mal llamados nobles en los débiles y desamparados!

—Muy cierto es eso, hermano, contestó Rui-Venablos. Y ejemplo de ello es Bellido, de quien ambos, y yo el primero, desconfiamos. Quién sabe si Bellido se habrá alistado en la banda con un fin tan noble como el nuestro? He reformado mi opinion respecto á él de tal modo, que si el conde le guardase en su castillo... Ira de Dios! Rui-Venablos perderia cien vidas por libertarle! Y quién no le ama y desea que torne á nuestro lado despues de oir lo que de él cuentan los heridos que van llegando al campo? Mirad que merece alabanza y amor un hombre que, herido gravemente en la cabeza, olvida su malestar, se dedica á servir y consolar á los que

Digitized by Google

acaso padecen menos que él, protesta con ánimo valiente de la inhumanidad del conde á quien amenaza, arrostrando su ira, y no quiere abandonar el castillo, hasta que haya salido el último de sus compañeros, diciendo que hallándose él revestido del carácter de gefe, es su deber morir antes que abandonar á sus compañeros!... Fuera de esto, la circunstancia de ser Bellido el único que se ha salvado de los que quedaron envueltos en los escombros de la bóveda, es un motivo mas para que veamos en él un hermano digno de nuestro amor.

—Si, dijo Martin, Bellido será de hoy mas nuestro igual; entre vos, él y yo, no habrá ya primero ni segundo, los tres seremos uno, los tres capitanearemos la banda, los tres seremos iguales. Y á fé que Bellido es mas previsor que nosotros. Mirad como el tiempo vino á justificar sus temores de que pereciera la mitad de la banda, asaltando á viva fuerza el castillo de Carrion. Nos indignó el medio que nos proponia de llevar á cabo nuestra empresa, pero, aunque nunca le aprobáramos, quizá nuestro enojo hubiera sido menor y nuestras palabras menos duras, si hubiéramos previsto el peligro que él preveia. Ahora que sabemos cuánto duele á Bellido el mal de sus compañeros, no debemos estrañar que por salvarnos de una muerte casi cierta, aventurase una proposicion con la que aventuraba su crédito de leal.

Aquí llegaban de su conversacion Martin y Rui-Venablos, cuando el vijía hizo seña de que venia gente por el camino de Carrion. Los mismos gefes de la banda se adelantaron á reconocerla, y ¡cuál fué su sorpresa y su alegria cuando vieron que los que venian eran Bellido Dolfos, y los únicos bandoleros heridos que quedaban en poder de D. Suero!

Martin y Rui-Venablos corrieron á su encuentro, y abrazaron con efusion á Bellido, cuyo semblante, descolorido y demacrado, espresó la satisfaccion.

—Bien venido, hermano! esclamaron ambos, bien venidos todos!

—Con cuánta ánsia os esperábamos! dijo Martin.

—No era menos la que yo tenia de tornar á vuestro lado, contestó Bellido.

Digitized by Google

—Hermano, dijo Rui-Venablos, hemos sabido cuán leal ha sido vuestra conducta en Carrion para con nuestros cuitados hermanos, y nosotros y todos nuestros compañeros, te tendremos de hoy mas por el mejor de los individuos de la banda.

—Ah! me dispensais una honra que no merezco, replicó Bellido aparentando modestia y emocion. Como todos nuestros compañeros son tan buenos y agradecidos, os habrán hablado de mí los que han venido antes que nosotros, exagerando lo poco que por ellos he hecho.

—Oh qué golpe tan desgraciado, Bellido!... Bien decíais vos, que la mitad de la banda iba á perecer atacando á viva fuerza el castillo, dijo Martin.

—No hablemos ya de eso, contestó Bellido, como si su modestia se resintiese con el recuerdo de su prevision. Olvidemos todo lo pasado, y ocupémonos solamente en recobrar el terreno perdido. Trabajemos de consuno, con ahinco, con una constancia superior á todos los contratiempos, hasta adquirir las fuerzas perdidas, y con las suficientes para alcanzar el triunfo, volvamos á Carrion á vengar á nuestros pobres hermanos cobardemente muertos por el conde, porque habeis de saber que la bóveda que se hundió sobre nosotros, estaba preparada de antemano para aplastarnos á todos, y las muertes consumadas por medio de tan ruin artificio deben reputarse viles asesinatos.

—Y cómo pudísteis salvaros de aquel estrago?

—Por un milagro solamente.

—Cuéntanos eso, hermano, cuéntanos cuanto te ha pasado en Carrion, dijo Martin á tiempo que llegaban ya á las tiendas.

Los bandoleros heridos entraron en la que los gefes de la banda habian dispuesto del mejor modo posible, y el Vengador y sus dos compañeros entraron en la suya. Martin y Rui no sabian qué hacer con Bellido, á fin de proporcionarle comodidad y alivio. ¡Con qué cariño, con qué solicitud le preparaban sitio donde pudiera sentarse cómodamente, le preguntaban si queria alimentos, y se informaban del estado de su herida! Aquella solicitud y aquel cariño, hubieran recordado á cualquiera los que un padre ó una madre prodigan al hijo lastimado ó sin consuelo.

Digitized by Google

—No os molesteis, hermanos, en proporcionarme comodidades, que yo á vuestro lado de cualquiera modo estoy bien... y os aseguro que esta maldita herida que en todo el camino ha venido haciéndome sufrir las penas del infierno, ha tenido á bien dejarme en paz asi que os he visto. Cualquiera diria que teneis mano de santo, añadió Bellido con una jovial sonrisa, porque apenas me habeis tocado, me he sentido enteramente bueno. Pero oid mis cuitas en Carrion.

Martin y Rui-Venablos se sentaron al lado de Bellido, dispuestos á escucharle atentamente.

—Cuando resonó aquel terrible golpe sobre la bóveda, adiviné el peligro que nos amenazaba, y me lancé á la poterna para facilitar la salida á mis hermanos, abriendo la puerta que acababa de cerrarse á impulso de la violenta sacudida que estremeció el edificio; pero sin duda la puerta habia arrastrado al cerrarse alguno de los escombros que caian ya de la bóveda, y se habia colocado aquel cuerpo entre ella y el marco, pues mis esfuerzos para abrirla eran inútiles. Sin embargo, empezábamos á conseguirlo, cuando la bóveda se desplomó, y recibí tan fuerte golpe en la cabeza, que perdí casi instantáneamente el sentido. Ignoro el tiempo que permanecí enterrado entre escombros y cadáveres. Al tornar á mi acuerdo, penetraba la claridad de la luna por la poterna que estaba medio abierta, en el mismo estado en que la habiamos puesto en el instante de consumarse el hundimiento. Fué terrible el espectáculo que entonces se presentó á mis ojos : arroyos de sangre salian de entre los escombros, y por todas partes asomaban cadáveres horriblemente mutilados y aplastados; pero ni una voz, ni un lamento, ni un suspiro se oia en mí derredor, lo cual probaba que yo era el único que conservaba un resto de vida entre los que no habiamos podido escapar del hundimiento. Aparté mis ojos de aquel sangriento espectáculo y pensé en mí, porque la sangre que no cesaba de correr de mi cabeza iba debilitando mis fuerzas, y conocí que sino procuraba atajarla, pronto tornaria á perder el conocimiento, y el conde encontraria un cadáver mas entre los escombros de la bóveda. Salí al campo, lavé mi herida en el torrente que se despeña al pié del castillo, la vendé lo mejor que pude, y

Digitized by Google

así pude conseguir estancar la sangre. Dí algunos pasos para tomar el camino que conduce aquí; pero me detuve oyendo que alguien se acercaba; me escondí entre unas matas, y así pude escuchar la conversacion de unos villanos que salian del castillo con direccion á la villa, contándose mútuamente cuanto acababa de pasar. Por ellos supe que en el castillo se hallaban algunos de mis hermanos heridos, y en peligro de ser enteramente sacrificados por el malvado conde, y entonces tuve por una cobardia el no seguir su suerte. Así, pues, entré en el castillo valido del desórden que aun reinaba en él, y me encontré á pocos instantes entre mis hermanos... Lo demas lo sabeis ya, y solo me resta añadir que el conde no toma ninguna precaucion para poner el castillo á cubierto de un nuevo ataque, porque nos cree demasiado débiles para renovar nuestra empresa, y por lo mismo debemos rehacer nuestras fuerzas y dar un nuevo golpe que de seguro ha de tener mejores resultados que el anterior, hallándose D. Suero desprevenido.

—Asi lo haremos, hermano, esclamaron á un tiempo Martin y Rui estrechando sucesivamente la mano de Bellido.

Los tres siguieron conversando amigablemente algunos instantes mas acerca de los medios de que se debian valer para que la banda recobrase las fuerzas que habia perdido, y una hora despues no se oia en el campo mas ruido que el de los pasos de dos ó tres vijias colocados en las avenidas, y que paseaban para auyentar el frio que de otro modo hubiera helado la sangre en sus venas. Empero, no todos los que ocupaban las tiendas estaban entregados al sueño. Teresa y Guillen velaban sentados al amor de la lumbre, donde pocos dias antes los vimos. No era ya la infanta aquella jóven consumida de tristeza, á quien durante mucho tiempo habian compadecido las pocas almas generosas que se acercaban á ella en el castillo de Carrion: una franca y alegre sonrisa vagaba constantemente en sus labios; sus mejillas, poco antes pálidas como las de un cadáver, comenzaban á teñirse del color de la rosa, y sus dulces ojos, antes apagados y tristes, brillaban llenos de alegria y animacion. Teresa habia nacido para amar, el amor era el único elemento en que podia vivir, y desde que su alma habia comenzado á satisfacer aquella necesidad imperiosa,

Digitized by Google

casi puede decirse que la doncella habia tornado á la vida; porque las satisfacciones del alma son fuentes de salud para el cuerpo. ¡Qué rápido pasaba el tiempo para Teresa y Guillen, en aquella desmantelada tienda, donde por todas partes penetraba la humedad y el frio, donde ni un rústico banquillo tenian para sentarse, donde se veian precisados á reposar en el suelo, húmedo y desigual, donde carecian de ropa con que abrigarse, donde se alimentaban de groseras y escasas viandas, y donde finalmente se hallaban á merced de una cuadrilla de bandidos! ¡Cuán cierto es que el amor todo lo embellece, y todo lo hace llevadero y aun dulce! Todas aquellas privaciones valian muy poco para ellos, porque ¿no estaban suficientemente compensados con el placer de verse continuamente, de prestarse recíprocos cuidados, y de formar juntos hermosos castillos en el aire?

—Teresa, decia Guillen con una amorosa sonrisa, harto hemos pintado el porvenir de color de rosa, harto hemos olvidado el mundo real para recrearnos en el imajinario. ¿No nos estará bien pensar ahora algunos momentos en los obstáculos con que nuestro amor tendrá que luchar desde el momento en que tornemos al castillo? Triste es despertar de un sueño tan delicioso como el nuestro para tocar una realidad tan amarga como la que nos espera!

—Pensemos en esa realidad, Guillen, contestó la infanta procurando tambien sonreirse, pero realmente entristeciéndose ante la desconsoladora idea que Guillen acababa de evocar.

—Ved aqui, dijo el enamorado paje, cuál debe ser el sistema de vida que adoptemos asi que lleguemos á Carrion: nos veremos lo menos que nos sea posible, y en presencia de vuestro hermano me mandareis con aspereza y altanería, á fin de que el conde no sospeche nuestro amor.

—Y creeis, Guillen, que me será dado vivir sin veros continuamente, que podré hablaros con aspereza?

—Tambien á mí me será doloroso pasar una sola hora sin veros; pero debemos aceptar tan duro sacrificio, porque.... ¿qué seria de vos y qué de mí si vuestro hermano llegase á saber que entre vos y yo median otros lazos que los que unen al siervo y su señor?

Digitized by Google

—Guillen! Os lo repito, yo antes débil y cobarde muger, me siento ahora fuerte y animosa, tanto, que no tendria inconveniente en confesar á mi hermano y al mundo entero que os amo.

—Confesarlo á vuestro hermano, Teresa! ah! no, no lo hareis porque el conde os mataria, porque vuestro hermano juzgaria un crímen dígno de ser castigado con la muerte el amor de la infanta de Carrion al oscuro paje, que solo debe besar el polvo donde sus señores ponen la planta! Ocultemos nuestro amor hasta el dia en que no tengais que avengonzaros de amarme.

—Avengonzarme de amaros, Guillen!... No, no me avergüenzo de ello, porque ¡qué blasones pudiérais ostentar mas nobles, que el alma generosa que os anima?

—Ya sé, Teresa, que para vos ese blason es bastante; pero no para vuestro hermano, no para el mundo. Ocultemos, os repito, el amor que nos une mientras yo permanezco en Carrion, que será hasta que el infiel haga la primera de sus frecuentes incursiones á Castilla ó Leon. Entonces me uniré á los primeros soldados que partan contra el enemigo, y la primera lid en que me encuentre me valdrá el primero de los títulos que he de hacer valer para que el conde me dé vuestra mano.

—Ay Guillen, qué pruebas tan amargas esperan á nuestro amor aunque solo consistan en la larga separacion que hemos de esperimentar! esclamó, Teresa considerando cuán ilusorias eran las esperanzas del paje, en cuán débiles cimientos fundaba este sus esperanzas de felicidad!

—Teresa, dijo el paje sonriendo para animar á la infanta, ¿no nos creemos ambos fuertes, ambos animosos? Pues fiemos en Dios y en nuestro amor, que tras algunos dias de tempestad gozaremos muchos de calma.

Mientras ambos amantes conversaban asi, sin curarse de los que se hallaban á su alrededor, sin bajar siquiera la voz, temerosos de ser oidos y cuando menos escarnecidos de los bandoleros, que hubieran hallado en el amor de la infanta y el paje harta materia de diversion y chacota, habia salido con precaucion un hombre de la tienda de los gefes de la banda, y acercádose á la de Teresa. Aquel hombre aplicaba atentamente su oido á la lona de la

Digitized by Google

tienda, ávido de enterarse de la conversacion de los amantes, y cuando esta cesó ó al menos hubo tomado diferente jiro, aquel hombre tornó á la tienda de donde habia salido. Si la oscuridad no hubiese sido tan completa, hubiérasele visto sonreir de satisfaccion.

Aquel hombre era Bellido Dolfos que, sorprendiendo los amores de Doña Teresa y el paje, iba á ganar algunos marcos de oro á trueque de... ¡quién sabe si de la vida de dos criaturas de alma generosa y buena!

Todas las épocas tienen traidores; pero tan viles, tan ruines, tan inícuos como Bellido, ninguna.

Digitized by Google

CAPITULO XXVII.

De como Teresa y Guillen creyeron que Dios habia tocado el corazon de D. Suero.

El siguiente dia, no bien el sol empezó á templar el intenso frio de la mañana, abandonaron Teresa y Guillen el campo de los bandidos con el asentimiento de estos, que obtuvieron no bien acabaron de llegar con Bellido la noche precedente los últimos individuos de la banda que quedaban en poder de D. Suero. Como la jornada era bastante larga y los caminos de suyo malos y mas malos aun entonces á causa de las lluvias, el Vengador se compadeció de la debilidad de la infanta y la dió un fuerte troton, en el cual pudieran cabalgar el paje y ella, como asi lo hicieron en estremo agradecidos á la generosidad de los bandidos y sobre todo á la de

Digitized by Google

su primer gefe, quien, por otra parte, les habia dispensado toda la proteccion y los cuidados posibles en aquella soledad.

Caminaban, pues, ambos jóvenes hácia Carrion conversando amorosamente, cuando á mitad del camino encontraron á un criado de D. Suero, que al verlos se dirijió á ellos lleno de alegria por ver en libertad á su señora, á quien todos amaban y respetaban en el castillo, y aun en el condado.

Teresa y Guillen se informaron de cuanto habia ocurrido en el castillo durante su ausencia, y cuando iban á continuar cada cual su camino, la infanta preguntó á Gonzalo, que asi se llamaba el criado, á donde se dirijia.

—Señora, respondió este, me envia mi señor con cartas suyas al conde de Cabra.

—¿Y no sabeis, dijo Teresa, si se teme que alguna nueva banda ataque el castillo, y mi hermano pide ayuda á ese conde su amigo?

—Señora, solo puedo deciros que mi señor tuvo ayer nuevas de Zamora y le causaron gran enojo, tanto que me molió á palos se encerró en su aposento, y no quiso comunicar con nadie hasta esta mañana que me llamó para encargarme que llevase sin pérdida de tiempo las cartas de que soy portador.

—Ah! no sabeis, buen Gonzalo, cuánto temor me inspiran los bandidos ahora que sabemos hasta dónde llega su audacia! dijo la infanta, á fin de que el criado no sospechase otra cosa de sus preguntas. Id, buen Gonzalo, continuó, id á donde vuestro señor os envia, que nosotros queremos llegar pronto al castillo para descansar y calmar la inquietud con que debe esperarnos mi hermano.

Y en efecto, Gonzalo continuó camino de Búrgos, y Teresa y Guillen siguieron hácia Carrion.

—Guillen, dijo Teresa, esas cartas que mi hermano envia al conde de Cabra, me hacen presentir sucesos que han de alterar la tranquilidad de mi familia. El conde de Cabra es el instrumento de que comunmente se valen los ricos-homes leoneses y castellanos hace muchos años para urdir traiciones y preparar ruines venganzas; porque D. Garcia es maestro consumado en el arte de

Digitized by Google

conspirar; todo lo que tiene de cobarde, tiene de artero. Estar en tratos con él, equivale á estar urdiendo traiciones. Desde que huyó de su condado, no teniendo valor para defenderle, aunque contaba con gente de armas de sobra para resistir á la morisma, y se vino á Castilla, vive de los haberes que le dan los que acuden á él para que dirija sus tramas.

—Y yo apostára cien contra uno, contestó Guillen, á que vuestro hermano trata de armar alguna celada al de Vivar, porque le tiene gran enemiga, sobre todo, desde que D. Rodrigo le retó y viendo que no aceptaba el reto, puso carteles en toda Castilla y Leon, denunciando su cobardia á la execracion pública, y llamándole mal caballero, felon, aleve y otras lindezas que vuestro hermano no habrá olvidado. Ademas, el engrandecimiento del de Vivar, debe tener envidioso á mi señor, que querrá cortar las alas al que tanto ha remontado su vuelo de poco tiempo á esta parte.

—Plegue á Dios que todos no tengamos que llorar con lágrimas de sangre la ambicion, la injusticia y el carácter díscolo y desatinado de mi hermano! La casa de Carrion, antes respetada de todos, de todos querida, está ya rodeada de enemigos; ¿quién no aborrece á mi hermano? ¿quién le trata desinteresadamente? ¿quién desnudará la espada en su defensa el dia que sus numerosos enemigos rompan las hostilidades contra él? Cierto que es poderoso, que sus vasallos bastan por sí solos para formar una hueste capaz de hacer temblar al mismo rey de Castilla y Leon, pero bien débil es el poder que no tiene el amor por cimiento.

En esta y otras conversaciones dieron vista nuestros viajeros al castillo de Carrion. Teresa recordó la alegria con que en otros tiempos daba vista á aquellos pardos muros al tornar con sus padres de alguna de sus frecuentes correrías que iban siempre acompañadas de las ovaciones de sus vasallos, cerca de los cuales eran una segunda providencia los señores de Carrion; recordó lo que en aquellos muros habia sufrido desde que perdió á sus padres, y calculó lo que tendria aun que sufrir, y la comparacion de aquellas dos épocas tan distintas una de otra, llenó su corazon de tristeza. Casi lamentó la infanta su vuelta al castillo donde habia nacido;

Digitized by Google

casi la pesó verse lejos del campo de los bandidos, porque al fin, cautiva del Vengador, estaba Guillen contínuamente á su lado, podia gozar libremente del dulce y ardiente amor que dominaba su alma, y solo Dios sabia lo que la esperaba en el castillo, solo Dios sabia si allí veria á Guillen á su lado!

Al fin penetraron en el castillo. D. Suero salió á su encuentro, y casi por primera vez de su vida abrazó á Teresa, y alargó la mano á Guillen.

—Bien venida seas hermana, dijo á la infanta. Si la natural aspereza de mi carácter, que contrasta con la dulzura del tuyo, te habia hecho desconfiar de mi cariño, esa desconfianza habrá cesado ya. Considera, Teresa, cuánto te amaré, cuando por no atraer sobre tí la venganza de los bandidos, he renunciado á ejercer la mia en los malvados que estaban en mi poder. Tú, que sabes cuán indignos de compasion son esos bandoleros que tantos y tan crueles estragos han hecho en el condado de Carrion, que tan alevemente habian atacado el castillo, tú que sabes el terrible castigo que acostumbro imponer á los que me ofenden, tú, hermana mia, comprenderás el duro sacrificio que he hecho á tu seguridad. Si no te hubieses hallado entre los bandidos, mis gentes de armas hubieran seguido la pista á los miserables restos de la banda del Vengador, y los hubieran alcanzado y hubieran conseguido su esterminio; pero, ¿cómo perseguirlos si estabas tú entre ellos, y al disparar mi hueste la primer saeta, esos desalmados hubieran hundido sus puñales en tu corazon?

—Ah! gracias, gracias, hermano mio! contestó Teresa enternecida y olvidando la brutal tiranía que su hermano habia hecho pesar sobre ella largo tiempo; porque el corazon de Teresa estaba siempre dispuesto al agradecimiento y al amor, y para la pobre niña, que siempre habia visto el ceño y la severidad en el rostro de su hermano, una benévola sonrisa de este tenia un valor inestimable.

—Yo te las doy á mi vez á tí, buen Guillen, dijo D. Suero al paje, porque con tanta lealtad seguiste y has protegido á tu señora. Siempre te he distinguido entre todos mis servidores, y de hoy mas, serás un amigo mas bien que un criado del conde de

Digitized by Google

Carrion, pues sé que cada vez serás mas digno de mi estima.

—Señor... contestó Guillen con voz balbuciente, vuestra bondad es superior á mis merecimientos... ¿No era deber mio defender y proteger á mi señora cuanto alcanzasen mis fuerzas?

El honrado paje se acusó en aquel instante de desleal á su señor; su conciencia era tan recta, su alma era tan noble y tan delicada, que Guillen no pudo menos de pensar: «Estoy engañando vilmente á mi señor; Teresa es la prenda de mas valor que mi señor guarda en su casa, y yo se la he robado como un criado desleal; mis labios dicen una cosa, y mi corazon siente otra.» Hé aqui el pensamiento que hizo turbar al paje, que coloreó sus megillas.

Si dulces fueron para Teresa las palabras que su hermano la dirigió, fueron mas dulces aun las que el conde dirigió á Guillen. ¡Oh qué bien habia sonado á su oido el nombre de amigo que D. Suero habia dado al paje!

La infanta entró á su aposento llena de alegria y de consuelo con la esperanza de alcanzar dias mas felices alli donde tan tristes y tan largos los habia pasado; no tanto fundaba su esperanza en la favorable disposicion en que hallaba á su hermano, como en la certidumbre de que desde entonces habria en el castillo un ser que la amase tierna y desinteresadamente. «Todos los dias, decia, veré á Guillen, porque encareceré á mi hermano los sacrificios que me ha hecho, los cuidados que me ha prodigado, su dolor al verme falta de lo mas necesario para prolongar la existencia; y asi atribuirá solo al sentimiento de la gratitud mis preferencias, mi cariño y mi deseo de tenerle continuamente á mi lado.»

Estas consideraciones, estas esperanzas llenaron de felicidad á Teresa; aquella estancia le parecia ya menos solitaria, menos triste, menos lóbrega, menos reducida; no se consideraba ya sola en el mundo, respiraba con libertad, veia sonrosado y azul el horizonte de su vida. Asomóse á aquella angosta ventana que tantas veces habia regado con sus lágrimas, y dirigió la vista á la estensa campiña. El sol acababa de desaparecer trás la montaña y en la campiña resonaban los cantos de pastores y labriegos, y el toque de la oracion en la multitud de campanarios que se alza-

Digitized by Google

ban en la llanura. Aquel espectáculo que hacia tiempo entristecia su alma, que difundia en ella una melancolía invencible y profunda, obró entonces en la infanta un efecto enteramente contrario; los cantares de los aldeanos, el toque de las campanas, todo le pareció que celebraba su felicidad y se la anunciaba.

Muchas horas pasó inmóvil á la ventana, entregada á sus risueñas esperanzas, bendiciendo á Dios que habia dulcificado las amarguras de su vida, y dando gracias á su madre, á quien creia deber parte de su felicidad, porque su madre, que en otro tiempo la amaba y la compadecia y la consolaba, habia impetrado la misericordia de Dios en favor suyo, en favor de la triste huérfana aislada en el mundo y oprimida por su propio hermano, por el mismo que debia amarla y compadecerla y consolarla á falta de su madre!

Cuando mas embebida estaba Teresa en estas dulces consideraciones, sintió pasos en su habitacion y casi al mismo tiempo oyó la voz de su hermano que la llamaba cariñosamente.

—Teresa, hermana mia, la dijo D. Suero penetrando en la estancia, no he podido acostarme sin verte antes, sin estrecharte en mis brazos, sin ver si falta algo á tu comodidad, sin pedirte que olvides para siempre mi dureza para contigo, porque de hoy mas no seré un tirano para tí como hasta aquí lo he sido, seré... seré un hermano, ¡oh mi pobre y buena Teresa!

Y al decir esto, D. Suero abrió sus brazos y estrechó contra su pecho á la infanta con una ternura que enloqueció de placer á la dulce niña.

Teresa quiso hablar, pero no pudo, que el llanto del regocijo ahogaba su voz. Si en aquel instante hubiera asomado Guillen á la puerta de la estancia, hubiera bendecido á Dios que le concedia la dicha de ser amado de aquel ángel cuyo corazon tanto amor encerraba! Porque la noble doncella que tanto amor tenia para su verdugo, ¡cuánto no tendria para el generoso mancebo que la habia amado, que la habia adorado con el amor mas puro y la adoracion mas reverente con que se pueda amar y adorar á la criatura humana!

Digitized by Google

Teresa no podia espresar á su hermano por medio de la palabra la gratitud, el cariño y la alegria que henchian su corazon; pero sus labios que imprimia con ardiente frenesí en el rostro de D. Suero reemplazaban á la palabra.

—Hermana mia, dijo el conde siempre con cariñoso acento, hasta que no te he visto en peligro, hasta que no has estado lejos de mí, no he conocido lo que te amaba ó mas bien no te he amado. Hasta que se pierde el bien no se conoce su valor; mientras tu amoroso acento, tú mansedumbre y tus solícitos cuidados dulcificaban mis penas, y me hacian mas llevadera esta vida, atormentada siempre yo no sé por qué, no sé si por un fatal destino que trastorna todos mis planes, que contraría siempre mi voluntad, que me hace odioso á los ojos de los mas dispuestos á la indulgencia y el amor; mientras he gozado ese bien, no he sabido apreciarle; pero así que de él carecí, comprendí su valor y lloré constantemente su pérdida..... No sabes, hermana mia, cuán larga se me ha hecho tu ausencia, cuánto he anhelado tu vuelta, cuántos temores han auyentado mi sueño mientras has permanecido entre los bandoleros..... A cada instante creia verlos clavar su puñal en tu corazon ó manchar torpes y desapiadados la pureza del ángel cuya custodia me fió al volar al cielo la mas tierna y la mas santa de las mugeres....

—Ah! Dios te bendiga, hermano! esclamó Teresa consiguiendo al fin recobrar el uso de la palabra como si Dios hubiese acudido en su ayuda al querer glorificar á su madre, Dios te bendiga hermano, pues ensalza tu labio á la que nos dió el ser y reverencias su memoria! Con cuánto regocijo contemplará nuestra madre desde el cielo el amor que me prodigas! Recuerdas sus últimas palabras, hermano mio, las recuerdas? «Amaos mútuamente, nos dijo; tú, hijo mio, añadió, dirijiéndose á tí, vela por tu hermana, se su apoyo, su guia, su escudo, pues es débil y fuera de tí no tiene en el mundo quien la proteja.» Y ambos nos arrodillamos al pie de su lecho y las últimas palabras que oyó, fue el juramento que ambos le hicimos de seguir sus consejos y de cumplir su voluntad.

—Sí, hermana mia, recuerdo las últimas palabras de nuestra

Digitized by Google

madre; quizá las he olvidado durante algun tiempo; pero me arrepiento de ese olvido, y quiero espiar mi falta y remunerarte del amor que te he negado, amándote y sacrificando si es preciso mi vida á tu felicidad.

—Oh hermano! esclamó la infanta, cómo podré yo pagarte la que me proporcionan tus palabras!

—Con tu cariño, Teresa, con tu cariño y con el olvido de mi crueldad hasta aqui. De hoy mas tú serás en el castillo absoluta señora, y hasta yo mismo me someteré gustoso á tus órdenes. Dime las dueñas y las doncellas que quieres que te sirvan, los criados que deseas tener á tu mandato, y desde esta noche estarán dispuestos á obedecerte.

—Me bastan, hermano mio, los que hasta aqui me han servido.

Teresa creyó llegada la ocasion de hablar á su hermano de Guillen, de justificar á sus ojos la preferencia que pensaba darle, de acrecer la que D. Suero le daba ya; pero sus megillas se cubrieron de carmin, porque la enamorada jóven nunca habia disimulado sus sentimientos y se veia obligada á disimularlos, y porque temia que sus palabras se los revelasen á su hermano; sin embargo, se atrevió á añadir, procurando ocultar su turbacion:

—La buena Elvira basta para servirme; pero como los años la han privado en gran parte del oido, no puedo entretener, conversando con ella, las largas veladas del invierno, y quisiera que Guillen me hiciese compañía algunos ratos; porque ya sabeis cuán grata es comunmente su conversacion, siempre amenizada con historias que su natural ingenio ha ido atesorando y sabe embellecer.

—Bien, hermana mia; aunque yo eche á Guillen muy de menos á mi lado, le tendrás siempre que quieras al tuyo, porque en efecto, ese mancebo es, no solo el mas discreto de nuestros servidores, sino tambien el mas leal y de corazon mas noble.

—Ah! si supieras, hermano mio, las pruebas de adhesion y lealtad que me ha dado durante mi permanencia entre los bandidos! Si supieras de cuántos cuidados me ha rodeado, con cuánta constancia ha velado mi sueño, con cuánta solicitud ha procurado

Digitized by Google

aminorar mis privaciones, y sobre todo con cuánta abnegacion, con cuánto valor, con cuánto heroismo, en fin, ha vertido su sangre por librarme de las tropelías de los bandidos! Ah! hermano mio, Guillen es hijo de un pechero, pero un corazon de caballero late en su seno.

Teresa se detuvo, segura de que si continuaba haciendo el elogio del paje, iba á llevarle mas allá de lo que la prudencia la aconsejaba.

—Dices, Teresa, que Guillen ha vertido su sangre por tí? preguntó D. Suero admirado.

—Sí; una noche velábamos ambos en la desmantelada tienda donde nos habian alojado los bandidos, y uno de aquellos hombres se apareció ordenando á Guillen que le dejase solo conmigo; pero el leal servidor respondió que antes que tal hiciera, perderia la vida á mi lado. Y una lucha terrible se travó entre Guillen y el bandido, y yo me salvé; pero la punta del puñal de nuestro perseguidor hirió la mano que me defendia.

—Ah! gracias, gracias, mi buen paje, mi buen amigo, pues ese nombre te daré de hoy mas! esclamó D. Suero con una ternura y un entusiasmo que acabaron de colmar de felicidad á Teresa.

—Hermana mia, añadió el conde, ambos necesitamos descansar y es cerca de media noche. Há muchas que no has dormido y lo mismo puedo decir de mí, pues el recuerdo del peligro que te amenazaba, auyentaba de mí el sueño.

Y el conde salió de la habitacion de la infanta despues de abrazar cariñosamente á esta. Dirigióse á donde Guillen esperaba sus órdenes, y alargando al paje su mano, le dijo:

—Guillen, amigo mio, gracias por vuestra lealtad, gracias! Mi hermana me acaba de decir cuanto por ella habeis hecho, y yo sabré recompensaros cumplidamente. De hoy mas quiero que esteis continuamente á las órdenes de la infanta. Id á su aposento antes de entregaros al descanso que bien habeis menester, por si necesita daros sus órdenes.

El paje creyó volverse loco de alegria; no encontró palabras con qué contestar á su señor, porque todas le parecian pobres

Digitized by Google

para espresar su gratitud, y se encaminó al aposento de Teresa alborozado, loco, trastornados por el placer sus sentidos.

A no ser por la costumbre que tenia de pronunciar respetuosamente el nombre de la infanta al acercarse á la cámara de esta, se hubiera dejado llevar de la alegria que le embriagaba, de la especie de locura de que se hallaba poseido, se hubiera acercado á Teresa prodigándola los nombres mas amorosamente familiares que contiene el vocabulario del amor, pues conforme se encaminaba hácia la cámara, saltaba y triscaba como salta y trisca el niño á quien su madre da permiso para ir á jugar en la plaza ó en la pradera con los niños de su edad.

—Señora, dijo al entrar en la cámara, el conde mi señor me envia á recibir vuestras órdenes.

Pero como Teresa le hiciese una seña familiar para que se acercase, Guillen dejó su gravedad, y en efecto se apresuró á acercarse á la doncella y á decirla:

—Ah! qué dichoso soy, Teresa, qué dichoso soy!... Siempre á vuestro lado... os veré á todas horas...

—Si, Guillen, sí, le interrumpió la infanta... El dedo de Dios ha tocado el corazon de mi hermano... Qué dichosos somos, qué dichosos, Guillen!... Y añadió con la sonrisa de la niña que conversa y se divierte con otras niñas:—Contentémonos esta noche con la dicha que hemos gozado, que tiempo nos queda para gozar la que por todas partes nos sonrie.

—Si, Teresa, si, ángel mio, murmuró el paje en voz baja, descansemos, durmamos, que cuando el corazon está lleno de amor, tambien hay dicha en el sueño. Descansad, dormid, amor mio, arrullada por la felicidad que arrullará mi sueño tambien.

Y los venturosos amantes se separaron.

Teresa no quiso llamar á Elvira para que la desnudára, segun tenia por costumbre, porque queria estar sola, enteramente sola, para entregarse con entera libertad á los trasportes de su dicha. Arrodillóse ante su reclinatorio y oró, dando gracias á Dios por la dicha que la embriagaba, con el fervor y la efusion con que lo hubiese hecho la santa á quien una divina aparicion hubiese mostrado las puertas del cielo abiertas á su paso.

Digitized by Google

Pocos instantes despues se acostó y quedó profundamente dormida.

Tambien el conde dormia... Pero no nos acerquemos á su lecho, porque en él no reposa el ángel de la castidad, porque está manchado por el amor de una impura meretriz. Acerquémonos al de Guillen ó al de Teresa, acerquémonos solo al de esta última, porque el inmaculado amor que sueña en el uno, sueña tambien en el otro.

Teresa soñaba con Guillen.

Guillen soñaba con Teresa.

Apenas hay en el mundo quien alguna vez no haya soñado que los lazos del amor le unian á un ser que hasta entonces le habia sido indiferente, y al despertar, y aun durante cierto tiempo, no haya pensado con deleite en aquel ser, y allí donde antes solo veia un individuo vulgar que ninguna sensacion despertaba en su alma, no haya visto un ser rodeado de encanto y de poesía. Cuántos amores constantes, ardientes, fecundos en goces ó en dolores, han nacido en un sueño!

Pues bien : si el ser que nos ha sido siempre indiferente y á quien no debemos sacrificios ni amor, aparece en sueños rodeado de encantos, de idealidad y de poesía, ¡cuánto no aparecerá aquel á quien anticipadamente amábamos, aquel que nos ama con delirio, aquel que ha espuesto su vida por salvarnos, aquel que es nuestra única esperanza en este mundo, aquel que física y moralmente reune mas títulos á nuestro amor, y aparece á nuestros ojos rodeado de mas encantos entre todos los que nuestros ojos han visto, como sucedia á Teresa con respecto á Guillen!

¡Qué hermoso, qué dulce, qué celeste, si es lícito emplear este adjetivo para encarecer cierta dicha, fué el sueño que arrulló á la infanta de Carrion tan pronto como quedó dormida, saboreando las últimas amorosas palabras de Guillen! Soñó que se hallaba en un pais encantado, en un paraiso, en un cielo. Luz, flores, perfumes, armonías, palacios de oro y diamantes la rodeaban; allí los hombres y las mugeres tenian el cuerpo de ángel, y de ángel tambien el alma; allí no habia señores ni esclavos, ni oprimidos ni opresores, porque la voluntad de un individuo era la de todos, porque

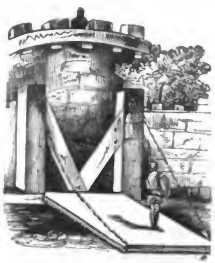
Digitized by Google

habia una alma comun como es el ambiente comun á todos los séres; allí el cielo era siempre azul y sereno, y el sol no dejaba nunca de alumbrar; allí eran eternas la verdura de los campos y la frescura y el color y el aroma de las flores; allí cantaban siempre los pájaros, pero su música era siempre dulce y acorde como la de las arpas pulsadas por los serafines; allí no silvaba el reptil ni bramaba la fiera en la espesura; allí no herian la planta del viajero los abrojos y las espinas; allí no soplaban los huracanes, ni abrasaba el sol, ni aterian las escarchas y las nieves y los cierzos invernales; allí no estaban los montes y los valles erizados de abismos y ásperas rocas; allí los árboles estaban siempre cargados de olorosos frutos y flores; y allí, en medio de aquel pais encantado, de aquel paraiso, de aquel cielo, moraban ella y él, la amada y el amado, Guillen, y Teresa y su amor era tan grande y su dicha tan inmensa, que temian escitar la envidia de los moradores de aquel paraiso, todos felices, todos enamorados, todos embriagados de deleites sin número y sin fin. Y este dulcísimo sueño, maravillosamente parecido al que al mismo tiempo arrullaba á Guillen, arrulló á Teresa hasta que vinieron á arrancarla de él los cantos de los pájaros que resonaban en los árboles que crecian al pié del castillo, y la luz del alba al penetrar por la ventana que la enamorada doncella no se habia acordado de cerrar ocupada de su dicha.

Digitized by Google

CAPITULO XXVIII.

De como el conde de Cabra cantó un romance al conde de Carrion.



UY pocas conspiraciones se tramaban en Castilla y Leon sin que D. Garcia, conde de Cabra, no tuviese parte en ellas como director principal, porque para desempeñar este cargo, el conde, como suele decirse, se pintaba solo.

D. Garcia poseia un rico señorío en Andalucía, segun lo indica su título. Como que el condado de Cabra era muy codiciado de los moros, como que estos se hallaban cerca, y por consiguiente eran de temer sus ataques, y como que el conde era cobarde y poderoso, el condado de Cabra estaba defendido por buenas fortalezas y numerosa gente de armas, cuya circunstancia habia sido causa de

Digitized by Google

que la morisma no le hubiese atacado aun desde que D. Garcia era su poseedor por muerte de su padre, que con un puñado de soldados y con débiles fortalezas habia burlado repetidas veces los ataques de los moros sus vecinos. Creyendo estos al hijo heredero del valor del padre, y viendo que contaba con mas medios de defensa que el anterior conde, habian creido inútil repetir sus ataques, pero la molicie en que D. Garcia vivia y la circunstancia de no verle nunca en los combates, como veian á todos los demas caballeros cristianos, les hizo comprender que D. Garcia solo habia heredado de su padre el nombre y los Estados; por lo cual juntaron una hueste bastante numerosa, y entraron por el señorío de Cabra.

Los vasallos de D. Garcia y los soldados que guarnecian los castillos fronteros se defendieron valerosamente; pero como el conde no les mandase auxilio, pues tenia reconcentradas en la villa, cabeza del señorio, sus principales fuerzas y temia por su seguridad personal si las desmembraba, fueron cediendo mas bien que á su impotencia para seguir defendiéndose, á la desesperacion y al enojo que la conducta del conde les causaba, y los moros penetraron hasta la villa de Cabra.

La villa estaba perfectamente murada, tenia un fortísimo castillo, y bastimentos para resistir un largo sítio; pero D. Garcia la abandonó precipitadamente con su familia sin disparar un dardo.

Vino á Castilla, y estableció su casa en Búrgos, donde tenia algunas haciendas; pero acostumbrado al fausto y la opulencia, no tardó en vender aquellas, y al cabo de poco tiempo se encontró, sino en la miseria, al menos rodeado de privaciones que nunca habia esperimentado, y que le eran insoportables. Otro caballero de mas corazon que el conde, hubiera reunido cierto número de soldados aventureros que abundaban en aquella época, hubiera acometido á cualquiera de las provincias dominadas por los moros, hubiera peleado, y hubiera restaurado asi su patrimonio; pero D. Garcia hubiera consentido morir en la miseria antes que luchar cara á cara y brazo á brazo con moros ó cristianos.

Esperaba enlazar á su hijo Nuño Garciez con alguna doncella principal de Castilla ó Leon, y mientras esta esperanza se realizaba, subsistia de la recompensa que daban muchos ricos-homes á

Digitized by Google

su esclarecido talento y á su astucia para hurdir y dirijir conspiraciones, pues esta habia llegado á ser la constante ocupacion de D. Garcia.

Su hijo Nuño era ya mozo en la época á que nuestra historia llega; pero de tan afeminado corazon como su padre. Al fin este, sino tenia corazon, tenia ingenio para la intriga; pero Nuño hasta de esta cualidad carecia : era un imbécil, era un maniquí que su padre manejaba á su antojo, que no tenia voluntad propia, y á quien miraban con desprecio todos los nobles.

D. Garcia habia solicitado para su hijo la mano de la infanta de Carrion, pero D. Suero se la habia negado, no por las desventajas personales de Nuño, porque para el conde de Carrion tales desventajas eran de poca monta, sino porque siendo la avaricia el sentimiento que dominaba á D. Suero, ¿cómo enlazar á su hermana con el hijo del conde de Cabra, que ni de una teja ni de un pie de terreno era poseedor?

D. Suero habia pensado varias veces acudir á D. Garcia para que le ayudase á conspirar contra sus enemigos, y particularmente contra Rodrigo Diaz ; pero siempre habia desistido de su propósito ante la consideracion de que el conde de Cabra le exijiria como precisa condicion, la mano de su hermana en recompensa de sus servicios. . .

Pero el engrandecimiento del de Vivar era tal y de tal modo se habia ido enemistando Rodrigo con D. Suero, que este creyó llegado el momento de tomar un partido decisivo, á fin de cortar las alas al que tanto remontaba su vuelo, como decia Guillen, pues de otro modo, su perdicion, la perdicion de D. Suero, era inevitable.

A las veinte y cuatro horas de salir de Carrion el mensagero del conde con cartas para D. Garcia, llegó este á las puertas del castillo acompañado del mismo Gonzalo y de algunos criados bien armados, de quienes no se separaba nunca, y á quienes pagaba bien para que le guardasen las espaldas, pues eran hombres de armas tomar, y D. Garcia no ignoraba su necesidad de estar bien guardado.

D. Suero se hallaba al lado de Teresa con quien conversaba

Digitized by Google

cariñosamente, cuando le pasaron aviso de la llegada de D. Garcia. La alegria del conde fué tan grande como el terror de la infanta. Esta ignoraba que D. Garcia hubiese solicitado su mano para Nuño, pero esto no obstaba para que la presencia del conde de Cabra en el castillo la llenase de sobresalto y temor, pues, como el lector ha tenido ya ocasion de colejir de sus palabras, tenia noticias de él, y sabia que nada bueno indicaban los tratos con el conde.

D. Suero se apresuró á recibir á D. Garcia tanto mas satisfecho, cuanto que dudaba que acudiese á su llamamiento resentido como se hallaba de que se hubiese negado á su hijo la mano de la infanta, y un momento despues de dejar el aposento de Teresa se hallaban juntos D. Garcia y él, en sitio donde no pudieran ser oidos de nadie.

—Gracias os doy, D. Garcia, porque de tal modo os habeis apresurado á honrar mi casa con vuestra presencia, decia Don Suero procurando atraerse la simpatía del de Cabra con la benevolencia y la dulzura de su acento.

—Yo soy el honrado, respondió D. Garcia, y no dudareis de que honrado me creo acercándome á vos, si recordais cuánto he deseado que nos unieran, no solo los lazos de la amistad, sino tambien los de la sangre...

D. Suero conoció que el conde no habia abandonado sus antiguas pretensiones; pero como solo pensaba acceder á ellas cuando no pudiese pasar por otro punto, creyó conveniente desentenderse de aquella alusion de D. Garcia, y dijo:

—¿Qué nuevas habeis recibido de Zamora?

—Corren en Búrgos muy satisfactorias para los amigos del de Vivar, á quien no solo ha honrado mucho D. Fernando, sino han mandado ricos tributos Abengalvon y los otros cuatro reyes moros apresados por él en el salto de montes de Oca. Y os aseguro, que estas nuevas me han apenado no poco, que siendo enemigo vuestro el de Vivar, su engrandecimiento debe contrariaros, y á fuer de amigo vuestro deploro el triunfo de vuestros enemigos.

—Agradecido os estoy, D. Garcia, por vuestra adhesion y buena amistad; pero ¿sentis el engrandecimiento de Rodrigo solo

Digitized by Google

porque redunda en contra mia? ¿No teneis ningun motivo mas para odiarle?

—Qué otro pudiera tener?

—Estraño, señor conde, que en este asunto seais tan poco previsor cuando en todos los demás lo sois tanto. ¿No perteneceis á la nobleza mas esclarecida de Castilla?

—Esa cualidad me honra mucho para que la olvide un solo instante.

—Pues bien: pronto los ricos-homes mas nobles y poderosos de Castilla y Leon serán al lado del de Vivar lo que vuestro escudero á vuestro lado; pronto el de Vivar considerará vasallos á los que hoy valen mas que él; pronto el mismo rey D. Fernando se verá dominado por ese audaz y soberbio soldado, á quien tantas mercedes dispensa sin considerar que cria el cuervo que le ha de sacar los ojos. ¿Y no os creeis, D. Garcia, obligado, como todo noble, á atajar en su carrera á ese corcel desbocado que amenaza atropellaros como á uno de tantos? ¿Creeis que el de Vivar, para quien el mismo rey será pequeño segun el orgullo y la ambicion que le dominan, se considerará menor que vos y por consiguiente tolerará que no os humilleis á sus pies?

—El de Vivar, si no es mi amigo, tampoco es mi enemigo, contestó D. Garcia, sin que las palabras de D. Suero alterasen en lo mas mínimo la calma que le era habitual; y añadió con una sonrisa un poco sarcástica:—¿Os parece que cumple á un caballero honrado, que yo soy, envidiar el engrandecimiento de otro caballero y mucho menos contrariar á aquel que nunca le ha ofendido? Eso se queda para vos, buen conde, eso de oponerse á los planes del de Vivar se queda para vos que sois su enemigo mortal, que habeis recibido de él ofensas que nunca olvidan los que de caballeros blasonan. Yo, lejos de estrañar la enemiga que á D. Rodrigo teneis y vuestro propósito de oponeros á su engrandecimiento, los aplaudo sínceramente. Si yo me hallára en vuestro caso, haria al de Vivar una guerra sin tregua, sacrificaria á la venganza de mi honor mi reposo, mi hacienda, mi vida... porque preciso es confesar que habeis sido cruelmente ultrajado por Rodrigo Diaz. ¿Quién

Digitized by Google

no recuerda en Castilla y Leon sus carteles poniéndoos de cobar de, de felon y de aleve que no habia por donde tomaros? Salid de vuestro condado, id por esos campos y esas aldeas de Castilla, y á los villanos oireis do quier entonar gentiles romances donde el pueblo repite los carteles del de Vivar...

—Callad, D. Garcia, callad, que arde en mi pecho el fuego del infierno!... esclamó D. Suero dando una patada que hizo retemblar el pavimento.

—Perdonad, continuó D. Garcia, pero á fuer de amigo vuestro debo deciros la opinion que en Castilla se tiene de vos, porque encerrado casi siempre en vuestro castillo ignorais quien os agravia y dejais sin castigo á los maldicientes... Si conmigo hubiérais hecho la jornada de Búrgos á aqui, hubiérais oido á los villanos los romances que os digo... Oid, oid, para que sepais la malicia de los rústicos de Castilla, oid lo que he oido cantar á los villanos desde que salí de Búrgos.

Y el conde cantó en ese tono monótono y melancólico con que las mugeres de Castilla arrullan á los niños:

«En Carrion ese castillo,
asentado á su yantare
estaba el conde D. Suero,
ese conde desleale;
la su copa le servian
pajecicos muy galanes,
y en la su copa polida
vino para emborrachare,
que el conde cura de vino,
de vino, que no de sangre...

—Infierno!... infierno! ábrete y sepúltame en tu seno!... esclamó D. Suero ajitándose como si sufriera el tormento de los réprobos. Callad, D. Garcia, que me arrojára por esa ventana ó clavára un puñal en mi corazon, si no necesitára vivir para clavarle en los que asi me calumnian y me escarnecen.

—Asi os quiero yo, airado cuando ofendido, respondió el conde

Digitized by Google

de Cabra estrechando la mano de D. Suero, cuyas arterias latian con tal violencia que parecian próximas á estallar y cuyos ojos estaban inyectados de sangre y cuya boca arrojaba espuma como la de la fiera rabiosa; asi os quiero yo, indignado y no resignado.

Y D. Garcia continuó:

«Mensajeros de Rodrigo,
el castellano leale,
el que en buenhora nació,
el que no ha pavor de nadie,
le dan su mensajeria,
bien oireis como diraen:
—Caballero, el caballero,
D. Rodrigo de Vivare
por calumñador vos reta,
que le llamásteis cobarde;
y si al campo no saliéreis,
caballero, no sois tale,
ni debeis calzar espuela,
ni en caballo cabalgare,
ni comer pan á manteles
ni con las dueñas folgare.
—Digades, los mensajeros,
al vuestro señor digades,
que se vaya noramala,
que ir al campo no me place.
Tal dijo el conde D. Suero,
ese conde desleale,
y la su copa polida
tornó á pedir á sus pajes,
que el conde cura de vino,
de vino, que no de sangre.»

—Ah! que no curo de sangre dicen!... La de los villanos haré correr á torrentes... gritó el conde de Carrion loco, desatentado

Digitized by Google

de cólera. Decidme quiénes son los que osan escarnecerme con esos ruines cantares...

—Todos los villanos de Castilla cantan el romance que habeis escuchado. Juzgad si lo habré oido repetir, cuando le ha retenido mi memoria, que para eso es la peor que hombre puede tener.... Pero no son los villanos los que os calumnian y os denuestan; castigar á los villanos seria tan injusto y difícil como castigar al eco que repite las palabras del calumniador... Devolved injuria por injuria al de Vivar, humilladle como él os ha humillado, y vereis como para esos mismos villanos mañana sois vos

el castellano leale,
el que en buenhora nació,
el que no ha pavor de nadie.

—Si, si, teneis razon, el rayo de mi venganza debe caer sobre el de Vivar, que él es mi único enemigo, mi perseguidor, mi fatalidad, mi ángel malo... Pero cómo podré vencerle? cómo podré humillarle? cómo podré devolverle á la faz el oprobio de que ha cubierto la mia?...

—Pues qué, no ceñís espada, no late en vuestro pecho el corazon de un caballero? Lidiad con él como los bandidos á quienes en la venta del Moro quitó una doncella que llevaban robada, como D. Gome de Gormaz, como Martin Gonzalez el aragonés....

D. Suero se estremeció ante este recuerdo del valor de Rodrigo, lo cual echó de ver D. Garcia con mucho contento, y replicó interrumpiendo al conde de Cabra:

—Eso hiciera yo, si á Dios pluguiera dar á mi brazo la fortaleza que ha dado á mi corazon; pero las dolencias que han abrumado constantemente mi juventud y aun me abruman, no me han dejado ejercitarme en las armas ni me permiten blandirlas como el de Vivar, que gracias, no á su corazon, sino á su robustez y destreza, de un bote de su lanza arranca de la silla á su enemigo.

El conde de Cabra se sonrió, no tanto de la pueril escusa de D. Suero como de satisfaccion al ver cuán llano iba poniendo el camino que al logro de su deseo conducia.

Digitized by Google

—Cierto, respondió, que el de Vivar, lidiando en el campo con vos tendria esa ventaja; mas hay otra lid mas segura y lícita al caballero á quien se ha agraviado prevaliéndose de su natural impotencia para vengar su honor con la lanza ó la espada. Donde no alcanza la espada alcanza la astucia, buen conde.

—Os comprendo, D. Garcia, os comprendo, y estoy resuelto á seguir vuestro parecer; mas creeis que en esa lucha alcanzaré el triunfo?

—Si como diestro os las habeis, no lo dudo.

—Pero con qué destreza puedo conspirar si esa lucha tambien es nueva para mí, si carezco de amigos que me ayuden y el de Vivar tiene muchos?

—Decís que careceis de amigos?

—El único á quien puedo dar ese nombre sois vos, D. Garcia... y me habeis negado vuestra ayuda repetidas veces que os la he pedido para emprender la lucha que ahora me aconsejais.

—Nunca os negué mi ayuda, D. Suero; lo único que hice fue pediros prenda que respondiese de vuestro silencio en caso de abortar nuestros planes; y si quereis que ahora os ayude, me habeis de dar esa prenda.....

—D. Garcia, cupiera mucha honra á mi casa enlazándola con la vuestra, porque noble sois á par del rey, bien que poco afortunado; pero mi hermana es aun niña por la edad y por su natural afeminacion... Y á parte de esto, casarla, tanto vale como matarla, porque quiere vivir y morir á mi lado ó en un monasterio. Si supiérais, D. Garcia, cuánto la amo, cuán dura me seria sin ella la vida, aplaudierais mi propósito de no violentar su albedrío. Aun no me habia apuntado el bozo cuando ambos quedamos huérfanos, y desde entonces ella es mi único consuelo y yo soy el suyo.

—Cuando la infanta sea esposa de mi hijo, cesará su horfandad y la vuestra, porque en mí y en mi esposa Doña Elvira tendreis Doña Teresa y vos unos padres tan cariñosos y tan buenos como los que perdísteis. .

—Yo agradezco, como debo, el deseo que os anima, señor

Digitized by Google

conde, pero.... respetad los caprichos de esa pobre niña, harto desventurada por su carácter triste y su constitucion enfermiza....

—Calculad por el amor que teneis á vuestra hermana el que tengo á mi hijo, y no estrañareis mi deseo de proporcionar á Nuño la tranquilidad del alma que perdió desde el dia que vió á la infanta y oyó á caballeros y á villanos ensalzar sus virtudes y su discrecion.

—No puedo menos de loar el sentimiento que os mueve á solicitar para vuestro hijo la mano de mi hermana, dijo D. Suero desesperando ya de obtener la ayuda del conde de Cabra á otro precio que al de la mano de Teresa; pero me es imposible complaceros.

—Y á mí tambien me es imposible proporcionaros un escelente medio para libraros del de Vivar....

—Decidme, D. Garcia, cuál es ese medio, y en cambio pedidme mis tesoros, pedidme...

—La mano de vuestra hermana, nada mas quiero, nada mas necesito.

—Oh suerte desventurada la mia!... No he de dar un paso sin perder un pedazo de mi corazon?... Venga el de Vivar, vengan todos mis enemigos y arránquenme la vida, que asi cesarán estos tormentos que sufro....

—Sí, el de Vivar vendrá, vendrán vuestros enemigos, mas os dejarán la vida para que la paseis deshonrado, fujitivo, sin un palmo de terreno en que posar vuestros pies, sin una cabaña en que guareceros, sin un pedazo de pan que llevar á vuestros labios. Y entonces vuestra hermana, esa delicada doncella á quien tanto amais, morirá de pena, de desnudez y de hambre, ó casará con un villano para prolongar asi su existencia... ¿Acaso os creeís bastante fuerte para seguir despreciando al de Vivar?... Fuertes y ricos y altivos eran el conde de Gormaz y Martin Gonzalez, y murieron á sus pies... y eso que entonces Rodrigo no era tan diestro ni tan fuerte como ahora, ni tenia reyes por vasallos...

—Pues bien, D. Garcia, interrumpió á este D. Suero, mi her-

Digitized by Google

mana será esposa de vuestro hijo si Rodrigo Diaz muere ó al menos es desterrado de Castilla y Leon.

—Morirá, morirá, no lo dudeis, D. Suero, esclamó el conde de Cabra abrazando lleno de alegria al de Carrion, y añadió: —Pero fiais que vuestra hermana consentirá unirse con mi hijo?

—Mi hermana, contestó D. Suero, hará mi voluntad y sino.. ¡desventurada!...

Y mientras la dulce Teresa, la pobre y enamorada niña, estaba en su aposento con Guillen soñando un paraiso de amor, aquellos dos cobardes, de alma de cieno y corazon de roca, siguieron concertando su cautiverio y el plan de asesinar vilmente á Rodrigo, al caballero mas cumplido de Castilla, «al bueno, al conquistador, al que en buenhora nació, al que en buenhora ciñó espada!

Digitized by Google

CAPITULO XXIX.

De como el rey y Rodrigo, despues de hacer buenas oraciones, dieron buenas cuchilladas.

ERIFICADA la reedificacion de Zamora, se disponia el rey D. Fernando á volver á Búrgos, donde pensaba dedicarse esclusivamente al perfeccionamiento de las leyes, la agricultura y las artes, aprovechando la quietud que disfrutaban sus reinos, y deseoso de tener él la que reclamaban sus dolencias, que hacia algun tiempo se iban agravando.

Antes de tornar á Búrgos quiso pasar á Compostela con objeto de visitar al santo Apóstol; y como lo supiera Rodrigo cuando se disponia á dejar esta última ciudad, terminados ya sus piadosos ejercicios, determinó esperarle allí para acompañarle á la vuelta.

Digitized by Google

En efecto, D. Fernando llegó á Compostela y se entregó durante algunos dias á los actos piadosos con mucho fervor, porque aquel monarca era tan buen cristiano como valeroso guerrero. Solazábase con la idea de volver al seno de su familia; mas hé aqui que los moros de Portugal quebrantaron inopinadamente la paz que tenian ajustada con D. Fernando, entrando por los pueblos cristianos fronterizos cometiendo todo género de estragos.

D. Fernando creyó que debia sacrificar su particular quietud á la de sus vasallos y al castigo de los infieles, quienes de otro modo cobrarian nuevos brios y llevarian aun mas allá sus depredaciones. Pidió consejo á Rodrigo Diaz y otros caballeros, y todos, y muy señaladamente el primero, opinaron por la guerra.

Asi pues, el rey y Rodrigo Diaz reunieron en pocos dias un ejército bastante numeroso, y caminaron á Portugal con ánimo de atacar el primer castillo moro que encontrasen á su paso, para lo cual iban provistos de buenos materiales de guerra.

Cerca de Monzao alcanzaron una hueste infiel que se apresuraba á tornar á Portugal con la rica presa que acababa de hacer en la comarca de Tuy, y la destrozaron completamente, quitándole todo el botin que D. Fernando repartió entre los suyos con lo cual el ejército cristiano tomó nuevos brios y siguió al alcande los pocos moros, que al mando de su caudillo el alcaide de Cea, escaparon de la matanza y lograron refugiarse en este último castillo.

Era muy fuerte el castillo de Cea y estaba bien guarnecido y provisto de vitualla para resistir un largo sitio, por cuya circunstancia creia D. Fernando que seria perder tiempo y soldados el embestirle; mas como los obstáculos eran incentivos al valor del Cid, pues tal nombre se daba ya á Rodrigo Diaz, este creyó que el ejército cristiano no debia pasar adelante sin hacer un nuevo alarde de su poder destruyendo aquel primer baluarte de los mahometanos.

—Señor, dijo Rodrigo al rey, quiero pediros una merced que no me habeis de otorgar.

Digitized by Google

—Hablad, Rodrigo, contestó D. Fernando, que ya sabeis cuánto me huelgo en complaceros.

—La merced que me habeis de hacer, señor, es que hoy mismo planten mis manos la enseña cristiana en el castillo de Cea.

—Oh buen Cid, quién no os ha de amar como al mejor caballero del mundo! esclamó D. Fernando estrechando contra su seno á Rodrigo. Con un centenar de caballeros como vos, echára yo los moros no solo de Portugal sino de toda España! No en vano os apellida el pueblo el que en buenhora nació! Aplaudo vuestro valor, Rodrigo; mi corazon se dilata y se alboroza al oiros; pero ved que la empresa que quereis acometer es difícil....

—Señor, en las empresas útiles y difíciles está la gloria. En ese castillo se han refugiado los que acaban de robar é incendiar una parte de vuestros Estados, y no deben quedar sin castigo. Perdonad, si falto á la moderacion con que debo hablar á mi rey y señor, pero Rodrigo Diaz quisiera mas hacer pedazos su espada, que estar á diez tiros de ballesta de los moros y no cerrar con ellos. Vean los infieles que no reparamos si son fuertes ó débiles los muros que los protegen, y el miedo que cobrarán nos servirá tanto como nuestros aceros. Mi mesnada abunda en este parecer, y desea ser la primera que pruebe á los infieles que no hay muros capaces de resistir á las armas castellanas.

—Bien, Rodrigo, contestó D, Fernando lleno de esperanza y de gozo, ataquemos esa fortaleza, sigamos luego á Viseo y otras plazas, y no tornemos á Castilla hasta dejar á Portugal libre del yugo mahometano.

E inmediatamente se dispuso el asedio del castillo; pocas horas despues era este atacado y defendido con obstinacion nunca vista. Los moros lanzaban nubes de proyectiles desde los muros haciendo terrible estrago en los sitiadores. Los arietes que estos hacian jugar sin descanso, no arrancaban una piedra porque los muros de Cea eran sólidos en estremo. El Cid y los suyos que combatian en el punto mas avanzado, ardian en impaciencia viendo que se dilataba el instante de lanzarse á la plaza.

Digitized by Google

Lám. 6.ª

—Al asalto, al asalto! gritó el Cid lleno de ardor y corage.

—Al asalto! dijeron todos los que combatian á su lado.

Mas cuando se disponian á aplicar escalas al muro, un trozo de este se desmoronó al terrible golpe de un nuevo ariete que acababa de construirse viendo la insuficiencia de los que se habian puesto en juego.

—Santiago de Compostela! gritó el Cid con voz tonante. Al muro, al muro mis caballeros!

Y arrancando de manos de un alferez la enseña de Castilla y Leon, trepa al muro, con ella en una mano y en otra la espada, seguido de muchos caballeros tan esforzados como él.

La sangre corre á torrentes; los moros luchan con desesperacion reconcentrando casi todas sus fuerzas en aquel punto; pero todos sus esfuerzos son vanos, que el Cid abre paso con su espada hollando cadáveres musulmanes, y al fin llega á lo mas alto del muro y clavando allí el estandarte cristiano, grita con voz robusta:

—Cea por D. Fernando!...

Este triunfo obtenido por la mesnada del Cid presta nuevo aliento á los sitiadores y acobarda á los sitiados. En breve es la plaza asaltada por otros muchos puntos y la cruz sustituye á la media luna en todas partes.

El castillo de San Martin y otros son tomados por el ejército de D. Fernando poco despues que la plaza de Cea; el nombre del Cid resuena por todas partes llenando de terror á la morisma, y el valeroso caballero cada vez mas animoso, cada vez con mas deseos de clavar la santa cruz allí donde aun se ostenta la media luna, propone al rey el cerco de Viseo, única plaza de importancia que conservan los mahometanos en Portugal.

—Señor, dice Rodrigo á D. Fernando, vuestras dolencias y vuestra ancianidad reclaman la quietud y el descanso despues de tan rudas fatigas. Si á un vasallo es dado aconsejar á su señor, permitidme aconsejaros que os retireis á Coimbra, que es una ciudad populosa y rica, y donde por consiguiente hallareis

Digitized by Google

todas las comodidades que soleis gozar en Leon ó en Búrgos. Yo soy mozo aun y por lo mismo no debo dar sosiego á mi brazo; dejad á mi cuidado el cerco y el asalto de Viseo, que asi Dios me salve, antes de quince dias ha de ser vuestra la plaza.

—Cierto, dijo D. Fernando, que mis dolencias se multiplican y los años me abruman mas de lo que yo quisiera, pues de tener algunos menos, juntos vos y yo, hubiéramos de lanzar la morisma allende el Estrecho... Pero mi corazon palpita de gozo y se rejuvenece viéndoos lidiar; tomemos primero á Viseo y luego iremos juntos á descansar á Coimbra, cuya plaza deseo visitar pues la tengo aficion aunque no sea mas que porque me costó siete meses de cerco el tomarla....

—Lo que á vos place eso me place á mí, señor, contestó Rodrigo viendo con alegria y enternecimiento el entusiasmo y el ardimiento guerrero que animaba á su rey.

Dos dias despues estaba cercada la plaza de Viseo.

En vano jugaban sin descanso los arietes contra los muros; porque estos eran solidísimos; en vano se arrimaban escalas para dar el asalto, porque las almenas estaban coronadas de ballesteros que derribaban con sus dardos á cuantos se acercaban al muro. Tres veces habia tomado el Cid el estandarte de Castilla y Leon como al escalar el muro de Cea, y habia querido subir al muro; pero otras tantas habia tenido que retroceder, viendo morir á los que le seguian y salvándose como milagrosamente.

Era mas de media noche; D. Fernando habia mandado suspender los ataques á la plaza hasta deliberar con sus capitanes, y particularmente con el Cid, acerca de los medios á que convenia acudir para no sacrificar tanta gente de armas y asegurar el buen término de aquella empresa. Habíase intimado la rendicion á los defensores de la plaza amenazándolos con que serian todos pasados á cuchillo si no se entregaban en cierto plazo; este plazo habia terminado, y sin embargo, los sitiados continuaban en actitud de defenderse.

Un moro que estaba de centinela en las almenas se descolgó

Digitized by Google

por la parte esterior del muro, y dirijiéndose al real de D. Fernando, solicitó ver á este. Rejistrósele por si llevaba armas con que cometer alguna traicion, y como no se le encontrasen, fue presentado al rey.

—Señor, dijo á D. Fernando, creo que vais á tomar la plaza y á pasar á cuchillo sus moradores; tengo muger é hijos á quienes amo y por salvarlos soy traidor á mi ley y á mis hermanos de armas. Há muchos años arrojaron una saeta desde esos mismos muros y mataron á D. Alfonso rey de Leon y padre de vuestra esposa; el que arrojó aquella saeta está en Viseo. Si me dais palabra de salvar á mi muger, á mis hijos, y á mí, os diré quien es...

—Glorioso san Isidoro! esclamó D. Fernando, qué es lo que oigo! Vive, vive aun el matador del buen D. Alfonso, á quien mi Doña Sancha llora aun?... Dime quien es el traidor, dime quien es, que yo te prometo no solo salvar á tí y á tu familia, sino colmaros de riquezas.

—Señor, se apresuró á decir el moro lleno de alegria, se llama Ben-Amet y está encargado de la defensa del muro de la mezquita; que como es el que mas debe temer caer en vuestras manos, se le ha confiado la defensa del punto mas importante.

—Eres dueño de quedarte en nuestro campo ó de tornar á la plaza, dijo D. Fernando; mañana entraremos en Viseo; que te vayas ó te quedes con nosotros, danos señas de tu casa y serán ella y sus moradores respetados.

—En frente de la gran mezquita hay un edificio aislado con un hermoso ajarafe; aquella es mi casa, señor, y allí estarán mi muger y mis hijos.

El moro se retiró á una tienda inmediata á la del rey pues no se atrevió á volver á la plaza, y poco despues reunió D. Fernando á sus capitanes y les refirió el suceso.

—Es menester, dijo el Cid, que al rayar el alba ataquemos el muro que defiende ese traidor, y que muramos todos ó le asaltemos.

D. Fernando alargó su mano á Rodrigo Diaz lleno de

Digitized by Google

alegria al ver que se habia anticipado á su pensamiento.

—Rodrigo, dijo, siempre adivinais lo que mi corazon siente. Si, si, es preciso que el traidor Ben-Amet espie con su sangre la de D. Alfonso; pero necesitamos economizar cuanto sea posible la nuestra. Hemos perdido muchos caballeros esforzados en los asaltos que hemos intentado, y necesitamos idear un medio que nos preserve algun tanto de los dardos enemigos.

—Nuestros escudos, dijo el Cid, no tienen suficiente campo para poner á cubierto de las flechas el cuerpo del combatiente; paréceme que convendria prolongarlos clavando tablas en ellos, pues á mi padre he oido que algunas veces se ha hecho asi.

—Si, si, dijo el rey, eso haremos.

Y como Martin Antolinez, Alvar Minaya y los demas caballeros que estaban presentes, aprobasen como el rey el proyecto del Cid, la mesnada de este que fue la que primero se ofreció á escalar el muro de la mezquita, se ocupó en seguida en disponer los escudos de la manera acordada.

Al rayar el alba se acercaron al muro de la mezquita el Cid y los suyos con mucho sigilo, provistos de escalas y anchos escudos. A una señal convenida de antemano, arrimaron las escalas al muro; pero los moros se apercibieron de la embestida y empezaron á arrojar una nube de saetas. Los caballeros cristianos que precedian á los escaladores lanzaban tambien multitud de dardos que hacian terrible estrago en los defensores del muro; pero como los escudos resguardaban el cuerpo de los asaltadores, estos no retrocedian, antes bien trepaban por las escalas y se hallaban próximos á dar cima al muro, á pesar de los rabiosos esfuerzos que Ben-Amet y los suyos hacian para evitarlo.

—Santiago de Compostela! gritó el Cid, como en el asalto de Cea, á cuyo grito contestaron llenos de entusiasmo los que le seguian, y todos se lanzaron á la eminencia del muro. Entonces se trabó una lucha sangrienta, horrible, feroz, cuerpo á cuerpo, brazo á brazo; los cadáveres rodaban por todas partes, la sangre corria á torrentes, los que guarnecian la plaza por otros puntos acudian al atacado, y el ejército cristiano se arrojaba á la plaza

Digitized by Google

por la entrada abierta por el Cid y los suyos y Ben-Amet estaba en poder de D. Fernando:

—Señor, gritó á este Rodrigo Diaz, una merced os pido; harta sangre humana ha corrido ya en Viseo, perdonad á los vencidos, que nuestros aceros no se ceben en los indefensos moradores de la plaza.

—No, no, respondió D. Fernando, no se cebarán, buen Cid; que nadie sea osado matar hombre ni muger.

Los soldados cristianos que alzaban sus aceros para sepultarlos en el corazon de los moradores de la plaza, se detuvieron respetando el mandato de su rey.

Y entonces Rodrigo Diaz plantó por su propia mano la enseña cristiana en los muros de Viseo, gritando:

—Viseo por Castilla y Leon, Viseo por D. Fernando!

Y aquel mismo dia fueron cortadas las manos y sacados los ojos al matador de D. Alfonso, y se le asaeteó sobre el mismo muro desde donde habia disparado la flecha rejicida.

Temerosos los moros de que D. Fernando sometiese con sus armas la comarca que aun dominaban en Portugal, trataron de distraerle, y juntando una numerosa hueste hácia la parte de Elvas rompieron por Estremadura, haciendo aun mayores estragos que los que hacia poco habian hecho en Galicia. Súpolo D. Fernando, y creyendo prudentemente que si bien era indispensable acudir á poner dique á aquel asolador torrente, no debia dejar desamparadas las plazas y las comarcas que acababa de ganar, determinó dividir su ejército con objeto de que la mitad de él quedase en Portugal y el resto volase en persecucion de los invasores.

Rodrigo Diaz á quien el ocio era insufrible, para quien el mejor puesto era aquel que ofrecia mas peligros y fatigas, y que se anticipaba siempre á los deseos del rey, se ofreció á acudir en persecucion de la morisma. Aceptó D. Fernando su ofrecimiento, y poco despues se puso el Cid al frente de una lucida hueste y partió para la frontera de Estremadura, en tanto que el rey satisfecho con el resultado de aquella campaña y firmemente persuadido de que Rodrigo haria pagar muy cara su audacia á los

Digitized by Google

infieles invasores se disponia á recorrer sus dominios de Portugal con objeto de asegurarse por sí mismo del espíritu público, del estado de las plazas fuertes, de las necesidades de sus vasallos y del arreglo de las cosas eclesiásticas y civiles en aquel reino.

El tránsito de D. Fernando de unas poblaciones á otras, fue una ovacion de las mas ardientes y sinceras de que habia sido objeto durante su larga vida. Los portugueses, que durante muchos años habian gemido bajo el pesado yugo musulman, bendecian y obsequiaban con fiestas y regocijos al monarca libertador, y á la par que á este, victoreaban á Rodrigo.

Digitized by Google

CAPITULO XXXI.

De como un bueno hace ciento.

Hacia ya algunos dias que Teresa y Guillen se entregaban á sus sueños de amor y felicidad; pudiera decirse que aquellos pocos dias habian indemnizado liberalmente á la infanta de cuanto habia padecido desde que voló al cielo su madre. La alegria de su corazon se reflejaba en su rostro, entonces risueño y sonrosado, si antes pálido y triste. Su hermano continuaba rodeándola de solícitos cuidados y caricias, y Guillen esperimentaba tambien las ventajas del estraordinario cambio verificado en la conducta del conde, cambio que ya sabe el lector tenia por objeto disponer á Teresa á la obediencia á su hermano cuando este la manifestase su voluntad de que diese su

Digitized by Google

mano al hijo del conde de Cabra. D. Suero se hallaba muy distante de sospechar la afeccion que unía á la infanta y el paje, creia que Teresa tenia aficion á este porque era un criado leal, que la distraia con su amena conversacion y que la habia cuidado con lealtad y abnegacion durante su permanencia entre los bandidos.

Llegaron á Carrion las nuevas de los triunfos que las armas castellanas y leonesas obtenian en Portugal y las de que muchos nobles y pecheros se dirijian de todas partes á unirse al ejército de D. Fernando ganosos de gloria unos y otros ganosos de botin. Guillen pensó entonces en su situacion, consideró que aquella era la ocasion oportuna para dar principio á sus sueños de gloria y engrandecimiento, y se decidió á dejar el servicio de D. Suero para acudir á la guerra de Portugal por mas que á él y á la infanta fuese doloroso el separarse. Manifestó pues su resolucion á Teresa, y como esta la aprobase convencida de que el engrandecimiento de Guillen era la única esperanza del logro de su amor, pasó á manifestársela tambien al conde decidido á llevarla á cabo, mereciese ó no la aprobacion de D. Suero.

—Señor, dijo á este, el sacrificio de mi vida me parece poco para corresponder á las bondades que os he merecido durante el tiempo que he estado á vuestro servicio, y en mi condicion actual es mezquino cuanto pudiera hacer para satisfacer esa deuda. Nada soy ahora y necesito ser algo en el mundo para ser útil á vuestra casa. El ejército cristiano conquista gloria y riquezas en Portugal, y yo deseo participar de sus conquistas; permitidme partir á alistarme en él...

El conde de Carrion se sonrió de las quiméricas esperanzas del paje, y dijo con tono de bondadosa reconvencion:

—Qué loco sois, Guillen! Pensais que es cosa fácil á un pechero ceñir espada y calzar espuela de caballero á fuerza de tajos y lanzadas en un ejército donde todos las dan á diestro y siniestro? Si para ser caballero fuera eso bastante, el ejército de D. Fernando seria un ejército de caballeros. Contentaos con ser lo que sois, ya que vuestro nacimiento os privó de ser otra cosa, que yo estoy satisfecho de vos y solo anhelo teneros á mi lado.

Digitized by Google

—Señor, replicó Guillen, cierto que por mis venas no corre sangre noble, pero aquí en este pecho late un corazon que ambiciona serlo. Mozo soy, y estoy dispuesto á luchar tenazmente por conquistar la nobleza que la cuna me negó; si venzo, tanto mayor será mi engrandecimiento cuanto de mas bajo puesto me haya alzado; si muero, alguna honra me cabrá en haber sacrificado mi vida á una ambicion generosa y noble.

El entusiasmo y la ardiente ambicion de engrandecimiento que el paje espresaba llamaron la atencion de D. Suero. Este consideró que en efecto el humilde paje podia llegar á valer mucho animado por aquellos sentimientos; consideró que Guillen era agradecido; consideró que él, el conde de Carrion, necesitaba amigos, pues ni aun con la amistad de rústicos villanos contaba; y por último, consideró que aquel mancebo podia serle mas útil en la hueste del Cid que en su castillo.

—Guillen, mi buen paje, le dijo alargándole afectuosamente la mano, eres mas honrado que muchos que nacieron nobles, hay en tí para hacer un caballero, te animan sentimientos generosos que me huelgo en aplaudir. Parte á la guerra, que ya concibo la esperanza de tratar un dia como á caballero al que tanto tiempo he tratado como á servidor mio. Quiero que lleves á la guerra un recuerdo del caballero á quien tan lealmente has servido; pocos caballos me dejaron los bandidos, mas quiero darte el mejor que hay en la caballeriza y las armas con que has de lidiar.

—Gracias, señor, gracias.... murmuró el paje olvidando todas las maldades del conde y no viendo mas que la generosidad que con él usaba D. Suero en aquel momento.

—Enemiga me tiene Rodrigo Diaz, continuó D. Suero, sin duda porque me juzga mal, porque me han calumniado á sus ojos; mas no dejo de conocer que es un honrado caballero y un escelente soldado. Debeis alistaros en su hueste, porque al lado del de Vivar podreis aprender cuanto cumple á un soldado y aun á un caballero.

El paje estaba sorprendido oyendo hablar asi á D. Suero de Rodrigo Diaz, á quien hasta entonces habia odiado y procurado

Digitized by Google

disfamar en todos conceptos; pero consideró que asi como los sentimientos de D. Suero se habian modificado respecto á la infanta, debian haberse modificado tambien respecto á todos los demas.

—Y cuándo pensais partir, Guillen? añadió el conde.

—Hoy mismo quisiera hacerlo, señor, contestó el paje; porque ya que he obtenido vuestro beneplácito, me conviene ir á Portugal antes que termine la guerra con los moros, que creo no durará mucho segun la maña que dicen sè dá á lidiar el ejército cristiano.

—Pues bien, Guillen, Doña Teresa tendrá tal vez que haceros algun encargo; despedios de ella y partid cuando querais.

Guillen pasó á la estancia de la infanta lleno de alegria por la benevolencia del conde, y de tristeza porque se acercaba el doloroso momento de separarse de Teresa..... quizá para siempre.

Guillen y Teresa se separaron como la uña de la carne, segun la significativa espresion de un cronista del Cid, y poco despues abandonaba el primero el castillo de Carrion cabalgando en el brioso corcel que D. Suero le habia regalado y armado de escudo y lanza.

En aquel instante llegó á la puerta del castillo Bellido Dolfos; conocíale Guillen por uno de los capitanes de la banda del Vengador, pues le habia visto en el campo de esta al tornar á Carrion con la infanta despues que hubieron regresado todos los bandidos que habian quedado en poder de D. Suero, y le causó suma estrañeza el verle entrar en el castillo.

Guillen siguió el camino de Portugal pensando en su amada y formando castillos en el aire. Habria empleado cuatro horas en su larga jornada, cuando al llegar á un encinar solitario casi siempre, pues no habia pueblo ni venta en todo aquel contorno, le pareció oir hablar en la espesura; aplicó el oido y oyó las siguientes palabras:

—Noble debe ser, que de tal son su cabalgadura y sus armas, segun lo que desde allá arriba he podido notar.

Digitized by Google

—Si lo fuera, no cabalgaria solo por estas soledades.

—Quizá se habrá apartado de los suyos mal de su grado en estas espesuras.

—Pues sea noble ó pechero, ve á avisar á nuestros gefes, que yo continuaré aquí sin apartar ojo del camino, no sea que venga gente detrás y yendo por lana volvamos trasquilados.

—Eso haré incontinente, hermano.

Guillen registró con la vista la arboleda, y aunque no habia maleza entre los árboles, no descubrió persona alguna; pero en el momento de ocurrírsele que los interlocutores estarian ocultos trás algun tronco, vió que por uno de estos se descolgaba un hombre, el que echó á correr hácia una cañada inmediata y estaba vestido con corta diferencia como los de la banda del Vengador. Al momento conoció Guillen con que gente se las iba á haber: la banda del Vengador acampaba en aquella arboleda y habia colocado vijías en aquellos altísimos árboles. Requirió la lanza y el escudo por si acaso tenia que hacer uso de ellos, y continuó su camino; pero apenas habia dado veinte pasos su cabalgadura, cuando salieron cuatro hombres á caballo por una senda que venia de hácia la cañada, y le gritaron:

—Téngase el caballero.

—Eso hiciera yo si me mandárais con mas cortesía, contestó Guillen sin obedecer aquella intimacion.

—Ahora daremos la cortesía al muy osado.

Y los bandidos, pues á la banda del Vengador pertenecian en efecto aquellos hombres, acometieron al ex-paje, que los recibió con la punta de su lanza.

Guillen se defendió largo rato dando botes que valian cada uno por cuatro de los de los agresores; pero al fin, merced á su superioridad numérica, le desarmaron estos y le arrastraron al encinar.

—No temais que cometamos felonía con vos, dijo uno que parecia hacer cabeza de los bandidos; habeis lidiado como valiente, y nosotros, aunque bandidos, somos bastante honrados para estimar en lo que valen á los valientes.

Digitized by Google

Y como el que esto decia reparase en el rostro de Guillen, que en aquel instante se echó atrás la caperuza, añadió :

—Lléveme Belcebú si esa faz no me es conocida.... Sandio de mí que no habia echado de ver que tenemos entre nosotros nada menos que al mas leal y adicto de los servidores del conde de Carrion....

—Hélo sido, señor Vengador ó como os llameis, contestó Guillen; pero de hoy mas, serviré á D. Rodrigo Diaz ó el Cid, como han dado en llamarle..... Digo mal, serviré á Cristo y á mi patria, cuyos enemigos voy á combatir en Portugal.

—Y lo hareis bien, por quien soy, segun el aliento que acabais de mostrar, dijo el Vengador. No sé cómo habeis servido tanto tiempo al de Carrion, que segun lo malvado que él es, habreis sufrido las penas del infierno á su servicio.

—Antes bien me ha tratado á cuerpo de rey. Veis mis armas y mi cabalgadura? Pues regalo suyo son. Cierto que D. Suero ha sido mucho tiempo un D. Judas; mas no sabeis cuán otro es de poco acá.

—Maravillame tal conversion.

—Y para maravillar es.

—Mas yo no fiára mucho de ella.

—Yo si fio. ¿Pensais que en el mundo no hay arrepentidos?

—Haylos, no lo dudo, mas....

—Vosotros que hoy sois bandidos, podeis ser mañana honrados soldados...

—Cierto, soldados y bandidos todos somos gente de armas, todos tenemos por oficio matar y saquear...

Guillen, que ya se consideraba soldado, no llevó muy á bien aquel paralelo.

—Pero un modo de saquear y matar es el de unos y otro el de otros.

—Mas lo cierto es que todos matamos y saqueamos, y todos lo hacemos afilando las armas y las uñas....

—Sandio de mí que me meto á deslindar con bandidos el oficio honrado del que no lo es!

Digitized by Google

—Pues bien, si este pleito no os place, departamos de otra cosa. ¿Qué es de vuestra señora, aquella delicada doncella de quien tanto curábais en nuestro campo?

Guillen, que por un instante habia olvidado á Teresa, se inmutó á su recuerdo y creyó que los bandidos iban á manchar el nombre de la infanta mezclándole con alguno de sus dichos obscenos.

—No la menteis, dijo, que solo los que sean tan buenos como ella deben tomarla en boca.

—Pensais que nosotros no respetamos á los buenos? Sabemos que la infanta lo es, y lejos de calumniarla, cortáramos la lengua al que osára decir mal de ella. Y si no, ¿no recordais lo que hicimos con aquel hermano que queria reemplazarte cerca de ella en la tienda?

Guillen recordó el hecho á que el Vengador se referia; recordó que el gefe de la banda se habia portado con Teresa mas que como bandido, como cumplido caballero, y hasta sintió en su corazon un movimiento de simpatía hácia el Vengador.

—Si, si, no le he olvidado y si me pidiérais la vida, os la diera por lo bien que tratásteis á mi señora.

—Ola, cuánto os interesa el bien de la infanta! Jurára que no es para vos saco de paja...

Guillen se puso colorado: el Vengador lo notó y añadió:—Asi Dios me salve, fuera bueno que allá en Portugal descabezando moros os hiciérais digno de la caballeria y fuérais subiendo como la espuma, y al fin la infanta os diera su mano para borrar con su suave roce esa cicatriz que dejó en la vuestra el puñal de aquel perillan de quien enantes hablábamos....

Una alegria singular brilló en el semblante del ex-paje, como si estas palabras que tan en armonía estaban con sus esperanzas fuesen la profecía de un santo ó la de un hechicero. El Vengador tenia un nuevo título á la simpatía de Guillen, porque con quien mas simpatiza el hombre es con aquel que mas halaga sus inclinaciones; pero el mancebo creyó no debia dejar traslucir aquel amor purísimo que ocultaba en su corazon al alejarse de Castilla.

—Tan desatinada idea, dijo, jamás ha pasado por mi cabeza. Amo si á la infanta, mas es como todos la aman, porque es buena,

Digitized by Google

porque es compasiva, porque es la bondad misma, porque es la mas santa de las mugeres; la amo... como los hermanos aman á las hermanas, que no encuentro otro modo de deciros de qué manera amo á la infanta Doña Teresa.

Entre un mancebo y una doncella no unidos por los vínculos de la sangre, existe la amistad tierna y pura, pero existe cortos momentos porque se convierte en amor muy pronto, ó mas bien la amistad con relacion al amor es lo mismo que el boton con relacion á la rosa. El Vengador lo sabia por propia esperiencian; conocia y el lector conoce, sino es escaso de memoria ó de entendimiento, que suelen ser sinónimos, una doncella á quien primero amó como se ama á una hermana, y luego la amó como se ama á una doncella; así fue que las últimas palabras de Guillen le convencieron mas y mas de que el ex-paje estaba enamorado de la infanta, aun cuando no se atreviese á dar el nombre de amor á lo que respecto á ella sentia.

Y era el caso que como Martin y Guillen amaban ambos, tenian deseos de hablar de su amor, de depositar aquel sentimiento en el seno de alguien que le comprendiese. Martin habia confiado á Rui-Venablos su amor á Beatriz, á quien hacia mucho no habia visto; pero ¿qué entendia de amor Rui-Venablos, el rudo soldado que habia pasado la vida en los campos de batalla, sin amar mas que á su caballo y su lanza, y sin regalar su oido con mas acento amoroso que el del clarin que le incitaba á cerrar con los escuadrones moros y á cercenar cabezas con que engalanar el asta de las lanzas castellanas?

—Pero ¿no tuviérais á dicha casar con Doña Teresa? repuso el Vengador.

—Tuviéralo en mas que ser rey de Castilla y Leon, contestó el ex-paje sin saber lo que se decia.

A Martin no quedó ya duda de que Guillen estaba enamorado de la infanta.

Los bandidos que acompañaban al Vengador, que como este habian descabalgado, departian á corta distancia de nuestros interlocutores en tanto que sus caballos pacian en un ribazo cubierto de fresca y abundante yerba.

Digitized by Google

—Id á la cañada, les dijo el gefe, y despachad la vianda que dejamos empezada por acudir á este mancebo, que si os he menester, los vijías os avisaran.

Los bandidos tomaron de las bridas sus cabalgaduras y obedecieron á su gefe. Por consiguiente, este y el ex-paje quedaron solos pues los vijilantes colocados en la copa de dos árboles no los podian oir.

—Pues sabed, amigo, dijo Martin, que os tengo aficion desde que os ví en el castillo de vuestro amo aquella malaventurada noche que le asaltamos, y vuestra adhesion á la infanta, vuestro denuedo, y aun el veros ir á la guerra por lidiar contra los infieles en la hueste del de Vivar, me han aficionado mas y mas. Quizá algun dia sabreis que si de oficio soy bandido, no lo soy de corazon. Vos amais á la infanta, helo conocido y es vano que me lo negueis. Sabed que yo tambien amo á una doncella que si no tiene sangre noble, tiene tan noble el alma como Doña Teresa que es cuanto puedo comparar. Me muero por departir de este mi amor con quien puede comprenderle; mas ese no le he encontrado aun desde que estoy en la banda. Cierto que uno de mis compañeros, por nombre Bellido, ama á una muger á quien ahora está á ver; mas he conocido que no tiene corazon como el que late aqui, en mi pecho...

—Decís que Bellido ama á una muger? preguntó Guillen á Martin acordándose de que habia visto al traidor entrar en el castillo.

—Sí; camino de Búrgos vive la muger á quien ama.

—Pues yo creyera que vive en el castillo de Carrion, porque allá llegó cuando yo salia...

—Ira de Dios que le confunda! esclamó Martin irritado. Bellido Dolfos en Carrion!..... Ese traidor está en tratos con el conde para vender la banda!..... Bien me anunciaba el corazon que Bellido era un Judas.... ¿Pero estais seguro de que era él?

—Como de que vos sois el Vengador, contestó Guillen viniendo en conocimiento de que las sospechas del gefe de la banda eran fundadas, pues recordó haber oido á sus compañeros los criados

Digitized by Google

del conde que sospechaban hubiese entre este y Bellido alguna connivencia.

—Necio de mí! dijo Martin dándose con la palma de la mano en la cabeza; necio de mí que no acabo de creer en la falsedad de los hombres!... Necio de mí que siempre he tenido por visionario á ese buen Rui-Venablos al verle dudar todos los dias de la lealtad de Bellido!...

—Mas necio sois aun en no abandonar el ruin oficio de bandido que teneis, dijo Guillen lastimado de que un mancebo como el Vengador no tuviese profesion mas noble. ¿Es posible, añadió, que en unos tiempos como estos, en que los infieles combaten sin cesar la ley de Cristo y ejercen el robo y el homicidio en nuestra patria, acaudille una banda de salteadores un mancebo valiente, generoso y enamorado? Y digo enamorado, porque no comprendo que estándolo se pueda menos de tener pensamientos tan altos como los que bullen en mi cabeza desde que amo.

—Bien decia yo que amábais á la infanta, dijo Martin sonriéndose, á pesar del enojo y la inquietud que le causaban sus sospechas de traicion por parte de Bellido.

—Pues sí, la amo, contestó Guillen dejándose arrastrar de la inefable confianza que le inspiraba el Vengador. La amo, y sé que morirá con vos este secreto que os fio; la amo, y he de hacerme digno de ella, ó he de morir en la demanda. ¿Qué era yo antes de sentir este amor que remonta mi pensamiento mas alto que su vuelo esas águilas que cruzan sobre nosotros rozando con sus alas el azul del cielo? Oid, señor Vengador, lo que yo era entonces : era un hombre que solo miraba el cielo para adivinar el buen tiempo ó el malo, que solo curaba del sol cuando quemaba demasiado ó era grato su calor; que solo envidiaba á los caballeros porque vestian y cabalgaban mejor que yo; que deseaba ser rico, porque los ricos se alimentan con sabrosa vianda y moran en cómodos aposentos; que veia la felicidad suprema allí donde uno tiene un jarro de vino, una blanca hogaza, y una buena presa de carne; que en la guerra no veia mas placer que el de la venganza personal, ni mas gloria que la del botin; que en las mugeres, no veia mas que mugeres, que confundia el amor de la ra-

Digitized by Google

mera con el de la muger enamorada; que al ver á rojar coronas de laurel y flores al caudillo que tornaba vencedor de la guerra decia: «¿Porqué se estremece de placer ese caballero al sentir sobre su frente esas coronas de laurel y flores, cuando tan fácil es tejerlas en los campos de Castilla?» Que preguntaba con frecuencia: «¿Por qué curan los hombres del bien ó del mal que pueda decirse de ellos despues de su muerte? ¿Qué les importa este mundo á los muertos? ¿No muere todo lo mundano con el hombre?» Asi era yo entonces, tenia el alma tan vulgar como el mas vulgar de los villanos; pero desde que tomé aficion á la infanta Doña Teresa, desde que esa noble doncella vive en mi pensamiento á todas horas, de dia y de noche, cuando velo y cuando duermo, no soy el mismo, señor Vengador: me place contemplar el cielo á todas horas, porque me parece que allí, entre aquellos albos vellones que vagan en su azulada y trasparente superficie, está el mundo que la infanta y yo soñamos todas las noches; me place el sol de marzo como el de julio, porque el sol siempre es hermoso y adoro la hermosura donde quiera que esté desde que adoro á la infanta; quisiera ser noble y rico, para que mis ocupaciones fueran nobles, para no manchar á la infanta con el lodo que recoje el que se arrastra por el suelo; la venganza y el botin me parecen mezquino placer en la guerra; la gloria de servir á Dios y á la patria, es la que envidio al soldado, es la que voy á buscar á los campos de Portugal; veo en las mugeres algo mas que mugeres, veo... no sé esplicároslo, señor Vengador, pero veo séres que se parecen á los ángeles, séres que se parecen á Teresa; me hastía el amor que no mora en el alma, mi corazon es todo amor, todo ternura; estrechára contra mi seno á todo el género humano con la santa ternura del hermano que estrecha á su hermano, de la madre que estrecha á su hijo; me parece que una de esas coronas con que he visto adornar la frente de los guerreros me enloqueceria de placer, anuyentaria mi razon al tocar mi frente, y diera por ella cien vidas que tuviera; envidio la dicha de los que al morir dejan un noble recuerdo que no ha de morir jamás...

—Mancebo! esclamó Martin que habia escuchado con entusiasmo y emocion á Guillen, dadme esa mano, aunque la de un

Digitized by Google

hombre tan honrado como vos sois, no debe estrechar la de un bandido...

—Los brazos, que no la mano, os daré, dijo Guillen echando su brazo al hombro del Vengador. No juzgo yo á los hombres por lo que parecen, mas sí por lo que son. Ignoro porqué habeis abrazado el ruin oficio de bandido, mas sé que late en vuestro pecho corazon de caballero... No, no podeis ser bandido por matar y robar para enriqueceros : algun deseo de venganza os ha conducido á esta ruin vida que traeis...

—Sí, sí, una venganza, contestó Martin con emocion, una venganza noble, sagrada... una venganza que juré sobre el cadáver de mi padre y aun no he podido cumplir, fué la que armó mi diestra con el puñal del bandido, fué la que al honrado Martin, al bueno, al tranquilo, al inofensivo mancebo de Carrion hizo el terrible Vengador.

Y Martin contó á Guillen su historia, le mostró su corazon tal cual era, con la confianza con que el hermano cuenta al hermano, al tornarse á ver despues de una larga ausencia, cuanto ha sentido, cuanto ha padecido, cuanto ha gozado, cuanto siente, y concluyó diciendo:

—Os parece que debo abandonar la venganza que tanto anhelo y por la que tanto he trabajado?

—Si la abandonárais, lejos de desmerecer, fuérais mas digno de estima á mis ojos; porque, segun mi modo de ver las cosas, la venganza es siempre ruin, es siempre criminal; pero ya que la costumbre la ha santificado hasta cierto punto, perseverad en hora buena en ella; mas para llevarla á cabo, haceos fuerte por medios mas nobles que el robo y el homicidio. Si cuando llegásteis á capitanear trescientos hombres no conseguísteis vengaros de vuestro enemigo, ¿cómo lo conseguireis hoy que teneis cuarenta? ¿Qué esperanzas debeis tener de aumentar vuestra banda, cuando tan poco ha aumentado y tantos reveses ha sufrido despues del que sufrió en el castillo de Carrion? Cierto, teneis razon, Martin, el temor de perecer en la banda del Vengador, retrae de alistarse en ella á los que por sus inclinaciones ó por su miseria lo hubieran hecho en otro tiempo. Ya sabeis, ademas, que Bellido

Digitized by Google

trama vuestra ruina, porque indudablemente ese y no otro fin le lleva á Carrion...

—Y qué he de hacer, Guillen, qué he de hacer en situacion tan crítica? Ira del diablo! yo tan animoso, tan audaz, tan obstinado antes, tan irresoluto, tan abatido, tan cobarde ahora!.. Qué he de hacer, Guillen, qué he de hacer?

—Qué habeis de hacer? No os aconseja algo ese corazon tan generoso, tan noble, tan enamorado?

—Desde que os he oido, me dice este corazon que desea algo mas que venganza. El bandido no puede levantar la frente orgullosa sin temor de que le escupan á la cara, y hace algunos instantes que diera mi vida por poder alzarla como el mas honrado de Castilla.

—Pues bien, Martin, venid conmigo, vamos á los campos lusitanos donde lidieis por Dios y por la patria; allí lavareis con sangre infiel la mancha que el mundo ve en la frente del bandido, allí adquirireis poder para castigar al asesino de vuestro padre, de allí tornareis cien veces mas digno de uniros para siempre con esa honrada doncella por cuya posesion suspirais...

—Sí, Guillen, sí, vamos á Lusitania, que ya mi corazon late con violencia, creyendo llegado el momento de mostrar su valor en lides mas honrosas que estas!...

—Bien, Martin, bien!... Ese entusiasmo me dice que sereis un buen caballero, esclamó Guillen abrazando al capitan de bandidos.

—Venid conmigo, dijo este, que voy á participar mi resolucion á la banda, que me seguirá á Portugal, porque se compone de hombres que no tienen mas voluntad que la mia, que solo por librarse de la tirania y de la miseria ahogan en su corazon la voz de la honradez y arrostran la infamia que lleva consigo la vida del bandolero... Aquí en esta cañada está la mitad de la banda, y la otra mitad está con Rui-Venablos á la vuelta de aquel cerro que veis allá en frente.

—Y creeis que tambien Rui-Venablos os seguirá?

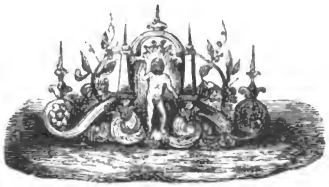
—Ah! no sabeis quien él es! Rui-Venablos es mas honrado que yo, Rui-Venablos vino á la banda movido de un sentimiento desin-

Digitized by Google

teresado y noble; ha sido soldado casi toda su vida, y para él la dicha está en los campos de batalla.

Algunas horas despues estaban reunidos en el encinar los cuarenta bandidos de que se componia la banda del Vengador, todos alegres, todos contentos, todos satisfechos de la determinacion de su gefe. En rigor, aquellos hombres no merecian el nombre de bandidos: mas bien que bandidos, eran una partida de hombres que se habian rebelado contra la tirania de algunos nobles, y que mas bien se rejian por las leyes de la guerra que por las del bandalismo. Aun así, en nuestros tiempos no hubieran sido admitidos como soldados por ningun caudillo honrado y leal, pero entonces lo que se necesitaba eran soldados decididos á combatir al enemigo comun, y nadie curaba de su procedencia.

Poco despues, Martin y Guillen tomaron solos el camino de Búrgos, pues el primero quiso ir á Vivar á despedirse de Beatriz porque hacia mucho tiempo que no la habia visto, y Rui-Venablos tomó el camino de Portugal seguido de los bandidos despues de convenir en el punto donde se habian de reunir aquellos y estos antes de llegar á la frontera.



Digitized by Google

CAPITULO XXXII.

Donde se justifica el refran de «hágase el milagro y hágale el diablo.»

ARDIA el Cid en impaciencia por alcanzar á los moros, que desolaban á Estremadura; consideraba que estos cometerian entonces mas estragos que nunca, porque nunca habian invadido los Estados de D. Fernando con tanta saña y desesperacion como entonces. Rodrigo veia con los ojos del alma todos aquellos estragos; veia las mieses taladas é incendiadas, robados los ganados, entregados al saqueo los templos y las casas, y los moradores de los lugares invadidos unos inhumanamente degollados, y otro, mas desgraciados a un, cautivos y maltratados sin compasion; veia á los que aun conservaban libres sus manos, alzarlas al cielo pidiendo á Dios misericordia, demandándole un guerrero que castigase á los bárbaros

Digitized by Google

invasores, un ángel que con su espada de fuego esterminase á los crueles é impíos para quienes nada sagrado habia. Y el animoso y noble corazon del caudillo castellano participa del dolor de aquellos desventurados.

El Cid atravesó la frontera de Estremadura al frente de su animosa hueste lleno de gozo, como si pusiese el pie en la tierra de Promision. Por todas partes veian sus ojos el rastro de fuego y sangre que los infieles iban dejando en su desoladora correría; pero por mas que la hueste castellana precipitase su marchar, no descubria á los infieles, y Rodrigo y los suyos rugian de furor al ver que su diligencia era vana.

Los infieles habian sabido que el invencible caudillo cristiano se encaminaba á ellos; tornar á Portugal, era lo mismo que salirle al encuentro, y dirigirse al reino de Toledo era esponerse á ser rechazados de la frontera, porque sabian que Almenon no querria perder la amistad de D. Fernando admitiéndolos en sus dominios. El único recurso que les quedaba era seguir adelante, atravesar el corazon de Castilla y pasar el Moncayo, con objeto de ponerse á salvo en alguno de los muchos y reducidos Estados moros en que Aragon estaba dividido; asi pues adoptaron este último partido, y continuaron hácia el interior de Castilla, acrecentando á su paso la rica presa que habian hecho en Estremadura; mas como llevasen una jornada de ventaja al Cid, no fue posible á este darles alcance tan pronto como deseaba. Empero unos y otros se hallaban ya en el interior de Castilla y Rodrigo Diaz, temeroso de que los moros consiguiesen su intento de pasar á Aragon sin haber sido alcanzados, determinó hacer el último esfuerzo, un esfuerzo casi sobrehumano, para caer sobre ellos y arrebatarles los numerosos cautivos que llevaban, y castigar su audacia y sus crueldades. Al fin logró alcanzarlos entre Atienza y San Esteban de Gormaz, y se trabó la pelea con espantoso furor.

La hueste del Cid, si aventajaba en valor á la mahometana, era menos numerosa que esta; pero la circunstancia de hallarse en su pais, y hasta el corage de que se hallaba poseida viendo que habian sido vanos sus esfuerzos durante su larga marcha para alcanzar á los invasores, eran elementos que peleaban en su favor.

Digitized by Google

Los moros trataban de defender á toda costa su presa, que era demasiado rica para dejarla arrebatar fácilmente. Varias veces se arrojaron los escuadrones castellanos contra los infieles, pero todas fueron rechazados con espantosa mortandad de ambas partes. El Cid era siempre el primero que aguijaba su cabalgadura para cerrar con los infieles, y á su lado se veia á Fernan, aunque para seguir á Babieca, que volaba apenas sentia la espuela, tenia que desollar los hijares á Overo.

—Sus, sus! Santiago de Compostela! gritó el Cid ardiendo en ira al ver la impotencia de sus esfuerzos, y preparándose á acometer nuevamente. Muramos todos en estos campos de la patria antes que perder el nombre de invencibles que Castilla nos dá, que mas vale morir lidiando que vivir huyendo. ¿No ois, mis caballeros, esos lamentos que salen del campo enemigo? Son de los tristes cristianos á quienes estos bárbaros infieles arrastran consigo cargados de cadenas y hollados por sus corceles. Nosotros somos su única esperanza, en nosotros fian, sobre nosotros llaman la bendicion de Dios en tanto que nos ven lidiar con ánimo esforzado para quebrantar su cautiverio, y nos maldecirán si nos ven desmayar como hombres sin corazon. Los que vencieron en Portugal, ¿serán vencidos en Castilla, en Castilla donde reposan las cenizas de sus esforzados ascendientes, donde contemplan sus hechos los ojos de una madre, los de una esposa ó los de una doncella amada? Sus, caballeros! seguidme, venced ó morid conmigo, que yo quiero vencer ó morir como bueno!.»

Y al pronunciar estas últimas palabras, el Cid se lanzó á los enemigos, y con él todos sus caballeros, dando gritos de entusiasmo que demostraban el poder que la palabra y el ejemplo del valeroso capitan egercian sobre aquellos bravos soldados.

La hueste enemiga estaba dividida en dos cuerpos colocados uno á diez tiros de ballesta del otro. A un mismo tiempo fueron ambos acometidos por los cristianos, cuyos escuadrones se dividieron tambien al arrancar, cerrando el Cid con los moros de la derecha, al paso que Martin Antolinez, á quien fió aquel su enseña, cerraba con los de la izquierda. Unos y otros recibieron con las puntas de sus lanzas, y el filo de sus cimitarras á los cristianos;

Digitized by Google

pero el cuerpo acometido por el Cid no pudo resistir la acometida, y emprendió la fuga en el mas espantoso desórden, seguido y acuchillado furiosamente por los castellanos.

El Cid y los suyos habian desaparecido ya en el lejano horizonte siguiendo al enemigo ciegos de furor y ansiosos de esterminarle completamente, y aun no habia conseguido Martin Antolinez romper los escuadrones moros, colocados á la izquierda. La lucha era allí cada vez mas obstinada y sangrienta, y cada vez era su éxito mas dudoso. Lejos de ganar terreno los de Antolinez, comenzaban á perderle, pues los moros, viéndose privados de toda ayuda, lidiaban ya con la desesperacion del que perdida la esperanza de salvarse, quiere saborear al morir el placer de la venganza. Ciegos de corage los cristianos por aquella tenaz resistencia, rompieron al fin por medio de los enemigos sin reparar en lo arriesgado de esta empresa, y entonces los moros, valiéndose de una rápida y hábil estratejia, los cercaron por todas partes, y la lucha se hizo mas encarnizada aun. Los cristianos eran acuchillados horriblemente, todos sus esfuerzos se estrellaban en aquel círculo de lanzas enemigas que los rodeaba, estrechándose cada vez mas; apenas les quedaba esperanza de salvacion, y la enseña verde del Cid iba á quedar en manos de los infieles, aunque Martin Antolinez que la alzaba en una mano al mismo tiempo que blandia con la otra su espada, derribando un enemigo de cada golpe, estaba resuelto á salvarla ó morir á su sombra. El desaliento comenzaba á apoderarse de los caballeros cristianos, heridos muchos de ellos, y medio muertos de fatiga todos. Antolinez echaba de cuando en cuando una rápida ojeada á la llanura por ver si acudia alguien á su socorro; pero la llanura estaba desierta, solo veia en ella el rastro de cadáveres que habia ido dejando la haz perseguida por el Cid, y muchos cautivos que habiendo podido escapar de entre los moros durante la pelea, vagában por aquellos campos, maniatados aun é inciertos de la suerte que les iba á caber. Multitud de enemigos formaban un segundo círculo en torno de Antolinez, atacando á este con furor, deseosos de tomarle la enseña; el animoso burgalés se defendia con heróico esfuerzo, pero la sangre teñia el paramento de su caballo, y en

Digitized by Google

vano pugnaban Alvar-Fañez, Minaya y otros caballeros por desembarazarle de sus enemigos.

—Cobardes! gritaba á los moros Antolinez. Noble hazaña la vuestra, atacar veinte á un caballero solo!... Lidiad conmigo, no uno á uno, sino cuatro á cuatro, y vereis si mi acero os traspasa el corazon, antes que vuestras manos toquen la enseña de Mio Cid.

Y asi diciendo, descargaba furiosos golpes sobre los enemigos, cuyo número aumentaba por instantes. Al fin, una cimitarra le alcanzó en el brazo con que sostenia la enseña, y esta se escapó de su mano por mas esfuerzos que hizo por sugetarla, porque aquel golpe habia sido terrible. La desesperacion de Antolinez llegó entonces á su colmo : el buen caballero, imposibilitado y todo de rejir su cabalgadura, aguijó á esta con furia, y se lanzó al azar por medio de los enemigos, haciéndo en ellos sangriento estrago.

Mas hé aquí que cuando los castellanos estaban vencidos casi completamente, se oye una gran voceria allá á lo lejos, y se descubre como medio centenar de caballeros que se encaminan al sitio de la pelea con la rapidez del viento.

—Santiago! Santiago! gritan, y este grito llena de pavor á los moros, y de esperanza y aliento á Martin Antolinez y los suyos.

¿Quiénes son los que acuden en auxilio de los cristianos? No pueden ser de la haz del Campeador, porque esta siguió el alcance de los moros por la parte opuesta á donde aquellos caballeros aparecen. Hélos, hélos ya en la palestra : dos hermosos mancebos y un hombre de colosal estatura y de fuerzas hercúleas los acaudillan.

¡Justicia de Dios con qué furia rompen por medio de la morisma y la desordenan, y la arrollan por todas partes! Qué botes y qué tajos tan descomunales dan! cómo ruedan cabezas musulmanas por el suelo!

—Caballeros, quien quiera que seais, á mí, á mí! Salvemos la enseña del Campeador que estos cobardes me han arrebatado! grita Martin Antolinez dirigiéndose á los que capitanean á los recienvenidos.

Digitized by Google

—Muramos todos ó salvémosla! dice Guillen, pues él, y Martin y Rui-Venablos con todos los que componian la banda del Vengador, son los que en tan buen hora han llegado en auxilio de Martin Antolinez y los suyos.

Y en tanto que Martin y Rui-Venablos siguen peleando como leones con el grueso de la hueste enemiga, Guillen se lanza como el rayo contra el grupo de ginetes moros que lograron tomar y tienen y defienden con teson la enseña verde del Cid. Su lanza hace terrible estrago en los enemigos que empiezan á esquivar sus botes y á desordenarse : pero el que hirió y arrebató á Antolinez la enseña, no quiere ceder aquella prenda inestimable, cuya adquisicion le costó tantos esfuerzos: lidia frente á frente con Guillen, y segun la furia con que ambos se acometen, uno de los dos debe dejar de existir muy pronto. Las embestidas se suceden con espantosa rapidez, y ambos combatientes están heridos de mas ó menos gravedad.

—Santiago! Santiago, valme! esclama Guillen empuñando su lanza con desesperado esfuerzo, y tira tan furioso bote á su enemigo, que este cae del caballo traspasado de parte á parte su pecho. El mancebo le arranca la enseña que aun sugetaba convulsivamente al caer espirante, y alzándola en alto, y haciéndola ondear gallardamente sobre su cabeza, grita:

—Victor! victor! Santiago!...

Y al ver salva la enseña, los soldados castellanos sienten redoblarse sus fuerzas y en pocos instantes acaban de deshacer la hueste musulmana.

Empero como esta era numerosa, algunos centenares de ginetes lograron huir del campo de batalla abandonando lo poco que hasta entonces habian podido reservar de la rica presa que en su larga correria habian hecho.

Los cristianos siguieron á su alcance guiados por la enseña del Cid que Guillen hacia ondear en la vanguardia, y conforme huian los moros, iban dejando multitud de cadáveres, pues los castellanos los alcanzaban con frecuencia y los acuchillaban terriblemente.

Habria seguido á los moros la haz de Martin Antolinez por

Digitized by Google

espacio de media hora, cuando se descubrió á lo lejos al Cid que volvia en su ayuda con los suyos despues de haber acabado con la haz enemiga en cuyo seguimiento habia ido. Pronto estuvieron reunidas todas las fuerzas castellanas, y la hueste completa continuó el alcance mas de siete leguas hasta que concluyó con la morisma.

Ni un moro se salvó del acero castellano: aquella formidable hueste agarena que habia penetrado soberbia y desoladora en Estremadura y recorrido toda Castilla, dejó de existir antes de llegar al reino de Aragon; y el Cid y sus caballeros se hicieron dueños del riquísimo botin que llevaba.

Apenas se reunió Rodrigo á la haz capitaneado por Martin Antolinez, llamaron su atencion los de la banda del Vengador, y sobre todo el mancebo que conducia su enseña; mas como era ocasion de continuar acuchillando á los moros, reservó para cuando hubiese terminado el alcance la averiguacion de lo que habia sucedido y de quiénes fueran aquellos soldados para él desconocidos, mas que tan buena maña se daban á lidiar,

En efecto, asi que la hueste castellana hubo acabado con los moros y recojido el botin, se entregó al descanso de que tanta necesidad tenia, y Martin Antolinez y otros caballeros que acompañaban á este al comenzar la pelea, refirieron al Cid cuanto habia pasado. Martin Antolinez, que solo curaba de su herida porque le impedia manejar el acero, contó á Rodrigo Diaz como su mesnada estaba á punto de ceder el campo y presa la enseña cuando llegó en su auxilio la mesnada desconocida; contóle el valor y la destreza con que todos aquellos caballeros habian lidiado y particularmente sus capitanes, y le contó por fin los heróicos esfuerzos con que aquel mancebo, cuyo nombre ignoraba, habia rescatado la enseña.

Rodrigo Diaz se dirijió á Guillen, al Vengador y á Rui-Venablos, y les abrió sus brazos lleno de entusiasmo y de gratitud.

—Habeis salvado mi enseña, dijo al primero, y todos los tesoros del mundo me parecieran escasa recompensa á tamaño servicio.

Digitized by Google

—Señor! respondió Guillen conmovido y sintiendo latir de alegria su corazon, porque empezaban á realizarse las esperanzas de gloria con que soñaba hacia tiempo; el servicio que decis no merece recompensa, porque todo soldado ha menester cumplir su deber, y yo no he hecho mas que cumplir el mio. Bastante recompensa es para los buenos el saber que sirven á su Dios y á su patria; mas si el haber rescatado de los infieles vuestra gloriosa enseña mereciese mas recompensa que la que digo, solo os pido la honra de ser vuestro soldado, de lidiar en vuestra hueste y á vuestro lado contra la morisma.

—Tendréme por muy honrado con que vos, y vuestros compañeros me ayudeis en la guerra. Mis amigos sereis, sereis mis hermanos de armas. En este corazon, que no conmueve el sangriento estrago de las batallas, hay un lugar no pequeño destinado á la gratitud y á la dulce amistad; en ese lugar ocupareis siempre uno de los primeros puestos.

Guillen y Martin y Rui-Venablos escuchaban con los ojos arrasados de lágrimas á aquel noble caballero, á aquel valeroso caudillo, que ganaba los corazones con una sola palabra, porque en aquella palabra se reflejaba el alma mas generosa y mas noble que á varon puede animar.

Guillen y Martin y Rui-Venablos creyeron que no debian ocultar á Rodrigo sus antecedentes, porque Rodrigo Diaz era bastante justo para hacer justicia á quien la tenia, bastante racional para no dejarse arrastar de las preocupaciones vulgares, y bastante sensible para comprender los sentimientos de que se veian animados; y porque no presentarse tales cuales eran á los ojos de aquel caballero tan leal, tan bondadoso y tan sincero, les parecia una traicion, con la que su conciencia no podia transigir.

No faltó un curioso observador que tomó acta de una animada plática que al dia siguiente tuvo lugar entre Fernan Cardeña, Alvar, Lope y otros pajes y escuderos conforme caminaba la hueste del Cid hácia Búrgos en medio de las ovaciones del pueblo castellano, ovaciones mas ruidosas, mas entusiastas, mas ardientes aun que las de que fue objeto al tornar de la batalla de montes de Oca. Aquella plática es demasiado curiosa y conducente

Digitized by Google

á nuestro objeto para que dejemos de trasladarla á las pájinas de este libro.

—Asegúrote, Fernan, decia Alvar, que si yo tuviera tus años, los haberes que en esta campaña has ganado y una moza con quien casar de tan buen talante y tan enamorada como Mayorica, asi Dios me salve me casaba en cuanto lleguemos á Búrgos y echaba noramala el oficio de las armas.

—Por el alma de Belcebú que merecieras una mordaza en esa tu boca para que tales desatinos no dijeras. Echar noramala el oficio de las armas? Tan poco honrado es por ventura?

—Honrado es, mas tambien ingrato y desabrido.

—Lo será para los que tienen esas tus mezquinas inclinaciones; mas no para los que tienen aficion á la gloria y al engrandecimiento.

—Y qué entiendes tú por gloria, Fernan?

—Voto á Judas Iscariote que me place la pregunta de este sandio! Qué entiendo por gloria? Entiendo el dormir en los campamentos, el despertar al son de los clarines y atambores que hacen la seña de alarma, el oir el relincho de los corceles que ansian lanzarse al enemigo, el dar botes y tajos á los moros, y el ver caer cabezas enemigas como cae de los árboles la fruta madura cuando sopla reciamente el viento. Esa, esa que no otra es la gloria, hermano, y no la trocára el hijo de mi madre por todas las otras glorias de este mundo, inclusa la de casar con mozas tan garridas y enamoradas como Mayorica.

—Pero, hermano, dijo Lope, el sesudo escudero que en otra ocasion dió dos saludables consejos á Fernan acerca del amor, bien puede uno ejercer el honrado oficio de las armas y tener muger é hijos; téngolos yo y no por eso abandono las armas, como veis. Razon tiene Alvar en cuanto á aconsejarte que cases con esa Mayor ya que tienes haberes para mantenerla.

—Cáseme ó no me case, mientras haya moros con quienes lidie mi señor D. Rodrigo, no he de soltar la lanza.....

—Pero no amas ya á Mayorica?

—Con alma y vida la amo y amaré! ¡Oh qué deseo tengo de llegar á Búrgos para verla tras ausencia tan larga!

Digitized by Google

—Mas veo, repuso Lope, que esquivas el decirnos si piensas casar con ella.

—Casar pienso; mas es recia cosa esto de obligarse ante Dios á amar á una hembra sola, tocando á cada varon dos ó mas....

—Deja hermano esas simplicidades, que dicen mal en hombres maduros como tú eres. Pensar como tú piensas, quédese para mancebos imberbes como el que rescató ayer la enseña de D. Rodrigo, y aun tengo para mí que ese no trata de amores con tan poco seso como tú.

—Sabeis, dijo Alvar, que tengo por gran desatino la amistad y la honra de que D. Rodrigo hace merced á ese mancebo?

—El desatino, replicó Fernan montando en cólera al ver que el paje murmuraba de su señor, el desatino que merece mas lapos que cabellos tienes, es el tuyo, sandio y bachiller que Dios confunda. Todo lo que hace D. Rodrigo esta bien hecho.

—Quise decir que al fin nadie sabe quien sea ese mancebo, y en cuanto á sus compañeros, no ignora ya nadie, porque ellos lo dicen, que son de la banda del Vengador.

—Hágase el milagro y hágale el diablo. Lo cierto es que sino por ese mancebo y los que con él acudieron á nuestro socorro, la haz de Martin Antolinez hubiera sido completamente deshecha y en poder de infieles estaria la enseña de D. Rodrigo. Voto á Judas Iscariote que si el Cid mi señor hubiera perdido su enseña, hubiera muerto de pesadumbre y desesperacion, ó hubiera seguido á los infieles hasta el fin del mundo para rescatarla.

—Por mucho que os hayan encarecido el valor de ese tal Guillen, de ese Martin, de ese jigante á quien nombran Rui-Venablos, y de todos los suyos, dijo Lope, aun es poco. Tocóme quedar en la haz de Martin Antolinez, y merced á eso, sé hasta qué punto merecen esos soldados las recompensas que les ha dado y prometido dar el Campeador.

—¿Y me direis qué recompensas son esas? preguntó Alvar.

—Hales dado, contestó Fernan, doble botin que á los demas de

Digitized by Google

la hueste, y á Guillen que es pechero como Martin y Rui, ha prometido armarle caballero en Búrgos. Y no hayais miedo que Don Rodrigo aparte de su lado á esos hombres de armas, pues los ha tomado ya á sueldo.

—Ira de Dios, esclamó Alvar, con qué buen pie entra ese Guillen en el oficio de las armas.

—Y á nuestro amo y señor, que nunca se equivoca, he oido que el tal Guillen ha de ser antes de poco uno de sus mejores capitanes.

—Será emperador, si nuestro amo se empeña en favorecerle, porque unos hombres nacen de pie y otros de cabeza, y ese debe ser de los primeros.

—Oh maldito charlatan y envidioso que tú eres! dijo Fernan. ¿Te pesa por ventura el bien ageno cuando tan merecido es? Sin duda querrias tú que te armasen caballero. Digote, Alvar, que si para mal te oigo mentar á Guillen ó á alguno de los que con él se han unido á la hueste, he de molerte á palos esas tus costillas. Deber mio es sacar la cara por ese mancebo, porque sino por él, el hijo de mi madre fuera pasto de alimañas en el llano donde ayer acabamos con la morisma.

—Cuéntanos, Fernan, lo que te sucedió, dijo Alvar; porque yo me retrasé un poco como mi cabalgadura es tan pesada, y no vi como te las hubiste.

—No eches la culpa de tu retraso á tu cabalgadura, que tu menguado corazon la tiene, replicó el escudero de D. Rodrigo. No haya miedo que hieras mucho el hijar de tu caballo cuando se trata de arremeter al enemigo...

—Hermano, digo de mí lo que decias de Overo poco antes de salir de Búrgos para Compostela: cada uno es como Dios le hizo, y nó es bien castigar faltas que sacó del vientre de su madre. Mas ¿acabarás de contarnos lo que ayer te sucedió?

—Eso haré incontinente. Lidiábamos D. Rodrigo, Guillen y yo con furia descomunal con cinco caballeros moros que formaban impenetrable muro delante de nosotros; al fin logramos romper por medio de ellos y desordenarlos; D. Rodrigo corrió al alcance de tres de ellos que huian, y parecian muy principales, y Guillen

Digitized by Google

y yo quedamos lidiando con los restantes, que á la cuenta eran mas valientes que sus compañeros, pues no trataban de buscar su salvacion en la fuga. El que lidiaba conmigo dió un bote de lanza tan fuerte, que hiriendo en el arzon de la silla, derribó con el empuje á Overo, y yo me ví en tierra sin poder defenderme; ya me apuntaba el moro su lanza para coserme contra el suelo, cuando Guillen que lo vió, acudió en mi defensa, derribó de una lanzada al moro mi enemigo, y acudiendo al que acababa de dejar, que apelaba á la fuga, le hirió en la espalda, sacándole el fierro de la lanza por el pecho. Ya veis que á no ser por ese esforzado mancebo, me hubiera costado la vida la flojedad de mi cabalgadura.

—Oh qué percances te suceden con ese gallardo Overo! dijo Alvar riéndose, de lo cuál se picó Fernan.

—Por el alma de Belcebú que si tornas á reir de mis malandanzas ni de las de nadie ha de costarte caro, Alvar. En cuanto á mi caballo, júroos que si otra me hace, allí donde cometa el delito le ha de purgar quedando para pasto de animales carnívoros.

—Eso dices siempre, replicó Alvar, si yo fuera tu cabalgadura, riyera de tus amenazas.

—Verás si rie la primera vez que torne á flaquear.

Al decir esto Fernan, salió un toro de una torada que pastaba en una dehesa inmediata al camino, y embistió á los pajes y escuderos con furia pocas veces vista. Todos procuraron huir atemorizados por tan inesperada embestida, menos Fernan que tiró de la rienda á Overo, y preparando su lanza esclamó:

—Cobardes! huis de esa miserable bestia? Vereis, voto á Judas Iscariote, si mi lanza doma bien pronto su fiereza.

Y asi diciendo, guió su cabalgadura al encuentro del toro.

Este dió un furioso resoplido, y embistió al que así le desafiaba. La lanza de Fernan hirió una de las astas de la fiera, y resbaló: el toro dió un fuerte empuge á Overo, y este cayó con el ginete rodando por un derrumbadero tan alto, que todos creyeron muertos así á la cabalgadura como á Fernan.

El toro continuaba haciendo bastantes estragos entre la gente

Digitized by Google

escuderil sin que nadie pudiera contenerle, aunque algunos lo intentaban, repuestos de la confusion y la sorpresa que aquella inesperada embestida habia causado.

Rodrigo Diaz, como los caballeros que iban conversando con él, notó el tumulto que acababa de originarse, y como conociese la causa, embrazó la lanza, y volviendo atrás, guió á Babieca hácia el toro. Su primer triunfo parecia haber dado á este nueva fiereza. Embistió con ímpetu al caballero que salia á su encuentro, y la lanza del Cid se clavó en su testuz cuanto largo era el fierro.

El toro dió un terrible bramido, y cayó al suelo sin vida, en tanto que Fernan y su caballo eran alzados de la hondonada á donde habian caido, sin mas lesion uno y otro que algunas contusiones de poca importancia.

—Te has lastimado, Fernan? se apresuraron á preguntar todos al escudero.

—No, contestó Fernan; molido estoy, mas no descalabrado. Dejadme, por el alma de Belcebú, dejadme, y ved si el pobre Overo ha sufrido descalabradura.

Y como le dijeran que Overo no se habia lastimado, la alegria apareció en su rostro, y se apresuró á cabalgar de nuevo diciendo:

—Es ruin fortuna la que yo tengo con esta mi cabalgadura. Muchas son, mi Overo, muchas son ya las que me vas haciendo!.. Voto á Judas Iscariote, que si otra me haces, con la piel la has de pagar!

Digitized by Google

CAPITULO XXXIII.

Donde se prueba que quien siembra coje, y donde se ve que donde las dan las toman.

CUANDO aun no habia asomado el sol por el oriente, Jimena lo estaba á una ventana desde la cual se descubria el camino que Rodrigo y sus caballeros tomaron al salir en romeria para Compostela. Una alegria inusitada animaba su rostro, y su vista no se apartaba de aquel camino por donde habia visto partir al noble y amado esposo y por donde esperaba verle tornar aquel mismo dia.

En efecto, aquel mismo dia era esperado el Cid en su solar de Búrgos, y Jimena, que con tan venturosa nueva no habia podido conciliar un instante el sueño durante la noche que acababa de

Digitized by Google

trascurrir, se habia levantado al alba y asomádose á la ventana de su aposento deseosa de que sus ojos fuesen los primeros que viesen entrar en Búrgos á Rodrigo. Es comun opinion que la doncella no vé al esposo con los mis ojos que miraba al amante, que para ella ha desaparecido aquella dorada nube que le circundaba, aquel misterio inesplicable que se le presentaba como un ser distinto de los demas seres; pero Jimena desmentia esa opinion, y la desmiente toda esposa que tiene una alma como la suya, que ha ido á los altares impulsada, no por un amor facticio, sino por ese amor que insensiblemente se ha ido identificando con el alma y formando parte de esta, ha adquirido su inmortalidad. Cuando el amor es esencialmente puro, acrisolado en las multiplicadas pruebas á que se habia sometido el de Jimena; cuando es el pensamiento de toda la vida; cuando en él se vé la única esperanza y la única felicidad de este mundo; cuando el objeto amado es tan digno de serlo como Rodrigo, entonces el amor no pierde jamás su encanto, su misterio, su poesia; antes bien se embellece con el trato y la posesion libre, completa, omnímoda. Sermonda, dicen las crónicas lemosinas, se asomó un dia á su ventana y vió á Raimundo de Castel cabalgando en un brioso corcel, armado de punta en blanco, llevando por mote estas palabras; «*Mi corazon esta libre y desea ser cautivo.* »Sermonda era una niña de corazon ardiente, de imajinacion fantástica; y apasionada á las amorosas ficciones de trovadores y juglares, particularmente á las de Guillermo de Cabestañ, el trovador mas dulce de la Provenza. Enamoróse de Raimundo de Castel, porque en él veia uno de aquellos gallardos y enamorados caballeros que el buen Guillermo pintaba en sus *lays* ó canciones amorosas, y se casó con él poco despues. No pasó mucho tiempo sin que su amor se hubiese tornado indiferencia; no pasó mucho tiempo sin que Raimundo hubiese perdido á los ojos de Sermonda la aureola de amor y poesia que le rodeaba; no pasó mucho tiempo sin que Sermonda tuviera ocasion de tratar al gentil trovador Guillermo de Cabestañ y le amase con delirio. Súpolo Raimundo, mató al trovador, mandó freir su corazon y se le dió á comer á la esposa infiel. Y cuando supo esta que acababa de comer el corazon de su amante, dijo á su marido que

Digitized by Google

nunca habia gustado manjar mas sabroso, y se arrojó por una ventana del castillo. Hé aqui el amor que dejenera, el amor que se vulgariza con el trato íntimo y contínuo, el amor que se adhiere al alma, porque el amor de Sermonda era el amor de la fantasía, no el amor del corazon. El amor de Jimena era ese amor que casi nace con nosotros, que con nosotros crece, que con nosotros vive; y hé aquí el amor que lejos de retroceder avanza, que conserva siempre su primitiva frescura, su misterio y su poesía, que es inmortal como el alma á que está adherido.

¿Quién será el que no haya pasado una noche sintiendo algo de lo que sintió Jimena durante la que precedió al dia de la vuelta de su esposo? ¿Quién no se ha entregado al descanso de la noche con la esperanza de ver á un ser amado al dia siguiente y no ha procurado en vano llamar sobre sus párpados el sueño, y no ha ido contando una por una las horas, y no ha creido repetidas veces que la luz de la luna que penetraba débilmente en su aposento era la luz del alba, y aquella noche no le ha parecido tres veces mas larga que otras á pesar de haberla pasado pensando en aquel á quien esperaba, viéndole con el pensamiento, calculando las primeras palabras que oirá de sus lábios, calculando el trage que vestirá, calculando el sitio donde se verán y hasta el efecto que en el rostro del recien llegado producia su presencia? Pues quien se halle en este caso, quien algo de esto haya esperimentado, quien algo de esto haya sentido, ese comprenderá, cuán larga se habia hecho á Jimena aquella noche, cuán dulcemente habia resonado en su oido aquella mañana el canto de los pajaritos albergados en los árboles de su jardin, con cuánto regocijo habia saludado al dia, cuán alborozado se hallaria su corazon, y con cuánta insistencia estaban fijos sus ojos en el camino donde debia aparecer Rodrigo.

No alborozaba á Jimena solamente la esperanza de tornar á ver al esposo ausente, al amante, al caballero, al héroe que volvia á su lado coronado de laureles.

Jimena tenia entonces una fausta nueva que comunicar á Rodrigo; este iba á encontrar en la dulce y enamorada esposa un nuevo título á su amor, una nueva prenda de cariño, porque el

Digitized by Google

seno de Jimena encerraba el primer fruto de aquel amor que habia ocupado casi toda la vida de ambos esposos; porque Jimena iba á ser madre! ¡Qué nuevos y dulcísimos encantos debe tener la esposa desde el instante en que el amor fecunda sus entrañas! Entonces la esposa es algo mas que una muger, tiene algo de divino, algo que la separa de la bajeza humana; entonces circunda su frente una santa aureola que los ojos no ven, y no obstante percibe el alma; entonces... entonces es preciso tener el alma de cieno y el corazon de roca para no respetarla y adorarla y bendecirla! Porque el amor ha completado entonces su obra, identificando la materia del mismo modo que habia identificado el espíritu; porque la esposa pudiera decir al esposo al sentir los dolores que acompañan á la maternidad: «mira, á tí debo estos dolores;» porque la esposa es entonces el ser mas dolorido y necesitado de amparo; porque entonces el esposo vé en aquella muger una madre, una madre como la que le llevó nueve meses en su seno, y le alimentó con su sangre, y le enseñó á balbucear las primeras palabras, y á dar los primeros pasos, y secó sus lágrimas con sus besos.

—«Esposo mio, un ser, pedazo desprendido del nuestro, se ajita en mi seno.»

¡Qué dulcemente deben sonar estas palabras en el oido del esposo que por primera vez va á recibir el nombre de padre! Qué dulces deben ser cuando salen del labio de una muger adorada, de una muger con cuyo amor cree uno liberalmente compensados todos los afanes, todas las decepciones, todas las miserias, todas las tristezas, todas las injusticias, todos los dolores físicos, todos los trabajos de esta vida! Qué risueñas, que consoladoras deben ser las esperanzas de la paternidad! Primero, hermosos niños de tez de azucena y rosa, de cabello dorado como el de los ángeles, que con la sonrisa en los labios echan sus delicados bracecitos al cuello de los que les dieron el ser, como si trataran de satisfacer la deuda de la existencia con sus besos y sus inocentes caricias; despues, gentiles mancebos en cuyo ardiente corazon se agitan los generosos instintos y las nobles aspiraciones de la adolescencia, y en los que se contemplan los padres ancianos con la misma

Digitized by Google

delicia que se contempla el sexajenario en el retrato que cuando jóven regaló á la doncella á quien amaba y esta le restituyó el dia en que desde el templo fueron á vivir bajo un mismo techo. Tales son en compendio las esperanzas que deben despertar en el corazon del esposo las palabras de la esposa, cuando esta le anuncia que el amor ha fecundado sus entrañas.

Qué triste debe ser la vida de los esposos cuya cabeza blanquea, cuyos miembros se entorpecen, y á cuyo oido no resuena el nombre de padre! Compadeced á esos esposos valetudinarios que en torno de su hogar no ven nadie á quien puedan llamar hijo, porque los ancianos tienen tanta necesidad de hijos como los niños de padres; porque los ancianos que no tienen hijos, son tan infortunados como los niños huérfanos; porque el anciano necesita un báculo en que apoyarse; porque la muerte es doblemente dolorosa cuando todo va con nosotros al cementerio, cuando no quedan unos ojos que rieguen las flores de nuestra sepultura.

Asi habia pensado Jimena durante aquella noche. Sabia que Rodrigo pensaba del mismo modo, sabia que á su enamorado esposo iba á dar la mas dulce de todas las nuevas; sabia que un lazo mas, un lazo tan estrecho, tan indisoluble, tan santo como el que ya los unia, los iba á unir desde entonces, y su corazon estallaba de gozo, y las lágrimas del regocijo afluian á sus ojos y bendecia á Dios que así multiplicaba su felicidad, cuando el ser que se ajitaba en su seno, la recordaba que Rodrigo al estrecharla contra su pecho iba á estrechar á la vez dos seres amados.

Pero no era ella la única que tenia fijos sus ojos en aquel camino : tambien los de Teresa, los de Diego, los de Mayor y aun los de Lambra y los de Gil, buscaban á alguien hácia aquel mismo horizonte; tambien el pueblo burgales ansiaba la llegada del caudillo vencedor. Dichosos los ausentes que saben son esperados con tanto amor, con tanta impaciencia, con tanta ansiedad bajo el techo doméstico!

Al fin se descubrió una masa oscura y movible sobre el fondo blanco del camino que desaparecia allá en el lejano horizonte. Diferentes gritos de alegria resonaron casi á un mismo tiempo en las ventanas de la casa de los señores de Vivar, y poco despues

Digitized by Google

descabalgaban á la puerta de esta Rodrigo y su acompañamiento. Pintar la alegria, las caricias, las lágrimas, los abrazos con que al honrado caballero recibió su familia, seria tan difícil como espresar con la palabra todos los goces, los encantos, los delirios amorosos, las satisfacciones mútuas, las dulces confidencias que encierra la historia nunca escrita é indescriptible de la vida doméstica.

Rodrigo Diaz, el que en los campos de batalla segaba cabezas musulmanas como el labrador siega la mies en sus campos; el que en el asedio de una plaza se lanzaba al muro hollando cadáveres y cubierto de sangre; el terrible guerrero cuyo nombre llenaba de espanto á los feroces islamitas; aquel hombre de hierro que parecia haber nacido solo para vivir en los combates, aquel hombre, repetimos, era en el hogar doméstico la personificacion de la dulzura, del amor, de la sencillez. Viérasele estrechar contra su corazon á sus padres y á su esposa con las lágrimas del regocijo en sus ojos; viérasele alborozarse como un niño y bendecir á Dios y á su esposa al saber que esta sentia en sus entrañas el primer fruto de su amor; viérasele conversar con sus criados con el mismo cariño que si fueran sus iguales, y viérasele, por último, acariciar á Gil, al niño moro acojido bajo su proteccion, y jugar con él con el abandono y la puerilidad con que jugaba con Jimena el dia en que en el castillo de Vivar imprimió por primera vez sus lábios en la rosada faz de la inocente niña; viérase todo esto, y admirárasele aun mas bajo el techo doméstico que en los campos de batalla!

Tres dias despues de la vuelta del Cid á Búrgos, una mañana apacible y hermosa como otra que aquel recordaba con alegria, porque habia sido la mas feliz de su vida, como la mañana en que dió por primera vez el dulce nombre de esposa á Jimena, se agolpaba la multitud á las puertas de la iglesia de Santa Gadea, y muchas damas y caballeros penetraban en el templo.

Aquella mañana iba á ser armado caballero Guillen por mano del Cid Campeador, y la noble Jimena debia calzarle la espuela de oro.

El valeroso mancebo habia velado las armas durante aquella

Digitized by Google

noche ante el altar, y esperaba con impaciencia la solemne ceremonia, el instante en que recibiese el espaldarazo, le calzasen la dorada espuela y le ciñesen la espada.

Y aquel instante llegó por fin.

El templo estaba decorado con los estandartes musulmanes que desde tiempo inmemorial depositaban en él los caballeros burgaleses al tornar de la guerra como justo y santo homenage al Dios de las batallas. Torrentes de luz se derramaban por todas partes, el incienso llenaba la nave de la iglesia y los cánticos religiosos resonaban al compás del repique de las campanas.

«El Señor, cantaban los sacerdotes y el pueblo, ha quebrantado los arcos, los broqueles y las espadas de nuestros enemigos y ha puesto fin á la guerra.»

«Señor! habeis derramado sobre nosotros los rayos de vuestra bondad en tanto que llenábais de terror á nuestros insensatos enemigos.»

»Quién puede, Señor, resistir vuestra ira?

»Asentado en vuestro trono celeste, habeis decretado la salvacion de vuestro pueblo, y la paz ha sucedido á la guerra.»

»El universo os alabe y os bendiga y cante la gloria de vuestro nombre.»

El pueblo congregado en el templo, donde al mismo tiempo que se iba á recompensar el valor del que habia lidiado con los enemigos de Cristo se daban á Dios gracias por los triunfos obtenidos sobre los infieles, el pueblo, pues al acompañar los cánticos de los ministros del altar, derramaba dulces lágrimas de regocijo.

El obispo de Búrgos bendijo las armas que al novel caballero se iban á ceñir.

Entonces Rodrigo Diaz y Guillen, que habian permanecido arrodillados, se levantaron y se acercaron á las armas que estaban delante del altar, imitándolos las damas y caballeros que asistian á la solemne ceremonia.

El mancebo dobló la rodilla y Rodrigo Diaz le dijo:

—La órden de caballeria que vais á recibir os impone deberes

Digitized by Google

Digitized by Google

Lám. 7.ª

á que no podeis faltar. Mándaos servir á Dios y al rey; mándaos decir siempre verdad, que seais fiel á vuestros amigos, que seais sóbrio y os acompañeis con hombres sabios de quienes aprendais á bien vivir y con hombres de guerra que os enseñen á pelear; mándaos tener buen arnés en vuestra cámara, buenos caballos en vuestra caballeriza y buena espada en vuestra cinta; mándaos que no oseis andar en la córte en mula sino en caballo, ni entrar en los palacios del rey sin espada; mándaos no servir de lisonjero, ni decir donaires, ni jugar ningun juego, ni comer sin manteles; mándaos no quejaros de herida que tengais, que no digais «ay» al tiempo de la cura y que no os alabeis de hazaña que hayais hecho; mándaos no tener contienda con doncella en cabello, ni levantar pleito á muger de hidalgo; mándaos que si topais en la calle con dueña valerosa y noble, os apeeis y la acompañeis; mándaos que si muger noble ó en cabello os pide merced y no la haceis, os llamen las damas «caballero mal mandado y no bien comedido;» mándaos que no podais estar en córte sin servir alguna dama, no para deshonrarla, sino para festejarla, y si fuéseis soltero para casar con ella, y cuando ella saliese fuera la acompañeis como ella quisiese, á pie ó á caballo, llevando quitada la caperuza y faciendo la mesura con la rodilla; mándaos, en fin, que seais cumplido en todo y jamás os pidan ayuda los débiles, quien quier que sean, sin que se la presteis.

Asi que el Cid manifestó al mancebo estos mandatos, que sin duda se tuvieron presentes doscientos años despues al redactar los estatutos de los caballeros de la Banda, le preguntó:

—Jurais cumplir fielmente cuanto la ley de caballería ordena?

—Si juro, contestó Guillen.

—Si asi lo hiciéreis, por buen caballero se os tenga, y Dios os ayude en cuantas empresas acometais; si lo contrario hiciéreis, caballeros y villanos os desprecien y os tengan por ruin y perjuro y no acometais empresa que bien os salga.

En seguida le dió el ósculo de paz en la boca, le dió el espaldarazo, le ciñó la espada bendita que un paje presentó en un azafate, y luego le calzó Jimena la espuela que otro paje acercó del mismo modo que la espada.

Digitized by Google

Entonces el obispo, los demás ministros y el pueblo, entonaron el versículo primero del salmo de David:

«Bendito sea el Señor mi Dios que me dió manos para combatir, y me enseñó el arte de la guerra.»

Y terminó asi la solemne ceremonia, abandonando el pueblo el templo victoreando al novel caballero que se encaminó á casa del Cid acompañado de este, de Jimena y del lucido cortejo que habia llevado á la iglesia de Santa Gadea.

El pueblo burgalés se entregó al regocijo durante lo restante del dia, y aun hasta las altas horas de la noche, que era serena y hermosa y estaba alumbrada por una clarísima luna. Rodrigo habia repartido entre los necesitados una buena parte de los haberes que le habian correspondido de la última presa, y esta liberalidad habia aumentado el regocijo público, de suyo grande con motivo del triunfo obtenido por las armas cristianas sobre los infieles. Hubo músicas y bailes en las plazas públicas; jugáronse sortijas y bohordos, y terminó la tarde con un espectáculo tan popular en aquellos tiempos, como mas tarde lo fueron las corridas de toros. En una de las plazas mas espaciosas de la ciudad, se construyó un débil circo de tablas, y allí tuvo lugar una corrida de cerdos. Hé aquí en lo que consistia aquel singular espectáculo: soltábanse algunos de aquellos animales al circo, y salian los hombres armados de sendos garrotes con los ojos vendados y un casco de hierro en la cabeza. Aquel que conseguia alcanzar con el palo á un cerdo, era dueño del animal; pero sucedia que los hombres se apaleaban unos á otros terriblemente, aunque estaba prohibido el descargar el palo con violencia, y esto último constituia la principal diversion. Durante la tarde á que nos referimos, abundaron mas que nunca las tollinas, porque los villanos habian trasegado á su estómago abundante zumaque para poder celebrar con mas alegria el triunfo de la hueste del Cid, y al descargar sus estacas en el circo, curaban muy poco de prohibiciones.

Villanos eran comunmente los actores de estas fiestas; pero cuando tenian lugar con motivo de algun señalado y fausto acontecimiento, solian tambien tomar parte en ellas los pajes y los escuderos. En prueba de esto último citaremos el hecho de haber

Digitized by Google

salido al circo Alvar, el paje de Rodrigo Diaz, el dia que Guillen fué armado caballero.

Es fama que el sándio del paje, por no ser menos que el mas ruin de los villanos burgaleses, habia empinado el codo con pasmosa frecuencia, y se hallaba dispuesto á lidiar, poco era con cerdos y villanos, sino con toros tan fieros como el que acometió á la hueste de su señor al tornar pocos dias antes á Búrgos; y asi fué que á pesar de aconsejarle sus amigos, y sobre todo Fernan, que en vez de salir al circo fuese á dormir la borrachera, se empeñó en que le vendáran los ojos para salir á la conquista del cerdo.

—Por el alma de Belcebú, le dijo Fernan desesperanzado ya de disuadirle de su empeño, que tú, Alvar, eres el mas sándio que come pan en Castilla. Estás como una uva y quieres atinar al cerdo?

—Soliman se me vuelva el zumaque que en este mi vientre tengo, sino cazo cerdo tan galán como el de San Anton, contestó Alvar alargando el pescuezo para que le vendáran los ojos.

—No te bastan los palos que yo te doy, que aun buscas los de los villanos?

—Vano es tu predicar, hermano, replicó Alvar, que cerdo me torne yo si de aquí me voy sin él.

Fernan no insistió mas en sus consejos. Alvar salió al circo vendados los ojos y armado con una buena estaca que apenas le era dado sostener; tal era el estado de embriaguez en que se hallaba.

El cerdo que á la sazon estaba en el circo, viéndose hostigado en el estremo opuesto, corrió hácia donde estaba Alvar, y derribó á este metiéndose entre sus piernas con violencia.

Al encontrar el animal aquel obstáculo en su carrera, dió un fuerte gruñido; oyeron este sus perseguidores, y se dirijieron con los palos levantados hácia donde suponian andar el cerdo. Alvar pugnaba por levantarse, y como los villanos sintieran al llegar á él el ruido que hacia con manos y pies y hasta con la respiracion jadeante y penosa, creyeron que tenian delante el cerdo, y descargaron sus palos con tal fuerza sobre el infeliz paje, que á no ser por sus gritos, hubieran acabado con él.

Digitized by Google

Fernan se lanzó al circo seguido de otros criados de los de Vivar, y alzaron y sacaron fuera á Alvar molidos sus huesos con la soberana paliza que acababa de recibir, paliza que si habia contristado á algunos espectadores, habia escitado la risa y hasta el entusiasmo de la generalidad.

Al oir Fernan la risa y la algazara que entre los espectadores habia movido la malaventura de Alvar, dirijió la vista con aire amenazador hácia la multitud y gritó lleno de indignacion:

—Voto á Judas Iscariote que diera mi alma al diablo porque esa muchedumbre de villanos que asi rien de agenas cuitas, se tornára no un hombre solo, sino una docena para cerrar con ellos á palos y molerlos como á marranos que todos son!

Y el buen escudero se apresuró á conducir al lastimado paje á donde se le pudiera curar, tan lastimado de aquella cuita como el mismo paciente, porque á Alvar se le podia decir con relacion á Fernan Cardeña el refran castellano «quien bien te quiere te hará llorar.»

Digitized by Google

CAPITULO XXXIV.

Donde se sigue probando que el Cid era un Cid en todas partes.

L primer cuidado de Rodrigo Diaz, despues de concluir con los moros en cuya persecucion habia venido desde Portugal, fue mandar sus mensajeros al rey Don Fernando anunciándole aquella victoria.

Hallábase el rey en Coimbra cuando recibió tan faustas nuevas, y determinó tornar inmediatamente á Castilla, tanto porque deseaba regresar al seno de su familia, como por atender á cierta cuestion que tenia pendiente con el emperador de Alemania Enrique IV, quien hacia tiempo le reclamaba vasallage y tributos, á lo cual se negaba D. Fernando alegando justísimas razones á la independencia de sus reinos.

Digitized by Google

A su partida de Portugal recibió cartas de Roma, cartas que le causaron un profundo pesar, porque el papa Alejandro II le amenazaba con su excomunion y una cruzada, sino accedia á las pretensiones del emperador.

Por cualquiera parte donde abramos los anales del reinado de D. Fernando I, hallaremos pruebas irrecusables de la piedad de aquel gran monarca; en su reinado fueron rescatados de los moros los santos cuerpos de San Isidoro, arzobispo de Sevilla, de las Santas Justa y Rufina, de San Victor y otros muchos siervos de Dios; en su tiempo se edificaron suntuosas catedrales y monasterios, entre los cuales debe contarse el de Sahagun; en su tiempo se arregló admirablemente en Castilla la disciplina eclesiástica; en su tiempo se engrandeció el culto cristiano, descuidado hasta entonces á causa de las continuas guerras con los moros y las discordias intestinas; y como última prueba de la piedad de Don Fernando el Grande ó el Magno, nos dice la historia que aquel monarca pasaba largas y frecuentes temporadas en el monasterio de San Juan de Sahagun, entregándose á actos piadosos con aquellos monjes, y participando de todas las estrecheces y mortificaciones que en aquellos tiempos acompañaban á la vida monástica. Puede juzgarse de las que esperimentaban los monjes de Sahagun, recordando dos anécdotas consignadas en la historia: en una de sus frecuentes visitas al monasterio, echó de ver D. Fernando que los monjes andaban descalzos, por cuya circunstancia muchos de ellos contraian mortales enfermedades, y compadecido el rey, facilitó al abad los recursos necesarios para proveerlos de sandalias. Habia en el monasterio un vaso de vidrio destinado al superior y al rey cuando se hospedaba en aquella santa casa. Un dia fué D. Fernando á Sahagun, y encontró á la comunidad muy aflijida, y como preguntase la causa de aquella afliccion, dijosele que el monasterio acababa de perder una de sus alhajas mas preciosas, el vaso de vidrio del abad, que se habia roto. El rey conoció que no era infundado el sentimiento de los monjes, pues la pérdida de aquel vaso en su estremada pobreza, era una pérdida de difícil reparacion, y mandó construir un vaso de oro que sustituyese al de vidrio.

Digitized by Google

Habíase celebrado en Roma un concilio provocado por el emperador de Alemania, al que habian asistido el rey de Francia y otros soberanos que apoyaban las pretensiones del primero, y las cartas que hemos dicho habia mandado á D. Fernando el Papa, eran consecuencia de aquel concilio.

D. Fernando se halló perplejo entre los dos estremos de concitar el enojo de los aliados de Enrique IV, y particularmente el de la Santa Sede, y el de someter sus Estados á un vasallage que repugnaba á un pueblo que habia labrado su independencia con la espada, y naturalmente altivo y poco á propósito para sufrir el yugo estranjero. En aquel apretado conflicto, le pareció que no debia resolver guiado por el propio consejo, sino oir el de los prohombres de Castilla y Leon, y particularmente el de los obispos, que en aquel litigio eran jueces no del todo incompetentes. Asi pues se dió prisa á acudir á Leon, y tan pronto como llegó, convocó córtes para dentro de un corto plazo en aquella ciudad porque el concilio exijia pronta contestacion.

Mientras los ricos-homes, infanzones y prelados se iban reuniendo, D. Fernando se desquitaba de sus recientes fatigas en el seno de su familia, que habia ido á reunirse con él á Leon. Al fin terminó el plazo señalado para la apertura de las córtes, y el desaliento del monarca se trocó en esperanza y alegria al verse rodeado de tantos varones ilustres, unos por su sabiduria y otros por su nobleza. Todos los prohombres del reino iban llegando á Leon, y sin embargo, en el momento de comenzarse los debates D. Fernando no veia á su lado á aquel á quien mas deseaba ver, á Rodrigo Diaz, al esforzado caballero cuyo consejo tenia en mas que el de todos los nobles de Castilla y Leon. ¿Cómo Rodrigo no acudia á las córtes, al lado de su rey cuando tanta necesidad tenia éste del consejo de los buenos, cuando se iba á tratar un asunto de tan alta importancia como era el de someterse ó no Castilla al yugo estranjero?

D. Fernando manifestó á los prohombres el objeto con que los habia llamado á córtes, y la alta importancia que en su concepto tenia la cuestion que allí se iba á tratar.

—¿Creeis, les dijo, que Castilla y Leon deben reconocer vasa

Digitized by Google

llage al emperador de Alemania, cuyas pretensiones apoya el Papa, ó que debemos negársele?

«Los pareceres, como dice Mariana, no se conformaron. Los que eran de mayor conciencia aconsejaban que luego obedeciese porque no indignase al Papa y se revolviese España y alterase como era forzoso, que las guerras se debian evitar con cuidado por estar España dividida en muchos reinos, y estos gastados con guerras civiles, y quedar dentro tantos moros enemigos de la cristiandad. Otros mas arriscados y de mayor ánimo, decian que si se obedecia se ponia sobre España un gravísimo yugo que jamás se podria quitar; que era mejor morir con las armas en la mano que sufrir tal desaguisado en su república y tal mengua en su dignidad.»

La opinion de estos últimos, que eran Arias Gonzalo, Peranzures y algunos mas, era la que mas se conformaba con la de D. Fernando; pero este tenia en mucho la contraria por ser la del mayor número y sobre todo, la de muchos sábios y virtuosos prelados, y se hallaba ya decidido á acceder á las exigencias del emperador y sus aliados.

Habian cesado ya los debates y los prohombres iban á abandonar el salon donde las córtes se celebraban, cuando se anunció la llegada de Rodrigo Diaz de Vivar. Prolongados murmullos, de satisfaccion unos y otros de despecho, se alzaron en todas partes, y la alegria brilló en el rostro del rey. El conde de Carrion y el de Cabra se mordieron los lábios de furor, y se dirijieron una mirada cuya significacion no supo nadie en aquel instante, pero que el lector sabrá muy pronto. En efecto, el Cid se presentó en la asamblea un instante despues. A pesar de la solemnidad de aquel acto, D. Fernando no pudo menos de bajar de su trono para adelantarse al encuentro de Rodrigo, á quien estrechó en sus brazos sin permitirle postrarse á sus pies.

Todos fijaron sus miradas en el conde de Carrion, y todos echaron de ver la rábia y el despecho que á D. Suero causaban las señaladas pruebas de amistad y cariño que el rey daba al de Vivar.

—Ah! dijo D. Fernando radiante de alegria, no era vana mi

Digitized by Google

esperanza de que antes de resolver por completo la cuestion que aquí tratábamos, acudiriais vos, Rodrigo, á ilustrarnos con vuestros leales consejos. ¿Cómo os habeis detenido tanto, cuando tan necesario era vuestro consejo, cuando tan grande era mi deseo de estrecharos en mis brazos?

—Señor, respondió Rodrigo con cierto embarazo que el rey no pudo menos de notar, mi familia me ha detenido demasiado; vos que tanto amais á la vuestra, comprendereis lo que pueden las lágrimas de una esposa que al separarse del esposo teme que sea por largo tiempo. Quizás he faltado al deber de buen ciudadano y al de la gratitud que os debo; pero os aseguro, señor, que no me ha sido posible evitarlo.

—Bástanme las pruebas de lealtad que siempre me habeis dado para creerlo así, Rodrigo.

—Señor, disponed de mi vida y de mi hacienda, que aun no bastan á pagar vuestras bondades! esclamó Rodrigo profundamente conmovido.

—Estais enterado, Rodrigo, del grave asunto que me ha obligado á reunir en córtes á los prohombres de mis reinos? le preguntó D. Fernando.

—Nadie lo ignora en Castilla, señor, contestó el Cid. Trátase de la libertad ó la opresion de un pueblo heróico y altivo que ha conquistado su independencia luchando mas de cuatro siglos con el agareno. ¿No ha de interesar á ese pueblo la cuestion que aquí nos reune?

La presencia del Cid hizo comenzar de nuevo los debates que se daban ya casi por terminados. Los prohombres que habian opinado por negar el vasallage al emperador, cobraron esperanzas de ver prevalecer su dictámen, creyeron que el Cid estaria de su parte, y por lo tanto se acordaria la negativa, porque el consejo del de Vivar era de mucho peso.

Rodrigo Diaz tomó la palabra despues de haber escuchado durante algunos momentos los contrarios pareceres de los circunstantes.

—Apenas, dijo, hemos sacudido el yugo con que los moros humillaban nuestra cerviz, y ¿permitiremos que cristianos nos ava-

Digitized by Google

sallen y esclavicen? Nuestros antepasados hicieron pedazos el pesado yugo del imperio romano; ¿nos le tornarán á poner los alemanes? Suyos serán el poder, la autoridad, la honra, las riquezas que ganaron con su sangre nuestros padres... Y qué nos quedará á nosotros? Nos quedarán trabajos, peligros, cautiverios y pobreza! Mas vale morir como buenos, que perder la libertad que nuestros padres nos dejaron en herencia!

Casi toda la asamblea prorumpió en señales de asentimiento al pronunciar Rodrigo estas palabras; empero un obispo, cuyo nombre callan las crónicas, se levantó de su asiento y replicó al Cid:

—Si el vasallage que á Castilla se reclama no estuviera apoyado por el Sumo Pontífice, valederas fueran esas razones, justo fuera negarle y sostener la negativa con la espada; pero se trata de obedecer ó no al vicario de Cristo...

—Por la ley de Cristo ha lidiado Castilla mas de cuatrocientos años, contestó el Cid con energia. Por la ley de Cristo he lidiado yo y lidiaré siempre, y sin embargo, me creyera mal cristiano y mal caballero y mal castellano sino combatiera la demanda del emperador, siquiera esté apoyado por el Papa. Si Castilla apenas puede domar al infiel hoy que es un pueblo libre y rico, ¿cómo le domará cuando sea pobre y esclava? El vasallage que el estranjero nos exije enervará nuestras fuerzas, nos empobrecerá, nos hará cobardes como siervos, y entonces, ¿qué será de la fé de nuestros padres, qué de la cruz hoy tan reciamente combatida por la media-luna?

Gritos de entusiasmo que no bastaron á contener la presencia del rey y la solemnidad del acto, contestaron á estas palabras de Rodrigo Diaz. Hasta aquellos que con mas teson habian sostenido que se debia acceder á las pretensiones de los alemanes, eran ya de distinto parecer, á escepcion del conde de Carrion, del de Cabra y algunos otros envidiosos del favor y el engrandecimiento que gozaba el Cid. Dirijióse este á D. Fernando, y continuó:

—Señor, en mal dia nacísteis para España, si en vuestro tiempo ha de ser tributario el pueblo que hasta aqui fué siempre libre. Si consentis tan desatinada humillacion, todo es perdido, perdida

Digitized by Google

es cuanta honra os dió Dios y perdido cuanto bien os hizo. Quien os aconseja que accedais á la demanda del emperador, no es leal ni quiere vuestra honra ni vuestro señorío, ni debiera ser hijo de nuestra honrada Castilla.

El conde de Carrion y los de su bando pusieron mano á las espadas rujiendo de furor; y las hubieran desnudado si la voz del rey no hubiera dominado el rumor que ahogó las últimas palabras de Rodrigo, esclamando:

—Silencio, vasallos, silencio! Quién osa poner mano á la espada delante de su rey y señor? Un caballero esforzado, un castellano leal tan buen cristiano como buen caballero, es el que sostiene su opinion contraria á la vuestra. Aquí habeis sido llamados todos á emitir libremente vuestro parecer, y ya que no mi presencia, debiera haceros comedidos la gravedad de esta asamblea. Hablad, el de Vivar, que todo consejo tenemos en mucho, ya se nos dé con la enerjia que está bien á un animoso soldado que sois vos, ó ya con la mansedumbre que cumple á los eclesiásticos.

D. Suero y sus parientes se aquietaron mal de su grado y se restableció el silencio y la calma en la asamblea.

—No creo, continuó Rodrigo, que el Pontífice cierre sus oidos á nuestros justos ruegos: envíense personas que defiendan nuestra libertad en su presencia y declaren cuán fuera de camino está lo que pretenden los alemanes; mas si nuestra razon se desoye, hagamos valer la razon de la espada. En cuanto á mí, resuelto estoy á defender contra todo el mundo la honra y la libertad que mis mayores me dejaron, y aquellos que mas se alleguen á este mi parecer tendré por amigos mios y de mi patria. Si los alemanes no reconocen nuestro derecho, buenas lanzas tenemos en Castilla para probarles que tenemos honra y corazon; apellidad, señor, la tierra, juntad una hueste invencible, que bien podreis juntarla, y pasad con ella el Pirineo, que yo iré delante á tomar posadas con dos mil de mis amigos y los que me den los moros mis tributarios.

Este parecer del Cid contentó casi á todos, y muy particularmente al rey, y se acordó dar respuesta al Papa con arreglo á él, conviniéndose al mismo tiempo en levantar sin pérdida

Digitized by Google

de tiempo un ejército de diez mil hombres, el que debia estar apercibido para atravesar los Pirineos acaudillado por el Cid en el caso de que los alemanes y sus aliados insistiesen en su demanda, con lo cual se disolvió la asamblea.

En tanto que Rodrigo Diaz se oponia en esta á los que aconsejaban al rey que accediese á las pretensiones de Enrique IV, paseaban Fernan Cardeña y otros pajes y escuderos en la plaza del alcázar frente al palacio que los señores de Gormaz tenian allí y que Rodrigo poseia con motivo de su enlace con Jimena.

—Paréceme, dijo un escudero á Fernan, que pudiéramos matar el tiempo un rato en esta plaza, ejercitándonos en las armas, que si nuestros señores sirven á Castilla en las córtes, nosotros pudiéramos servirla aquí adiestrándonos para dar botes en la campaña.

—Dejadme en paz, hermanos, replicó Fernan, que el hijo de mi madre mas está hoy para tumbarse donde descanse tranquilo que para ejercicios de armas.

—Estás cansado, hermano?

—Como si saliera de descomunal batalla.

—Por ventura ha sido precipitada la jornada?

—Halo sido la mitad de ella.

—Mas aun asi ha llegado tarde el Campeador.

—Culpa suya no es.

—Cómo asi?

—De Búrgos salimos harto á tiempo; pero...

—Habeis tenido alguna mala ventura en el camino?

—La hubiéramos tenido á no ser quien es mi señor.

—Moro me torne si os entiendo, hermano.

—Pues no espereis que se esplique mas claro el hijo de mi madre.

—Ira de Dios qué poco fiais de vuestros amigos, Fernan!

—Y quién puede fiar de nadie en los tiempos que corren? No, sino fiad que todos os quieren bien y cuando menos lo espereis os armarán una celada donde perezcais, como hubiera perecido mi señor á no ser él tan valiente y llevar en pos tan buenos caballeros como llevaba.

Digitized by Google

Estas palabras avivaron la curiosidad de los circunstantes.

—Contadnos eso! esclamaron todos, decidnos qué aventura ha sucedido á Mio Cid camino de Búrgos á Leon.

—Voto á Judas Iscariote, que por charlatan mereciera yo que mi amo me echára á palos de su servicio! esclamó Fernan indignado de su propia indiscrecion.

—Contádnoslo, hermano, que de vuestra boca lo sabremos tal como ha sido y no con mezcla de patrañas, como al fin al cabo nos lo contaria el vulgo.

Fernan, que tratándose de honrosas hazañas de su señor creia reventar si no las contaba, creyó satisfecha su conciencia con la reflexion de su interlocutor, y dijo:

—Encárgoos el secreto de lo que os voy á contar, hermanos, porque mi señor D. Rodrigo nos le ha encargado á su vez á los que con él estábamos, y para hacernos tal encargo él tendria sus razones, que á mí me cumple respetar. Habeis de saber que salimos ayer de Búrgos para llegar aqui temprano, sin que tra-era mi señor en su compañia mas caballeros que á Martin Anolinez y á Guillen el de la Enseña, como han dado en apellidar el que rescató la de D. Rodrigo, ni mas escuderos que esos dos que duermen en la caballeriza y yo, porque el sandio de Alvar un guarda lecho de resultas de cierta moledura de huesos, y se Martin Vengador está por Vivar donde tiene su novia, y Ruienablos no puede apartarse de la mesnada que tomó á sueldo i señor y que capitanea como teniente de Martin que es su gefe. asábamos por un bosque cerca de Carrion, cuando llamaron nestra atencion unos lamentos muy lastimeros; prestamos atento do y oimos una voz de muger que decia;

—«Acorredme, acorredme, caminantes, que arde mi casa y queman mis hijos que estan encerrados en ella!»

Aguijamos todos hácia donde sonaban los lamentos, y vimos un cerrillo á la persona que los daba: era una muger desgreñada y con señales de gran desesperacion.

—«¿Dónde está vuestra casa, dónde? le preguntamos desde los.

—«A la vuelta de este cerro la hallareis, nos contestó. ¿No veis

Digitized by Google

el humo que se alza hasta el cielo? Id allá, buenos caballeros, y salvad á mis cuitados hijos, si aun es tiempo, que sí será si vais ligeros.» En efecto, una columna de humo se alzaba trás el cerro.

Aplicamos el acicate á nuestras cabalgaduras, y en menos que lo cuento dimos la vuelta al cerro, y allá abajo, cabe un bosque muy cerrado, vimos una casa de la que salian gritos al parecer de rapaces, y se alzaba una espesa humareda.

Al llegar á la casa descabalgamos todos, derribamos la puerta de una patada y entramos precipitadamente.

—Y salvásteis los rapaces? preguntaron impacientes los que escuchaban la narracion de Fernan.

—Los rapaces que topamos, contestó este, fueron diez hombres como diez jigantes, que estaban escondidos en uno de los aposentos de la casa, y se lanzaron acero en mano sobre nosotros y particularmente sobre mi señor que iba el primero. Belcebú lleve mi alma si he visto lid mas porfiada que la que entonces se trabó en aquel estrecho aposento. El delito sin duda hizo perder el tino á aquellos felones, pues erraron todos el primer golpe y dieron lugar á que D. Rodrigo y los otros dos caballeros desnudáran las espadas y cerráran con ellos; la pelea duró poco, pero fue sangrienta y feroz. Cuatro de los asesinos cayeron al suelo traspasados por la espada de mi señor, y los demas saltaron por una ventana y se metieron en el bosque.

—Terrible cuadro presentaria aquel combate en una casa presa de las llamas! esclamó uno de los escuderos.

—La que era presa de las llamas era una porcion de paja amontonada en un patio, replicó Fernan, y continuó:—Guillen creyó conocer á uno de los asesinos que se revolcaban en su sangre, y como le examinára, exhaló un grito de sorpresa esclamando:

—«Illan! tú armado de puñal asesino!... Malvado, malvado! Y eras tú quien estrañaba que sirviese yo al conde de Carrion, cuando departíamos en las verjas del atrio de Santa Gadea!..,»

—«Perdon! perdon! Guillen!... murmuró el tal Illan. La codicia... el oro que D Garcia y D. Suero nos prometieron por mataros á tí y al Cid, me cegó. Perdona al moribundo, y no vayas á Carrion porque D. Suero sabe que amas á la infanta...»

Digitized by Google

—«Dios te perdone como te perdono yo,» contestó el de la Enseña, y todos salimos de la casa en persecucion de los asesinos que habian huido al bosque. Muchas horas anduvimos buscándolos por aquellos montes, y desesperanzados al fin de dar con ellos, continuamos nuestro camino fatigados nosotros y nuestras cabalgaduras, que hemos acabado de estropear para ganar el tiempo perdido, haciendo el resto de la jornada á mata caballo.

—Y quién era la hi de tal que os llevó á la celada?

—Alguna bruja sin duda, porque se nos hizo iuvisible desde que nos llamó de la cumbre del cerro, y tampoco pudimos dar con ella por mas que la buscamos.

A aqui llegaban de su plática los escuderos, cuando, terminado ya el consejo, comenzaban á salir del alcázar, donde habia tenido lugar aquel, los prohombres que á él habian asistido.

Fernan recomendó á sus amigos el mayor secreto acerca de lo que les acababa de contar, y se dirigió á la posada de su señor viendo venir á este departiendo con Martin Antolínez y Guillen.

Digitized by Google

CAPITULO XXXV.

Donde se trata de caballeros largos de manos y de villanos largos de lengua.

conforme habia acordado en las córtes celebradas en Leon, el rey Don Fernando escribió á los aliados negando el tributo que el emperador de Alemania le pedia, y esponiendo las razones en que fundaba su negativa. Entre tanto, el Cid, por órden suya, se ocupaba en allegar una buena hueste, con la que pudiera Castilla hacer frente á los estranjeros, si estos apelaban á las armas, como habian prometido, para apoyar su demanda.

Viendo que no llegaba la conformidad de aquellos, y que por el contrario, en Francia y otros paises adictos á los alemanes se

Digitized by Google

hacian aprestos campales, D. Fernando consultó al Cid y otros caballeros, si debia pasar el Pirineo ó permanecer á la espectativa en Castilla. Todos opinaron por el primer partido, porque decian: —Cuanto menos inquietemos á los estranjeros, mas tiempo tendrán para disponer sus huestes al combate, y si nos ven quietos en Castilla, nos juzgarán demasiado flacos de gente y de corazon, pues no osamos ir á provocarlos á su tierra. Hagamos un alarde de valor, y si nuestros enemigos nos tienen por débiles y apocados, mudarán de parecer.»

Así, pues, el Cid pidió ayuda á Abengalvon y los otros reyes sus tributarios, y como estos no solo se la diesen, sino tambien viniesen ellos mismos capitaneando la gente con que acudian en favor de los castellanos, el ejército de D. Fernando se puso en marcha para la frontera de Francia.

D. Fernando mandaba el grueso del ejército, compuesto de ocho mil hombres, y Rodrigo Diaz con dos mil caballeros partió adelante á tomar posadas.

Cuando pasó el Cid los puertos de Aspa, encontró alborotados los moradores de aquel pais, de tal modo, que no querian dar posada ni vender viandas á los castellanos, y dañaban á estos por cuantos medios tenian á su alcance. Rodrigo mandó quemar las mieses y las casas de los rebeldes, y tratar bien á los que no les negaban posada y les vendian viandas. Acudiendo á estos medios, duros sí, pero forzosos, lograba el Cid tener dispuesto á la llegada del rey y el grueso del ejército, cuanto estos habian menester.

Al llegar cerca de Tolosa, supo el Cid que numerosas fuerzas enemigas salian á su encuentro con objeto de impedirle el paso: D. Ramon, conde de Saboya, se acercaba con veinte mil caballeros, y con poderes del rey de Francia para entrar en lid con los castellanos.

—Dos mil caballeros son los mios, dijo el Cid, pero hemos de probar á los franceses y al mundo entero, que dos caballeros castellanos valen tanto como veinte estranjeros, ó hemos de morir gloriosamente. Los enemigos nos van á acometer antes que llegue la hueste del rey; no nos queda mas medio que hacerles frente ó volver á reforzarnos con la gente que viene detrás con D. Fer-

Digitized by Google

nando. Volver atrás!.. No, no! Antes arrojarnos á una muerte segura que volver la espalda al enemigo.

Y Rodrigo apercibió sus caballeros á la pelea, porque los enemigos asomaban ya á corta distancia.

—Santiago! Santiago! gritó en seguida, y cerró con la hueste del de Saboya.

La lid fué «ferida» como dicen los cronistas; la pelea duró una hora, en ella hicieron prodijios de valor, no solo los castellanos, sino tambien los caballeros moros que acompañaban al Cid, á cuyo lado se vió lidiar á Abengalvon y los otros reyes moros, y á Guillen el de la Enseña, á quien Rodrigo fió la suya para darle una nueva prueba de confianza y de lo mucho que deseaba honrarle.

La hueste del conde de Saboya fué destrozada, y el mismo D. Ramon quedó prisionero.

Este primer triunfo de los castellanos llenó de terror á los aliados del emperador; sin embargo, el rey de Francia envió contra los invasores un nuevo ejército que tenia de reserva en la Gascuña.

Estas fuerzas salieron al encuentro del aposentador de Don Fernando del mismo modo que habian salido las del conde de Saboya, y, como estas, fueron derrotadas por el Cid y sus dos mil caballeros antes que el rey llegase á tomar parte en la pelea.

El conde de Saboya solicitó su libertad, porque padecia mucho en su orgullo hallándose prisionero, y porque disturbios intestinos reclamaban su presencia en sus estados. Negósela D. Fernando temeroso de que fuese á organizar nuevas fuerzas con que vengar la vergonzosa derrota que habia sufrido, y entonces D. Ramon ofreció en rehenes á su hija, á la que amaba mucho y era muy hermosa y discreta. D. Fernando creyó bastante aquella prenda, y en efecto, el conde obtuvo su libertad dejando á su hija en poder del rey de Castilla.

Los soberanos aliados enviaron cartas á D. Fernando suplicándole que no pasase adelante, y ofreciéndole entrar en tratos de paz; en su virtud, el rey de Castilla estableció sus reales en Tolosa, y envió á Roma al Cid, Alvar Fañez Minaya, Arias Gon-

Digitized by Google

zalo, Martin Antolinez y otros caballeros á aconsejar al Papa que viniesen á España apoderados del emperador y sus aliados con el objeto de tratar la paz, «é si non viniesen, añade la Crónica, ó non enviasen, que ellos irian á buscarlos á donde estaban.»

Celebró concilio el Papa, y se trató en él á cerca del partido que se debia tomar; todos opinaron que se accediese á la exijencia de D. Fernando, porque, decian, «si queremos arreglar este pleito con las armas, no habrá quien se atreva con ese famoso Cid que todos tienen ya por invencible.» En su consecuencia, el Papa envió con su poder á Miscer Ruberte, cardenal de Santa Sabina, y vinieron tambien apoderados del emperador y de los otros reyes aliados, entre los cuales y el rey de Castilla se acordó en debida forma que el emperador de Alemania ni nadie no pudiesen exijir nunca vasallage de ningun género á España.

En estas operaciones y tratos pasaron seis meses, y al fin de este tiempo dió la vuelta el ejército castellano, siendo recibido en Castilla con gran alborozo que el pueblo demostraba con sus aclamaciones y lucidas fiestas.

El pueblo castellano amaba mucho al Cid, y aquel amor se convirtió en adoracion con los últimos hechos de armas del esforzado caballero, y sobre todo, con motivo del valor y la enerjia con que habia defendido la libertad del reino en las últimas córtes de Leon. El pueblo es estremado en su amor y en su ódio; cuando trata de ensalzar al hombre público le levanta á las nubes, y cuando trata de deprimirle le arrastra por el lodo; siempre exajera las cosas, ya las disminuya ó ya las aumente. Grandes eran realmente los hechos del Cid, pero á los ojos del pueblo lo eran aun mucho mas.

El pueblo burgalés se ocupaba esclusivamente de las hazañas de Rodrigo que esplicaba y comentaba á su modo; muchas de estas hazañas eran pura invencion del entusiasmo y la credulidad popular; mas no por eso dejaban de probar lo que hemos dicho, que el Cid era el ídolo del pueblo castellano.

Entrando en Búrgos por la parte del Norte, habitaba un honrado menestral que trabajaba constantemente á la puerta de su casa á su oficio de herrador. Nuestros lectores conocen ya á Iñigo,

Digitized by Google

que asi se llamaba, por haberle visto darse unas cuantas puñadas con un palurdo el dia en que Jimena entraba en Búrgos para casarse con Rodrigo Diaz. Iñigo era el tipo popular mas completo; era hablador, irascible, entusiasta, crédulo, novelero, murmurador, en una palabra, lo que siempre fué el pueblo. No se movia una mosca en Búrgos, sin que Iñigo no supiera hasta por qué se habia movido : si hubiera vivido en nuestros tiempos hubiera ganado descansadamente el pan sirviendo en la policia secreta, ó redactando la gacetilla de un periódico. Entraba un arriero en Búrgos cuando hacia calor? Iñigo le habia de decir:

—Bien venido, hermano. Mal tiempo para viajar es este. ¿Qué hay de nuevo por esos caminos? No quereis descansar un poco en este banco, y echar un trago de esta agua fresca que aquí tengo?

Y el arriero, creyendo descortesía no aceptar tan cortés ofrecimiento, se detenia y satisfacia la curiosidad de Iñigo.

Entraba una aldeana cuando hacia frio, con un canastillo de huevos ú otra mercancía á la cabeza? Iñigo le habia de decir:

—Bien vengais, hermana. Mal tiempo es este para venir á la ciudad. ¿Qué nuevas corren por la aldea? ¿No quereis posar la cesta y calentaros un poco á esta lumbre que tengo aqui?

Y á la aldeana sucedia lo que al arriero.

Añádanse á las noticias que de este modo adquiria las que le daban los escuderos que llevaban á herrar los caballos, de sus señores, y las mugeres y los hombres de la vecindad que iban á pasar el rato murmurando del prójimo bajo el cobertizo que resguardaba el banco del herrador, y todo el mundo convendrá en que Iñigo era como pintado para desempeñar cualquiera de los destinos que arriba mencionamos.

Dos dias despues de la vuelta del Cid á Búrgos, entraba en la ciudad aquel mismo aldeano con quien en otra ocasion se cascó las liendres Iñigo. El herrador y él se habian hecho muy amigos, á juzgar por el tono en que se saludaron.

—Bien venido, señor Bartolo, esclamó el primero al ver al labriego.

Digitized by Google

—Dios os guarde, maese Iñigo, contestó este.

—Ya decia yo; haber tantas novedades por Búrgos y el señor Bartolo no venir por acá?... no puede ser.

—Con que hay tantas novedades, eh? Juro á ños que mas valiera ser cautivo de moros que vivir en la aldea.

—Qué, no se sabe nada por Barbadillo?

—Haced cuenta que nada. Si os digo que en las aldeas vivimos como bestias. Gracias que yo en cuanto huelo novedades me escurro á la ciudad á veros. Y como vos sois tan sabio y tan listo y tan aquel, me vais desasnando un poco. ¿Qué se ha de saber en la aldea? Que el lobo se comió una oveja del tio Pellica; que el tio Colambre cojió anoche una turca y zurró la badana á su muger; que la chica de la tia Veleta se deja enamorar de cuatro mozos, y otras cosas asi de este jaez. De modo que asi, ¿qué ha de hacer uno sino vivir alli aburrido? De juro.

—Cierto, señor Bartolo, que es gran ventura vivir en la ciudad.

—Y lo que me pudre mas la sangre es que mi muger, que es como esa bestia, fuera lo que tiene de Dios, arma camorra conmigo porque vengo tan de contino á saber las nuevas de la ciudad, porque dice la muy tal que asi no hago caso de mis tierras y mis ganados...

—Cierto, señor Bartolo, que vuestra muger debe ser gran pollina.

—Y no es ella sola quien murmura de mí; sonlo todos mis vecinos, que no pueden ver que siendo yo antaño tan asno como ellos, ogaño les eche la pata en lo que toca á sabiduría.....

—Cierto, señor Bartolo, que vuestros vecinos deben ser grandes cabalgaduras.

—Mas juro á ños que voy á dar en la cabeza á todos; pesia mi muger y mis vecinos, voy á deshacerme de los cuatro terrones y las cuatro tejas que en la aldea tengo y á venirme á vivir á Búrgos.

—Cierto, señor Bartolo, que debeis veniros á la ciudad, porque es mucho gozo esto de saber incontinente lo que por esos

Digitized by Google

mundos pasa, y mas á la presente que tan buenas nuevas corren todos los dias.

—Con que buenas nuevas, eh?

—Buenas, señor Bartolo, muy buenas.

—Y de qué se trata, maese Inigo?

—Ya lo supondreis, del Campeador.

—Por San Pedro de Cardeña que es mucho caballero ese Mio Cid! Contadme, contadme algo, maese Iñigo.

—Sí haré, señor Bartolo. Ya sabeis qué buenas tundas dió el Campeador á los franceses, no es verdad?

—Sí, sí, ya me contásteis... Ira de Dios, quién hubiera estado en la punta del Pirineo para ver desde alli cómo se las habian Mio Cid y los suyos con esos malos cristianos de franceses...!

—Ya sabeis tambien que el Campeador fue á Roma con otros buenos caballeros...

—Cierto, maese Iñigo, me lo contásteis tambien.

—Pues lo que no sabeis es lo que pasó alli á Mio Cid.

—¿Qué le pasó? ¿Trabó descomunal batalla con ese D. Vaticano, tan nombrado?

—Ja, ja, ja!

—Maese Iñigo, tambien burlais de mí?

—Ríome de vuestra ignorancia y simplicidad, pues teneis por caballero al palacio del Papa, que palacio y no varon es el Vaticano.

—Reniego de la aldea, que por vivir en ella es uno tan asno como veis. Mas moro que Mahoma me torne yo sino echo noramala á Barbadillo.

—Pues sabed que Mio Cid en entrando en Roma se fue derecho á la iglesia de San Pedro...

—Ira de Dios, aquella sí que será iglesia y no la de mi aldea!

—Cierto, señor Bartolo, que cuentan maravillas de ella, pues diz que está hecha de ladrillos de diamante...

—San Pedro de Cardeña! qué gran desgracia es vivir en aldeas y no en ciudades donde tales riquezas hay!

—Pues saved que Mio Cid fue á San Pedro para ver el escaño del Papa que es todo de oro...

Digitized by Google

—Ira de Dios, quien fuera Papa!

—Todos los reyes de la cristiandad tienen su silla junto al escaño del Papa, y como viera el Campeador que la silla del rey de Francia estaba un estado mas arriba que la del rey de Castilla, la derribó de una patada.

—Juro á ños que hubiera sido gran desgracia para mí no saber esa hazaña tan digna de saberse... Reniego del tal Barbadillo.

—Como la silla del rey de Francia era de marfil, se quebró. Y qué pensais, señor Bartolo, que hizo Mio Cid? Tomó la del rey de Castilla y la puso en el primer puesto.

—Oh Dios qué buen vasallo! Dios le cure de mal!

—Alli habló un duque que llaman el saboyano, y dijo al Campeador:—«Maldito seas, Rodrigo, y el Papa te descomulgue, que deshonras al rey de Francia, al rey mas honrado del mundo.»

—Dejemos á los reyes, dijo el Campeador, y si os sentís agraviado, arreglaremos los dos este pleito.»

—Y lidiaron Mio Cid y el saboyano? Juro á ños que es mucho gozo oir estas cosas...

—En saliendo de la iglesia allegóse el Campeador cabe el duque y le dió un empellon.

—Ira de Dios! Y empezaron á cintarazos, eh? Qué hizo el saboyano?

—Se quedó muy mesurado sin responder al Campeador.

—Por San Pedro de Cardeña, que con Mio Cid nadie osa!

—Cuando el Papa lo supo, descomulgó á D. Rodrigo.

—Qué me decís, maese Iñigo! Descomulgado Mio Cid! Lástima grande es, porque comenzaria á secarse como diz sucede á los descomulgados.

—No le sucedió tal, porque se afinojó muy humildoso á los pies del Papa, y le dijo:—«Absolvedme, santo Padre, que os será mal contado sino.» Y el Papa le absolvió como padre piadoso que es, diciéndole:—«Yo te absuelvo, Campeador, con tal que seas mesurado en la mi córte.»

—Oh malhaya Barbadillo, donde nunca se saben tan buenas cosas! Maese Iñigo, torno allá á deshacerme de mis haberes, y

Digitized by Google

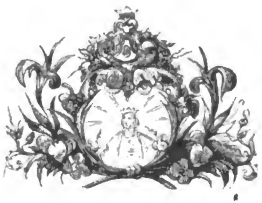
me vereis pronto por acá, para que me vayais desasnando, que juro á ños aun teneis mucho que hacer.

Cierto, señor Bartolo; mas no me direis lo que pasa por la aldea?

—Héoslo dicho; nada curioso, maese Iñigo.

El herrador iba á interrogar de nuevo al aldeano, cuando vió asomar á unos arrieros que al parecer venian de tierra lejana, y se apresuró á salir al encuentro, saludándolos como tenia de costumbre, para satisfacer su curiosidad á costa de un ladito junto á una buena lumbre que tenia en invierno ó de un trago de agua fresca de que estaba provisto en verano para atraer á los pasageros.

Pasado un instante, se regocijaban el labriego y el menestral oyendo las estupendas noticias que traian los arrieros, noticias que no deben figurar en este libro, porque para hablillas de vulgo, basta lo dicho.



Digitized by Google

CAPITULO XXXVI.

De los disgustos que al cuitado D. Suero daba su hermana.

En efecto, casi al mismo tiempo que Guillen abandonaba el castillo de Carrion para ir á la guerra de Portugal, penetró en él Bellido Dolfos. Anunciόse á D. Suero la llegada del traidor, y la alegria brilló en los ojos del conde que se apresuró á salir al encuentro de Bellido, pues no dudaba que este le traeria nuevas importantes cuando tan pronto volvia al castillo.

—Qué nuevas me traeis, decid? preguntó al recien venido sin esperar á que este le saludase.

—Muy importantes os las traigo, señor conde.

Digitized by Google

—Decid, decid...

—Puede oirnos alguien?

—Nadie, Bellido.

—Con todo, no será malo cerrar esa puerta.

Y Bellido cerró la del aposento, volviendo en seguida á sentarse al lado del conde.

—Qué me decís de esa banda infernal?

—Poco tengo que deciros de la banda.

—Pues de quién me traeis nuevas?

—De vuestra hermana y el paje.

—Si tornaron al castillo....

—Lo sé....

—No comprendo qué nuevas me podeis traer de ellos.

—Señor, calmad vuestra impaciencia. Los cuidados de ese hermoso paje deben haber satisfecho no poco á la infanta.

—Y á mí tambien, Bellido; por eso he recompensado hoy mismo á èse leal servidor, dándole el mejor de mis caballos y armas para que vaya á la guerra. Debeis haberle encontrado cerca del castillo.

—No está en el castillo ya?

—No.

—Cierto, cierto que vi salir un caballero... Ah! señor conde, habeis dejado escapar de entre las manos al mas digno de vuestra cólera...

—Por Lucifer, que os espliqueis, Bellido! Qué quereis decirme?

—Quiero deciros que ese mancebo ama á vuestra hermana y vuestra hermana corresponde á su amor.

El conde se puso de pie de un salto como si una serpiente le hubiese clavado el aguijon. Bellido habia previsto su cólera, y para hacerla menos sensible, habia querido darle aquella noticia poco á poco; pero la habia aventurado de una vez enojado por la impaciencia y el tono amenazador de D. Suero.

—Bellido!! esclamó este mirando fijamente á su interlocutor. Por ventura me creeis de tan buen humor que tolere burlas? Creeis que el conde de Carrion es tan vuestro amigo que podais solazaros con él?...

Digitized by Google

—Señor, contestó humildemente Bellido, duéleme en el alma el disgusto que esperimentais; mas no puedo menos de repetiros que vuestra hermana y el paje se aman, que os engañan villanamente...

—La vida os ha de costar esa calumnia, Bellido!

—Si es calumnia lo que os digo, consiento que me ahorqueis de las almenas de vuestro castillo.

—Qué pruebas me dais de que no estais calumniando á la doncella mas noble de España?

—Mi palabra, que abonan la lealtad y el celo con que hasta aqui os he servido.

—Infierno! infierno!... Debo creer lo que oigo? No, no puedo creeros, Bellido, no puede ser que un miserable paje haya osado poner sus ojos en la infanta de Carrion; no puede ser que mi hermana haya dado oidos á tan ruin mancebo.

—Señor, comprendo vuesta incredulidad; pero nada mas cierto que lo que os he dicho. Todo estaba en silencio en el campo de los bandidos; no sé qué me hizo sospechar que el paje era para la infanta algo mas que un servidor, algo mas que un amigo; acerquéme á la tienda en que ambos se alojaban y como los sintiera despiertos, apliqué el oido á la lona y sorprendí el secreto de su amor...

—Y si es cierto qúe el paje ama á mi hermana, ¿por qué se aparta voluntariamente de ella para ir á la guerra de Portugal?

—Porque aspira á la mano de vuestra hermana y sabe que el que ha de casar con la infanta de Carrion necesita ser caballero...

—Ah! todo conspira contra mí!.. esclamó D. Suero tornando á la violenta desesparacion que parecia haber calmado un instante. Sufro en la tierra todos los tormentos del infierno... Me engañan, me venden, me asesinan lentamente propios y estraños... De quién, de quien he de fiar?.. Mi vida parece la vida del malvado que mi madre solia pintarme: ni un momento de calma, ni una dicha que merezca el nombre de tal, enemigos por todas partes, proyectos vanos, deseos nunca satisfechos, tristeza, insomnio, desesperacion eterna... tal era la vida que mi madre pintaba, y tal es la mia... Oh! si seré yo un malvado!... No, no lo soy... no lo

Digitized by Google

soy... porque si maltrato á mis criados y á mis vasallos, es porque mis criados y mis vasallos me aborrecen y me venden;... si tengo enemigos y procuro su ruina, es porque nadie me otorga su amistad, porque todos me insultan, y porque todos conspiran contra mí... Esto es vivir agonizando!

Y el conde que habia inclinado la cabeza, la alzó de repente, y tal era la espresion de su semblante y el brillo de sus ojos, que Bellido hizo un movimiento para apartarse de él creyendo que la razon le habia abandonado.

—Traidor, esclamó D. Suero, estabas aquí, estabas escuchando mis palabras?... Mi daga te enseñará á ser cortés.

Bellido se alzó de su asiento, y echando mano al pomo de su daga, dijo procurando dulcificar sus palabras:

—Señor, el dolor os estravia; ved que quien está á vuestro lado es el único amigo leal con quien contais.

D. Suero recobró de repente la razon que en efecto le habia abandonado un instante, y dijo alargando afectuosamente la mano al traidor:

—Perdonad, Bellido, perdonad mis arrebatos! Sí, sí, teneis razon, el dolor, la ira, la desesperacion me estravian... Sí, sí, vos sois mi único amigo, el único que no me ha vendido, que no me ha ultrajado, que me compadece... Pero, es cierto? es cierto que ese miserable paje ama á mi hermana, que mi hermana se ha envilecido hasta el punto de corresponderle?

—Nada mas cierto, señor, os lo repito.

—Y qué hacer, Bellido, qué hacer?

—Matar al villano que así ha burlado vuestra confianza.

—Sí, sí, y la infanta tambien merece la muerte... Cien vidas que tuvieran uno y otro, no bastaran á espiar su traicion... Pero dónde hallaré al paje?... Necio de mí que le he dejado escapar de mi venganza, y le he dado armas... acaso para lidiar contra mí, porque, no lo dudo, ese traidor irá á Portugal, lidiará contra los moros, se alzará de su mísera condicion actual, y tornará lleno de orgullo y de audacia á insultarme, á retarme, á imponerme vergonzosas condiciones...

—Asi que torne de Portugal, vendrá á ver á la infanta, y en-

Digitized by Google

tonces tendreis ocasion de castigar su deslealtad; pero para que vuelva al castillo, para que vuelva á vuestras manos, debe ignorar que sabeis sus insensatos amores; no os deis por entendido á la infanta, porque Doña Teresa pudiera hallar medio de avisarle, y entonces el traidor quedaria impune.

—Imposible, Bellido, imposible! Puedo ver á mi hermana sin que mi indignacion estalle? puedo diferir el castigo que mi hermana merece hasta el dia en que ese traidor tenga á bien parecer por mi castillo?

—Cierto, señor, que os fuera difícil hacerlo; pero podeis buscar un pretesto cualquiera á vuestro enojo. Decid á vuestra hermana que quereis dar su mano á... al primero que os venga en mientes; vuestra hermana se opondrá á vuestro deseo, y entonces podreis dar rienda á vuestro enojo, cuyo verdadero motivo no sospechará...

—Eso haré, Bellido, eso haré. Ah! bien haya el dia en que os conocí, que vos sois el único que me aconseja lealmente, que me ayuda á contrastar este fatal destino que combate todas mis empresas, que trastorna todos mis planes, que ni un momento de tranquilidad deja á mi alma. Sí, sí, destino la mano de mi hermana al hijo del conde de Cabra, y mi hermana lo ignora..... Es llegada la ocasion de decírselo.....

—Pero cuidad de no daros por entendido de sus amores con el paje.....

—Nada sospechará, Bellido, nada sospechará... Pero decidme ahora en qué estado se halla la banda.

—Señor, fio que ha de desaparecer totalmente dentro de pocos dias. Aunque sus fuerzas son escasas, cuando están unidas hacen frente á los Salvadores, y logran huir de ellos ya que no vencerlos como antes hacian. Por de pronto, he logrado dividirlas so pretesto de que conviene á su seguridad y valiéndome de la autoridad que sobre el Vengador y Rui-Venablos tiene mi consejo desde que vaticiné la destruccion de la banda si atacaba á viva fuerza el castillo de Carrion. Desde ayer acampan la mitad de los bandidos á bastante distancia de la otra mitad, para que no puedan reunirse con la suficiente presteza al ser atacados en sus

Digitized by Google

respectivos campos por los Salvadores, á quienes antes de volver á la banda lo participaré todo... Ya podreis figuraros que si la banda os tenia antes ojeriza, aun mas os tiene desde que tan sangriento revés sufrió en vuestro castillo, y por lo mismo mas interés teneis en acabar con ella.

—Cierto, Bellido, cierto. Fio que con vuestra ayuda he de vencer á esos implacables enemigos. Seguid ayudándome en su esterminio, y contad con mi liberalidad.

—Señor, dijo Bellido aparentando cortedad, aunque tal vez abuse de ella, me atrevo é pediros algunos marcos que he menester añadirá los muchos que he gastado con los bandidos para ir mereciendo su confianza, con objeto de llegar á la realizacion de mis planes.

Con cada marco que daba, parecia á D. Suero dar un pedazo de su corazon, porque la avaricia era el móvil de la mayor parte de sus maldades; pero como necesitaba tener á su devocion á Bellido, y sabia que este no tenia mas ambicion que la de oro, contestó dirijiéndose á la arca donde en otra ocasion habia mostrado sus tesoros á aquel malvado:

—Tomad, Bellido, tomad el oro que hayais menester. ¿Teneis bastante con veinte marcos?

—No me bastan, señor, contestó Bellido con humildad.

—Os daré cuarenta.

—Necesito mas, repuso Bellido con entereza.

—Tomad sesenta.

—Necesito siquiera ciento, objetó Bellido con arrogancia.

—Villano!... esclamó D. Suero en un arranque involuntario de indignacion; pero un instante de reflexion le hizo conocer que le era preciso transijir con Bellido, y añadió con el tono mas humilde y afectuoso:

—Perdonad, Bellido, que los contratiempos que me rodean trastornan mi razon, y no sé lo que digo ni lo que hago. Tomad los cien marcos de oro que necesitais.

Y alargó los marcos á Bellido, que los tomó con una alegria que en vano trató de disimular.

En seguida convinieron ambos en algunos puntos relativos al

Digitized by Google

asunto que los habia reunido, y Bellido abandonó el castillo de Carrion.

Veamos lo que pasaba en el aposento de Doña Teresa en tanto que esta escena se verificaba en el del conde.

En el momento de salir Guillen del castillo, la infanta se habia asomado á la ventana de su estancia para verle: en efecto, sus ojos arrasados de lágrimas le habian seguido largo trecho hasta verle desaparecer en una arboleda lejana. Ah! cómo esplicar lo que en aquel momento sintió la enamorada doncella! Parecióle que el alma habia abandonado su ser para seguir al hermoso mancebo que se alejaba, ¡que se alejaba acaso para nunca mas volver! parecióle que el cielo se oscurecia, que la campiña perdia su verdor y su hermosura, que los pájaros habian suspendido su canto, que aquella estancia se habia tornado de repente tan lóbrega, tan oscura, tan solitaria como le parecia antes de ser amada de Guillen; parecíale que todo se vestia de luto, que todo lloraba la ausencia del bello paje. Sus ojos siguieron largo rato obstinadamente fijos en el paisage donde habia desaparecido Guillen, por ver si descubrian á este, pero nada... nada... el bello paje no tornaba á aparecer!

Lector! El que escribe este libro apela otra vez á tus recuerdos, á tu esperiencia, á tu corazon para que comprendas lo que su pluma no acierta á esplicar porque su corazon lo siente demasiado. ¿Has visto alejarse de tí alguna persona amada, irse perdiendo de vista en la estensa campiña, como vió á Guillen la pobre Teresa? ¿Has salido del pueblo natal acompañando á un ser amado que se ausentaba muy lejos, por retardar algunos instantes la dolorosa despedida, y cuando ha llegado esta, te has parado en una eminencia para ver alejarse al viajero, y le has seguido con la vista hasta el horizonte, y cuando ya ha desaparecido completamente has vuelto con los ojos arrasados de lágrimas? Si esto te ha sucedido, como al que escribe este libro, entonces sí que comprenderás el dolor, el desconsuelo, la angustia con que Teresa vió desaparecer al hermoso paje en la arboleda lejana!

La triste niña dejó la ventana con el corazon traspasado de dolor, y arrodillándose al pie de una imágen de María que diaria-

Digitized by Google

mente adornaba de flores en otro tiempo, cuando era bastante libre y dichosa para ir á cojerlas en los campos circunvecinos, oró largo rato, pidió á la «madre del amor hermoso» por el valiente y bello y enamorado mancebo que partia á lidiar por el amor y la fé cristiana, y sintió su corazon consolado. En otro tiempo, cuando sentia apenado su corazon, la tierna, la pura, la dulce Teresa buscaba el consuelo en su madre; pero faltándole esta, ¿á quien debia acudir sino á la madre universal de los afligidos? ¡Oh qué religion tan dulce, tan bella, tan consoladora, la que nos dá una madre inmortal para que no quedemos huérfanos cuando nos falta la que nos concibió en sus entrañas!

Teresa se sintió consolada; pero, escitada sobre manera su sensibilidad, tenia necesidad de conversar con alguien á quien amase y de quien fuese amada. En su concepto, ¿no se hallaba en este caso su hermano? Iba á abandonar su estancia para buscar á D. Suero, cuando apareció este á su vista, y la pobre niña se estremeció al verle, porque notó en el semblante de su hermano cierta espresion de ira que al conde no le fué dado disimular. Sin embargo, D. Suero hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y consiguió dulcificar aquella espresion, y entonces la tranquilidad y la confianza y el amor volvieron al corazon de la infanta.

—Hermano mio, dijo Teresa con voz dulce y cariñosa, acostumbrada á estar casi siempre á tu lado, no puedo pasar una hora sin verte, y por eso iba á buscarte.

No mentia la infanta al decir esto á su hermano: desde su vuelta del campo de los bandidos ansiaba estar al lado de D. Suero, le amaba tierna y confiadamente, porque creia á su hermano poseido del mismo sentimiento.

—Hipócrita! dijo para sí D. Suero, y estuvo á punto de quebrantar su propósito de disimular su enojo; pero al fin se sobrepuso á aquel movimiento instintivo, y contestó á su hermana con dulzura:

—Tambien yo deseo estar á tu lado, Teresa, porque eres el único ser á quien verdaderamente amo. Mucho tiempo fuí injusto para contigo; mas al fin reconocí mi error y quiero espiarle proporcionándote la felicidad que mereces. Hermana mia, te voy á

Digitized by Google

dar una prueba de que anhelo tu dicha, de que deseo verte honrada, querida, feliz. ¿No has pensado nunca en la felicidad á que debe aspirar una muger?

—No te comprendo, hermano.

—¿No has considerado nunca que la mayor felicidad de una doncella honrada y buena como tú eres, consiste en hallar un esposo noble y enamorado?

La infanta se estremeció de terror al oir esta pregunta y contestó:

—Si, hermano, nuestra madre me lo decia.

—Pues bien, Teresa, tu hermano va á proporcionarte esa felicidad.

El terror de la doncella llegó á su colmo.

—Hermano mio, replicó Teresa, soy jóven aun... déjame permanecer á tu lado, que esa es la felicidad que por ahora ambiciono.

—Teresa, al lado del esposo que te destino no echarás de menos las caricias de tu hermano... Nuño Garciez, el hijo del conde de Cabra, es noble, es galan, y suspira por tí há mucho tiempo.

—Nuño Garciez! el hijo del conde de Cabra! esclamó Teresa con espanto.

—Si, ese será el esposo que labrará tu dicha, hermana mia.

—Imposible, hermano, imposible!

La ira encendió el semblante de D. Suero.

—Teresa! esclamó este con severidad. Es decir que rehusas la mano de Nuño?

Teresa no sabia mentir, su sinceridad la hacia superior á su natural timidez.

—Perdóname, hermano, contestó; pero jamás daré mi mano al hijo del conde de Cabra...

—Ira Dios que te confunda!... ¿Qué osas decir, traidora y desnaturalizada? Pagas mi cariño oponiéndote insolente y rebelde á mi voluntad? Teresa! serás esposa de Nuño Garciez...

—Hermano mio! ten compasion de mí, no condenes á eterna tristeza, á eterno dolor, á eterna desesperacion este corazon que tanto ha padecido!...

Digitized by Google

Y la infanta dobló la rodilla ante su hermano deshaciéndose en lágrimas.

—La tienes tú de mí, por ventura? replicó D. Suero. Tiene compasion de mí la que viéndome rodeado de enemigos se niega á proporcionarme el apoyo de una familia que me haria triunfar de todos mis émulos?

—Pero yo no podria amar nunca á Nuño Garciez, y mi juramento ante el altar seria un abominable perjurio... Hermano mio, ten compasion de mí, acuérdate de la promesa que hiciste á nuestra madre; recuerda que la que nos dió el ser te bendijo al exhalar su último suspiro, porque acababas de prometerla que serias mi escudo, mi protector, mi hermano, no mi verdugo...

—Infierno, infierno!... Alza de mis pies, traidora, que tus súplicas y tus lágrimas son inútiles, esclamó D. Suero en el colmo de la exasperacion.

Y de un empellon arrojó á la dulce niña sobre el pavimento.

Teresa se alzó de repente, no ya humilde y temblorosa, sino altiva como una reina á quien hubiese ultrajado un villano, y dijo:

—Oid, D. Suero, pues no mereceis que mi labio os dé el dulce nombre de hermano; quizá podais burlar la justicia de los hombres; quizá consienta Dios que os burleis algun tiempo de su santa justicia; quizá me atormentareis mientras viva; quizá me matareis; pero la infanta de Carrion jamás dará su mano al hijo del conde de Cabra ni á ninguno otro que no haya elegido su corazon. Una muger puede ser arrastrada al pie de los altares, puede ser calumniada, puede ser oprimida barbaramente; pero si tiene valor para morir sin despegar sus labios, como yo le tengo, no se la puede arrancar ese juramento que constituye la union de los esposos.....

—Callad, callad! gritó D. Suero acariciando el pomo de su daga, que me hareis castigar en este instante vuestra rebeldía.

—Ya os lo he dicho, podeis matarme, que ni la muerte me aterra; pero mi mano jamás será de quien no sea dueño de mi corazon...

—Pues sufrireis en la tierra todos los tormentos del infierno;

Digitized by Google

sereis escarnecida hasta de los villanos mas ruines; la vergüenza y el oprobio os seguirán por todas partes...

—La vergüenza no humillará jamás mi frente, porque en mi vida no hay ni habrá nada de que pueda avergonzarme.

—Y osas hablar asi, traidora? Inclina tu altiva frente al suelo, que no puede alzarla arrogante la noble infanta de Carrion, que ha renegado de su gloriosa estirpe amando á un villano, á uno de sus míseros criados...

D. Suero se arrepintió quizás de aquel arranque de cólera que le habia hecho revelar á su hermana lo que se habia propuesto ocultar. Teresa se estremeció al oir aquellas palabras que manifestaban que su hermano era sabedor de su amor á Guillen; pero ambos conocieron que ya era inútil el disimulo, y una vez arrojada la máscara, se decidieron á luchar á cara descubierta.

—Pues bien: dijo la infanta, os confesaré que amo al servidor que decís; pero no me avergüenzo de ello, porque ese servidor, ese villano, tiene corazon tan hidalgo como el infanzon mas noble de Castilla. Nunca, nunca me avergonzaré de amarle.

—Ese traidor morirá, morirá ahorcado en las almenas de mi castillo, y en todas partes se sabrá su delito, se sabrá que era amante correspondido de la infanta de Carrion, y la noble infanta será escarnecida de todos, será escupida á la faz por la nobleza leonesa y castellana....

—Sea asi, D. Suero; la infanta de Carrion está resuelta á arrostrar la ignominia con que la amenazais, sin dejar de amar á Guillen, al mísero paje, al humilde pechero á quien ama con todo su corazon...

—Infierno! infierno! gritó D. Suero loco, desatentado, delirante de cólera, y desnudó su daga y la alzó para herir á su hermana; pero fuese que no se sintiera bastante cruel para consumar tan bárbaro crimen ó que reservase su víctima para mayores dolores, para una agonía mas lenta, para una muerte mas penosa, tornó á la vaina su acero, y para no caer de nuevo en aquella bárbara tentacion, abandonó la estancia de Teresa hablando en alta voz como un insensato conforme atravesaba los ánditos que mediaban entre su aposento y el de su hermana.

Digitized by Google

Asi que se hubo serenado un poco, tomó un pergamino, escribió en él algunas líneas, le cerró y llamó á Gonzalo y le dijo:

—Parte á Búrgos ahora mismo, y entrega esta carta al conde de Cabra; corre, revienta en tu viaje el mejor caballo que haya en la caballeriza. Es medio dia; si no vuelves antes de media noche, mañana amanecerás ahorcado en una almena.

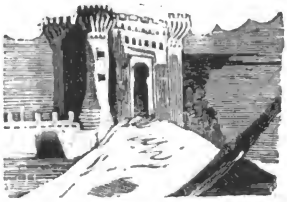
—Ved, señor, se atrevió á replicar el criado, que solo para ir necesito ese tiempo, porque de Carrion á Búrgos hay doce horas de camino...

—Villano! osas desobedecer á tu señor? esclamó el conde, y echando mano á su puñal se levantó de su asiento.

Gonzalo dió dos pasos atrás aterrorizado y esclamó:

—Perdonadme, señor, perdonadme, que obedeceré vuestras órdenes; tornaré de Búrgos aun antes que decís, si tal es vuestro deseo.

Y el criado salió del castillo un instante despues, reventando en efecto el mejor caballo que el conde tenia en su caballeriza.



Digitized by Google

CAPITULO XXXVII.

A rey muerto rey puesto.

A transcurrido algun tiempo desde que pasaron los sucesos narrados en los capítulos anteriores. Nuevas victorias obtenidas lidiando con la morisma al oriente de Castilla han glorificado mas y mas á D. Fernando, al Cid y á los caballeros de este último.

Empero castellanos y leoneses estan consternados con una triste nuevas que vuela por todas partes: D. Fernando el Magno, el noble, el valeroso, el prudente, el sabio, el noble, está próximo á trocar su corona por otra mas rica, mas refulgente, mas duradera, por la que Dios ciñe á los justos en el cielo.

Digitized by Google

Los años y sus constantes fatigas empleadas en defensa de la fé cristiana y el gobierno del pueblo que el Rey de los reyes puso á su cuidado, han quebrantado su salud, han debilitado sus fuerzas, le han colocado á las puertas de la eternidad.

Hallábase en Cabezon, cerca de Valladolid, ocupado del gobierno de sus reinos, cuando sintió debilitarse apresuradamente su salud y mandó que se le trasladase á su alcázar de Leon, al seno de su familia, cerca de los santos templos edificados por su nunca desmentida piedad. «Llevábanle, dice Mariana, en una litera militar, como silla de mano; mudábanse por su órden los soldados y gente principal á porfia quien se aventajaria en el trabajo; tanto era el amor que le tenian chicos y grandes.»

Asi que entró en Leon, á pesar de que el mal era cada vez mas grave, se hizo conducir á los templos y visitó los cuerpos de los santos, postrado en el suelo con muestras de la piedad mas ardiente y acendrada. Terminada aquella santa visita, fue trasladado á su alcázar é hizo testamento dividiendo sus estados entre sus hijos en la forma siguiente: «á D. Sancho el mayor, dice el historiador ya citado, señaló el reino de Castilla, como se entiende desde el rio Ebro hasta el de Pisuerga, ca todo lo que se quitó á Navarra por muerte de D. Garcia, se añadió á Castilla. El reino de Leon quedó á D. Alfonso con tierra de Campos, y la parte de Asturias que llega hasta el rio de Deva, que pasa por Oviedo, demas de algunas ciudades de Galicia que le cupieron en su parte. A D. Garcia el menor dió lo demas del reino de Galicia y la parte del reino de Portugal que dejó ganada de los moros. Todos tres se llamaron reyes. A Doña Urraca dejó la ciudad de Zamora, á Doña Elvira la de Toro. Estas ciudades se llamaron el infantado, bocablo usado á la sazon para significar la hacienda que señalaban para sustento de los infantes, hijos menores de los reyes.»

Muchos grandes del reino rodeaban á D. Fernando á aquella sazon, entre los cuales se contaban Arias Gonzalo, Peranzures, Alvar Minaya, Martin Antolinez, Diego Ordoño de Lara y Ro-

Digitized by Google

drigo Diaz de Vivar, y todos le aconsejaban no dividiese el reino en tantas partes, porque era de temer se orijinasen sangrientas guerras.

—Señor, le decia el honrado Arias Gonzalo, recordad los trastornos y las enemistades que trajo consigo la division que vuestro padre el rey de Navarra hizo de su reino. Dejad un reino compacto y fuerte y no muchos pobres y desunidos.

D. Fernando dirijió la vista en torno de su lecho, y vió allí, llorando desconsolados, á todos sus hijos.

—Arias, respondió al leal anciano, esos que veis llorar, son todos mis hijos, todos tienen igual derecho á mi amor, y lo mismo amo á unos que á otros. ¿Cómo quereis que favorezca á uno y á los demas perjudique? Cuando arrebataba una fortaleza á los moros, cuando los vencia en campal batalla, ¿sabeis cual era el primer pensamiento que me ocurria? pensaba que tenia un joyel mas que dejar á mis hijos y entonces no distinguia á ninguno, que pensaba en todos, porque, lo repito, buen Arias, todos mis hijos tienen igual derecho á mi amor. Cumplo con lo que mi conciencia y mi corazon me ordenan y fio que mis hijos vivirán siempre unidos, se amarán como siempre se han amado, serán hermanos siempre.

Arias Gonzalo inclinó la noble y rugosa frente en señal de respeto á la voluntad del moribundo y del rey.

La enfermedad seguia agravándose; sin embargo, al dia siguiente, que era el primero de la Pascua de Navidad, se hizo trasladar el rey á la iglesia de San Isidoro, oyó misa con santo recojimiento y comulgó.

El segundo dia de Pascua, tornó al templo revestido de las insignias reales, y poniéndose junto al sepulcro del santo Arzobispo, esclamó en alta voz, dirijiendo la vista al altar:

—Señor! vuestro es el poder, vuestro el mando, todo está sugeto á vos, los reyes son vuestros siervos. Os restituyo el reino que recibí de vuestra mano, y solo os pido que mi alma goce de vuestra eterna gloria.

Dicho esto, se quitó la corona y el manto, recibió el óleo de manos de uno de los muchos prelados que se hallaban presentes,

Digitized by Google

y se vistió de silicio y cubrió de ceniza su cabeza, en cuya disposicion se retiró del templo.

Al dia siguiente, cerca de la hora de sesta, conociendo que su vida tocaba al fin, llamó á sus hijos é hijas, á su esposa, á Arias Gonzalo, á Rodrigo Diaz y algunas otras personas.

—Vos, mi buena Doña Sancha, dijo á la reina, me habeis amado siempre como la mejor de las esposas. En nombre del amor que me habeis tenido, en nombre de Dios y en nombre del pueblo cuya felicidad tanto habeis anhelado siempre, os encargo que cuideis de nuestros hijos, que los guieis como hasta aquí por el sendero de la virtud; sé el poder que tiene sobre sus hijos una madre tan buena como vos sois, y para abandonar este mundo con alma tranquila, me basta que me hagais la promesa que os exijo.

—Yo os juro, esposo mio, que cumpliré vuestro mandato, yo os lo juro por la salvacion de mi alma, respondió Doña Sancha prorumpiendo en llanto y arrodillándose al pie del lecho del moribundo.

Este mandó á sus hijos que se acercasen.

—Hijos mios, les dijo, las palabras con que Cristo aconsejó el amor á los hombres encierran el principal consejo que quiero daros: «amaos los unos á los otros.» Obedeced en todo á vuestra madre, que guiados por sus consejos, jamás abandonarcis la via del deber. Tú, mi buena Urraca, si vas á morar en tu ciudad de Zamora, tendrás cerca de tí á Arias Gonzalo que tiene allí su casa y tornará á ella ahora que con mi muerte quedará libre del cargo que desempeña en mi alcázar: consúltale, pídele su consejo en los asuntos difíciles de resolver, y fia en él, que es honrado y entendido y hará las veces de un padre á tu lado.

—Padre mio, no olvidaré vuestro consejo, contestó la infanta.

—Ni yo, señor, dijo Arias, dejaré de servir á vuestra hija con la lealtad y el buen deseo con que á vos os he servido.

—Sancho, continuó D. Fernando, ya sabes el amor que siempre he tenido al Cid, y los servicios que ha prestado á la fé y á la pá-

Digitized by Google

tria tan honrado, tan valeroso caballero. Dichoso tú que le tendrás siempre á tu lado! Amale como le he amado yo, hónrale como yo le he honrado, pídele consejo antes de resolver, y lo que él te aconseje, aquello debes hacer siempre.

—Padre, contestó D. Sancho, ya sabeis en cuánta estima tengo al Cid; os juro que en mi corazon tendrá un lugar tan aventajado como el que siempre ha tenido en el vuestro.

D. Fernando recomendó á D. Garcia la amistad de un caballero gallego llamado Rui-Jimenez, y á Elvira la de otro que tenia su solar en Toro y cuyo nombre callan las crónicas, y en seguida añadió dirijiéndose á sus hijos:

—Juradme, hijos mios, que satisfechos con los Estados que á cada uno dejo en herencia, no declarará ninguno la guerra á su hermano para quitarle lo que un padre moribundo le legó.

—Lo juramos, padre y señor! contestaron todos menos D. Sancho que guardó silencio.

D. Fernando notó esto último y añadió:

—La maldicion del cielo caiga sobre el Cain que haga armas contra su hermano!

En seguida mandó al Cid que se acercára á su lecho, y le dijo:

—Rodrigo! Juradme que jamás esgrimireis vuestro acero contra mis hijos ó mis hijas á no ser que aquel á quien sirvais se vea oprimido por su hermano, y para salvarse necesite vuestro invencible brazo.

—Señor, yo os lo juro! contestó el Cid con profunda emocion, porque su corazon estaba traspasado de dolor al ver próximo á exhalar el último aliento á su rey, á su amigo, á aquel anciano á quien tanto amaba y á quien habia servido tanto y de quien tantas pruebas de amor habia recibido.

—Falta ya aliento á mi pecho!... dijo D. Fernando con voz desfallecida.

Entonces su esposa, sus hijos, todos los circunstantes, en fin, se arrodillaron en torno del lecho esclamando entre sollozos:

—Dadnos vuestra bendicion, señor, dadnos vuestra bendicion.

Digitized by Google

El moribundo los bendijo á todos; mas como oyera su llanto, hizo un violento esfuerzo para tornar á su voz la enerjía que iba perdiendo por instantes, y les dijo:

—No lloreis por mí, esposa mia, mis hijos, mis caballeros, mis buenos servidores! Ningun dolor aqueja mi cuerpo ni mi alma; mi espíritu se va exhalando dulcemente como los aromas de las flores en una serena mañana de mayo; no anonadan mis fuerzas vitales las dolencias físicas, que el sér formado de la nada torna naturalmente á su orijen. Fio en la misericordia divina, fio en Dios que borrará mis pecados del libro de su cuenta, y llego tranquilo y aun gozoso á las puertas de la eternidad. Si las cosas terrenas pueden importar algo al que se aparta de ellas para siempre, ¿no me basta el ver agrupadas en torno de mi lecho á las prendas que mas he amado en este mundo?...

Y el rey guardó silencio por algunos instantes, quedando como sumergido en un tranquilo sueño. Luego, su rostro se animó, la sonrisa apareció en sus labios, una sonrisa dulce, apacible, como la del niño que en sueños se ve rodeado de ángeles.

—Qué música tan dulce! murmuró; qué cánticos tan armónicos llegan á mis oidos!... qué resplandores me cercan!... qué niños, qué doncellas, qué mancebos tan hermosos me rodean?... qué vestiduras tan albas tienen!... Qué trono tan refulgente veo allí... allí..... Me conducen á él... No, no, este trono no es el de Castilla... es mas blando... mas rico... mas... Qué aromas se aspiran aquí... qué delicias... me embriagan!.....

Y la voz del monarca se estinguió... se estinguió para siempre!...

Y muchos de los que estaban en la cámara esclamaron:

Bienaventurados los justos, pues mueren asi! Bienaventurados los que mueren en el Señor!

. . . . . .

Los hijos del difunto rey D. Fernando, asi que tomaron posesion de los Estados que este les dejó, se dedicaron pacíficamente á su gobierno sin apartarse de la obediencia de su madre Doña Sancha, conforme su padre les encargara, en cuya ta-

Digitized by Google

rea ayudaba no poco el Cid á D. Sancho, quien amaba y respetaba mucho á aquel esforzado y leal caballero.

«Asentábale bien la corona á D. Sancho, dice un historiador, por ser de buena presencia y gentil hombre, de muchas fuerzas, mas diestro en los negocios de guerra que en los de paz. Por esto se llamó D. Sancho el Fuerte. Pelagio Ovetense dice que era muy bello y muy diestro en la guerra. Era de buena condicion, manso y tratable si no le irritaban con algun enojo y si falsos amigos so color de bien no le estragaran. Muerto el padre, se querellaba que en la division del reino se le hizo conocido agravio: que todo el reino se le debia á él por ser el mayor y que le enflaquecieron las fuerzas con dividirle en tantas partes; trataba esto en secreto con sus amigos y en su mismo semblante lo mostraba. La madre mientras vivió le detuvo con su autoridad que luego no hiciese guerra á sus hermanos.»

Algunos reyes moros de Aragon que eran tributarios de su padre, se negaron á reconocerle vasallaje, y dispuso obligarlos con la fuerza de las armas. Juntó al efecto un buen ejército y acompañado del Cid, tomó la via de Aragon. Los moros fueron derrotados en diferentes batallas campales, les tomó muchas plazas y les obligó por consecuencia á seguir dando parias á Castilla. Unicamente quedaba por someter Almugdadir, rey de Zaragoza, que hacia poco habia sucedido á Alí, uno de los cinco cautivados por el Cid en la batalla de los montes de Oca. Púsose sobre aquella ciudad que era de mucha importancia en todos conceptos, y estableció el cerco atacándola con vigor; defendiánla fuertes murallas y gente numerosa y acostumbrada á la guerra, y los castellanos fueron rechazados en diferentes asaltos; pero al fin Almugdadir se avino á partido y se rindió conviniendo en apartarse de la amistad que tenia con D. Ramiro, rey de Aragon, y dar parias á D. Sancho, obligándose este por su parte á defenderle de cualquiera que le molestase con guerra ya fuese cristiano ó ya moro.

D. Sancho estaba muy quejoso de D. Ramiro porque este ayudaba á los navarros sus enemigos, que con mucha frecuencia hacian entradas y cabalgadas en tierra de Castilla, cometiendo todo

Digitized by Google

género de daños, y D. Ramiro por su parte tambien estaba quejoso de D. Sancho, porque se creia despreciado en el hecho de haber tomado el rey de Castilla á Zaragoza que estaba á su obediencia y cuya conquista solo á él creia pertenecer.

Hallábase el aragonés sobre el castillo de Grados, edificado por los moros en la márgen del rio Esera, para que les sirviese de baluarte contra las irrupciones de los cristianos, y abandonando el cerco, salieron al encuentro de D. Sancho para pedirle satisfaccion del agravio que creian haberles hecho.

D. Sancho pidió consejo al Cid antes de contestar á la demanda de D. Ramiro.

—Señor, le contestó Rodrigo, no creo que el rey de Aragon desconozca enteramente vuestro derecho á obligar á la obediencia á los infieles que reconocieron vasallage á Castilla en tiempo de vuestro padre, ni que D. Ramiro desconozca que todos los reyes cristianos de España tienen igual derecho á apoderarse de las tierras ocupadas por los infieles. Esponedle con blandura, mas sin bajeza, las razones en que os habeis fundado para venir á atacar á los moros de Aragon, y si no satisfecho de esas razones acude á las armas, acudid á las armas tambien; sostened la comun opinion de que Castilla no se deja avasallar de moros ni de cristianos. Cierto que es doloroso pelear con cristianos, pero no lo es menos que cristianos quieran avasallar á Castilla que há siglos pelea por abatir la media luna. Recordad sino lo que hizo vuestro padre cuando los alemanes, que tambien eran cristianos, quisieron imponerle vasallage. Si al empezar vuestro reinado no os las habeis como valiente, siquiera sean cristianos los que hayan con vos contienda, cobrareis fama de apocado y hasta el mas ruin se os atreverá.

Este consejo de Rodrigo agradó mucho á D. Sancho, porque estaba acorde con lo que este pensaba acerca de aquella cuestion, y el rey de Castilla contestó con arreglo á él al de Aragon; pero D. Ramiro, que no buscaba razones si no un pretesto para vengar sus resentimientos, desoyó las de D. Sancho y apercibió su hueste al combate. D. Sancho hizo lo mismo con la suya, y se travó la pelea con un encarnizamiento pocas veces visto.

Digitized by Google

D. Sancho y el Cid, á quienes acompañaban Diego Ordoñez de Lara, que era un novel caballero muy aficionado al rey y á Rodrigo, porque ambos eran valientes, y otros buenos caballeros, entre los que se contaban Guillen el de la Enseña, Alvar Fañez Minaya y Martin Antolinez, fueron los primeros que cerraron con la hueste aragonesa.

La batalla duró muchas horas y ambos ejércitos derramaron mucha sangre; pero al fin D. Ramiro tuvo que abandonar el campo en el mayor desórden. D. Sancho, satisfecho de haber dado aquella leccion á los aragoneses, suspendió el alcance, porque de seguir á D. Ramiro, se hubiera derramado aun sangre cristiana.

Pero los moros que guarnecian el castillo de Grados, como supieran que los aragoneses se retiraban llenos de desaliento y debilitadas sus fuerzas, salieron al encuentro de estos y los destrozaron, quedando muerto en esta nueva pelea el mismo rey D. Ramiro antes que pudiese ser socorrido por D. Sancho, que al saber el peligro en que se hallaba aquel á quien acababa de combatir como á capital enemigo, se encaminó al efecto hácia el punto, bastante lejano, donde lidiaban aragoneses y moros.

Estos últimos se volvieron á encerrar en Grados temerosos de la hueste castellana; y como aquella fortaleza era inespugnable y D. Sancho no habia sido ofendido directamente por los que la guarnecian, los castellanos no creyeron prudente detenerse mas en Aragon, y tornaron á Castilla ufanos con los triunfos que acababan de alcanzar.

El pueblo castellano que aun lloraba la pérdida de D. Fernando, trocó su llanto en alegria con aquellos gloriosos triunfos, con la esperanza de tener en D. Sancho un rey tan valeroso, tan sabio, tan grande como el que habia perdido.

Queriendo D. Sancho celebrar el feliz comienzo de su reinado y corresponder á las pruebas de amor que el pueblo le daba, concedió á este muchas franquicias y mercedes, y se mostró liberal sobre todo con los que le habian acompañado á la guerra de Aragon, con lo que vino á aumentarse el regocijo público.

No fue Guillen, el de la Enseña, quien menos parte obtuvo en la distribucion de las mercedes soberanas: habíale visto

Digitized by Google

D. Sancho pelear valerosamente en todas las lides, y como quisiese premiar su valor y supiese que aquel esforzado mancebo ambicionaba honra, le dió tales títulos de nobleza, que Guillen envidiaria á muy pocos nobles de privilejio, nombre que se daba á los que eran nobles, no por la sangre, sino por privilejios obtenidos del rey como recompensa de sus hechos personales.

Sin embargo, no todos los castellanos participaron de la liberalidad de D. Sancho: este tuvo muy presentes á los nobles que pudiendo acompañarle á la guerra, no lo habian hecho, y cuidó de demostrarles su enojo relegándolos al olvido.

Digitized by Google

CAPITULO XXXVIII.

De como unos caballeros fueron por lana y volvieron trasquilados.

ocas veces se ha visto tanto movimiento, tanta vida, en el castillo de Carrion, donde comunmente reina la quietud: muchos caballeros van llegando á las puertas de aquel siniestro edificio que se creyera deshabitado la mayor parte del año, porque sus moradores, encerrados casi siempre entre aquellos denegridos muros, parecen vivir sin comunicacion con los de fuera. ¿Qué acontecimiento puede esplicar tal concurrencia de gentes estrañas al castillo de Carrion? Entre aquellos caballeros háse visto al conde de Cabra y otros nobles tan conocidos como D. Garcia por su carácter discolo, intrigante y envidioso.

Digitized by Google

Veamos de qué se ocupan allí.

En un salon del castillo estan reunidos hasta una docena de caballeros, en tanto que sus servidores departen de amores ó de guerras, en los aposentos inmediatos, espiados por Bellido Dolfos que vaga entre ellos aparentando indiferencia á sus pláticas.

Oigamos á D. Suero que toma la iniciativa en los debates de aquella asamblea.

—El conde de Cabra y yo, dice, hemos convenido en que la nobleza castellana y leonesa, que siempre ha ocupado un honroso lugar al lado de sus reyes, comenzó á verse despreciada y envilecida en tiempo de D. Fernando I, merced al favor de que gozaba el de Vivar, ese ambicioso soldado que supo hacerse dueño absoluto de la voluntad del monarca de modo que el rey solo diese oido á sus consejos. Era de esperar que D. Sancho II enmendase los desaciertos de su padre, dejándose guiar por el consejo de los nobles y no esclusivamente por el de ese afortunado soldado, á quien, ya que no apartase de su lado, solo debia consultar al asaltar una plaza sobre la conveniencia de escalar el muro ó romper con el ariete una puerta. Por ventura lo ha hecho asi el nuevo rey? No, lejos de eso, consulta al Cid en todos los asuntos de estado, y sigue ciegamente sus consejos sin consultar ni admitir á su lado los nobles del reino, pues tal es el desden con que nos mira y tan en poco nos tiene...

—Cierto, cierto, esclamaron casi todos los circunstantes; necesitamos volver por nuestra honra poniendo coto al ascendiente y el favor esclusivo de que goza el de Vivar al lado del rey, antes que el mal se arraigue de modo que la cura sea imposible.

—Recordad, dijo el conde de Cabra, lo que el rey hizo al partir á la guerra de Aragon: consultó al Cid acerca de la conveniencia de acometer aquella empresa, y la acometió porque tal era la voluntad del de Vivar que á fuer de ambicioso, solo busca ocasion de acrecentar sus riquezas con el botin de la guerra. Costumbre muy antigua era en Castilla el juntar córtes antes de acometer empresa de tal monta como la de meter un ejército por reino estraño llevándolo todo á fuego y sangre; pero D. Sancho cree su-

Digitized by Google

perior á la costumbre, á la conveniencia y á lo que á la nobleza de su reino debe, el capricho de un privado. Si por acaso olvida que en Castilla hay mas nobles que los amigos de Vivar, recordémoselo, señores.

—Y si no atiende á las razones en que apoyemos nuestra demanda, añadió uno de los nobles, con gente de armas contamos para obligarle, que si el vasallo debe obediencia al rey, tambien los vasallos cuando son tan nobles como nosotros, tienen derecho á que el rey respete la honra y los privilejios que ellos ó sus antecesores ganaron con la espada.

—Yo cuento con cien lanzas con que derribar la privanza del de Vivar, dijo uno de los condes allí reunidos.

—Yo otro que tal.

—Yo con doscientas.

—Yo con trescientas.

—Con otras tantas cuento yo.

—Quinientas estan á mi devocion.

Y sucesivamente fueron enumerando todos la gente de armas que creian poder aprestar para dar la ley á D. Sancho en caso de que este desoyese sus reclamaciones; pero el conde de Cabra, á quien no se podia negar mucha prevision y talento para urdir conspiraciones, objetó:

—Ventaja y grande es que á mas de la razon, contemos con las armas; pero preciso es conocer que la campaña de Aragon ha dado á D. Sancho y al Cid mucho prestigio entre el pueblo, y que el de Vivar tiene muchos amigos y es osado, diestro y animoso en la pelea. Reclamemos respetuosamente contra la privanza del de Vivar, y si D. Sancho no nos atiende, disimulemos nuestro enojo, ganemos amigos, dispongamos al pueblo á nuestro favor haciéndole ver con maña cuán inmerecido es el incienso que tributa á su ídolo, y cuando estemos seguros de alcanzar el triunfo, haremos estallar nuestra indignacion.

Todos los circunstantes demostraron su asentimiento al plan de D. Garcia.

—Ya sabeis, continuó este, que D. Ramiro debió la destruccion de su ejército y su muerte al ejército castellano, á la sinrazon

Digitized by Google

de D. Sancho ó mas bien á los desleales consejos que el Cid dió al rey de Castilla. Pues bien: este hecho puede servirnos para el logro de nuestros fines. D. Sancho Ramirez, el nuevo rey de Aragon, nos ayudará si su ayuda necesitamos, porque anhelará vengar la muerte de su padre.

El parecer del conde de Cabra mereció en un todo la aprobacion de los circunstantes, lo cual llenó de regocijo á D. Suero que ya se creia libre del de Vivar, que era su eterna pesadilla, y despues de convenir en la forma en que se habia de protestar cerca del rey contra la privanza de Rodrigo y de jurar todos no desmayar en aquella empresa, se disolvió la asamblea encaminándose los conjurados á Búrgos, donde D. Sancho habia establecido su córte.

D. Suero salió á despedirlos hasta la puerta del castillo, donde alargó su mano á D. Garcia con grandes señales de amistad y reconocimiento.

—D. Suero, le dijo el conde de Cabra, no me dais alguna buena nueva que llevar á mi hijo?

—Decidle, contestó el de Carrion, que fie en mi promesa de recompensar los servicios del padre dando al hijo la mano de mi hermana.

—Habeis contado ya con la infanta?

—Si, D. Garcia; Doña Teresa sabe ya quien es el esposo que la destino.

—Y le acepta?

—En estremo gustosa.

—Oh qué feliz nueva para mi D. Nuño! Cuando torne á veros traeré en mi compañia á mi hijo, porque como há tiempo ama á vuestra hermana, se holgará mucho de verla...

—Mi hermana, repuso D. Suero algo turbado, es tan tímida... tan vergonzosa... que aunque anhele ver al mancebo con quien ha de casarse, esquivará su presencia hasta el dia en que pueda darle el nombre de esposo. D. Nuño, como vos, puede honrar mi casa cuando le plazca; pero decidle que si mi hermana no osa dejarse ver de él, no lo tome á desamor ni á desaire.

—Pues bien, D. Suero: creo no lejano el dia en que vuestra

Digitized by Google

familia y la mia emparenten, y diferiremos hasta entonces la primera entrevista de vuestra hermana y mi hijo.

—Gracias, D. Garcia, por vuestro deseo de complacernos á mi hermana y á mí.

—Fiad en mi amistad, y no dudeis que con ella y la ayuda de los caballeros que á aqui me han acompañado, os alzareis triunfante sobre el de Vivar, sobre ese orgulloso soldado de quien habeis recibido tantos ultrages.... Si la suerte nos fue contraria en la celada que al de Vivar armamos cuando iba á las córtes de Leon, y si los moros sus aliados no quisieron secundar nuestros planes cuando iban en su ayuda contra los aliados del emperador de Alemania, fue sin duda porque luchábamos solos; mas otra cosa será ahora que contamos con poderosos auxiliares y hemos concertado un buen plan de conspiracion... Pero nada me habeis dicho de ese traidor paje que osó poner sus ojos en vuestra hermana.

—Ese desleal es tan despreciable que temiera envilecerme ocupándome de él.

—Y yo creyera ofender á vuestra hermana preguntándoos si habeis notado que Doña Teresa corresponda á su insensato amor.

—Cuanto á eso, D. Garcia, vivid descuidado: mi hermana se llenó de indignacion al saber que ese mancebo habia osado poner sus ojos en ella. Ese traidor olvidó un instante su ruin condicion y creyó que le era lícito amar á su señora; pero su señora le hubiera echado á palos del castillo si hubiera sabido hasta dónde llegaba su audacia. Si tenemos ocasion de castigarle cual merece, debemos aprovecharla, y si no... despreciémosle por loco. ¿Quién quita al villano mas ruin amar en secreto, no digo á la infanta de Carrion, sino á la misma Doña Urraca, la infanta de Zamora?

—Ya sabreis cuántas mercedes le ha dispensado el Cid?

—Ved ahi, D. Garcia, un nuevo motivo para que vos y yo odiemos al de Vivar...

—Cierto, cierto, D. Suero. Ambos seremos vengados, no lo dudeis.

Y asi diciendo, el conde de Cabra se apresuró á cabalgar, y corrió al alcance de sus amigos que se habian alejado buen trecho.

Dos dias despues conversaban el rey D. Sancho y su ma-

Digitized by Google

dre en el alcázar de Búrgos, y Doña Sancha decia á su hijo:

—Si la voluntad de tu padre, si la voluntad de un moribundo no bastára á que te contentases con el reino de Castilla que te cupo en herencia, deben bastarte, hijo mio, las lágrimas de tu madre, que diera cien vidas que tuviera por no ver á sus hijos luchando hermano contra hermano...

—Madre mia, contestó D. Sancho, os juro que si mis hermanos no provocan la guerra, no se la haré... pero dejadme el derecho de quejarme aqui que nadie mas que vos oye mis quejas, del agravio que se me hizo dividiendo en cinco partes el reino y dándome una cuando me correspondian todas. El reino de Castilla y Leon correspondia íntegro al hijo mayor de D. Fernando I.

—La razon y la justicia son superiores á la costumbre, hijo mio. ¿Qué razon hay para que un padre desherede á un hijo porque vino al mundo algunos dias despues que otro? Un rey para ser bueno, necesita ser justo, necesita tener por guia la razon; asi mereció tu padre el nombre de Grande, y solo así le merecerás tú tambien... Su hermano provocó á tu padre á la guerra, y tu padre no se la hizo hasta que invadió el reino de Castilla. Vencido y muerto D. Garcia, tu padre pudo y tenia derecho á apoderarse de Navarra, y no lo hizo. Si has de imitar á tu padre, ¡cuán distante debes estar de hacer guerra á tus hermanos que no te provocan á ella!

—No se la haré, madre mia, os lo repito, por mas agraviado que me considere.

—Castilla es un reino que envidian los reyes mas poderosos, es un pueblo tan leal como valeroso y guerrero; te aman los castellanos, y late en tu pecho un corazon valiente... Deja á tus hermanos en pacífica posesion de sus Estados, y ensancha los tuyos conquistando con tu espada y la de los buenos caballeros que te rodean, reinos infieles, con cuya posesion sea Castilla tan grande y tan temible que voluntariamente vengan á ofrecerte vasallage los reyes mas poderosos.

—Si, si, eso haré, madre mia, asi satisfaré esta ambicion que á mi pesar me inquieta continuamente.

Digitized by Google

—Hijo, tú no sabes cuánto lastima esa ambicion el corazon de tu madre.

—Y no sabeis por qué soy ambicioso? No lo sabeis, madre mia? Es porque no puedo vivir en un círculo estrecho sin ahogarme en él; es porque las cosas mezquinas repugnan á mi alma; es porque solamente halaga mi alma lo magnífico y grande. El título de rey es una irrision cuando el que lo lleva solo domina en una comarca que se puede recorrer en pocos dias.

—Pues bien, hijo mio, si lo mezquino repugna á tu alma, respeta la voluntad de tu padre, ama á tus hermanos, que mezquino fuera el no hacerlo.

—Mi padre me encargó que me dejara guiar siempre por vuestros consejos y los de Rodrigo Diaz, y asi lo haré, madre mia.

—Si, hijo, no apartes de tu lado al de Vivar, da oido á sus consejos, que nadie pudiera dártelos mas leales y sabios que ese buen caballero...

—Oh madre, no sabeis cuánto se acrecienta la amistad que siempre tuve á Rodrigo desde que ciñó mi frente la corona de Castilla, y sobre todo desde que con su ayuda reduje á la obediencia á los moros de Aragon y vencí á D. Ramiro!. Cuán útiles me fueron entonces sus consejos y su espada! Me parece que teniendo á mi lado al Cid no hay empresa que no pueda llevar gloriosamente á cabo; me parece que si el universo entero me declarase la guerra, le venciera con la ayuda del Cid...

D. Sancho fue interrumpido por la presencia de uno de sus servidores que le anunció la llegada al alcázar de una diputacion de la nobleza castellana que solicitaba su audiencia. D. Sancho dió órden para que compareciesen á su presencia aquellos nobles.

En efecto un instante despues estaban en presencia del rey el conde de Cabra y algunos mas de los que vimos reunidos en el castillo de Carrion.

—Señor, dijo D. Garcia con muestras de profundo respeto, muchos nobles, vasallos vuestros, nos envian á vos para que os felicitemos por los gloriosos triunfos que últimamente habeis alcanzado en Aragon.

Digitized by Google

—Triunfos, contestó el rey, que esa misma nobleza castellana me ha ayudado á alcanzar yendo conmigo á la guerra y peleando esforzadamente...

El conde de Cabra y los que le acompañaban comprendieron la reconvencion que D. Sancho les dirijia, y estuvieron á punto de manifestar su despecho; pero se contuvieron, y D. Garcia continuó como si no hubiese comprendido la ironía que encerraban las palabras del rey:

—Señor, los nobles que nos envian á saludaros no pertenecen al número de los que os acompañaron á Aragon...

—Pues quiénes son, D. Garcia?

El conde de Cabra fue nombrando á sus amigos.

—No habeis dicho que veníais en nombre de la nobleza castellana?

—Ciertamente, señor, porque son lo mas escojido de ella los nobles que he nombrado.

—Y los varones mas nobles de Castilla están quietos en su casa en tanto que su rey lidia con los enemigos de Dios y de la patria?

—Señor, los ricos-homes que os saludan han dado hartas pruebas de valor y de lealtad á su rey; si no os acompañaron á la guerra de Aragon fue porque los años, las dolencias ó cuidados imprescindibles de su casa no se lo permitieron. Ademas, señor, creen que cuando su rey los tiene alejados y no les pide consejo cuando se ocupa de asunto tan importante como el de ir á hacer la guerra á tierras estrañas, no necesita ya su ayuda...

La indignacion coloreó el rostro de D. Sancho, quien interrumpió al conde de Cabra esclamando:

—Vive Dios que he de castigar la audacia de los vasallos que asi se atreven á su señor: Tened entendido, vosotros y los que á mí os envian, que el rey de Castilla no tolera reconvenciones de sus vasallos,..

—Señor, no es nuestro ánimo reconveniros, sino suplicaros que tengais con nosotros las consideraciones que nuestra esclarecida nobleza reclama y que nos dispensaron siempre vuestros antecesores; deseamos que en la córte de Castilla haya mercedes

Digitized by Google

para todos los nobles, y no para unos pocos ó mas bien para uno solo....

—Qué quereis decir á vuestro rey, traidores?...

—Señor! esclamaron casi todos los nobles indignados, ved lo que decís; ved que estais mancillando la honra de los caballeros mas nobles de Castilla...

—No son nobles, no, los que se atreven á imponer leyes á su señor, los que ante su rey osan hablar tan descomedidos y alteros como vosotros hablais! replicó D. Sancho no menos irritado que sus interlocutores.

—Mancilláramos nuestra honra, continuó el conde de Cabra abandonando enteramente la afectada humildad con que al principio se dirijiera al rey, mancilláramos nuestra honra si no espusiéramos nuestras quejas con la franqueza que cumple á buenos caballeros: nos agraviais, señor, teniéndonos alejados de vuestro alcázar, olvidando lo que valemos y el derecho que nos asiste á participar de las honras y las mercedes reales por mantener en vuestra privanza al de Vivar y sus amigos.....

—Callad, callad, y no ose vuestro labio profanar el nombre del Cid Campeador ni el de sus amigos y mios!... Comprendo ya vuestro deseo, quisiérais que arrojára de mi lado al caballero mas honrado de Castilla, á la columna mas fuerte de mi trono, al mejor servidor de mi padre, al terror de los enemigos de la fé cristiana...? Id de mi presencia, que la ira arde en mi corazon al ver ante mí hombres de alma tan mezquina como la vuestra...

—Señor, ved lo que somos y lo que valemos!...

—Justicia de Dios!... esclamó D. Sancho sin poder ya dominar su ira. He de tolerar que traidores vasallos me amenacen en mi casa!... No, vive Dios, no! verdugos hay en mi córte que hagan rodar hoy mismo vuestra cabeza... Y dirijiéndose hácia la puerta del salon gritó con voz fuerte:

—Ah de mi guarda! ah de mi guarda!

Inmediatamente aparecieron hasta una docena de archeros á quienes dijo el rey:

—Prended á estos condes traidores y encerradlos en una prision de donde salgan para el cadalso.

Digitized by Google

Los archeros iban á obedecer al rey; pero aquellos hombres que tan audaces se habian mostrado un momento antes, doblaron la rodilla ante el irritado monarca esclamando aterrorizados:

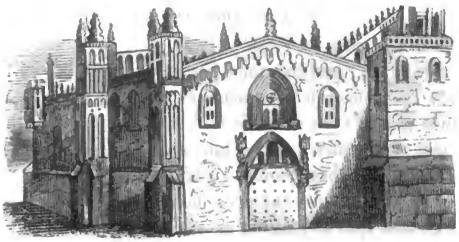
—Perdon, señor, perdon!...

D. Sancho hizo una seña á los archeros para que se retiráran, y echando á los condes una mirada en que se retrató á la vez el desprecio y la indignacion de que su alma se hallaba poseida, les dijo:

—Alzad, mezquinos y cobardes, que á varones tan nobles como vosotros no está bien herir con la inmaculada frente el pavimento. Apartaos de mi vista, que lastima mi alma tanta bajeza. Salid de mi córte al punto y no torneis mas á ella, que si mis ojos vuelven á veros, han de ser los del basilisco que matan cuando miran!

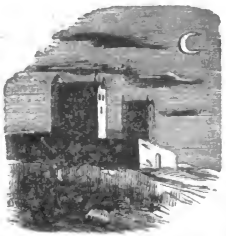
Y los condes se apresuraron á abandonar el alcázar y aun la ciudad, con la presteza que el rey les ordenára.

Digitized by Google



CAPITULO XXXIX.

De como iba en Burgos al villano de Barbadillo, con lo demas que sabrá el que leyere.



Conviénenos echar una rápida ojeada á la casa de los señores de Vivar, porque ninguno de sus moradores es acreedor á nuestro olvido; mas no penetremos en los aposentos principales, porque en el zaguan tropezamos con quien entretenernos un rato. Alli estan Fernan y Alvar departiendo amistosamente; y cierto que debemos prestar atencion á su plática, aunque sea descortesía, porque no es enteramente estraña á la historia cuyo hilo vamos siguiendo.

—Há mucho que no has ido por Vivar? dice Alvar.

—Por allá estuve dos veces despues que tornamos de Aragon.

Digitized by Google

—Y fuiste por casa de Pero?

—¿Cómo no, si nuestras amas tienen tanta aficion á Beatriz que nunca me hubieran perdonado el no traer noticias de ella y su familia pasando tan cerca de la morada de Pero?

—Y qué tal Beatriz? Sigue tan gentil y tan hermosa como cuando tú y yo nos abrasábamos en la lumbre de sus ojos?

—Lo está aun mas que entonces, hermano.

—Ira de Dios qué afortunado es ese Martin Vengador en servir á tan garrida doncella!

—Y mas afortunado es aun en que nuestro amo le tenga tanta aficion...

—Cierto que á D. Rodrigo place mucho ese mancebo. Ya viste qué buena parte de botin le dió en la guerra de Aragon....

—Y aun no pára ahí su liberalidad para con el tal Martin.

—Qué, ¿le ha hecho nuevas mercedes?

—Háselas prometido para cuando case con Beatriz.

—Y qué mercedes son esas, Fernan?

—D. Rodrigo y Doña Jimena serán padrinos en la boda de Martin y Beatriz, quienes recibirán en donas para sí y sus sucesores, casa y escelentes tierras en el señorío de Vivar.

—Sabes lo que debieras tú hacer?

—Qué, Alvar?

—Casar con Mayorica cuanto antes, á ver si nuestros amos y señores te dan tan buenas donas como á ese mancebo.

—Si me darán, Alvar, que son agradecidos con quien bien los sirve.

—Pues siendo asi, ¿por qué no te casas?

—Eso haré muy pronto, Alvar, que ayer se lo prometí á Mayorica que rabia por tener marido, porque diz que si ahora que aun es moza y de buen talante no me puede arrastrar á la iglesia, menos podrá cuando no lo sea. ¡Oh y cómo apura mi paciencia con este pleito la muy tal!

—Y cumplirás tu promesa?

—Héla hecho y la cumpliré aunque nunca debiera estar mas rehacio que ahora....

Digitized by Google

—Mátenme moros si te entiendo, Fernan. ¿Por qué has de estar rehacio en casarte, teniendo como tienes buenos haberes, novia gentil y enamorada y esperanzas de grandes regalos? Qué, no te place ya Mayorica?

—Pláceme como siempre, Alvar, mas... Escucha, que voy á fiar á tu discrecion un gran secreto.

Fernan miró á todas partes á ver si habia alguien que pudiese escucharle y no viendo á nadie, continuó:

—Sabrás, hermano, que há dias me quemo en los ojos de una serrana capaz de encender un corazon de piedra...

—Qué, ¿por ventura ha venido á Búrgos aquella de Albarracin de quien tanto te enamoraste cuando posamos allá en la última campaña?

—No, hermano, no es aquella. Pluguiera á Dios que la serrana de Albarracin estuviera por acá, que harto me acuerdo de ella noche y dia! La que me enamora en Búrgos es de Barbadillo, y por el alma de Belcebú te juro que venida del cielo parece segun es de gentil!

—De Barbadillo es tambien una serrana por quien yo suspiro...

—De Barbadillo? Voto á Judas Iscariote que fuera bueno..... ¿Dónde la viste, dí?...

—En el herradero de maese Iñigo...

—Por el alma de Belcebú que he de molerte á palos si has osado poner tus ojos donde yo los mios, que en el herradero de maese Iñigo ví yo tambien á la serrana que digo... ¿Qué señas tiene la tuya, Alvar?

—Morena...

—Asi es la mia.

—Oji-negra.

—La mia tambien....

—Abultado el seno...

—Cierto.

—Cuerpo rollizo...

—Cabal.

—Pesada la mano...

—La de la mia tambien.

Digitized by Google

—No, replicaba otro, sino que se dejaba querer á la vez de Fernan y de Alvar, y asi que ellos lo han descubierto, se han sacudido el polvo uno á otro y luego han ajustado cuentas á la moza....

—No es la doncella del golpe la que tiene culpa de la querella: es una serrana de Barbadillo.

—Sea quien sea, juro á brios que las hembras son la perdicion de los hombres... Reniego de mi casta si de hoy mas fio de la mas honrada.

—Eso debemos hacer todos los varones, señor soldado.

—Si, que son mas falsas que el mismo Judas..

—Los falsos son los hombres, que nos enamoran á pares y aun asi quieren mas.

—Eh, buena vieja, no os metais en cuenta, que vos estais ya fuera de lid...

—Santa Gadea bendita! No hay quien defienda á una honrada dueña de los insultos de ese soldado bellaco?

—Este soldado jura que todas las hembras son unas tales.

—Insolente, desvergonzado! grita un inmenso coro de mugeres, que se lanzan furiosas sobre el que les ha dirijido aquel insulto, y le arañan y le aporrean sin darle lugar á la defensa.

Los hombres acuden en auxilio del soldado que al fin se vé libre de aquellas furias del infierno y se aleja molido del tumulto y lleno de rasguños el rostro.

Al mismo tiempo llega á mezclarse entre la multitud un villano que con vivísima curiosidad pregunta á todos la causa de aquella reunion, y suelta un voto al ver que nada puede sacar en limpio, porque lo que uno le dice está en completa contradiccion con lo que le dice otro. Su mayor deseo parece ser el llegar á la puerta á donde se agolpa aun la multitud esperando ver aparecer de nuevo en el zaguan á los héroes de aquella funcion, y procura abrirse paso con manos y cabeza, acompañado de maldiciones y denuestos.

—Juro á ños, murmura, que aunque sepa reventar, he de saber lo que pasa, porque gran cosa ha de ser cuando tanta

Digitized by Google

gente cura de verlo y no he venido á la ciudad para vivir tan á oscuras como en Barbadillo.....

Las maldiciones y los apóstrofes aumentan conforme aumentan los esfuerzos del villano por pasar adelante.

—No empuje el soez villano, gritan unos.

—Ira de Dios, esclaman otros, que me aplasta el palurdo!

—No se meta el asno entre los racionales.

—Por todos los santos del cielo, que este hombre es el mas bruto que come pan!

—Atrás el muy cerdo!

—Téngase el salvage!

—Juro á fios que ya me van atufando los denuestos de las muy tales...

—El muy tal será él!...

—Las muy tales son las hembras, y por san Pedro de Cardeña que si comienzo á repartir puñadas.....

—Puñadas á nosotras!! gritan todas las mugeres, y se lanzan sobre Bartolo, pues no es otro el que tantos esfuerzos hace por atravesar aquella termópila, y luchan con él con la misma furia con que poco antes las vimos luchar con el soldado que las insultó. El palurdo, que tiene la fuerza de un jigante, se defiende derribando una muger de cada puñetazo, y está ya próximo á triunfar de sus sañudas enemigas; pero estas reclaman el auxilio de los hombres, á quienes acusan de cobardes y recuerdan que los varones están obligados á salir á la defensa de las hembras. Pocos son los hombres que alli hay, porque la curiosidad en todos tiempos fue patrimonio casi esclusivo de las mugeres; pero aquellos pocos se ponen al lado del sexo débil, arremeten á palos y á mojicones con el de Barbadillo, y este se rinde, al fin molido, arañado, derramando sangre que da compasion el verle.

El niño que ha sido aporreado por los de una calle que no es la suya, suele desfogar su enojo diciendo á los que le han maltratado:

—Como yo os pillára en mi calle!...

Y asi ni mas ni menos hizo el asendereado Bartolo, pues viéndose vencido é imposibilitado de tomar venganza, esclamó cruzándose

Digitized by Google

de brazos, meneando la cabeza y queriendo anonadar con la vista á aquella muchedumbre:

—Juro á ños que si yo os pillára en los robledales de Barbadillo...

—Es de Barbadillo el palurdo! dijo uno de los que habian acudido al comenzar la querella de Fernan y Alvar y por consiguiente habia tenido ocasion de enterarse de la causa de aquella. Maldito sea Barbadillo, que de alli es la muy tal por quien se ha movido todo este tumulto.

Estas palabras escitaron la curiosidad del labriego, que como hemos visto, no necesitaba grandes escitaciones.

—Calla! dijo para si Bartolo, algo voy á descubrir aqui con que dé enojos á los de Barbadillo y me desquite de sus murmuraciones sobre si voy y vengo á la ciudad, y si soy curioso en demasía, y si por meterme en lo que no me atañe no curo de mi muger y mis haberes.

Y acercándose muy mesuradamente al que asi maldecia á Barbadillo, que era el soldado á quien zurraron poco antes las hembras, le dijo:

—Hermano, de Barbadillo soy; pero de morería quisiera ser mas que de esa salvaje aldea que sin duda maldijo Dios en castigo de haber comenzado en ella el pleito de los infantes de Lara... Con que de Barbadillo es la que ha movido esta Babel? De juro, no podia ser de otra parte.

Este asentimiento de ideas captó á Bartolo la simpatía del soldado.

—Qué, no lo sabíais? dijo este último.

—Holgárame que me contárais lo que ha pasado, que sí hareis, porque os tengo por mas cortés que toda esta descomedida muchedumbre, contestó el villano.

—Pues sabed, dijo el soldado, que dos servidores de Mio Cid están enamorados de una serrana de Barbadillo y se han aporreado á maravilla sobre quien ha de llevarse la muy tal.

—Juro á ños, que debe ser buena alhaja la moza cuando á los dos hace cara... Hermano, las hembras de Barbadillo para eso son como pintadas: alli está la hija de la tia Veleta que se deja enamorar de cuatro....

Digitized by Google

—Segun eso, vos, hermano, no habreis escogido muger de allá...

—De allá es la que tengo; mas, si á pollina ninguna le echa la pata, á honrada tampoco.... Héme venido con ella á vivir á Búrgos, porque es mucho gozo esto de saber lo que por esos mundos pasa, como acontece en la ciudad, y voy todos los dias al herradero de maese Iñigo á saber las nuevas que corren. Como mi muger va conmigo, aunque harto me cuesta hacerla ir, porque quiero que alli se vaya desasnando un poco, aconteció el otro dia que un bellaco de escudero fue á requerirla de amores mientras yo departia con maese Iñigo, y cuenta ella, porque yo nada ví, que rompió los dientes al galan de una puñada.... Con que ya veis si es honrada mi muger....

—Ira de Dios en su honradez!...

—Qué quereis decir, hermano?

—Que vuestra muger es la muy tal que se disputan esos mancebos....

—San Pedro de Cardeña, valme!

—Y cierto que si la primera vez los recibió á puñadas, despues debe haberse mostrado mas blanda, porque sino ellos no se zurráran como se han zurrado por mor de ella.

—Juro á ños que voy á matar á la muy falsa!... esclamó el villano desesperado, arrancándose los cabellos de rabia.

Como algunos hubiesen oido su conversacion con el soldado, muy pronto supieron todos la causa de su desesperacion y vino á aumentar esta un espantoso concierto de silvidos, de groseras burlas y de denuestos.

El desventurado Bartolo se cuadró desafiando á la muchedumbre; pero sus palabras se perdieron entre los silvidos y la vocería, y entonces no tuvo otro remedio que abrirse paso por medio de aquella y huir loco, desatentado, frenético.

La multitud no abandonaba su puesto, porque deseaba saber cuál habia sido el resultado de la querella de los criados del de Vivar, porque queria saber si era cierto, como ya empezaba á susurrarse, que la doncella de doña Teresa habia muerto del golpe que el escudero la diera.

Digitized by Google

Pero se oyó el galope de un caballo hácia la bajada del alcázar, y apareció al momento un criado del rey que se dirijia á casa del Cid con suma precipitacion, el cual viendo que la multitud se mostraba rehacia á abrirle paso, rompió por medio de ella atropellándola con su cabalgadura.

Un instante despues salió el Campeador para el alcázar acompañándole Guillen, Fernan y Alvar, y la muchedumbre se apresuró á retirarse movida de un sentimiento de respeto, y sobre todo, desesperanzada de satisfacer su curiosidad de ver al escudero y al paje venir nuevamente á las manos.

D. Sancho que, tan luego como se apartaron de su presencia el conde de Cabra y los demas conjuradores, habia mandado llamar á Rodrigo, esperaba á este con impaciencia, pues aunque conocia que debia castigar á aquellos audaces, no queria hacerlo hasta consultar al Cid acerca de la conveniencia de tan trascendental medida. Tambien queria el rey oir el consejo de su madre, y hé aqui porque estaba á su lado Doña Sancha en el momento de llegar Rodrigo.

—Buen Cid, dijo D. Sancho al ver á este, hace un instante han salido de mi alcázar el conde de Cabra y otros nobles. ¿Pensais que han venido á ofrecerme sus espadas para lidiar con la morisma?

—Señor, contestó Rodrigo, eso cumple á nobles como D. Garcia; mas ni él ni los de su bando lo hicieron cuando partísteis á la guerra de Aragon y dudo que lo hayan hecho ahora...

—No os equivocais, no: esos mal llamados nobles, lejos de venir á ofrecer á su rey la ayuda de su brazo, han venido á insultarle, á amenazarle, á imponerle leyes....

—Ira de Dios, qué traidores! esclamó Rodrigo no pudiendo contener su indignacion; y arrepentido de haber faltado á la moderacion y el comedimento que la presencia de su rey y la de la viuda de Fernando el Grande pedian, dobló la rodilla reverentemente y añadió:

—Perdon, señor, perdon si he faltado al respeto que debo á mis reyes y señores dejándome arrebatar de mi enojo.

—Alzad, Rodrigo, dijo D. Sancho alargando su mano al Cid,

Digitized by Google

alzad, que ese mismo enojo prueba que sois buen vasallo y buen caballero...

Y alentado el de Vivar por la benevolencia del rey, continuó dando riendas á su hidalga indignacion:

—Decidme, señor, de qué modo os han ofendido esos nobles aunque me basta saber que os han ofendido, que yo tengo una espada para lidiar con ellos hasta vengaros ó morir.... ¿No basta al de Cabra y al de Carrion y sus amigos traer siempre revuelta á Castilla con sus cobardes tramas y no desnudar jamás su espada contra los enemigos de la patria, que vienen á ofenderos á cara descubierta en vuestro alcázar?

—No, Rodrigo, no les basta mi indulgencia, no les basta que su rey les perdone su olvido de cuanto á caballeros cumple: quieren que su rey les colme de favores, quieren ocupar los mejores puestos en mi alcázar; quieren que Castilla se rija por las leyes que dicte su capricho ó su ambicion; quieren que arroje de mi lado á todos los que me sirven y me aconsejan lealmente, y sobre todo, á vos, buen Cid, á vos, que sois el principal objeto de su odio.

—No me sorprende al oir que esos condes me odian, señor, pues ha tiempo lo sabia. En tanto que sus cobardes tiros se han dirigido á mí solo, los he despreciado, no he querido acudir á mi rey para defenderme, para castigar á mis enemigos; pero hoy que para hacerme guerra quieren hacérosla á vos tambien, debo revelaros la alevosía de esos traidores y aconsejaros su castigo.

Asi diciendo, Rodrigo Diaz echó mano á su escarcela y sacó de ella unos pergaminos, que dió al rey, añadiendo:

—Ved, señor, las proposiciones que el conde de Cabra y el de Carrion hicieron á Abengalvon y los otros reyes moros mis amigos cuando fuimos contra los aliados del emperador de Alemania.

El rey leyó en alta voz aquellas cartas que se reducian á proponer á los reyes moros que armasen traicion al Cid en la primera ocasion que tuviesen y le matasen. Para persuadirlos á ello, D. Suero y D. Garcia empleaban las calumnias mas groseras, suponiendo que el Cid trataba de desposeer de sus Estados

Digitized by Google

á Abengalvon y los otros reyes, valido de la amistad y la confianza que estos les dispensaban, y les prometian liberales recompensas.

—Traidores! aleves condes! esclamaron á un mismo tiempo D. Sancho y su madre.

—Abengalvon y los otros moros, continuó Rodrigo, aunque infieles, pusieron en mis manos esas cartas, indignados, no solo de la maldad de esos condes, sino de la injuria que á ellos se hacia suponiéndolos capaces de tan ruin traicion á quien tenian por el mejor de sus amigos, al que habiéndolos cautivado á buena ley, les dió la libertad sin ningun linage de condiciones. Y no era esa, señor, la primera vez que el de Carrion y el de Cabra habian procurado librarse de mí. Poco antes de la campaña de allende el Pirineo, cuando me encaminaba á las córtes de Leon, fuimos llevados arteramente Martin Antolinez, Guillen el de la Enseña y yo, á una celada donde nos esperaban diez asesinos pagados por el conde de Carrion y el de Cabra. Lidiamos y la fortuna nos protejió, aunque éramos inferiores en número y estábamos desapercibidos al combate, y entre los mismos asesinos hubo alguno que al espirar nos confesase quienes eran los que habian puesto en su mano el acero homicida....

—Con su sangre, esclamó D. Sancho indignado, deben espiar sus maldades esos traidores; rueden sus cabezas en el cadalso, que ni aun asi será su castigo tan grande como el que merecen.

—Señor, dijo Rodrigo, castigadlos, mas no derrameis su sangre, que harta se derrama en la guerra.. Echadlos para siempre de Castilla y amenazadlos con mayor castigo si osan quebrantar su destierro....

—Si, hijo, añadió Doña Sancha, sigue el consejo de Rodrigo, imita el generoso ejemplo del buen caballero que intercede por sus traidores enemigos.

—Si la permanencia de esos condes en Castilla solo á mí perjudicára, dijo Rodrigo, ni aun os aconsejára su destierro; pero han osado amenazaros, y provocarán bandos y urdirán conspiraciones que conviene evitar... Arrojad del reino esa mala semilla

Digitized by Google

antes que fructifique; pero os juro, señor, que á costa de mi sangre quisiera evitar la efusion de la de esos mis enemigos...

—Pues bien, Rodrigo, dijo D. Sancho, el conde de Cabra y sus parciales saldrán de mi reino antes de cuatro dias, y si no lo hacen, entonces sí que no tendré compasion de ellos; entonces sí que sus traidoras cabezas rodarán por el suelo... Quiero ser bueno para con los buenos é inexorable para con los malos; la nobleza castellana tendrá en mí un amigo mas bien que un señor, si es acreedora á mi amistad; pero no quiero ser juguete suyo, no quiero llevar el nombre de rey y que los nobles gobiernen el reino.

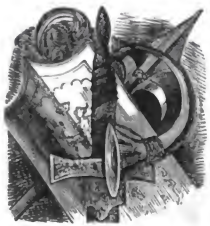
—Asi, dijo el Cid, Castilla será fuerte y dichosa, como en tiempo de vuestro padre, y como vuestro padre merecereis el nombre de Grande. A la nobleza mas preclara de Castilla pertenezco; mas no por eso dejo de conocer, que el deber de los nobles es ayudar á su rey, no esclavizarle y entorpecer sus manos que deben regir libremente las riendas del Estado.

Aquel mismo dia espidió D. Sancho una órden para que en el término de cuatro saliesen desterrados para siempre de Castilla el conde de Cabra, el de Carrion, y hasta una docena de nobles mas, como rebeldes á su autoridad, alevosos y perturbadores de la tranquilidad del reino.

Digitized by Google

CAPITULO XXXX.

De como tomo el Cid venganza del conde de Cabra.



on Sancho II se habia propuesto hacerse superior á las exigencias de los nobles; mas no por eso esquivaba el trato de estos ni dejaba de consultarlos en los asuntos menos difíciles de resolver, porque una cosa era oir el parecer respetuoso é hijo de la lealtad y la sabiduría, y otra el oir consejos interesados, dados á son de ley por hombres que, como el conde de Cabra, el de Carrion y otros, merecian el desprecio de todo hombre honrado, por mas que descendiesen de los linages mas nobles del reino. Hé aqui porqué su palacio era frecuentado por la nobleza, y porqué Don Sancho gustaba verse rodeado de los nobles castellanos.

Digitized by Google

Habia reunido á muchos de estos en su alcázar de Búrgos el dia siguiente al en que firmaba la órden de destierro de los del bando del conde de Cabra, y les habia dado cuenta de aquella determinacion que todos habian aprobado asintiendo con Rodrigo Diaz en que el rey debia gobernar sin trabas de nobles ni de plebeyos.

Poco despues de retirarse los nobles de la presencia del rey se hallaba este departiendo amistosamente con el Cid, á quien habia mandado quedar algunos instantes mas á su lado, porque la compañia del de Vivar le era siempre muy grata, y hé aqui que le anunciaron la llegada del conde de Cabra que solicitaba una audiencia de cortos momentos.

—Decidle, contestó D. Sancho indignado, que salga inmediatamente del alcázar sino quiere recibir hoy mismo el castigo que su audacia merece.

El Cid se apresuró á amansar el enojo del rey interceciendo en favor del conde.

—Señor, dijo á D. Sancho, tal vez el de Cabra antes de despatriarse querrá haceros alguna revelacion que importe á la tranquilidad del reino. En buenahora seais inexorable con él; mas ¿qué podeis perder en escucharle? El conde de Cabra es tan cobarde que nunca vaciló en denunciar á su mejor amigo con tal de servir á sus propios intereses.

D. Sancho amansó un poco su ira con estas palabras y dió órden para que el conde compareciese á su presencia.

D. Garcia se presentó un momento despues, y doblando la rodilla ante el rey, esclamó con tono respetuoso:

—Señor, como buen vasallo que soy, estoy dispuesto á cumplir la órden de destierro que mi rey y señor ha tenido á bien dirijirme; mas, antes de alejarme para siempre de Castilla, me he atrevido á molestar la atencion soberana, esponiéndoos el apretado conflicto en que me veo.

D. Sancho no pudo contener su indignacion en vista de la cobardía y la bajeza de aquel hombre que no tenia bastante valor ni dignidad para sufrir con frente serena la sentencia que sobre él pesaba como lo hubiera hecho el caballero menos honrado.

—Apartaos de mi presencia, dijo á D. Garcia, y salid de Cas-

Digitized by Google

tilla en el término que os tengo mandado, que harto indulgente soy cuando dejo la cabeza en los hombros al que no solo se atrevió á amenazarme, sino tambien paga viles asesinos que hieran al mejor caballero del mundo.

D. Garcia quiso protestar contra esta acusacion, pero una mirada del Cid bastó para sellar sus labios.

—Señor, se atrevió á decir el conde, menos sensible me fuera morir de un solo golpe en Castilla, que no morir lentamente en tierra estraña. Mi estado de Cabra yace en poder de moros, y desde que le perdí vivo con mil estrecheces en Castilla á pesar de que en ella tengo amigos y algunos haberes. ¿Cómo podré vivir en tierra estraña donde no podré contar con haberes ni con amigos? Señor, si de mí no os compadeceis, compadeceos al menos de mi muger y mis hijos que nunca os han ofendido; alzadme el destierro á que me habeis condenado, ó si creeis preciso mi estrañamiento de vuestro reino, concededme algunos recursos con que pueda atender á las primeras necesidades de mi familia.

—No heredásteis de vuestro padre una espada que habeis dejado enmohecer en la vaina? replicó D. Sancho. Limpiadla con sangre agarena, recobrad con ella vuestro condado, y entonces no tendreis que mendigar el sustento á vuestro rey ni á vuestros amigos.

—Mi brazo está harto debilitado por la edad....

—Por la edad y la inaccion, que no por el trabajo en las lides, interrumpió el rey á D. Garcia.

Viendo éste que D. Sancho no se hallaba dispuesto á concederle la merced que demandaba, le pidió otra:

—Señor, le dijo, dejadme al menos permanecer en Castilla el tiempo que he menester para adquirir recursos con que pueda hacer la jornada y vivir en mi destierro, hasta que con la espada pueda asegurar la subsistencia sucesiva de mi familia y la mia.

Rodrigo Diaz consideró que no eran infundados los temores que el conde parecia abrigar acerca de las privaciones á que su familia se iba á ver espuesta, y olvidando los justos resentimientos que del conde tenia, trató de interceder por aquel hombre

Digitized by Google

que imbocaba los nombres de muger é hijos que tan caros eran para el Cid.

—Señor, dijo al rey, viendo que este negaba tambien al de Cabra aquella última gracia, yo soy quien os suplica que prorogueis un mes el plazo que al conde de Cabra señalásteis para que saliese de Castilla, y os fio que vuestra voluntad será cumplida.

La vergüenza y el desden se hubieran retratado en la faz del conde á ser este un buen cabellero; pero D. Garcia no conocia ese orgullo noble, esa dignidad que al hombre honrado no deja aceptar los favores de su enemigo. El conde se hubiera arrodillado á los pies del de Vivar sino hubiera estado alli el rey.

—Pues bien, le dijo este, yo os otorgo la gracia que me pedis, pero ay de vos si antes de finar un mes no salís de mi reino!

—Vuestra voluntad será cumplida, asintió D. García con humildad; gracias, señor....

—Dádselas al Cid, le interrumpió D. Sancho con desden, que por complacer al de Vivar y no á vos consiento en ampliar el plazo que ayer os señalé para vuestro alejamiento de Castilla.

Rodrigo Diaz manifestó al rey cuánto agradecia el que hubiese accedido á su súplica, y D. Sancho le colmó de elojios y se esforzó en darle señaladas pruebas de amistad en presencia del conde de Cabra para humillar á este y hacerle ver cuán distante se hallaba de negar su favor al Cid como deseaban los nobles condeñados al destierro.

Aquel mismo dia dijo Rodrigo Diaz al rey:

—Una nueva merced tengo que pediros, señor:

Ya sabeis, buen Cid, cuánto me huelgo en complaceros, le contestó D. Sancho:

—Felizmente, continuó Rodrigo, reina la paz en Castilla y no es de temer que se altere porque os aman unos, que son los mas, y los restantes os temen. La espada del caballero que dispone de algunos centenares de lanzas, no debe descansar en la vaina habiendo cerca de su patria infieles á quienes combatir, tier-

Digitized by Google

ras á donde llevar la fé cristiana proscripta de ellas. Sabeis, señor, que cuento con amigos esforzados que me acompañen á la guerra y que tengo una buena mesnada que mantengo á sueldo; pues bien, quisiera que me diéseis vuestro permiso para ir á Andalucía, donde los mios y yo tengamos ocasion de salir de la ociosidad en que nuestro brazo se halla en Castilla.

—Harto siento que os aparteis de mí, siquera sea por corto tiempo, respondió D. Sancho; mas son tan honrados vuestros intentos, que si me opusiera á ellos creyera faltar á lo que cumple al rey y al caballero cristiano. Id, buen Campeador, á tierra de infieles y lidiad como siempre habeis lidiado, que no solo ha de redundar en vuestra pro sino tambien en la de toda la cristiandad y particularmente en la de Castilla. ¡Oh con cuánta razon decia mi padre, á quien Dios tenga en gloria, que con cien caballeros como vos fuera dado echar los moros de toda España!

—Señor, no soy mas que un caballero que acostumbrado á las lides, no las escusa con tal que de ellas espere alguna honra para sí y algun bien para su patria y la fé de sus mayores.

—Envidio vuestra suerte, Rodrigo, esclamó D. Sancho sintiéndose inflamado de guerrero entusiasmo; pláceme el trono, porque el que se asienta en él se eleva sobre la multitud, porque está siempre rodeado de esplendor y de grandeza, porque mi corazon no encuentra satisfacciones en las cosas mezquinas, porque mi alma quisiera señorearse en un espacio tan grande como el mundo; pero quisiera tambien poder volar como vos á tierras enemigas, libre de los cuidados del reino, dormir en los campamentos siempre vestida la malla y ceñida la espada, respirar el aire de las campiñas, sentir el relincho de los corceles y el sonido de los clarines y atambores, ver ondear delante de mí las banderas enemigas, cerrar con los infieles todos los dias al rayar el sol, lidiar sin tregua muchas horas y entregarme al descanso sobre los estandartes mahometanos, arrullado por los cánticos de la victoria, entre las ovaciones del pueblo que admira y aclama y arroja coronas de laurel al vencedor... Ved aquí, Rodrigo, la libertad y la gloria que anhela mi alma: ved aqui porque envidio vues-

Digitized by Google

tra suerte, pues á vos os es dado alcanzar esa gloria y esa libertad.

—Señor, vos tambien las habeis alcanzado, contestó Rodrigo participando del entusiasmo marcial del rey; jóven sois y harto tiempo tendreis de entregaros á la vida del soldado. ¡Cuánta dicha cuánta gloria, cuánta prosperidad debe esperar Castilla en el reinado del sucesor de D. Fernando el Grande!

—Rodrigo! esclamó D. Sancho con alegria y emocion, no solo servís á vuestro rey con la espada, sino tambien con la palabra. Vuestras palabras llenan mi corazon de nobles ambiciones y de dulcísimas esperanzas, que no pueden menos de dar escelente fruto.

Aquel mismo dia comenzó el Cid á aprestarse para marchar á lidiar con los infieles; apellidó al efecto á sus amigos y á cuantos quisieran seguirle, y muy pronto tuvo á sus órdenes una hueste digna de tan animoso caudillo, tanto por su número como por lo lucido de la gente de que se componia. En ella iban Martin Antolinez, Alvar Fañez, Minaya, Guillen el de la Enseña, Diego Ordoñez de Lara, los sobrinos del Cid y otros caballeros que seria asaz prolijo enumerar; es inútil decir que componian parte de la hueste los soldados que peternecieron á la banda del Vengador y sus antiguos capitanes Martin y Rui-Venablos.

En otras ocasiones se vestia Búrgos de luto cuando sus caballeros partian á la guerra; pero el dia á que nos referimos se regocijaban los habitantes de la ciudad, porque sabian que yendo aquella hueste acaudillada por el Cid Campeador, habia de tornar victoriosa. Hasta Jimena, cuyo corazon solia quedar traspasado de dolor cuando Rodrigo se alejaba del hogar doméstico, parecia participar del contento y las esperanzas generales; fiaba que su esposo habia de tornar de Andalucía coronado de nuevos laureles. Cómo brillaban el amor y el orgullo generoso y noble en sus bellos ojos cuando al despedirse de Rodrigo acercó al rostro de este el rostro sonrosado y angélico de un tierno infante que acariciaba en sus brazos! A pesar de aquella comun alegria, de aquellas comunes esperanzas, habia en casa de los señores de Vivar una muger que lloraba al despedirse de uno de los que iban á

Digitized by Google

partir en la hueste del Campeador: era Mayor, era la malhadada amante de Fernan que lloraba las infidelidades que de este temia una vez apartado de ella. Fernan se habia arrepentido del mal trato que dos dias antes la habia dado: la habia jurado fidelidad eterna en nombre de lo mas sagrado de cielo y tierra, pero ¿cómo fiar en los juramentos del que tantas veces los ha hecho y tantas los ha quebrantado?

El Cid Campeador salió con su hueste de Búrgos. Almenon el rey de Toledo, consintió de buen grado que atravesase sus dominios porque continuaba viviendo en paz con Castilla como en tiempo de D. Fernando, al paso que estaba en guerra con sus correlijionarios de Andalucía.

Cuando supieron estos que el Campeador se encaminaba á ellos dieron la voz de alarma, y juntando un numeroso ejército acudieron á Sierra-Morena con objeto de disputar el paso á los castellanos. El Cid conoció las ventajas que podria reportar si triunfaba de los infieles en aquel primer encuentro y se dispuso á embestir al enemigo con mas ímpetu, con mas valor, con mas furia que nunca, aunque su gente era inferior en número.

Cuando los moros esperaban confiadamente que los castellanos se detendrian, sino volvian espaldas, se vieron embestidos con tal furor que les fue preciso retroceder largo trecho. Pero los cristianos eran pocos comparados con ellos, y la vergüenza les infundió valor para no seguir en retroceso, de tal modo que juraron morir todos antes de abandonar de nuevo el campo. Entonces se travó nuevamente la pelea con feroz encarnizamiento por ambas partes. La lid duró muchas horas, la sangre infiel mezclada con la cristiana corria á torrentes por todas partes; pero alguna potencia sobrehumana parecia ayudar á los cristianos, pues aunque los moros oponian veinte caballeros á cada uno de los del Cid, se declaró por este la victoria, y se declaró de tal modo, que muy pocos fueron los infieles que se salvaron del acero castellano.

La hueste del Cid recogió el botin, que no dejaba de ser importante, y despues de repartirle, siguió adelante con nuevo brio, con nuevas esperanzas de vencer en cuantas lides entrase.

Digitized by Google

El Campeador tomó la via de Cabra. ¿Por qué preferia la conquista de aquella plaza á la de otras fortalezas mas cercanas y mas fáciles de tomar? Será, decian sus caballeros, para poder decir á su enemigo el conde de Cabra:—Mira, yo he sabido conquistar lo que tú no supiste defender; con unos pocos centenares de hombres he tomado la plaza que no pudiste conservar con algunos miles de soldados; ya no eres conde de Cabra, que lo soy yo; deja ese título con que por tanto tiempo te has envanecido, porque ya no te pertenece.»

La hueste del Cid llegó al fin al condado de Cabra, cuyas fronteras estaban llenas de atalayas ó castillejos guarnecidos; aquellas fortalezas cayeron muy pronto en poder de los castellanos, y aunque el alcaide de la villa pedia auxilio á los moros sus vecinos, le pedia en vano, porque acobardados estos con el salto de Sierra-Morena y otros posteriores, solo curaban de reparar sus fortalezas y prepararse á la defensa propia, por si, como era de temer, se veian embestidos por los castellanos.

Fuerte era la villa de Cabra por sus muros y por el número de los que la guarnecian cuando D. Garcia la perdió, pero en ambos conceptos lo era aun mas cuando el Cid iba á reconquistarla; mas esto no obstó para que el de Vivar le pusiera cerco. Establecido este, faltaban á los castellanos máquinas de guerra con que batir aquellos fortísimos muros; pero ¿ante qué obstáculos retroceden los corazones esforzados? Los obstáculos eran incentivos para el Cid. Arietes, cotapultas, escalas, necesitaban los sitiadores, y las tuvieron muy pronto y la plaza se vió reciamente combatida por muchos lados. Sus defensores eran valientes, eran muchos y disponian de poderosos medios de defensa; los muros de Cabra se veian constantemente coronados de soldados que lanzaban continua y espesa nube de mortíferos proyectiles; pero el Cid apercibió á los suyos al asalto. Por cuatro diferentes puntos habia sido vulnerado el muro; por los cuatro determinó el Cid asaltar simultáneamente la plaza, y asi se hizo.

Terrible, sangrienta, ferozmente lidiaron castellanos y agarenos sobre los muros de Cabra; pero al fin la hueste del Cid se

Digitized by Google

lanzó á la villa, y aunque los infieles, despues de abandonar los muros, defendieron palmo á palmo las calles y las casas, la santa cruz brilló aquel mismo dia sobre los minaretes musulmanes y Rodrigo Diaz de Vivar pudo llamarse conde de Cabra.

Grandes eran las riquezas que los moros habian acumulado en aquella villa, y por consiguiente grande fue la presa de los conquistadores. Rodrigo Diaz hizo las particiones de aquellas riquezas reservando el quinto para el rey, segun era costumbre, y para sí solamente la tierra conquistada aunque no solo le correspondia esta sino tambien la mejor parte del botin, y todos los que habian asistido á la conquista se dieron por liberalmente pagados y prorumpieron en entusiastas aclamaciones á su noble y generoso y esforzado caudillo.

El Cid reparó la fortificacion de Cabra, y despues de disponer que quedasen guarneciéndola doscientos soldados escogidos en su hueste y capitaneados por Martin Vengador y Guillen el de la Enseña, se dispuso á tornar á Castilla con el resto de su gente.

Qué alegres volvian á Castilla el Campeador y los suyos!

Quedábanles cuatro jornadas para llegar á Búrgos y caminaban muy despacio; pero como el Cid recordase que faltaban dos dias para hacer un mes que habian emprendido el camino de Aldalucía, se llenó repentinamente de inquietud y dispuso acelerar su marcha. Caminaron, caminaron dia y noche sin descanso, y así dieron vista á Búrgos á los dos dias.

—Me dirás, Fernan, decia Alvar á este, por qué caminábamos antes tan despacio, y ahora no nos da vagar nuestro amo?

—Eso me da mucho que pensar, respondió el escudero; como no sea que el de Cabra y los suyos hayan movido guerra, y nuestro amo y señor vuele á sugetarlos....

—No puede ser, hermano, que los del bando de D. Garcia debieron salir de Castilla casi al mismo tiempo que nosotros, y aunque el de Cabra tenia licencia del rey para permanecer en Castilla un mes mas, faltandole sus amigotes no habrá osado hacer de las suyas.

—Tienes razon, Alvar; pero... Voto á Judas Iscariote, ya caigo

Digitized by Google

EL CID CAMPEADOR.

Lám. 9.ª

en lo que mueve á nuestro amo á caminar tan de prisa. Como que hoy mismo debe tomar D. Garcia las de villadiego, se apresura D. Rodrigo á entrar en Búrgos antes que él salga, para darle el pésame por la pérdida de su titulo de conde de Cabra y para decirle unas cuantas verdades que le saquen los colores á la faz.

—Cierto, Fernan, eso debe ser.

—No sé porqué me huelgo mas de llegar pronto á Búrgos, si por tornar á ver á Mayorica ó por oir las lindezas que nuestro amo dirá al tal D. Garcia...

—Cierto que serán cosas de oir.

—Bien merece el de Cabra ser escarnecido, no digo por nobles, sino tambien por los villanos mas ruines de Castilla.

—Ofrezco cuatro misas á santa Gadea porque nuestro amo tope aun en Búrgos á D. Garcia.

—Y yo otro que tal, Alvar.

Aqui llegaban de su plática Fernan y Alvar, cuando descubrieron de lleno la ciudad cuyas torres se divisaban hacia rato.

Hallábase la hueste á pocos tiros de ballesta de Búrgos, cuando vieron salir de la ciudad una porcion de caballeros con quienes iban á encontrarse. El Cid, que caminaba el primero, fue tambien el primero que conoció á los que salian de la ciudad, regocijándose no poco al ver que eran D. Garcia y algunos de sus servidores y amigos.

El conde de Cabra, cumplido el plazo que el rey le habia señalado para su destierro, salia de Búrgos para alejarse de Castilla.

La precipitacion con que la hueste del Cid habia caminado era causa de que se ignorase en Búrgos su próxima llegada y por lo tanto de que no hubiesen salido á su encuentro los burgaleses; pero en el momento de encontrarse el Cid y D. Garcia, comenzaba á despoblarse la ciudad saliendo sus habitantes á recibir á la victoriosa hueste.

D. Garcia, que sabia ya que el Cid se habia apoderado del condado de Cabra, no pudo disimular su enojo, su ira, su envidia, su desesperacion al ver á Rodrigo. Era cobarde y por lo mismo

Digitized by Google

no se hubiera atrevido en cualquiera otra ocasion á escitar el enojo del de Vivar; pero entonces le hizo audaz el rencor que abrasaba sus entrañas.

—Bien vengais, el de Vivar dijo á Rodrigo; seguid vistiendo piel de cordero para que nadie conozca que sois raposo....

—San Pedro de Cardeña!... murmuró el Cid poniendo mano á su espada sin poder reprimir su enojo al oir aquel insulto; mas se contuvo al punto, y D. Garcia continuó:

—¿Puede llamarse buen caballero el que rogó al rey que prorogase el plazo de mi destierro para tener ocasion de insultar mi desgracia, de decirme:—Sal de Castilla, no solo sin bienes, sino tambien sin el nombre de tus mayores, que ese nombre es ya mio, de hoy mas me engalanaré yo con él?»—Algun dia sabreis cuán terrible es la venganza del caballero á quien tan villanamente habeis escarnecido...

—Ya sabeis, D. Garcia, replicó el Cid conteniendo su enojo, que en Castilla no hay caballero que tenga menos derecho que vos á dudar de mi lealtad.... No me obligueis á devolveros públicamente á la faz los insultos con que quereis mancillar la mia.

—El dia de mi venganza llegará, y entonces ¡ay de vos el de Vivar!

—Hartas pruebas teneis de vuestra impotencia para vengaros de mí. No temo vuestra venganza, aunque para lograrla useis medios tan villanos como hasta aqui habeis usado vos y vuestro amigos.

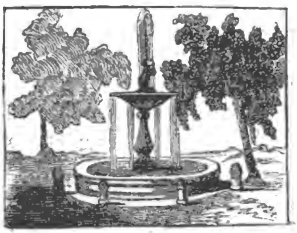
—Nunca será mi venganza tan villana como la vuestra.

—D. Garcia! esclamó el Cid con voz robusta, ahora mismo sabreis cómo se venga Rodrigo Diaz de Vivar del que le insulta, del que le odia, del que pagó asesinos para que le clavasen cobardemente el puñal. ¿Salis desterrado de Castilla sin saber á dónde ir á llorar vuestra desgracia? Id á vuestro condado de Cabra, que si vos no supísteis defenderle, yo he sabido recobrárosle. Si no os creeis bastante fuerte para defenderos de los moros, alli teneis á Guillen el de la Enseña, á Martin Vengador y doscientos soldados mas que defenderán vuestro condado de toda la morisma de An-

Digitized by Google

dalucia!¿Comprendeis ahora porqué supliqué á D. Sancho que prorogase un mes el plazo de cuatro dias que os dió para salir de Castilla?

El conde de Cabra, aturdido por la sorpresa y la alegria, murmuró algunas palabras de gratitud y aguijó su caballo hácia Rodrigo para alargar á este la mano; pero el Cid no oyó aquellas palabras porque las ahogaron los víctores de la multitud que se habia ido acercando, ni alargó su mano al encuentro de la de D. Garcia porque al pronunciar su última palabra picó espuelas á Babieca y continuó su camino.



Digitized by Google

CAPITULO XXXXI.

De como el conde de Carrion y sus amigos enredaron la madeja y otros la desenredaron.

El conde de Carrion tenia algunos amigos en Toro y á allá se dirigió dos dias despues de recibir la órden de destierro dictada por D. Sancho, dejando á su hermana en su castillo bajo la custodia de su sicario Bellido Dolfos.

Doña Elvira, la señora de Toro, era una doncella tan confiada como buena, y no ocultándose esto á D. Sucro y los de su bando, determinaron apoderarse á toda costa de su voluntad para establecer en Toro el centro de sus operaciones, pues se proponian conspirar contra D. Sancho á fin de vengar el destierro á que los habia condenado. Hicieron creer á la infanta que se hallaba rodeada de peligros, que su hermano abrigaba el designio de reinar

Digitized by Google

en todos los Estados de su padre, y que el señorío de Toro era el primero de que intentaba apoderarse, pues por ser el mas débil le preferia para ensayar su plan de usurpacion.—Enemistemos, decian, á Doña Elvira con D. Sancho y este tratará de apoderarse de Toro; Don Alfonso, D. Garcia y Doña Urraca saldrán á la defensa de su hermana temiendo que D. Sancho se apodere tambien de sus dominios avezado á la usurpacion con la del señorío de Toro, y entonces el rey de Castilla perderá la corona porque no podrá resistir todos sus hermanos conjurados contra él.» Al mismo tiempo introducian la desconfianza acerca de las intenciones de D. Sancho en el corazon de D. Alfonso, en el de D. Garcia y en el de Doña Urraca por medio de amigos de valimiento que tenian cerca de aquellos. En una palabra, trazaron un vasto plan de conspiracion que necesariamente los debia vengar del rey de Castilla.

La crédula Doña Elvira se echó en brazos de aquellos hombres esperando únicamente de ellos su salvacion, de modo que el conde de Carrion y los de su bando fueron muy pronto señores de Toro mas bien que la hija de D. Fernando. Siendo asi, ¿no era fácil á aquellos traidores hacer que Doña Elvira declarase la guerra á D. Sancho? Y enemistado este con Doña Elvira ¿no lo estaba de hecho con todos sus hermanos? Y enemistado D. Sancho con todos sus hermanos, ¿no era segura su ruina?

D. Sancho sabia que Toro era la residencia de sus mas encarnizados enemigos, que alli se conspiraba contra Castilla y que su hermana, lejos de reprimir á los conspiradores, los alentaba con su tolerancia y hasta los protejia decididamente, por lo cual estaba en estremo descontento de Doña Elvira, á quien dirijia frecuentes reclamaciones, amenazándola con desposeerla de su señorío sino variaba de conducta.

Persuadida la infanta por sus desleales consejeros, contestó á D. Sancho con arrogancia, diciéndole que si osaba atentar contra el señorío de Toro serian en contra suya todos sus hermanos, y se repartirian el reino de Castilla.

D. Sancho era irascible y valiente, y aquella especie de desafio le indignó, con tanto mas motivo cuanto que creia que sus hermanos solo á su amor y su generosidad debian el no haber

Digitized by Google

sido ya desposeidos de los Estados que con perjuicio suyo poseian. Por otra parte, falleció su madre cuyos consejos eran los únicos que tenian sobre él un poder omnímodo, porque si bien tenia en mucha estima los del Cid, no siempre seguia ciegamente el parecer de este.

—Mi hermana, esclamó lleno de furor al leer las cartas de Doña Elvira, piensa que temo á mis hermanos, y por Dios que me conoce muy mal. A mi madre prometí no declarar la guerra á mis hermanos y asi lo he hecho; pero mis hermanos me la declaran á mí y la acepto. No falto á mi promesa. Dentro de pocos dias el señorío de Toro será mio, aunque todos mis hermanos se aunen para su defensa.

—Señor, le decian Rodrigo Diaz y otros caballeros, acordaos de la maldicion que llamó vuestro padre sobre la frente de aquel de sus hijos que osase quitar la herencia paterna á su hermano. Ved que Doña Elvira es una débil muger, que mas que oprimida, debe ser protegida por vos, que ademas de ser su hermano sois fuerte.

—No incurro en la maldicion de mi padre contrastando la guerra con la guerra, replicaba D. Sancho; la maldicion de mi padre caerá sobre la frente de quien me insulta y me desafia. Si tolero la arrogancia y la provocacion de mi hermana, todos mis hermanos me creerán débil y cobarde, y el dia que mas les plazca se atreverán á mí, ganosos de repartirse mis Estados. Vean Doña Elvira y todos mis hermanos que no soy débil ni cobarde, y asi no abusarán de mi generosidad en lo sucesivo. El señorío de Toro ha de ser mio, aunque tan pronto como me apodere de él se le devuelva á mi hermana.

El Cid procuró disuadir á D. Sancho de aquel intento, mas fueron iútiles sus consejos, en los que no quiso insistir inérjicamente por no ser inconsecuente con sus principios de que el rey debia obrar sin trabas de nobles ni de pecheros.

D. Sancho reunió buen golpe de gente de armas y se preparaba á caer sobre Toro; mas hé aqui que habiendo pedido ayuda Doña Elvira á D. Garcia, que era el mas poderoso de sus hermanos, este mandó á D. Sancho uno de sus caballeros, llamado Rui-Jimenez,

Digitized by Google

desafiándole á que en vez de ir á tomar el señorío de Toro fuese á apoderarse del reino de Galicia, y tachándole de cobarde pues atacaba á los débiles como Doña Elvira y no á los fuertes como él. El enojo que este mensaje produjo á D. Sancho fue mucho mayor que el que le causaron las provocaciones de Doña Elvira.

El rey de Castilla consultó al Cid acerca de la contestacion que debia dar á su hermano.

—Procurad, le dijo Rodrigo, evitar la guerra con él, y si insiste en sus provocaciones, hacédsela sin olvidar que es vuestro hermano; mas para entrar en su reino teneis que pasar por el de Leon, y hacerlo sin el consentimiento de D. Alfonso, seria atraeros un enemigo mas.

D. Sancho y D. Alfonso se vieron en Sahagun y convinieron en que el segundo dejase pasar el ejército castellano por el reino de Leon, en cuya virtud D. Sancho mandó á Alvar Fañez Minaya á desafiar á D. Garcia.

Aceptó este el desafio y juntó un buen ejército, con el cual se disponia á salir al encuentro de su hermano, que caminaba con numerosa hueste hácia Galicia; pero sus soldados que llevaban muy á mal el que se hubiese declarado la guerra á Castilla, pues preveian las desastrosas consecuencias de aquella declaracion, se sublevaron en el momento de partir y mataron en presencia del rey á Rui-Jimenez, á quien culpaban de haber aconsejado mal á D. Garcia.

Esta ocurrencia fue causa de que se disolviese el ejército del rey de Galicia, y asi penetraron en el reino los castellanos casi sin obstáculo ninguno, y D. Sancho se apoderó de muchas plazas fuertes y particularmente de toda la parte de Portugal.

Al fin reunió D. García un ejército bastante numeroso y salió al encuentro de su hermano. Travóse la pelea con encarnizamiento lidiando ambos reyes al frente de sus respectivas huestes, y despues de pelear mas de medio dia, se declararon en desórden los castellanos. D. Garcia logró hacer prisionero á D. Sancho y entregándole á seis de los suyos para que le guardasen, siguió al alcance de los fugitivos.

Digitized by Google

—Dejadme, caballeros, gritaba D. Sancho á los que le custodiaban, lleno de ira por no poder regir su desordenada hueste, y de vergüenza al verse prisionero. Dejadme, que yo os prometo grandes mercedes y os doy palabra de no causar mas daños en vuestra tierra.

—Por todo vuestro reino no lo hariamos, contestaban sus guardianes, que fuéramos traidores á nuestro rey y señor. Esperad que torne D. Garcia y él hará de vos lo que sea de su agrado.

Alvar Fañez Minaya vió desde lejos la prision de D. Sancho, y aguijando su caballo hácia los que le tenian, les grito:

—Traidores, soltad á mi rey y señor!

Y como los que guardaban al rey no quisiesen obedecerle, antes bien se preparasen á castigar su audacia, cerró con ellos y derribó dos á los primeros botes de su lanza. Los otros cuatro huyeron sobrecogidos de terror, y D. Sancho recobró la libertad y subiendo á la cumbre de un cerro, gritó á los suyos:

—A mí, mis caballeros! á mí, mis leales y esforzados castellanos!

Cuatrocientos caballeros acudieron á su voz en pocos instantes, y los demas que peleaban dispersos aqui y alli ya muy apartados, cobraron ánimo y procuraron juntarse con el rey.

El Cid, que en aquellas guerras acompañaba á D. Sancho sin tomar parte en la lid, pues queria cumplir la promesa que habia hecho á D. Fernando el Grande de no esgrimir jamás su acero contra los hijos ó las hijas de aquel á no ser que aquel á quien sirviese se viera oprimido por su hermano y para salvarse necesitase su auxilio, el Cid, repetimos, habia quedado neutral algo apartado del campo de batalla; mas como supiese el conflicto en que se hallaba D. Sancho, creyó que debia acudir en su auxilio, y apareció con sus trescientos caballeros á la vista del rey cuando este se disponia á bajar á la llanura, donde continuaba la pelea, con la gente que habia podido reunir.

Vióle D. Sancho, y la alegria y la esperanza brillaron en sus ojos.

—Bajemos á la llanura, dijo á sus caballeros, que viniendo el

Digitized by Google

Cid en nuestra ayuda aun podemos recobrar lo perdido, aun quedará el campo por nosotros.

Y añadió dirigiéndose al Cid:

—Bien vengais, Campeador. Jamás llegó vasallo tan á tiempo para servir á su rey como vos llegais ahora.

—Señor, le contestó Rodrigo, podeis contar por cobrado el campo. Vuestro hermano será vencido; pero me habeis de prometer no matarle si le haceis vuestro prisionero.

—Yo os lo prometo, buen Cid, contestó D. Sancho.

Y en seguida se encaminaron á la llanura yendo los primeros D. Sancho y el Cid.

D. Garcia, cansado ya del alcance, volvia muy contento (cantando dicen las crónicas, pero siempre seria algo menos) y alavándose de que habia vencido á su hermano y le tenia puesto á buen recaudo; encontróse cara á cara con los castellanos al trasponer un cerro y se travó la pelea, reuniéndose todas las fuerzas de uno y otro bando.

Aquella segunda lid fue tan sangrienta como la primera, pero mas corta. Los caballeros del Cid lograron romper la haz de D. Garcia y la victoria se declaró por los castellanos.

El Cid hizo prisionero á D. Garcia y le entregó á D. Sancho.

—D. Garcia, dijo este á su hermano, decidme bajo palabra de caballero, qué destino me reservábais cuando ha poco me prendísteis, que el mismo os quiero yo dár.

—La muerte! contestó D. Garcia entregado á las mas violenta desesperacion.

—Vuestro hermano no quiere verter la sangre de su hermano, dijo el rey de Castilla; vuestro hermano os diera la libertad y os restituyera el reino que os ha ganado, sino temiera que probocárais otra guerra en que cristianos viertan sangre de cristianos. Ya que no quisísteis vivir libre en vuestro alcázar de Oviedo, vivid prisionero en el castillo de Luna.

—Haceis bien en encerrarme, replicó D. Garcia, que vuestro mayor enemigo soy porque enemigo me habeis querido y no hermano. Mas no faltará quien me saque de mi encierro; aun está libre el rey de Leon; aun me queda la esperanza de que herirá

Digitized by Google

vuestra frente el rayo de la venganza divina con que nuestro padre amenazó al Cain que atentase contra su hermano.

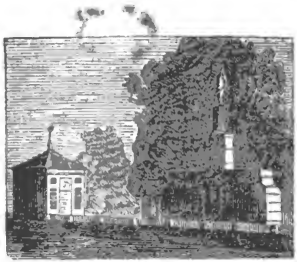
—Vosotros, que no yo, sois los Caines, esclamó D. Sancho lleno de cólera ; pero aquietándose en seguida, añadió:

—Hermano, dejad insultos que solo pueden serviros para empeorar vuestra situacion. Dadme palabra de vivír lejos de mis reinos donde yo haré que nada falte á vuestro decoro, y en cambio os daré ahora mismo la libertad.

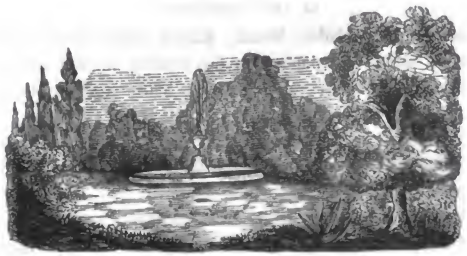
—Si la obtengo será para derribaros del trono que me habeis usurpado.

—Pues vivireis y morireis en un encierro puesto que asi lo quereis! esclamó D. Sancho indignado.

Y pocos dias despues fue encerrado en el castillo de Luna el desgraciado D. Garcia.



Digitized by Google



CAPITULO XXXXII.

Desde Burgos á Vivar.

UNA mañana de estío, poco despues de rayar el alba, salian de Búrgos dos caballeros con direccion á Vivar; ambos eran jóvenes y gallardos y caminaban hablando con mucha animacion y alegria, llevando pareadas sus cabalgaduras.

Eran Guillen el de la Enseña y Martin Vengador.

—Oh qué mañana tan bella! decia Guillen.

—Cierto, contestó su compañero; es mucho placer el respirar el ambiente de las campiñas antes de salir el sol.

—Nosotros los que hemos pasado la vida en las aldeas, nos

Digitized by Google

ahogamos en las ciudades. Mirad, Martin, mirad qué azul está el cielo, cómo cantan los pájaros en los árboles de esa cañada, y qué olorosa es la brisa que viene de hácia los tomillares del cerro.

—Recuérdame esta mañana la de nuestra salida de Cabra al dia siguiente de la llegada de D. Garcia á tomar posesion del condado que tan poco le habia costado recobrar.

—Dicen que Andalucia es mejor tierra que Castilla, y cierto que sus campos son mas fértiles y mas diáfano su cielo; mas, deme Dios vivir y morir en nuestra honrada Castilla, que no hay tierra como la pátria.

—Eso digo yo, Guillen; demas que en nuestra Castilla tampoco faltan feraces vegas, lozanas arboledas, olorosas flores, cielo azul y sol claro y vivificante. Castilla es por escelencia la tierra de la caballeria, de la honradez y la gloria. Si Andalucía aventaja á Castilla en cuanto á su suelo, no asi en cuanto á sus moradores; aqui mostramos el alma desnuda como nuestros campos, alli la muestran cubierta de hojarasca y flores como los suyos; como aqui apenas hemos consentido infieles, conservamos pura la sangre de los caballeros de Covadonga y Roncervalles.

—Pláceme caminar riberas del Guadalquivir, porque allí deleitan los árboles y las flores; pero mas me place caminar riberas del Ebro, del Tormes ó del Duero donde deleitan recuerdos de caballeros esforzados y de gloriosos hechos de armas.

—Nada tenemos que envidiarnos los que moramos en España, que á todos nos ha dado Dios honra de que envanecernos y riquezas naturales que gozar.

—El amor todo lo embellece, Martin; de mí puedo deciros que el amor me hace ver flores alli donde otros verian solamente rocas, palacios donde no hay mas que cabañas, ángeles donde solo hay hombres... ¿No os parece felicidad muy grande el tener una alma como la nuestra, el amar la tierra en que nacimos?...

—Y sobre todo, contestó Martin sonriéndose alegremente, el amor á doncellas tan dignas de ser amadas como vuestra noble Doña Teresa y mi humilde Beatriz.

Digitized by Google

Guillen exhaló un suspiro y desapareció de su rostro la alegria que hasta entonces habia brillado en él.

—Feliz vos que veis cuando os place á la que amais! esclamó el amante de la infanta de Carrion...

—Guillen, no está lejano el dia en que vos goceis felicidad tan cumplida como la mia. ¿Por ventura estais descontento de vuestra suerte?

—No, Martin, no. Cuando considero que yo miserable criado del conde de Carrion, hijo de un pobre pechero, pertenezco ya á la caballeria, trato de igual á igual á los caballeros mas nobles de Castilla, merezco el amor del rey y el del Cid y soy mas rico que muchos de los que en Castilla se apellidan ricos-homes, paréceme que la alegria me va á quitar la razon.... Pero ¿cómo no quereis, Martin, que mi corazon no se entristezca cuando me acuerdo de la infanta á quien amo cada vez mas, á quien ha tanto tiempo que no veo, á quien Dios sabe cuándo veré? Si Doña Teresa tuviera á su lado una madre, ó alguien que la protejiese y la amase y consolase la tristeza de su corazon, no me fuera tan penoso el vivir tanto tiempo apartado de ella; mas no asi hallándose en poder de su hermano, y lo que es peor, en poder del traidor Bellido, desde que D. Sancho desterró á D. Suero.

—Pero es posible, Guillen, que el conde de Carrion fie tanto de ese traidor que no contento con otorgarle su amistad le confie el cuidado de su casa? Es posible que le haya dejado encomendados su hermana y sus sobrinos durante su ausencia?

—Imposible parece, Martin, pero nada mas cierto.

—Y cómo os las habeis para recibir nuevas de lo que pasa en el castillo de Carrion?

—Comunícamelas Doña Teresa por medio de un criado llamado Gonzalo que siempre fue adicto á su señora y aun á mí, al paso que anhela vengarse del conde, de quien ha recibido mas palos que cabellos tiene.

—Y ciertamente me admira que Bellido le deje apartarse del castillo de modo que pueda venir á Búrgos...

—Há mucho que el conde se valia de él para mandar sus cartas á sus amigos, y á su partida para Toro donde ahora está, le dejó

Digitized by Google

en Carrion para que prestara á Bellido el mismo servicio mediante algunas palizas que encargó á su amigo le diera cuando se mostrase rehacio á cumplir sus mandatos. Bellido le envia con harta frecuencia á Búrgos, cuando no con cartas para alguno de los valedores de los condes desterrados, que aun tienen en Castilla quien les ayude, para que se informe de lo que pasa, y espie hasta al mismo rey D. Sancho.

—Gran dicha es que tengais ese medio de comunicar vos y la infanta.

—Cierto, que sino, por el nombre que tengo os juro, Martin, que hubiera embestido ya el castillo de Carrion y hubiera muerto en mi empresa ó sacado de aquella prision á la infanta.

—Pues yo creo que aun asi debiéramos dar un golpe de mano al castillo para librar de las garras del milano á la desvalida paloma....

—Eso pienso hacer, Martin; y si antes no lo he hecho, ha sido por temor de dar el golpe en vago; el castillo es fuerte de suyo y le defienden buenos ballesteros; mas cuento ya con amigos que me ayuden en mi empresa, como que hasta el mismo D. Rodrigo me auxiliará, sino con su brazo, con gente de armas, y espero que no ha de pasar este año sin que Guillen el de la Enseña se una ante el altar con la infanta de Carrion. El dia en que tropecé con vos en el encinar y os decidísteis á ir conmigo á la guerra, si hubiera dicho al noble de ejecutoria mas humilde que aspiraba á la mano de la infanta de Carrion, me hubiera escupido á la faz ó me hubiera tenido por loco; mas hoy hasta el mismo rey de Castilla apoyará mi demanda.

—Bendito sea el dia que recordais, Guillen, esclamó Martin considerando á su vez lo que él era cuando capitaneaba la banda y lo que era al servicio del Cid. Bendito seais vos tambien, añadió, que de un miserable bandido que yo era, hicísteis un soldado á quien honra con su confianza y su amistad el Campeador, el mejor caballero del mundo... Bien me decíais que en los campos de batalla lavaria con sangre infiel la mancha

Digitized by Google

que el mundo veia en la frente del bandido, que alli adquiriria poder para castigar al asesino de mi padre, que de alli tornaria cien veces mas digno de unirme para siempre con la doncella á quien amo.....

—Muchos dias de gloria hemos alcanzado en la guerra, y aun espero que hemos de alcanzar muchos mas...

—Plegue á Dios que tornemos pronto á lidiar con la morisma en vez de pasar el tiempo en estas malaventuradas guerras de cristianos contra cristianos.....

—Por desdicha de todos los buenos, paréceme, Martin, que las guerras que dices aun no han terminado. Creo que entre castellanos y leoneses ha de haber sangrientos combates dentro de poco, segun se ponen las cosas..... La espada que me ciñó Mio Cid apostára á que antes de dos meses se hacen obstinada guerra D. Sancho y D. Alfonso su hermano. D. Sancho ambiciona el reino de Leon, particularmente desde que ha conquistado el de Galicia, y D. Alfonso que lo conoce y al mismo tiempo da oidos á malos consejeros, da todos los dias pretesto á un rompimiento, dejando traslucir la enemiga que tiene á D. Sancho.

En estas y otras pláticas iban ambos mancebos, cuando dieron vista á Vivar, de lo cual se holgaron mucho porque la jornada, fresca y agradable al principio, se habia ido haciendo desabrida, como que el sol estaba muy alto y calentaba mas de lo que ellos quisieran. Y no era solo la esperanza de descansar á cubierto de los ardores del sol lo que mas les halagaba al llegar al término de su jornada de dos horas, que á tres no llegaban las que emplearon en ella; Martin amaba mucho á Beatriz y tornaba á verla despues de haber estado algun tiempo ausente en la guerra de D. Sancho y D. Garcia, y Guillen iba á contemplar aquella felicidad de su amigo y hermano de armas, en la cual gozaba como en la suya propia.

Frente á la granja de Pero habia una hermosa huerta, donde abundaban los árboles frutales que aquellos laboriosos y felices labradores habian plantado y hecho crecer y fructificar con sus cuidados, y alli estaban Beatriz y sus padres cuando Mar-

Digitized by Google

tin y Guillen asomaron por un repuesto que dominaba la granja.

Un grito de alegria se escapó al verlos de los labios de Beatriz que dejó caer la fruta que recogia en la falda y echó á correr al encuentro de nuestros enamorados mancebos, imitándola sus padres que se habian acostumbrado á ver un hijo no solo en Martin sino tambien en Guillen, porque rara vez iba aquel á Vivar sin que este le acompañara.

Pocos instantes despues servia Beatriz á sus padres y á los huéspedes un apetitoso almuerzo bajo los árboles de la huerta, y todos conversaban alegremente formando castillos en el aire y entregados á una felicidad que solo las almas buenas comprenden.

Mas hé aquí que poco despues de terminar el almuerzo oyeron el galope de un caballo hácia la calzada que encaminaba á Carrion y que pasaba á dos tiros de piedra de la granja. Todos dirigieron la vista hácia la calzada y Guillen exhaló un grito de alegria pues en el que cabalgaba reconoció á Gonzalo, el criado de D. Suero, el que solia traerle nuevas de Doña Teresa.

Guillen atravesó corriendo una heredad y salió á la calzada al encuentro de Gonzalo, el cual se apresuró á descabalgar en cuanto le conoció.

—Gonzalo, seais bien venido, le dijo Guillen en cuyo rostro se pintaban á la vez la alegria y la inquietud, ¿venís del castillo de Carrion?

—De allá salí anoche, contestó Gonzalo, y os traigo cartas de mi señora. Tomad, añadió entregando un pergamino al mancebo.

Guillen se apresuró á abrir aquel escrito que leyó con avidez.

«Hoy mismo, le decia la infanta, parte á Toro Bellido Dolfos mi nuevo verdugo, y por pronto que torne no será hasta que pasen ocho dias. Guillen! há mucho tiempo que no os veo, há mucho tiempo que temo morir sin volver á veros; preguntad á Gonzalo cuando os entregue esta carta para cuándo estará de vuelta en el castillo, porque si venís á verme, como deseo, él os facilitará la entrada. Tened compasion de mí, no permitais que

Digitized by Google

muera entre estos sombríos muros sin volver á veros la que en vos funda las únicas esperanzas que le quedan en este mundo.»

El enamorado mancebo imprimió sus labios en aquellos renglones medio borrados por las lágrimas de Teresa, y sintió húmedos sus ojos, como aquella triste y venturosa noche en que reveló su amor á la desventurada doncella en el campo de los bandidos.

—Gonzalo! esclamó echando sus brazos al cuello del mensajero, cien vidas que tuviera os diera de buen grado en cambio de la felicidad que me proporcionais, y aun asi os creyera mezquinamente pagado. Ya no soy el mísero servidor de D. Suero que conocísteis un dia: tengo poder y riquezas con que recompensar vuestros favores. Continuad al servicio del conde para que podais velar por Doña Teresa, que el dia en que vuestra señora no haya menester vuestros cuidados, os diré:—Ya no necesitais emplearos en el servicio de nadie; ved las riquezas que he adquirido en la guerra, tomad los haberes que necesiteis para vivir libre y holgadamente donde mas os plazca.

Ciertamente no era interesado Gonzalo, mas ¿cómo no regocijarse al vislumbrar la esperanza de vivir como Guillen le decia en vez de vivir espuesto siempre á los ultrages y al mal trato á que estaba acostumbrado en casa del conde de Carrion?

—Mi señora y vos, contestó, podeis disponer de mí, que dispuesto estoy á serviros cuanto pueda sin mas recompensa que la satisfaccion de ser útil á los que han menester mi servicio.

—Creeis, Gonzalo, que me será dado penetrar en el castillo ahora que Bellido está ausente?

—Mi señora y yo hemos hablado largamente de eso y hemos convenido en que es muy posible poniéndonos antes de acuerdo.

—Cuándo estareis de vuelta en Carrion?

—Mañana por la noche, pues voy á Búrgos con cartas que Bellido me dió ayer á su partida con encargo de traerlas hoy.

—Pues bien, mañana por la noche á la hora que me digais estaré al pie del castillo.

Digitized by Google

—A media noche debeis acercaros á la poterna con mucho sijilo, aunque no hay temor de que los ballesteros os sientan, porque como Bellido los hace estar en vela todas las noches sopena de amanecer colgados en las almenas los que se rindan al sueño, querrán desquitarse durmiendo descuidados mientras Bellido esté fuera del castillo. Yo espiaré por las saeteras vuestra llegada, y asi que os vea acercar, os abriré la poterna para que entreis, y os facilitaré la salida por el mismo sitio así que hayais visto algunos instantes á Doña Teresa.

—Bien, Gonzalo, no faltaré mañana á la hora que me decís.

—Id con cuidado no os sorprenda una banda de salteadores que dicen se ha organizado en el condado de Carrion, donde no habian vuelto á parecer bandidos desde que desaparecieron el Vengador y los suyos.

—No olvidaré vuestra advertencia, Gonzalo; os doy gracias por ella. Qué me decís de la infanta?

—Que si sus penas no hallan alivio, será Dios tan injusto como los hombres para con ella.

—No, Gonzalo, Dios no es injusto como los hombres: Dios recompensará las penas de la infanta con muchos años de cumplida felicidad; decídselo asi, pues la vereis antes que yo.

Y despues de algunas palabras mas, se despidieron Guillen y Gonzalo, el primero tornando á donde le esperaban Martin y la familia de Pero, y el segundo continuando su camino hácia Búrgos.

El de la Enseña manifestó á Martin la carta de la infanta y su resolucion de encaminarse á Carrion antes de tornar á Búrgos con ánimo de arrancar del castillo á Teresa.

—Yo os acompañaré, Guillen, dijo el Vengador, y pereceré con vos si es necesario.

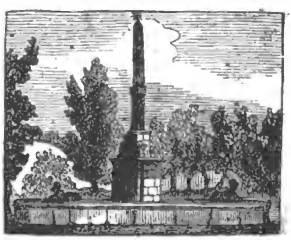
—Gracias, Martin! esclamó Guillen alargando afectuosamente la mano á su amigo; pero conozco el peligro que á vos y á mí nos amenazará asi que nos acerquemos á Carrion y no acepto vuestro generoso ofrecimiento, porque... ¡qué seria de esa buena y enamorada Beatriz si os perdiera para siempre!

—Beatriz, replicó Martin, me tuviera por cobarde y me abor-

Digitized by Google

reciera con sobrado motivo si os viera correr al peligro sin acompañaros yo... Pues qué, ¿no valen mas que mi vida la amistad con que me honrais y la dicha que me proporcionásteis haciéndome trocar el vil oficio de bandido por el de soldado? Guillen, partamos á Carrion cuando os plazca, que hasta el fin del mundo os seguiré contento aunque una celada nos espere á cada paso. Harto siento que Rui-Venablos no nos acompañe, mas es preciso que quede rijiendo la mesnada de Mio Cid en tanto dure nuestra ausencia.

Guillen aceptó al fin el ofrecimiento de Martin. Pasaron ambos lo restante del dia y la noche inmediata en la granja de Pero, y á la mañana siguiente muy temprano tomaron el camino de Carrion.



Digitized by Google

CAPITULO XXXXIII.

Desde Vivar a Carrion.

A la caida de la tarde, Guillen y Martin dieron vista al Castillo, si bien se hallaban á larga distancia de él, y determinaron esperar la noche en un castañar muy espeso para continuar su camino asi que oscureciese y caer sobre Carrion á media noche segun habian convenido Guillen y Gonzalo.

El sol tocaba ya al ocaso tiñendo de color de fuego el lejano horizonte. Guillen y Martin habian descabalgado y en tanto que sus caballos pacian entre los castaños, se hallaban sentados en un ribazo desde el cual se descubria un dilatado paisage. Martin tenia fijos sus ojos en la estensa y frondosa vega de Carrion, cuya hermosura confirmaba lo que el dia anterior habian dicho, á sa-

Digitized by Google

ber, que la mano de Dios se habia estendído tambien sobre Castilla al distribuir los mejores dones de la naturaleza. Guillen contemplaba el castillo de Carrion que se alzaba allá muy lejos medio velado por el humo de las rastrojeras incendiadas, como un negro fantasma que intentara poner espanto á aquella naturaleza risueña y encantadora.

—Ay! decia con el corazon oprimido y las lágrimas prontas á brotar de sus ojos, qué cerca está ese castillo maldito, y sin embargo, qué distancia tan grande me separa de la que suspira en él! Alli... entre aquellos sombríos muros está la dulce niña que no tiene en el mundo mas esperanza que mi amor!!... Quién pudíera volar como esos pájaros que se despiden del dia cantando tristemente en las copas de estos árboles! Quién pudiera volar como ellos por ese diáfano espacio y posarse en aquella ventana que tantas veces ha regado Teresa con su llanto!... Tal vez estará ahora la pobre niña asomada á aquella ventana acordándose de mí, pidiendo á la Vírgen cuyo santuario se descubre en la colina inmediata, que guie mis pasos é infunda valor á mi corazon hasta llegar á su estancia!...

Guillen y Martin abandonaron de repente su estática contemplacion, y al volver la vista vieron á su espalda hasta medio centenar de hombres armados que salian de entre los árboles inmediatos. Ambos echaron mano á los aceros, pero aun no habian tenido tiempo para desnudarlos cuando aquellos hombres se arrojaron sobre ellos con aspecto amenazador y los sujetaron gritando:

—Si moveis pies ó manos, sois muertos!

Guillen no dudó que se las habian con los bandidos de que le hablara Gonzalo.

—Cobardes, les dijo, no teneis valor para lidiar brazo á brazo y frente á frente aunque sois veinte veces mas que nosotros, y nos rendís á traicion sin darnos lugar á la defensa!...

—Por el glorioso san Isidoro, esclamó uno de los bandidos examinando con la vista á Martin, ó yo tengo menos conocimiento que esas cabalgaduras, ó tenemos entre nosotros á nuestro antiguo capitan el valiente Vengador.

Digitized by Google

—El Vengador soy, dijo Martin examinando á su vez á los bandidos que se apresuraron á soltarle como tambien á Guillen con manifiestas señales de respeto.

—Cierto, añadió, que recuerdo haber visto á alguno de vosotros en mi banda.

—Nosotros somos los que estuvimos en ella, contestaron cuatro bandidos, entre los cuales se contaba el que primero reconoció á Martin que parecia ser gefe de la partida.

—No os acordais, dijo este último, de aquel Juan Centellas, que el dia de la muerte del Raposo propuso que se os aclamara capitan de los restos de la banda y os dijo que tenia una hija tan buena como la dama mas noble de Castilla, y por último os curó la herida que teníais en la cabeza?

—Si, si, bien me acuerdo, contestó Martin.

—Tambien recordareis que despues del desgraciado asalto del castillo de Carrion se separaron de la banda algunos de los pocos que pudimos salvarnos, con esperanza de tomar antes venganza de D. Suero trabajando separados que unidos con nuestros compañeros?

—Cierto, vos fuísteis uno de ellos.

—Y los restantes, estos tres que aqui veis. Todos nuestros esfuerzos fueron inútiles, por lo cual tratamos de volver á la banda; pero al ir á buscarla, supimos que habia marchado á Portugal; y desde entonces vagamos por el condado de Carrion, hoy con próspera fortuna y mañana con mala. ¿Sabeis, señor Vengador, que aquel Bellido Dolfos á quien tanto queríais, era el mas traidor que ha nacido de muger?

—Cierto, como que él fue quien vendió la banda en Carrion....

—Eso os iba á decir. Y por mi alma que D. Suero es agradecido, pues le tiene en su casa tratándole á cuerpo de rey... Ira de Lucifer si nosotros le echamos mano, que tras eso andamos hace tiempo! No os acerqueis mas á Carrion, que si el tal Bellido os huele, cierto que lo pasareis mal, porque ya sabeis que no es tan vuestro amigo como creiais...

—Pues al castillo de Carrion vamos, que ahora está ausente Bellido.

Digitized by Google

—Poco fiara de sus ausencias el hijo de mi madre. No vayais allá, señor Vengador, y lo mismo aconsejo á ese mancebo aunque no sé quien es.... Mas... asi Dios me salve, ese mancebo es aquel que vino con Doña Teresa á nuestro campo.

—El mismo es, contestó Martin.

—Qué, ¿no sirve ya á D. Suero?

—Lejos de servirle, hundiera su espada en él y en Bellido si los hubiera á mano.

—Repítoos, señor Vengador, que no vayais á Carrion, porque me temo que os ha de ir allá muy mal.

—Agraézcoos el interés que por nosotros os tomais; mas vamos resueltos á entrar esta noche en el castillo, y no retrocederiamos por todas las riquezas del mundo.

—Ya que os empeñais en seguir adelante, plegue á Dios depararos buena ventura.

—Paréceme, dijo Guillen, que no debemos detenernos mas porque va siendo de noche y aun estamos lejos de Carrion.

—Cierto, respondió Martin, y añadió dirijiéndose á los bandidos:

—Os deseamos buena suerte, y sino lo habeis á enojo vamos á continuar nuestra jornada.

—Continuadla en buena hora, contestó Juan Centellas; pero no nos direis, señor Vengador, qué entendeis vos por buena suerte?

—Por buena suerte entiendo que burleis la persecucion de los Salvadores y...

—Y que hayamos á las manos á Bellido y á D. Suero, para vengar en ellos la traicion de antaño, no es verdad? le interrumpió el capitan de los bandidos.

—Eso iba á deciros, contestó Martin.

En seguida los dos viajeros cabalgaron y continuaron hácia Carrion.

Hacia largo rato que se habian separado de los bandidos, cuando creyeron oir ruido de gente á su espalda; paráronse á escuchar pero como nada volvieran á oir, creyeron que alguna ráfaga de viento habia traido hasta ellos aquel ruido de alguno de

Digitized by Google

los caseríos diseminados en aquellas inmediaciones, y siguieron su camino silenciosamente.

Al fin llegaron á la arboleda vecina al castillo y descubrieron este por entre los árboles destacándose como una nube negra sobre el azul del lejano horizonte. Descabalgaron allí, envolvieron los cascos de los caballos con unos paños que llevaban al efecto, y merced á esta precaucion se acercaron á la poterna del castillo casi sin hacer ningun ruido llevando de la rienda las cabalgaduras.

Un pañuelo blanco sacado por una saetera y que resaltaba sobre el fondo negro del muro se ajitó un instante como llamándolos hácia aquel sitio. Ataron los caballos á los árboles y se encaminaron á la poterna que Gonzalo abrió inmediatamente con el menor ruido posible.

—Subid por la escalera secreta, dijo Gonzalo á Guillen, y bajad pronto, que os espero para cerrar la poterna en cuanto salgais.

Guillen que conocia los aposentos y las vias del castillo, tomó á tientas la escalera que Gonzalo le indicara, y Martin siguió trás el, ambos con la espada desnuda para evitar una sorpresa. No tardaron en hallarse en el piso alto del castillo y por consiguiente próximos á la habitacion de la infanta.

El corazon de Guillen latia con violencia; contra aquel corazon iba á latir dentro de un instante el de Teresa que tanto tiempo habia latido doliente y solitario!...

Ambos mancebos llegaron á la puerta del aposento de la infanta, y en aquel instante se abrió aquella de repente, y Teresa se precipitó hácia Guillen con los brazos abiertos y cayó al suelo sin sentido esclamando involuntariamente:

—Guillen!!.. Guillen!!

Y aquella esclamacion fue tan aguda que recorrió todos lo abovedados aposentos del castillo.

—Traicion! traicion! Al aposento de la infanta! contestó á la voz de Teresa una voz que Guillen y Martin conocieron con espanto, la voz de Bellido que habia fingido ausentarse del castillo para sorprender á Guillen que no dudaba seria avisado por

Digitized by Google

la infanta y acudiria allá asi que á él se le creyera ausente.

Un gran ruido de pasos, de voces y de armas sucedió al grito de Bellido.

La infanta seguia sin sentido á pesar de los esfuerzos que Guillen y Martin hacian por tornársele, y los pasos y las voces y el ruido de armas se acercaban.

—Huyamos del castillo! dijo Martin. Tomad á la infanta en brazos y yo guardaré vuestra espalda y nos salvaremos, que si Gonzalo no nos vendia, estará abierta la poterna.

Guillen tomó en brazos á Teresa, cuyo peso no podia embarazar mucho su marcha porque aquella desventurada doncella estaba consumida por el dolor, y seguido de Martin ,corrió á la escalera por donde habian subido. Al poner el pie en los primeros escalones fueron alcanzados por Bellido y multitud de criados y ballesteros que los atacaron con furia; pero la escalera era estrecha y esta circunstancia favorecia á Martin que solo tenia que esquivar tres ó cuatro golpes á la vez.

Al fin llegaron á la poterna que abrió de par en par Gonzalo. Este se puso al lado de Martin decidido á correr la suerte de los raptores lidiando contra Bellido y los suyos, y todos los combatientes se vieron fuera del castillo.

En aquel instante se oyó una gran vocería entre los árboles inmediatos, y una porcion de hombres se arrojaron como leones sobre la gente de Bellido en tanto que otros penetraban por la poterna obedeciendo á Juan Centellas que gritaba:

—Aqui, mis valientes! unos al castillo y otros á esterminar á estos cobardes que atacan al Vengador!

Las fuerzas se equilibraron entonces ó mas bien los que antes eran mas débiles fueron desde aquel instante los mas fuertes. El combate era sangriento y obstinado fuera y dentro del castillo, aunque en este las ventajas debian estar por parte de los bandidos porque los contrarios eran pocos, como que casi toda la gente de armas que guarnecia aquel habia salido fuera en persecucion de los raptores.

A corta distancia del castillo habia un monasterio de muge-

Digitized by Google

res y hácia él se dirijia Guillen con su preciosa carga, oyendo detrás de sí el ruido del combate.

¡Qué suplicio para aquel valeroso mancebo el oir á algunos pasos de distancia el choque de las espadas y no poder esgrimir la suya! Corria, volaba como si nada embarazase su paso, y si entonces le hubiesen preguntado porqué ansiaba mas llegar al monasterio, si por poner á salvo á la infanta ó por volver á lidiar al lado de sus amigos, hubiera vacilado en la respuesta.

De repente se iluminaron la villa y sus cercanías con una viva claridad.

El castillo de Carrion era presa de las llamas!

Guillen llegó á la puerta del convento, que era un edificio mezquino habilitado recientemente para guarecer á la comunidad que le ocupaba hasta que la caridad cristiana construyese otro mas cómodo y suntuoso, y tiró con violencia de una cuerda que pendia sobre aquella haciendo resonar una campana. Las religiosas acudieron á aquella llamada y el mancebo se apresuró á decirles:

—El fuego consume el castillo de los condes de Carrion; dad hospitalidad á la infanta Doña Teresa que he tenido la dicha de salvar de las llamas.

Las religiosas se apresuraron á dar asilo á la doncella, y Guillen se alejó del monasterio encaminándose hácia el castillo á cuyas inmediaciones no rujia ya el combate. A pocos pasos encontró á Martin y á Gonzalo, y los tres se confundieron en un estrecho abrazo.

—Martin! esclamó Guillen, la inocente paloma está ya libre de las garras del milano.

—Y el milano, contestó el Vengador, huye perseguido por Juan Centellas y otros de nuestros favorecedores y las riquezas de D. Suero están en poder de los bandidos.

—A Vivar, á Vivar! dijo Guillen, que Dios ha comenzado á descargar el rayo de su justicia sobre la frente de los malvados, y la espiacion será al fin completa. Gonzalo! añadió dirigiéndose al que les habia facilitado la entrada en el castillo, venid con nosotros, que vais con vuestros mejores amigos.

Digitized by Google

En seguida se dirijieron hácia donde habian dejado los caballos. Estos permanecian atados al tronco de los árboles.

—Mi caballo es fuerte, dijo Guillen á Gonzalo, subid á sus ancas y vereis que pronto perdemos de vista ese horrible espectáculo que lastima y contrista mi alma... Dios mio! Dios mio! las llamas consumen la estancia de Teresa que yo quisiera ver eternamente conservada como sagrario de mis mas dulces recuerdos! Mirad qué llamaradas salen por la ventana á que tantas veces se ha asomado la infanta! Hermanos, alejémonos de aqui!

Y los tres mancebos se dirijieron hácia el camino de Búrgos, en tanto que las llamas, avivadas por un recio viento de levante, rujian en el castillo alzándose por cima de las almenas é iluminando con su siniestra luz la vega de Carrion hasta una larga distancia.

Digitized by Google

CAPITULO XXXXIV.

De como un buen caballero se encargó de un mal mensage.

Preciso es confesar que la ambicion dominaba á D. Sancho; preciso es tambien convenir en que la sinrazon, ó cuando menos la imprudencia de sus hermanos, daba pábulo á aquella pasion. D. Sancho era altivo é irascible en demasía, y esta cualidad contribuia tambien no poco á que olvidase, al ensanchar sus dominios, que aquellos á quienes atacaba eran sus hermanos y que, justa ó injusta, la voluntad de un padre moribundo debe ser eternamente acatada.

No se engañaba Guillen al decir que muy pronto estallarian sangrientas guerras entre leoneses y castellanos. Los condes

Digitized by Google

desterrados por D. Sancho, entre los que debemos contar al de Cabra, que no contento con el condado que tan generosamente le habia recobrado el Cid, trabajaba de consuno con sus amigos para vengar su destierro, aquellos condes, repetimos, influian en el ánimo de D. Alfonso del mismo modo que habian influido en el de Doña Elvira, para que el de Leon provocase al de Castilla á una guerra en que D. Sancho perdiese la corona y acaso la vida. Podia ser D. Alfonso quien perdiese una y otra; pero en este caso el conde de Carrion y los de su bando perdian muy poco, porque todos sus contratiempos se reducian á tener que ir á cumplir su destierro á tierra de moros, á Aragon ó á Navarra en vez de cumplirle en el reino de Leon. En aquel juego se esponian, pues, á ganar y no á perder.

D. Alfonso conocia las miras ambiciosas de su hermano, y no dudaba que este tardaria muy poco en declararle la guerra con intento de quitarle el reino, fuese ó no provocado á ello, y se apresuró á ponerse á la defensa para no encontrarse desprevenido cuando se realizasen sus temores.

Sabedor D. Sancho de los aprestos guerreros de su hermano, pidió á este esplicaciones acerca del objeto de aquellos aprestos. La respuesta de D. Alfonso le satisfizo muy poco; se sucedieron las contestaciones cada vez mas acaloradas, y por último hubo rompimiento completo entre Castilla y Leon, sin que bastasen á evitarle los esfuerzos que el Cid y algunos otros honrados patricios hicieran al efecto.

D. Alfonso pidió auxilio al rey de Navarra y al de Aragon; pero antes que estos pudieran dárselo, juntó D. Sancho un buen ejército y se apresuró á entrar por las tierras de su hermano. Avistáronse ambos contendientes y vinieron á las manos cerca de un pueblo llamado Plantaca; pelearon con estraordinario esfuerzo y quedó la victoria por los castellanos, y el rey D. Alfonso, vencido y destrozada su hueste, hubo de retirarse á la ciudad de Leon, donde se dió prisa á rehacerse con objeto de embestir de nuevo á sus victoriosos enemigos.

Alcanzó á estos cerca de Golpelara en la ribera del rio Carrion, travóse una nueva batalla, y trocándose la fortuna, quedaron

Digitized by Google

vencidos los castellanos sin que el Cid tuviera tiempo de tomar parte en el combate.

Repugnaba mucho á Rodrigo Diaz el pelear contra los hijos de D. Fernando y solo se decidia á hacerlo cuando veia apurado á D. Sancho, á quien acompañaba en aquellas guerras. Al llegar al sitio de la pelea, encontró al ejército castellano destrozado y fujitivo y á D. Sancho en el colmo de la desesperacion. Animó á este último prometiéndole recobrar lo perdido, recojió los soldados dispersos y antes de rayar el alba embistió á los leoneses, que cargados de sueño y de vino, como dice Mariana, se hallaban muy lejos de pensar en cosa semejante. El mas espantoso desórden se introdujo en la hueste de D. Alfonso: unos huian, otros tomaban las armas sin concierto, todos mandaban y ninguno obedecia, por lo que fueron vencidos en muy corto espacio. D. Alfonso, viéndose próximo á caer en manos de sus enemigos, huyó del campo y se encerró con algunos de los suyos en la iglesia de Carrion; pero los castellanos le cercaron y le obligaron á rendirse.

D. Sancho le mandó preso á Búrgos y siguió la conquista del reino de Leon. La ciudad de este nombre y otros pueblos se resistieron; pero al fin se entregaron, y en pocos dias quedó á devocion de D. Sancho todo el reino de D. Alfonso.

Muchos nobles castellanos y leoneses, entre los cuales se contaban Doña Urraca, Peranzures y el Cid, interpusieron su valimiento para que D. Sancho dulcificase la suerte del prisionero. El rey de Castilla consintió en que su hermano fuese al monasterio de Sahagun y tomase el hábito de monje renunciando el estado de seglar.

No permaneció mucho D. Alfonso en aquel monasterio, pues, bien que la vida monástica le disgustase, bien que recelase de las intenciones de su hermano, ó bien que quisiese ponerse en situacion de recobrar el reino que habia perdido cuando se le presentase ocasion propicia, huyó á Toledo donde fue acojido benévolamente por Almenon que deseaba tener ocasion de cumplir la promesa que habia hecho al difunto D. Fernando de prestar á sus hijos la proteccion que este habia prestado á su hija Ca-

Digitized by Google

silda. Díjole que en su reino podia estar todo el tiempo que quisiese, que él proveeria á todas sus necesidades, de modo que solo echase de menos el trono que habia perdido, y que le trataria como á hijo. D. Alfonso hizo pleito homenage á Almenon á quien prometió servir en las guerras que sostenia con otros moros comarcanos. Acompañábanle Peranzures y otros caballeros á quienes el rey de Toledo señaló sueldo con que pudiesen sustentarse, y su ordinaria ocupacion era la caza, como que para mayor comodidad en este ejercicio edificó una alquería que sirvió de fundamento á la villa de Brihuega.

Solo restaba á D. Sancho la ocupacion de Zamora para poseer todos los Estados que fueron de su padre. La ciudad de Zamora, dice el autor de la «Historia general de España» que estaba muy pertrechada de muros, municiones, vituallas y soldados que tenia apercibidos para todo lo que pudiese suceder. Los moradores eran gente muy esforzada y muy leal y aparejados á oponerse en cualquier riesgo por cualquiera que los quisiese acometer. Acaudillábalos Arias Gonzalo, caballero muy anciano, de mucho valor y prudencia y de cuyos consejos se valia la infanta Doña Urraca para las cosas del gobierno y de la guerra.»

D. Sancho deseaba poseer aquella ciudad, con tanto mas motivo cuanto que estando á su devocion la de Toro que habia quitado á Doña Elvira, temia que los zamoranos se apoderasen de esta última ciudad estando muy cercanos á ella y siendo como eran atrevidos y fuertes; pero al mismo tiempo deseaba vivir en paz con Doña Urraca, á quien siempre habia querido mas que á los demas hermanos. Seguro de que obtendria á Zamora en cambio de otros lugares y no por las armas, determinó enviar allá al Cid á tratar de aquel cambio con la infanta.

—Medio reino vale Zamora, dijo á Rodrigo; asentada está sobre peña, sus muros y sus torres son muy fuertes, y el Duero que corre á su pie le sirve de gran defensa. Si mi hermana me la diera, tuviérala en mas estima que todo el reino de Leon. A vos, buen Cid, que sois caballero de valía, ruego que vayais á Doña Urraca y la digais que me dé á Zamora en cambio ó por haberes monedados; decídle que en cambio de Zamora le daré

Digitized by Google

Medina de Rioseco, Villalpando con toda su tierra, el castillo de Tiedra, ó Valladolid que es villa muy rica, y le haré juramento con doce de mis vasallos de cumplir fielmente mi promesa.

—Señor, contestó Rodrigo, siempre me hallásteis y me hallareis dispuesto á obedeceros, porque no de otro modo correspondiera á las mercedes que me habeis hecho y al encargo que vuestro padre me hizo al morir; mas si voy á Zamora con el mensage que quereis fiarme, creerá vuestra hermana, creerán los zamoranos, y aun castellanos y leoneses, que yo soy quien os ayuda á quitar á Doña Urraca el infantado faltando á la promesa que á vuestro padre hice. Ruégoos, señor, que en este pleito os valgais para todo de otros caballeros menos obligados que yo á apartarme enteramente de él.

—No os envio, contestó D. Sancho, á amenazar á mi hermana, sino á que la hagais pacíficas proposiciones. ¿Cuál es el caballero castellano que sea tan respetado como vos de los zamoranos y cuyas palabras tengan tanta fuerza como las vuestras en el ánimo de Doña Urraca? ¿O temeis, Rodrigo, que las promesas que hagais en mi nombre á mi hermana no sean por mí cumplidas?

—Me ofendeis, señor, sospechando que Rodrigo Diaz pueda dudar de las promesas de su rey.

—Pues id á Zamora é inclinad á mi hermana á que me ceda su infantado, que como amigo os lo suplico y como rey os lo ordeno.

—Al amigo cumple acceder á la súplica del amigo y al vasallo obedecer la órden del rey.

Aquel mismo dia se encaminó el Cid á Zamora, donde hacia tiempo se esperaba ver llegar mensageros de D. Sancho á intimar á Doña Urraca la entrega de la ciudad. Al acercarse á esta Rodrigo, se hallaba la infanta en su palacio oyendo el consejo de Arias Gonzalo y otros nobles.

Los zamoranos, cuando descubrieron desde los muros á Rodrigo Diaz y los que le acompañaban, que se dirijian al postigo viejo para entrar en la ciudad, comenzaron á dar voces y la-

Digitized by Google

mentos viendo llegado el instante que hacia tiempo se temia, y la guarda del postigo se puso en actitud de estorvar la entrada á los castellanos. Doña Urraca oyó la vocería y la alarma, estendida ya por toda la ciudad, y como preguntase y la dijesen la causa, corrió á una ventana que daba á la parte esterior del postigo, aunque los caballeros que la rodeaban trataron de impedirlo temerosos de que se le arrojara desde fuera algun venablo. Entonces fue cuando, viendo al Cid al pie del muro de la ciudad, le dirigió aquellas amargas quejas que se han conservado, merced quizá á la forma métrica que mas tarde se les dió:

Afuera, afuera, Rodrigo,
el soberbio castellano!
Acordársete debiera
aquel buen tiempo pasado
que te armaron caballero
en el altar de Santiago.
Mi padre te dió las armas,
mi madre te dió el caballo,
yo te calzé espuela de oro
porque fueses mas honrado.

Rodrigo alzó la vista al oir aquella reconvencion que tan distante se hallaba de merecer, y sintió su corazon lastimado, no tanto porque aquellas palabras arrojaban sobre él la mancha de desleal é ingrato, como por el dolor que denotaba Doña Urraca que vestia aun luto por la muerte de su padre y por la muerte de la felicidad que por tantos años habia reinado entre su familia; la infanta tenia la faz descolorida y flaca y sus ojos derramaban dos torrentes de lágrimas.

—Señora, contestó Rodrigo, aquietaos y admitidme á vuestra presencia, que no vengo á vos como enemigo ni jamás Rodrigo Diaz de Vivar hará armas contra la hija de D. Fernando el Grande.

Doña Urraca se aquietó con estas palabras y dió órden para que se permitiese al Cid entrar en la ciudad.

Digitized by Google

Un instante despues se hallaba el honrado castellano en presencia de la infanta, á la que besó la mano hincando reverentemente la rodilla, y dijo el mensage de que D. Sancho le habia encargado. Doña Urraca volvió á prorumpir de nuevo en llanto.

—Triste de mi! esclamó. ¿Qué es lo que quiere de mí D. Sancho? Qué mal ha cumplido la voluntad de nuestro padre!... de nuestro padre, que llamó la maldicion divina sobre el hermano que atacase á su hermano! Apenas murió nuestro padre quitó toda su tierra á mi hermano D. Garcia y le puso en prisiones; luego quitó el reino á D. Alfonso que viéndose tan mal tratado de cristianos tuvo que pedir amparo á los moros. Despojó de Toro á mi hermana y ahora quiere tomarme á Zamora!... D. Sancho sabe que sus hermanos son harto débiles ya para lidiar con él frente á frente; mas donde falta la espada de los leales suele hacer su oficio el puñal de los traidores, y si D. Garcia está preso é incomunicado, no así D. Alfonso, que es libre aunque está en tierra de moros.

Doña Urraca lloraba sin consuelo al hablar así sin que las palabras de Rodrigo y las de otros caballeros bastasen á contener su llanto.

—Enjugad vuestras lágrimas, señora, la dijo el viejo Arias Gonzalo, cuyas palabras eran las que mas autoridad tenian sobre la infanta, no lloreis, que no con lágrimas se remedian las cuitas. Consultad á vuestros vasallos, decidles lo que D. Sancho pretende, y si ellos lo han por bien, dad al rey el infantado de Zamora; mas si no les pareciese que debeis hacerlo, defendamos todos á Zamora hasta morir como esforzados y buenos. D. Sancho os pide el infantado so promesa de daros otros lugares en cambio; mas ¿cómo cumplirá sus promesas quien tan mal cumple la voluntad de su padre? Yo por mí os aconsejo que no deis la ciudad á vuestro hermano. Debemos morir en ella antes que entregarla cobardemente, y creo que todos los zamoranos serán de mi parecer. ¿Quereis saberlo, señora? ¿Quereis saber si vuestros vasallos están resueltos á defender vuestro patrimonio? A la puerta de este alcázar bulle la multitud deseosa de saber vuestra resolu-

Digitized by Google

cion... Permitidme preguntar á vuestro pueblo si se atreve á arrostrar las iras de D. Sancho ó prefiere ver á su señora despojada del señorío que lejítimamente le pertenece.

Asi diciendo, Arias Gonzalo se acercó á una ventana que daba á una ancha plaza que se estendia frente al alcázar. En efecto, la multitud bullia en aquella plaza, inquieta por saber cual era el mensage que el Cid habia traido, pues nadie dudaba que aquel mensage era de gran importancia para los zamoranos cuando para traerle se habia escojido á aquel famoso caballero.

—Zamoranos! grító el viejo Arias Gonzalo cuyas primeras palabras impusieron relijioso silencio á la muchedumbre. El rey D. Sancho pretende de Doña Urraca, señora nuestra, la ciudad de Zamora en cambio de otros lugares que promete darla. ¿Quereis que la infanta acceda á las pretensiones de su hermano, ó estais dispuestos á lidiar como buenos en defensa del infantado?

—Queremos morir lidiando en los muros de Zamora! fue el grito universal que respondió á Arias.

—Zamora por Doña Urraca! Zamora por Doña Urraca! continuó gritando la multitud, y entonces el anciano se volvió hácia la infanta y la dijo:

—Ya ois, señora, el parecer de vuestros vasallos.

—Pues bien, contestó Doña Urraca revistiéndose de varonil altivez; buen Cid, decid á D. Sancho que su hermana y todos sus vasallos morirán cercados dentro de Zamora antes que entregarle la ciudad.

—Esa respuesta daré á mi rey y señor, dijo el Cid; dejadme besar vuestra mano de nuevo en fé de que cumpliré mi promesa de no hacer armas contra vos.

—Ya sé, D. Rodrigo, que sois un honrado caballero, contestó la infanta dando á besar su mano al Cid; se tambien lo que puede vuestro consejo para con D. Sancho. Decidle que desdora á los fuertes el oprimir á los débiles; decidle que recuerde el amor que siempre le tuve; decidle que por mucha que sea su ambicion deben bastarle los Estados que posee; decidle que caerá sobre él la maldicion de nuestro padre; y decidle, en fin, que soy su hermana.

Digitized by Google

Rodrigo Diaz salió del alcázar de Doña Urraca seguido de los caballeros castellanos que le habian acompañado. La muchedumbre que aun se hallaba apiñada en la plaza rugiendo de furor contra D. Sancho, calló al verle y le abrió paso respetuosamente. Tal era la estima en que tenian en todas partes á aquel valiente caballero.

Al atravesar Rodrigo por medio de la muchedumbre, tendió la vista por la ancha plaza, en la que se veian caballeros y villanos, jóvenes y viejos, gente en fin de todas condiciones y de todas edades, y creyó ver al conde de Carrion y á algunos otros de los nobles desterrados por D. Sancho.

Poco despues, al alejarse de la ciudad, volvieron á esta la vista los castellanos y vieron los muros coronados de gente en actitud defensiva; y oyeron el ruido de las herramientas ocupadas en el reparo de las fortificaciones.

—Ay! esclamó entonces Rodrigo, cuánta sangre cristiana van á derramar la ambicion de D. Sancho y la maldad de los que atizan estas discordias!

Digitized by Google

CAPITULO XXXXV.

El cerco de Zamora.

NISTE y apenado tornaba Rodrigo Diaz á dar la respuesta de Doña Urraca á D. Sancho, porque conocia que podrian mas en este la ambicion y el enojo que la voz de la sangre y de la razon. El rey le esperaba impaciente porque no queria dilatar la agregacion de Zamora á sus dominios, ya fuese convencionalmente ó ya por medio de las armas. Asi que Rodrigo apareció á su presencia se apresuró á preguntarle la contestacion de su hermana.

—Señor, le respondió el Cid, la infanta teme que una vez

Digitized by Google

despojada de su señorío no la deis los lugares que la ofreceis á trueque de Zamora...

—Vive Dios, le interrumpió D. Sancho encolerizado, que he sido muy necio en hacer proposiciones pacíficas á quien tan poca fé da á mis promesas! En suma, consiente mi hermana en cederme el infantado?

—Antes bien está resuelta á defenderle á toda costa, pues tal es el amor que la tienen sus vasallos que yo mismo los he oido jurar que defenderan el señorío de Doña Urraca hasta morir con las armas en la mano...

—Pues morirán y Zamora será mia!

—Señor, dad oidos á la razon; considerad que vais á lidiar contra una débil muger y mas que todo, contra vuestra hermana....

—No es tal la que rechaza la paz que le ofrezco, la que asi me ofende dudando de mis promesas, la que desconoce la justicia que me asiste al querer recobrar los Estados que se me usurparon fundándose en la disposicion de un moribundo cuya razon estaba ya trastornada por el hálito de la muerte...

—Zamora es tan fuerte por sus muros y por su defensores que antes que la tomeis, la sangre cristiana ha de acrecer la corriente del Duero... Dejad, señor, ese mezquino pedazo de tierra á vuestra hermana, y aumentad vuestro reino con otras conquistas mas ricas y mas gloriosas: sois valeroso y teneis buenos soldados.. id á tierra de moros y pelead, que asi ensancharéis vuestros dominios y alcanzareis honra cuyo valor nadie pueda poner nunca en duda...

—Rodrigo! esclamó D. Sancho irritado, abogais por mi hermana de tal modo que se os creyera de su bando.

—Perdonadme, señor, si algo me aparto del respeto que el vasallo debe á su rey; pero debo deciros que todos los buenos caballeros están obligados á salir á la defensa de los débiles, y yo cumplo con lo que debo á mi hidalguía abogando por vuestra hermana...

—Quiero evitaros el disgusto de presenciar la humillacion de Doña Urraca, haciéndoos alejar de Castilla. Salid desterrado de

Digitized by Google

mi reino en el término de nueve dias, que si hasta hoy habeis sido buen vasallo, ya no lo sois pues contrariais la voluntad de vuestro rey en vez de ayudarle á aumentar sus Estados.

—Obedecer vuestras ordenes me toca, contestó el Cid con humildad.

Y aquel mismo dia se apartó de la córte para cumplir su destierro, seguido de muchos caballeros que voluntariamente iban á participar de su desgracia. El llanto del pueblo castellano le acompañaba por todas partes y todos mostraban en el semblante y en las palabras la indignacion que les causaba la conducta de D. Sancho.

No tardó este en arrepentirse de su ingratitud; pronto su conciencia y las palabras de los nobles que asistian á su córte le hicieron ver cuán injusto habia sido con el Cid y cuántos males podia traer sobre Castilla el destierro de tan buen caballero.

—Id, dijo á Diego Ordoñez de Lara, id al alcance del de Vivar, y rogadle en mi nombre que torne á mi lado; decidle que le alzo el destierro y que mi mayor dicha será verle tornar á mi lado libre de todo resentimiento.

Diego Ordoñez de Lara se apresuró á obedecer al rey, y á dos horas de jornada alcanzó al Cid, á quien dijo el encargo que D. Sancho le habia dado.

Rodrigo volvió con el mensagero, y el rey, en vez de darle la mano que él le quiso besar, le dió los brazos con muestras de cariño y le rogó que olvidase para siempre su injusto rigor.

Nada bastó á hacer desistir á D. Sancho de su determinacion á apoderarse de Zamora, aunque muchos caballeros, entre los cuales se distinguió el de Lara, unieron sus súplicas y sus ruegos á los del Cid para que dejase á la infanta en quieta posesion de su señorío. D. Sancho reunió un buen ejército y los pertrechos necesarios al asedio de una plaza fuerte, y se encaminó á Zamora acompañándole el Cid, si bien este iba resuelto á no quebrantar sus promesas de no desnudar su acero contra Doña Urraca.

Llegado sobre Zamora, intimó nuevamente á la infanta la entrega del señorío; pero los zamoranos que coronaban los muros de la

Digitized by Google

ciudad contestaron con sus gritos y sus amenazas que estaban resueltos á morir antes que rendirse y lo mismo contestó Doña Urraca. Entonces D. Sancho se apresuró á establecer el cerco que desde el primer dia fue muy apretado. La gente de D. Sancho no habia ido muy gustosa á atacar á los zamoranos, pero los gritos y los insultos de estos que siempre son comunes entre sitiados y sitiadores, hicieron olvidar á los castellanos la mala causa que defendian y pronto vieron en los zamoranos enemigos y nada mas.

El cerco de Zamora quedó definitivamente establecido.

Los castellanos intentaron asaltar los muros ; pero fueron rechazados con heróico valor, y los defensores de la ciudad cobraron nuevo aliento con este primer triunfo. Los asaltos se repitieron con frecuencia y siempre con infeliz resultado para los sitiadores, lo cual aumentaba mas y mas la saña de estos últimos, y particularmente la de D. Sancho que no esperaba tan tenaz resistencia de la débil muger que se oponia á sus ambiciosos planes.

D. Sancho tenia su tienda en una colina que distaba algunos centenares de pasos de la ciudad, frente á uno de los portillos que daban entrada á esta. Desde allí se descubria á Zamora, cuyos muros y cuyas torres estaban siempre coronados de gente que desafiaban á la de fuera con sus gritos y con el Llandir de sus armas. Tres veces embistieron los muros durante una noche los castellanos, á cuyo frente se veia al mismo D Sancho en los ataques mas arriesgados; pero todos inútilmente, porque aquellos muros eran poco menos que inespugnables, tanto por su solidez y altura como por el valor de los zamoranos. Al salir el sol el dia siguiente á aquella sangrienta noche, estaba D. Sancho delante de su tienda contemplando la altiva ciudad y meditando nuevos medios para tomarla. Sus caballeros, abrumados de sueño y de fatiga dormian diseminados en el real; pero él, D. Sancho el Fuerte, no habia querido entregarse al descanso, porque la enerjia de su alma era superior á las debilidades físicas. Sus ojos estaban constantemente fijos en aquella orgullosa ciudad, la que hubiera querido reducir á escombros con su mirada. Ninguna empresa se presentaba nunca á sus ojos imposible de llevar á cabo,

Digitized by Google

pero la de tomar á Zamora le parecia ya, sino imposible, al menos dificilísima, porque la flor de sus guerreros habia perecido al pie de aquellos muros, y al paso que habia disminuido el ánimo de los suyos, habia acrecido el de los zamoranos. El altivo monarca, consideraba la vergüenza de que se iba á cubrir el dia en que tuviese que levantar el campo y el mundo entero supiese que no habia podido subyugar á una débil muger, y en aquel instante hubiera aceptado la muerte con tal de espirar viendo rendida á Zamora.

Cuando mas embebido se hallaba en estas consideraciones, hé aqui que oye una gran vocería hácia la ciudad y vé salir por el portillo que estaba en frente del real una porcion de caballeros en pos de un hombre que los precedia á cuarenta pasos de distancia. D. Sancho creyó que los zamoranos hacian aquella salida con ánimo de atacar el real y lo mismo creyeron los centinelas de este. Empezóse á difundir la alarma entre los castellanos; pero cesó de repente viendo que solo se dirijia á ellos aquel que precedia á los zamoranos, pues estos tornaban á la ciudad por el postigo que les diera salida.

—Rey D. Sancho, gritaron desde los muros en el momento de acercarse aquel hombre al campo de los sitiadores, rey D. Sancho, guardaos de Bellido Dolfos que vá á vuestro campo ganoso de haceros traicion. Si traicion os hiciese, no nos la imputeis, que Arias Gonzalo y todos los buenos de Zamora os avisan.

Bellido oyó aquellas voces, y llegando jadeante, se postró á los pies del rey esclamando:

—Señor, no creais á los zamoranos. Arias Gonzalo y los suyos me calumnian porque temen que tomeis la ciudad si dais oidos á mis palabras, pues saben que puedo mostraros un sitio por donde tomeis á Zamora.

D. Sancho alargó la mano á Bellido y le alzó con benevolencia, diciéndole:

—Os creo, y se me tuviera por sandio y desatinado si fiara de los que me insultan y combaten mi autoridad y no del que viene á mi campo á recibir órdenes á mis pies.

—Gracias, señor! esclamó Bellido. Zamora seria vuestra antes

Digitized by Google

de dos dias si os guiárais por mi consejo, porque no lejos de aquí hay un portillo por donde pudiérais entrar en ella; pero temo que despues de oir la acusacion de traidor que me ha dirigido Arias, desconfieis de mí y sean vanos mis deseos de serviros...

—No, no serán vanos, Bellido; no desconfio de vos, y si quereis que os lo pruebe, decidme por donde debo asaltar el muro y vereis como hoy mismo combato allí al frente de mis soldados.

—Pues bien, señor, venid conmigo y á la vuelta de aquel adarve que veis á nuestra diestra, os mostraré el portillo del Cambron por el que entrareis en Zamora con tal que no olvideis las instrucciones que á la vista del mismo portillo quiero daros....

—No perdamos tiempo, honrado Bellido, vamos ahora mismo á reconocer el portillo que decís y hoy mismo penetraremos por él y abatiremos el insolente orgullo de los zamoranos.

D. Sancho cabalgó lleno de alegria y se dispuso á partir con Bellido. Los caballeros que le rodeaban, entre los que se contaban el Cid y Diego Ordoñez de Lara, hicieron ademan de aparejarse á ir con el rey y como lo notase Bellido, se apresuró á decir á Don Sancho:

—Señor, pluguiérame mucho que fuéramos vos y yo solos para no llamar la atencion de los de la ciudad, que fortificarán inmediatamente el portillo abandonado si conocen que por él los vais á atacar; mas, como teneis motivo para desconfiar de mí, justo es que vuestros caballeros os den guarda...

—Bellido, dijo D. Sancho algo despechado al ver que el transfuga no estaba enteramente convencido de que fiaba en su lealtad, os repito que fio en vos y os lo aseguro bajo mi palabra de rey y de caballero.

Y volviéndose á los que se preparaban á acompañarle, añadió:

—Permaneced en el real, que no he menester vuestra guarda.

—Señor, dijo el Cid, nosotros iremos con Bellido, quedad en vuestra tienda ó permitid que os acompañemos.

Pero D. Sancho no escuchó las palabras de Rodrigo porque

Digitized by Google

Lâm. VIII.

partió con Bellido, costeando los muros de la ciudad, procurando ambos ocultarse entre los árboles para no ser vistos de los enemigos.

Pronto se hallaron á considerable distancia del real aunque no á tanta que los caballeros que habian quedado en este los hubiesen perdido completamente de vista.

D. Sancho montaba un brioso caballo cuya impetuosidad le costaba trabajo sujetar, y como Bellido le dijese que ya se acercaban al portillo del Cambron, se adelantó algunos pasos sin poder dominar su impaciencia por ver aquella via que creia le iba á conducir al término que tanto ansiaba. Bellido aprovechó aquella ocasion para llevar á cabo el infernal intento que le habia conducido al campo de los castellanos: apuntó á su sabor un venablo y lanzándole con fuerza, traspasó con él el pecho del desventurado rey. D. Sancho lanzó un doloroso grito y asió el dardo sin duda no tan deseoso de librarse de él como de devolverle al asesino; pero sus esfuerzos fueron inútiles porque al punto le abandonaron las fuerzas y con mucha dificultad pudo sostenerse en el caballo.

—Corred mis caballeros, gritaba el rey luchando con la muerte que por instantes apagaba su aliento, corred al traidor que me ha herido!

El Cid se apresuró á montar en Babieca para perseguir al asesino que huia á refugiarse á Zamora, en tanto que D. Diego Ordoñez de Lara y otros caballeros se encaminaban precipitadamente hácia donde yacia D. Sancho. El Cid, con la precipitacion con que habia cabalgado se habia olvidado de calzarse las espuelas, por lo cual su caballo no corria lo que el indignado caballero deseaba. Bellido se acercaba ya á un postigo y por mas que el Cid golpeaba con el talon y el cuento de su lanza los hijares de Babieca, no daba alcance al traidor rejicida. Este llegó al fin al portillo y penetró por él sin que nadie se le opusiera. Rodrigo, ciego de ira, quiso entrar tras él á la ciudad, pero el portillo se cerró de repente y el Cid esclamó desesperado.

—Maldiga Dios al caballero que cabalga sin espuelas!

D. Sancho acababa de espirar en aquel instante y los lamentos y los gritos de furor que en torno suyo daban los caballeros cas-

Digitized by Google

tellanos henchian el aire y llevaban la consternacion y el espanto por todo el campo de los sitiadores.

Diego Ordoñez de Lara se apartó del cadáver de su rey llorando de dolor y de coraje y se dirijió á una eminencia que dominaba la ciudad y caia cerca de esta.

—Zamoranos! gritó desde alli con voz de trueno. Todos sois fementidos y traidores porque habeis acogido en la ciudad á Bellido que ha dado muerte á D. Sancho, mi buen rey y señor. Traidores son los que favorecen á traidores, y por tales os reto yo Diego Ordoñez de Lara. Por traidores y fementidos y aleves os reto á todos, á los grandes y á los chicos, á los varones y á las hembras, á los vivos y á los muertos, á los nacidos y á los por nacer, á los peces y á las aves, á los ganados y á las aguas, á las yervas y á los árboles y á cuanto es y será en Zamora, que todo será esterminado por mi saña.

Arias Gonzalo que oyó el reto del de Lara, contestó desde el muro:

—Si los zamoranos fueran capaces de cometer la traicion de que os quejais vos, el de Lara, Arias Gonzalo y sus hijos sirvieran á moros antes que servir á Doña Urraca. Recordad que avisamos á D. Sancho que Bellido iba al real con intento de cometer traicion, y aquel aviso nos disculpa. Mas si manteneis vuestro reto, yo le acepto, que si soy viejo para lidiar con vos, hijos tengo tan honrados como animosos que serán con vos en campo.

—Eso es lo que deseo, dijo el de Lara; en el campo he de probar que son aleves y fementidos los zamoranos.

Arias Gonzalo se dirijió á los que coronaban los muros y á los que henchian la plaza frontera al palacio de la infanta y les dijo:

—Varones, grandes y chicos, nobles y pecheros! si entre vosotros hay alguno que tenga parte en la traicion de Bellido, dígalo al punto, que yo mas quisiera irme á Africa desterrado que ser vencido en el campo por fementido y alevoso.

—No, no! gritaron todos; no haya salvacion para nuestra alma si en esa traicion tenemos parte.

—Oid, el de Lara, gritó Arias: Zamora acepta el reto que la habeis dirigido, y Arias Gonzalo ó los suyos lidiarán con vos.

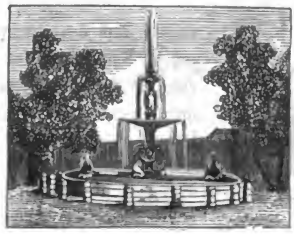
Aquel mismo dia abandonaron el campo muchos castellanos y partieron á Castilla con el cadáver de D. Sancho, el que condujeron á Oña donde fue enterrado.

Aquel mismo dia acordaban zamoranos y castellanos el dia, el sitio y las condiciones del duelo provocado por el de Lara.

Aquel mismo dia se hacian activas pesquisas en Zamora con objeto de prender á Bellido Dolfos para entregarle al furor del pueblo indignado de su alevosía, aunque esta se habia cometido en un enemigo implacable.

Aquel mismo dia se descolgó Bellido Dolfos por el muro que daba sobre el Duero procurando no ser visto, y asi que salió al campo, se dió prisa á alejarse de la ciudad.

Y por último, aquel mismo dia celebraban la muerte de Don Sancho el conde de Carrion y sus amigos en un banquete en la posada de D. Suero.



CAPITULO XXXXVI.

Donde se prueba que se puede lidiar sin vencer ni ser vencido.

Algunos dias despues de la muerte del rey D. Sancho se notaba suma agitacion en Zamora y sus cercanías: era que en estas, en un llano ribera del Duero, iba á verificarse el duelo pendiente entre castellanos y zamoranos, ó fuese entre Diego Ordoñez de Lara y Arias Gonzalo y sus hijos.

Estaba Doña Urraca en su palacio deshaciéndose en lágrimas tanto por la muerte de su hermano como por la acusacion que el de Lara habia lanzado á los de Zamora y por el riesgo que iban á correr en la lid los hijos de Arias á quienes tenia en mucho, pues, aun que mozos, eran leales y animosos caba-

lleros, cuando el buen Arias Gonzalo apareció seguido de sus hijos Pero, Diego, Fernando y otro cuyo nombre callan las crónicas.

Viejo y mozos, abriendo sus largos capuces, aparecieron vestidos de aceradas mallas y se arrodillaron á los pies de la infanta, cuya mano besaron con grandes señales de sumision y respeto.

—Noble infanta, dijo el anciano Arias, ya sabeis que D. Diego Ordeñez de Lara, uno de los mejores caballeros castellanos, retó á Zamora y yo acepté el reto en nombre de vuestro pueblo. El palenque está abierto, los jueces del campo están nombrados y la hora del combate llega. Yo fuera el primero que entrara en lid sino temiera que la vejez me haga flaquear y el de Lara se envanezca con el primer triunfo; pero mis hijos que veis aqui son mozos y diestros y esforzados lidiadores y defenderán vuestra honra y la de vuestro pueblo mientras haya sangre en sus venas. Si todos mis hijos caen en la lid, entonces, señora, emplearé en defensa de vuestra honra ultrajada las débiles fuerzas que conserva mi brazo.

Doña Urraca prorumpió nuevamente en llanto al oir al viejo Arias.

—No lloreis, señora, la dijo este, que los buenos caballeros para vencer ó morir en la liza han nacido. Al campo vamos mis hijos y yo si nos otorgais vuestro consentimiento, y no nos deis por ello gracias, que vida y hacienda deben á su señor los buenos vasallos.

—Id en buen hora, noble anciano y vosotros leales y esforzados mancebos, que Dios protejerá á los que defienden su honra y tendrá compasion de mí que si os perdiera os llorára eternamente.

Arias Gonzalo y sus hijos abandonaron el palacio de Doña Urraca y se encaminaron al palenque acompañados de los votos que todos los zamoranos elevaban á Dios para que prestase su santa ayuda á tan buenos caballeros.

Un gentío inmenso se apiñaba en torno del palenque; pero no se retrataban en el semblante de la multitud la animacion y la alegria que vimos en los espectadores de otro combate, del com-

bate de Rodrigo Diaz con Martin Gonzalez el aragonés. Zamoranos y castellanos estaban cubiertos de duelo por la muerte de D. Sancho, porque si el difunto rey era ambicioso é injusto cuando se dejaba llevar de su carácter altivo é irascible, tambien era valiente y apasionado á las empresas difíciles, cuya cualidad constituia el primer mérito del hombre en aquella época guerrera por escelencia.

En torno de la estacada se habian alzado andamios ó tablados para las damas y los jueces del campo, y estos ocupaban ya sus puestos en el momento en que Arias Gonzalo y sus hijos tomaban la venia de Doña Urraca; pero los tablados destinados á las damas estaban desiertos. Aquel combate no despertaba la curiosidad femenil, pues hasta tal punto preocupaba á las damas de Zamora la desastrosa muerte del valeroso rey de Castilla y la infame acusacion que pesaba sobre el pueblo zamorano. Casi á un mismo tiempo llegaron al palenque Arias y sus hijos y D. Diego Ordoñez de Lara á quien acompañaba en calidad de padrino Martin Antolinez á falta del Cid que se habia alejado de Zamora conduciendo el cuerpo de D. Sancho á Oña, deseoso de acompañar á su rey hasta la postrer morada y de cumplir fielmente su promesa de no ir en manera alguna contra los zamoranos. Cuando los espectadores vieron á aquellos honrados y valerosos caballeros, prorumpieron unos en lamentos y todos en imprecaciones contra el traidor rejicida por cuya maldad iban á morir tan apuestos lidiadores.

Terminados todos los preliminares de la lid y partido el sol por los fieles, Pero Arias apareció en un estremo de la tela y Diego Ordoñez de Lara se presentó en el opuesto. Ambos montaban briosos caballos, vestian lucientes mallas, ceñian espada, embrazaban fuerte loriga y empuñaban ponderosa lanza.

Los jueces hicieron una seña á los farautes y estos tocaron sus trompetas. Al oir el primer toque, se preparon á embestir los mantenedores, y apenas sonó el segundo, hundieron los acicates en los hijares de sus caballos y estos partieron con la velocidad del rayo. Terrible fue el encuentro de los campeones; pero las lanzas hirieron en los escudos y resbalaron dejando ilesos á los comba-

tientes. Estos se aparejaron á la segunda embestida y partiendo con mas velocidad aun que en la primera, la lanza del de Lara traspasó el yelmo de Pero Arias que se sintió gravemente herido en la cabeza. El campeon zamorano vaciló sobre la silla, pero asiéndose á las crines de su caballo, sacó fuerzas de flaqueza y tiró un furioso bote á su enemigo. La vista de Pero Arias estaba turbada por la sangre que inundaba su rostro, y hé aqui que apuntando sin tino la lanza solo hirió el caballo del de Lara y cayó al suelo exhalando su último aliento.

Un grito lastimero se oyó por todas partes y muchos de los espectadores prorumpieron en llanto. Diego Ordoñez de Lara blandió su lanza al aire y gritó con voz de trueno:

—Ah de los zamoranos! Arias Gonzalo, enviad otro hijo á la arena, que finado es el primero.

Diego, el segundo hijo de Arias, salió á la arena tan pronto como se retiró el cadáver de su hermano y el de Lara hubo renovado su caballo mal herido por la lanza de Pero. Fuerte era la loriga de Diego Arias; mas con tal ímpetu hirió en ella la lanza de Diego Ordoñez, que la atravesó y salió el fierro teñido en sangre tan abundante que salpicó el astil y el pendon. Diego Arias, herido mortalmente en el pecho, cayó como una masa inerte sobre la arena, y un nuevo grito de dolor y nuevo llanto de la multitud acompañaron á la muerte del segundo campeon zamorano.

El de Lara tornó á blandir su ensangrentada lanza y á gritar:

—Ah de los zamoranos! Mandad á la tela otro hijo, buen Arias, que Diego está fuera de lid.

Fernando Arias esperaba ya la bendicion de su padre para salir á la tela antes que el anciano le requiriera para ello.

—Hijo mio, le dijo el honrado viejo, ve á lidiar por nuestra honra, como á buen caballero cumple; imita á tus hermanos y venga su muerte al par que laves la mancha de traidores que sobre nosotros ha lanzado el de Lara.

—Padre, contestó el mancebo, no me ofendais recordándome mis deberes; fio en Dios y en mi brazo que Zamora y mis hermanos han de quedar vengados.

Digitized by Google

Y Fernando Arias salió á la arena deseoso de traspasar con su lanza á Diego Ordeñez á quien parecia querer devorar con su iracunda mirada.

Embistiéronse los mantenedores con saña pocas veces vista y la lanza de Fernando se clavó en el hombro de Diego; mas este, lejos de desmayar á pesar del intenso dolor que la herida debia causarle, se apresuró á tomar carrera y tiró un bote á la cabeza de su contrario arrancándole destrozado el casco é hiriéndole aunque no gravemente. Fernando, no bien se vió herido, dirijió su lanza al de Lara ciego de ira y de desesperacion; mas solo consiguió herirle el caballo.

Al sentir el animal en el cuello el fierro de la lanza de Fernando, dió un terrible salto que desconcertó al ginete y partiendo á escape sin que á Diego le fuera dado sujetarle, saltó la balla atropellando á la multitud que se agolpaba á ella.

Los fieles ó jueces mandaron á los farautes hacer la señal de suspension, porque segun las leyes del duelo, el caballero que saliese de la estacada se consideraba vencido.

D. Diego Ordoñez de Lara queria volver á la lid porque decia que su caballo habia traspasado la valla sin poderlo él evitar; mas los fieles no lo consintieron y se pusieron á disputar sobre aquel imprevisto suceso sin atrevarse á decidir.

En tanto que los jueces deliberaban, Arias Gonzalo decia al de Lara, no siendo dueño de reprimir su enojo y su dolor por la pérdida de sus dos hijos:

—Sois mas arrogante que animoso, el de Lara. Habeis vencido mancebos imberbes; pero tengo para mí que no venciérais hombres como yo era algun dia.

El de Lara respondió sin irritarse:

—Buen Arias, bien pudiera contaros valentías que desmintiesen vuestras palabras; mas para probar mi esfuerzo me basta decir que he lidiado con vuestros hijos y los he vencido.

El anciano conoció que el dolor le habia hecho ser descomedido y no pudo menos de agradecer la templanza del castellano que rechazaba con lisonjas sus insultos. Iba á alargar su mano al de Lara; pero se detuvo al ver que los jueces se preparaban á hacer

pública su decision. Hé aqui en qué términos publicaron esta los farautes:

—Los jueces del campo declaran que castellanos y zamoranos han obrado como buenos en esta lid, pues si el mantenedor castellano salió de la arena, no fue de grado, mas sí por culpa de su cabalgadura. Todos deben considerarse vencedores, satisfechos los castellanos y libre Zamora de la traicion que se le imputaba.

Esta decision trocó en alegres víctores el llanto y la consternacion de la muchedumbre, y Arias Gonzalo alargó su mano al de Lara y le dijo:

—Si me habeis quitado dos hijos, dadme vuestra amistad, que la tengo en tanto como la corta vida que me queda.

—Mi amistad y mis brazos os daré, honrado Arias, contestó D. Diego estrechando contra su pecho al anciano.

Algunas horas despues los castellanos alzaban enteramente el cerco de Zamora, y Doña Urraca por consejo de Arias y otros nobles zamoranos, escribia á D. Alfonso noticiándole, deshecha en lágrimas, la muerte de su hermano y aconsejándole que se pusiera al punto en camino para ceñir la corona de su padre antes que se desatase la ambicion y los bandos ensangrentasen el reino.

Ocho dias despues se presentó en Leon D. Alfonso y tornó á la posesion del reino que su hermano le habia usurpado, al paso que se declaraba espontáneamente á su devocion el reino de Galicia, donde nadie deseaba la libertad de D. Garcia que era aborrecido por su carácter díscolo, tiránico y desatinado. Disponíase á pasar á Búrgos para tomar posesion del reino de Castilla, y con estas nuevas se reunieron los ricos-homes castellanos á solicitud de Rodrigo Diaz, y este les dijo:

—Por honrado he tenido siempre á D. Alfonso y de derecho le pertenece Castilla; mas como á nadie con tanto fundamento como á él pudiera atribuirse connivencia en la muerte de D. Sancho, creo que el pueblo castellano, antes de aclamarle su rey y señor, debe exijirle juramento de que no tuvo parte alguna en la traicion de Bellido. Honrada por estremo es Castilla y por lo

mismo tiene derecho á saber si lo es aquel á quien aclame por su rey y señor. Es preciso, pues, que D. Alfonso jure que ninguna parte tuvo en la muerte de su hermano.

Todos los nobles aprobaron el parecer del Cid; pero todos temblaron ante la idea del enojo que iba á causar á D. Alfonso la exigencia de un juramento que implicaba una duda altamente ofensiva.

—Y quién se atreverá á arrostrar la indignacion de D. Alfonso exigiéndole ese juramento? preguntaron muchos.

—Yo! contestó el Cid con generosa altivez. Antes que súbdito de D. Alfonso, soy castellano y caballero y debo arrostrar la muerte por conservar inmaculada la honra de mi patria. Por honrado y bueno he tenido siempre á D. Alfonso; mas sé hasta qué punto ciegan la ambicion y la sed de venganza. Me atreviera á jurar por cuanto mas amo en el mundo que los que azuzaron á Bellido para que asesinára á D. Sancho fueron el conde de Carrion y los de su bando, á quienes ví á la sazon en Zamora; mas ¿cómo puedo tener completa seguridad de que á su vez no fueron ellos azuzados por D. Alfonso, tanto mas cuanto que Doña Urraca me recordó poco antes de establecerse el cerco de Zamora que D. Alfonso estaba libre, y que si era débil para luchar cara á cara con D. Sancho, donde no alcanzaban las espadas alcanzaban los puñales? Venga D. Alfonso á Castilla, que yo le exigiré el juramento y seré el primero que se humille á sus pies en señal de vasallaje despues que le haya prestado. La tierra que rigieron el conde Fernan Gonzalez y D. Fernando el Grande, solo debe ser regida por varones tan leales y honrados como aquellos.

Muy pronto se divulgó en Búrgos y aun en toda Castilla la determinacion del Cid, y este adquirió á los ojos de todos los castellanos un nuevo título de amor tan grande como el que le proporcionára el mas glorioso de sus triunfos campales.

El mismo dia en que conviniera con los nobles en exigir la jura á D. Alfonso, se hallaba el animoso y leal caballero rodeado de su familia, entregado á la felicidad doméstica, que para él era la mas dulce de las felicidades. Rodrigo habia nacido en unos

tiempos en que para ser el hombre buen hijo, buen esposo, buen padre, necesitaba ser buen soldado, porque esta última cualidad figuraba entre las primeras virtudes. Por eso pasaba la mayor parte de su vida entre el estruendo de los combates; porque ¿cómo se concibe sino que prefiriera el bárbaro placer de la guerra á las dulzuras de la paz doméstica el que aparece en la historia siempre con el nombre de su muger y sus hijas en los lábios, llorando al separarse de estas y colmando de dones y de amor á los protectores de su Jimena, de su Sol y de su Elvira? Un pintor castellano, admirador entusiasta del Cid, del héroe popular de Castilla, ha pintado á Rodrigo Diaz de Vivar de la manera siguiente: El Cid enlaza con el brazo izquierdo el cuello de Sol y el de Elvira, y con el derecho el de Jimena; de su cinto pende la esterminadora espada, y en segundo término se vé á Babieca enjaezado para partir á la guerra.

Este cuadro es la historia completa del Cid Campeador.

Este cuadro es tan interesante como el que ofrecian Rodrigo Diaz y su familia el dia á que nos hemos referido. Era una hermosa tarde de primavera: formaba el fondo de aquel cuadro encantador un modesto jardin contiguo á la casa de los señores de Vivar en Búrgos. Rodrigo se hallaba sentado bajo unos hojosos árboles y acariciaba á un niño de cabellera dorada que saltaba sobre sus rodillas, que tambien se llamaba Rodrigo y que era el primer fruto de amor. A su lado estaban Jimena, Teresa Nuña, Lambra y Mayor, ocupadas en labores propias de su sexo; en frente estaba el venerable Diego Lainez que los habia entretenido á todos largo rato contándoles una peregrina historia caballeresca referente á uno de sus antecesores; y por último, se veia á allí Gil, al niño moro, amparado por Rodrigo en los montes de Oca, el cual tocaba ya á la adolescencia y era el ídolo de la familia por su discrecion, por su hermosura y por los generosos instintos que mostraba.

—Bueno es, decia Diego, que pase de padres á hijos el recuerdo de hazañas como las que acabais de oir y por eso os he contado las de Lain Calvo que me dió el ser. Pluguiera á Dios que en Castilla tuviéramos quienes escribiesen los heróicos hechos de los que manejan la lanza y la espada, que en esto

Digitized by Google

somos menos afortunados que los griegos y los romanos.

—Cierto, contestó Rodrigo. La tradicion oral fácilmente desfigura los hechos, y es triste que los de un caballero leal y animoso atraviesen los siglos fiados á la sandez del vulgo.

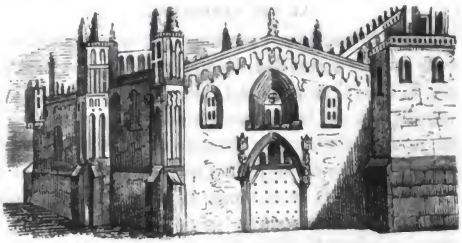
—Por quien soy prometo que no será el vulgo quien perpetúe el recuerdo de los vuestros si Dios me deja llegar á mozo! esclamó Gil, el que mas tarde escribió la Crónica del famoso caballero Rodrigo Diaz de Vivar.

—Regocíjate, Cesar, que ya tienes un Suetonio que escriba tu historia, dijo el anciano echándose á reir como todos los circunstantes.

—Buen Gil, dijo Rodrigo, deja que tornemos á Vivar, que allí te enseñaré yo, sino como se escriben historias de caballeros, al menos como se las han los caballeros para que su recuerdo no muera.

—Y cuándo tornaremos á Vivar? preguntó Jimena. Rodrigo! cuándo alvidarás las armas para consagrarte enteramente á nuestro amor?

—Paréceme, Jimena, que ese dia no está lejano, contestó Rodrigo. D. Alfonso va á ceñir la corona de Castilla; Castilla y Leon van á formar un solo reino, y la paz será el resultado de la union de ambas coronas. El dia en que se alcen pendones en Castilla por D. Alfonso VI, ese dia dejaremos la córte y tornaremos á Vivar, donde todos gocemos la dicha que las inquietudes de la córte auyentan.



CAPITULO XXXXVII.

La jura en Santa Gadea.

Hay en Búrgos una ajitacion inusitada; muchas gentes de las aldeas comarcanas afluyen por todas partes á la ciudad, y calles y plazas estan obstruidas por la multitud en la que á la vez se pintan el temor y la curiosidad. Pero donde el concurso es mas numeroso, es fuera de la ciudad, hácia el camino de Leon: muchos miles de personas de todas edades y condiciones se agolpaban allí y dirijen con avidéz la vista á lo largo del camino que se pierde á media hora de jornada en la cumbre de un cerro que limita el horizonte. A quién esperan los burgaleses? Veamos si entre la multitud ha-

Digitized by Google

llamos alguno de nuestros conocidos que pueda satisfacer completamente nuestra curiosidad. Hombres y mugeres, nobles y villanos por do quiera, en medio del camino y en los ribazos laterales, en las arboledas y en las colinas inmediatas, impacientes todos y cansados ya de esperar; pero ninguno de nuestros conocidos vemos, ni aun el villano de Barbadillo cuya curiosidad es tan proverbial en Búrgos como la de su amigo Iñigo y cuyos percances conyugales solazan á los burgaleses desde el dia en que le vieron renegar de su muger á la puerta de la casa de los señores de Vivar. Pero ¿no es su muger, la muger de Bartolo, aquella garrida villana que departe con un mancebo allá arriba, en la cumbre de aquel cerrillo? Si, si, ella es! Y no es Alvar el mancebo con quien tanto huelga y rie? Alvar es, no hay duda! Ira de Dios qué poco cura ya de rechazar á bofetones, como solia hacer en el herradero de Iñigo, las flores que el bellaco del paje la prodiga!

—Tiempo há, dice Alvar, que suspiro por vos y sufro denuestos de vuestro marido, y aun no habeis pagado mi fé con un mezquino abrazo! Tirana! ¿Merece tan ruin pago amador tan constante como yo soy? Por ventura os desplace aun mi amor?

—Placiéraме á no estar casada, que sois gentil mancebo y no sándio como mi marido; mas, en tanto que Bartolo viva, será vano vuestro porfiar, y seralo tambien el de ese escudero Fernan que me requiere de amores como vos.

—Pésia mi mala fortuna! esclama Alvar dando una patada en el suelo. Por ese Fernan, que no por vuestro marido, pagais tan mal mi amor.

—Como el vuestro pago el de Fernan.

—Cómo asi, si holgais con sus donaires?

—Porque sus donaires me placen como los vuestros.

—Os placen los mios? Premiadlos si asi es.

—Igual premio merecen los de Fernan.

—Oh qué ruin fortuna tengo con las hembras! dijo Alvar desesperando ya de ver correspondido su amor por la villana.

Mientras asi departian esta y el paje en el cerro inmediato al camino, pugnaba Bartolo en el llano por atravesar la muchedumbre mirando á todas partes con avidez como si buscase á alguien.

—Eh! señor Bartolo! venid acá, que os voy á dar grandes nuevas, le gritó un hombre que resistia el empuge de las olas que formaba la muchedumbre, fuertemente asido al tronco de un árbol. Aquel hombre era el soldado que tan cortésmente le esplicára en otra ocasion lo que habia pasado entre los criados del Cid; pero Bartolo ó no lo oyó ó no quiso hacer caso de sus palabras.

—Señor villano, insistió el soldado, venid y os daré curiosas nuevas.

—No busco nuevas, contestó al fin Bartolo, que busco á mi muger. Háseme escapado de casa la muy tal y juro á ños que como la tope ha de llevar mas leña que pollina de molinero....

—Pues de vuestra muger son las nuevas que digo.

—De mi muger? Dónde está la bellaca?

—Vedla allá arriba en aquel cerro solazándose con uno de sus amadores...

—San Pedro de Cardeña, válme! esclamó el villano dirijiendo la vista al cerro que el soldado le indicaba.

—Ja, ja, ja! Si me afirmo en lo que mil veces he dicho, es á saber, que todas las hembras son unas tales, dijo el soldado riendo maliciosamente.

—Juro á ños, murmuraba el palurdo rompiendo desatentado por medio de la multitud con direccion al cerro, que en hora menguada vine á la ciudad... Pollina era mi muger en Barbadillo, mas á honrada ninguna le echaba la pata... Reniego de la ciudad y cuantas nuevas se saben en ella, que desde que vine á Búrgos no he tenido dia sin percance... Traidoras hembras, traidora muger la mia! Juro á ños que hoy mismo ha de tomar el camino de Barbadillo con mas palos que cabellos tiene y ni ella ni yo hemos de salir jamás de la aldea.

Al fin llegó á la cumbre del cerrillo y dando un pequeño rodeo para tomar la espalda á su muger y al page que continuaban hablando al parecer bastante conformes, cayó sobre estos de improviso, y enarbolando una vara de que acababa de proveerse, empezó á descargarla furiosamente sobre ellos y particularmente sobre su muger, pues Alvar solo recibió un buen zurriagazo porque

Digitized by Google

echó á correr atropellando á la multitud apenas sintió la vara del villano en sus costillas.

—Juro á ños que te he de matar, traidora! esclamaba Bartolo sin dejar de zurrar á su muger.

—Ay de mí! ay de mí! que me mata este bruto de mi marido! gritaba la villana. No hay quien me defienda de esta fiera salvaje!

—Bárbaro! esclamó la muchedumbre, no maltrateis asi á una débil muger.

—He de matarla, que es una tal! contestaba Bartolo. Y cojiendo á su muger de un brazo, se alejó llevándola casi á arrastras y esclamando:

—A Barbadillo! á Barbadillo! Mala ira de Dios confunda las ciudades!

Este incidente habia entretenido un rato á la impaciente multitud; pero asi que terminó, todos volvieron á impacientarse y á dirijir la vista hácia el cerro donde se perdia el camino de Leon.

—Si D. Alfonso ha sabido que sin la jura no se alzan pendones por él, decia uno de los circunstantes, se habrá detenido á levantar gente que le acompañe y nos ponga la ley á los castellanos.

—Lo que debe hacer D. Alfonso, contestó otro, es jurar, si lo puede hacer en conciencia, y sino contentarse con el reino de Leon y el de Galicia que ya tiene, que no faltarán varones honrados que gobiernen á Castilla como en tiempo de los Jueces.

—Cierto, que si D. Alfonso quiere hacer la forzosa á Castilla, tiene mal pleito; y guay no se quede sin lo de acá y lo de allá!....

—Ira de Dios! si Mio Cid levanta su enseña verde y grita: «Castellanos! honrados somos y honrados nos deben gobernar, que no rey sobre quien pese sospecha de fratricida. Alzaos conmigo á defender la honra de la patria!» vereis entonces como Castilla entera se levanta y rompe por el reino de Leon y Don Alfonso tiene que tornar á pedir hospitalidad á los moros.

—Yo creo que no rechazará la jura, porque es imposible que

Digitized by Google

tuviera parte en la muerte de D. Sancho. D. Alfonso siempre fue buen caballero: puede haber sido imprudente, puede haber dado oidos á malos consejeros, puede haber sido débil, pero fratricida... eso no se puede creer.

—Lo que yo creo y creen todos es que resistirá la jura, no por conciencia sino por orgullo, porque ya veis, siempre repugna á los grandes el que los pequeños les impongan leyes...

—Y sobre todo, cuando esas leyes implican una sospecha tan infamante como lo es la de un fratricidio... Pero callad! ¿Qué vocería es esa que se levanta?... ¿Vendrá ya D. Alfonso? Cierto, cierto, mirad la gente que asoma allá por el cerro.

En efecto, acababa de descubrirse una porcion de gente en el cerro que limitaba el horizonte, y al verla, la multitud se agitaba y alzaba un prolongado murmullo, procurando acercarse al camino los que estaban esparcidos por aquellos otcros. Los forasteros, que en efecto eran D. Alfonso y algunos centenares de hombres que le acompañaban, iban acercándose, acercándose á Búrgos por instantes. Al fin llegaron á donde la multitud esperaba, y esta se fue replegando á Búrgos siguiéndolos en silencio por ambos lados del camino. Cien pasos estarian de la ciudad, cuando á las puertas de esta aparecieron los nobles castellanos conduciendo el pendon de Castilla velado con una gasa negra. Los nobles hicieron seña á D. Alfonso para que se detuviera, lo cual hicieron este y los suyos, y entonces se adelantó Rodrigo Diaz y dirigió su voz á D. Alfonso despues de saludarle, no como á rey, sino como á caballero.

—D. Alfonso! le dijo, heredero sois del reino del Castilla y nadie trata de disputaros vuestro derecho. Castilla es un pueblo honrado que siempre veneró y ayudó á sus señores; mas, ¿cómo podria venerarlos y ayudarlos sino tuviera fé sin límites en su honradez? Por bueno se os ha tenido siempre en Castilla; mas hoy pesa sobre vos una sospecha infame y habeis menester destruirla antes que por vos alce pendones esta tierra siempre leal. Ya sabeis que una mano asesina arrancó la vida á vuestro hermano D. Sancho en el cerco de Zamora; aunque vuestros antecedentes os justifican, las circunstancias arrojan sobre vos una terrible sos-

Digitized by Google

pecha que jamás debe pesar sobre el que ciñe una corona y llamado á gobernar un pueblo honrado y generoso. Pues bie para que Castilla os ame y os respete, para que el mundo e tero sepa que el que ocupe el trono do D. Fernando el Magn es digno de ocuparle, habeis de jurar en santa Gadea, puesta l mano sobre el santo Evangelio, que no tuvísteis parte en la muert de D. Sancho.

La indignacion habia ido encendiendo el rostro de D. Alfonso mientras el Cid hablaba asi, y todos los circunstantes menos Rodrigo temblaban viéndola próxima á estallar.

—Justicia de Dios! esclamó D. Alfonso. ¿Quién es el que se atreve á hablarme asi? ¿Quién es el que osa pedirme ese vergonzoso juramento?

—Rodrigo Diaz de Vivar! contestó el Cid, no con insolente altivez, mas sí con respeto y firmeza.

—Renunciára, poco es el reino de Castilla, sino el imperio del orbe, primero que sufrir la humillacion que me proponeis. Cid! ¿un buen caballero desconfia de mi lealtad hasta el punto de suponerme cómplice de la muerte de mi hermano? Os devuelvo á la faz á vos y á cuantos como vos piensen la infamia con que habeis querido mancillarme!

—Señor, replicó el Cid, ved que rehusando la jura dais nuevo motivo á que se os acuse....

—Pues bien, esclamó D. Alfonso interrumpiendo á Rodrigo, paso, paso al templo! Pero ay de los que me insultan! ay del que se atreve á humillarme cual nunca vasallos han humillado á rey!

—Despues de la jura, contestó humildemente el de Vivar, sereis mi señor y podreis disponer de mi vida y de mi hacienda, que una y otra arriesgo gustoso por cumplir lo que mi conciencia y mi honra demandan.

Castellanos y leoneses se encaminaron á la iglesia de santa Gadea, á cuyas puertas se agolpaba la multitud sin poder apenas reprimir el entusiasmo de que estaba poseida en vista de la abnegacion y la heróica firmeza del Cid.

Este y D. Alfonso se acercaron al altar á cuyo pie se arrodilló

Digitized by Google

Digitized by Google

EL CID CAMPEADOR.

Lám. 10.ª

el príncipe poniendo la mano sobre el libro de los Evangelios, que Rodrigo sostenia en las suyas, en tanto que D. Diego Ordoñez de Lara tenia el pendon de Castilla á corta distancia y todos los nobles contemplaban entre admirados y temerosos aquella imponente escena. El pueblo que se agolpaba á las verjas del templo procurando ver lo que en este pasaba, permanecia en silencio deseoso de oir el juramento del príncipe por quien un momento despues iban á alzarse pendones.

—D. Alfonso, dijo el Cid con voz robusta, jurais por los santos Evangelios que no tuvísteis parte en la muerte de D. Sancho II vuestro hermano?

—Si juro! contestó D. Alfonso.

—Si con verdad jurais, continuó el Cid, solo venturas y prosperidades tengais en la tierra y seais salvo de los tormentos del infierno; mas si vuestro juramento es falso, os maten villanos de las Asturias de Oviedo, que no de Castilla; muerto seais con ahijadas, que no con lanzas; abarcas calcen los que os maten y cabalgen en sendas burras, que no en mulas ni en caballos; os maten en las aradas, no en villas ni en aldeas; os saquen el corazon por el costado siniestro y vayais al infierno donde peneis hasta la consumacion de los siglos.

—Asi sea, contestó D. Alfonso aunque sin ocultar el enojo que le causaba la audacia del Cid.

Entonces este colocó los Evangelios sobre el altar, y como se alzara D. Alfonso, hincó á sus pies la rodilla y le besó la mano imitándole todos los nobles que estaban presentes.

D. Diego Ordoñez de Lara rasgó el negro cendal que velaba el pendon, y salió con este al atrio del templo donde gritó por tres veces:

—Castilla por D. Alfonso!!

El pueblo repitió este grito con alegria y entusiasmo, y en diferentes puntos de la ciudad se alzaron estandartes y resonaron pregones anunciando que el trono de Castilla tenia ya quien le ocupase.

¡Cuán diferente era el espectáculo que aquel dia ofreció Búrgos del que habia ofrecido el dia anterior! El dia anterior

oogle

incertidumbre del porvenir, desolacion, tristeza, luto; entonces risueñas esperanzas de un reinado próspero, pacífico, justo, equitativo, fuerte!.. porque Castilla iba á ser un reino dilatado y poderoso como el de D. Fernando el Grande, no limitado y cercado de estados rivales como el de D. Sancho II.

Con motivo de aquel fausto acontecimiento, el pueblo castellano se disponia á entregarse á alegres fiestas, el enemigo á tender la mano á su enemigo, el rico á dulcificar las amarguras del pobre, y el monarca á otorgar liberales mercedes á nobles y á villanos.

El iris se mostraba tras la tormenta riquísimo de colores que llenaban de alegria el alma de todos los honrados castellanos.

Digitized by Google

CAPITULO XXXXVIII.

Donde se da fin á este libro probando que á buenos y á malos da Dios en este mundo una muestrecita del paño que han de vestir en el otro.

an transcurrido pocos dias desde aquel en que el pueblo castellano alzó pendones por D. Alfonso VI.

Es la mañana de San Juan. El cielo está azul y las estrellas que há poco le tachonaban se van ocultando, porque los resplandores que preceden al sol comienzan á iluminar el oriente; es tan mansa la brisa que apenas mueve las hojas de los árboles donde cantan los pájaros, ni las doradas mieses donde lloran las dolientes tórtolas. Esa apacible brisa tiene no obstante la fuerza necesaria para estraer el aroma del tomillo, de las manzanillas, de las siemprevivas y de otras mil plantas y flores, y con-

Digitized by Google

ducirle en sus alas embalsamando con él el espacio. La blanca nieblecilla que velaba el Carrion como una cinta de albo y diáfano tul estendida por la vega, se ha ido disipando por completo y la luz de la mañana se refleja en la tranquila corriente del rio como la luz de una bujía en una sarta de diamantes. Qué espectáculo tan bello ofrece la vega de Carrion! Aquí la próvida mies cuyo color muestra realizadas las doradas esperanzas del labriego; allí árboles cuyas ramas inclina al suelo la sazonada fruta como si esta brindase con su dulzura y su aroma al transeunte; mas allá una pradera cubierta de flores cuyo variado color hace mas variado aun la apacible brisa á cuyo soplo ondula aquella perfumada alfombra; y por último, cien blancos caseríos diseminados en la llanura como las bandadas de palomas que se esparcen por los sembrados. Alegres cantares se oyen por todas partes y mil gritos de alegría llenan el espacio. Quiénes son los que cantan y gritan y se encaminan á la vega? Son las doncellas y los mancebos de Carrion que van á cojer la verbena á la orillita del rio? Como es que tan de mañana se alzan blancas columnas de humo de las casas esparcidas en la vega? Qué hermosa es la mañana de San Juan poco despues de alborear!

El sol asoma destellando torrentes de luz allá sobre las apartadas lomas de levante é inunda de resplandores la vega de Carrion inundada de antemano de flores y de perfumes, y á los gritos y á los cantares de la multitud se une el repique de las campanas de la villa donde alguna fiesta estraordinaria se prepara. Pero esas campanas que alborozan á los habitantes de la villa y la llanura, no son las de la vírgen de Belén ni las de santa María del Camino: son las de un nuevo templo que se alza al oeste de la villa, de un templo que no existia la noche en que fue devorado por las llamas el castillo de los condes, cuyos negros paredones se alzan medio derruidos allá arriba en la altura que domina la villa.

Un gentío inmenso afluye á la vega por todas partes. Hombres y mugeres, peones y caballeros, villanos y nobles.... Oigamos lo que dicen algunos de los que concurren á esa fiesta cuyo motivo nos es desconocido.

Digitized by Google

—Por el alma de Belcebú que ni en el salto de montes de Oca se vió tal muchedumbre de gente como se vé en la ribera del Carrion! esclama un hombre de morena tez que va en un grupo de hembras y varones, al dar vista á la vega desde un alto, camino de Búrgos.

Por nuestra vida que aquel hombre es Fernan que cabalga en Overo aunque no ostenta ya arreos escuderiles! La muger que camina á su lado montada en una jumentilla, es Mayor, y en el mismo grupo van otros personages que no nos son desconocidos: tales son Martin Vengador, Rui-Venablos y Beatriz, que cabalgan, esta en una jumenta como la de Mayor y aquellos en sendos trotones.

Oigamos, oigamos á Fernan, que segun la atencion con que le escuchan algunos de los transeuntes, debe estar muy enterado de cuanto atañe á aquella fiesta.

—El torneo que se va á verificar en la vega de Carrion, dice, va á ser de los mas famosos que se han visto ni oido en España. Oh qué bien se va á celebrar la coronacion de D. Alfonso como rey de Castilla y Leon!

—No me direis, hermano, preguntó uno de los muchos transeuntes que se unian al grupo de nuestros conocidos, por qué D. Alfonso ha querido hacer esta famosa fiesta en la vega de Carrion y no en Leon ó en Búrgos?

—Sí os diré, hermano, contestó Fernan: como Carrion esta en medio de los dos reinos, unidos ahora en uno como en tiempo de D. Fernando, y como el sitio es tan llano y ameno, ha querido D. Alfonso celebrar la fiesta á que vamos donde castellanos y leoneses puedan asistir partiendo jornada.

—Y sabeis quienes van á justar?

—Los caballeros mas nobles de Leon y Castilla, y hasta se dice que el mismo rey D. Alfonso romperá lanzas con el Campeador, el de Lara y otros caballeros principales.

—Cierto que será cosa de ver la tal fiesta.

—Vaya si será: habrá torneos, sortijas, cañas, bohordos, y por último, un paso honroso que defenderá Guillen el de la Enseña no solo en celebridad de la coronacion de D. Alfonso, sino

Digitized by Google

tambien en la de su casamiento.....

—Con que se casa ese mancebo?

—Hoy mismo casa con la infanta de Carrion, en el monasterio que Doña Teresa ha edificado á su costa para que tengan cómodo albergue las religiosas de san Zoil que hoy se trasladan á él, y á quienes ha querido pagar asi la hospitalidad que la han dado desde la noche en que el de la Enseña la salvó del incendio del castillo. Como que el Campeador y su muger Doña Jimena, mis señores, serán sus padrinos, para lo cual están en Carrion desde ayer. Oid como repican las campanas de San Zoil; apostára que ahora mismo se están uniendo para insécula el de la Enseña y la infanta.

—Gran ventura debe ser el casarse amándose tanto como diz se aman Doña Teresa y Guillen.

—Hermano, aqui hay alguno, y aun algunos, que pueden certificar vuestro dicho. Esta honrada hembra que va á mi lado en la pollina, y yo, hemos casado por amor ha pocos dias y tambien aquel gallardo mancebo que va allá adelante y la doncella con quien va departiendo amorosamente.

—A todos os doy la enhorabuena, porque sereis felices amándoos.....

—Amándonos y teniendo ricos haberes, porque ricos son los que nos han regalado nuestros señores los de Vivar, que Dios prospere y bendiga.

—No me maravilla que el Campeador se haya mostrado dadivoso con sus servidores, que D. Alfonso ha dado á todos ejemplo. Cuentan que son muchas las mercedes que el rey ha hecho; y siendo asi me admira que no se haya mostrado tambien indulgente y liberal con los condes á quienes desterró D. Sancho, alzándoles enteramente el destierro...

—Lejos de hacer tal, hales quitado sus tierras para dárselas á los herederos inmediatos y les ha impuesto pena de la vida si ponen pies en Castilla ó Leon. Y por mi alma que D. Alfonso ha hecho bien, que eso y mas merecen los tales condes. Como que el rey sospecha, y los que no somos reyes tambien, que esos condes malvados, y sobre todo el de Carrion, fueron los que

pagaron á Bellido para que asesinára al valiente D. Sancho.

Nuestros interlocutores llegaban ya á la llanura é interrumpieron su plática porque el gentio que poblaba la vega absorvia su atencion ofreciendo mil diferentes escenas; y pasado un instante se perdieron entre la animada muchedumbre, participando del general regocijo.

Una hora despues llegó al centro de la vega el rey D. Alfonso acompañado de la nobleza castellana y leonesa; los tablados que como por ensalmos se habian alzado, estaban ocupados por mil nobles y hermosas damas y los juegos daban principio al son de acordadas músicas cuyos sonidos poblaban el espacio y difundian la alegria por aquellos contornos.

En tanto que la vega, aquel paraiso rico de luz, de armonía, de flores, de felicidad suprema, ofrecia á la vista escenas tan encantadoras; ofrecia una escena enteramente diversa un bosque poblado de maleza y de seculares castaños, situado en la falda de uno de los cerros que forman el valle, á corta distancia de un camino.

Como hasta medio centenar de hombres se hallaban alli, unos durmiendo tranquilamente tendidos sobre la yerva, otros contemplando enbelesados el magnífico espectáculo que ofrecia la vega, la que se descubria desde alli en toda su estension, y otros, en fin, colocados en las copas de los árboles vigilando las avenidas del bosque.

Aquellos hombres eran bandidos, eran Juan Centellas y su banda, á quienes en vano perseguian los Salvadores, porque burlaban su persecucion, unas veces validos de su sagacidad, otras de su fuerza y otras del oro que poseian, particularmente desde que entraron á saco é incendiaron el castillo de Carrion.

Juan Centellas y otro bandido que parecia su segundo, se pusieron á hablar en voz baja asi que el primero hubo despedido á un villano que habia llegado poco antes al bosque y habia departido algunos instantes con Juan.

—¿Tenemos buenas nuevas? preguntó á este su teniente.

—Muy buenas las ha traido el espía de Carrion, contestó Centellas. El pájaro va á caer en la red.

—Si, eh? Contadme algo, hermano, contadme.

—D. Suero se ha encerrado en un vetusto castillo que tiene allá en Senra, un valle solitario de las Asturias, desesperanzado de vencer á sus émulos de acá y temeroso de morir ahorcado si pone los pies en Leon ó Castilla. Parece que deseando tener alguien con quien entretenerse en aquella soledad, ha mandado á buscar por medio de Bellido á aquella hi de tal que hallamos en el castillo y no matamos por no manchar nuestras manos con sangre de una débil muger, y hoy mismo debe pasar por aqui con ella el tal Bellido.

—Ira del infierno qué buen dia vamos á tener si echamos la uña al traidor que vendió la banda del Vengador! Tambien nosotros hemos de celebrar la coronacion de D. Alfonso, que no ha de ser solo allá abajo.

—No se nos escapará hoy Bellido como la noche de marras. Há tiempo que juré colgarle de las almenas del castillo de Carrion donde por maldad suya perecieron tantos de nuestros hermanos, y si, como espero, le echemos hoy mano, mañana ha de aparecer de espantajo en las chamuscadas paredes del castillo. Necesitamos estar muy despiertos, hermano, porque me ha dicho el espía que los Salvadores andan por estos contornos sin duda para atender á la seguridad de los que acuden á las fiestas de la vega.

Aqui llegaban en su conversacion los gefes de la banda cuando fueron interrumpidos por un silvido que imitaba perfectamente el canto de un mirlo.

—Gente viene, que hacen la seña los vijías, dijo Juan Centellas, y añadió mirando hácia la calzada:

—Es un hombre que lleva una muger á las ancas de su cabalgadura.... El demonio me lleve á las suyas sino es el que esperamos. A la calzada! á la calzada, hermanos!

Y Juan Centellas y algunos de los suyos requirieron sus armas y se lanzaron á la calzada con la rapidez del rayo.

En efecto, el hombre á quien habian visto era Bellido Dolfos y la muger que conducia en ancas de su caballo era Sancha, la hija del ciego del laud, la barragana de D. Suero!

Bellido quiso meter espuelas á su caballo, pero los bandidos le habian cortado el paso, y entonces desnudó su espada como resuelto á defenderse obstinadamente. Vanos fueron empero todos sus esfuerzos, porque en pocos instantes fue desarmado por los de la banda y arrastrado con Sancha al castañar inmediato.

Por mas que Bellido mereciese sufrir en la tierra todos los tormentos del infierno, y aunque no fuese digna de compasion la impudente ramera que le acompañaba, la que se habia degradado hasta el punto de no volver á acordarse de su padre que la buscaba llorando é implorando la caridad pública hacia tiempo, la que habia ayudado á D. Suero y al conde de Cabra á llevar al Cid y á los que iban con él á las córtes de Leon á la celada de que por milagro se salvaron: por mas que uno y otro fuesen indignos de compasion, repugna el referir los ultrages de que fueron objeto por parte de los bandidos.

—Hermanos, dijo Juan Centellas á los de su banda, dejemos á esta hembra que vaya á llevar nuevas de por acá á su noble amante, y aseguremos bien á Bellido.

Los bandidos cojieron al traidor y le arrastraron hácia un corpulento castaño, cuyo tronco estaba hueco y en el que se podia penetrar por una abertura que tenia casi al nivel del suelo. Metiéronle en el tronco del castaño á pesar de la furiosa resistencia que hacia para evitarlo, y en seguida taparon la abertura con una gran losa que arrimaron á ella, sobre la que cargaron otras á fin de sujetarla de modo que no pudiera ser derribada desde dentro.

Hacia corto rato que habian dado libertad á Sancha, cuando resonó nuevamente el canto del mirlo, y los que vigilaban las avenidas del bosque se apresuraron á bajar de los árboles esclamando:

—Los Salvadores! los Salvadores se acercan!

Todos los bandidos se aparejaron á huir, porque, en efecto, gran número de Salvadores venian de hácia el lado de poniente, por donde se habia alejado Sancha.

—Matemos á Bellido antes de huir! gritaron muchos, y se pusieron á apartar las piedras que cerraban el tronco del castaño.

Digitized by Google

—Nadie toque esas piedras! dijo Juan Centellas, y añadió con siniestra sonrisa: Quiero que Bellido se acostumbre al fuego antes que vaya al infierno.

En seguida aplicó un tizon ardiendo á la maleza que rodeaba el castaño y gritó:

—Huyamos, hermanos, huyamos!

Los bandidos se dispersaron por el bosque procurando tomar la espalda á los Salvadores, pues hácia aquel lado era mas quebrado el terreno y mas espesos los árboles. Los Salvadores iban en pos del grupo principal compuesto de Juan Centellas y hasta una veintena de los suyos.

Hermanos, dijo Centellas á los otros bandidos deteniéndose en un alto ya casi libres de sus perseguidores, por sándios debiéramos haber caido en manos de nuestros enemigos, pues sandez y muy grande fue el dar suelta á la compañera de Bellido, que ella sin duda dió aviso á los Salvadores... Pero... justicia de Dios! no es ella aquella que va allá abajo, por la calzada?

—Si, si, ella es! esclamaron todos los bandidos!

—Ballesta mia, dijo Juan bajando hácia la calzada, ayuda mi venganza como siempre la ayudaste!

El capitan de los bandidos disparó una flecha y Sancha lanzó un doloroso grito y cayó mortalmente herida.

Al mismo tiempo inmensas columnas de humo y de llamas se alzaban del bosque, y unos gritos muy lastimeros y cada vez mas ahogados se oian hácia la parte donde comenzára el incendio.

Aquellos gritos cesaron enteramente pasados unos instantes y una hora despues no habia castaños, ni maleza, ni nada, en fin, mas que una capa de rescoldo y algunas piedras calcinadas, donde los bandidos dejáran encerrado á Bellido Dolfos.

La mañana siguiente era tan hermosa como la que la habia precedído: estaba azul el cielo, era perfumado el ambiente, cantaban los pájaros en las arboledas y por todas partes esparcian la animacion y el contento las gentes que tornaban de las fiestas de Carrion.

El Cid, Jimena, Guillen, la infanta Doña Teresa, Martin,

Beatriz, Rui-Venablos, Gonzalo, Alvar, y por último, Fernan y Mayor, iban juntos camino de Búrgos, todos alegres, todos satisfechos, todos felices, escepto los dos últimos, que habian tenido una descomunal pendencia aquella misma mañana. Recordando Fernan las garridas doncellas que el dia anterior habia visto en la vega, se lamentó amargamente de la tiranía del matrimonio que entre cristianos no consiente mas que una muger, cuando, segun sus infalibles cálculos, tocaban dos hembras lo menos á cada varon. Aquellas quejas y aquellos cálculos irritaron á Mayorica; Fernan maldijo la terquedad y la sinrazon de las hembras, y sobre todo la de su muger, y la querella termino á arañazos y puñadas, recibiendo Alvar unas cuantas de estas por querer apaciguar á los contendientes.

Hacia algunas horas que habian salido de Carrion, cuando al llegar á una crucijada, oyeron el sonido de un laud que tañia un anciano á la orilla del camino implorando la caridad de los transeuntes.

El Cid y Jimena mandaron á uno de sus servidores que diese una buena limosna á aquel mendigo, y lo mismo hicieron Guillen y Doña Teresa. El anciano se puso á cantar en aquel instante un romance que empezaba:

«Caballeros leoneses,
caballeros castellanos,
con los fuertes arrogantes
y con los débiles mansos...»

—Santiago de Compostela! esclamó el Cid sujetando de las riendas á Babieca al oir estos cuatro versos. Es el gafo del Tremedal! Es el que en nombre de Dios me dijo camino de Zamora que venceria en todas las lides y que mi honra y mi hacienda irian siempre en aumento!

El ciego seguia su romance implorando venganza contra el que le habia robado su hija.

—Ya está vengado! esclamaron por lo bajo muchos de los circunstantes, entre ellos Rui-Venablos, pues todos sabian ya el

Digitized by Google

trágico fin de Sancha y la vida desventurada que arrastraba Don Suero Gonzalez.

El Cid se acercó al mendigo y le dijo:

—Anciano! Si la espada de un caballero no ha herido la frente del conde de Carrion, la justicia de Dios le ha condenado á la miseria, á la infamia, á la soledad y á la desesperacion, que son mas crueles que la muerte. Vuestra hija renegó de vos y os condenó á eterno olvido apenas fue arrebatada de vuestro lado; pero tambien ha recibido el castigo que merecia su culpa. No lloreis su memoria, que solo merece vuestro olvido ya que no vuestra maldicion. No teneis familia que consuele vuestras penas y sostenga vuestra vejez?... En mi castillo la hallareis. Entrad en una de mis literas y venid á participar de la dicha que sonrie á los señores de Vivar!

El anciano entró en una litera llorando de gratitud y de alegria, y los viajeros continuaron su camino, todos alegres, todos satisfechos, todos felices, pues hasta Fernan y Mayor comenzaban á hacer las paces.

FIN.

ÍNDICE

de los capítulos contenidos en este libro.

CAPITULOS.		PÁGINAS.
	Prólogo.	7
I.	En el que se trata de unos amores que comenzaron casi por donde otros acaban.	9
II.	Donde se trata de unas fiestas que terminaron con un bofeton.	19
III.	Donde el lector verá lo que sucedió á Rodrigo y su escudero desde Leon á Vivar.	26
IV.	Donde la doncella, amen de su historia, cuenta sucesos que da ira el oirlos ó leerlos.	34
V.	De como fueron recibidos en Vivar Rodrigo y su escudero.	42
VI.	De como Fernan desesperó de hacer entrar en razon á las hembras, y Diego Lainez esperó que su honra seria vengada. .	51
VII.	De como Rodrigo lidió con el conde de Gormaz.	58
VIII.	De como Jimena pidió al rey justicia contra Rodrigo.	65
IX.	De como una mora se convirtió y una solitaria dejó de serlo.	73

Digitized by Google

CAPITULOS. PAGINAS.

X. De como Martin se puso en camino de vengar á su padre. 79
XI. De como los de Vivar tuvieron cartas del rey D. Fernando. 92
XII. De como Rodrigo lidió con Martin Gonzalez. 103
XIII. De la visita inesperada que tuvo Jimena en su retiro. 112
XIV. De como Rodrigo y Jimena se casaron y el diablo puso espanto á los burgaleses. . 122
XV. De como Rodrigo hubo á Babieca y lo que le sucedió cabalgando en él. 134
XVI. De como Rodrigo apellidó la tierra y dió salto á los moros en Montes de Oca. . 144
XVII. De como la hueste del de Vivar siguió su camino sin descansar como el lector. . 154
XVIII. De como el Vengador y Rui-Venablos, magüer que bandidos, pensaban como caballeros. 163
XIX. De como pintan los solteros la vida de los casados. 171
XX. De como el conde de Carrion no ganaba para sustos. 182
XXI. De como un moro quedó y cinco se fueron. 191
XXII. De como la banda del Vengador atacó el castillo de Carrion. 201
XXIII. Donde se prueba que el frio y el amor son compatibles. 213
XXIV. De como trataban de hacer fortuna dos mugeres, de como se divertian dos niños y de como urdian traicion dos hombres. 223
XXV. De lo que á Rodrigo pasó camino de Compostela. 234

CAPITULOS.		PAGINAS.
XXVI.	De como el Vengador y Rui-Venablos reformaron su opinion respecto á Bellido.	247
XXVII.	De como Teresa y Guillen creyeron que Dios habia tocado el corazon de Don Suero.	257
XXVIII.	De como el conde de Cabra cantó un romance al conde de Carrion.	269
XXIX.	De como el rey y Rodrigo despues de hacer buenas oraciones dieron buenas cuchilladas.	280
XXXI.	De como un bueno hace ciento.	289
XXXII.	Donde se justifica el refran de «hágase el milagro y hágale el diablo».	303
XXXIII.	Donde se prueba que quien siembra coje y donde se vé que donde las dan las toman.	316
XXXIV.	Donde se sigue probando que el Cid era un Cid en todas partes.	327
XXXV.	Donde se trata de caballeros largos de manos y de villanos largos de lengua.	338
XXXVI.	De los disgustos que al cuitado D. Suero daba su hermana.	347
XXXVII.	A rey muerto rey puesto.	359
XXXVIII.	De como unos caballeros fueron por lana y volvieron trasquilados.	369
XXXIX.	De como iba en Búrgos al villano de Barbadillo, con lo demas que sabrá el que leyere.	379
XXXX.	De como tomó el Cid venganza del conde de Cabra.	393
XXXXI.	De como el conde de Carrion y sus amigos enredaron la madeja y otros la desenredaron.	404
XXXXII.	Desde Búrgos á Vivar.	411
XXXXIII.	Desde Vivar á Carrion.	420

Digitized by Google

CAPITULOS. PAGINAS.

XXXXIV. De como un buen caballero se encargó de un mal mensage. 428
XXXXV. El Cerco de Zamora. 457
XXXXVI. Donde se prueba que se puede lidiar sin vencer ni ser vencido. 446
XXXXVII. La jura en Santa Gadea. 455
XXXXVIII. Donde se da fin á este libro probando que á buenos y á malos da Dios en este mundo una muestrecita del paño que han de vestir en el otro. 463

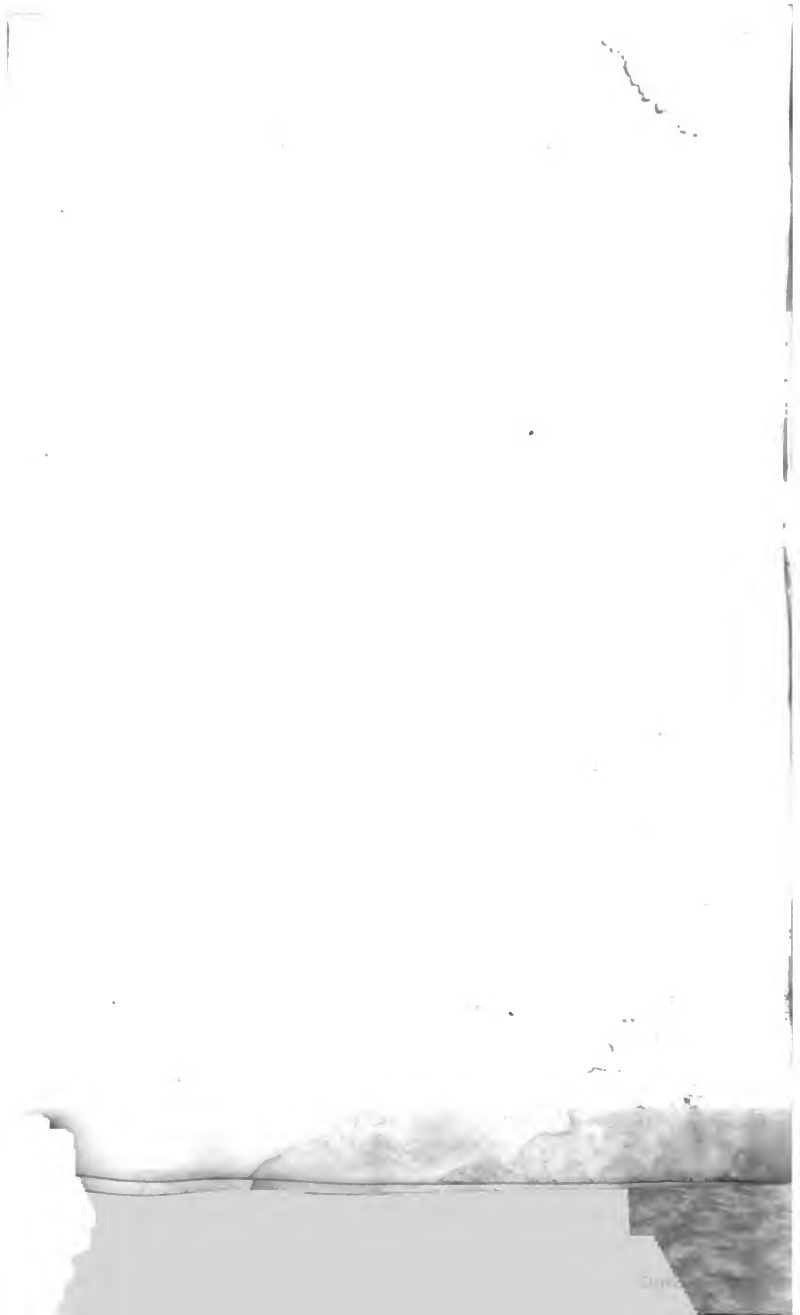
COLOCACION DE LAS LAMINAS.

LÁMINAS.	PÁGINAS.
1.ª	25
2.ª	64
3.ª	147
4.ª	200
5.ª	219
6.ª	285
7.ª	325
8.ª (que lleva el número 9.ª).	402
9.ª (que lleva el número 8.ª).	445
10.ª	461

ERRATAS NOTABLES.

Páginas.	Líneas.	Dice.	Léase.
40	5	gozoso	ganoso
94	25	saludos	saludes
121	10	pescára entre los	pescára en los
130	35	recusára	rasurára
136	7	amado	honrado
148	24	todos bueno	todos los buenos
148	26	que...	que
152	34	mal	mas
227	5	crió	exió
318	5	que se	que no se
318	22	producia	producirá
355	30	el horizonte	el confin del horizonte
368	4	envidiaria	envidiára
388	12	conjuradores	conjurados

Digitized by Google



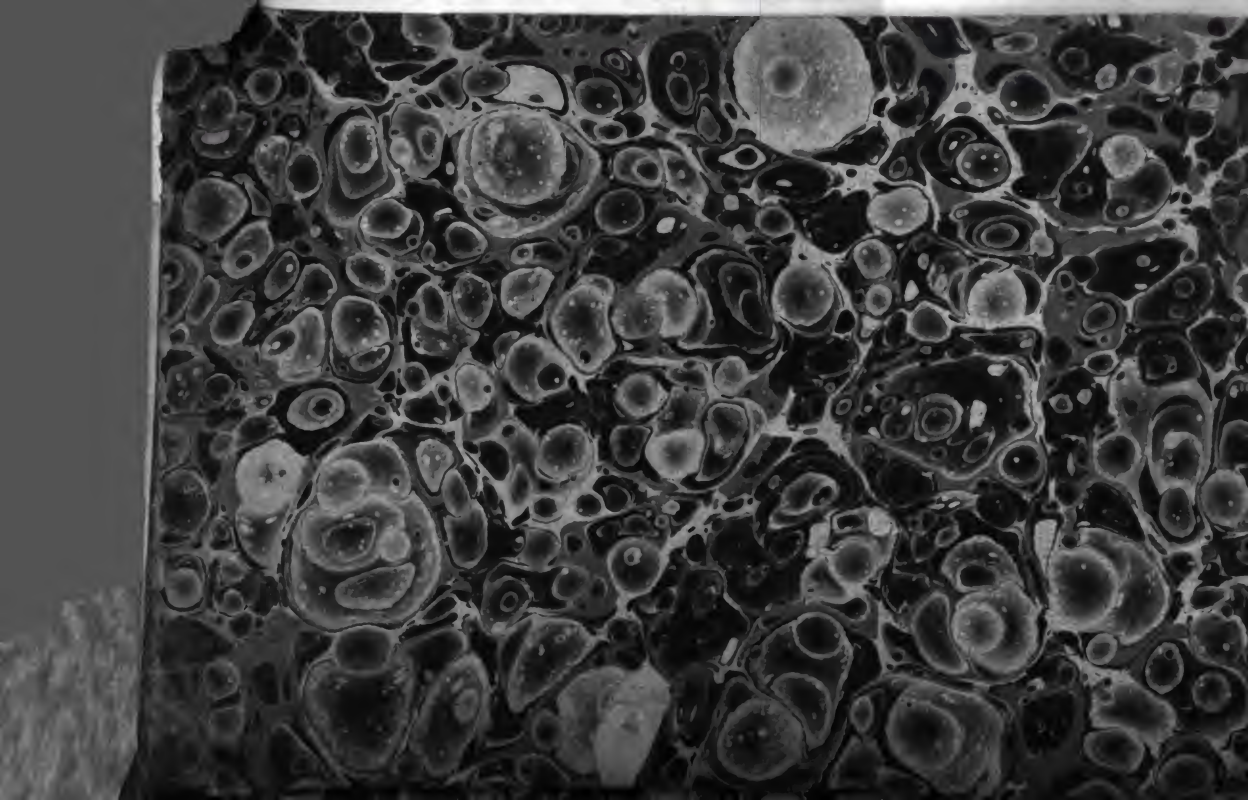
Digitized by Google

Digitized by Google

Llibreria
S. i L.L.

BC Biblioteca de Catalunya
Adq. C-Tus
CB 1001116374
Top. Tus-8
4698
Generalitat de Catalunya
Departament de Cultura

Digitized by Google



Llibreria
S. i Ll.

IBC Biblioteca de Catalunya
Adq. C-Tus
CB. 1001116374
Top. TUS-8
4698
Generalitat de Catalunya
Departament de Cultura

Digitized by Google